



LOS

# MALOS AÑOS

La guerra entre Pedro el Cruel  
y la Reina Blanca

LEÓN ARSENAL



Lectulandia

Pedro I de Castilla, es uno de los personajes más fascinantes y controvertidos de la Edad Media española, apodado tanto el Cruel como el Justiciero y, ha sido fuente de inspiración para obras de Lope de Vega, Zorrilla o Pedro Marquina. En esta ocasión, León Arsenal, nos traslada a los momentos previos a la boda del rey Pedro con Blanca de Borbón. Un matrimonio de conveniencia que acabará con el confinamiento en el Alcázar de Toledo de la nueva reina al poco tiempo de la boda. Este acto provocará la ruptura con Francia, una división de la nobleza que, tomará partido por uno u otro de los cónyuges y el abono perfecto para la rebelión de Toledo que no tardará en extenderse a otras ciudades. Un tiempo sin duda turbulento, de enfrentamientos entre la nobleza y la monarquía castellana, de traiciones, amores incomprensidos, intrigas palaciegas y con la amenaza aún presente de la peste negra.

**Lectulandia**

Leon Arsenal

# **Los malos años**

**La guerra ente Pedro el Cruel y la reina Blanca**

ePub r1.0

Titivillus 18.08.15

Leon Arsenal, 2014

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Emily Nicoli, presente, como ella decía, en forma de ausencia.

# NOTA PREVIÀ

La figura de don Pedro el Cruel despierta interés en gente de lo más diversa. Es un mito que, sin embargo, se mantiene en segundo plano tras otros astros, más brillantes, de la iconografía histórica española. Al contrario que otras figuras de nuestra historia, don Pedro nunca fue elegido por ideología alguna para encarnación de sus ideales. En eso, ha tenido la suerte que no tuvo en vida. No ha sufrido el mismo destino que don Pelayo, los Reyes Católicos o los Comuneros. A cambio de quedar medio en sombras, no se ha convertido en un esperpento nacionalista o partidista, santificado y demonizado por grupos antagónicos de facciosos que ningún interés tienen por la historia y el personaje reales.

Los historiadores, a su vez, siempre han estado divididos respecto a Pedro I de Castilla, con posturas que van desde las de quienes le consideran justiciero y buen gobernante a la de los que le tildan de enloquecido sanguinario. Tanta pasión no se debe sólo al personaje (que la merece) sino a la época que le tocó vivir, ya que el siglo XIV fue crucial para la historia de España. En Castilla, por ejemplo, el poder real quedó mermado durante más de un siglo, a merced de una nobleza crecida a la que la dinastía advenediza de los Trastámara debía todo. Y en Aragón la evolución histórica no fue más tranquila, ni más positiva.

Si a eso sumamos que el XIV dejó abundancia documental, muy superior a la de siglos precedentes, el trabajo del escritor se complica. Disponemos de varias fuentes sobre don Pedro: no sólo la gran crónica del canciller López de Ayala, sino también las Crónicas de la Corona de Aragón, de Jerónimo Zurita, o las de Froissart, nos suministran información, no siempre coincidente. Hay donde elegir y es preciso manejarse no sólo con lo histórico, sino también en lo literario.

Algunos creemos que este género es más que las crónicas noveladas o una excusa para poner en boca de personajes históricos reflexiones del autor. Que la novela histórica es ante todo literatura y, en literatura, la unidad básica narrativa sigue siendo la escena, lo mismo que los hilos conductores de la acción son las tramas.

Y desmenuzar esta narración en escenas y tramas, con todo lo que de elección y descarte tiene, resulta arduo. Se podrían escribir cien novelas con las distintas peripecias que se entrecruzan en las crónicas de la época. En mi caso, al final, de la novela sobre el reinado completo de don Pedro que planeaba en un principio, acabé por pasar a la narración de sólo una parte: la gran guerra nobiliaria causada por la cuestión de la boda del rey con Blanca de Borbón. Abarcar más hubiese exigido un enfoque distinto o una extensión de novela disparatada. La historia en sí —ese siglo

XIV de pestes, hambres y guerra, con sus odios, traiciones y venganzas atroces—, acabó por convertirse en protagonista de la novela. En un escenario así, las diversas tramas se convierten en hilos de un tapiz más amplio. La narración se vuelve coral y los actores de la misma, incluido el propio don Pedro, entran y salen de la misma según lo exija la acción. En tal sentido, la novela se convierte en un remedo de la vida misma, donde no todo queda cerrado, o ni siquiera explicado al cien por cien. Esto no implica que no pueda abordar, en el futuro, otro u otros períodos del turbulento reinado de don Pedro, pero siempre en forma de novela con entidad propia.

Y, sea cual sea el planteamiento literario, el rigor histórico es obligado. Cuanta más documentación disponible, más hemos de indagar y ponderar. Sabemos mucho de la época, pero también es mucho lo que ignoramos, y también lo que plantea dudas. Y es en ese tercer terreno, el de la incertidumbre, donde un novelista puede jugar para sacar ventaja para su novela. Un ejemplo: la heráldica en ropas y escudos estaba reservada, en esa época, a los ricoshombres (la nobleza de la nobleza; lo que luego serían Grandes de España); pero los muchos edictos reales recordando a los castellanos tal norma induce a pensar que no debía respetarse gran cosa. Yo, ante la duda, opté por ello, por una simple cuestión estética. Son más evocadoras las imágenes de huestes en la que cada cual luce en pavés y sobrevesta su propio blasón. Otras veces hemos de elegir. Por ejemplo, en la novela he reservado el tratamiento de «vos» en los diálogos a la realeza. La razón: aligerar y dar viveza a las conversaciones.

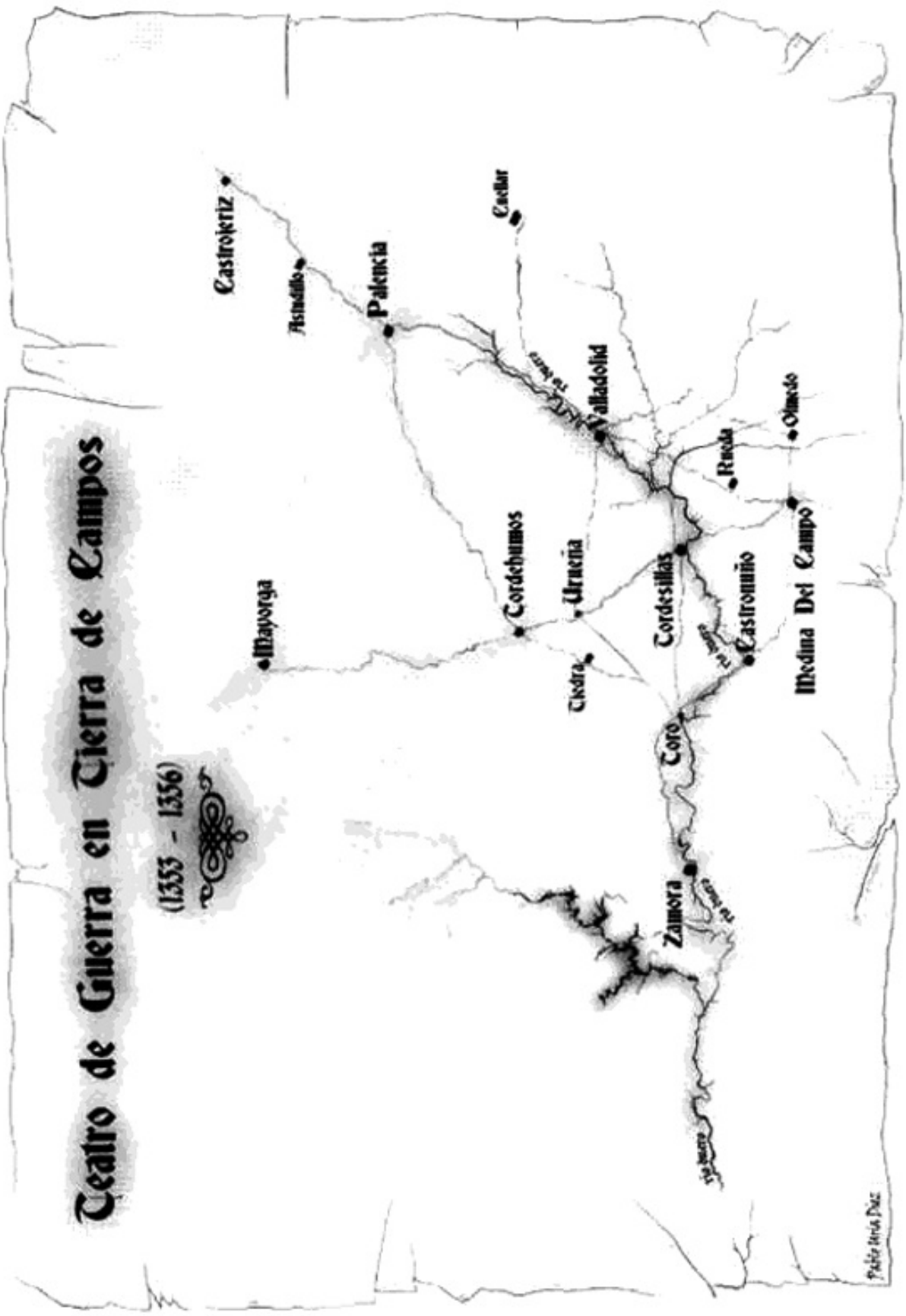
Son detalles que el lector puede o no conocer, y que el autor no siempre explica. Esto no es un tratado de historia, sino una ficción. El objetivo básico es que el lector disfrute con su lectura, sin renunciar al rigor histórico.

Como bien sabes, en el año de Cristo de 1350, llegó a Castilla la Peste, para cebarse por igual en ricos y pobres, altos y bajos. No respetó siquiera al rey don Alfonso Onceno, al que abatió durante el asedio de Gibraltar. Se fue luego la Peste, pero posó aquí la Muerte, como si hubiera encontrado buen acomodo en estas tierras y, desde entonces, no ha dejado de cosechar entre los más grandes del reino.

**De una de las cartas de Juan de Beaumont  
a Constanza Uxue**







# DRAMATIS PERSONAE

**Abarca, Martín.** Hidalgo navarro. Uno de tantos aventureros que recorrían en esa época los reinos hispánicos, poniendo su espada al servicio de los nobles.

**Alburquerque, Juan Alfonso de.** Ricohombre de origen portugués, descendiente de reyes lusos por línea bastarda, que llegó a ser el hombre más poderoso de Castilla durante largos años. Fue el mayor valedor de la reina María de Portugal en los años duros y, según las malas lenguas, también amante suyo.

**Albornoz, Alvar de.** Caballero de Cuenca, primogénito de una de las familias más poderosas de la ciudad. Ocupó cargos y oficios, pese a ser hermano del cardenal Gil de Albornoz, enemigo del rey, y acabó siendo uno de los grandes paladines de Blanca de Borbón.

**Alfónsez, Enrique.** Uno de los diez hijos de Alfonso XI de Castilla y Leonor de Guzmán. Favorito de su madre, fue siempre el líder de sus hermanos, aunque éstos no siempre le siguieron en sus vaivenes políticos. Fue conde de Trastámara, título que apellidó a su dinastía.

**Alfónsez, Fadrique.** Gemelo de Enrique, al menos en lo físico, ya que quizá no tanto en el alma. Fue maestre de la orden de Santiago y, en lo político, siguió a veces la estela de su hermano y otras su propio camino, lo que no le deparó mejor fortuna.

**Alfónsez, Tello.** Hermano de los dos anteriores. Considerado pérfido y desleal incluso por hombres que respiraban traición, consiguió del rey don Pedro el señorío de Vizcaya; dádiva que no le hizo más leal o agradecido siquiera.

**Aragón, Fernando de.** Hijo de Alfonso IV de Aragón y Leonor de Castilla. Marqués de Tortosa y señor de Albarracín. No hizo en su vida otra cosa que intrigar contra el rey de Castilla, contra el de Aragón y contra cualquiera que cometiese el error de aliarse con él sin tomar las debidas precauciones.

**Aragón, Juan de.** Hermano del anterior. Tan turbulento y ambicioso como él, aunque vivió a su sombra y fue a menudo su comparsa, quizá por la condición de primogénito del otro.

**Aragón, Leonor de.** Para los aragoneses, Leonor de Castilla. Segunda esposa de Alfonso IV de Aragón. Conspiró sin descanso a favor de sus dos hijos, con el objetivo último, declarado sin ambages, de sentar a Fernando en el trono aragonés.

**Aragón, Pedro IV de.** Rey de Aragón apodado *el Ceremonioso* o *el del Punyalel*. Erudito, protocolario e irascible, tuvo que luchar durante toda su vida contra los enemigos más diversos —hermanastros, hijos, nobles, reyes vecinos— para afianzar el poder de la corona en sus reinos.

**Ayala, Fernando de.** Señor de Ayala, en tierras de Álava. Uno de los grandes puntales del rey de Castilla en sus primeros años. En ese tiempo, se enfrentó a todo un ejército de vizcaínos que trataba de defender los derechos del niño Nuño de Lara, hijo del finado Juan de Lara, señor de Vizcaya, y pacificó la comarca de las Encartaciones.

**Ayala, Pedro.** Hijo del anterior. Erudito, cortesano, guerrero. Como casi todos, cambiaba más de bando que de camisa. Pasó a la posteridad por sus crónicas, que son no sólo una inestimable fuente histórica, sino también una de las piedras angulares del castellano como idioma.

**Barroso, Pedro.** Obispo de Sigüenza, toledano de origen. Gran teólogo, en lo mundano fue uno de los eclesiásticos que tomó partido más firme por la reina Blanca, lo que le costó la prisión y el expolio de sus bienes.

**Beaumont, Juan de.** Navarro, otro de tantos hidalgos que hubo de deambular por los reinos españoles, buscándose el sustento con la espada, a la sombra de las banderías.

**Benavent, Hug.** Físico y astrólogo catalán, nacido en la colonia de Alejandría. Curioso insaciable, viajó por Asia y Europa, antes de recalar en Castilla, a tiempo de ser testigo de los grandes hechos del reinado de don Pedro.

**Benavides, Juan Alfonso.** Alguacil mayor de Castilla. Emparentado con los Tenorio de Sevilla, resultó uno de los oficiales más leales al rey don Pedro.

**Borbón, Blanca de.** Una de las seis hijas del duque de Borbón. Tras largas negociaciones matrimoniales, fue enviada a España a casarse con Pedro I de Castilla. Para su desgracia, llegó sin dote y no fue bien recibida por el rey, lo que a ella le acarreó penurias y al reino guerras.

**Cabeza de Vaca, Ruy.** Mayordomo mayor de Juan Alfonso de Alburquerque. Hombre de caballería intachable y fidelidad de hierro, virtudes que, en ese tiempo y lugar, eran tan alabadas como poco frecuentes.

**Cabrera, Bernal de.** Vizconde de Cabrera. Almirante de Cataluña, fue durante muchos años uno de los consejeros más influyentes de Pedro IV de Aragón. Estadista sagaz y estratega brillante, su política le granjeó tanta admiración fuera de Aragón como gran número de enemigos en el interior.

**Cañizares, Lope de.** Hidalgo castellano, primero vasallo de Alfonso XI y luego oficial menor de su hijo don Pedro. Prestó a éste grandes servicios y entre sus hazañas estuvo la de infiltrarse con gran riesgo de su vida, al comienzo del reinado, en Algeciras, en poder de rebeldes, para animar a los leales al rey a actuar.

**Carpentero, Pedro.** Comendador mayor en Castilla de Calatrava. Sobrino del maestre de la orden, Juan de Prado, al revés que muchos de sus contemporáneos, no fue amigo de cambiar de bando ni de abandonar a los suyos, lo que no le supuso reconocimiento ni honores, ni tampoco un buen destino.

**Carrillo, Juan.** Caballero castellano. Fue de los que estuvieron en la heroica defensa de Tarifa, en tiempos de Alfonso XI, y era considerado un verdadero espejo de buenos caballeros. Amigo y compadre de Alfonso Coronel, se unió a él cuando ya

estaba sitiado y en situación desesperada, por pura amistad.

**Carrillo, Martín.** Ahijado del anterior, que lo recogió cuando la peste de 1350 acabó con sus familiares cercanos. El caballero le crio como a un hijo y le educó en las habilidades y los principios que, a su juicio, debía adornar a un hombre de honor.

**Carrillo, Pedro.** Caballero castellano, hermano de Juan. Algo más joven y bastante más turbulento que él, fue banderizo de Enrique de Trastámara. Como su hermano, creía en el honor y la palabra dada, y en un mundo donde la traición era natural, se mantuvo junto a su señor siempre, aun en los momentos más duros.

**Castilla, Alfonso XI de.** Llamado el Justiciero, no por su amor a la justicia, sino porque solía ajusticiar a quien le disgustaba. Combatió a los grandes señores, a Granada y a los benimerines africanos. Apartó a su esposa e hijo legítimos para convivir con Leonor de Guzmán, con la que tuvo diez hijos. Tan tozudo como belicoso, murió de peste mientras sitiaba Gibraltar, por negarse a retirarse a tiempo.

**Castilla, Pedro I de.** Hijo y sucesor del anterior, apodado por unos el Cruel y por otros el Justiciero. Vivió una infancia triste, relegado por su propio padre. Heredó de éste el gusto por las artes adivinatorias y la justicia sumaria, además de la alergia hacia la legítima esposa.

**Castro, Alvar de.** Caballero gallego de la familia Castro. Buscó fortuna en la corte de don Pedro, por lo que vivió de lleno en las convulsiones políticas de esos años.

**Castro, Fernando de.** Ricohombre, cabeza de su familia, la más poderosa de Galicia durante aquel siglo. Se vio arrastrado por las luchas nobiliarias castellanas, aunque en su caso combatió más por defender el patrimonio familiar que por codicia de acrecentarlo, como ocurrió con muchos.

**Castro, Juana de.** Hermana de los dos anteriores. Tan bella como ambiciosa, casó primero con Diego de Haro pero, tras enviudar, no dudó en aspirar a metas mucho más altas.

**Cerda, Juan de la.** Ricohombre sevillano, muestra perfecta de las virtudes y defectos de los de su clase en esa época. Ilustrado y culto, fue un gran poeta, aunque ni una sola de sus composiciones nos ha llegado. Ardiente enamorado de su esposa, María Coronel, no dudó en correr grandes riesgos al apoyar al padre de ésta. Aparte, fue traicionero y tornadizo, y no dudó tampoco en cambiar de bando cuantas veces fue menester.

**Coronel, Alfonso.** Noble cordobés, señor de Aguilar. Para conseguir la dignidad de ricohombre, buscó el apoyo de Juan Alfonso de Alburquerque. Pero, una vez lograda, se negó a entregar a éste Burguillos, como habían pactado. Luego, el miedo a la venganza de Alburquerque le empujó a una rebelión disparatada, sin opciones de triunfar.

**Gudiel, Pedro.** Obispo de Segovia, toledano de nacimiento, al igual que el obispo de Sigüenza. También tomó partido decidido por doña Blanca de Borbón, pese a que llegó a su lado enviado por don Pedro, con la misión de mantenerla vigilada.

**Guzmán, Leonor de.** Dama sevillana, la más hermosa de su tiempo. Amante del

rey Alfonso XI de Castilla, al que dio diez hijos. Al morir éste, sufrió las iras de la reina María de Portugal, aunque no por eso dejó de intrigar a favor de sus hijos. De hecho, logró casar con ardides a Enrique con Juana Manuela, lo que sirvió de argumento a la reina María para convencer a su hijo don Pedro de que debía ser ajusticiada.

**Henestrosa, Juan de.** Caballero castellano, tío de María de Padilla. Gracias a su sobrina, llegó a ser el principal consejero de Pedro I. Demostró sensatez política, así como un espíritu mesurado y leal al trono, por lo que fue uno de los principales puntales de don Pedro durante toda su vida.

**Juan.** Apodado el Muerto. Religioso ambulante de los que abundaban en la Castilla de la época. Heredero de la tradición goliarda, vitalista, juglaresco e inconformista, presumía de haber sobrevivido a la peste y andaba errante, para ahorrarse problemas con las autoridades, tanto civiles como eclesiásticas.

**Leví, Samuel.** Primero almojarife de Alburquerque, las recomendaciones de éste le encumbraron al oficio de tesorero mayor de Castilla. Una vez en el cargo, su lealtad siempre estuvo con don Pedro. Fue gran benefactor de la judería toledana, de donde era nativo, a la que incluso donó una sinagoga hermosísima de fachada ornada con las armas de Castilla y León, así como alabanzas al rey.

**Lucio, Gonzalo de.** Amigo y mano derecha de Juan de Henestrosa. Se mantuvo siempre a su lado y ocupó cargos de confianza con don Pedro.

**Osorio, Alvar.** Hidalgo leonés, amigo de meterse en líos, mitad por espíritu aventurero, mitad por temple caballeresco.

**Padilla, Diego de.** Hermano de María de Padilla. Ambicioso y sin escrúpulos, obtuvo numerosos oficios mayores en Castilla, a la sombra de su hermana, y llegó a convertirse en maestre de Calatrava, pese a la hostilidad de no pocos caballeros de la orden.

**Padilla, María de.** El gran amor de don Pedro I. Éste la encontró en Asturias, en la casa de la esposa de Alburquerque, en cuyo séquito estaba, cuando iba a sofocar una de las revueltas de sus hermanos. Y ya nunca quiso alejarse de ella.

**Palomeque, Tel.** Caballero bueno toledano. Enviado por el rey a vigilar a su esposa doña Blanca, fue otro de los que, ganado para la causa de ésta, se rebeló junto con sus hermanos en defensa de sus derechos.

**Portugal, María de.** Esposa de Alfonso XI de Castilla. Vivió apartada de su esposo, por lo que se rodeó de portugueses fieles, consagrada a su único hijo Pedro, en espera de que éste subiese al trono. En realidad, quiso gobernar a través de él y tal actitud fue una de las causas últimas de los conflictos que acabaron desgarrando al reino.

**Prado, Juan de.** Maestre de la Orden de Calatrava. Fue el amigo más fiel de Juan Alfonso de Alburquerque, aunque mucho más directo y menos taimado que él, lo que sólo le sirvió para cosechar mayores disgustos.

**Saldaña, Leonor de.** Dama castellana, esposa de Alfonso López de Haro. La reina

madre, María de Portugal, la eligió para aya de Blanca de Borbón y ya se mantuvo siempre en su bando, incitando incluso a sus parientes a tomar las armas por su causa.

**Sicilia, Leonor de.** Noble siciliana, de origen aragonés. Se convirtió en la tercera esposa de Pedro IV de Aragón, al morir la anterior víctima de la peste. Albergaba gran odio contra Bernal de Cabrera e hizo cuanto estuvo en su mano por perjudicarlo.

**Tenorio, Juan.** Noble sevillano, de una de las grandes familias sevillanas de la época, hijo del gran almirante Alfonso Jufre Tenorio. Perteneció al círculo más íntimo de los Padilla y llegó a ocupar varios oficios mayores en la casa de don Pedro I.

**Tenorio, Alfonso Jufre.** Hermano del anterior, que recibió el mismo nombre que su padre. Fue alguacil mayor de Toledo y, aunque en un principio era fiel al rey, la mala suerte y no la ambición le llevaron a cambiar de bando.

**Tello, Martín Alfonso.** Caballero portugués del séquito de doña María de Portugal. Era uno de sus hombres de confianza y también, según las malas lenguas, uno de los supuestos amantes de la dama.

**Villagera, Juan de.** Hermano bastardo de María de Padilla, muy vinculado al clan familiar. Gozó de la confianza del rey, que le situó como maestre de Santiago, para asegurar la fidelidad al trono de esa orden militar, la más fuerte de todas.

**Zeballos, Diego de.** Caballero castellano, valeroso y capaz de grandes empresas, sirvió con diligencia al rey don Pedro, cosa que tuvo poco en cuenta. Pariente de don Juan de Henestrosa, acabó siendo maestre de Alcántara, si bien de forma más bien efímera.

# 1

A primera hora de la mañana, el almirante Bernal de Cabrera abandonó las tiendas del ejército aragonés, casi a pie de playa, para ir en busca de aquel vagabundo llegado de Oriente que se hacía llamar Hug Benavent de Alejandría. Le encontró donde la otra vez, al otro extremo de la bahía, vara en mano, absorto en el estudio de un mapa geomántico trazado en las arenas. El almirante fue a él con paso lento, a través de las dunas, las ropas agitadas por la brisa. Había amanecido un día cálido, propio de agosto, ventoso y de cielos despejados. El mar, muy azul y algo alborotado, batía con rumor sordo contra la playa y las peñas costeras, y sólo unas pocas nubes salpicaban el cielo de la mañana.

Hug Benavent se había vuelto a contemplar, curioso, a los recién llegados. Al almirante catalán, ya entrado en años, delgado, de rasgos patricios y modales dignos, que vestía ropón azul, adornado con águilas doradas, y se tocaba con un casquete, también azul y sencillo. Ceñía espada lobera y le acompañaban dos almogávares barbudos y torvos, de túnicas rojas, calzas blancas y botas recias. Cascos forrados de telas rojas, dardos en las manos y, al cinto, esas espadas cortas llamadas *cotells*, cortacuellos. En aquella isla en guerra, los dos hombres de armas eran algo más que una escolta de honor, lo mismo que la espada del almirante no era sólo un símbolo de rango.

Soplaban ráfagas de viento caliente; arrastraban arena por la playa y hacían ondear los picos de las ropas. El sol centelleaba sobre las aguas marinas y gaviotas blancas planeaban sobre las olas, con gritos que reverberaban entre las rocas de la bahía. Benavent, alto y recio, de atuendo oscuro y exótico, mezcla de prendas orientales y bizantinas, armado con espada curva y ancha, salió al encuentro del almirante.

—Don Bernal —le saludó con voz profunda y acento que era la suma de muchos acentos—. Antes de nada, deja que te felicite por tu gran victoria.

—¿Ya te has enterado? —El almirante puso sus ojos verdes en los oscuros del viajero de Alejandría—. Veo que las noticias vuelan.

—Siempre. Y más en un lugar como éste. —Benavent era cetrino, de nariz ganchuda, y lucía una barba corta y muy negra que acentuaba su aire exótico. Aunque era cortés, sonreía poco y, cuando lo hacía, más conseguía inquietar que otra cosa a sus interlocutores.

—Sobre todo si está lleno de chismosos. —Cabrera dejó reposar la zurda sobre el pomo de la espada. Las mangas bobas de su manto aleteaban a impulsos del aire

cálido—. Arribé de madrugada en mi propia galera, por delante de la flota. Quería dar yo mismo la noticia a los capitanes de tierra. Pero ya veo que a mis marineros les ha faltado tiempo para propalarla.

—No te enojas con ellos, almirante. Así es la naturaleza humana.

Cabrera convino con expresión distante, la cabeza en otros asuntos. Una flota de bajeles catalanes y venecianos, a su mando, acababa de librar una gran batalla, en aguas de Cerdeña, contra otra genovesa, aliados de los sardos. Y había infligido tal derrota al enemigo que éste tardaría en recobrase, pues había echado al fondo a más de la mitad de sus galeras.

—¿Puedo servirte en algo? —quiso saber Benavent, tras unos instantes de silencio.

—No, amigo. Ya me has servido bien. —Cabrera meneó la cabeza, como para espantar pensamientos. Sonrió—. Venía a darte las gracias.

—¿Las gracias por qué, señor?

—Por lo atinado de tus predicciones. Todo ha ocurrido tal como dijiste.

Hug Benavent de Alejandría, la rama en puño y las ropas amplias agitadas por los golpes de aire, rechazó el halago con gesto sobrio.

—No tiene ninguna importancia, almirante.

—Sí que la tiene. Había mucho en juego, mestre Benavent, mucho. De habernos vencido los genoveses, nuestra posición en Cerdeña se hubiese vuelto insostenible. Puede que, incluso, hubiésemos tenido que abandonar la isla. Y no vamos a hablar de cómo hubiese afectado una derrota así a mi posición en la corte... suponiendo que hubiese salido vivo y libre del trance, claro.

—Eres un hombre muy respetado, señor, que ha servido bien durante muchos años al rey. Todos coinciden en ello.

—En las cortes no hay sitio para la gratitud, amigo, ni se recuerda otra cosa que no sean las ofensas. El rey de Aragón tiene gran empeño en someter esta isla, y no es generoso con aquellos que fracasan.

—No quiero ser osado, pero oí decir que el rey casi te obligó a aceptar el mando de esta campaña.

—Oíste la verdad. Yo no quería. Tengo casi sesenta años y estoy cansado de tanto guerrear. Pero el rey así lo quería y, por eso, aquí estoy.

—Entonces...

—Entonces nada. Puede que por eso mismo me juzgasen con más rigor, en caso de fracaso. Me acusarían de desidia. —Sonrió con dureza—. Tengo enemigos en la corte. Rivales implacables que sólo esperan un resbalón mío para actuar.

—¿Qué hombre poderoso no tiene enemigos?

—Ninguno. En todo caso, tu predicción no fue sólo atinada, sino que llegó en el momento justo, ya que ayudó a elevar el ánimo de mis hombres en las horas decisivas.

Benavent se giró para, con la vara, mostrar al almirante las figuras geománticas que había trazado en la arena. La había alisado para dibujarlas, pero el viento ya las había emborronado algo. Cabrera se inclinó, curioso, sobre aquella composición: un



rombo dentro de un cuadrado. Como este último estaba partido por dos diagonales, el conjunto formaba doce casas triangulares; el mismo número que las del zodiaco. Dentro de cada una de las casas, Benavent había colocado guijarros, formando las distintas figuras geománticas.

—Los profanos dan excesiva importancia a las artes adivinatorias. Se usan mal. Yo gusto de compararlas con las cartas náuticas. El intérprete es como un mareante, que avisa de escollos, mareas, vientos, corrientes. El consultante ha de ser como el capitán del barco, que escucha, juzga y maniobra en consecuencia.

—Una comparación interesante.

—Yo me limito a avisar sobre las condiciones futuras a aquellos que recurren a mí. Lo que hagan con esas advertencias, es cosa suya. No quiero parte de sus triunfos, como tampoco respondo de los fracasos o desdichas que les depare el futuro.

—Eres un sabio, sin duda. —Cabrera se quedó observando, curioso, a su interlocutor—. Pero, sea como sea, me creo en deuda contigo. Hemos tenido muchas bajas y la moral no era muy alta. Tu pronóstico fue providencial y, en tiempos de incertidumbre, un clavo ardiente vale para agarrarse.

—Para mí no había duda posible. *Puer en la Primera Casa y Fortuna Majoren la Séptima* señalaban de qué lado se decantaría la victoria. Pocas veces he visto un pronóstico tan claro, y así te lo dije en su día.

—Nunca he confiado mucho en suertes ni adivinaciones. Pero mis hombres, como todos los soldados, son supersticiosos.

—Sea como sea, me alegro de haberte prestado buen servicio.

—También te lo has prestado a ti mismo. Si ya eras reputado como físico y cirujano, ahora la gente hará cola ante tu puerta por tus dotes de adivino.

Benavent sonrió sin alegría.

—Abandoné hace años Alejandría, almirante, para recorrer mundo. Salí en busca de sabiduría, no de riquezas. Nunca me afiqué en lugar alguno, y no lo haré en esta isla. —Una ráfaga hizo ondear sus ropas—. Además, pocas venturas podría pronosticar aquí.

Cabrera le observó, ahora aprensivo.

—¿Nos será adversa la guerra? —Preguntó esto en voz muy baja, no fuese que le oyeran los almogávares, que aguardaban a varios pasos—. ¿Lo has leído en la arena, en los astros?

—No necesito alzar cartas para saber que esta guerra va por mal camino. Me basta con el sentido común. —Señaló, con la rama, tierra adentro, más allá de los pinos oscuros que crecían al borde de los arenales—. Cerdeña es abrupta, fragosa, y sus habitantes son tan difíciles como el terreno. Están en armas contra el rey de Aragón, resueltos a defender su independencia. Lucharán como fieras y se alzarán cuantas veces haga falta. Si el rey se obstina en dominar esta isla, no conseguirá más que malgastar soldados y oro.

—No tienes pelos en la lengua.

—Te pido disculpas, si he dicho una inconveniencia.

—En absoluto, amigo. —De nuevo aquella sonrisa dura en los labios del almirante de Cataluña—. Pero, como privado del rey, me temo que no pudo expresarme con tanta sinceridad sobre ciertos temas.

Se introdujo el silencio entre ambos. El viento hizo ondear las ropas de Benavent, las mangas del almirante y las túnicas rojas de los almogávares. Más allá de las dunas de arena blanca, las copas de los pinos se agitaban a cada ráfaga. Bernal de Cabrera contempló los árboles que se mecían, antes de poner los ojos en el mar alborotado y el islote del interior de la bahía, ahora batido por olas cubiertas de espuma. Volvió luego la mirada hacia el otro lado de la playa, a la villa del Alguer y su castillo, sitiado desde hacía meses por los catalanes y defendido con furia por los sardos.

—¿Qué planes tienes, mestre? —preguntó, entre el suspiro del viento y los gritos de las gaviotas.

—Quiero pasar a España apenas tenga ocasión.

—¿Qué te lleva allí?

—Lo primero, visitar Barcelona, ya que allí nació mi padre. Luego, me gustaría ampliar mis estudios.

—¿En artes ocultas? —preguntó, de nuevo en voz baja, el almirante.

—Para el verdadero buscador, no hay diferencia alguna entre las distintas disciplinas. Astrología, geometría, medicina, retórica; todo es saber por igual. Tengo intención de viajar a Gerona y, desde luego, a Montpellier.

—Montpellier, claro. —Cabrera asintió, con sonrisa perdida—. Ya no es lo que era en mis años mozos... Mestre Benavent, quisiera que me aceptases un consejo de amigo.

—Con gusto.

—Verás. Hará unos seis años, llegó la peste negra a Aragón, y con ella días terribles. La gente moría por todas partes, familias enteras yacían en sus casas sin que nadie les diera cristiana sepultura. Nadie estaba a salvo. La peste aniquiló villas y aldeas, y no creo que hubiera alguien que no perdiese a alguien. La reina misma sucumbió a esa pestilencia espantosa.

Se pasó una mano por el rostro, como para ahuyentar visiones.

—La plaga se cebó sobre todo en Cataluña, mestre. La gente estaba enloquecida de miedo y pena. Empujados por la desesperación, y por las prédicas de fanáticos a los que Dios maldiga, se echaron a buscar culpables de ese mal que parecía salido de los infiernos, para aniquilar hasta al último de los seres humanos.

Se detuvo. Se quitó el casquete, como si de golpe tuviese mucho calor, para acariciarse los cabellos canos con una mano llena de anillos y sellos.

—Ocurrieron sucesos atroces. Se cometieron fechorías sin nombre. El populacho asesinó a pobres viejas, a las que se acusaba de lanzar hechizos de muerte. Lapidaron a leprosos y tullidos. Dieron mala muerte a estudiosos, culpándoles de haber invocado la peste. Hubo matanzas de judíos, con la misma acusación. Aún hoy en día, son

muchos los que creen que la magia desató la peste.

Otra pausa. Se colocó el casquete.

—A donde quiero llegar es a que no deseo que un hombre de tu valía sufra mala muerte a manos de necios ignorantes.

—Comprendo. ¿Qué me aconsejas entonces?

—Viaja a la tierra de tus antepasados, visita esas plazas del saber que has mencionado. Pero no te demores en ninguna en exceso. Dirige tus pasos a Castilla.

—¿Es que no sufrió Castilla la peste?

—Claro que sí. Ningún reino se salvó de ella. Llegó después que a Aragón, pero igual se cebó en sus gentes. El anterior rey, don Alfonso, murió víctima de la plaga, mientras asediaba Gibraltar. Que Dios le haya perdonado. Murieron muchos en Castilla, aunque menos que en Aragón. Pero, lo que importa, es que ciertos estudios son ahora mejor vistos allí.

Una nube tapó el sol, y oscureció el día. Bernal de Cabrera volvió a descansar la mano en el pomo de la espada. Hug Benavent, ahora meditabundo, las mangas chasqueando, puso los ojos en el mar. Una parte de las aguas estaba a la sombra de la nube, en tanto que otra centelleaba al sol. Asintió para sus adentros, como si hubiese encontrado una señal en esa visión. Pero fue Cabrera quien de nuevo tomó la palabra.

—Alfonso de Castilla era experto en artes ocultas y dicen que su hijo sigue sus pasos. No me entiendas mal. Nuestro señor, don Pedro de Aragón, es también un gran astrólogo y alquimista. Pero tú, y disculpa que sea tan claro, aunque seas catalán por derecho, tienes aspecto extranjero y hablas como tal. Eso te hace vulnerable. Ve a Castilla, amigo.

—Te agradezco el consejo.

—Puedes acompañarme en mi galera, cuando parta hacia Barcelona. Pero, si tienes prisa, hay aquí varias naos castellanas a sueldo. Ya no las necesito y las voy a licenciar. Una de ellas, *La Cruz de Santoña*, no tardará en volver a España y supongo que tocará Barcelona o Valencia. Puedo conseguirte pasaje a bordo sin dificultad.

—Mi gratitud es doble entonces.

—Si vas a Castilla, visita Toledo y Sevilla. En Toledo existe una escuela de traductores, que han transcrito libros del árabe al latín durante generaciones. En cuanto a Sevilla, se puede decir que es la capital del reino, y uno puede encontrar allí viajeros de todo el mundo.

—Así lo haré.

—Puedo darte cartas credenciales. Tengo buenos amigos en Castilla.

—No sé cómo agradecer tanta generosidad.

—Si quieres, puedes. —El almirante tomó a Benavent del codo, para murmurarle casi al oído—. Si vas a Castilla, además de satisfacer tu sed de saber, pueden surgirte oportunidades de servir a tu señor natural, el rey de Aragón.

Benavent asintió con la cabeza, al tiempo que esbozaba una de sus sonrisas, tan inquietantes.

—Si se presenta la ocasión, no dudes de que así lo haré. Tanto el rey como tú mismo podéis contar con mi lealtad absoluta.

## 2

En aquellas horas últimas, previas al asalto final, Juan Carrillo fue casi el único que estuvo en las murallas, no lejos de la brecha abierta. El resto de su vida, Martín habría de recordarle tal como era en aquellos momentos: alto, cenceño, grave, el pelo cano y la barba en punta. Envuelto en su albornoz morisco marrón oscuro, paseando calmoso por el adarve, las manos dentro de las mangas, las botas resonando sobre las piedras. Deteniéndose de tanto en tanto para, sacando las manos, apoyarse en las almenas a otear, en busca de algún movimiento de tropas a la primera luz del día.

Inspeccionar los muros de Aguilar antes del alba era una costumbre que Carrillo había adoptado en los últimos días de asedio. Era la hora mala, la final de la noche, cuando los centinelas son más dados a dormirse. El mejor momento para que el enemigo intente un asalto sorpresa, o para que un traidor les franquee el paso.

Pero, aquella última mañana, ya no quedaban centinelas, ni nada que guardar. Juan Carrillo y su paje Martín recorrían unas defensas abandonadas. Alboreaba, pero no se oían apenas sonidos: el chasquear de las banderas de Aguilar, con sus águilas índigo sobre blanco, el silbido del viento, y a veces un mugido, ladridos, el canto de un gallo en un corral. Fallaba hasta el olor a leña quemada, tan de la hora, cuando se avivaban los fuegos del hogar. Pero también los lugareños, lo mismo que los soldados, habían huido de la villa al amparo de la oscuridad.

Carrillo se asomó de nuevo a las almenas, convencido de que había enemigos en los campos circundantes, aunque no se viese nada. Y allí se quedó largo rato, las palmas de las manos sobre las piedras heladas, rumiando sus pensamientos.

Desde mediados del mes de octubre, las tropas del rey don Pedro de Castilla sitiaban Aguilar, capital del ricohombre Alfonso Coronel, rebelde a su autoridad. Los soldados reales habían plantado tiendas junto al camino de Córdoba, cerca del río. Abrieron zanjas y agujeros para obstaculizar posibles salidas y comenzaron a excavar galerías subterráneas, con paciencia de hormigas. También llevaban consigo ingenios de guerra y los tan temidos truenos, que disparaban bolas de hierro entre estampidos, fognazos y grandes humaredas negras.

Los banderizos del señor de Aguilar les combatieron animosos durante meses. Cada vez que las compañías reales se acercaban, les recibían con una lluvia de piedras y saetas, entre gritos y cánticos de guerra y ondear de los pendones con el águila índigo. No conformes con eso, habían realizado también correrías por toda la comarca, poniendo en apuros a los sitiadores y llegando a capturar a uno de sus jefes.

Se decía que muchos señores castellanos, descontentos con el rey y su canciller

Alburquerque, estaban por alzar bandera y unirse a Alfonso Coronel. Que el rey de Granada mandaría también jinetes. Incluso uno de los yernos de Coronel, Juan de la Cerda, había cruzado el estrecho para pedir ayuda a los reyes benimerines de África.

Pero todo eso fue al principio del asedio, cuando mediaba el otoño. Según iban pasando las semanas y entraba el invierno, la moral fue decayendo. El cerco se estrechaba y las noticias no eran buenas. Ni un solo señor se había levantado en armas, ni llegaron moros granadinos o africanos. Nada se sabía de Juan de la Cerda. El único que se presentó en Aguilar fue Juan Carrillo, viejo amigo de Coronel. Acudió para tratar de hacerle entrar en razón; convencerle de que depusiera las armas. Pero el señor de Aguilar era testarudo, temía a Alburquerque, otrora aliado y ahora enemigo, y no se dejó ganar. Carrillo, entonces, en un arranque, decidió quedarse y compartir al menos su suerte, porque eran compadres y grandes amigos.

A finales de año, se presentó también un escudero de coronel, recién salido de las prisiones del rey. Se había negado a rendir un castillo, del que era alcaide, al rey y éste mandó que le coitaseli las manos como castigo. Repuesto, se presentó mutilado en el campo sitiador, rogando paso libre por caridad, para poder al menos morir con su señor. Los jefes del asedio consintieron, conmovidos. Pero la presencia en Aguilar de aquel desdichado, que recorría como alma en pena las murallas cuando llovían proyectiles, en busca de una muerte que no acababa de llegarle, dañó la moral más que otra cosa, ya que su presencia recordaba a los rebeldes el rigor del rey.

La leña, las hortalizas, la harina comenzaron a escasear por Año Nuevo. Los sitiadores amagaban asaltos no sólo a la luz del sol, sino también en las noches entreclaras. Aquellos ataques al claro de la luna eran quizá lo más duro. Lanceros y ballesteros se acercaban en oleadas a los muros, entre redoble de atabales, toques de trompeta, clamoreo, resonar de varas y metales. Los gritos de alarma y el rebato de campanas despertaban a la villa entera. Todo era entonces confusión. Los artilleros reales disparaban sus truenos, y los fogonazos iluminaban la oscuridad. Los estallidos de pólvora atronaban en la noche, el aire se llenaba de olor a azufre y las halas surcaban como cometas la negrura.

Los viajeros se admiraban siempre de esa costumbre castellana, consistente en forrar las balas de hierro con paja seca. Al disparar los truenos, la pólvora incendiaba esas camisas de lino, de forma que los proyectiles cruzaban las tinieblas dejando estelas de fuego, para ir a estrellarse contra las murallas y hacerlas retemblar entre lluvias de pavesas incandescentes.

A cada ataque nocturno, los soldados de Aguilar acudían a los muros a medio vestir, ateridos de frío, adormilados, pero siempre resueltos a rechazar los asaltos. Los jefes sitiadores, empero, eran demasiado avezados como para derrochar buenos soldados en ataques frontales. Coronel había reforzado sus defensas y ellos se contentaban con amagos, destinados a minar la moral, lo mismo que las azadas de sus zapadores socavaban, palmo a palmo, los cimientos de las murallas.

Faltaba de todo intramuros, y nadie contaba ya con auxilio exterior. A últimos de

enero, los vigías avisaron a gritos de que llegaba el rey en persona. Apareció por el camino de Córdoba, a la hora sexta, y quienes lo divisaron, desde lo alto de las torres, dijeron que vestía de armadura, con sobreveste y pellote de pieles, tocado con almófar, sobre el que llevaba una corona, quizá para significar que llegaba como soberano y en son de guerra. Le rodeaban sus seis guardas reales, sobre destreiros de gualdrapas con las armas de Castilla y León bordadas, y, tras ellos, gente selecta de las demás guardias reales —donceles, ballesteros montados, escuderos de a caballo—, así como algunos hombres de su cámara.

Entonces ya, ni el más optimista tuvo duda alguna de que el asalto final estaba próximo.

Juan Carrillo nunca había confiado en la llegada de auxilios, fuesen castellanos, granadinos o benimerines, y sí en que Coronel cambiase de opinión. Pero el temor que éste sentía por Alburquerque rozaba el pánico y, pese a los consejos de muchos, se mantuvo en sus trece.

A lo largo de esas semanas, Carrillo se había preguntado muchas veces si no habría perdido él también el seso, para unirse a un hombre condenado. Pero ya no había vuelta atrás, ni salida. El día anterior, justo antes del alba, una parte de la muralla se había derrumbado sin previo aviso, con polvareda enorme y fragor de piedras rodando. El hundimiento estuvo precedido de un rumor sordo y profundo, y de un ligero temblor del suelo, como si se removiesen las entrañas de la Tierra.

Los zapadores reales habían cavado una mina hasta la muralla y, al rayar, habían incendiado los puntales. Al ceder la galería, toda una sección del muro, ya resquebrajada por los proyectiles, se había venido abajo. Juan Carrillo estaba en el adarve en ese momento y fue de los primeros en acudir. Pese a sus años, había trepado por los escombros, seguido de Martín, entre el polvo y el grisor del alba, presto a cerrar el paso a los soldados invasores.

Pero no llegó ataque alguno. Los vigías gritaban que no había tropas enemigas a la vista y que, de hecho, a lo lejos, alertados por el estruendo y la polvareda, los centinelas sitiadores estaban dando a su vez la alarma, como tomados también ellos por sorpresa.

Cuando el viento acabó de despejar la atmósfera, se confirmó que no había enemigos cerca. Hasta los ingenios y truenos estaban sin artilleros, con sólo un retén de guardias. Los ilusos y bisoños pudieron creer que se había producido un accidente: que la mina había cedido antes de tiempo, frustrando los planes de asalto. Incluso se preguntaban cuántos zapadores habrían muerto sepultados. Pero los veteranos meneaban la cabeza.

—Cuando te batas, acuérdate: si logras herir a tu oponente, apártate luego de él y manténle a raya —le explicó Carrillo a Martín, con gesto resignado—. Si sigues luchando, el otro puede herirte a su vez. Pero, si lo aguantas un rato, se desangrará y caerá por sí solo.

Eso fue lo que le ocurrió a Aguilar. Martín fue testigo. Aunque, en un primer

momento, soldados y lugareños acudieron a reparar la brecha, no tardaron en comenzar las deserciones. Primero gentes del pueblo: campesinas de sayas negras o pardas, que tiraban de sus hijos, cargando ellas mismas con los más pequeños. Escapaban por las puertas y los guardias no se decidían a impedirselo.

El goteo se volvió chorro. Labriegos, artesanos, judíos con sus borricos. Familias enteras huían y los hidalgos no tardaron en unirse a la corriente. Los soldados de guardia, en vez de cerrarles el paso, se unieron a la desbandada. Desde la muralla se veía cómo escapaban por el campo, con ojeadas medrosas atrás, las manos en alto, dando voces para acogerse a la merced de los sitiadores. Martín fue testigo de cómo Juan Carrillo tuvo que subir para contener a Pedro Coronel, sobrino del señor de Aguilar, que quería desplegar ballesteros y asaetear a los desertores. A duras penas pudo convencerle de que eso sólo acarrearía males mayores, ya que incluso podía causar una batalla campal dentro de la misma villa.

Esa noche se desató un vendaval y Martín apenas pudo conciliar el sueño. Tumbado en su yacija, en el mismo cuarto que su señor, no hizo sino agitarse. Oía el rugido del viento en callejas y tejados, e imaginaba a los soldados de Alfonso Coronel abandonándoles, uno tras otro, entre las sombras. Los peones con sus costales al hombro, los jinetes a pie, guiando a las monturas de las riendas, con sigilo, para no delatarse.

Debió de dormirse al final, porque fue Juan Carrillo el que le despertó a él, a la hora de costumbre. El caballero estaba ya vestido y había avivado el brasero con los últimos trozos de carbón de leña.

—Vístete, Martín. Come lo que te apetezca y junta lo que creas que debes llevarte. Ninguno de los dos volveremos a esta casa.

Sin más, fue a sentarse junto al brasero. Mientras Martín hacía el hatillo, se entretuvo en mirar los carbones al rojo. A veces, se frotaba despacio las manos, y su paje se preguntaba si él también iba a abandonar a Alfonso Coronel. Cuando el caballero se apercibió de que estaba listo, se encasquetó una cofia negra, de las usadas por los soldados para proteger la cabeza del metal del casco y amortiguar los golpes, y le hizo seña de salir fuera.

Así fue cómo Martín acompañó a Juan Carrillo a su última ronda por las murallas, antes del alba. Fue una caminata extraña, bajando las cuestas de Aguilar sin cruzarse con nadie, faltos de los sonidos de las villas al despertar, entre el silbido del viento, el resonar de sus pasos, cacareo de gallinas y algún ladrido suelto. Martín alumbraba el camino con una tea y, al resplandor agitado, distinguían a veces puertas que batían a cada ráfaga de aire.

Las murallas estaban desiertas, las puertas de la villa de par en par. No había centinelas en adarves ni torres, y los pendones, con las águilas índigas sobre blanco, flameaban sobre almenas vacías, acentuando el aire de desolación.

Juan Carrillo, las mangas y bajos del albornoz ondeando, se inclinó un poco más, ya que el sol asomaba y se distinguía mejor el campo enemigo. Esa mañana sí, más



allá de las zanjas y las máquinas de guerra, a la media luz gris, se columbraban las compañías reales, dispuestas para la batalla. Ballestería, lanceros, maceros, espadados, en grandes masas. Los jinetes algo a la zaga de ellos y al flanco. Adalides a caballo recorrían los haces y, pese a la distancia y la poca luz, Carrillo podía entrever los grandes pendones, con las armas de Castilla y León, que se agitaban sobre las puntas de las lanzas.

—Don Alfonso ha salido —le avisó Martín.

El caballero se volvió con viveza y avanzó unos pasos, hasta un punto en el que la recurva de las defensas le permitía observar. Alfonso Coronel estaba fuera, en efecto; en el espacio de liza, entre la muralla y el muro bajo llamado barrera. Iba a caballo, cubierto con manto negro y encima pellote, ese abrigo de pieles sin mangas que permite libertad a los brazos. Se cubría la cabeza con un gran tocado circular, del que colgaba una manga, y le acompañaba un solo balletero, puede que el último de los leales.

Pero lo que llamó la atención a Carrillo fue un segundo jinete solitario, al otro lado de la barrera. Usaba éste armadura y almófar, adarga y lanza, y debía proceder del campo real. Achicó los ojos, tratando de averiguar quién podía ser, ya que parecía estar charlando en buenos términos con el señor de Aguilar. No pudo. Con un suspiro, puso una mano sobre el hombro del paje.

—Martín. ¿Ves tú quién es ese caballero?

—Gutier Fernández de Toledo, señor —respondió sin asomo de duda.

—Buena vista tienes, para verle la cara con tan poca luz.

—La cara no, pero sí las armas del escudo. Y son las de don Gutier. —Y era cierto porque, en aquel amanecer frío y ventoso, había logrado distinguir un león y una torre en el escudo del jinete.

—Don Gutier es buen caballero, y muy amigo de don Alfonso. —El viejo Carrillo asintió grave—. Supongo que se ha adelantado a las tropas para conversar con él. Pero esto ya no tiene remedio.

Hizo una pausa, antes de añadir sin ocultar su satisfacción:

—Ya que viene al caso, me alegra ver que has aprovechado tus lecciones de heráldica.

Sin esperar respuesta, se puso a otear de nuevo. Se oía un rumor sordo y lejano, amalgama de gritos de guerra, trompetas, atabales, timbales, resonar de hierros, relinchos y patear de corceles. La agitación de la infantería, así como el tremolar de banderas y pendones, indicaban que iba a comenzar el asalto. Se giró hacia Martín, que aguardaba envuelto en su capa parda, tratando de no tiritar. Observó con afecto a aquel mozo de catorce años, de cabello rubio oscuro, y ojos pardos y algo almendrados, que prometía hacerse hombre, si no alto, sí recio.

—En los años que has estado conmigo, he procurado darte la mejor educación que me fue posible. Que aprendieses de armas, y también de letras. Enseñarte modales. Inculcarte los valores que debe tener un hombre de bien. Me hubiera

gustado tener más tiempo, verte crecer y armar... —Meneó la cabeza—. Pero es Dios quien dispone y no puede ser. Aquí hemos de separarnos, Martín.

El muchacho abrió la boca, estupefacto, pero el caballero alzó una mano, severo.

—Se acaba el tiempo. No me interrumpas. Has de salir de aquí. La villa está a punto de caer. Ya ves que nadie guarda los muros. El rey no es compasivo y la soldadesca suele ser sanguinaria. No debes estar aquí dentro cuando lleguen.

—Si todo está perdido, vámonos juntos, señor.

Pero Juan Carrillo negó despacio.

—Yo estoy condenado, me quede o me vaya. —Se pasó los dedos por la barba cana y puntiaguda—. Caí en desgracia ante el rey cuando me exigió la entrega de los castillos que administraba en nombre de doña Leonor de Guzmán. Obedecí porque era el rey, pero a disgusto, y él lo supo. También supo cuánto me pesó que después la hiciese matar. Ya me guardaba rencor, y no me perdonará ahora. Me quedo. No quiero que me den caza por los caminos, como a un salteador. Estoy ya viejo para juegos.

—Entonces, mi sitio está a tu lado.

—No. Tú tienes una vida por delante. —Meneó de nuevo la cabeza—. Sálvate, Martín. Hazlo por mí. Un hombre ha de perpetuarse, ésa es la ley natural. Perpetuarse en sus hijos, sí; pero también transmitiendo los valores que han dado sentido a su vida.

Hizo una pausa para observar a los dos jinetes, que aún conversaban a cada lado de la barrera.

—La peste negra se llevó a tu familia y yo te acogí en mi casa, por afecto a tu difunto padre, que fue amigo mío. Te he criado como a un hijo. No consentiré que mueras tan joven, y menos por nada.

Martín, envuelto en su capa, se agitó abrumado, pero de nuevo Carrillo le acalló con un gesto, antes de sacar, de las mangas de su albornoz, un par de cartas.

—Fui el otro día a un escribano y le dicté mis voluntades. Yo no sé escribir como tú. —Sonrió a la manera de los ancianos que recuerdan—. Soy viejo, nací en otro siglo. Eran tiempos bien distintos, cuando lo único que necesitaba saber un caballero era de guerra y armas.

Le tendió una carta.

—Aquí te adopto como hijo mío.

—Señor...

—¿No te he dicho que no hay tiempo para efusiones? Tengo poco tiempo y mucho que contarte. No puedo legarte nada, porque eso te ganaría la animadversión de mis hijos y hermanos, y sin duda litigios que no podrías ganar. Pero sí puedo darte lo que es uno de mis bienes más preciados.

Se abrió la parte superior del albornoz y, para estupor de Martín, sacó su espada lopera, que llevaba dentro, en su vaina y colgante de un cordón de cuero.

—Toma mi espada. —Se la tendió—. Tómala te digo, que no muerde ni es reliquia

sagrada. Sé que voy a morir aquí, hoy mismo, y no quiero que mi espada acabe en poder de cualquier esbirro. No es hierro antiguo, pero sí de calidad y muy honorable. Encargué su forja a uno de los mejores espaderos de Toledo. Ahora es tuya. Cuida de ella y nunca la deshonres.

Martín cogió por fin la lobera, con las dos manos y respeto casi sagrado. Juan Carrillo enarboló la otra carta.

—En esta, ruego a mis parientes y amigos sinceros que te acojan y ayuden, en la medida de sus posibilidades. Has estado conmigo cuatro años, así que sabes de sobra quién me quiere bien y quién no. Recurre a los primeros. —Sacó ahora una bolsa—. Y por fin, esto. Un puñado de maravedís para que te sustenten estos días. Ojalá pudiera darte más.

Volvió el rostro. A lo lejos, entre un gran clamor y ondear de pendones, el ejército real se había puesto en marcha, flanqueado por jinetes al trote.

—Ya vienen. Corre. Baja y ve a nuestro establo. Allí te espera un buen mulo. Te hará mejor servicio que un caballo, que son más delicados, cuestan mucho de mantener y despiertan la codicia.

Los dos jinetes, a uno y otro lado de la barrera, también parecían estar despidiéndose. Carrillo frunció el ceño.

—Aprovecha la oportunidad que se te brinda. Aún puedes alcanzar a don Gutier, al que tengo por amigo. Menciónale mi nombre y él te hará salir sano y salvo del asedio.

El chico, sujetando la lobera con la zurda, se las ingenió para guardar bolsa y cartas bajo la capa. Pero no se decidía a marcharse. Removía los pies y parecía buscar palabras. Carrillo se permitió una sonrisa, entre sabia y melancólica.

—Corre, hijo. No hay tiempo que perder. Te acostumbrarás a las despedidas definitivas. A su tiempo, esperemos que lejano, otros se despedirán de ti para siempre. Cuida bien de mi espada y buen nombre, y recuerda lo que te he enseñado. Alfonso Coronel, en cuanto se despida de Gutier, se irá a rezar. Le conozco bien. Yo también iré ahora a ponerme en paz con Dios, ya que no tardaré en rendirle cuentas. Y tú, aligera.

Martín aún vaciló para luego, llevado de un impulso, tomar la diestra del caballero y besarla. Este, a su vez, pareció caer entonces en la cuenta de algo. Se sacó un anillo de oro, con sus armas, para entregárselo.

—Conserva también esto. Y llévate mi bendición, hijo.

Las manos en las mangas del albornoz, se quedó mirando cómo su paje abandonaba por fin la muralla, ahora a la carrera, por la escalera más próxima, la espada envainada en la mano. Aún le gritó desde lo alto:

—¡Busca la protección de los amigos que están con el rey! ¡Y, si has de viajar, hazlo en grupo, que los caminos están llenos de forajidos!



No se equivocaba Juan Carrillo respecto a las intenciones del señor de Aguilar. Apenas concluida la plática con Gutier Fernández de Toledo, que le había informado, pesaroso, de que no podía esperar clemencia del rey, entró de nuevo en la villa. Se armó y, cubierto de loriga y almófar, acudió a la iglesia sita en la cortadura del cerro, a la sombra misma del castillo. Se oficiaba misa y, en aquel interior frío y en penumbras, entre el rumor de rezos y el aroma de los sahumeros, trató de poner paz en su alma. El templo estaba casi vacío y, aparte del cura y el monaguillo, no había más que un puñado de ancianos, ya que, los que no habían huido al amparo de la noche, aguardaban su destino encerrados en sus casas.

El otrora poderoso Alfonso Coronel no pudo ni acabar de oír misa. Unos tintineos metálicos a las puertas le hicieron volver la cabeza, mano sobre la espada. Pero no era sino uno de sus escuderos, de los pocos que todavía no le habían desamparado, que llegaba a toda prisa a avisarle de que los enemigos estaban entrando ya por la brecha.

Coronel se lo agradeció, le dio la mano a besar y, pese a sus protestas, le ordenó abandonar la villa y buscar el perdón real. Se entretuvo unos instantes aún en la iglesia y, no bien el sacerdote consagró la forma, se santiguó y salió fuera, al sol.

A las puertas de la iglesia, con párpados entornados, echó la mirada cuestras abajo. Las tropas del rey invadían la villa, en efecto, pero no en masa. La mayor parte se había detenido fuera, quizá para evitar un saqueo brutal. Al pasar los ojos a la muralla, alcanzó a distinguir a dos a caballo, con las cruces negras de la Orden de Calatrava sobre vestes blancas, que parecían dirigir el asalto. Los estudió unos momentos, ganado por la curiosidad. Pero luego, al ver cómo los ballesteros subían por las calles en pendiente se dio la vuelta y se alejó como hombre que camina en sueños.

Los dos calatravos, maestro y comendador de la orden, y también tío y sobrino, habían dividido a su vez al derrotado señor de Aguilar. No eran los únicos, ya que varios escuderos reales habían comenzado el ascenso, dispuestos a prenderle.

Los calatravos lo vieron todo desde lo alto de sus corceles de guerra, engualdrapados en blanco. Los escuderos subían las cuestras con martillos de guerra y mazas en las manos, apoyados por algunos ballesteros, aunque nadie esperaba encontrar resistencia. Desde su posición, el maestro y el comendador tenían, ante los ojos, buena parte de la villa, con las casas dispersas por la falda de la colina, el barrio alto más arriba, en la propia ladera, y encima de todo el castillo. Los soldados iban casa por casa, haciendo salir a los que encontraban dentro: ancianos testarudos unas veces, de los reacios a abandonar sus hogares, pero también partidarios de Coronel, de los que no confiaban en conseguir el perdón.

El maestro de Calatrava, Juan de Prado, al observar cómo los escuderos reales se

acercaban ya a la torre en que se había refugiado Coronel, no pudo por menos que agitar la cabeza, haciendo tintinear las mallas del almófar.

—De esta no sale —murmuró entre dientes—. ¿Qué necesidad tenía ese hombre de meterse en un lío así?

—Ha sido la soberbia —repuso con voz profunda el comendador—. Se creyó lo bastante fuerte como para desafiar al rey. Y ahora va a pagar el error.

Si el maestro era caballero añoso, de barba blanca y cuerpo flaco, el comendador era un hombrón en la plenitud de sus fuerzas. Pedro Carpintero lucía una barba enorme y el cráneo afeitado, a la manera templaría, según habían hecho costumbre, esos años, algunos guerreros de las órdenes militares, los más indómitos, que afeaban de esa guisa al Papado por haber consentido la ruina del Temple. Su gran estatura y aspecto belicoso, sobre todo así, vestido para la guerra, le daban aspecto de hombre con el que no convenía bromear.

Juan de Prado meneó la cabeza, los ojos aún en lo alto.

—Más que soberbia, yo diría codicia primero y miedo después. Se enredó a sí mismo, traicionó a Alburquerque y luego ya no supo cómo salir. Se atrincheró aquí, desoyendo buenos consejos. Me asombra que un hombre de su experiencia se haya metido en una trampa como ésta. Al final, el miedo le ha llevado, precisamente, al fin que tanto temía. Son las paradojas del destino.

—La soberbia le llevó a enfrentarse con quien no debía. Creyó tener banderizos y aliados bastantes como para plantar cara al rey. —Señaló con su martillo de guerra hacia la torre, rodeada ya de escuderos—. A la vista salta que no.

—Algo de razón tienes.

—Mira. Hablando de Alburquerque, por ahí viene.

El maestro de Calatrava apartó por fin los ojos de la parte alta de la villa. Por las puertas, ahora de par en par, entraba un hombre maduro, robusto, de modales reposados y ropas lujosas. Montaba mula de ricos jaeces y le escoltaban sus propios hombres de armas, muchos de ellos luciendo tabardos con su escudo. Era, en efecto, el mismísimo Juan Alfonso de Alburquerque, noble portugués, descendiente de reyes, en tiempos ayo del rey y ahora su canciller mayor; el hombre más influyente del reino. Había sido una disputa entre Alburquerque y Coronel, por la villa de Burguillos, lo que había empujado al segundo a esa rebelión descabellada.

Soplaba de nuevo el viento, haciendo flamear banderas y ropajes. Juan de Prado hizo girar su montura y volvió el rostro hacia su sobrino.

—Has llevado bien tu parte del asalto.

—Gracias, tío.

—Pero deja que te advierta algo. Has entrado, guiando a las tropas, a cabeza descubierta, tal como estás ahora, sin casco ni almófar.

—No me molesta el frío.

—No te estoy hablando del frío. Es una temeridad entrar así en plaza enemiga.

—Más bien, plaza conquistada antes de entrar. Todos abandonaron al pobre

Alfonso Coronel. —Carpentero se acarició la gran barba, al tiempo que paseaba la mirada por las casas—. No había peligro alguno.

—*No hay peligro.* —El maestro de Calatrava sonrió con hastío—. ¿Cuántos hombres habrán muerto con esa frase en los labios? No hay que ser valeroso, ni muy hábil, para meterle a alguien un saetazo entre ceja y ceja.

—Tienes razón, tío —admitió Carpentero, al tiempo que volvía a sobarse, turbado, la barba, porque a veces se sentía como un niño al lado del maestro, curtido en muchas guerras.

—Has de ser prudente. Guardarte en todo momento las espaldas. No es sólo tu vida la que te juegas. Recuerda que tienes hermanos a tu cargo y no debes fallarles.

—Me inclino ante tu experiencia, tío. —La mano, aún sobre la barba, vaciló por un instante—. Pero, si hablamos de guardarnos las espaldas, quizá debieras aplicarte el cuento.

El maestro puso en él los ojos.

—¿A qué te refieres?

—Eres mi tío. Te debo el cargo de comendador y sabes que te respeto.

—Me consta. Y también que, a veces, eres demasiado cumplido —suspiró, al tiempo que movía la cabeza, con tintineo de mallas—. Déjate de rodeos.

Carpentero señaló con la barbilla al canciller mayor, que se adentraba en la villa rodeado de sus guardas.

—La estrella de Alburquerque palidece.

—¿Ante qué?

—Ante la de la amante del rey. Alburquerque ya no goza de tanto favor como antes. Los Padilla se están haciendo poco a poco con los oficios de la Casa del rey. —Frunció el ceño—. ¡Qué mal negocio hizo Alburquerque el día que metió a esa mujer en la cama del rey!

—Eso son chismes, habladurías.

Bien sabía el maestro de qué hablaba su sobrino. Un año antes, María de Padilla era sólo una joven de buena familia, dama en el séquito de Isabel de Meneses, esposa de Alburquerque. En casa de éste la había conocido el rey y hecho su amante. Según las malas lenguas, el canciller mismo había propiciado la relación, para manejar mejor al joven monarca. Pero María, o sus ambiciosos parientes, tenían planes propios.

Desde su encuentro en Asturias, se había vuelto inseparable de don Pedro, le acompañaba a todas partes, y su parentela se había convertido en la mayor amenaza para la privanza indiscutida que ejercía Alburquerque.

—En fin. ¿A dónde quieres llegar, sobrino?

—A que, si Alburquerque cae, esa caída puede salpicar a los que estén demasiado cerca de él.

—Sigue siendo el hombre más poderoso del reino.

—Hoy sí. Pero ¿y dentro de un tiempo?

—Tiempo, tiempo... ¿Quién sabe lo que nos depara el futuro? Sigo sin ver a

dónde quieres llegar.

—Eres íntimo amigo de Albuquerque. Puedes verte perjudicado.

—Vivimos tiempos en los que es preciso elegir bando; ya no para ganar, sino para preservar lo que se tiene. Uno no puede permanecer al margen. Ya me lo advirtió mi padre de pequeño y siempre lo he tenido en cuenta. Juego a banderías porque no me queda más remedio. Aparte de que, como has dicho, Albuquerque y yo somos amigos. No voy a desampararle si le llegan tiempos peores.

—Toma precauciones.

—No hay mejor precaución que evitar las intrigas y no mezclarse en negocios que puedan considerarse traición.

Pedro Carpintero fue a replicar, pero se interrumpió para olisquear.

—¿No hueles a humo? —preguntó inquieto.

—Sí. Algo se está quemando.

El comendador paseó la mirada, temiendo ver alguna columna de humo.

—Espero que nadie haya causado un incendio. El rey ha mandado respetar la villa y, si se quemasen casas, sería para mí un baldón.

—Siempre tan puntilloso. Eso está bien. —Esbozó una sonrisa—. No veo ninguna humareda y juraría que a lo que huele es a leña quemada. Algún soldado habrá encendido fuego para calentarse. No le culpo. Hace un frío de mil diablos.

—Supongo que tienes razón —convino el comendador, aún receloso.

—Claro que la tengo. Si se hubiese desatado un incendio, ya habrían dado la alarma. Creo que debiéramos imitar a ese sabio desconocido que ha encendido fuego. Aguilar es nuestra y yo tengo frío. Mira: ya bajan los escuderos reales a Alfonso Coronel, preso. Quiero calentarme un poco, y no deseo presenciar lo que, me temo, está a punto de ocurrir.

En efecto, dos escuderos reales con tabardos, con las armas reales bordadas, bajaban a un hombre desarmado.

—Que Dios se apiade de él, porque no creo que el rey lo haga —murmuró Carpintero.

—Coincido contigo, sobrino, y me reafirmo. No quiero quedarme aquí y ser testigo de ciertos hechos. Vámonos. Deja a tus lugartenientes al mando y volvamos a mi tienda, a calentarnos y tomar algo.

El que se dio casi de bruces con el señor de Aguilar fue Albuquerque. Los escuderos reales habían desarmado a este último, dejándole sólo un gambax<sup>[1]</sup>, que de poco le iba a servir en un trance así. Albuquerque, no queriendo humillar más al que primero fuese su aliado y luego enemigo, tuvo el gesto de bajarse de la mula para acercarse a él.

Así se vieron las caras, por última vez, el canciller y el ricohombre vencido. Alfonso Coronel no se mostraba abatido ni desafiante; parecía resignado a su suerte y, aunque sostuvo la mirada del otro, lo hizo con ojos de alguien que ya está lejos de todo. Albuquerque, al ver lo mucho que había envejecido en pocos meses, no pudo

evitar conmovirse un poco.

—Me pesa verte en esta situación, don Alfonso. Lo digo de veras.

Y, como el otro no respondía, se metió las manos en las mangas, ribeteadas de piel.

—¿Por qué porfiaste tanto, en algo de tan poco provecho? Eras alguien con peso en estos reinos, y mira en qué situación te encuentras ahora.

Alfonso Coronel pareció volver en parte de lejos, para contestar con esa solemnidad que da el fatalismo.

—Esta es Castilla, don Juan Alfonso, que hace a los hombres y los gasta. Yo bien veía a dónde me conducía todo esto; pero no pude impedirlo, ni desviarme de mi destino.

Alburquerque no supo qué responder a eso. El prisionero preguntó, cabizbajo:

—¿Me llevarás a presencia del rey?

—Eso no es posible —contestó con pesadumbre, y parecía sincero—. Hace tiempo que te ha sentenciado.

El preso encajó con tanta calma que logró incomodar a los escuderos que le flanqueaban, y aun a Alburquerque mismo.

—No esperaba otra cosa. De hecho, tenía la certeza de que la justicia de Dios habría de alcanzarme justo hoy, y no ayer o mañana.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tal día como hoy, dos de febrero, hace años, mandé degollar a Gonzalo de Oviedo, que era maestro de Alcántara y se había rebelado contra el rey. Hace días, tuve la corazonada de que yo mismo habría de morir en igual fecha y de igual manera, en justa retribución. Y no me equivocaba. Así se cumple la ley de Dios.

Alburquerque no contestó nada, porque nada había que contestar. Pero, al alzar los ojos, no pudo ahorrarse un sobresalto. A sólo unas varas de distancia, a espaldas del prisionero, estaba el propio don Pedro. Montaba un corcel negro y vestía armadura, sobreveste roja con las armas de Castilla y León, pellote de ricas pieles, almófar y corona. Llevaba una partesana atravesada sobre la silla y los ojos puestos en el noble vencido.

El canciller aguardó un momento, por si se acercaba o hacía alguna indicación. Pero los ojos grises del monarca eran como piedras y a su rostro, joven y lampiño, asomaba una obstinación que el otrora ayo real conocía de sobra. La misma que mostraba de niño, cuando ni palabras ni castigos lograban hacerle entrar en razón. Y por ese gesto supo Alburquerque que no cabía esperar piedad. Se encaró con el vencido.

—Te perdono las ofensas que me puedas haber hecho. Te ruego que hagas tú lo mismo conmigo. Y que Dios nos perdone a ambos. —Se dirigió a los escuderos—: Entregadle a los alguaciles reales para que se ejecute sentencia. Es el rey el que lo manda.

Se lo llevaron cuesta abajo, sin que opusiera ninguna resistencia. El rey siguió aún



allí sobre su caballo, observando cómo descendían, antes de tirar de las riendas y marcharse. Alburquerque, meditabundo, también abandonó la villa conquistada, con una sensación desagradable aleteándole por las entrañas.

Ese 2 de febrero de 1353, los alguaciles reales sacaron a Alfonso Coronel a un muladar extramuros y, en aquel lugar inmundo, un ejecutor lo degolló sin otro trámite que permitirle recibir los sacramentos. No fue la única víctima, ese día, de la justicia del rey. Murieron su sobrino Pedro Coronel, su compadre Juan Carrillo y varios de sus banderizos más destacados. Los soldados fueron puerta a puerta y, cuando daban con alguno de los inscritos en la lista de condenados, lo entregaban sin dilación a los ejecutores.

Pero el rey don Pedro no se entretuvo a cantar victoria ni a presenciar esas muertes, ni a ver cómo cumplían sus órdenes de derribar las murallas de Aguilar. Para estar presente en el asalto final, se había visto obligado a dejar en Córdoba a su amante, María de Padilla, que estaba a punto de dar a luz. Ella quería acompañarle, pero físicos y matronas se habían opuesto a un viaje en esas condiciones. María era pequeña de cuerpo, primeriza, y era locura exponerla a los malos caminos y los rigores del invierno. El rey también lo entendió así.

Al tiempo que la vanguardia de calatravos invadía Aguilar, se presentó a él un mensajero procedente de Córdoba. Había galopado sin descanso para comunicarle que María había dado ya a luz, que se encontraba bien y que el recién nacido era niña. Así que, apenas ver los pendones reales ondeando sobre los muros de la villa, y a Alfonso Coronel preso, anunció que se volvía a Córdoba. Sus guardas, cambiando miradas furtivas, ensillaron sin rechistar y se dispusieron a deshacer todo el camino en el menor tiempo posible.

De Aguilar a Córdoba mediaban más de diez leguas, por lo que la comitiva, pese a viajar a buen paso, no pudo llegar hasta entrada la noche. Los guardias de la Puerta del Río se sacudieron la modorra y abandonaron sus braseros de barro para abrir un portillo, atónitos ante esa aparición intempestiva del rey. No pocos vecinos de la Medina Vieja se despertaron, sobresaltados por el resonar de cascos. Más de uno, sentado en su cama, en la oscuridad y con el corazón en vilo, se preguntó qué podía significar esa galopada nocturna por las calles y por qué las rondas se avisaban con ululatos largos.

Una llegada a deshora que no por eso pilló a trasmano al tío de María de Padilla, Juan de Henestrosa, que sabía medir a los hombres y ya imaginaba que el rey habría de obrar así. Sabía de la caída de Aguilar, por lo que aguardaba en vela y así pudo estar presente en el patio del alcázar para recibir a don Pedro.

Alguno de los presentes esa noche contó luego que Henestrosa, envuelto en capa

negra, sujetó él mismo las riendas del monarca, mientras éste descabalgaba, sin que a nadie sorprendiesen tales libertades. Porque Henestrosa —maduro, hombros anchos, sienes canas y gran bigote negro, de modales abiertos y ojos duros— era el jefe de la camarilla que, a la sombra de la amante del rey, ganaba poder de día en día.

No bien puso don Pedro pie a tierra, Henestrosa le besó las manos para luego, con esa dignidad natural que tantos envidiaban en él, informarle de que María había alumbrado a una niña. Los pajes sujetaban linternas y antorchas y, al resplandor, soldados y domésticos se arremolinaban, a distancia de respeto. Si alguien esperaba sorprender mueca de disgusto en el rey al saber que su primer hijo era hembra, se vio chasqueado. Don Pedro se limitó a asentir y estrechar manos con Henestrosa; antes de, sin ceremonia, entrar a grandes trancos, con esos andares suyos producto de una cojera muy leve.

Con el andar de los años dirían que, esa noche, el rey don Pedro se quedó arrobado cuando las nodrizas le mostraron a su primera hija. Pero Henestrosa, que sí estuvo presente, y que llegó a escuchar tal versión, con una sonrisa en los labios, guardaba un recuerdo bien distinto.

Pese a la hora, algunos cortesanos aguardaban en la antecámara de María; una estancia amplia, guarnida con toda clase de comodidades. Alfombras de colores ricos, tapices con escenas de caza. Pocos muebles, pero de maderas nobles y bien trabajadas. Lámparas y velas. Un gran brasero de cobre, rebosante de ascuas. Las matronas insistían en la necesidad de caldear bien los aposentos de la dama, temiendo los efectos del frío y la humedad —causada por el Guadalquivir— sobre su salud. En un rincón, las hierbas aromáticas se quemaban en pebetero de barro, llenando la sala de olores ricos.

No sumaban diez los presentes: parientes y amigos de María. Unos dormitaban en su silla y otros conversaban en voz baja; pero a todos les cogió por sorpresa una entrada tan brusca. Don Pedro les descargó del protocolo con un ademán.

Una nodriza de ropas pardas y blancas se apresuró a presentar al bebé ante el rey. Cierto es que, por un instante, don Pedro se quedó observando con sus ojos grises a aquella recién nacida, envuelta en pañales de telas finas y bordadas. Luego la recogió con cuidado. La niña lloraba, diminuta entre las manos de aquel hombre joven, alto y fuerte, de cabellos rubios, nariz aguileña y ropajes ricos, cubiertos por el polvo de los caminos.

La alzó. Se la acercó al rostro, como si quisiera verla mejor al resplandor oscilante de las luces. Hizo un amago torpe de acunarla, sin que eso acallase su llanto. La observó luego con el ceño fruncido, no de disgusto, sino porque algo estaba pensando. O eso supuso Henestrosa, al ver cómo ladeaba la cabeza. Por último, devolvió la niña a la nodriza y fue como si se olvidase de ella. Hizo un gesto a Henestrosa, para que se acercase.

—¿Y María?

—En su cuarto, descansando, señor.

—¿Como está?

El chisporroteo de las mechas hacía asomar destellos de inquietud a los ojos del monarca, cosa que no dejó de ablandar un poco a su interlocutor. Como muchos hombres de acción, Juan de Henestrosa estaba forjado con metales contradictorios. Frío unas veces, sentimental otras. Ora intrigante, ora impulsivo. Y, en ese instante, al percibir los temores del rey, recordó que don Pedro no tenía más que dieciocho años y María veinte. Poco más que niños, a ojos de alguien tan baqueteado por la vida como él.

—Su estado es bueno, señor. Perded cuidado —le tranquilizó con amabilidad digna—. El parto ha ido bien. María es primeriza y no muy ancha de caderas. Es normal que esté agotada y, por eso, guarda reposo.

—Estará ya dormida.

—No lo estaba hace un rato, cuando avisaron de vuestra llegada. Seguirá despierta, supongo.

Don Pedro, no bien oyó eso, se apartó, dejándole casi con la palabra en la boca, para cruzar la puerta privada de María. Henestrosa se quedó con los ojos puestos en ese umbral, la zurda posada al descuido sobre el pomo del puñal y una sonrisa casi imperceptible en los labios. Se preguntó qué primeras palabras cambiarían; si guardarían las formas y las frases iniciales serían de cortesía o, por el contrario, de amor y reencuentro. Pero no tardó en arrimársele Diego de Padilla, hermano de María, y aventar todas esas cavilaciones amables.

—¿Te has fijado en su cara? —susurró. Aunque no había en la estancia sino allegados, ya que la nodriza se había llevado al bebé, tuvo la sensatez de hablar bajo.

—¿Cómo no hacerlo? —contestó en igual tono, la sonrisa aún flotando bajo el bigote negro—. Se llama amor, Diego. El rey es joven y no sabe aún disimular en ciertas circunstancias.

—Se nos presenta una buena oportunidad.

—Paciencia. —Henestrosa reprimió un suspiro, sabedor de que su sobrino le instaba a aprovechar para tratar de obtener alguna prebenda del rey—. Cada cosecha ha de hacerse en la justa fecha.

—No me salgas con refranes campesinos. —Diego gruñó, oscureciendo el gesto.

—Salgo con lo que creo oportuno. Y a mí no me repliques así, sobrino.

Henestrosa no había alzado la voz, ni cambiado de expresión, pero algo en su tono —las palabras no llegaron a oír las— hizo que los presentes se volvieran a observarles y que se hiciera el silencio en la sala. Henestrosa sostenía con ojos duros la mirada enrabiada de Diego, y así pasaron largos instantes. Las luces parpadeaban, el resplandor rojo del brasero danzaba sobre los tapices, el humo azul del pebetero giraba en espirales lentas en una esquina, mientras todos observaban aquel duelo mudo.

A Diego de Padilla, pese a ser buen mozo, le arrojaba cierto aire de ruindad. Rasgos tal vez muy afilados, rictus a veces tenso en demasía, ojos entre castaños y

verdes a los que, en ocasiones, asomaba una luz no muy cabal. De modales y tino en condiciones normales, perdía la compostura cuando lo contrariaban, lo que era fuente de preocupaciones para su prudente, a la par que ambicioso, tío materno.

Fue Diego el que cedió, aunque se le notó el esfuerzo.

—Disculpa, tío. Pero mi hermana acaba de dar una hija al rey. Creo que él, ahora, nos daría cuanto le pidiésemos.

Henestrosa optó por ponerle una mano sobre el hombro, con confianza.

—Paciencia, Diego. Esa es la clave: paciencia.

—Pero...

—Piensa en lo que hemos conseguido. Cargos, privilegios, honores; nos los ha concedido don Pedro, sin necesidad de pedirle nada. ¿Quién nos iba a decir, el año pasado por estas fechas, que tanto tú como yo seríamos oficiales mayores en la Casa del rey, o que nos sentaríamos en su consejo privado?

Al ver que Diego se removía, le oprimió con más fuerza el hombro.

—Cuando vuelva a aparecer el rey, que nadie le haga peticiones. ¿Entiendes? No es el momento, ni serían formas. Creo que sé conocer a los hombres y don Pedro es de los que dan por propia voluntad y son más que avaros con los pedigüenos.

Pero el soberano tardó en volver. Tanto que Henestrosa llamó a un criado y le encargó vino caliente y especiado, para que los presentes se calentasen un poco las tripas. Estaba tomando él mismo sorbos del brebaje cuando el rey reapareció con tanta brusquedad como se había ido. Rechazando la copa que le ofrecían, se llevó a Henestrosa a una esquina.

—María está fatigada pero bien, tal como decías. Habrá que encargarse de misas para dar gracias a Dios. —Volvió un poco la cabeza, con el ceño fruncido—. Ese soniquete...

Su interlocutor tardó unos instantes en caer en a qué se refería.

—¿Os referís a la noria, señor? —Aquella rueda gigantesca giraba día y noche, sin tregua, movida por las aguas del Guadalquivir y, siendo aneja al Alcázar, su sonido estaba siempre presente en el interior.

—Es un ruido muy molesto.

—Se acostumbra uno con rapidez —repuso el otro, prudente—. Esa noria hace un gran servicio a la gente de Córdoba.

—Habrá que pararla estos días. María necesita reposo y silencio.

—Sería un error, señor. Ella comenta que ese sonido, de rueda al girar y al girar, la sosiega. Dice que es como una nana que la arrulla y la ayuda a descansar.

—Entonces... —El rey titubeó, pillado a trasmano, para luego olvidarse del tema—. Yo quería hablarte de otra cosa.

—Os escucho.

—Verás. —Bajó la voz, como si no quisiera que le oyesen. Los demás parientes y amigos de María estaban agrupados en torno al brasero, bebiendo vino caliente y charlando; aunque debían estar haciendo oídos, tratando de captar algo—. Sabrás ya

que Aguilar ha caído, y que he hecho ajusticiar a Alfonso Coronel.

—Sí lo sabía, señor. Pero no tuve tiempo de felicitaros antes por ello.

—¿Cómo te has enterado tan rápido?

—Un mensajero me trajo la noticia esta noche, antes de que llegaseis. Yo me la reservé, y le mandé callar; pero supongo que vuestros escoltas ya deben estar contándoselo ahora a todos.

—¿Ese mensajero te lo envió alguno de mis oficiales?

—No. Uno de mis hombres, al que encargué de que me tuviese al tanto. Espero que no os moleste.

—Para nada. Aprecio que los míos sean alertas y diligentes. —Zanjó el asunto con un ademán—. Lo que quiero comentarte hace relación a la caída de Aguilar.

—Os escucho.

—Mientras cabalgaba hacia aquí, estuve pensando. He decidido dotar a mi hija con lugares que hasta ahora han sido de Alfonso Coronel.

Henestrosa le observó, mudo por la sorpresa. El rey no le dejó replicar.

—Tengo que meditarlo con más calma. Pero he pensado darle Mondéjar y Yucos, y los castillos de Montalbán y Capilla. —Se acarició el mentón fuerte y lampiño—. Y tal vez Burguillos. Ya veremos.

—Me alegro por mi sobrina y su hija, pero no sé si eso último será prudente. —Henestrosa, a su vez, se acarició el gran bigote negro—. Burguillos provocó la disputa entre Alburquerque y Alfonso Coronel, a quien Dios haya perdonado. Fue la causa por la que se rebeló contra vuestra autoridad.

—¿Y qué?

—Alburquerque quería Burguillos. Una decisión así no le gustará.

—Tendrá que conformarse. Otros lugares le he dado. No creo haber escatimado con él.

—Como vos decidáis, señor.

—Te tengo por hombre juicioso y por eso recurro a ti. Quiero que los lugares designados pasen de forma efectiva a mi hija, lo antes posible. Elige tú mismo a los alcaldes y hombres de confianza que han de guardarlos y administrarlos en su nombre.

—¿Cuándo se hará público?

—Estoy cansado. Ha sido un día largo. Mañana, cuando tome la decisión final, que no creo que sea muy distinta de lo que hoy te he dicho, llamaré a mis cancilleres para que quede escrito y sellado. Luego, mandaré que lo pregonen por todo el reino.

—Entonces, mañana mismo empezaré a buscar a los hombres más adecuados. Quedaos tranquilo respecto a eso.

## 4

Por caminos de barro duro y hielo, Juan Alfonso de Alburquerque regresó a Castilla, a marchas forzadas, a finales de ese mismo febrero. La ruta discurría entre campos cenicientos, de rastrojos quemados por las heladas, y arboledas desnudas. El frío era intenso, el viento una navaja y Alburquerque, que no era joven, se resentía del clima y las marchas forzadas pero, aun así, no se permitió más descansos que los imprescindibles. Durante su estancia en Portugal, se había mantenido al tanto de cada decisión del rey, desde los festejos por el nacimiento de su hija a cómo había dispuesto de los estados de Alfonso Coronel.

Su esposa, Isabel de Meneses, le había enviado mensajeros con largas cartas, todos los días, y, mientras volvía ya a Castilla, varios emisarios más le habían salido al paso. Él mandaba siempre parar, para leer las misivas y, a veces, cambiar unas palabras con los correos; pues había nuevas que nadie osaba poner por escrito. O eso suponían los acompañantes del canciller mayor, porque él no daba explicaciones. Pero, a tenor de su talante, más adusto a cada etapa, las nuevas no debían de ser nada halagüeñas.

Alburquerque había despachado diligente los asuntos pendientes en la corte portuguesa, para así volver cuanto antes junto al joven rey, receloso de lo que pudiera ocurrir en su ausencia. Perro viejo y avisado, no necesitaba de astrólogos para saber que su estrella declinaba en Castilla. Se había ausentado a disgusto, enviado por el propio rey don Pedro a la corte de su abuelo materno, Alfonso VI de Portugal. Alburquerque era descendiente, por vía ilegítima, del rey Dinis de Portugal y gozaba del favor de don Alfonso, quien, además, no quitaba ojo a cuanto ocurría en Castilla.

Alburquerque salió de la corte portuguesa con tantas prisas que renunció incluso a viajar con el boato de costumbre. Atrás dejó sirvientes, acémilas, bagajes y hombres de a pie para, guardado por unos pocos de a caballo, entrar en tierras castellanas. Fue pernoctando en lugares propios, o de amigos y aliados pero, en la última etapa, se encontró con que su mayordomo mayor, Ruy Cabeza de Vaca, le estaba esperando. Había considerado este caballero que su señor no debía presentarse al rey sin la dignidad de sus cargos y, así, los viajeros se encontraron con que a la vera del camino les esperaban gran número de vasallos y criados de Alburquerque.

El canciller desmontó sin tardanza y se quitó los guantes para permitir que Cabeza de Vaca le besase las manos, antes de abrazarse. Luego se fueron los dos aparte, a charlar en privado, y los compañeros del canciller aprovecharon para descabalgarse también, estirar las piernas y acercarse a las fogatas. Allí se quedaron todos de buena gana, calentando las manos con el fuego, la tripa con aguardiente y la cabeza con

pláticas y chismes. El viento agitaba las llamas, los gallardetes al extremo de las lanzas y los pendones. Los hombres se frotaban las manos, tiritaban, daban saltitos y maldecían por lo bajo. En días así, rasos y gélidos, era menester proteger hasta las partes metálicas de armadura con telas, so pena de congelarse las carnes.

Volvieron canciller y mayordomo, y malas nuevas debía de tener el segundo porque el primero se mostraba tan sombrío que, tras reanudar la marcha, nadie se animó a acercarse a su caballería. Puede que, por eso, Juan de la Cerda adelantase su mula para ponerse a la par de Cabeza de Vaca. El mayordomo mayor, que en esos instantes cabalgaba atento a que todos cumpliesen con su cometido, sacó sin embargo tiempo para dedicarle unas palabras amables.

—Don Juan. Me alegra volver a saludarte y más en este día, en el que está por acabar una dura prueba.

Cabeza de Vaca era de esos hombres que infunden confianza con su sola presencia: de edad madura, aspecto noble y modales sobrios, lucía barba corta y apuntada, ya gris, y un continente acorde a la dignidad de su cargo. Atuendo de buenos paños pero corte sencillo, mezclando ropas civiles y piezas de armadura, en ese estilo tan popular en la belicosa Castilla.

—Ha sido dura, sí.

—Hoy toca a su fin. En cuanto lleguemos a Torrijos, dejarás de ser un proscrito.

—Confío en ello. —El otro agitó la cabeza, haciendo ondear las plumas blancas que adornaban su gorro cilíndrico, azul oscuro.

Juan de la Cerda era joven y apuesto, de cabellos castaños, ojos oscuros y rostro agradable, favorecido por barba corta. Como su interlocutor, mezclaba ropas civiles y armadura, y se cubría con pellote de ricas pieles, para tener los brazos sueltos en caso de pelea. Entre las manos, cubiertas por guanteletes de cuero, portaba una gran lanza y, colgando de la silla, su espada lobera, una adarga triangular y un martillo de guerra que entrechocaban al cabalgar.

Aún hacía mucho frío, pese a que el sol ganaba altura. Los campos seguían blancos de escarcha, el aliento de hombres y animales formaba nubecillas, las herraduras y las botas hacían crujir el barro helado del camino. Cabeza de Vaca, que se cubría con una sencilla cofia de soldado, meneó a su vez la cabeza.

—Si albergas dudas, descártalas. Nuestro señor, el rey, ha atendido los ruegos de su abuelo sobre tu indulto. Apenas le beses las manos, obtendrás el perdón y serás libre de volver a tus asuntos.

De la Cerda volvió a asentir, aunque su semblante mostraba dudas, por lo que el otro insistió:

—¿Qué sucede? Si algo te preocupa, puedes hablar conmigo en confianza. Si no alzamos la voz, nadie tiene por qué oírte.

Una bandada de perdices levantó el vuelo, asustada polla cabalgada. Surgieron de golpe, de unas matas a la izquierda del camino, entre gritos y agitar de alas. Los ecos del revuelo reverberaron sobre los campos, pareciendo rebotar por las arboledas



dispersas. De la Cerda puso los ojos en aquel alboroto de aves.

—¿Crees en los agüeros?

—Allá donde me crie, todos creían —repuso Cabeza de Vaca, prudente.

—¿Y qué puede significar esto?

—Buena señal, sin duda. Se van por la siniestra, como se van todos los miedos.

Juan de la Cerda sonrió.

—Se te tiene por hombre cabal, mosén Ruy. Ya imaginarás qué me preocupa.

—Nada tienes que temer. El perdón es público. El pregonero real lo ha proclamado por doquier.

—Lo sé. Pero recuerdo cómo algunos magnates del reino acudieron al rey, hace no tanto, fiados de las seguridades que él les daba. Y cómo a más de uno lo hizo matar en el acto, sin juicio ni ceremonia. Bien lo sabes.

—Sí. —Cabeza de Vaca asintió. La barba gris y apuntada, así como la cofia con que se cubría, dieron al gesto solemnidad. En la memoria de todos estaba la muerte de Garci Lasso de la Vega, adelantado de Castilla, muerto en Burgos por los ballesteros del rey, en presencia de éste—. Pero tú no estás en la misma situación.

—Tan fácil es matar a un hombre como a otro.

—No si es el rey de Portugal tu valedor. Y ése es tu caso. No creo que nuestro señor quiera perder el favor de su abuelo, que siempre le ha apoyado en todo. Don Alfonso de Portugal puede querer mucho a su nieto, pero es muy rígido en cuestiones de honor. —Una nubecilla de vapor se le formó entre los labios—. No es hombre con el que pueda nadie bromear.

De la Cerda cabalgó un trecho antes de responder.

—Puede que tengas razón. Que el temor a enojar a su abuelo sea mayor freno que el respeto a la palabra dada.

—Duras palabras son éstas.

—Quedamos en que esta conversación era en confianza.

—Y lo es. De haber habido dudas, mi señor no te hubiese traído con él. Creo que todos en Castilla, empezando por el rey, estamos de acuerdo en que la cuestión Burguillos ya ha hecho correr suficiente sangre.

—Aguilar, Burguillos... todo eso no ha traído sino desgracias —murmuró entre dientes su interlocutor<sup>[2]</sup>.

Juan de la Cerda, descendiente de reyes, poeta brillante, diplomático y guerrero reputado, se había visto arrastrado a la guerra entre el rey de Castilla y Alfonso Coronel, por estar casado con la hija mayor de este último, María. Por eso había tomado armas contra don Pedro y viajado, primero a Granada y luego a África, buscando apoyo de infieles. Pasó fatigas y aventuras, hasta que, desanimado de obtener tropas de unos reyes que las necesitaban para sus propias luchas intestinas, volvió a la Península y se refugió en Portugal. Allí supo de la caída de Aguilar y de la muerte de su suegro. Y allí le encontró Alburquerque, que había pedido al rey portugués su intercesión ante Pedro de Castilla.

—Todo indica que tu vida está a salvo... aunque existen contrapartidas.

De la Cerda, la vara de la lanza en oblicuo sobre la silla de montar, le dedicó una mirada perpleja.

—¿De qué hablas?

—Busco cómo contarte lo que ha ocurrido, porque tu vida queda a salvo a costa de la merma de tu hacienda.

—¿Cómo?

—El rey se ha incautado de los feudos de tu suegro. Los ha repartido a su antojo.

—Ya lo sabía. —De la Cerda asintió huraño. En tierras portuguesas conoció cómo el rey don Pedro había dotado a su hija recién nacida, Beatriz, con villas y castillos que fueran de Alfonso Coronel.

—No me estás entendiendo. —Cabeza de Vaca alzó una mano enguantada, circunspecto—. No es que el rey se haya apoderado de algunos lugares. Es que ha dispuesto de todos y los ha repartido entre sus hombres de confianza.

—¿Qué dices? —De la Cerda acusó el golpe, aunque procuró mantener la compostura—. ¿Todos?

—Me temo que sí. Hasta el último castillo.

—¿A quién ha entregado el rey las tierras de mi suegro?

—Iñigo de Orozco, Pedro Suárez de Toledo... hombres cercanos, de toda confianza. —Se permitió una mueca, los ojos en el camino y la zurda firme sobre las riendas—. Dicen que es su forma de recompensar a los de lealtad probada, que estuvieron a su lado en esta crisis. Su alteza es receloso. —Titubeó antes de proseguir—. Es joven, impulsivo y no siempre está bien aconsejado...

—No hay nadie con más influencia sobre él que tu señor, Albuquerque.

—Eso era antes. Las cosas han cambiado mucho en Castilla, en los últimos meses. Los parientes de María de Padilla se han ganado la confianza del rey y éste cada vez hace menos caso a los consejos de mi señor.

—Supongo que los Padilla han sacado buena tajada en este expolio.

—Es obvio que sí.

Cabalgaron largo rato sin más palabras; De la Cerda rumiando esas noticias calamitosas y Cabeza de Vaca enfrascado en sus propios asuntos. Por fin, el primero se animó a preguntar:

—¿Sabes algo de mi esposa y sus hermanos?

—Estate tranquilo en esa cuestión. Estaban todos refugiados en Aguilar. El día en que la villa cayó, don Alfonso rogó a Día Gómez de Toledo, el caudillo de los escuderos reales, que fue quien le apresó, que velase por sus hijos. Día cumplió y ahora todos están en lugar seguro, protegidos por amigos poderosos. He de decirte que tu esposa, al saber que venías de vuelta del exilio, se obstinó en venir a Torrijos. Los que la protegen ahora tuvieron gran trabajo para impedirselo... porque no creo que hayan logrado convencerla.

El semblante del otro se animó de golpe, como si hubiera asomado el sol entre

nubes de tormenta.

—A mí también me hubiera gustado que hubiese venido. Pero esos amigos que la guardan tienen razón: hubiera sido cualquier cosa menos sensato.

Cabeza de Vaca asintió, con sonrisa casi paternal. Los enlaces entre poderosos obedecían al interés político y, sin embargo, en un imaginario libro de cuentas, en el que un contador, igual de imaginario, hubiese registrado las bodas entre grandes familias, se habrían encontrado de continuo líneas apasionadas. Tal era el caso de María Coronel y Juan de la Cerda, de quien decían que se había rebelado y exiliado más por amor a su mujer que por intereses comunes con su suegro. El exiliado prosiguió, hosco:

—Pero no veo qué beneficio pueda reportarme el expolio de los estados de mi suegro. La ruina de mi esposa me supone una merma patrimonial grave.

—A cambio, garantiza tu vida y bienes, porque bastante escarmiento supone ya.

—Magro consuelo es ése. —De la Cerda sentía arder las mejillas, pese al frío y el viento helado que soplaba a rachas.

Cabeza de Vaca suspiró.

—Es una noticia pésima y te reitero que me duele ser yo quien te la dé. Tu reacción es lógica. Pero repara en cómo ahora estás disgustado por la pérdida de feudos cuando, hace un rato, temías por la vida. Reflexiona y decide qué vale más. Que no te ocurra lo que a tu pobre suegro, al que Dios haya perdonado, que perdió todo, incluso la cabeza, por aferrarse a uno de sus feudos.

—Pero ¿cuándo se ha visto que el rey despoje así a una familia noble, dejándola sin nada?

—No es bueno para nadie —convino Cabeza de Vaca—. Los que han sacado tajada, cegados por la avaricia, no entienden que mañana pueden ser ellos expoliados. El rey presta oídos a malos consejeros. Mi señor era contrario a una medida tan drástica.

—Te creo.

—Convinimos en hablar claro. Mi señor y tu suegro se enemistaron por Burguillos. Ahí comenzó todo. Si Alfonso Coronel se equivocó, ya lo ha pagado. Mi señor no quería que las cosas llegasen a tanto. Fíjate en que no ha obtenido beneficio alguno de este asunto.

—Eso mismo me dijo él en Portugal —respondió prudente De la Cerda—. No creas que no agradezco sus gestiones, ni la ayuda que me ha prestado en estos días aciagos.

—Eres buen caballero, don Juan. Hiciste lo que debías, tomando las armas en favor del padre de tu esposa. A veces, es muy difícil deslindar entre las distintas lealtades debidas.

—Muy difícil, sí.

Cabeza de Vaca se quedó observando un momento, camino adelante, los ojos guiñados, para después señalar con el dardo que llevaba en mano.

—Mira: Torrijos. Ya estamos llegando.

De la Cerda alzó la mirada. Más allá de los campos de escarcha blanca y álamos desprovistos de hojas, pudo distinguir las murallas de la villa, así como el campanario de la iglesia. Cabeza de Vaca habló de nuevo.

—Apenas sea posible, haremos que te introduzcan a presencia del rey, para poder dar por zanjado tu exilio.

—¿Será esta misma mañana?

—Depende de lo repuesto que esté don Pedro.

—¿Repuesto? —De la Cerda se revolvió en la silla—. No me digas que ha vuelto a caer enfermo.

—No. Disculpa. Olvidaba que no podías saber lo ocurrido. El rey no quiso escatimar nada a la hora de festejar el nacimiento de su hija y, por supuesto, no iban a faltar justas ni torneos. Don Pedro no sería don Pedro si se perdiera una sola cacería o montería, o se quedase de espectador en los torneos. Anduvo lidiando, tanto a pie como a caballo, con tan mala suerte que le hirieron en una mano, durante un duelo a espada.

—¿Grave? No me digas que le han mutilado.

—No. Un corte fortuito. Se sufren heridas parecidas todos los días y nadie, empezando por su alteza, le dio importancia en ese instante. El problema vino después, porque no paraba de sangrar y los físicos no conseguían detener la hemorragia. Fueron momentos de muchos nervios, mosén, en los que se llegó a temer incluso por la vida del rey.

—Por cómo lo cuentas, asumo que se arregló y que la crisis está solucionada.

—Hablo de oídas, por terceros. Yo no estaba ya en Torrijos, sino preparando la escolta con la que he salido a vuestro encuentro. Me han dicho que un físico forastero se presentó a los del rey y, con la aprobación de éstos, logró contener por fin la sangría.

—Una circunstancia afortunada. —Por lo inexpresivo de su rostro, lo mismo podía ser sincero que estar lamentando que el rey no se hubiese desangrado—. Ya es casualidad...

—¿Casualidad? No. Yo diría inevitable. Ya sabes cómo es su alteza: impulsivo, casi desmedido. Si vino anda todo el día de montería y justas, es normal acabar herido. Y, en cuanto a ese físico de fuera, nada tiene de extraña su presencia en Torrijos. Mucha gente ha acudido en los últimos días a la villa, atraída por las celebraciones. Dicen que ese físico ha visitado muchas tierras. Es normal que, al saber de las fiestas, se haya acercado a Torrijos. Los hombres así suelen ser curiosos como gatos.

—Tienes razón.

—Olvida ahora todo eso. Céntrate en la audiencia con el rey, y en conseguir de nuevo un lugar en la corte. Un hombre de tu valía no debe estar apartado de los oficios mayores. En cuanto a ese físico misterioso, siento cierta curiosidad. Yo también tengo asuntos que atender pero, en cuanto me sea posible, recabaré detalles

sobre él y trataré de visitarle para tener una charla, si es que no se ha marchado ya de Torrijos.

El almirante de Cataluña, Bernal de Cabrera, nunca supo que fue Hug Benavent de Alejandría, aquel vagabundo que conoció en Cerdeña, el que tal vez salvó la vida del rey de Castilla en Torrijos. Sí que recibió noticia del incidente, al poco de ocurrido, ya que no sólo tenía buenos amigos en Castilla, sino también una red de espías que era la envidia del propio rey aragonés. Tan diligentes eran que, de hecho, el monarca se enteró gracias a un mensaje del almirante, de su propio puño, letra y sello. Y con esa misiva entre manos, arrimado a un vitral en busca de algo más de luz, le encontró su esposa, Leonor de Sicilia. Releía con el ceño fruncido, pero ella no se sorprendió porque, en los últimos tiempos, Pedro de Aragón, llamado el Ceremonioso, recibía gran cantidad de noticias y muchas de ellas no eran precisamente gratas.

El rey de Aragón vestía ropas talaes verde oscuro, de damascos y brocados, ribeteadas de armiño. Un despliegue de lujo nada casual, ya que don Pedro daba gran importancia al atuendo, aunque se cubría, según su costumbre, con un sencillo casquete rojo y ceñía puñal al cinto. De gustos conservadores, llevaba este último al costado y no pendiente de una tira, tal como se había puesto de moda, en los últimos años, en las cortes occidentales.

Eran muchos los que habían buscado comparaciones entre esos dos Pedros, el I de Castilla y el IV de Aragón, sin más provecho que la conclusión de que eran bien distintos. Si el segundo frisaba los cuarenta, el primero no tenía aún veinte. El castellano era alto, grande, de cabellos rubios y piel clara; y el aragonés bajo, de pelo negro y ojos oscuros. Los dos gastaban mal genio, eso sí. Pero donde la ira de aquél era como la pólvora al estallar, la de éste semejaba a un incendio, que puede prender despacio y llegar a devorarlo todo. Pedro de Castilla era impulsivo, inconstante, aficionado a la caza, las justas y el ejercicio físico. Pedro de Aragón, reflexivo, metódico, amigo de pompas y ceremonias, estudioso e intrigante.

Pese a los ojos puestos en la misiva, el rey aragonés, más que leerla, reflexionaba y, tan absorto estaba, que no se percató de la entrada de la reina hasta que le alertó el recrujir de sedas. Sólo entonces sus ojos oscuros volvieron de lejos para clavarse en los de su consorte. Leonor de Sicilia era rubia, de ojos avellana y rasgos delicados. Más joven que su esposo, vestía ropajes recargados de influencias italianas y francesas. Su vestido era partido —blanco el lado izquierdo, con el escudo de Sicilia bordado; negro el izquierdo, con el de Aragón— y se cubría con una toca de grandes alas, muy distinta a las de las dueñas aragonesas.

—¿Cómo te han dejado pasar sin antes anunciarte? —preguntó él con dureza, sin

darle tiempo a abrir la boca.

—Yo mandé que así lo hicieran.

—Y yo tengo mandado que se anuncie, en la debida forma, a quienes pasen a mi presencia. No hay excepciones. —Se apartó del vitral, con el pliego en la diestra—. Ya tendré yo unas palabras con los responsables.

A Leonor, de tanto genio como su esposo, se le oscureció el semblante.

—No castigues a nadie por esto. Te repito que yo insistí en no ser anunciada.

—No voy castigar a nadie. Pero quiero dejar bien claro, de una vez por todas, que, cuando el rey da una orden, es para todos, y eso incluye a la reina.

—Exageras.

—Estos temas son fundamentales. El protocolo guarda a los reyes mejor que cien ballesteros. Los hace distintos, sagrados, a ojos de la gente. Lo hemos discutido muchas veces.

—Demasiadas —convino ella con sequedad.

Aquella faceta del rey no dejaba de irritarla, pese a los años ya vividos juntos. A su entender, rozaba el ridículo con la obsesión por el detalle y el ceremonial. Era fácil hacer bromas a costa de esa manía y, a menudo, nobles y pueblo las hacían. Pero, sabiendo de sobra que el rey nunca daba su brazo a torcer en esas cuestiones, prefirió obviar el tema para fijarse en el documento.

—¿Noticias de Cerdeña?

—De Castilla.

—¿Importantes?

—Tal vez. El rey don Pedro recibió una herida accidental, que hizo temer por su vida.

—¿Está malherido?

—Ha sido un corte de espada, en torneo. No le han atravesado con una lanza ni nada por el estilo. Pero parece que no lograban cortar la hemorragia. O al menos, no lo habían logrado cuando expidieron estas noticias.

—¿Morirá?

—¿Quién sabe?

—Este Pedro de Castilla es un mozo de salud delicada. —Leonor se permitió una sonrisa cruel—. No deja de dar sobresaltos.

El rey de Aragón le devolvió una sonrisa seca y dura, la mano izquierda sobre el pomo del puñal, según su costumbre.

—No le desdeñes.

—Le justiprecio. Es un crío, un pelele de sus privados, al que la corona de Castilla le viene grande.

—Qué sabrás tú...

—Don Pedro no vale lo que su difunto padre. Todos están de acuerdo en eso.

—Recuerdo que eso mismo se decía de mí durante mis primeros años de reinado: que no estaba a la altura de mi padre; que, por cierto, se llamaba también Alfonso,

como el padre de Pedro de Castilla. Me tildaban de hombrecillo pomposo y me tenían a menos. —De nuevo aquella sonrisa áspera—. Muchos nunca mudaron de opinión... les maté antes de que pudieran hacerlo.

Su esposa se quedó muda ante esa salida. También ella, al arribar a las costas aragonesas, años atrás, para convertirse en reina consorte, se había sentido entre perpleja y decepcionada ante aquel hombre de corta estatura, cuya máxima ambición en la vida parecía ser la de regular los detalles de la etiqueta. Un hombre que se jactaba más de las bodas que concertaba que de las victorias de sus ejércitos. Un rey que vestía siempre de forma suntuosa, se tocaba con casquete rojo y del que decían los chistes que no se quitaba la corona ni para ir al retrete.

Pero, tras aquella apariencia excéntrica y los modales cortesanos, rotos por ataques de ira, Leonor de Sicilia había ido entreviendo al gobernante implacable. El que había vencido a las Uniones nobiliarias de Aragón y Valencia, y dado muertes atroces a sus cabecillas. El que había metido en cintura a los burgueses de las ciudades de Barcelona y Valencia. El que había despojado, sin piedad, a su cuñado Jaime III de Mallorca y el Rosellón.

Cambió de tema.

—¿Son fidedignas las noticias?

—Sí. —El rey agitó el papel—. Esta carta es de Bernal de Cabrera, que se preocupa mucho de que sus agentes indiquen si los datos son contrastados o simples rumores.

—Cabrera...

La simple mención al almirante había bastado para nublar el rostro de Leonor, y el rey, aunque no se dio por enterado, lamentó para sus adentros aquella mención desafortunada. La aversión de su esposa por Cabrera era tan abierta como antigua, ya que databa casi de su llegada a Aragón, hacía seis años. Una inquina debida tanto a la influencia de Cabrera en los asuntos del reino —que ella veía excesiva— como a las divergencias políticas.

Bernal Cabrera era partidario de la amistad con Castilla y opuesto a una expansión mediterránea a cualquier precio. Leonor de Sicilia defendía justo lo contrario y había disputado con su consorte, no pocas veces, por tal cuestión. Refriegas verbales que se hicieron más agrias el día en que don Pedro decidió que el ayo de su primer hijo común fuese, precisamente, Bernal Cabrera.

—No creo que tardemos en saber si todo se queda en un susto o en algo más —apostilló el rey, deseoso de evitar un enfrentamiento.

—Ya. —Ella se recogió las faldas con una mano para acercarse a los ventanales—. ¿Tenemos alguna noticia de Cerdeña?

—Muchas, pero pocas buenas.

—¡Maldito Cabrera! —estalló, los ojos avellana echando fuego—. Más le valía a ese intrigante ocuparse de los sardos y genoveses, y olvidarse de Castilla.

Pedro de Aragón alzó los ojos al techo abovedado, en gesto teatral, como si pidiera a los Cielos paciencia. Pero, aunque se estaba enojando, contestó con voz



reposada.

—Señora esposa. Estar informado nunca es pérdida de tiempo. Don Bernal es un buen vasallo, un amigo valioso que ha servido bien a la Corona durante décadas. Ha derrotado a sardos y genoveses, por mar y por tierra. Nuestro problema es que, aunque ganamos las batallas, la guerra en conjunto nos va mal. Hemos perdido ya a muchos hombres, y los supervivientes están agotados y con la moral baja.

—¡Envía más tropas!

—¡No es tan fácil! —rugió el rey de Aragón, que no era hombre que soportase reprimendas de nadie. Se dio cuenta de que estaba estrujando la carta e hizo el esfuerzo de serenarse para seguir, en tono más mesurado—. La peste negra ha devastado mis reinos, señora esposa. Escasean los hombres útiles y las Cortes son reacias a aportar más dinero para una aventura que muchos ven dudosa.

—Y, mientras todo se hunde, ¿qué hace Cabrera?

—¡Deja en paz a Cabrera! —Volvió a perder la calma—. No creo que nadie hubiera podido hacerlo mejor, dadas las circunstancias y los medios a su disposición. Y te recuerdo que no quería dirigir la campaña de Córcega. Casi tuve que obligarle a ello.

—Tal vez ahí reside el problema.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta! —Don Pedro se giró, fuera de sí, y, al darse cuenta de que volvía a arrugar la carta, a punto estuvo de arrojarla lejos. Pero se impuso su vena ordenancista. Se acercó a una mesa para depositarla sobre el tablero, junto a otros documentos privados. Ese gesto rutinario tuvo la virtud de calmarle—. Me enervas: siempre buscando los cinco pies al gato.

La estancia elegida como gabinete por el rey, en su palacio de Valencia —adonde se había trasladado, huyendo de los rigores invernales de las mesetas aragonesas—, era amplia, de techos altos y abovedados, bien iluminada por ventanales góticos de vidrieras emplomadas. La luz de la sala estaba teñida de colores. Una sala que era buena muestra del carácter metódico del rey de Aragón, ya que había allí, dispuestas, tres mesas de distintos tamaños, atestadas las tres de documentos bien diversos.

La más grande, de mapas, cartas, documentos de la cancillería e informes reservados, como el de Cabrera. En una segunda, más pequeña, manuscritos del propio monarca. Eran textos privados, ya que don Pedro redactaba él mismo las crónicas de su reinado. Y también poemas, ya que el rey de Aragón, lo mismo que el anterior rey castellano, Alfonso XI, era amigo de las rimas.

También, como Alfonso, era estudioso de las artes ocultas. Por eso, la tercera mesa contenía tratados, rollos en latín, hebreo y árabe, tablas astronómicas, efemérides, y también instrumentos de aspecto extraño, así como tablillas de hueso, marfil, cobre y hierro, con símbolos esotéricos grabados.

Don Pedro se acercó a la primera y dejó la carta con los demás comunicados secretos. Luego, en vez de apartarse, apoyó las palmas en el borde del tablero y, el ceño fruncido, se quedó estudiando un mapa del Mediterráneo Occidental. Leonor de

Sicilia se acercó, entre recrujir de telas, para observar a su vez. En aquel pergamino se mostraban las costas de Europa y África, así como los archipiélagos: las Pitiusas, las Baleares, Córcega, Cerdeña, Sicilia.

—Pero ¿qué noticias llegan de Cerdeña? —se empeñó ella, como si el mapa le hubiera recordado la cuestión.

—Muy malas. Hemos perdido casi toda la isla, a excepción de unas pocas plazas fuertes.

—¿Cómo es posible? —balbució entre atónita y furiosa—. Hemos derrotado a los genoveses en la mar y a los corsos en campo abierto.

Pedro, apoyado en el borde del tablero, agitó la cabeza, tocada con casquete rojo, sin apartar los ojos del mapa.

—Hemos vencido en batalla, sí. Pero la isla entera está en armas contra nosotros. Nuestros aliados han cambiado de bando, y los que eran neutrales ahora nos combaten. Los corsos nos hostigan, degüellan guarniciones y patrullas. Triunfamos en grandes combates, pero nos desangramos en las escaramuzas.

—¡Cambia de táctica! ¡Basta de negociar con traidores! Manda ejércitos y pasa la isla de costa a costa. Incendia castillos, arrasa villas, pasa a cuchillo a quien se resista y, a los demás, véndelos de esclavos a los venecianos. Y, luego, repuéblalo todo con tus súbditos.

El rey casi volvió la cabeza, admirado ante tanta ferocidad.

—Eso no es posible, señora esposa.

—¿No? ¿Acaso no hizo eso en Mallorca tu abuelo, el gran Jaime?

—Mallorca es otra isla, y los tiempos también lo son. Cerdeña es escabrosa y los sardos más numerosos que los moros mallorquines. También más bravos. En cuanto advirtiesen nuestra intención, hasta los niños empuñarían las armas. Además, no podemos tratar a unos cristianos así. La cristiandad entera se nos echaría encima si expulsásemos a los sardos de su isla.

Observó el mapa antes de seguir, como si le costase.

—Hay algo más. —Con labios prietos, paseó el índice por las costas de Cataluña y Valencia—. Mi abuelo Jaime pudo asumir una gran repoblación, pero yo no cuento con gente bastante. La peste negra ha arrasado mis reinos. Creo que no sabes cuánto. Según los censos que mandé levantar tras las plagas, Cataluña ha perdido la mitad de su población y Mallorca está casi despoblada. Aragón y Valencia han salido algo mejor paradas. Sólo algo. Si viajas por mis reinos, verás por todas partes villas fantasmas y sembradíos abandonados a las malezas.

—Pero...

—Somos la sombra de lo que éramos antes de la peste negra y, además, vivimos en el temor de que reaparezca cualquier día, para causar mayor mortandad. —Al ver que ella aún buscaba una respuesta, alzó una mano con dedos llenos de anillos—. Basta de fantasías. En todas partes es lo mismo. Castilla está en paz con Granada. ¿Crees que don Pedro es menos belicoso que su padre? Alfonso combatía al infiel, le empujaba y

le arrebatava tierras en las que asentaba a su propia gente. Pero, ahora, Castilla no tiene excedentes humanos y, por eso, la frontera está en calma.

Se llegó a una mesa esquinera y, con una varilla, atizó el pebetero de cobre. Se alzó una vaharada de aromas y él prosiguió, con una nostalgia que, en muy raras ocasiones, teñía las palabras de aquel hombre pragmático.

—Antes de la gran peste, libramos grandes guerras en España, sí. Eran otros tiempos. Me alié con los Alfonsos de Castilla y Portugal para detener la invasión de los benimerines. Fueron días grandes. Era fácil sentir que habían vuelto los tiempos heroicos. Amenazados por hordas de infieles fanáticos, abocados a vencer o morir, en lucha desigual, tal como les ocurrió a nuestros grandes antepasados, en la época de los almorávides.

Sacudió la cabeza.

—Pero los buenos tiempos se han ido. Se acabó. No es hora de grandes empresas ni de hazañas gloriosas. Ahora, vivimos una época bien distinta.

La luz menguó, sin duda porque alguna nube había ocultado el sol. Esa penumbra hizo recordar a don Pedro los inviernos del interior aragonés: nieve, viento, lobos. Su esposa callaba, y él, cuando volvió a hablar, era de nuevo el estadista frío.

—Es más fácil sacar vino de una roca que dinero a las Cortes. No sé cómo armar más compañías para esta guerra.

—No estarás pensando en abandonar la empresa.

—Ni por un momento. Pero cuesta reunir dinero o tropas. Esta vez, iré yo en persona a dirigir la guerra.

—¿Tú? ¿A Cerdeña?

—La situación es desesperada. Hay que recurrir a todo lo que tenemos. La presencia del soberano subirá la moral, o eso espero. —Acarició el pomo del puñal, al costado—. Así será también más fácil que algunos rebeldes se sometan y vuelvan al vasallaje. En mi ausencia, tú te ocuparás del gobierno.

—No. Llévame contigo.

—¿Qué dices? —Pedro miró estupefacto a su esposa.

—Deja que te acompañe —insistió ella—. Ir a Cerdeña. Que administre los negocios reales tu tío, el infante don Pedro.

El rey de Aragón, la zurda aún sobre el puñal, la observó desconcertado. No por casualidad eligió a esa mujer como esposa, tras la muerte de su anterior mujer, víctima de la peste negra. La boda fue una forma de estrechar lazos con la aristocracia siciliana de origen aragonés y catalán, frente a los partidarios de los Anjou. Sólo tras el enlace habría de descubrir don Pedro que su esposa compartía con él un mismo sueño: la forja de un gran imperio insular disperso por el Mediterráneo.

Para colmar tal ambición, Pedro había despojado y muerto a su tío Jaime III de Mallorca. Por ella se había empeñado en la conquista de Cerdeña, ya que esa isla indómita era escala obligada hacia Sicilia, que a su vez era cabeza de puente al Mediterráneo Oriental, donde estaban las colonias mercantiles catalanas y los

ducados de Atenas y Neopatria.

Las aspiraciones de Leonor de Sicilia eran mayores y obcecadas. Y de ahí el odio ciego que sentía hacia el almirante de Cataluña, Cabrera, amigo de la prudencia.

—Quizá no sea mala idea —admitió Pedro de Aragón, meditabundo—. Podrías ocupar mi puesto, en caso de necesidad. Si algo ocurre en Castilla, podría regresar...

—¡Olvídate de Castilla! —explotó la reina—. Hay que centrarse en Córcega.

El rey de Aragón sintió tentaciones de arrancarse el casquete rojo para pisotearlo, de pura frustración, aunque se contuvo por cuestión de dignidad.

—Señora esposa: me molesta esa costumbre tuya de interrumpirme. En cuanto a Castilla, cuesta olvidarse de ella, habida cuenta la cantidad de leguas que tenemos de frontera común. Y creo que, aunque yo fuese tan necio como para olvidarme de Castilla, cosa que no tengo intención de hacer, Castilla no se olvidaría de Aragón.

Mostró la mesa, repleta de documentos.

—No creas que dependo de don Bernal para saber qué ocurre en Castilla, aunque reconozco que ya quisiera yo disponer de sus agentes. Tengo a mis propios espías. Y Castilla es un nido de avispas.

—Siempre lo ha sido.

—Ahora más. Y la cosa va a empeorar.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué no ha pasado? Para empezar, Alburquerque ha convencido al rey de Portugal para que interceda por Juan de la Cerda.

—No me digas que ese viejo intrigante siente remordimientos.

—Lo dudo. Alburquerque pierde posiciones en la corte, así que busca aliados debajo de las piedras. Está librando un pulso con los que rodean a la amante del rey, y de momento va perdiendo.

—Vaya reino, en el que las concubinas hacen y deshacen.

Don Pedro casi se llevó otra vez las manos a la cabeza. Desde su arribada a España, su consorte sentía gran aversión a Castilla; puede que por su poder creciente o por la disputa por el reino de Murcia. En eso último, el rey y la reina mantenían opiniones distintas. Pedro no renunciaba a conseguir Murcia, en tanto que Leonor no la deseaba en absoluto. Sabía la reina que, de incorporarse Murcia a Aragón, tendrían de nuevo frontera con el infiel y, por tanto, su esposo podría empeñarse en guerra de reconquista. Y eso, a su entender, no implicaba otra cosa que restar hombres y recursos a la empresa mediterránea.

—En fin —suspiró don Pedro—. No le demos más vueltas. Creo acertada la idea de que me acompañes a Córcega.

—¿Por si muere Pedro de Castilla?

—Creo que saldrá de ésta. Pero tu viaje será útil a nuestra causa. Tu presencia animará a los soldados, así que manda a los oficiales de tu Casa que lo preparen todo para el viaje. Nos vamos en cuanto reúna dinero y hombres.

## 6

Torrijos no era villa muy populosa y mal hubiera podido albergar a toda la corte en las casas de los notables. Por eso Alfonso XI había mandado edificar allí un gran alcázar, donde estaba ahora alojado el monarca, con buena parte de su séquito. El resto, así como los señores llegados para las fiestas, fueron a instalarse en las viviendas de los hidalgos y hombres buenos de la localidad.

No había posada disponible en toda la villa, ya que los fastos por el nacimiento de doña Beatriz —así bautizaron a la primera hija del rey— habían llenado de gentes las calles de Torrijos. Ricoshombres, señores, caballeros, buenos, se codeaban esos días con labradores y artesanos de los lugares próximos, ávidos de presenciar con sus propios ojos el esplendor de los grandes. A eso había que sumar saltimbanquis, titiriteros, cómicos, juglares, por no mencionar a los tahúres, rufianes, putas, descuideros o mendigos de toda laya.

Las callejas estaban repletas de hombres con blasones vistosos, bordados sobre tabardos y cotas de armas. Pendones y banderas con escudos heráldicos ondeaban a la puerta de muchas casas, indicando quiénes eran los señores y caballeros que posaban en ellas. Y, extramuros, había brotado de la noche al día un arrabal de chabolas, carretas y tiendas. Los toldos rayados habían surgido como setas, sin orden ni concierto, a un lado del camino, ya que el concejo había prohibido ocupar las dos manos.

Entrar en aquel asentamiento de lonas, maderas, cuerdas, era sumirse en un micromundo caótico, enfangado y maloliente. Los flecos rotos de las tiendas chasqueaban a cada golpe de aire. Por doquier ardían fogatas, alimentadas con cualquier clase de combustible, por lo que el lugar estaba siempre cubierto de una humareda grisácea. Niños andrajosos correteaban entre los carros y canes flacos ladraban a los transeúntes. Individuos dudosos deambulaban sin meta, con armas desnudas al cinto y miradas torcidas, mientras, a las puertas de sus barracas, las putas estudiaban a los que pasaban con ojos de tasador de reses. Allí se arracimaban albergues de fortuna, tenderetes de adivinos, garitos volantes, prostíbulos móviles y tabernas de lona. Olía a humo, a excrementos, a vino agrio.

A la hora sexta, los vagos que por allí merodeaban rieron pasar a un hombre maduro, de ropas sobrias, aspecto digno y barba entrecana. Se cubría con hopalanda verde oscuro, ribeteada de pieles castañas, y cofia marrón de soldado. Llevaba guanteletes de cuero y una espada lobera envainada en la mano, como si fuese un bastón. Más de uno reconoció a Ruy Cabeza de Vaca, mayordomo mayor de

Albuquerque; pero, aun los que no, entendieron que era hombre de calidad.

Los bellacos que se preguntaban cuánta riqueza podría llevar encima un caballero así no tardaban en descartar malas ideas, apenas fijarse en el guarda que le acompañaba. Un gigante de barbas rubias y aire fiero, con tabardo grueso, con el blasón de Albuquerque, capacete de cuero y, al hombro, un espadón largo y ancho, de aspecto imponente.

Cabeza de Vaca pasó ignorando a mirones y haraganes, sabiéndoles más ratas que lobos, buenos sólo para atacar en grupo y a los débiles. Le preocupaba más esquivar heces y charcos. Había niebla, algo frecuente en esos pagos durante el invierno, de forma que los transeúntes asomaban durante unos pasos para perderse después de nuevo, entre los vapores arremolinados. Cabeza de Vaca iba en busca de una carpa en concreto y tentado estuvo de preguntar, ya que, pese a las indicaciones recibidas intramuros, esa bruma, hecha de niebla y humos, le desorientaba.

A veces se le escapaba una mueca de disgusto, ante los olores fétidos que ofendían sus narices. No eran melindres, ya que el caballero se había empachado en tiempos de las miserias de la guerra, las plagas y las privaciones. Pero, como hombre ilustrado que era, conocía las teorías de algunos físicos, que afirmaban que los miasmas de las plagas nacían del hacinamiento y la suciedad, y no de los astros o la magia. No faltaban las refutaciones airadas de tal teoría y, aunque sus partidarios no ofrecían sino observaciones y experiencia, Cabeza de Vaca era de los que las creía dignas de tener, al menos, en cuenta.

Tal como era su intención previa, había indagado sobre el físico que sanó al rey. No le costó nada informarse, ya que su éxito le había hecho una de las figuras de las fiestas y no faltaron quienes le indicasen su paradero. Era por eso que Cabeza de Vaca había salido extramuros, a aquel arrabal transitorio.

Errando entre las volutas de niebla y humo, acabó por dar con el gran toldo de rayas rojas y blancas de la taberna señalada, donde, según sus informadores, podía hallar a esas horas al viajero.

Dos de los picos de la carpa estaban levantados, pese al frío y la humedad, para que corriese el aire y dar algo de luz; por lo que, dentro, uno se veía sofocado de calor o helado por soplos gélidos. El ambiente interior era una sopa de olores: guisos, sudor, vino picado. Las lonas se sustentaban sobre postes, mientras que tableros mal ensamblados, sobre caballetes, hacían de mesas. La aglomeración de clientes bajo la carpa era lo que daba calor, ya que la comida se cocinaba fuera, en hornos improvisados y calderos sobre brasas.

Los bebedores se agolpaban, los codos sobre las mesas, trasegando vino barato. Putas de baja condición rondaban en busca de clientes, mientras juglares y recitantes trataban de entretener a los presentes y pasaban el platillo a cada tanto. Un grupo de labriegos, de gabanes toscos, marrones, grises y negros, se congregaba en torno a un gran pellejo de vino, cantando. Más de un parroquiano se había quedado dormido en medio de tanta escandalera, el rostro sobre el tablero, el jarro de vino a veces aún

entre los dedos.

En tabernas ambulantes de ese estilo, poca atención se prestaba a la clase social, y mendigos e hidalgos andaban codo con codo. Cabeza de Vaca paseó los ojos por el interior umbrío, atento sólo a dar con el llamado Hug Benavent de Alejandría y, por la descripción que tenía de él, debía ser uno que estaba en mesa algo esquinada, compartiendo charla y jarro de vino con otros tres hombres.

Pero no era él quien estaba narrando sus andanzas, pese a haber visitado muchas tierras y visto un sinfín de prodigios. El hombre de Alejandría escuchaba, atento, las palabras de uno de sus compañeros de mesa. Un joven alto y delgado, vestido con ropón negro, calzas bermejas y gorro negro y cilíndrico. Su espada estaba sobre la mesa y Cabeza de Vaca le reconoció en el acto: Pedro de Ayala, antiguo canónico que había cambiado la Iglesia por el servicio al rey. Un joven estudioso y mujeriego, de padre ilustre, que daba mucho que hablar y al que todos auguraban gran futuro.

—Los donceles reales son una guardia escogida —explicaba, sin ocultar su orgullo—: selecta. Han de ser de buen linaje, diestros con las armas, buenos jinetes y leales al rey, ya que le custodian en los viajes y le guardan en la guerra. Para donceles, se prefiere a hombres criados en la Casa del rey...

Se detuvo al captar de reojo que alguien se paraba a su lado. Cabeza de Vaca advirtió cómo dejaba caer la mano, como por casualidad, rematando un ademán enfático al hablar, sobre el puño de la espada. Un hombre de cuidado, sin duda, aunque también de modales, ya que se puso en pie para saludarle apenas le reconoció. Él mismo hizo las presentaciones, que fueron mínimas, ajustadas a ese lugar, y luego Cabeza de Vaca se sentó con ellos. Su guarda se buscó un taburete para instalarse cerca, el espadón entre las manos. Ayala ofreció vino al recién llegado, que aceptó de buena gana.

—Seguid, os lo ruego. No era mi intención interrumpir. —Cabeza de Vaca se llevó el jarro de cuero embreado a los labios, dándose así un respiro para estudiar a los presentes.

Benavent era alto, de pelo negro, tez morena y nariz ganchuda. Sus ropajes eran exóticos y de calidad, aunque ya rozados y con muchos remiendos. Se cubría con un birrete colorado, común entre eruditos, y armaba con un chafarote ancho, de factura oriental. Más parecía hombre de acción que de libros, lo que no sorprendió a Cabeza de Vaca. Otro tanto podrían haber dicho de Ayala, allí presente, y de otros muchos, ya que aquel siglo era pródigo en hombres de aceros y letras.

El tercero de los sentados era ni más ni menos que Samuel Abenhuacar, el viejo físico del rey Alfonso XI. Hombre sabio y juicioso que había salido de su retiro, pese a los muchos años, por lealtad a la memoria del anterior rey y para atender la salud del nuevo monarca, que no dejaba de dar sobresaltos. Frágil, de barba patriarcal, con ese aspecto de los que no andan ya lejos de la tumba, se envolvía en manto grueso y tocaba con gorro de carrilleras, forrado en piel. Cabeza de Vaca le saludó con deferencia, en atención a su rango, pero fue el último de los cuatro presentes el que

más le llamó la atención, aunque sólo fuese por su máscara de cuero.

El uso de máscaras era inmemorial en Castilla pero se había vuelto moda en las últimas décadas. Moda llegada de Francia, con los aventureros y cruzados que acudían a las guerras fronterizas de Granada, y que había calado en todos los estamentos castellanos. Cabeza de Vaca recordaba cuándo aparecieron las primeras en banquetes, siendo él niño, sobre el rostro de ricos hombres y ricas dueñas, y cómo su uso se había extendido, primero entre los señores, luego entre hidalgos y el pueblo, para hacerse costumbre, si no común en exceso, sí arraigada.

Unos las usaban por coquetería, como una prenda más, sin ocultar su identidad. Otros para cumplir votos religiosos o caballerescos, o por simple extravagancia, como quizá fuese el caso del hombre allí presente.

Era de ropas sobrias y negras —jubón, calzas, botas—; lucía insignias de alguacil real y remataba el atuendo con un capuchón de pico largo, también negro y ahora echado a la espalda. La máscara era sencilla, de cuero castaño, con ranuras rasgadas para los ojos que le daban aire melancólico. El hombre intimidaba y, desde luego, no parecía para bromas. Su espada y dos guanteletes de cuero reposaban sobre la mesa y Ayala le había presentado como Lope de Cañizares, un nombre que Cabeza de Vaca creía haber oído antes, aunque no conseguía ubicar cuándo o dónde.

El recién llegado tardó algo en unirse a la conversación. Al principio se limitó a escuchar y beber con mesura ese vino barato y de regusto áspero, hasta encontrar ocasión para preguntarle a Benavent por su origen.

—Alejandría, sí. Allí nací. Mi padre era catalán y mi madre siria.

—¿Cristiana?

—Cristiana y libre, de una familia asentada en Egipto desde hace generaciones. Mi padre, Artal Benavent de Barcelona, llegó a Alejandría siendo muy joven, y se unió a la colonia catalana. A la muerte de mi madre, me acogió en su casa y allí me crié. Siendo hijo natural, mi padre sólo pudo dejarme en herencia una buena educación. Y, aunque estaba en buenas relaciones con mis hermanos, y éstos me hubieran dado empleo en los negocios familiares, o prestado dinero para emprender uno propio, preferí salir a recorrer el mundo.

Cabeza de Vaca asintió, sin que esa historia le sonase extraña. Los catalanes, los más comerciantes de los aragoneses, habían ido sembrando las costas del Mediterráneo Oriental de colonias mercantiles. Ocupaban barrios en ciudades como Alejandría o Damasco, tenían tribunales propios para dirimir sus conflictos e intercambiaban productos —paños sobre todo— por oro, esclavos, especias, drogas. Algo similar a lo que ocurría con los mercaderes castellanos, que habían creado colonias en Flandes para gestionar mejor el tráfico de lana con los países del norte.

—Has debido viajar y ver mucho —apuntó Cañizares, el enmascarado, que tenía la voz profunda, acorde con su aspecto grave.

—Mucho —comino el otro, con sonrisa más pensativa que vanidosa—. He estado en Tierra Santa, en Siria, Anatolia, Bizancio, los Balcanes, Italia. He visto grandes



batallas, tempestades marinas, tormentas de arena en el desierto. He visitado ciudades deshabitadas y en ruinas desde tiempos remotos. También monasterios casi abandonados, en Siria y en las montañas de Anatolia, donde los monjes guardan bibliotecas prodigiosas en latín, griego y persa... —Se interrumpió de golpe, como avergonzado—. Creo que me he dejado llevar. No era mi intención pavonearme. Pero en fin. Sí: hace quince años que salí de Alejandría y a veces me parece haber vivido varias vidas desde entonces.

—Te las habrás visto en muchas —le animó a seguir Cabeza de Vaca.

—Los apuros son intrínsecos al viajar. Tuve que luchar contra los bandidos en los caminos y con piratas en la mar. Fui soldado con y contra los turcos, y también en las guerras civiles de los bizantinos.

—No te hacía hombre de armas —comentó don Samuel, con voz cascada.

—Lo fui por necesidad, no por inclinación. Si uno viaja, conviene saber manejar los hierros. Y, como a un hombre hecho a las armas nunca le falta trabajo, a veces he tenido que buscarme así el sustento que se me negaba de otras formas. Pero no salí de Alejandría en busca de aventuras, sino de conocimientos.

—¿De qué tipo? —inquirió Cabeza de Vaca, que había oído en Torrijos que Benavent era docto en artes mágicas.

—De cualquier tipo. No se me ocurre ningún saber que esté de más. Me interesan los conocimientos abstractos, que tal vez sean el único bagaje que podremos llevar con nosotros el día que venga la Muerte a buscarnos. Pero no los pongo por encima de conocimientos más humildes y cotidianos, que hacen la existencia más llevadera. —Y aquí señaló unos saquillos que tenía sobre la mesa.

Cabeza de Vaca los observó con curiosidad, aunque no llegó a preguntar, y Benavent no abundó al respecto. Después sabría que contenían hierbas medicinales. El hombre de Alejandría había estado visitando a curanderos y herboristas, comprando distintas plantas para estudiarlas, anotar sus nombres, descripción y usos medicinales, con objeto de dar cuenta de todo ello a algunos corresponsales que tenía en Oriente.

—Hablas con sensatez, como corresponde a un estudioso. —Cañizares estaba limpiando el borde de la jarra de cuero, antes de pasarlo. Por el esmero con que lo hacía, Cabeza de Vaca dedujo que era hombre educado—. Si dejaste techo, parientes y hacienda para andar errante y expuesto a peligros a cambio de sabiduría, tienes todo mi respeto.

—No creo merecerlo por eso. Cuando no era más que un niño, mi padre me envió al sur de Egipto, a un monasterio cristiano, muy antiguo, para que los monjes me instruyesen. Ya os digo que, como no podía legarme bien, quiso darme buena educación. En aquel monasterio pude leer pergaminos que, según se dice, tienen miles de años de antigüedad y escuchar las enseñanzas de labios de los propios monjes. Allí descubrí que no valía para religioso, pero, a cambio, se me abrió un hambre de saber que ya nunca he logrado saciar.

—¿Por qué no has aceptado el empleo de físico en la Casa del rey? Una oferta así es un honor —le espetó de golpe el viejo don Samuel.

—Sin duda lo es. Pero el rey está siempre viajando y eso sería un impedimento para mis estudios.

—Te abriría muchas puertas y te reportaría buenos ingresos.

—Puedo vivir con poco y el rey ya ha sido más que generoso conmigo. Con el dinero y las credenciales que me han dado, me siento pagado más que de sobra.

Fue a beber y, al notar la jarra casi vacía, alzó la cabeza, pero Cabeza de Vaca le contuvo.

—Deja. Pago yo la próxima, que soy el último que ha llegado. ¿Tienes algún plan concreto?

—Me dirigía a Toledo, ya que me han hablado maravillas de esa ciudad. Sin embargo, cuando supe de los festejos que se celebraban aquí, me desvié con ánimo de presenciarlos.

—Toledo tiene una escuela de traductores sin par en el mundo entero, o eso se dice. —Cañizares tabaleó sobre la mesa—. Allí tendrás acceso a textos árabes de gran valor y podrás hablar con sabios que los han estudiado. Eso sin contar con los magos, alquimistas y cabalistas de la ciudad. Dicen que hay muchos, aunque no sé yo si no será en parte leyenda.

—He oído hablar de la Cábala, pero tengo entendido que es una ciencia secreta de los judíos, cultivada por unos pocos iniciados. —Miraba ahora al viejo físico del rey Alfonso, como si esperase que le corroborara tal extremo.

Llegó un mozo con un jarro de vino, atendiendo al requerimiento de Cabeza de Vaca. Samuel Abenhuacar se tomó su tiempo, antes de despegar los labios. No parecía disponer de escolta, por lo que Cabeza de Vaca supuso que había llegado con el joven Ayala, ya que era demasiado prudente para, siendo judío y anciano, entrar sin protección en aquel campamento de gente dudosa.

—Durante siglos, fue como dices. Pero ahora... Vivimos tiempos convulsos y ¿quién sabe? Tal vez consigas que alguien te inicie en los secretos de la Cábala, por capricho o a cambio de dinero.

—Vamos... —Cabeza de Vaca le miró, sorprendido por esa afirmación.

—Los tiempos cambian, mi buen amigo. Hoy en día, das una patada y salen docenas de cabalistas que buscan fórmulas mágicas en los Textos Sagrados, y que se pasan las noches en vela, invocando a genios, demonios y potencias.

—Siempre fue así. Cuando yo era niño...

—Siempre hubo quienes hacían magia con invocaciones sacadas de la Torah. Sí. Pero eran pocos y no muy bien vistos, ya que en los libros sagrados hay que buscar la Verdad y no ganancias. Pero, ahora, la gente hace cola para consultarlos.

Se llevó el jarro a los labios, con mano temblorosa, despacio, para no mancharse la ropa. Añadió:

—No cabe asombrarse. Son malos tiempos para los judíos y muchos buscan

consuelo en la magia. Es comprensible, pero se equivocan: los hechizos no van a protegerlos de nada.

Cabeza de Vaca jugueteó con los anillos de sus dedos, Ayala apartó la mirada y Cañizares ni se inmutó. Benavent asintió, porque sabía de la hostilidad cada vez mayor contra los judíos en los reinos hispánicos. El viejo físico prosiguió:

—Las cosas eran distintas cuando yo era joven. —Se pasó la mano por la barba larga y blanca, como para cerciorarse de que no se la había manchado de vino—. Pero a veces creo que lo que está ocurriendo y lo que aún ha de venir es un castigo del Señor. Le doy gracias por ser ya viejo y porque no estaré en este mundo para presenciar lo que ha de venir.

—¿Por qué hablas de castigos? —Cabeza de Vaca aún giraba un anillo en su índice.

—Tú ya tienes también tus años y has visto mucho. Recuerda a los judíos que vinieron a España, fugitivos o expulsados de Alemania, Inglaterra, Francia. Recuerda lo mal que les recibían los míos. Mirábamos con desdén a esos infelices; nos teníamos a más y no queríamos mezclarnos con ellos. Yo lo presencié con estos ojos, siendo niño. Ahora toca pagar por tanta soberbia.

—No digas eso —le reprochó, con amabilidad, Cabeza de Vaca—. Aunque fuera como dices, nadie debe pagar ciento por uno, ni los hijos han de purgar los errores de los padres. Esa no es la ley de Dios.

El hebreo se quedó pensativo unos instantes, la mano sobre la barba.

—Cierto, amigo —concedió luego—. No me hagáis mucho caso. Soy muy viejo. Los años me han agriado el carácter y reblandecido la mollera.

—Eres un hombre sabio, muy respetado.

—¡Vaya sabio! —bufó—. No pude ni curar la herida en la mano del rey. De no ser por el mestre Benavent, aquí presente...

—No fue nada. Que no conocieses la técnica que me permitió cerrar esa herida muestra que eres un hombre afortunado. —Benavent esbozó una de sus sonrisas inquietantes—. Has vivido largos años, con provecho. Has reunido conocimientos, ganado honores. Y, sin embargo, la vida te sigue brindando todos los días nuevas oportunidades de seguir aprendiendo. ¿No es eso una bendición?

—Hablas con cordura. —Se quedó pensando—. Me quitas un peso de encima y te lo agradezco.

—Son sólo palabras.

—Es igual. Los viejos nos contentamos con poco.

Hubo un silencio en la mesa. Se quedaron callados, arropados por el bullicio de la carpa: murmullos, voces, gritos, cánticos, golpes sobre las mesas, entrechocar de jarras. Samuel Abenhuacar se manoseaba la barba, meditabundo, en tanto que el escolta de Cabeza de Vaca, sentado en el taburete y con las manos sobre la cruz de su espadón, les contemplaba curioso. Ayala se dirigió de nuevo a Benavent.

—¿Aprendiste medicina entre los árabes?

Benavent contestó con una de sus extrañas sonrisas, antes de hacerlo de palabra.

—Se sobrevalora los conocimientos de los árabes en cuestiones médicas.

—Gozan de gran fama en la corte —protestó Ayala.

—Hay grandes físicos árabes, sin duda. He conocido a unos cuantos. Pero, en estos años, he podido consultar textos y hablar con muchos. Y, a mi juicio, a día de hoy, las medicinas cristiana y persa son superiores a la árabe. Esta última fue durante siglos la mejor, pero ya no. Tengo la convicción de que hizo de puente, ya que preservó y actualizó, sobre todo, los saberes médicos bizantinos.

—¿Fue entonces en Bizancio donde aprendiste? —preguntó Samuel Abenhuacar, a quien el tema interesaba sobremanera.

—Algo aprendí allí... pero sólo algo. Si los árabes no innovaron tanto como se cree, de los bizantinos hay que decir que hace siglos que se estancaron. Guardan sus libros como los avaros el oro: los atesoran sin provecho alguno, por simple codicia de tenerlos. Les disgusta que otros los lean. No me entendáis mal. En mis viajes, fui aprendiendo de los árabes, turcos, bizantinos y también en algunos tratados persas que tuve la fortuna de poder consultar. También aprendí mucho luego, en Italia.

—¿Has asistido a la escuela de Salerno? —preguntó con viveza el hebreo.

—Sí.

—Tal vez, además de Toledo, debieras visitar Valladolid —medió Cañizares.

—¿Qué puedo encontrar allí?

—Una universidad creada hace no mucho tiempo, pero que goza de buena fama. Otros hay aquí que pueden hablarte de ello con más propiedad. Yo no soy hombre letrado. Pero, además, el rey no tardará en dirigirse a Valladolid y, con él, toda la corte.

—¿Por qué dices eso, amigo? —preguntó Cabeza de Vaca, alerta.

—Unos hablan. Otros escuchan. —Tras las rendijas de la máscara de cuero, los ojos oscuros de Cañizares sostuvieron impasibles las miradas de los otros—. Blanca de Borbón ha entrado por Cataluña y se dirige a Valladolid, donde la espera la madre del rey. Por tradición, los reyes castellanos se casan en Valladolid y los aposentadores reales han salido ya hacia el norte, supongo que a preparar las etapas del viaje. Sumando todo, no es aventurado suponer que el rey, más pronto que tarde, irá al norte para hacer bodas.

—Sabes atar cabos —aprobo Cabeza de Vaca. En los últimos días, su señor Alburquerque había porfiado ante el rey lo indecible, por tal cuestión, hasta arrancarle promesa de contraer el matrimonio lo antes posible. Se dirigió a don Samuel—. ¿Irás a las bodas?

—Desde luego que no.

—Estarán presentes todos los grandes del reino.

—Que lo disfruten. Yo no estoy ya para viajes. Me volveré a mi casa, a no ser que el rey mande otra cosa. —Puso los ojos en Benavent—. Te han dado un buen consejo: vete a Valladolid. Y, cuando pases por Toledo, ven a visitarme y conversaremos. Yo

me ocuparé de presentarte a quienes puedan serte de utilidad.

—Te lo agradezco.

—Me gustaría que me hablaras, con más detalle, de esos tratados de medicina persas que tanto alabas.

Aquél fue el momento elegido por Lope de Cañizares para incorporarse.

—He de irme, señores. —Se ciñó la espada, antes de colocarse los guanteletes—. La conversación es grata, pero tengo asuntos pendientes y se me hace tarde. Perdonad que mi despedida sea un poco brusca y quedad todos con Dios.

Los sentados a la mesa, así como el guarda del espadón, observaron cómo ponía una moneda en manos del patrón, en pago por el primer jarro de vino, antes de echarse el capuchón sobre la cabeza y envolverse en una capa negra. Luego, atravesó por entre la concurrencia para salir y perderse en la niebla.

El anciano Samuel Abenhuacar se quedó con los ojos puestos en la salida, como si meditase sobre ese enmascarado de ropas oscuras.

—¿Por qué andará con el rostro cubierto? —se preguntó en voz alta Benavent, el jarro entre las manos.

—No es infrecuente en estos reinos. —Cabeza de Vaca se encogió de hombros.

—Pensé que, siendo alguacil, quizá se tapase a la manera de los verdugos...

—No, amigo —rechazó de plano don Samuel, la mano sobre la barba—. Lope de Cañizares es hidalgo. Es alguacil real pero, si ha de matar, lo hará armas en puño. Jamás aceptaría convertirse en ejecutor y ajusticiar reos a cambio de unas monedas.

—¿Le conoces? —Lope de Ayala se inclinó hacia él, curioso.

—Sí. Es un hombre esforzado y valeroso que sirvió bien, tanto al difunto rey Alfonso como a su hijo. En tiempos, estuvo en los escuderos reales. Pasó peligros por servir a don Pedro, al poco de su coronación, y no creo que le recompensasen conforme a sus méritos.

—Eso suele ocurrir, por desgracia —convino Cabeza de Vaca. Y, al ver que el anciano no tenía muchas ganas de seguir con ese tema, se volvió hacia Benavent—. Decías antes que has estado en los Balcanes...



Poco tardó el reino entero en saber que el rey don Pedro celebraría, por fin, sus bodas en Valladolid. Era ya voz pública antes de que se pregonase, fuese por indiscreciones o porque los había interesados en que se propalase. Y fue esa misma noticia la que obligó a Juan de Henestrosa a regresar al alcázar de Córdoba, de forma tan precipitada que incluso abandonó una montería para cabalgar hacia la ciudad, con la sola compañía de su buen amigo Gonzalo de Lucio.

Llegaron casi al cierre de puertas, en un crepúsculo que se volvía húmedo por la

vecindad del Guadalquivir. Los soldados que guardaban los patios del alcázar se envolvían en sus capas y daban paseos para entrar en calor. Y Henestrosa, vestido de paños fuertes y gamuza, sacó tiempo para saludar por su nombre a los que se encontró; porque los hombres de armas agradecían esos detalles, más cuando habían de pasar ratos muertos a la intemperie.

Igual saludó a los del cuerpo de guardia, que velaban a la luz de un par de lámparas de aceite. Dos dormitaban, uno bruñía sus armas, otro tocaba una guitarra morisca con los párpados entrecerrados, dos más jugaban una partida de ajedrez, ya que Henestrosa había prohibido los juegos de azar, para evitar pendencias. Eran hidalgos pobres y pecheros que habían puesto sus armas al servicio de la familia, y Henestrosa los había elegido personalmente, con sumo cuidado, pues de ellos dependía la seguridad de su sobrina.

También los dejó atrás para dirigirse a los aposentos de María, solo, sin siquiera la guía de un doméstico y, mientras recorría los pasillos a oscuras, con una palmatoria en la mano, recordó un poema del que le habían hablado años antes. *La Divina Comedia*, compuesta a comienzos de aquel mismo siglo por un prohombre italiano que fuera soldado, físico y diplomático, además de poeta.

Dante, que así se llamaba, imaginó un Cielo y un Infierno en círculos concéntricos y a él, en ese instante, se le ocurrió que el universo de los Padilla tenía igual disposición. Un círculo exterior: el de los hombres de armas de la familia. Otro más interno: el de los que se habían sumado a su pugna por el poder, contra los banderizos de Alburquerque.

Un joven de unos catorce años guardaba la puerta de su sobrina, con maza y puñal, y sin más luz que la de una vela en una hornacina. Se esforzaba por no tiritar, ya que no vestía más que jubón de cuero y calzas. Henestrosa le saludó con afecto — les unía un parentesco lejano— y se interesó por el transcurso de la guardia.

—Anúnciame. Luego, ve a buscar algo de abrigo. —Sonreía—. Que esto te sirva de lección. Vete tranquilo, que no va a pasar nada porque faltes un ratito. Vuelve lo antes posible y, si alguien te llama la atención, le dices que yo te he dado permiso.

Más allá de la puerta, en la antecámara, se encontró con sus sobrinos María y Diego, el hermano bastardo de éstos, Juan de Villagera, y un buen amigo de la familia, Juan Tenorio. No había más luz que un candelabro de cuatro velas, aparte del resplandor de los carbones al rojo del brasero. Se demoró en el quicio, acariciándose el bigote, para luego entrar, cerrando la puerta a las espaldas. Ahí estaba el tercer círculo, el más interno. Cielo o infierno, reservado a muy pocos: a los miembros de sangre de la familia, y no a todos, y a ciertos íntimos de confianza.

María estaba sentada junto al brasero y envuelta en manto escarlata, como si tuviese frío. Los físicos le habían mandado reposo y comidas de sustancia, y no emprender viajes. Sus dos hermanos, en pie, la flanqueaban, uno a cada lado. Diego, apuesto pero de ojos turbios, y Juan, fuerte, de modales francos y mente astuta. Juan Tenorio en ese momento escanciaba vino. Instruido, redicho, quizás el más

inteligente de todos los hijos del gran almirante Alfonso Jufre Tenorio.

Los semblantes no eran alegres, algo que no sorprendió a Henestrosa, ya que también al alcázar había llegado el rumor de que Blanca de Borbón estaba en Valladolid y el rey se disponía a ir a su encuentro. Un suceso ansiado en el reino, ya que un heredero habría de acabar con la incertidumbre sobre qué ocurriría en caso de morir don Pedro sin descendencia. Pero aquélla era una nueva que había caído con un jarro de agua fría sobre los banderizos de los Padilla, y que había llevado a más de uno a marcar distancias prudentes con ellos.

Henestrosa se fue derecho a su sobrina, los brazos abiertos, sin dejar de reparar en su expresión fatigada.

—María. ¿Cómo te encuentras hoy? Debieras estar durmiendo.

—No tengo sueño, tío.

—¿Y la niña?

—Muy bien. Hace ya mucho que está acostada.

María de Padilla, veinte años recién cumplidos, pequeña de cuerpo, de rostro armonioso, ojos pardos y cabellos castaños, era considerada una de las damas más bellas de Castilla y a nadie extrañaba que el joven rey se hubiese encandilado de ella nada más conocerla, en casa de Alburquerque. Algo que no impedía que las malas lenguas atribuyesen el enamoramiento a magia de hebreos, a la que habría recurrido ella para atar la voluntad del monarca.

Aunque de natural alegre, cedía cada cierto tiempo a la melancolía, como parecía suceder en esos momentos. Henestrosa, tras mirar dentro de sus ojos oscuros, le tomó una mano entre las suyas.

—¿Qué ocurre, niña?

—El rey se va a casar con la francesa. —Su hermano Diego se anticipó a cualquier posible respuesta—. Seguro que estás enterado.

—Tendría que ser ciego y sordo, o ermitaño, para no enterarme —contestó él riendo. Palmeó la mano de su sobrina—. No me digas que eso te tiene preocupada.

—Me he tenido que enterar por otros, tío. Él no ha venido a verme, ni me lo ha comunicado por carta.

—Don Pedro sigue en Torrijos. Tiene muchos asuntos que despachar. Negocios de cancillería que se han ido acumulando y necesitan solución. Por eso no se ha puesto en contacto contigo.

«Y porque, conociéndole —se dijo para sus adentros—, habrá preferido escurrir el bulto y esperar a que te enterases por terceros».

María levantó sus ojos castaños, esa noche apagados.

—Hará bodas con esa infanta francesa y se apartará de mí.

—Lo primero es cierto, lo segundo una tontería.

—Entre unos y otros lo conseguirán.

—¿Quiénes son unos y otros?

—Ella. La madre del rey. Alburquerque...

—No te has repuesto aún del todo de las fatigas del parto y, además, tienes esta noche un ataque de tristezas. Eso es lo que pasa. —Le puso las manos, grandes y morenas, sobre los hombros, y se inclinó a besarle la frente—. Juan, amigo, escancia un poco de vino a mi sobrina.

Tenorio, con gesto de asentimiento, se giró para echar mano a la jarra. Pero Diego, que observaba con el ceño fruncido y los puños en las caderas, no pudo aguantarse más.

—¿Cómo puedes tomarte la cosa tan a la ligera? —chirrió.

Henestrosa se encaró con él. Así como tenía a María por sensata, consideraba a Diego poco juicioso, dado a la ira, desmedido en la ambición y, en ocasiones, de una crueldad gratuita que no podía por menos que reprobar. Le miró a los ojos y, aunque no parecía haber mudado de gesto, bajo el mostacho negro, su sonrisa se había vuelto tan dura que hizo titubear a su sobrino.

—¿A la ligera?

—Ese matrimonio es una maniobra de Alburquerque. Ha estado atosigando al rey hasta lograr que consienta, pese a que él ya no lo desea.

—¿Y qué?

—Alburquerque va a usar esta victoria para recuperar posiciones y relegarnos.

Henestrosa estuvo a punto de suspirar, de puro hastío.

—Los reyes se casan por interés de Estado. Para eso son reyes. En su día, se enviaron embajadores a Francia, a acordar esta boda. Es buena para los intereses de Castilla y, además, es de ley cumplir lo prometido. La honra del reino está en juego. No sólo Alburquerque y los suyos han insistido ante el rey para que se celebren, y cuanto antes, las bodas. Muchos otros opinan lo mismo. Yo mismo le he aconsejado a don Pedro no demorarse en este asunto.

—¿Cómo has podido?!

—Si los asuntos de Estado marchan por sus cauces, si hay orden y paz en el reino, todos saldremos ganando. Es necesaria la boda, herederos y una alianza con Francia.

Diego agachó la cabeza, nada convencido pero temeroso de chocar con su tío. Juan de Villagera observaba, manteniéndose al margen, y lo propio hacía Tenorio, junto a la mesita. María parecía a punto de echarse a llorar, y Henestrosa, perdida la sonrisa, se llegó a Tenorio y tomó la copa de sus manos.

—Mira cómo está tu hermana, Diego. Esto es culpa tuya, por andar calentándole la cabeza.

Regresó junto a ella, le puso la mano en el hombro y la copa entre los dedos.

—Bebe y no te apures. El rey se casará en junio, pero tú ya sabías que esto había de ocurrir algún día. Con Blanca de Borbón u otra. Ella ocupará el trono, eso es todo. No te quitará tu lugar junto a don Pedro, descuida.

María bebió, cabizbaja, sin que eso desanimase a Henestrosa, pues ya sabía cuánto costaba sacarla del pozo en momentos así. Le puso dos dedos bajo el mentón, para obligarle a subir la mirada.



—Confía. ¿De acuerdo? —Esperó a que ella asintiese para añadir, de nuevo sonriente—: Ahora bebe un poco más. Te hará bien. Y sonríe, vamos.

La causante de tanto alboroto en el reino, cuitas a los Padilla y vacilaciones entre muchos nobles, que dudaban sobre a qué bando arrimarse, nada sabía de todo ello. No sólo ignoraba las tensiones causadas por su entrada en España, sino incluso la misma existencia de una mujer llamada María de Padilla. Algo sabían ya, en cambio, los embajadores castellanos que la acompañaban, por rumores que iban llegándoles según se acercaban a Castilla.

Los dos jefes de la embajada —Juan de Roelas, obispo de Burgos, y Alvar de Albornoz, caballero de Cuenca— tenían noticias vagas sobre que el rey había tomado amante mientras ellos estaban en Francia, negociando su boda. Amante que, al decir de muchos, le tenía atado a sus faldas. Chismes que se fueron confirmando al entrar en Cataluña, gracias a mensajes de amigos. Incluso, una carta de Fernando de Albornoz alertaba a su hermano Alvar sobre que algunos temían que el rey rehusase celebrar matrimonio.

Otros castellanos de la comitiva tuvieron también noticias, pero nadie mencionó nada a los del séquito francés. Así lo ordenaron los dos embajadores que, tras tantearse primero con medias frases, y comprobar que ambos sabían, discutieron el asunto largo y tendido. En cuanto a los franceses, dirigidos por el vizconde de Narbona, o nada sabían o no quisieron darse por enterados. O tal vez no dieron importancia al asunto, ya que en Francia, como en España, los reyes no sólo tenían amantes, sino que costeaban su posada, servicio y sustento con dinero del Tesoro.

Quien más empeño puso en ocultarle todo a Blanca fue Alvar de Albornoz. El caballero, que rondaba los cuarenta, era de modales y cordura más propios de los ancianos que han sabido aprovechar sus años. Alto, esbelto, de cabellos oscuros sembrados de canas, rostro agradable y expresión algo despistada, se había ganado el respeto de los caballeros franceses, tanto en París como durante aquel interminable viaje a Castilla. Su mesura, aun en momentos muy difíciles, su sensatez y, sobre todo, su bondad natural, hacían de él un espejo de lo que, en los reinos hispánicos, se llamaba un *buen caballero*.

Él, a su vez, había cobrado afecto a aquella dama francesa, destinada a ser reina de Castilla y que, a sus ojos, era poco más que una niña.

Blanca de Borbón tenía dieciséis años cuando los embajadores castellanos llegaron a la corte francesa en demanda de una esposa para don Pedro. Las negociaciones políticas, de dote y de arras habían sido largas y arduas, pero los castellanos estaban prendados de la hija del duque de Borbón. A una edad en la que muchas mujeres

regían ya casa y criaban hijos, Blanca parecía no haber salido del todo de la niñez. De cabellos muy rubios, tez clara, rasgos finos y ojos azules, su porte y modales habían convencido a los embajadores de que, sin duda, sería difícil encontrar en toda Francia a una candidata mejor a reina de Castilla.

Los sentimientos de Blanca al respecto, por su parte, habían sido ambivalentes desde el instante en que su padre le anunció su decisión, que era también la del rey de Francia. Seis hijas tenía el duque de Borbón, educadas para piezas del complejo tablero político francés, destinadas a desposar a reyes y nobles tan poderosos como monarcas. Blanca, como sus hermanas, sabía desde niña su destino, y no se lo había cuestionado jamás. Pero siempre se imaginó casada con alguna de las piezas mayores del tablero: con señores de la talla del conde de Saboya o el duque de Flandes.

Su compromiso con el soberano de un lugar tan remoto y exótico, a sus ojos, como Castilla, la había llenado de desconcierto. Aquel enlace la alejaba del centro del tablero y de esas casillas ensangrentadas con nombres como Normandía, Bretaña, Guyena, Borgoña, para enviarla a una esquina y asegurar la alianza castellana.

Unas veces sentía desazón ante la idea de partir lejos de todo lo conocido. Otras alborozo al pensar en ser algo más que un peón de la política francesa. Castilla era un reino poderoso, casi mítico en Francia, que mantenía frontera y guerras contra los infieles. Luchas que, vistas de lejos, tenían tintes de cruzada, mucho más nobles que los conflictos feudales franceses.

Pero todo empezó a complicarse desde el preciso momento en que se cerraron los tratos matrimoniales. Problemas de todo tipo; tantos que, a veces, Blanca se preguntaba si alguien no habría recurrido a la hechicería para perjudicarla; un pensamiento por el que su confesor solía reconvenirla.

Juan II de Francia, antes ansioso de llegar a un acuerdo que asegurase boda y, por tanto, le garantizase el apoyo de la flota castellana frente a la inglesa, una vez cerrado, pareció perder de golpe todo interés. Puede que se viese acuciado por problemas más inmediatos, o tal vez había prometido lo que no podía cumplir; pero lo cierto es que hubo problemas con el pago de la dote. El cortejo de Blanca tardó meses en salir de París y, en vez de dirigirse a España, comenzó a dar vueltas por los caminos de la Provenza, ante la creciente irritación de los castellanos, que sabían muy bien a qué obedecía tanta demora<sup>[3]</sup>.

En la frontera de Cataluña, Blanca se había despedido de su madre, Isabel de Valois, sintiéndose más perdida que nunca, y emprendió camino de Castilla junto a los embajadores castellanos y Almerico VII, vizconde de Narbona. El caballeresco rey de Aragón, Pedro el Ceremonioso, les había enviado guías, escoltas, provisiones y oficiales de su Casa con orden de proveer de cuanto pudiese necesitar la futura reina de Castilla.

Así que el primer contacto de Blanca con España fueron esas jornadas por tierras montanas, cubiertas de bosques, hasta llegar a Barcelona, donde recibió el agasajo de nobles, prelados, dignatarios y burgueses, pese a las relaciones difíciles que vivían las

coronas de Aragón y Castilla en esos años.

De allí, por consejo del propio Ceremonioso, en vez de cruzar el reino de Aragón, cuyos caminos en esas fechas eran harto difíciles, bajaron hacia el reino de Valencia, para entrar por su frontera oriental en Castilla y, desde allí, subir rumbo noroeste hacia Valladolid. Fue durante esos días cuando se estrechó la relación entre Blanca y don Alvar de Albornoz. Pese a las tensiones surgidas con los delegados del rey francés, Albornoz siempre se había mostrado, no ya cortés, sino cordial con la infanta. Una vez cruzaron los Pirineos, viéndola algo mustia, no había escatimado esfuerzos para alegrarle el viaje y había sido él quien la invitó a cambiar litera por mula ensillada, y a viajar así, a menos que el día fuese lluvioso o de frío extremo. Los caminos eran malos y un periplo tan largo, en una litera que no cesaba de dar tumbos, no podía por menos que dejarla molida.

La visitaba en las pernoctas, si tenía ocasión. Unas veces tocaba el laúd para ella, otras jugaban al ajedrez y, a veces, le contaba detalles sobre la vida cotidiana en Castilla. Y fue durante una conversación de ese tipo cuando, para su desasosiego, se encontró discutiendo con ella, sin querer, el asunto de las amantes de los reyes.

Habían salido ya del reino de Valencia y viajaban por tierras del maestrazgo de Santiago, al sur de Cuenca. Durante esos días, les habían salido al paso no sólo señores y prelados con los suyos, sino también simples hidalgos y labriegos que se apostaban en las encrucijadas para contemplar arrobados a esa dama tan joven que viajaba sobre mula de jaeces fastuosos, envuelta en manto de pieles para protegerse del frío. Ella a su vez había observado con ojos curiosos las viviendas, los castillos, los ropajes usados en los lugares por donde pasaban. Especial atención le llamaron, en Valencia, los moriscos, de los que tanto había oído hablar, y que en esos días pudo ver por vez primera a la vera del camino, con sus túnicas largas y las cabezas ceñidas por pañuelos listados.

El día de la conversación, las nubes se habían abierto, para alivio de viajeros. Tras la llanada valenciana, el clima de la meseta castellana resultaba duro en extremo, pródigo en escarchas y nevadas. El día antes habían sufrido vendaval y aguanieve. Pero esa mañana, aprovechando que había despejado un poco, Blanca volvió a subirse a una mula guiada por palafrenero francés. Alvar de Albornoz había desmontado y, calzando botas recias, chapoteaba en el fango del camino a la par de la mula de la infanta, dándole charla.

Hablaban entre ellos en un idioma casi propio, mezclando latín, el castellano escaso de Blanca y el francés aprendido por Albornoz durante su estancia en París. Ella, en algún momento, se había interesado por la vida del caballero en su ciudad natal de Cuenca.

—La ausencia se te habrá hecho interminable —comentó, solícita—. Estarás deseando volver a ver a tu mujer e hijos.

—Por desgracia, mi esposa murió cuando la peste, señora —contestó él, con esa serenidad que le caracterizaba.

—Siento oír eso.

—Así lo quiso Dios. Todos perdimos a alguien durante la gran mortandad. Mi mujer era buena cristiana, así que confío en que el Señor la tenga en su Gloria, a salvo ya de dolores y penas.

—¿Cuántos hijos tienes?

—Seis, sin contar al infante Sancho, al que quiero como si fuese hijo mío.

—¿Infante? —Blanca, arropada en su manto, la cabeza cubierta por la capucha de pieles, para protegerse del frío y el viento, le miró desconcertada—. ¿Un hermano de don Pedro?

—Así es, señora. El rey don Alfonso me lo confió en persona, cuando el infante era muy niño. En mi casa y con mis hijos le he criado.

—Pero yo tenía entendido que don Pedro no tenía hermanos.

—Legítimos, no. —Se acomodó la capa de cuero engrasado, vieja, cómoda y más sencilla aún en comparación con las pieles magníficas de la dama, para evitar que los bajos rozasen el barro y los charcos—. Don Sancho es uno de los hijos de don Alfonso y doña Leonor de Guzmán.

La confusión se esfumó del rostro de Blanca, como aventada por una ráfaga de ese aire que azotaba el camino.

—Ah. Un hijo bastardo. —Contempló curiosa al caballero—. Por tus palabras, entiendo que el padre del rey tuvo más de un hijo con esa señora.

—Diez, aunque no todos están vivos —repuso algo turbado Albornoz, intuyendo que él solito había metido la cabeza en la boca del lobo.

Blanca, malinterpretando sus reparos, le dedicó una sonrisa casi divertida.

—Que no te cueste hablar conmigo de ciertos temas. No me voy a asustar, ni a escandalizar. Me he criado en la corte de Francia, no en un convento.

—Os pido perdón, señora —se excusó Albornoz, los ojos puestos en los charcos del camino, más que contento por el equívoco.

—Diez hijos, dices. Esa mujer debe ser dama muy principal en Castilla, si compartió tanto con el padre del rey.

—Lo era. Ya murió —fue la respuesta. «Que se entere por otro de cómo fue su muerte y quién la hizo matar<sup>[4]</sup>», se dijo para sus adentros el caballero, antes de desviar la conversación—. En nada, supongo, nos alcanzará una escolta de caballeros de Santiago. Éstas son sus tierras y su maestre es, precisamente, don Fadrique, otro de los hermanos del rey.

—¿Escolta? ¿Hay algún peligro? ¿Infieles tal vez?

Albornoz se echó a reír. Tenía una risa fácil y sin malicia que alegraba el ánimo a la futura reina, aunque, a veces, sus carcajadas fuesen a costa de alguno de sus comentarios.

—Por aquí no hay más infieles que los moriscos que salen al camino, a saludaros. En Castilla hay muchos menos que en Aragón, y todos son gente pacífica y laboriosa. No. Los moros batalladores están más al sur y, desde que don Pedro reina, tenemos

paz con Granada.

Blanca cabeceó. A sus ojos, España entera era lugar de frontera. Una impresión creada por las historias oídas de pequeña a los cruzados franceses que participaron en batallas tremendas, bajo los pendones de aquel mismo Alfonso XI que tan belicoso debió ser.

—Entonces, ¿para qué esa escolta?

—Porque vais a ser reina de Castilla. Por eso envió el rey de Aragón a sus caballeros a saludaros. Y por eso habéis de recorrer los caminos de Castilla con la dignidad que os corresponde. Don Fadrique es hermano del rey y maestre de Santiago. ¿Quién mejor que los suyos para daros escolta de honor?

Blanca aceptó aquello con otra inclinación de cabeza. Hicieron camino, durante un rato, en silencio. Los cascos de las caballerías y las botas de los de a pie chapoteaban en el barro con sonidos de succión. Algunas aves cantaban sobre los árboles desnudos del invierno, los arrieros daban voces, agitaban sus agujas y, a intervalos, rebuznaba una u otra acémila. Nubarrones negros, henchidos de lluvia, surcaban el cielo a impulsos de un viento húmedo y gélido.

—¿Está don Pedro en Valladolid?

—Tengo entendido que no. Los mensajeros me han dicho que se encuentra en el sur, atendiendo negocios de Estado. Hubo una rebelión en la parte de Córdoba; nada serio, un ricohombre demasiado ambicioso. Ya está sofocada. Sin embargo, en Valladolid os está esperando la reina madre, para recibirlos y cuidar de que nada os falte.

—Muy considerado de su parte. ¿Sabes algo de cuándo será la boda? Soy la última en enterarme de todo.

—No sé gran cosa. Aún hay mucho que hacer antes de la ceremonia. Hay que organizar...

—Pero ¿sabes algo de la fecha?

—No, señora. Supongo que sabremos algo concreto al llegar a Valladolid, pero imagino que será para mayo o junio.

—¿Tan tarde?

Se arrebujó en su manto de pieles y Albornoz volvió la cabeza para observarla unos instantes, sentada en la silla, balanceándose al paso de la mula, tan envuelta que sólo asomaba la frente, pómulos y unos ojos azules que no podían esconder la decepción. El caballero agitó la cabeza.

—Hemos sufrido retrasos considerables, señora. Y, como os comentaba, hay que organizar vuestra casa y preparar la ceremonia. Acudirá gente principal a las bodas, no sólo de Castilla, sino de los demás reinos. Viajar en esta época, entre el norte y el sur de Castilla, se hace arduo, porque la nieve cubre los pasos de montaña. Hay que... en fin, que se necesita tiempo para que algo como una boda real esté a punto.

—Supongo que tienes razón.

—Es comprensible la impaciencia. —El caballero esbozó una sonrisa benévola que

no pasó desapercibida a la infanta.

—Me tratas como a una niña, don Alvar —sonrió ella a su vez.

—Será porque a mis ojos sois una niña, señora. Dicho sea con el debido respeto —respondió, con la confianza ganada a lo largo de ese viaje.

—No me disgusta. Es bueno saber que alguien se preocupa de forma sincera por ti, sobre todo cuando estás tan lejos de casa.

—Castilla se convertirá en vuestro hogar, poco a poco. En cuanto a mí, he procurado guardaros y aconsejaros bien, en la medida de mis posibilidades.

—Y espero que sigas haciéndolo en el futuro.

—Vais a ser reina de Castilla. No tardarán en sobraros vasallos y amigos. —Mostró una de sus sonrisas tranquilas—. Yo no soy más que un hidalgo de Cuenca, al que dos reyes han honrado con tareas de confianza. Pero, dentro de poco, no me necesitaréis para nada.

Blanca le observó, ponderando tanta modestia. Sabía que Alvar de Albornoz era señor de sus propias tierras, hombre de criterio y valor respetados, con amigos y familiares poderosos, entre estos últimos el cardenal Gil de Albornoz, brazo armado del papa Inocencio VI.

—Estoy hablando de amigos sinceros, no de aliados —respondió ella con calma—. Los amigos de verdad nunca están de más, ni sobran.

—Es cierto. En tal sentido, podéis contar conmigo, pase lo que pase. Tenéis mi palabra.

Recorrieron otro trecho en silencio. Albornoz tendió la vista, inquisitivo. Una nube negra y enorme cubría camino adelante, y estaba descargando, de forma que por allí era todo oscuridad.

—Se acerca una tormenta, puede que de granizo. Es mejor que os resguardéis en vuestra litera. —Por señas, indicó al palafrenero francés que guiaba a la mula que redujese el paso del animal.

—Te agradezco que veles tanto por mí —sonrió Blanca.

Observó a su vez el paisaje que se mostraba ante sus ojos. El cielo estaba medio cubierto por nubes oscuras a las que el viento movía a gran velocidad, de forma que campos y arboledas eran un ajedrez de claroscuros; unas zonas al sol, salpicadas de gotas de lluvia que relucían, otras nubladas por las tormentas. Y, más adelante, la carretera estaba casi en tinieblas. Al ver eso, sintió un escalofrío, casi un mal presagio.

Luego, ese momento pasó y, aceptando la mano que le tendía Albornoz, bajó de la mula para entrar en la litera y protegerse del chaparrón que ya se les echaba encima.

## 8

En los primeros días de abril, provisto de cartas de recomendación, Hug Benavent cruzó la sierra de Credos, rumbo a Valladolid, con intención de asistir a la boda del rey y, de paso, ver qué podía ofrecerle la universidad local. El viaje lo hizo con una caravana de comerciantes toledanos, que conducían una tren de acémilas hacia el norte y, durante las distintas jornadas, tuvo ocasión de constatar, de nuevo, cuán inseguros eran los caminos castellanos.

Benavent escribía cartas a distintos corresponsales de Oriente, con los que había trabado amistad a lo largo de sus viajes. Se las entregaba a mercaderes y peregrinos, en la confianza de que, antes o después, de mano en mano, llegasen a sus destinatarios, y en ellas daba cuenta de sucesos, costumbres y observaciones diversas. El destinatario de casi una de cada dos misivas era Cosmas Filocales, un erudito de Constantinopla cuya sed de conocimientos rivalizaba con la suya propia; aunque Filocales prefería la vida sedentaria y pacífica, entre libros y rollos antiguos.

En sus cartas, Benavent le había hablado, más de una vez, de los estragos causados por la peste, las malas cosechas y la debilidad de la Corona. También del bandidaje, el abigeato y los ataques a poblaciones perpetrados por ladrones feudales y bandas de desposeídos. De cómo las gentes abandonaban el campo, las poblaciones se fortificaban y los mercaderes habían de viajar en grandes grupos, para mejor defensa contra forajidos.

Pero aquel viaje le mostró una faceta más, hasta entonces oculta a sus ojos, de la violencia social que azotaba Castilla.

Fue al cruzar la sierra, aún en la vertiente sur. Habían estado toda la mañana subiendo un camino que serpenteaba entre barrancos y bosques de robles y hayas, ya entremezclados con pinos. El día era claro y frío, y por doquier corrían arroyos de deshielo; hilos de agua helada que resbalaban murmurando por las cuestas, abriendo surcos en la tierra negra. En las zonas de umbría aún quedaban grandes parches de nieve.

Benavent subía a pie, envuelto en su capa colorada, llevando al mulo de las riendas para no fatigarlo, así como para estirar un poco las piernas. Aquellos días entre invierno y primavera tenían algo especial, con la nieve y el hielo aún presentes y, sin embargo, las ramas ya con retoños verdes, los pájaros trinando y el aire cargado de olor a vida nueva. Hacia la hora tercia, la caravana pasó a la altura de cuatro cadáveres, que colgaban por las muñecas de las ramas bajas de unas hayas, en la penumbra a la vera del camino; y, para asombro de Benavent, los comerciantes no es



que no se detuviesen, sino que les prestaron escasa atención. Algunas ojeadas, con ojos carentes de compasión, y un par que escupió, o les hizo los cuernos, el físico no supo si a modo de ofensa o para espantar maleficios.

Benavent sí se detuvo, rehén de su naturaleza curiosa. Cuatro muertos, maniatados a las ramas con tiras de cuero, colgando inertes. Tres estaban desnudos y al cuarto le habían dejado la ropilla interior. La causa de la muerte era clara: saetas emplumadas que aún seguían clavadas en los cuerpos; dos, tres, cuatro, dependía del muerto. Debían de haberles capturado, desvestido, atado a las ramas y luego acribillado con ballestas.

El observador amarró su mulo a un arbusto, antes de acercarse intrigado. Sólo entonces advirtió que, unos pasos más allá, en las sombras del bosque, yacían dos cadáveres más. La zurda sobre el pomo del chafarote, se acarició la perilla con la diestra. Allí se había librado una refriega, sin cuartel para el vencido.

Los mercaderes seguían desfilando a sus espaldas y él se acercó un poco más, a examinar los rostros muertos. Uno parecía dormir, con esa expresión plácida que da a veces la muerte; pero los otros tres estaban retorcidos por el dolor, sin duda porque su mala suerte quiso que no murieran en el acto. Tras asaetearlos, debieron dejarlos allí agonizando, colgados de las muñecas, sin dignarse a darles el golpe de gracia. Observó los ojos en blanco de uno, la boca abierta, el hilo de baba congelada a lo largo de la barbilla. Y se santiguó.

—No malgastes rezos en esa carroña —rezongaron a sus espaldas.

Benavent se sobresaltó, porque así de absorto estaba. Al girarse, se encontró, cara a cara, con uno de sus compañeros de viaje, con el que había conversado alguna vez.

—Vamos, mestre Gil. Un poco de caridad para con los difuntos.

—No con éstos. Muertos es como mejor están.

Su interlocutor era alto y grueso, de rostro colorado que, en ese momento, estaba casi púrpura de enojo. Benavent, al verle tan amoratado, y cómo le temblaban las papadas, se dijo que cualquier día iba a caer fulminado. Haría bien aquel hombre en moderarse en el comer, beber y con la ira, aunque optó por guardarse tales reflexiones que, tal vez, no fuesen bienvenidas.

—¿Eran bandidos?

—De la peor clase.

—¿Así se hacen las justicias en Castilla? ¿Asaeteando a los criminales en el mismo sitio, sin juicio, y abandonando sus restos a los lobos?

—No han sido alguaciles los que les han dado su merecido a éstos. —Se permitió una sonrisa rencorosa.

—¿Quiénes entonces?

El otro, sacando una mano por entre los pliegues de su manto marrón, le señaló las varas emplumadas que asomaban de las carnes muertas.

—Me juego cuanto llevo en las acémilas que esto es cosa de cuadrilleros de hermandad.

Benavent volvió a él los ojos, desconcertado.

—No sé de qué me hablas. —Se ajustó la capa colorada porque allí, a la sombra, hacía más frío—. Recuerda que soy forastero.

—Es cierto, disculpa. Bueno. Si sigues viajando por Castilla, no te quepa duda de que oirás hablar mucho de las hermandades.

Días más tarde, ya instalado en Valladolid, Benavent habría de escribir una carta larga y detallada a Cosmas Filocales en la que, entre otras cuestiones, le daba cuenta de lo hablado con aquel mercader de paños esa mañana despejada, de viento fresco, entre árboles retoñando y muertos desnudos.

En Castilla abundan las sierras, lo que es una traba para las comunicaciones. Se puede decir que las montañas cortan casi por la mitad el reino; un problema que no sufren ni Portugal ni Aragón. Los carros no pueden pasar por muchos de los caminos de montaña, por lo que hay que llevar las mercancías a lomo de acémilas. Pero las dificultades del terreno no son nada si las comparamos con las que causan los ladrones, que son una plaga en estas tierras. Hay bandas de forajidos, grupos de flagelantes, vagabundo, falsos frailes; todos dispuestos a robar y matar. Pero, sin duda, los peores facinerosos en Castilla son los malhechores de buena cuna.

Quizás estas líneas te han de asombrar. Pero debes entender cómo es la sociedad castellana, y los avatares que ha vivido en los últimos años. Aquí, el primogénito lo hereda todo y, como se considera que trabajar es deshonoroso, a los segundones de alcurnia no les queda otra salida que las armas o los hábitos. Hoy en día, la paz con Granada impide a estos hombres buscar fortuna en la frontera. Suma a eso los estragos causados, primero por la peste negra, y luego por las sequías, inundaciones, heladas, pedrisco y demás desastres naturales que han arruinado una cosecha tras otra. La gente llama a esta época, y con razón, los Malos Años. Y, como las calamidades han menguado las rentas de los señores, muchos de ellos se lanzan a pillar por los caminos, como bandoleros.

Con mis ojos, he visto poblaciones, prósperas hace escasos años y ahora desiertas y en ruinas; y campos de labranza invadidos de maleza. Los mercaderes viajan armados hasta los dientes y en grandes grupos. La gente emigra a las ciudades o fortifica sus aldeas. Los oficiales del rey no consiguen poner coto a los desmanes de los nobles, que aquí llaman malfetrías. No pueden, no quieren o no les dejan, porque en estos atropellos andan por medio gentes ilustres, y es de suponer que tienen quienes les amparen, obstruyendo a la justicia.

Tal situación es crónica. Ocurrió lo mismo durante la minoría de edad de Alfonso XI, el anterior rey. Pero él puso remedio después, con mano de hierro. Ya veremos si su hijo puede. Los señores de Castilla conspiran unos contra otros y, todos a una, contra el trono. El caso es que, cuando el poder real no ha sabido frenar los desmanes, la respuesta de algunos hidalgos y el pueblo llano ha sido siempre la misma. Organizarse en hermandades y, con el apoyo de los concejos, salir a luchar contra los ladrones feudales. El resultado es una guerra civil soterrada.

Hay muchas hermandades en Castilla y el rey les deja hacer, porque son un freno a los señores. La impunidad de unos y la tolerancia hacia los otros ha convertido al reino en un campo de batalla entre estamentos. Esos muertos del camino que vi debieron perecer a manos de cuadrilleros, los hombres de una hermandad. Unos cayeron peleando y al resto le dieron la suerte que reservan para los criminales: acribillarlos con saetas.

—Hablas con mucha seguridad —comentó aquel día Benavent—. Pero yo no veo marcas en los astiles ni en los emplumados. Pudiera haber sido cualquiera.

Su interlocutor se permitió tal sonrisa de suficiencia que cortó en dos ese rostro grana de varias papadas.

—Tontos tendrían que ser para marcar sus saetas. Si luego los secuaces de algún señor ladrón cogiesen a alguien con astiles de iguales marcas, mal se lo iban a hacer pasar. Como comprenderás, la muerte que los señores dan a los cuadrilleros que capturan no es nada envidiable... En fin. Que puedes jurar que han sido cuadrilleros de hermandad; eso seguro, aunque ¿quién sabe cuál en concreto?

—¿Muertes envidiables? La de estos cuatro no lo ha sido, desde luego.

—Fue más rápida y misericordiosa de lo que merecían. Estos bellacos no sólo tienen las manos manchadas de sangre inocente, sino que son la causa de mucha ruina y llanto. Son una verdadera plaga para la gente de bien, digna de las de Egipto con las que el Señor azotó al Faraón.

—No lo dudo. Pero ¿era necesario negarles cristiana sepultura?

—Es justo castigo. Así los cuervos les saquen los ojos y los lobos les coman la carne. Que los huesos se les pudran y el Diablo les arranque el alma para llevársela a lo más hondo de los infiernos.

El mercader se había congestionado tanto que Benavent volvió a temer que sufriese un ataque. Sus últimas palabras le habían sonado casi como a maldición ritual, pese a lo espontáneo. Además, le hicieron caer en la cuenta de que los cuerpos estaban intactos. Debían haber sido muertos la tarde antes, se habían congelado durante la noche y las alimañas aún no les habían hincado el diente.

—Esta es una tierra dura —apostilló el otro, algo más calmado—. Los hombres han de ser también duros, si quieren hacerse un lugar al sol.

Hug Benavent de Alejandría le dedicó una de sus sonrisas inquietantes. Se preguntó para sí cuántas veces habría oído sentencias similares, en tierras muy distantes. Todo el mundo parecía jactarse —porque jactancia era— de vivir tiempos difíciles.

—He viajado mucho, mestre Gil. Y todavía no he pisado una tierra amable, ni visitado nación donde los hombres fueran buenos y generosos. He oído muchas historias acerca de países de leche y miel, es cierto. Pero nunca conocí a nadie que hubiera estado en persona allí, ni encontré camino que llevase hasta ellos.

Una voz le interrumpió. Un balletero a caballo, con capa de cuero y capucha claveteada, la ballesta cruzada en la silla, se había detenido a su altura. Era el guarda

que cerraba la marcha. Tan absortos habían estado charlando, que no se habían dado cuenta de que estaban ya rezagados.

—No os retraséis. —Señaló con la cabeza a los cadáveres colgados de las muñecas—. Esos malandrines no son los únicos que acechaban estos caminos.

—Tiene razón. Vamos. Ya seguiremos. —El mercader tomó las riendas de su mula y, a paso vivo para tanto corpachón, salió en pos de la caravana.

Hug Benavent, alto y cetrino, ahora meditabundo, se demoró aún un instante, con una vuelta de la capa roja sobre el antebrazo izquierdo, la mano sobre el pomo de la espada.

El día era luminoso, el cielo sobre las montañas muy azul, y un sol brillante se colaba entre las ramas de hayas y robles. Se oía el canto de las aves, el suspiro de la brisa, el gorgoteo de las aguas. Olía a humedad, a mantillo y a vida nueva. Puso los ojos por última vez en los cuerpos asaeteados, luego en la hondura del bosque, con sus juegos de sombras y luces. Un golpe de aire le agitó la capa y él, sacudiendo la cabeza, como para espantar el hechizo que parecía retenerle allí, junto a los muertos, tomó a su vez las riendas de su mulo y reemprendió la marcha, a buen paso.

## 9

Blanca de Borbón no llegó a encontrarse con su prometido antes de las bodas, ya que asuntos de Estado retenían a éste al sur de Credos, de forma que el único contacto entrambos fueron unas pocas cartas. Misivas no muy largas en las que, entre fórmulas de cortesía, el rey de Castilla no dejaba de interesarse por el asunto del pago de la dote. Letras formales, frías, más propias de banquero lombardo que de novio, que pusieron semilla de aprensión en el ánimo de Blanca.

En ausencia del monarca, fue la madre de éste, María de Portugal, la que atendió a la prometida francesa. Ella misma, en persona, salió a recibirla a las puertas de Valladolid, bajo palio y acompañada de una multitud de caballeros, hombres buenos y prelados. Se celebraron festejos, torneos y corridas de toros; y la reina madre la trató, en todo momento, con tanta dulzura que la hizo sentir casi como en casa, de forma que se mitigaron los temores que aquellas cartas del rey despertaban en ella.

Viendo a la infanta tan niña y, además, tan desvalida, pues no tenía a su lado sino a unos pocos franceses y a algún castellano que, como Alvar de Albornoz, se había quedado con ella por el afecto que le había cobrado, la reina madre decidió asignarle una aya. Mucho sopesó y dudó, entre distintas candidatas, hasta decidirse por doña Leonor de Saldaña.

Tres prendas juntaba aquella dama. La primera méritos propios, ya que era instruida a la par que hecha a los sinsabores de la vida, y entendida en los entresijos políticos castellanos. Una mujer de genio fuerte y principios rectos, a la par que de disposición bondadosa, en quien se podía confiar.

La segunda svi linaje, pues era de buena cuna y casada con hombre ilustre. Su parentela era lo bastante poderosa como para hacerla independiente y difícil de presionar. Al tiempo, no lo era tanto como para que los suyos pudiesen albergar deseos desmedidos de medro a la sombra de la futura reina.

La tercera prenda, cosa paradójica, era no ser del círculo de la propia María de Portugal. Esta podría haber buscado una aya entre sus propias damas, pero recordó lo ocurrido con Alburquerque, de quien decían que había metido a María de Padilla en la cama del rey, para manejarle mejor; y la jugada se le había vuelto en contra. Era mejor buscar una dueña íntegra, que velase ante todo por los intereses de doña Blanca.

Leonor de Saldaña no defraudó las expectativas de la reina madre y, con su energía de costumbre, se dispuso a organizar la Casa de la reina. Ella misma se ocupó de instruirla en etiqueta castellana y genealogías, y de ponerla al tanto de los bandos

de la corte. Así que Blanca no tuvo tiempo ya de aburrirse, o de entregarse a especulaciones, en las semanas que siguieron a su llegada a Valladolid.

Aquella era una ciudad próspera, fundada tres siglos antes por un antiguo héroe leonés, bien ubicada entre dos ríos que, a veces, se cobraban tributo desbordándose, con los consiguientes daños y mortandad. Una urbe comercial, pujante, con universidad propia y grandes ambiciones.

En Castilla, la corte carecía de sede fija; estaba allá donde fuese el rey. Sevilla era la capital oficiosa desde los días de Alfonso XI, ya que aquel rey de guerra gustaba de estar cerca de los teatros de guerra. Y Sevilla —antiquísima, populosa, comerciante—, además de hallarse a escasas leguas de la frontera granadina, permitía, bajando el Guadalquivir, llegar en poco al mar; algo de suma importancia, si los benimerines trataban de nuevo de cruzar el Estrecho.

Pero Valladolid no se resignaba y se tenía por la capital del norte. En esa ciudad, Alfonso X, llamado el Rey Sabio, había celebrado su boda con doña Violante y, desde entonces, era tradición que los reyes castellanos se casasen ahí. También era residencia de monarcas, cuando los asuntos de Estado les llevaban a esa parte del reino. Y, a todo eso, había que sumar con que contaban con gran número de casas nobles, lo que avivaba aún más sus pretensiones de corte.

Gracias a los muchos nobles de la ciudad, así como a que los ricoshombres iban llegando para la ceremonia, y a los buenos oficios de su aya, Blanca fue familiarizándose con los linajes, y poniendo rostros a los nombres. También conoció otros pormenores, porque fue su aya la que le desveló que don Pedro tenía una amante. Lo que cortesanos y caballeros no osaron contarle, lo hizo aquella mujer enérgica, sin dar grandes rodeos. Blanca de Borbón encajó la noticia sin pestañear. No sólo le habían enseñado a mantener la compostura en todo momento sino que, tal como le dijese a Albornoz mientras viajaban por las planicies aragonesas, no se había criado en ningún convento.

El duque de Borbón había educado de forma estricta a sus hijas, que habían crecido sabiendo que sus matrimonios serían de Estado. Era parte de las obligaciones de una dama de alcurnia. Blanca había visto cómo el rey y los grandes de Francia mantenían amantes, y no suponía sino que en Castilla ocurriría otro tanto. Y, por la tenacidad con la que los embajadores castellanos habían soslayado ciertos temas durante el viaje, ya albergaba sospechas a tal respecto.

Así se lo dijo a Leonor de Saldaña, lo que hizo que ésta se echase a reír con fiereza.

—¡Hombres! —Agitó el cepillo, porque le estaba peinándolos cabellos rubios con amor de madre—. Tontos y vanidosos.

—¿?

—Tontos por creernos tontas. Vanidosos porque, en su orgullo, temen que nos sintamos heridas al descubrir que tienen amantes. Ya aportamos la dote. ¿Esperan encima que pongamos sentimientos, cuando ellos no lo hacen?

—Pero el amor existe, doña Leonor.

—Claro. Pero, entre esposos, lo hace por azar y después del matrimonio.

—Esas son palabras duras.

—Son la verdad. No hay boda que no sea por conveniencia. Altos o bajos, todos casamos a los hijos por interés. Así hicieron nuestros padres, y sus padres con ellos antes. Así harán nuestros hijos con los suyos. Interés. El de los reyes son las alianzas, el de los señores poder y estados, el de los burgueses negocios, el de los labriegos sus campos. Pero todo viene a ser lo mismo.

—Es verdad.

—Sólo el menesteroso escapa a ese destino. Si no tiene nada que negociar, puede unirse de verdad a quien quiera. Tal vez los mendigos y los vagabundos sean los únicos que pueden conocer ese amor arrebatado y puro que tanto cantan los juglares. —Esbozó una sonrisa melancólica que no tardó en teñirse de dureza—. Aunque supongo que éstos harán lo que los perros: juntarse para no vagar solos.

En banquetes, besamanos, misas, procesiones, corridas, las gentes pudieron contemplar durante esas semanas a la futura reina de Castilla. Grandes y pequeños, vecinos y forasteros, se hacían lenguas sobre esa belleza frágil, su juventud, los atuendos tan lujosos como exóticos, y esos tocados altos y con velos, desconocidos para los castellanos. Recibió pleitesías de ricos hombres, caballeros, clérigos, hombres buenos. Pero lo más provechoso de todo, cuando aprendió más sobre los entresijos del reino, no fue en ninguno de esos fastos, sino durante las veladas dedicadas a bordar en compañía de otras damas.

Si el tiempo era bueno, se sentaban en alguna galería, hasta que el sol declinaba. En la hora nona, la que sucede al mediodía, con los ojos puestos en la labor y los dedos haciendo volar las agujas, las lenguas se soltaban, y los asuntos de Estado y de alcoba corrían de boca en boca, como ha ocurrido siempre. Y así, gracias a esas tardes de primavera, supo de los distintos bandos y rivalidades que desgarraban el reino.

Castilla era un caldero siempre a punto de ebullición, bien sustanciado por ambiciones, intereses y odios. Y, en esa olla del diablo, ingrediente principal era en esos momentos la rivalidad entre Alburquerque y los Padilla. Aquél fue ayo del rey en su infancia y luego, durante años, su consejero principal, hasta el punto de que hacía y deshacía en su nombre. En cuanto a los Padilla, la parentela de la amante del rey, eran una camarilla de arribistas dirigidos por el tío materno de ella, Juan de Henestrosa.

Pugnaban por los oficios mayores del reino. Alburquerque —artífice del compromiso con Blanca de Borbón y, por tanto, de la alianza con Francia— perdía poder a grandes pasos, mientras que los Padilla crecían de día en día. Y, mientras iba escuchando retazos sueltos de esa pugna cortesana, Blanca obtuvo también, por fin, los primeros atisbos de cómo era el hombre que sería su esposo.

—Don Pedro, pobre niño, tuvo una infancia desdichada —comentó en cierta ocasión Leonor de Saldaña—. No es que le faltase de nada, pero lo que tuvo que vivir no se lo deseo yo a nadie. El rey Alfonso nunca quiso a la reina María. Amaba con locura a Leonor de Guzmán y trató muy mal a su esposa e hijo; los ignoraba y los

relegó de la corte, como si no existiesen.

—Doña María tuvo que sufrir muchos desaires —convino una de las dueñas, que bordaba esa tarde a su lado.

—Y tantos. —Leonor alzó los ojos un parpadeo, para mirar a Blanca—. Tan notorios fueron los menoscabos a la reina que, al final, nos llevaron a la guerra con el rey de Portugal, que no es hombre que tolere ofensas. El pobre don Pedro vivió una infancia solitaria. Creció lejos de su padre, la corte, la política; de todo aquello a lo que, por nacimiento, tenía derecho. Pasó sus primeros años en el alcázar de Sevilla, casi encerrado, pegado a las faldas de su madre.

Hizo una pausa, aguja en mano.

—La gente se asombraba de lo mucho que ha influido Alburquerque en él. Hasta hablaban de pócimas y hechizos. ¡Necios! ¿De qué se extrañan? —Bufó—. Su padre le daba la espalda. Tenía pocos amigos y menos valedores, fuera de los portugueses del séquito de su madre. Ocurrió lo que tenía que ocurrir: su reinado ha sido casi hechura de los designios de su madre y Alburquerque.

—Ha sido. Tú lo has dicho. Pero ya no —apuntó otra de las que bordaban con ellas.

—Nuestro señor no ha desplegado sus alas. Otros se han hecho con el puesto que ocupaba Alburquerque. Eso es todo.

—El rey ha cambiado las faldas de su madre por las de María de Padilla —dejó escapar la primera de las dueñas, con una risita.

Leonor de Saldaña alzó el rostro, agria, y la otra hundió el suyo en la labor. El aya de la infanta —una mujer alta que, en tiempos, debió ser de hermosura notable y a la que los años habían restado belleza para, a cambio, ir imprimiendo cada vez más carácter a sus rasgos— era una dama severa, que no consentía salidas de tono en ciertos temas.

Pero Blanca dejó pasar la indiscreción no dándose por enterada. Prefería que las lenguas estuviesen sueltas para así conocer detalles que, de otra forma, puede que nunca llegasen a sus oídos. Hablando poco y escuchando mucho, fingiendo a veces no comprender, había ido sabiendo de los amores entre Alfonso XI y Leonor de Guzmán, la —en eso todas coincidían— mujer más bella del reino, en su tiempo.

También supo de la guerra habida con Portugal por ese agravio. De los diez hijos que tuvieron juntos. De las turbulencias desatadas a la muerte de Alfonso. Y de la venganza que, al final, tomó María de Portugal contra Leonor de Guzmán.

Dos de aquellos bastardos fueron, precisamente, los culpables de que Blanca no pudiera verse con Pedro antes de la boda. El rey llegó a Valladolid casi en vísperas de la ceremonia, para alojarse en las Casas del Abad de Santander, un antiguo edificio religioso que servía a los monarcas de posada durante sus estancias en la ciudad. En contra de lo que todos esperaban, nada se dijo de organizar un encuentro en privado, o un acto público que les sirviera para verse: una misa, una procesión o algo parecido.

Para colmo de males, una tarde llegó a presencia de la infanta Ottobón de Oliva,



su tesorero, tan alterado que, tan sólo por la expresión de su rostro, ella comprendió que algo grave estaba ocurriendo.

El buen Ottobón le besó con algo de torpeza el ruedo de la falda, antes de, con frases atropelladas, informarle de que dos hermanos bastardos del rey se acercaban a Valladolid con todo un ejército e intenciones más que dudosas. Ottobón venía de una taberna para extranjeros y allí, gracias a algunos compatriotas, se había enterado de lo que ya sabía toda la ciudad. Al parecer, el rey don Pedro había montado en cólera y, sin pensárselo dos veces, había convocado a cuantos hombres de armas había presentes en la ciudad para salir al campo, a cerrar el paso a sus revoltosos hermanos.

Blanca mandó buscar a Leonor de Saldaña con tanta urgencia que el aya acudió sin tardanza y, al encontrarse a la infanta sofocada, perdió ella también la compostura, creyendo que había caído enferma. Pero, en cuanto Blanca consiguió explicarle qué le ocurría, la tomó de la mano y, al sentir cómo temblaba, la hizo sentar.

—Vamos, niña. La cosa no es exactamente así. Ya sabéis que las noticias vuelan y que, de boca en boca, van inflándose como vejigas.

La liberó de diadema y cofia, soltó las trenzas de cabello rubio, aflojó los cordones del vestido, para que respirase más desahogada. Ordenó luego traer aguardiente caliente con miel y pimienta y, por último, se sentó a su lado para hablarle de las turbulentas relaciones entre el rey don Pedro y sus hermanos<sup>[5]</sup>. Blanca ya había conocido a don Fadrique, gemelo del conde Enrique de Trastámara, cuando había salido a pleitesiarla, al cruzar el maestrazgo de Santiago. Tan rubio como decían que era el rey, aunque de ojos azules y de menos estatura. Contaban que Enrique y Fadrique eran como dos gotas en lo físico, y muy distintos en cuanto al temperamento, aunque nadie le había podido precisar dónde residían, en concreto, las diferencias.

Pero Leonor de Saldaña no le habló de eso. Sí se explayó en cambio, con su dureza de criterio habitual, sobre el porqué de esas relaciones tan difíciles.

—La enemistad entre don Pedro y sus hermanos no es sino la continuación del odio que se profesaban sus respectivas madres. Es una desgracia que los hijos hereden, además del patrimonio y semejanzas físicas, las inquinas de sus mayores. El rencor de doña María y las ambiciones de doña Leonor sembraron y abonaron el suelo donde ahora crece un árbol cuyos frutos serán guerra, muerte y duelo.

Pedro y los bastardos —sobre todo Enrique, el favorito de su madre— se habían criado en el recelo mutuo. El primero dudando de la lealtad de los segundos, y éstos temiendo por sus vidas. Tras la muerte de Alfonso XI, hubo desencuentros, roces e incluso enfrentamientos armados entre los partidarios de uno y otros, sin que nada pudiese disipar del todo la desconfianza mutua. Las concordias fueron siempre efímeras y la brecha no hizo sino ensancharse con el paso del tiempo.

Sobre todo la abierta entre Pedro y Enrique, a raíz de la boda que Leonor de Guzmán concertó entre su hijo y Juana Manuela, hija de don Juan Manuel, marqués

de Villena; el hombre más poderoso del reino en su momento. María de Portugal también deseaba casar a Pedro con la misma dama y, al descubrir que su rival se le había adelantado, maniobrando a escondidas, no cupo en sí de furia. Aunque, a cambio, obtuvo argumentos para envenenar el oído de su hijo.

—Doña Leonor creyó realizar una jugada maestra, pero la pagó bien cara —sentenció el aya, aprovechando que estaban a solas—. Eso cambió el ánimo del rey, que prestó oídos a las exigencias de su madre y permitió que matasen a Leonor de Guzmán. Según dicen, se había negado antes, repetidas veces.

Blanca no pidió más detalles al respecto. Ya había sabido de la prisión y muerte de Leonor de Guzmán, en Talayera, por orden de la reina madre.

—¿Y ahora vienen los bastardos, en son de guerra, para vengar la ejecución de su madre?

—No, niña. —Le paseó los dedos entreabiertos por el cabello, para desenredar cualquier nudo—. Es más simple, más triste, y demuestra hasta qué punto se ha deteriorado la situación. Si Enrique y Tello vienen con tantas compañías de armas es, tan sólo, porque no se sienten seguros. Temen que el rey o Alburquerque los hagan ajusticiar. Antecedentes no faltan. Y el rey, al ver tantas fuerzas, se siente a su vez en peligro. Todos desconfían de todos y obran movidos por el miedo. Si alguien no remedia esto, Castilla va a sufrir muchos males.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Nadie lo sabe. Los hermanos del rey se han detenido en Cigales, supongo que para que quede claro que no desean luchar.

—¿Qué es Cigales?

Leonor de Saldaña observó desconcertada a su interlocutora, antes de sonreír.

—Disculpad, señora. Os he cobrado tanto afecto que es como si os conociese desde hace años. Por eso se me olvida, a veces, que acabáis de llegar a Castilla. Cigales es una aldea, a pocas leguas de aquí. Los bastardos no han querido pasar de ese lugar y llevan días acampados en sus inmediaciones.

—¿Días? ¿Y nadie me ha avisado? ¿Por qué?

—Os pido disculpas, señora —se excusó el aya, que sabía estar en su sitio—. Puede que hayamos errado en este tema, pero fue sin mala intención. Hasta hoy, todo parecía un asunto menor: un problema de escolta excesiva que no gustaba a los oficiales del rey. Eso era todo. Habían estado negociando y parecía que iban a llegar a un acuerdo. Pero, esta misma mañana, don Pedro perdió la paciencia y salió con todos los hombres que pudo reunir, dispuesto a meterles en cintura. Sólo entonces se volvió este asunto grave.

—¿Qué ocurrirá cuando se vean frente a frente?

—Depende, sobre todo, de lo que haga el rey. Vuestro futuro esposo no es hombre que aguante mucho, ni muy contemporizador. Y, si acomete a sus hermanos, éstos se defenderán y puede que el incidente desate una guerra en Castilla.



Pero, pese al temor general, el rey don Pedro no lanzó a sus tropas contra las de sus hermanos. Muchos habían supuesto que llegaría a Cigales como un tomado, para trabarse de inmediato con el enemigo, sin pensar en las consecuencias, haciendo honor a su fama de monarca iracundo e irreflexivo. Por eso, cuando mandó que la hueste se detuviera a distancia y armase campamento, casi todos, por ambos bandos, suspiraron aliviados y se atrevieron a pensar que aún podía llegarse a un acuerdo.

Pero no fue la prudencia, ni el deseo de paz, lo que contuvo a don Pedro, sino la confusión que reinaba en su cabeza. Como siempre que se veía obligado a elegir entre distintas opciones, dudaba. Y más en aquellos instantes, en los que ya no se atrevía a confiar en los consejos de Alburquerque, que había sido su mentor desde la infancia.

Recelando de su privado y lejos de María de Padilla, quedaba a su propio criterio, lo que le causaba no poca desazón, sobre todo porque caminaba sobre el filo de una espada, con la paz a un lado y la guerra al otro. Y eso que no le faltaban expertos en ese trance, ya que todos los señores presentes en Valladolid habían respondido a su llamada a armas y le habían seguido con sus huestes hasta Cigales.

Allí estaban Alburquerque, con gran número de vasallos, y Juan de Prado, el maestre de Calatrava, con una compañía de caballeros y pardos de la orden, luciendo cruces negras sobre vestes, unas blancas y otras marrones. No habían faltado tampoco sus turbulentos primos, los infantes de Aragón, Fernando y Juan, con sus propios hombres de armas. Tampoco Fernando de Castro, el poderoso ricohombre gallego, ni Juan de la Cerda, ni otros muchos señores y caballeros, bajo pendón propio o ajeno.

Pero don Pedro no se atrevía a fiarse de ninguno. Desconfiaba, cada día más, de la lealtad y los motivos de los magnates castellanos. Aunque al menos, en esa ocasión, cuando les llamó a consejo, hubo casi unanimidad: todos le rogaban que negociase. La excepción era Alburquerque, que insistía en atacar a los bastardos con todas sus fuerzas. Incluso el maestre de Calatrava, uña y carne con Alburquerque, había apoyado a éste con bastante tibieza, más por no desdecirle que por convicción.

Tras el consejo de guerra, Alburquerque volvió a la tienda del rey, ya al ocaso, solicitándole una entrevista a la que éste accedió. Don Pedro mandó retirarse a los sirvientes, para hablar con mayor libertad, y él mismo sirvió una copa de vino a su antiguo mentor, ya que no era hombre al que le embarazasen los formalismos. Su carpa, de hecho, aunque espaciosa, era parca en lujos. Había baúles, así como una mesa, sobre la que descansaba su espada, entre pliegos y cartas. Su lorica, yelmo, partesana y demás armas ocupaban un rincón y un camastro sencillo completaba el mobiliario de campaña.

Un par de lámparas y un velón, éste sobre la mesa, daban luz al interior.

De haber estado presente algún observador, hubiese podido contar luego que el rey estaba instalado en un asiento de tijera —de madera y cuero, sin respaldo—,

vestido con un ropón blanco y bordados de oro, escuchando con el mentón sobre el puño a su canciller. Este permanecía en pie, siempre majestuoso en sus ademanes, ataviado con hopalanda y gorro cónico azules oscuro, argumentando con muy buenas razones la necesidad de combatir a los bastardos allí mismo, ante Rueda.

Don Pedro apenas despegó los labios a lo largo de toda la entrevista, mientras Alburquerque insistía en la falta de respeto que mostraban los Trastámara, y en cómo la falta de castigo podía interpretarse como debilidad. Le recordó, en repetidas ocasiones, cómo habían desafiado la autoridad real, y el monarca, aunque asentía, se preguntaba al tiempo, para sus adentros, qué motivos ocultos habría tras esas razones.

Alburquerque era pariente lejano de la madre de don Pedro, María de Portugal. También su amigo más fiel durante los años más difíciles y, a decir de malas lenguas y romances clandestinos, había sido su amante durante años. Debía a la reina madre su ascenso en Castilla y su enemistad con los Trastámara era tan antigua como encarnizada. Con sangre de reyes portugueses en las venas, había acumulado oficios mayores, privilegios y enemigos. También hizo y deshizo a su antojo en el reino, durante años, y él mismo educó durante un tiempo a don Pedro. Pero a éste su influencia le resultaba cada día más gravosa y ahora, incluso, incubaba un resquemor creciente contra él. Alburquerque era el responsable de ese matrimonio que tanto le pesaba; el artífice de un enlace y una alianza política que le separaban de María de Padilla, sin haber aportado, hasta el momento, una sola moneda a las arcas reales.

Ahora le escuchaba, ponderaba sus palabras y, aunque admitiese en parte sus razones, al tiempo no dejaba de pensar que su interlocutor, como siempre, trataba de manipularle. Y Alburquerque, que le conocía bien, pues no en vano le había criado, no tardó en darse cuenta de que de la entrevista no iba a obtener fruto alguno. Esa postura, el gesto hermético, escuchando en silencio, mirando sin pestañear con esos ojos grises que, al resplandor de las luces de la tienda, eran como piedras escarchadas. Alguno hubiera supuesto que no era sino una pose regia, pero la verdad era que a don Pedro le quedaban todavía resabios de cuando era pupilo de Alburquerque y éste le reprendía. En esos momentos, se encerraba en la inmovilidad y el mutismo y, lejos de excusarse o dar alguna explicación, callaba obstinado, refractario tanto a razones como a regaños. Y, en tales instantes, como de sobra sabía Alburquerque, nadie en el mundo podía hacerle entrar en razón.

El canciller acabó por marcharse sin obtener respuesta del rey. Compuso el gesto antes de salir, y los ballesteros de maza, que guardaban la tienda hasta que don Pedro se acostase, momento en que serían sustituidos por los Monteros de Espinosa, le vieron pasar tan aplomado como siempre. No sacaron, ni de su rostro o gestos, atisbo de cómo podía haber ido la entrevista, por más que le observaron con tanto detenimiento como disimulo.

En todo caso, la cabeza de don Pedro estaba muy lejos de la crisis con sus hermanastros y lo cierto es que olvidó a Alburquerque, no bien éste abandonó su carpa, para, aún sentado, la barbilla sobre los nudillos, volver con la memoria a su

último encuentro con María de Padilla, justo la noche antes de ponerse en camino hacia Valladolid.

Desde que se conocieron en Asturias, ya no se habían separado jamás, pues ella había viajado siempre a la zaga del rey; y sólo el parto y la cuarentena pudieron poner un paréntesis a eso. Apenas pudo, hombres de toda confianza la escoltaron, de Córdoba a Toledo, y fue para él un gran alivio encontrarse con que ella no mencionaba siquiera su boda con Blanca de Borbón. Desde el momento de su llegada, María había adoptado la actitud de alguien que ya tuviese discutido y asumido el tema, lo que les ahorró a ambos tragos tan amargos como embarazosos.

María era la única persona en la que Pedro sentía que podía confiar del todo; sincerarse, abandonarse a ella y escucharla, en la certeza de que sus frases no escondían dobles intenciones. A menudo, le repetía que era como si la conociera desde siempre. Como si hubiesen crecido juntos, en vez de haber cruzado miradas por primera vez hacía menos de un año, cuando él marchaba a asediar Gijón, villa en la que su hermanastro Enrique —siempre Enrique— se había alzado en rebeldía. Un encuentro —fortuito o no—, en casa de la esposa de Alburquerque, que lo había cambiado todo para el rey y, tras el cual, él no había querido separarse ya nunca de ella.

Le aportaba sosiego. Desplegaba una sensatez que tenía la virtud de convencerle, de aplacar tanto sus dudas como su ira. Pese a la sombra que suponía la boda de Estado con Blanca, las aguas no salieron en ningún momento de su cauce y sólo esa noche previa a su partida hacia Valladolid, la notó Pedro turbada, por más que ella trató de disimularlo. Ciertamente que María sufría a veces de melancolías, pero en esa ocasión era diferente, por lo que la acosó a preguntas, sin cejar ante sus negativas, pues no era hombre acostumbrado a no cumplir su voluntad.

Esa última noche la habían pasado refugiados en las estancias de María, en el propio alcázar. No disponían sino de una vela encendida, de las usadas para medir las vigiliass nocturnas. Un brasero con carbones al rojo daba una pizca de calor, aunque la habitación era fría, pese a tapices y alfombras. Pedro había acabado por echarse sobre el cuerpo un manto verde, con torres y leones dorados, para, al titilar de aquella única vela, pasearse por la estancia a trancos rápidos, como fiera enjaulada. María —menuda, de rasgos delicados, ojos oscuros y una cabellera castaña, ahora suelta sobre los hombros— se había sentado junto al brasero, vestida sólo con una camisa interior de hilo que le llegaba a media pantorrilla.

—¿Qué pasa? —Pedro iba perdiendo ya la paciencia—. ¿Es por la boda con esa francesa? ¿Es eso?

María negaba con la cabeza. Pedro insistía, exasperado.

—Seguro que es por eso.

—No, Pedro. —Ella le lanzó una mirada mansa—. Los reyes se casan con sus iguales y las bodas se conciertan según los intereses del reino. Siempre ha sido así y el acuerdo matrimonial con Francia ya era público antes de que nos conociéramos. Esto

tenía que llegar antes o después, y yo hace mucho que estaba preparada para ello.

—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa?

María guardó silencio aún largo rato hasta que, viendo que él, que seguía dando paseos, no sólo no iba a cejar, sino que estaba empezando a encolerizarse, musitó:

—Que te vas, Pedro. Te vas.

Él se detuvo para observarla con ojos incrédulo, mientras la ira se le desvanecía. Respondió casi con suavidad.

—Claro que me voy. Pero eso no cambia nada. Tengo que pasar por el arco de esa boda odiosa, pero volveré a tu lado apenas pueda. —La mitad del rostro del rey estaba al resplandor de la vela, y la otra mitad en sombras, de forma que, por un instante, gracias al juego de luces, María tuvo casi la impresión de estar viendo a dos personas muy distintas.

—Me dejas atrás, y eso me da miedo.

—¿Miedo de qué? —Se acercó a ella para cogerle las manos—. ¿De qué?

—Hay magnates en Castilla a los que no les gusta nuestra relación. Lo sabes de sobra. Creen que estamos demasiado unidos y que soy un estorbo, o incluso un peligro. —Se soltó las manos y, durante un parpadeo, Pedro tuvo la sensación de que ella había estado al borde del llanto—. Acércame algo de abrigo. Tengo frío.

Pedro se llegó hasta la cama, cogió de un tirón una de las colchas y volvió a su lado para tendérselo sin palabras. María se envolvió en la tela.

—Temo por mi vida, Pedro.

—No tienes nada que temer. Nadie se atrevería...

—Estás ciego y sordo si piensas eso. Los estorbos se eliminan y luego, con tiempo y amigos que aboguen por uno, se consigue el olvido del asunto. No me hagas darte ejemplos.

—No es necesario —convino él con sequedad.

Volvió a pasear. Luego se detuvo turbado junto a la cama deshecha. Apoyó una mano en una de las columnas de madera tallada que sostenían el dosel. María, sin mencionarlo, había aludido a su propia madre, María de Portugal, que había conseguido la muerte de su antigua rival, Leonor de Guzmán, instigándole a él mismo.

—Mi madre no te hará daño.

—Tu madre me odia, porque me ve como un obstáculo para sus designios. Pero no estaba pensando en ella.

—¿Quién entonces?

—Alburquerque.

Pedro, a la luz de la vela, se la quedó observando; tanto tiempo, que al final ella casi se inquietó.

—Creo que exageras —replicó por fin él, muy despacio, como si midiese sus palabras—. Pero no quiero verte intranquila, así que voy a tomar unas cuantas precauciones. Irás al castillo de Montalbán, que es fuerte y seguro. El alcaide de ese

castillo será Juan de Villagera, que además de hermano tuyo es buen capitán. Le pondré al mando de buenos caballeros y soldados, con orden de obedecerle en todo lo que él mande. Y me responderán con su vida de la tuya. ¿Te parece bien?

—Sí, Pedro.

—¿Te deja eso más tranquila?

—Más, sí. —Sonrió por fin, envuelta en la colcha.

—Entonces, dejemos de lado la cuestión —sonrió él también. Echó una ojeada a la vela—. La noche pasa muy rápido. Aprovechemos lo que resta de oscuridad, porque yo tendré que marcharme apenas raye el alba.

# 10

Los dos ejércitos formaron para una posible batalla allí mismo, junto a Cigales y separados sólo por un arroyo. Y decir ejército no era exagerar, ya que Enrique, conde de Trastámara, había llegado desde Asturias con más de quinientos de a caballo y el triple de a pie. Don Pedro, por su parte, había reunido una hueste muy numerosa, formada tanto por vasallos suyos como por hidalgos y mesnadas de señores presentes en Valladolid.

Enrique y Tello, tras aconsejarse con sus capitanes, habían situado a los suyos en unos viñedos próximos a la aldea, en tanto que los del rey tomaron posición en unos trigales, justo frente a las viñas. Elecciones significativas, al menos a ojos de los expertos en el arte de la guerra. El rey buscaba terreno llano y abierto, donde maniobrar en caso de enfrentamiento, en tanto que sus hermanos se hacían fuertes en una ladera, más apta para la defensa que para el ataque.

Con las primeras luces, los dos bandos estaban ya en orden de batalla, a unos cientos de pasos y con el arroyo entremedias. Adalides a caballo recorrían los haces, ocupados en que no se escapase una saeta, o que un caballero ardoroso de más se arrancase por su cuenta, para desatar un combate que nadie deseaba. Tan pocas ganas de pelea tenían los bastardos que no cesaban de enviar mensajeros al rey, reiterando que, si llegaban con tantas compañías de armas, era por temor a Alburquerque y no por hostilidad a él.

Pronto, la agitación se extendió por las formaciones de ambos bandos, según iban los hombres dándose cuenta de que el rey don Pedro en persona había salido a recorrer sus filas. Montaba un gran destrero negro y vestía armadura completa pero sin yelmo, con el almófar de malla retirado, sin cofia y con el cabello rubio sujeto por una cinta sencilla. Tanto las gualdrapas del corcel como su sobrevesta lucían las armas reales y, tras él, cabalgaban sus seis guardas reales, así como algunos donceles a la jineta y unos pocos hombres de su cámara.

El monarca empuñaba una partesana y a veces la blandía en alto, para corresponder así a los vítores de los de su bando. Caballeros, ballestería y lanceros se alborotaban al verle pasar al trote, seguido de sus guardas de armaduras pesadas, ya que la inminencia de una posible batalla calentaba la sangre más templada. Él se enardecía a su vez, según recorría los haces de soldados y, revestido de hierro, cuero engrasado y telas ricas, partesana en mano, guiaba a su montura de acá para allá, con tanta energía que resultaba contagiosa.

Era en los momentos de esfuerzo físico cuando más libre se sentía Pedro de



Castilla; más seguro de sí mismo y de sus fuerzas, y mejor si mediaba riesgo. Entonces, desaparecía el desasosiego, y esos temores y dudas que le rondaban siempre. Ante un jabalí acorralado o en la vorágine del torneo, cada cual quedaba librado a sus propias fuerzas. En cambio, con los magnates, los embajadores de otros reinos, incluso con sus propios consejeros, se sentía como el que camina entre nieblas, perdido y atisbando sólo sombras de lo que le rodea.

Al aire libre, armas en puño, todo era visible y claro.

Los dos ejércitos ofrecían un espectáculo vistoso, uno en las cuestas llenas de viñas y el otro por el llano, en aquel día claro, de atmósfera limpia y brisa suave. Pendones, banderas, sobrevestas, se agitaban a cada soplo de aire. El sol destellaba sobre las hojas de las lanzas agrupadas y, por todas partes, se oían los sonidos propios de la guerra: entrechocar de metales, redoble de atabales y timbales, trompetas, voces de mando, resonar de cascos. Adargas, cotas de malla, pendones, mostraban los blasones de señores e hidalgos, en un estallido de figuras y colores que hacían aún más llamativos los despliegues de las tropas.

Don Pedro refrenó a su caballo, al reparar de repente en aquel alarde de escudos en campo contrario y, al volver los ojos al suyo, no vio sino la misma abundancia de heráldicas en ropas, defensas y pendones. Torció el gesto, ahora malhumorado, ya que, según las leyes castellanas, sólo los ricoshombres tenían derecho a lucir blasones. Los reyes no dejaban de dictar proclamas, instando a respetar tales normas, sin que nadie hiciese el menor caso, de forma que hasta el hidalgo más modesto acudía a la guerra y los alardes con el escudo de su linaje.

—¿Por qué pierdo el tiempo promulgando leyes que nadie obedece? —rezongó.

Ninguno de sus acompañantes se animó a responderle. Pero su enfado fue cosa de un instante. Le venció la euforia de cabalgar armas en mano, el ardor del posible combate, y se le fueron las nubes del rostro.

—Vamos a dejarlo correr... —Se volvió, de nuevo risueño, a su balletero mayor, Sancho de Rojas, que cabalgaba a su lado—. Sería más fácil acabar con las corruptelas del concejo de Sevilla que conseguir que los castellanos abandonen sus costumbres de pavo real.

Pero el semblante se le nubló otra vez, al poner de nuevo los ojos en los enemigos del otro lado del arroyo. Estaban a menos de un tiro de ballesta —para inquietud de sus escoltas—, de forma que casi podía verles las caras. Así fue cómo don Pedro se fijó en uno de los adalides del conde de Trastámara: un hombre alto, a lomos de un alazán, que lucía, sobre la loriga, unas sobreseñales bermejas, cruzadas por una banda dorada.

—¿Quién es ése? —Le señaló con la partesana, de muy mala cara.

Todos volvieron la vista, aguzando la mirada. Pero fue Sancho de Rojas el que respondió primero, luego de estudiar al jinete y las armas pintadas en su adarga, que colgaba de la silla de montar.

—Juraría que es Pedro Carrillo, señor.

—¿Y por qué rayos lleva la Banda<sup>[6]</sup>? —rezongó molesto.

—Lo ignoro, señor. Pero puedo dar fe de que es buen caballero.

—Lo será, pero no es vasallo mío. —Tiró de las riendas para hacer girar a su caballo y pasear la mirada por sus acompañantes. Detuvo los ojos en uno de los donceles reales—. Ayala. Acércate a ese caballero y dile de mi parte que, ya que no es mi vasallo, no tiene derecho a lucir la Banda, y menos aún en mi presencia.

El aludido asintió y, sin demora, golpeó con las rodillas los flancos de su caballo, para llegarse al trote hasta las líneas enemigas. Así fue, cuando se despegó de la comitiva real, como Martín vio por vez primera a Pedro de Ayala.

El otrora paje de Juan Carrillo había abandonado en Aguilar a su señor, por deseo expreso de éste, para pedir protección a Gutier Fernández de Toledo, que se ocupó de que llegase sano y salvo a la casa de uno de los hermanos de Juan: Pedro Carrillo. Este, tras escuchar su historia y hacer que le leyesen las cartas, le acogió de buena gana, dispuesto a completar la educación que su difunto hermano había querido darle.

Los hijos de Pedro Carrillo eran ya hombres crecidos y, tal vez por eso, el caballero se tomó interés personal en el mozo y lo mantuvo a su lado. Por eso éste — que había tomado el nombre de Martín Carrillo— se encontraba, armado y a caballo, junto a su nuevo mentor, el día en que el doncel real se acercó hasta él con el mensaje de don Pedro. Carrillo ya había visto que un jinete se había apartado de la escolta del rey para dirigirse hacia ellos y, suponiendo que era un mensajero, se había girado en la silla de montar para jurar a grandes voces que, si a alguien se le escapaba un saetazo, le iba a cortar cuanto le colgaba.

Martín había visto, admirado y con una pizca de envidia, cómo el jinete cabalgaba hacia ellos sin temor, haciendo chapotear a su montura en las aguas turbias del arroyo. Reparó en que era hombre muy joven, alto y delgado, que montaba a la jineta, como hacían los donceles reales, con las piernas dobladas contra los flancos del caballo. Se tocaba con un gorro blanco, adornado con una pluma roja, y llevaba las manos vacías, aunque, de la silla de montar colgaban una maza de guerra y una espada jineta mora. Redujo el paso de su montura y atravesó con aplomo por entre los ballesteros, que le observaban con sus armas entre las manos, para llegar hasta Pedro Carrillo y saludarle con deferencia.

—Señor —le dijo tras las cortesías—. El rey, nuestro señor, quiere saber por qué luces la Banda.

—No tiene ningún misterio, amigo. Si la llevo encima es porque tengo derecho a ello.

—No dudo de tu palabra, señor; pero el rey opina que no lo tienes. Me manda decirte que no te conoce, que no eres su vasallo y que los distintivos de la Banda sólo pueden llevarlos hombres escogidos que, además, sean vasallos del rey o de su heredero.

—Eso dice, ¿eh?

Pedro Carrillo lanzó una mirada tan torva hacia donde se hallaba el rey que

Martín, por un instante, temió que soltase una barbaridad. El caballero tenía cierto parecido físico con su difunto hermano; uno de esos aires de familia que relacionan, de forma inconfundible, a los parientes, sin que sea atribuible a ningún rasgo concreto. Era también alto y cenceño, de nariz igual de aguileña e incluso la barba era similar. Aunque en su caso rondaba los cuarenta años y, todo lo que Juan Carrillo tuvo de sosegado, lo tenía él de vehemente.

—Haz saber de mi parte al rey, nuestro señor, que yo serví en tiempos con su padre, don Alfonso —replicó altanero—. Mis hermanos y yo fuimos de los que respondieron a su llamada para defender Tarifa de los benimerines. Estuvimos siempre en primera línea, en lo más duro del combate. Una noche tuvimos que defender una brecha, abierta por los ingenios enemigos en la muralla y por la que trataban de entrar los moros. Sumaban gran número, luchaban con bravura y tuvimos que pelear fiero. Allí cayeron muchos de los dos bandos; entre ellos el señor de los Montes Claros, un moro muy noble y poderoso. Les rechazamos, y yo no debía hacerlo mal del todo, porque el rey don Alfonso me mandó, a los quince días de aquello, esta Banda que llevo sobre el cuerpo, con la orden de que, en adelante, la usase.

Arrojó su lanza a Martín, que a duras penas la pescó al vuelo, y se arrancó las sobreseñales rojas y doradas.

—Desde aquel día las he llevado puestas. Pero, de hoy en adelante, ya no las llevaré, puesto que no complace al rey. —Y las echó también a las manos de Martín.

—Le daré al rey tu respuesta que es, a mi entender, la que corresponde a un caballero cabal. —Ayala agitó la cabeza, aprobador—. Que te quede claro que, en lo que a mí me toca, no te he cuestionado en ningún momento. Me limito a servir a mi señor.

—Es lo que hay que hacer. —Carrillo asintió, aplacado un tanto—. Cumplir con las obligaciones no siempre es fácil. Puede, incluso, meternos en bretes que no deseamos. Mira, si no, en qué situación nos vemos ahora: aquí, al borde de un combate.

—Es algo que nadie quiere, cierto —convino Ayala, con gesto sobrio.

—¿Crees posible el arreglo? Te aseguro que don Enrique no quiere pelea.

—Creo yo que el rey tampoco.

—Entonces, lo lógico sería que, si nadie lo quiere, no corra la sangre. Pero ya se sabe cómo enreda a veces el Diablo las cosas. —Agitó la cabeza, haciendo tintinear el almófar—. En fin, amigo. No te entretengo más. Ve con Dios y lleva al rey mi respuesta, que espero sea de su agrado.



Luces y sombras se agitaban por toda la plaza, a cada vaivén de las llamas. El danzar ardiente de las antorchas, junto con el parpadeo de los cirios y linternas que empuñaban algunos de los presentes —casi como en una vigilia religiosa—, hacía bailotear a las siluetas sobre las paredes parduscas de las casas. Acababa de ponerse el sol y, con los últimos restos de luz, una verdadera multitud había ido afluyendo a aquella plaza: gente de todo rango y posición, desde hidalgos a esclavos, unos a cara descubierta, otros escondidos bajo capuchas e incluso ocultos tras máscaras.

En una esquina de la plaza, confluencia de cinco callejas, varios músicos estaban tocando; no juglares, sino gente llana, con instrumentos del pueblo: flautas, tamboriles, cascabeles, zanfoñas. A los sones de su música rápida y estridente, una treintena de bailarines danzaban en corro, girando a la luz de las llamas. Rotaban hacia la derecha, en torno a un danzante central y formaban el conjunto más extraordinario que Benavent hubiese visto bailar jamás. No había dos iguales, sus atavíos simbolizaban distintos estamentos y oficios de la sociedad castellana y, por lo exagerados, era obvio que se trataba de una mascarada.

Había uno disfrazado de obispo, con una mitra enorme y báculo. Un caballero de yelmo emplumado y espada. Una prostituta con cintas rojas y máscara de expresión salaz. Una dueña con toca y lanzadera de hilar. Toneleros, traperos, bataneros, aguadores, alarifes, físicos; todos allí representados con disfraces, casi todos empuñando algún instrumento representativo de su profesión. Incluso, para estupor del hombre de Alejandría, había uno vestido de Papa y otro con gran corona que hacía las veces de rey.

Giraban y giraban a los sones de la música estrepitosa, al resplandor de las luces, casi como en trance. Pero, pese a lo asombroso de todos esos disfraces, mucho más lo era el personaje que ocupaba el centro del corro. Un bailarín muy alto y flaco, envuelto en una tela roja y harapienta que simulaba un sudario, y que le dejaba brazos y piernas al aire. Llevaba la piel pintada de negro y blanco, para figurar los huesos humanos, una máscara de calavera y, a dos manos, blandía una guadaña.

Daba saltos, giros, cabriolas, y debía ser hombre de enorme fortaleza física, pese a su delgadez extrema, a juzgar por la soltura con que manejaba la guadaña de campesino. En los tobillos, llevaba cascabeles que resonaban incesantes, agitados por los brincos y contorsiones.

Temblaban las llamas de las antorchas, iluminando en rojo los rostros de los presentes. Giraba el corro de disfraces y el bailarín central, representación de la Muerte, brincaba incansable, el sudario rojo aleteando a cada bote.

Benavent había llegado a esa plaza, y a esa danza portentosa, gracias a Pedro de Ayala, el doncel real. Las alegrías por la boda se habían trocado en temores, con el rey y sus hermanos bastardos al borde del choque armado, a pocas leguas de Valladolid. Con la guerra de repente a las puertas, el rumor de que toda una familia había aparecido muerta en su casa, víctimas al parecer de alguna pestilencia, había desatado el miedo, siempre presente, a una posible vuelta de la peste negra.

En ese clima enrarecido, gran número de gente había acudido a esa plaza, con la intención de exorcizar a los espantos mediante un baile que cada vez se hacía más popular en los reinos occidentales. La Danza de La Muerte o Baile de Enterradores, que de las dos formas la llamaban en Castilla. Ayala, que fuese canónico en Toledo durante algún tiempo, dio a Benavent ciertas explicaciones que luego éste transmitiría por carta a sus corresponsales de Oriente. Algunos religiosos bendecían tales danzas, viéndolas como un alivio para las gentes, en esa era negra de guerras, plagas y hambre. Pero otros recelaban, al considerarlas un resabio paganizante y supersticioso, surgido del seno del pueblo.

Unos y otros coincidían, eso sí, en que era necesario encauzarlas a través de la Iglesia. Por eso los sacerdotes condenaban las espontáneas, como la que tenía lugar esa noche. Danzas Mudas las llamaban, todo música y baile, a diferencia de las organizadas por el clero, que se habían convertido en representaciones teatrales que acompañaban a las misas, con el objetivo último de confortar a los fieles, haciéndoles asumir su mortalidad y lo efímero de todo lo mundano.

En el corro, los oficios y clases, y en el centro, la Muerte, eje sobre el que gira toda existencia humana; el maestro de danza de la Humanidad entera. Giraba y saltaba entre cascabeleos, el sudario rojo flameando, la guadaña en alto para significar su triunfo sobre la Vida. Cada cierto tiempo, apuntaba con ese apero de segador a uno de los disfraces; y el designado dejaba el círculo para ir a su encuentro y bailar con la Muerte una jota muy movida, hasta que ésta le permitía volver a su lugar.

Así era el giro inmutable de la Existencia, musitó el joven Ayala: fútil y arbitrado por la Muerte, siempre en trance de ser llamados por ésta.

Benavent escuchaba atento sus explicaciones en voz baja, mientras los ojos se le iban de los danzantes a los espectadores, y de éstos de vuelta al baile. Mientras paseaba la mirada por ese gentío al resplandor de velas y antorchas, distinguió a uno que le resultó familiar, sino de rostro, sí por el porte. Un hombre vestido de oscuro, cubierto con un capuchón y con espada al cinto. Un instante después, un golpe de viento, al avivar las llamas, le permitió ver sus insignias de alguacil real y caer en la cuenta de dónde le había visto.

—¿No es ése Lope de Cañizares, con el que compartimos mesa y jarro en Torrijos?  
—murmuró.

Ayala giró la cabeza para observar al personaje, entrevisto en las sombras. Achicó los ojos pero, antes de que pudiese decidir si Benavent estaba o no en lo cierto, el otro se les acercó, abriéndose paso con autoridad entre la gente. Era Cañizares, sí. Y, aunque en esa ocasión no llevaba máscara de cuero, bien poco pudieron distinguir de su rostro, sumido como estaba en la oscuridad del capuchón.

Les saludó con su voz profunda, entre el estruendo de la música.

—¿Qué es lo que trae a dos hombres como vosotros a la Danza?

—Simple curiosidad, amigo Lope —admitió Benavent.

—La curiosidad parece ser, sin duda, el motor de tu existencia.

—¿Y qué trae a un hombre como tú a la Danza? —preguntó Ayala con intención.

—Una mezcla de intereses. Ha habido alteraciones últimamente y he creído conveniente acercarme a echar un vistazo. Pero, por otra parte, vivimos tiempos difíciles y es bueno recordarse a uno mismo que es mortal, que sus obras son vanidad, que ha de volver al polvo, y que eso puede ocurrir en cualquier instante.

Ayala le examinó con interés renovado. Había hecho sus averiguaciones y aquel Lope de Cañizares había pertenecido, en efecto, a los escuderos reales y tenía fama de valeroso. Por servir al rey, durante los primeros meses de su reinado, cuando todos cuestionaban su autoridad, había entrado a escondidas en Algeciras, que estaba en poder de sus hermanos Fadrique y Enrique, en esos días sublevados. Cañizares había corrido grandes peligros en aquella boca del lobo, hasta conseguir movilizar a los partidarios de don Pedro.

Luego su pista desaparecía, durante años, quizá porque se ocultó para sustraerse a la venganza de los bastardos. Y, cuando reapareció, fue para enrolarse en los alguaciles reales.

—Polvo al polvo. ¿Es eso lo que trae a toda esta gente a la Danza? —Benavent paseó de nuevo la mirada por el público, reparando ahora en que las máscaras eran algunas de muecas exageradas; aunque las había sobrias. En cuanto a los rostros descubiertos, que entraban y salían de la oscuridad a capricho de las llamas, muchos mostraban expresiones de arrobó, casi de éxtasis, mientras seguían la Danza de la Muerte.

—No puedo hablar por nadie que no sea yo mismo. Pero sí: supongo que a algunos les ocurrirá lo mismo que a mí. Y los habrá que, tal vez, encuentren consuelo en la escenificación de que todos por igual, altos o bajos, ricos o pobres, felices o desdichados, nos doblegaremos algún día ante la guadaña.

—Hay doctores en teología que reprueban estas danzas —repitió argumentos Ayala, con seriedad pero sin asomo de reproche en la voz—. Las consideran bárbaras, paganas y supersticiosas.

—No seré yo quien rebata a los teólogos, aunque tengo entendido que no todos están de acuerdo con eso —respondió Cañizares con mesura—. Pero, en estos días de desolación y sufrimiento, no veo mal en que los hombres busquen consuelo allá donde puedan hallarlo.

—Son malos tiempos, sí —convino Ayala, usando esa misma coletilla verbal que tantas veces había oído ya Benavent.

El alguacil real volvió su cabeza encapuchada hacia este último.

—Tal vez todo esto te resulte extraño. Es lógico: eres forastero. Has de entender que todos perdimos a alguien durante la gran mortandad, hace cuatro años. Muchos creían llegado el Día del Juicio. Fueron días de horror y a la peste le han seguido malas cosechas, hambrunas y carestía. La desgracia se ceba en el reino. Mira cómo aquí el júbilo se ha trocado en miedo a que haya batalla a las puertas de la ciudad.

—Por suerte, eso ya está arreglado —matizó Ayala—. El rey y sus hermanos han

llegado a un entendimiento.

—¿Es eso seguro?

—Don Enrique y don Tello se presentaron ante el rey, se acogieron a su merced y quisieron besarle la mano, pero él no se lo consintió, en atención a que son hermanos. Yo mismo lo vi con estos ojos. Ahora mismo, mientras estamos hablando, cenan todos, el rey, sus hermanos, Alburquerque, para tratar de acabar con los resquemores.

—Una concordia es siempre buena noticia. —Cañizares inclinó la cabeza—. Pero ¿cuánto durará?

—No lo sé. Quiera Dios que sea larga, pero yo prefiero no especular al respecto.

—Cuadra eso a los hombres prudentes, y a los buenos servidores del rey. — Aunque era difícil de precisar, debido a la oscuridad y el capuchón, Benavent tuvo la impresión de que Cañizares se permitía una sonrisa de lobo—. Bueno, amigos, he de dejaros. Quedad con Dios.

Y, con esa brusquedad que parecía ser característica suya, el alguacil real se apartó de ellos. Le vieron abrirse paso entre los espectadores, el rostro vuelto hacia la Danza. Los músicos seguían tocando y el corro dando vueltas, mientras el gigante descarnado de máscara de calavera y sudario rojo brincaba infatigable, la guadaña siempre en las manos. Luego, la gente se cerró y ellos perdieron de vista al hombre de la capucha.

# 11

La última vez que alguien pudo decir que había visto feliz a María de Portugal fue durante aquellos primeros días de junio, cuando se celebraron por fin las bodas de su hijo. Atrás quedaban semanas de tensión, llenas de requerimientos al rey, por carta, para que cumplierse con sus compromisos, y todo parecía por fin encauzado en la dirección correcta.

La ciudad ya estaba engalanada días antes de la ceremonia. Se organizaron justas, corridas de toros, luchas de animales y procesiones. Acudieron curiosos de lugares muy lejanos y no había posada disponible ni en Valladolid ni en las aldeas próximas. Se decretaron días de fiesta, pararon los obradores y casi era imposible hasta dormir, ya que, de noche, las callejas se llenaban de juerguistas, a la luz de las antorchas. Se festejaba por doquier y, en cada plaza había bailes y mascaradas. No faltaron peleas, homicidios ni incidentes, como cuando, en un torneo, el rey don Pedro acometió con exceso de ímpetu al ricohombre Fernando de Castro, de forma que no lo malhirió de milagro.

No sólo el Tesoro Real abrió sus arcas, sino también los nobles, los burgueses adinerados y las cofradías, para costear galas, comilonas y reparto de limosnas entre los más pobres. Pero ninguna celebración previa pudo compararse, ni de lejos, a los fastos del primer domingo de junio, cuando don Pedro y doña Blanca fueron en procesión hasta el pórtico de la iglesia de Santa María, para recibir allí el velo sobre sus cabezas que consagraba el matrimonio.

Aquel 3 de junio de 1353 amaneció despejado, la temperatura se mantuvo suave toda la mañana y, como en días previos había soplado el viento, los aires de la ciudad estaban libres de humos y malos olores, lo que fue entendido por algunos como un buen presagio para esa unión. Aunque no faltaron agoreros para recordar los incidentes de la noche de vísperas, durante un encierro de toros. El concejo había tomado medidas para impedir que el populacho los torease, hiriese o incluso mutilase, como ocurría a veces. Pero el gentío era tanto que se produjo un altercado entre mozos borrachos y alguaciles del concejo, a palos y cuchilladas, y en el que corrió sangre, cosa que no podía tenerse por buena señal.

Mas, por la mañana, eso estaba olvidado. Repicaban las campanas desde todas las espadañas de la ciudad, ventanas y balcones estaban ornados con colgaduras y las calles atestadas de gentes con sus mejores galas. Aquel que tenía traje de fiesta lo lucía para la ocasión y, el que no, su atuendo más presentable. A eso había que sumar que el concejo y algunos pudientes habían vestido a sus expensas a mucha gente humilde,



para que la celebración resultase más vistosa.

Las cofradías religiosas habían salido con sus estandartes bordados, tambores y santos patronos. Los hidalgos también estaban en las calles, con sus blasones en las ropas, sin que eso incomodase a los nobles, que a su vez estaban presentes en Valladolid rodeados de vasallos, casi como pequeños reyes con sus cortes en miniatura.

Por doquier ondeaban pendones, banderas, gallardetes. El concejo había hecho pregonar bandos de obligado cumplimiento, so pena de multa, azotes o prisión. Se conminaba a menestrales, sobre todo carniceros, a no arrojar desperdicios a la calle en esos días, así como a limpiar los tramos situados ante sus negocios. Se había mandado también recoger a perros, cerdos, vacas y cualquier otro animal que se tuviese suelto en la vía pública, con lo que la ciudad lucía más pulcra y olía mucho mejor que de ordinario.

Por doquier había juglares, contorsionistas y bailarines, pagados por el concejo y los ricos, o llegados por su cuenta, en busca de algunas monedas. En todas partes resonaban también los instrumentos populares: tamboriles, flautas, gaitas, vihuelas de arco, guitarras moriscas. Hug Benavent, días después, comentaría por carta algo acerca de un grupo de rústicos a los que vio danzar, cubiertos de pieles y con unas extrañas máscaras de paja, al son de grandes cencerros. Al observar cómo brincaban al unísono, entre el repique de esquilas y con esos atuendos tan curiosos, no pudo dejar de preguntarse cuán antiguas serían esas máscaras y cuál sería su origen.

Entre el clamor de las multitudes, los sones de los distintos instrumentos y el redoble de campanas, la cabalgada de los desposados cruzó Valladolid, en dirección a la Plaza Mayor y la iglesia de Santa María. Se habían buscado las calles más anchas, aunque eso supusiese algún rodeo y, donde no había otro remedio que cruzar vías demasiado angostas, los alguaciles del concejo y los ballesteros reales habían bloqueado las bocacalles con carros. Los tejados estaban llenos de espectadores y los más afortunados se asomaban a los balcones de las casas nobles que daban al trayecto.

Benavent, tocado con un birrete colorado, había logrado sitio en uno de los tejados, gracias a algunos estudiantes de la universidad; aunque había preferido apartarse de compañía tan bulliciosa para sentarse sobre las tejas, con el chafarote envainado entre las manos, y poder así observar a sus anchas, tanto a las gentes como a la comitiva al pasar.

Abrían la marcha los ballesteros de maza, esa escolta personal del rey, que vestían tabardos con las armas reales bordadas. Llevaban sus armas, de aspecto temible, sobre el hombro, se tocaban con gorros emplumados y estudiaban recelosos a la multitud que se agolpaba a su paso; porque, pese a lo vistoso de su atuendo, distaban de ser una guardia ceremonial. Tras ellos, precedidos de pajes que agitaban los pendones de Castilla y León, venían los novios con todos sus acompañantes.

Pedro y Blanca montaban dos caballos soberbios, elegidos para la ocasión, ambos blancos sin mácula, cubiertos con gualdrapas blancas y doradas. Los atuendos

nupciales eran también blancos con bordados de oro, ribeteados de armiño. Don Pedro lucía de veras regio, erguido, tocado con corona, la zurda sobre las riendas, sin mirar a derecha ni izquierda. Muchos espectadores ensalzaron luego tal compostura, aunque a más de uno se le pasó por la cabeza que quizá no fuese tanto signo de majestad como de desinterés; aunque, esos últimos, se guardaron para su rebozo tal pensamiento. Doña Blanca no le fue a la zaga, cabalgando de lado, erguida, tocada con diadema, con los cabellos rubios sueltos, como correspondía a una mujer a punto de casarse. Sus ojos azules iban de un lado a otro, curiosos, sin que por eso alterase la actitud, mientras el populacho pugnaba para lograr siquiera atisbo de aquella dama llegada de lejos para reinar.

Como para escenificar ante el pueblo el cierre de las heridas entre el rey y sus hermanos, eran los propios gemelos los que llevaban las riendas del caballo de doña Blanca. Enrique vestía ropón también blanco y Fadrique el hábito de Santiago, como maestre que era de la Orden. Al lado del corcel del rey iban, por contra, algunos de los hombres fuertes del reino: nombres como Juan de la Cerda, Juan de Prado o Fernando de Castro. Y, tras ellos, Alburquerque y Leonor de Aragón —padrino del rey y madrina de la reina, respectivamente—, así como la reina madre, María de Portugal. Estas dos damas iban en mulas, guiadas por los hijos de la primera, los infantes de Aragón. Y ya luego una larga estela de ricoshombres, oficiales reales, caballeros, obispos, hombres buenos, abades...

Benavent no se hubiera cansado, aquel día, de ver pasar a esa multitud de atavíos lujosos. Pero, años después, al recordar aquel día de sol brillante y grandes galas, tendría la impresión de haber estado viendo desfilar a actores y comparsas de lo que luego habría de ser una representación tan larga como sangrienta. Y puede que algo semejante a un mal palpito le acometiera en esos instantes, pese al ambiente festivo y el jolgorio que reinaba ahí arriba, en el tejado.

Los estudiantes, acompañados de putas y calientes ya de vino barato, quisieron bajar no bien pasó lo principal de la comitiva, con la consiguiente molestia para los demás ocupantes del tejado. Hubo discusión agria y, como había allí arriba tanta gente, Benavent llegó a temer que alguien perdiese pie y cayese a la calle. Declinó la invitación a acompañarles. Ya en Montpellier había descubierto que la vida de los estudiantes en los reinos occidentales era una suma de timbas, mancebías y picardías, gorroneo de viandas y tragos, y malvivir mediante sablazos, estafas y a costa de las mujeres. Nada de eso cuadraba con su carácter, aparte de no convenir a un hombre que buscase respeto, la confianza de poderosos y abrirse puertas para estudiar.

De vuelta a su posada, al recordar el mal presentimiento que le rozase sobre el tejado, sacó sus libros y tablas, y levantó el horóscopo de aquel enlace real. Lo estudió durante largo tiempo, a la luz de una vela de sebo, el rostro sombrío. Por último, lo destruyó y guardó siempre silencio sobre lo que, aquella noche, había encontrado en la carta astral.



El miércoles siguiente a aquel domingo de bodas, los guardas que custodiaban la residencia del rey don Pedro tuvieron que sacudirse la modorra que sucede al mediodía y la comida, para recibir a unos visitantes inesperados. El rey residía en las Casas del Abad de Santander, su alojamiento habitual durante las estancias en Valladolid. Había dejado dicho que quería estar a solas y, como aquel día apretaba ya el calor, los guardas de afuera —ballesteros y escuderos de a pie— habían buscado la sombra de unas grandes moreras que crecían junto a las puertas.

De ahí hubieron de despegarse al ver llegar a dos damas cubiertas con velos, sobre mulas y custodiadas por pajes y hombres de armas. El ballestero mayor del rey, Sancho de Rojas, acudió a toda prisa a recibirlas, ya que, por las armas bordadas en gualdrapas y libreas, aquellas dos mujeres veladas no podían ser otras que la madre y la tía del rey. Pero por delante de la comitiva se presentó un caballero a quien el ballestero mayor conocía de sobra: Martín Tello, hidalgo portugués, de porte digno, cintura breve y sienes canas, que saliera de su tierra hacía muchos años, guardando a la reina María, cuando ésta entró a Castilla para casarse con Alfonso XI, y que ya nunca se había apartado de su vera.

—El rey está comiendo ahora, amigo Martín —le advirtió Sancho de Rojas.

—Si por mí fuese, no le importaría. Pero ya ves que precedo a la madre y la tía del rey.

—Ya, ya me he dado cuenta. —El ballestero mayor, vestido con jubón de terciopelo rojo, observó cómo se acercaban las dos damas sobre mulas. Puso los brazos en jarras, no como bravata, sino por costumbre—. El rey se ha retirado en busca de algo de sosiego, porque han sido días de mucho trajín. Y ha sido tajante al ordenar que no se le moleste.

—Creo yo que esas órdenes son válidas en un caso normal, pero no cuando estamos hablando de la propia madre del rey. Sancho, amigo —el portugués sonrió como hombre de mundo—, ¿para qué enredar las cosas? Lo más acertado es que pases aviso a don Pedro. Que sepa que su madre y su tía exigen verle, sin demora. Y que sea él quien decida si recibirlas o no. Nosotros pintamos poco en esto, y no es prudente que nos metamos por medio.

Al ballestero mayor no se le pasó por alto los exigen y sin demora y, tras pensárselo un parpadeo, como la comitiva de las dos reinas estaba a punto de llegar a las puertas y los guardas le observaban expectantes buscando muestras de debilidad o titubeo, asintió con rudeza.

—Es sensato lo que dices. Voy a avisar al rey yo mismo. Presenta mis respetos a las reinas y, si me retraso y ellas así lo desean, que pasen dentro y esperen a la sombra, porque hace un día de mucho sol.

Pero no hubo necesidad de aguardar y, al poco, las dos reinas entraban casi en

tromba en el cuarto donde el rey había estado comiendo.

La salita no hubiese impresionado, por su magnificencia, a embajador alguno y, para un ojo no avisado, bien pudiera pasar por el comedor de un hidalgo casi pobre. Don Pedro, al revés que muchos nobles de Castilla, se encontraba a sus anchas viviendo con la sencillez de sus antepasados. La estancia era de dimensiones modestas y recibía luz por un ventanuco tan estrecho que más parecía saetera. El mobiliario no sólo era escaso, sino también viejo y baqueteado: una silla y dos mesas; una de ellas para comer y la otra, adosada a la pared, para depositar útiles y recipientes. El propio rey hubiera podido pasar, en esos instantes, por un simple caballero. Alto, fuerte, el cabello rubio alborotado, comía vistiendo camisote blanco, colete de cuero y calzas coloradas, con una daga al cinto, según era su costumbre.

En cuanto a la colación, aunque abundante, por ingredientes bien podría ser la de cualquier artesano de Valladolid: un guiso con abundancia de hortalizas, aún humeantes, sobre rebanada de pan y, para beber, vino en jarro de estaño. Pero ahora la comida había sido olvidada a medio consumir y el rey estaba en pie, junto a la mesa, con expresión de cautela. En cuanto vio irrumpir a su madre y a su tía, mandó salir de la sala al doméstico que atendía la mesa pues, pese a los velos, era patente lo alteradas que llegaban.

Ellas sólo se alzaron los velos tras salir el sirviente, ya que no los llevaban por coquetería o protección contra la solana, sino para ocultar los ojos rojos y párpados hinchados. María de Portugal, que de las dos era la que tenía el rostro más estragado por el llanto, ni siquiera dio tiempo a su hijo a abrir la boca.

—¿Qué es eso de que te dispones a dejar plantada a tu esposa? —casi le gritó.

—¿Qué? —Fue todo lo que acertó a balbucir Pedro.

—Que vas a irte de Valladolid. Que vas a abandonar a tu mujer, con la que te acabas de casar ante todo el reino, para reunirte con María de Padilla.

Pedro se pasó la mano por los labios, tal vez para limpiarse la boca, o puede que como muestra inconsciente de desasosiego. Las dos reinas, ante aquel gesto, cambiaron miradas.

María de Portugal era de ojos expresivos y facciones marcadas, y como muchos vástagos de la familia real portuguesa, sus rasgos tenían una dureza que había transmitido a su hijo. Leonor de Aragón era más grande de cuerpo, de porte majestuoso, con los cabellos rubios y ojos verdes comunes a la realeza castellana. Pero, en esos instantes, ambas contemplaban a Pedro con igual mueca de reprobación. Y, en cuanto a él, de haber estado alguien más presente en la sala, le hubiese encontrado bien poco regio, al menos en ese instante.

Aunque sacaba a su madre y tía más de una cabeza, le tenían en ese momento más que amilanado, quizá por haber sido pillado desprevenido. Removía los pies, como niño sorprendido en falta, y sus ojos grises, a veces duros como rocas, rehuían ahora encontrarse con los claros de su madre. Esta, al verle así, adoptando una actitud que le era conocida desde que comenzase a andar, perdió cualquier medida para chillarle en

el rostro, fuera de sí:

—¡Desgraciado! ¡Entonces es cierto! ¿Te das cuenta de lo que estás a punto de hacer? —Agitaba las manos ante su misma cara, haciendo aletear las mangas bobas de su vestido y, al verle recular, aulló—: ¡Mírame cuando te hablo!

Pedro, con la expresión del que traga una pócima amarga, levantó la vista para tratar de sostener los ojos de su madre, que echaban fuego. Pero no respondió palabra.

—¿Qué clase de rey eres? ¿Eres hombre siquiera? ¡Vas a salir corriendo, a agarrarte a las faldas de tu concubina, cuando aún se festeja tu boda en las calles! Te vas a deshonar ante propios y extraños. Me vas a dejar a mí en ridículo. Vas a mancillar la memoria de tu padre.

Pedro, incapaz de aguantarle la mirada, había apartado la suya, al tiempo que se frotaba los dedos, como si los sintiese pringosos de la comida que había estado tomando.

—No sé de qué me hablas, madre —acabó por murmurar.

—¡Que no sabes! ¡Te habrás creído que a mí vas a engañarme!

Volvió a gesticular con furia ante sus narices y esta vez las mangas le rozaron las mejillas. Pedro retrocedió, casi como temiendo que su madre le abofeteara o que, fuera de sí, le arañase. Lo mismo debió recelar Leonor de Aragón, ya que retuvo a su cuñada por el antebrazo.

—Sobrino. La gente habla y todo acaba sabiéndose —le dijo a su vez, con voz quejumbrosa—. Se sabe que piensas abandonar a doña Blanca. Irte a Montalbán con María de Padilla. El rumor corre y no tardará en llegar a las calles.

Don Pedro se ruborizó; algo que se notaba mucho, pues era de piel muy clara. Aún frotándose las yemas, se llegó a la mesita pegada a la pared. Se enjuagó los dedos en un aguamanil de estaño mientras su tía seguía argumentando.

—Si te vas, ofenderás a Dios y a los hombres. Eres rey de Castilla y doña Blanca sobrina del rey de Francia. ¿Cómo crees que se va a tomar el rey Juan un desaire así? Si la abandonas, la afrentarás a ella, te afearás ante tus súbditos y te ganarás la enemistad de Francia. Es una locura que sólo puede traer males al reino, y tú no escaparás a las consecuencias.

Pedro, aún rehuendo con tenacidad los ojos claros de su madre y los verdes de su tía, pero ya más dueño de sí mismo, se secó con parsimonia las manos. Luego se volvió hacia ellas, el lienzo aún en las manos.

—Señoras madre y tía. Lo que me contáis me deja asombrado. La gente habla, es cierto, pero casi siempre para escupir desatinos. Ni se me ha pasado por la cabeza abandonar Valladolid, y menos para ir a Montalbán.

—Pedro, por amor de Dios, reflexiona —le suplicó María, pasando de la rabia frenética a la angustia—. Están aquí todos los grandes del reino. Si te escabulles como un ladrón, abandonando a la que ya es reina de Castilla, ¿qué van a decir? ¿Cómo van a reaccionar? Y el pueblo... Por todas partes, se celebran fiestas con motivo de tu

matrimonio. ¿Cómo se tomará la gente una bellaquería de tal envergadura?

—No sé de dónde han salido esas mentiras, pero os juro que no descansaré hasta averiguarlo y hacer escarmiento de deslenguados. —Pedro arrojó la toalla sobre la mesilla, con enojo—. Un buen escarmiento, sí. No sólo por las sombras que arroja sobre mi comportamiento, sino por el disgusto que os ha causado. Eso, por no hablar de esta escena tan desagradable. Bien decís: mal servicio haría yo al reino y a mis intereses, de hacer algo así.

Leonor de Aragón fue a contestar, pero Pedro se lo impidió, alzando una mano.

—Señora tía. No sigamos con este asunto. Todo está dicho y aclarado. Estaba comiendo, como podéis ver. Quise hacerlo a solas para disfrutar de un poco de paz, tras tanta celebración. Pero, si queréis acompañarme a la mesa, haré que vengan los sirvientes.

Y de ahí no consiguieron sacarle. Cuando Pedro batió palmas, con grandes voces, para que acudiesen a acompañar a las reinas a sus mulas, ellas se cubrieron de nuevo el rostro con los velos.

—¿Qué opinas? —preguntó en voz baja Leonor, mientras cruzaban el patio.

—¡Miente! —casi graznó María.

—Pero, da tantas seguridades que...

—Yo alumbré a ese embustero. Yo le crie y sé cuándo me está engañando. Aunque me lo jurase sobre la cruz y por la salvación de su alma, estaría mintiendo. Se irá de Valladolid. Saldrá corriendo, al encuentro de esa María, que le tiene el seso sorbido, y va a provocar un escándalo como pocos ha conocido el reino.

Entretanto don Pedro, bastante más alterado de lo que su falso aplomo daba a entender, se había instalado otra vez a la mesa. Intentó seguir la comida, pero no tardó en desistir, disgustado, el apetito perdido. Al poco de que se fueran las dos reinas, volvió a dar palmas y voces, y mandó que le aparejasen mulas para ir a visitar a su madre. Ordenó también que avisasen a Diego de Padilla, Juan Tenorio y Suero de Quiñones, para que le diesen escolta.

Los caballeros ensillaron mulas para los cuatro, mientras la servidumbre menor se hacía lenguas sobre el asunto. Murmuraban que el rey había disputado con su madre, que era mujer de muy mal genio, y que ahora se disponía a visitarla en su posada, para pedirle disculpas. Pero algunos, perros viejos, se preguntaban por qué, si la discusión fue a santo de la amante del rey, éste se hacía acompañar justo por el hermano de la misma.

El rey no tenía intención alguna de ir al encuentro de su madre y, tras dejar las Casas del Abad, guio a su mula hacia las puertas de la ciudad y, con la única escolta de aquellos tres oficiales mentados, tomó camino del sur, por la carretera de Olmedo. Muchos pucelanos, atónitos, les vieron salir, fustigando a las mulas para que apretasen el paso, y la noticia corrió en cuestión de nada por toda la ciudad, con el consiguiente revuelo.

Pero, aun antes de que la nueva llegase a los alojamientos de los ricoshombres,

quiso la casualidad que el maestre de Calatrava, Juan de Prado, y su sobrino Pedro Carpintero avistasen a aquellos cuatro, camino de Olmedo. Los dos calatravos habían salido a dar un paseo a caballo y, de paso, discutir con discreción negocios de la orden. Y, justo mientras estaban parados en lo alto de un cerro arbolado, sobre las sillas de sus caballos, divisaron y reconocieron a los cuatro. Estos, en cambio, no se percataron de su presencia, porque iban con prisas y, además, los calatravos estaban a la sombra de los árboles.

El maestre y su sobrino, al reparar en el buen paso de las millas, comprendieron que se dirigían hacia algún lugar lejano, aligerando para llegar a poblado antes de la caída de la noche. Así que no pensaban regresar a Valladolid. El gigantesco Pedro Carpintero se había pasado la mano por la gran barba, turbado por la visión de un monarca que casi parecía un fugitivo, alejándose entre el polvo de la carretera.

—El rey se marcha. ¿Qué significa esto?

—Escándalo, alteración, grandes males para el reino —murmuró resignado el maestre, que imaginaba la causa de aquella cabalgata—. Eso, sobrino, es lo que significa. Ni más, ni menos.

# 12

Los infantes de Aragón, desorientados por la marcha súbita de su primo el rey, y no sabiendo qué partido tomar, fueron a pedir consejo a su madre, Leonor de Aragón. Era ella en tiempos, siendo ellos niños, la que solía poner la última palabra en los asuntos de sus hijos; hábito que se había mantenido, en buena medida, con el correr de los años. Los dos infantes aragoneses —intrigantes y escurridizos— mantenían vínculos fuertes con su madre; excesivos, según algunas malas lenguas, que achacaban más a la dama que a ellos esa ambición que les había llevado al exilio en Castilla.

Doña Leonor, hermana de Alfonso XI de Castilla y viuda de Alfonso IV de Aragón, había demostrado ser tan sedienta de poder como infatigable a la hora de luchar por conseguirlo. Contaban de ella que había jurado no descansar hasta que uno de sus hijos ciñese la corona aragonesa. Recordaba algo a su hermano, tanto en lo físico —cabellos rubios, ojos verdes, porte regio—, como en el carácter, por lo decidida y tenaz, aunque decían que le faltaba su amplitud de miras.

Sus dos vástagos eran también grandes, rubios y fuertes, parecidos de aspecto y distintos de temple. Fernando, altanero, tal vez demasiado pagado de sí mismo, por ser el primogénito y, por tanto, posible candidato tanto al trono aragonés como al castellano. A su vera Juan, segundo en todo, se desdibujaba siempre; tanto que, de estar él cerca, se convertía en poco más que su segunda sombra.

Los dos, alentados por su madre, habían conspirado, causado alborotos en Aragón y dado, sin tregua, quebraderos de cabeza a su hermano, el rey, durante años. Cuando el Ceremonioso pudo librarse por fin de problemas más acuciantes y volver su atención a parientes tan conflictivos, la familia entera optó por pasar a Castilla. Desde allí habían seguido intrigando, convertidos en motivo de discordia —uno más— entre las dos coronas.

La noticia, como un estallido de pólvora, de que su real primo había abandonado a su esposa francesa, a los tres días de la boda, les había cogido tan a trasmano como a muchos nobles e hidalgos presentes en Valladolid. La ciudad se había convertido en una jaula de grillos, donde todos trataban de averiguar qué estaba ocurriendo. Se consultaban unos a otros, pero nadie sabía si era mejor ir en pos del rey o quedarse al lado de la ya reina Blanca. Las dos opciones tenían ventajas e inconvenientes e, incapaces de decidir cuál era la mejor, los infantes recurrieron a su madre.

Encontrarla entregada a labores propias de horticultor, en el vergel del convento donde se había albergado, no fue para ellos motivo de asombro. Desde edad temprana, Leonor de Aragón se había aficionado a cuidar plantas, con sus propias



manos. No sólo llores ornamentales —esas más bien las desdeñaba—, sino también hortalizas, tubérculos y verduras. Las regaba, cardaba las malas hierbas, recortaba. Que una dama de sangre real, destinada a esposa de reyes, ocupase sus manos en plantíos, fue causa de escándalo entre algunas dueñas y confesores, al punto de motivar una consulta de su padre a teólogos. Éstos opinaron que, dado que los monjes cultivaban sus huertos, sin que ello les restase santidad, nada había de reprochable en tales tareas. Así que la corte le dejó hacer y ella siguió durante toda su vida buscando refugio, en los momentos difíciles, en esas tareas humildes que le serenaban el ánimo y permitían pensar con mayor claridad.

Doña Leonor, al igual que sus hijos, disponía de séquito propio, amalgama de aragoneses, castellanos, navarros, provenzales y franceses. Se había instalado con sus damas en un convento de clarisas, intramuros y, como su intención era pasar varios meses en Valladolid y la época era propicia —el paso del invierno a la primavera—, había retomado su vieja afición hortícola. Por eso recibió a sus hijos, esa mañana de junio, entre matas ya en flor, tocada con sombrero de paja, del que pendía un velo que la protegía del sol. Remangada, con un cuchillo de hoja curva, se dedicaba a segar la maleza y, a veces, a podar alguna parte enferma de las plantas. Ni se sorprendió de la visita de sus hijos, ni se anduvo con remilgos a la hora de enjuiciar los últimos sucesos.

—El comportamiento de vuestro primo no tiene ni nombre. ¡Qué vergüenza para la familia! ¿Cómo puede obrar de forma tan indigna un rey, hijo y nieto de reyes? Esto va a traer escándalo y alborotos en Castilla.

—Eso pienso yo, madre —convino Juan, que rara vez tenía otra opinión que no fuese la de ella.

Leonor no hizo casi caso a esas palabras. Con la mano izquierda, manchada de savia y tierra, se levantó el velo, los labios prietos, los ojos echando chispas.

—Es un baldón esto. Sí. Pero, ahora, hay que atender a lo más inmediato y con rapidez. —Se quedó contemplando a sus hijos con aquellos ojos verdes suyos, idénticos a los de su difunto hermano—. La opinión que me merece vuestro maldito primo es una cosa, y lo que yo crea que se deba hacer, en estos momentos, es cosa bien distinta. Pedro ha abandonado Valladolid a hurtadillas, como un ladrón, abandonando a su esposa tres días después de la boda. Es el rey de Castilla y, con su actitud, nos obliga a todos a tomar posición, lo queramos o no.

—Eso hemos estado discutiendo, madre —aceptó Fernando—. Ahora, cada cual ha de decidir si sigue al rey o si se queda aquí, con la reina.

—Ese es el dilema. Sí. —Leonor agitó despacio la cabeza, haciendo ondear los extremos sueltos del velo—. ¿Qué pensáis hacer vosotros?

—Tanto si nos vamos como si nos quedamos, nos ganaremos enemigos.

—¿Por qué?

—Quedarse es tomar partido por doña Blanca, frente a Pedro. Ir tras él significa lo contrario, e implica el riesgo de ganarse la enemistad de Alburquerque, y puede que

también la de nuestra tía María.

—Y vuestra elección es... —Leonor de Aragón esperaba paciente, el cuchillo curvo en mano.

—No sabemos qué hacer. ¿Qué nos aconsejas?

—Vuestro primo ha dado un muy mal paso. Muchos, en Castilla, van a sentir simpatía por doña Blanca, que ha sufrido grave ofensa sin motivo alguno. Habrá también nobles que verán en todo esto una oportunidad para aumentar su poder, pescando en aguas revueltas. Creo que lo mejor que podéis hacer es ensillar e ir en pos de Pedro. Sed los primeros en uniros a él. Sois primos y vuestro sitio está ahora a su lado. Que nadie diga que vacilasteis ni por un instante. No deis pie a que se dude de vuestra adhesión total a Pedro.

—Los primeros, ya no podremos ser. Los hay que ya han salido al galope de Valladolid, tras las huellas de Pedro.

—¿Quiénes?

—Enrique y Tello, y también don Juan de la Cerda.

—Una oportunidad perdida. —Frunció los labios—. En fin, siempre podéis ser los segundos.

—Madre. —Juan se quitó la gorra, adornada con tres plumas rojas, para darle vuelta entre las manos, como siempre que se sentía inseguro—. ¿No nos compromete en exceso algo así?

—No. Y te voy a decir por qué. Porque yo me voy a quedar aquí, en Valladolid, con vuestra tía María y doña Blanca. Quizá se pueda arreglar el roto causado por la espantada de Pedro. Lo intentaremos. Pero vosotros tenéis que estar con él. Eso sí, ni se os ocurra alabar el desatino que ha cometido. Sin correr el riesgo de enojarle, tenéis que aconsejarle que trate de solucionar, de alguna forma, esta situación tan desagradable.

—Tú aquí y nosotros con Pedro. —Fernando asintió despacio—. Se trata entonces de jugar en ambos lados del tablero.

—Veo que lo has entendido.

—Esto no tiene buen aspecto, madre. —Juan seguía dando vueltas a la gorra entre las manos—. ¿Qué crees que va a pasar?

—¿Quién puede saberlo? ¿Qué pensará Alburquerque de todo esto? Puede que esté tan desconcertado como todos, o furioso, aunque lo más seguro es que esté ya moviendo sus piezas. María, el cardenal Albornoz y él mismo fueron los artífices de este matrimonio y, por ende, de la alianza con Francia. Años de negociaciones... para nada —suspiró—. Pedro ha desairado a Alburquerque, y éste no se va a quedar tan tranquilo, de brazos cruzados.

Se inclinó y, casi con rabia, arrancó una mala hierba.

—Y, ahora, contadme vosotros. ¿Se sabe adonde ha ido Pedro?

—Va camino de Montalbán, o eso dicen. Allí, en el castillo, le está esperando María de Padilla.

—Era de esperar. Esa mujer le tiene sorbido el seso. ¿Cómo es posible que este necio pueda olvidar su posición y obligaciones, hasta el punto de hacer lo que ha hecho?

—Corren muchas historias sobre los motivos de Pedro, madre. La cosa no acaba de estar clara. —Fernando, ataviado con jubón azul, de bordados en plata, y calzas verdes, dio varias zancadas de un lado a otro, sujetando la vaina de la espada con la zurda, ya que la llevaba a la moda, colgante del cinto mediante una tira de cuero de un palmo de longitud—. Hasta dicen que el rey ha tratado con violencia a su esposa. Hubo sirvientes y guardas que le oyeron gritar en sus aposentos, lleno de furia.

—Ese chisme sólo prueba que hay domésticos con la lengua demasiado larga —apuntó con sequedad Leonor—. Escarmentad en los errores ajenos y elegid con cuidado a aquellos que han de servir en vuestras estancias privadas. Pero sigue contando.

—Dicen que Pedro presionó y amenazó a Blanca, tratando de averiguar a través de ella qué va a pasar con la dote.

—¿La dote?

—Eso es.

Leonor de Aragón frunció el ceño, tajadera en mano. Aquel asunto no dejaba de dar de hablar. El rey de Francia se había comprometido a entregar 300.000 florines a su sobrina Blanca, en concepto de dote, a cambio de la alianza de Castilla y, por tanto, de la ayuda de su flota contra los ingleses. Los acuerdos matrimoniales estipulaban que una suma tan enorme había de pagarse en varios plazos. Pero Blanca había salido de París sin una sola moneda de esa dote en sus cofres y se rumoreaba, sí, que Juan II de Francia, muy escaso de fondos, no tenía intención de cumplir con lo firmado.

Los roces diplomáticos, por tal motivo, habían sido más que serios, y la comitiva de Blanca se había detenido incluso cierto tiempo, en la frontera de Cataluña, mientras se buscaba algún tipo de arreglo. Un prelado francés había llegado a ofrecer de sus arcas un adelanto sobre parte del primer pago; pero los castellanos habían rechazado esa oferta, recelando que los franceses diesen por liquidado el asunto con esa suma. Las relaciones se habían envenenado tanto que unos delegados de don Pedro, siguiendo instrucciones de éste, se habían negado a entregar a los franceses el tratado de alianza, firmado por el rey, si no se hacían efectivos los pagos.

—¿Será posible que este enredo sea más cuestión de dinero que de faldas? —Los ojos verdes de Leonor ahora chispeaban pensativos.

—Está en duda que llegue a las arcas reales un solo florín, madre. El rey Juan parece reacio a pagar lo acordado por su antecesor... aunque sigue teniendo mucho interés en el apoyo de la flota castellana. Y, ya que hablas de sirvientes lenguaraces, algunos dicen haber oído cómo el propio Pedro comentaba, con hombres de su cámara, que había presionado a doña Blanca, por el tema de la dote. Como poco, ha llegado a amenazarla.

—Pobre niña. Vuestro primo no tiene moral, ni freno. Aunque tampoco anda

sobrado de buen juicio. Nadie puede ahora excusar sus actos con el cuento de que está mal aconsejado. Hasta los Padilla le instaban a no demorar su boda con doña Blanca.

—Pedro está fuera de sí, de rabia. No quería casarse con doña Blanca y ahora, encima, parece que se ha convencido de que Juan de Francia no va a soltar una sola moneda. Sigo pensando que ésa es la causa del abandono.

—¡Sandeces! Si fuera por eso, bien podía haber mandado a la novia de vuelta a su país, o no dejarla entrar siquiera en Castilla. Podía haber exigido con más firmeza el pago de lo convenido. Es absurdo casarse primero y acordarse después de la dote.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Pedro vino a la boda ya de muy mala gana. No tiene ojos más que para su concubina e incluso los asuntos de Estado le importan menos que ella. La cuestión de la dote puede haber sido la gota que colma el vaso. La excusa que se ha dado a sí mismo Pedro para dejar plantada a su esposa. Pero la raíz no creo que se encuentre en eso. —Se revolvió contra Fernando, que seguía dando paseos por el huerto—. Ten cuidado, que me estás pisando las plantas.

Observó a sus dos hijos.

—¿Vais a seguir aquí todo el día? ¿A qué estáis esperando? Avisad a los vuestros, ensillad y salid tras el rey. Si no podéis ser los primeros en uniros a él, procurad al menos no ser de los últimos. Y estad muy atentos. Los vientos cambian estos días en Castilla con demasiada rapidez. Aquel que no sepa bandearlos, puede verse en graves riesgos.

# 13

Fueron los pajes de Cabeza de Vaca quienes despertaron a éste, ya de noche muy entrada. Tuvieron que llamarle, con voces cada vez más fuertes, y aun sacudirle el hombro, ya que el mayordomo mayor de Alburquerque se había sumido en uno de esos sueños profundos y sin sueños, propios de noche cerrada. Cuando por fin lograron que despegase los párpados, el caballero se quedó mirándoles, como si no supiese quiénes eran. Luego, tras sentarse con un gruñido en la cama, se pasó las manos por los ojos, como si quisiera impedir que volvieran a cerrarse.

Observó, aún desorientado, el rostro de los dos pajes, que tenían también aspecto de acabar de despertarse.

—Pero, por Dios bendito —logró articular al cabo, con voz pastosa—, ¿qué hora es? Me habéis sacado de lo más sabroso del sueño.

—Pasa un poco de la medianoche.

—¿Qué ocurre para que me despertéis tan a deshora? —Cabeza de Vaca, que iba haciéndose poco a poco con sus sentidos, advirtió, al resplandor de la vela que empuñaba uno de los pajes, que éstos vestían tan sólo camisa interior. Así que supuso que a ellos, a su vez, les habían levantado para que le llamasen.

—Se acercan unos jinetes por el camino de Toledo.

—¿Muchos? —Lo que le quedaba de sueño se esfumó de sopetón.

—No. Un puñado.

—¡Por Cristo resucitado! No me des esos sustos, hijo. ¿Se sabe quiénes son y qué les trae a estas horas?

—Sí. Han enviado un hombre por delante, para anunciarse. Es don Samuel Levi que viene desde Toledo con diez guardas.

No había acabado de pronunciar el paje ese nombre y ya Cabeza de Vaca estaba en pie.

—¿Se encuentran muy lejos? —preguntó, con voz distinta.

—No. A punto de llegar.

—Que salgan unos jinetes a su encuentro, para guiarlos hasta aquí. Hay que despertar a cuantos hombres sean menester y disponer cuadra, camas, comida y bebida. Que no falte de nada. Tú, ve a buscar a Diego Sarmientos y Alvar de Castro. Les saludas de mi parte y les pones al tanto de lo que ocurre. Que avisen a los hombres de armas que ellos consideren necesarios. Los que vienen son pocos, pero no quiero asonada nocturna. —Se volvió al segundo de los pajes, el de la vela—. Prende alguna luz más. Trae jofaina y agua. Mi ropa, mi espada. Rápido.

De esa forma, cuando Samuel Levi, tesorero mayor de Castilla, llegó con sus hombres a las primeras casas del lugar de Almorox, Ruy Cabeza de Vaca les estaba ya aguardando, despierto, alerta y vestido con decoro, a la cabeza de guardas y sirvientes, preguntándose para sus adentros por los motivos de una visita tan intempestiva.

Los días que siguieron a la partida del rey habían sido de gran confusión en Valladolid, ya que nadie sabía bien qué hacer y todo eran consultas y discusiones. El propio Alburquerque, espejo de intrigantes, que siempre calculaba sus actos con antelación de ajedrecista, parecía desorientado.

En los primeros momentos, todos se apresuraron a rendir pleitesía a Blanca de Borbón, pues ya era reina de Castilla, y ni María de Portugal ni Leonor de Aragón se habían apartado de su lado. Pero no tardaron en comenzar las deserciones, y los primeros en irse fueron dos de los hermanastros del rey, en compañía de Juan de la Cerda, ese mismo que debía su indulto a un Alburquerque al que ahora abandonaba. Les siguieron los infantes de Aragón y, tras ellos, nobles e hidalgos en riada creciente.

Los hubo que se quedaron e incluso quienes no se alinearon ni con rey ni con reina. Ese fue el caso, por ejemplo, del ricohombre Fernando de Castro, que se retiró a sus estados gallegos, a esperar acontecimientos bien a seguro. Antes de una semana, las tres reinas descubrieron que habían sido abandonadas por la mayor parte de los magnates castellanos; aunque quedasen a su lado hombres tan poderosos como Alburquerque o el maestre de Calatrava.

Los que permanecieron en Valladolid celebraron a los pocos días un gran consejo, presidido por las tres reinas, que luego sería tan famoso entre las gentes como cantado por juglares. Pero, pese a los romances, lo cierto es que aquella asamblea fue todo confusión, ya que ninguno de los presentes sabía qué podía hacerse, y todos temían que la situación creada desembocase en conflicto armado. Sólo tras largas deliberaciones, se acordó enviar a Alburquerque a presencia del rey, para pedirle que, por el bien del reino, volviese de inmediato al lado de su esposa.

El aún canciller mayor de Castilla se puso camino del sur, seguido de gran número de vasallos y aliados. Aunque muchos, todos iban a lomos de caballerías y, sin embargo, la marcha fue en extremo lenta. Así lo ordenó Alburquerque, para dar tiempo a que las aguas se aquietasen y a que sus agentes tuvieran ocasión de informarle de qué estaba pasando junto al monarca. Él, instigador en el pasado de la muerte de más de un oficial mayor de la Casa del rey, no quería exponerse a un destino similar.

La comitiva salió de Valladolid el miércoles 16 de junio y viajó tan despacio que, al domingo siguiente, aún estaba en el término toledano de Escalona. Una vez allí, en vez de proseguir hacia Toledo, hicieron alto en la aldea de Almorox, y fue en aquel lugar donde los halló Samuel Levi, que había salido a su encuentro por orden del soberano.

Almorox era un lugar pequeño, sin acomodo posible para tantos señores e hidalgos como acompañaban a Alburquerque, por no hablar de los soldados. Eran

casi un ejército, compuesto de vasallos y banderos del canciller, nobles y caballeros partidarios de doña Blanca, así como no pocos calatravos. Los de más alcurnia se alojaron en las casas buenas de la aldea, ubicada en la cara meridional de un cerro, mientras el resto acampaba en unos llanos próximos. Era por eso que Cabeza de Vaca, siempre atento a detalles, había ordenado guiar a Levi hasta la aldea, y no al campamento de la llanada.

Esa noche de junio fue tibia y sin viento. Las teas ardían con luz rojiza y los tábanos zumbaban alrededor de los congregados a pie del camino. A veces, algún mosquito se metía en las llamas y perecía con un chasquido, dejando un olor fugaz a carne quemada. Llegó Samuel Levi con los suyos y, al ver que le estaban esperando, tiró de las riendas para bajar presto de la mula. Cabeza de Vaca, a su vez, se adelantó a recibirle con el respeto debido a un oficial mayor.

—Bienvenido, don Samuel. —Estrechó manos con él, ya que eran viejos conocidos—. ¿Qué te lleva viajar tan a deshora?

—El mejor servicio del rey, amigo. ¿Qué si no? ¿Podrías llevarme a presencia de tu señor?

—¿A esta hora de la noche? ¿Tan urgente es el asunto?

—Digamos que no es de los que conviene aplazar más de lo necesario. Puedes jurar que no cabalgaría así yo, de noche, si no fuera por necesidad.

—Voy a ver qué puede hacerse. Entretanto, mi gente dará a la tuya cena y acomodo. No creo que tarde en volver.

Pero Cabeza de Vaca no tuvo necesidad de despertar a su señor, ya que éste aún velaba. Falto de sueño por culpa de tantas preocupaciones, estaba sentado ante una mesa y, a la luz de una vela, repasaba documentos de la cancillería, así como algunas cartas privadas. Sin embargo, aun con aquellos papeles ante los ojos, su cabeza había ido apartándose de los asuntos de Estado para divagar sobre lo ocurrido en los últimos días.

Recostado en el sillón de cuero y madera, la mirada perdida en los rincones oscuros de la estancia, rumiaba el «fracaso» de aquel matrimonio en el que tantas esperanzas habían puesto la reina madre y él mismo. Sobre la mesa, tenía también una infusión amarga, humeante en cuenco de barro, receta de uno de sus físicos contra los dolores de estómago. En la diestra sostenía, al descuido, unas lentes de leer; un artefacto que aún causaba estupor a muchos. Se las había fabricado un artesano italiano que decía ser discípulo del maestro Armati, un florentino al que se atribuía la invención de ese tipo de artilugios. En su día, Alburquerque le había encargado esos anteojos por su rareza; más como muestra de riqueza y poder que por necesidad. Pero, con el paso del tiempo, le fueron siendo cada vez más útiles, ya que, con la edad, se le iba fatigando la vista. A esas alturas, sin lentes, no hubiera podido estar leyendo de madrugada, al resplandor de una vela.

Pero no veía las letras. Hacía recuento de los que le habían abandonado en los últimos tiempos: hombres que le debían mucho y, en algunos casos, todo. Al repasar

ese rosario de defecciones, no podía tampoco por menos que recordar a aquellos a los que él, a su vez, había vuelto la espalda cuando más lo necesitaban.

Y, como por dictado de la Providencia, justo en eso estaba pensando cuando le avisaron de que el tesorero mayor acababa de llegar y quería verle. Casi sonriendo con amargura, mandó que le introdujesen sin demora. Compuso luego el gesto y se incorporó para recibirle. Así fue como, pasada la medianoche, en una casa humilde, al menos para posada de hombres tan poderosos, Alburquerque se reencontró con uno de sus antiguos protegidos: Samuel Levi.

El tesorero real, al entrar y pese a su rango, quiso besarle las manos, pero Alburquerque no se lo consintió y, con ademán majestuoso, le invitó a tomar asiento. Luego despachó a todos, para poder estar a solas con él y hablar con libertad. Levi se sentó, lo propio hizo Alburquerque, tras la mesa, y así se quedaron los dos unos instantes, frente a frente, sin despegar los labios, observándose al parpadeo de la única vela.

El hebreo era flaco, de rasgos marcados, con el cabello y barbas casi blancos, pese a que no llegaba a los cuarenta años de edad. Vestía ropajes suntuosos y se tocaba con una kipa sencilla. Pese a su gusto, tan acentuado como conocido, por los signos externos de riqueza —atuendos, joyas, sirvientes, moradas magníficas—, era frugal en el comer y el beber, y había rechazado la oferta de una cena tardía. En otro tiempo, fue almojarife<sup>[7]</sup> del propio Alburquerque y éste, al reconocer en él a un hombre de talento, no había dudado en promocionarle, abriéndole así las puertas de la Casa del rey.

—Señor y amigo. —Levi rompió el silencio—. Me atrevo a molestarte a estas horas porque es el rey en persona quien me envía.

—Te escucho. Hablemos sin reparos, ya que estamos solos.

—El rey se extraña de que no estés ya en Toledo. Muchos de sus oficiales mayores han llegado ya y faltas precisamente tú, que eres su privado y ocupas varios de los oficios más importantes en su Casa.

—Siento causar disgusto al rey pero, como puedes ver, estoy en camino. Así que no cabe hablar de ausencia y sí de retraso.

—Decías que hablásemos sin reparos. Eso haré. En Toledo no entienden el por qué de tanto retraso, y tampoco ven con buenos ojos que vengas con tantas compañías de armas. Si albergas algún recelo, te ruego que lo descartes. El rey don Pedro se ha criado a tu vera, valora tu amistad y atiende a tus consejos; siempre lo ha hecho. Es él quien me manda para decirte que te apresures, ya que necesita de tu buen juicio en estos momentos de confusión.

—¿Confusión? —Alburquerque tomó el cuenco, aún humeante, para dar un sorbo—. Si hay confusión, es la causada por el propio rey, al abandonar a su esposa justo tras la boda.

—No hace falta mencionar algo que todos sabemos. —Levi se inclinó hacia delante en la silla, haciendo crepitar los damascos y brocados de sus ropas—. Señor y



amigo: lo hecho, hecho está. El rey es joven e impulsivo, tú lo sabes mejor que nadie. Se dejó llevar por un arrebató y ahora le pesa, y mucho. Los que están con él en Toledo le aconsejan regresar con doña Blanca y remendar los rotos, ahora que aún se puede. Entre todos, hemos de esforzarnos para se aquieten las aguas y vuelvan a su cauce.

—Ya. ¿Y qué pasa con María de Padilla?

—Está con él, en el alcázar; es cierto. Don Pedro la mandó traer desde Montalbán, bien escoltada. Pero incluso los parientes de doña María le han rogado al rey que vuelva con su esposa. También ellos consideran que es lo mejor para el reino.

Albuquerque, el cuenco aún entre las manos, puso los ojos en las sombras de la estancia.

—Te creo. Conozco a Henestrosa y sé que es hombre sensato. Le cuadra dar ese buen consejo, que le beneficia, aunque pueda parecer lo contrario.

—Debo insistir sobre un asunto, porque así se me ha ordenado: viajas con demasiados hombres. Es una falta de respeto hacia el rey y, en su nombre, te pido que no sigan adelante. Haz que vuelvan a sus casas y continúa tú hacia Toledo, con una escolta razonable.

Albuquerque aún bebió otro trago. Dejó luego el cuenco sobre la mesa y, con aire ausente, enderezó la vela, que amenazaba con gotear cera sobre los documentos.

—Amigo Samuel. Creo que aquí hay un equívoco, y que han llegado a Toledo noticias que no son del todo ciertas. Es verdad que me acompañan muchos, pero yo no soy su jefe. Vienen conmigo hombres que eligieron quedarse en Valladolid por afecto a la reina Blanca y no por deslealtad a don Pedro. Venimos todos juntos en comisión, a rogar al rey que haga las paces con su esposa. Yo aquí soy uno más y no tengo el mando.

—Si es una comisión, tendrá voceros. Y me resisto a creer que alguien como tú ocupe un papel secundario en ella.

—Es verdad que me han pedido que hable en nombre de todos. Así se decidió en un consejo, celebrado en Valladolid, en presencia de las reinas.

—Entonces, eso basta. Sigue tú hasta Toledo y que se vuelvan los otros. Para defender las razones de ese consejo ante el rey, necesitas argumentos, no todo un ejército.

—Lo que dices es razonable, pero insisto en que yo no tengo el mando. Habría que celebrar una asamblea, exponer tu petición y votar qué hacer.

—Como consideres más conveniente, mi señor y amigo. —Samuel Levi se incorporó y, despacio, se compuso las ropas—. No te entretengo más, que es tarde y todos necesitamos reposo. Cuando uno no descansa, no puede pensar con claridad. Habla con tus compañeros de viaje y, por favor, déjales claro que no se lo pido yo, sino que es su alteza quien así lo manda. Reflexiona sobre lo que hemos hablado. Confío en que tu medida y experiencia te ayuden a encontrar la solución mejor para todos.



Samuel Levi y sus guardas se volvieron a Toledo esa misma noche, una vez terminada la entrevista, de forma que muchos ni siquiera supieron de esa visita relámpago. Más tarde, con las primeras luces, el tren de acémilas se puso en marcha hacia Fuensalida, adelantándose al resto de la comitiva. Era lo habitual, ya que el paso de las bestias de carga era más lento que el de los caballos, mulas e incluso que el de los hombres de a pie. La intención de Alburquerque era detenerse en aquella población y enviar agentes a Toledo para informarse sobre cómo estaban las cosas, ya que se fiaba bien poco de Levi. Siempre había tenido en mejor concepto la inteligencia que los escrúpulos de su antiguo empleado.

Al poco de salir el tren de los bagajes, llegó a Almorox un segundo enviado; un escudero real que traía un mensaje idéntico, en lo esencial, al que ya le había dado Samuel Levi. El monarca le acuciaba a presentarse en Toledo cuanto antes, y a despedir a todas aquellas compañías de armas. Pero tanta insistencia no hizo sino aumentar los recelos del canciller y reafirmarle en la necesidad de andarse con pies de plomo.

Con el sol de la mañana aún muy bajo a oriente, rojo y deforme como una bola de hierro fundido, un Alburquerque ojeroso convocó a asamblea a los más notables de entre sus acompañantes. Tampoco había en Almorox morada o taberna capaz de acomodar con holgura a tantos hombres, sobre todo si se levantaban y se movían de un lado a otro al tomar la palabra. Así que acordaron reunirse en un pastizal, aprovechando que esa primera hora de la mañana era ya de temperatura suave, y que la colina resguardaba del viento.

Había centinelas a caballo en las inmediaciones y grupos de ballesteros apostados en los sembrados circundantes. Todos ellos, así como los labradores que se dirigían ya a sus faenas, vieron desde lejos, llenos de curiosidad, a aquel consejo de poderosos reunido entre sembradíos humildes. Los hidalgos ceñían sus espadas y lucían sus blasones, en tanto que los nobles se hacían acompañar de algún guarda, armado hasta los dientes. Muchos habían plantado sus pendones al extremo de lanzas, de forma que las heráldicas flameaban sobre los centenos, amarillos y casi listos ya para la siega.

Unos se habían sentado en rocas, las espadas envainadas entre las manos, en tanto que otros permanecían de pie. Los había que vestían ropajes civiles —mantos ligeros, sobretodos, jubones y toda clase de tocados, desde casquetes a gorros emplumados—, aunque predominaba entre ellos esa moda española de mezclar tales prendas con piezas de armadura.

Alburquerque, tras cercionarse de que no faltaba nadie, tomó la palabra. Cabeza de Vaca, presente en aquella ocasión, reparó preocupado en su aspecto envejecido y cansado. Esa mañana, la majestad que, como un aura, solía arroparle cuando hablaba en público, estaba apagada. Se le veía atribulado, lo que, a su vez, no podía por menos

que desasosegar a los presentes.

Pero el viejo canciller no había perdido ni la claridad de ideas ni el don de palabra. Aun fatigado, supo exponer de forma simple las exigencias de don Pedro. Tomaron la palabra, después, varios señores e hidalgos; cada cual mostró su punto de vista, y no tardó en quedar clara la división entre los dispuestos a obedecer el mandato real y quienes querían seguir hasta Fuensalida y esperar allí, hasta estar mejor informados. Pero, a unos y otros se les veía desbordados por el curso de los acontecimientos. Se palpaba la inquietud, el miedo mal disimulado y, aunque nadie lo mencionaba, en todos pesaba el recuerdo de muertes ordenadas por don Pedro contra algunos que fueron a su presencia demasiado fiados.

La confusión se volvió caos al tomar la palabra Garci Jufre Tenorio, uno de los hijos del gran almirante Tenorio, que se adelantó espada envainada en mano, para agitarla, dando énfasis a sus palabras, mientras se dirigía a los congregados.

—Antes de que sigáis discutiendo —manifestó—, he de exponer una circunstancia que puede cambiarlo todo.

—Adelante. —Alburquerque le invitó a hablar con un gesto de mano tendida.

—Esta noche, hemos dado acomodo y cena a los hombres de Samuel Levi. Como venían cansados del viaje, y eso hace mala mezcla con el vino, se les soltaron las lenguas y hablaron por los codos, aunque supongo que no se percataron de la importancia de sus palabras.

—¿Qué tenían que contar esos guardas?

—Que el rey ha mandado cerrar y poner doble guardia en todas las puertas de Toledo, como si fuese una ciudad asediada. Sólo han dejado abierta la puerta de la Bisagra, justo por la que tenemos que llegar nosotros, y allí han apostado a gran número de soldados.

Todos empezaron a hablar a la vez y alguno se puso en pie, maldiciendo. Más de uno clamaba traición, y a Alburquerque le costó tiempo y esfuerzos apaciguar a aquel gallinero.

—Ante todo, hemos de saber qué hay de cierto en eso —matizó, con prudencia—. A los soldados les gusta exagerar, o incluso inventar a partir de nimiedades, para darse importancia.

—Me temo que no es el caso. —Garci Jufre meneó la cabeza—. Esos guardas me revelaron que Suero de Meneses ya no es alguacil mayor de Toledo. El rey lo ha destituido y puesto en su lugar a mi hermano Alfonso. Los que me dieron la noticia, me felicitaron acto seguido por el ascenso de mi hermano. —Sonrió casi con amargura.

Alburquerque ya no replicó. Suero de Meneses, aparte de pariente de su esposa, era buen amigo suyo. Sin duda, el rey estaba apartando de los oficios a cualquiera que tuviese relación con él. Sus vasallos y aquellos presentes que le querían bien estaban diciéndole que no podía entrar en Toledo, que se exponía mucho. Se pasó la mano por la frente, como para ahuyentar el cansancio y las dudas.

—Es cierto: es muy arriesgado entrar en Toledo. Pero ¿qué hacer entonces?

En el acto, se arrepintió de haber hecho esa pregunta en alto, ya que la mitad de los presentes comenzó a dar su parecer. Hubo que restablecer de nuevo la calma, lo que costó largo rato y mucho agitar de brazos. Lope de Villalobos, caballero vasallo del rey, asignado por el propio don Pedro al servicio de Alburquerque cuando las relaciones entre ambos eran cordiales, dio el consejo quizá más sensato.

—Sería un error presentarse ante don Pedro en estas condiciones. Su alteza es dado a aplicar castigos drásticos contra aquellos que cree sediciosos, lo que, unido a que a veces condena por simples sospechas, nos pone a todos los que estamos aquí en peligro. Si entramos en Toledo, corremos el riesgo de ser presos o incluso ajusticiados en el acto.

Hubo asentir con la cabeza y murmullos de acuerdo. Villalobos, tras tomar aliento, prosiguió.

—Pero tampoco creo atinado darnos la vuelta sin más, ya que eso nos convertiría en reos de traición. Y haría creíbles los infundios que tratan de presentarte a ti, don Juan Alfonso, como enemigo de los intereses del rey.

—Tienes toda la razón. Tú, que eres hombre sensato, ¿qué crees que se puede hacer?

—Si no podemos seguir ni tampoco volvernos, hemos de aguardar. Yo haría regresar al tren de bagajes. Mandaría a algunos hombres en busca de agua, porque aquí no hay mucha. Acamparía y enviaría mensajeros al rey; hombres de seso y confianza, que transmitan tus palabras con fidelidad y tengan ojos y oídos bien abiertos, para averiguar qué es lo que se cuece a la vera del rey.

Alburquerque aprobó con la cabeza lo acertado del consejo, y casi todos se le unieron con murmullos y gestos. Unos porque pensaban que era lo mejor y otros porque temían tanto seguir como enojar todavía más al rey.

—Entonces, nos quedamos en Almorox —sentenció Alburquerque, tras escrutar los rostros de los reunidos—. En cuanto al mensajero, nadie mejor para una misión así que mi mayordomo mayor, Ruy Cabeza de Vaca, si es que acepta.

El caballero, situado en un segundo plano, asintió con la cabeza.

—No hay certeza de que respeten tu condición de mensajero. Arriesgas la libertad, puede que incluso la vida.

—Sea.

—Entonces, si no hay nada más que discutir aquí, que cada cual vuelva con los suyos y les informe de lo hablado. Ruy Cabeza de Vaca y yo nos retiramos para acordar qué le dirá de mi parte al rey. —Se volvió al aludido—. Mejor que partas lo antes posible. Cuanto antes se resuelva esto, mejor para todos. Dejo a tu criterio cuántos hombres has de llevarte de escolta.

# 14

Podía decirse que Toledo estaba casi en estado de sitio, con guardias dobles y cerradas todas las puertas, menos la de la Bisagra, que se abría al camino de Ávila. Jinetes recorrían todas las rutas y la milicia concejil había sido puesta sobre aviso, en previsión de sorpresas. La ciudad era un puchero de rumores que desprendía aromas de miedo, alimentado por la especia de que Alburquerque se acercaba en son de guerra.

Pese a todo, el rey don Pedro no era de los de quedarse quieto, ni tras muros, y no tardó en salir de caza, ya que, aunque escaseaba la montería en los alrededores de Toledo, abundaban las aves, y el rey era gran aficionado a la cetrería. Por eso Ruy Cabeza de Vaca, cuando llegó con el mensaje de Alburquerque, se encontró con que el monarca estaba en la campiña, volando halcones, milanos y azores.

El mayordomo mayor llegó a lomos de una mula parda, de gran alzada, y con sólo tres guardas; hombres de jubones de cuero, manos fuertes, leales y hábiles con las armas. Él, por su parte, vestía ropas talaras de viaje, a un tiempo sencillas y dignas; y, por respeto al rey, no portaba más armas que su espada.

Llegó hasta don Pedro justo cuando sus acompañantes y él acababan de comer. Estaba con el rey un séquito numeroso, formado por hombres y mujeres ya que, en Castilla, la cetrería era uno de los pasatiempos favoritos de las damas. Pero, en esos instantes, los cazadores se habían retirado a reposar la comida, a la sombra de unos chopos, mientras sirvientes y esclavos desmontaban las mesas. Bajo aquella chopera, se daban cita las sedas y cueros, los paños recios, los gorros de caza y los sombreros con velo; y predominaban, sobre todo, los tonos verdes y marrones.

Se escuchaba tañer y cantar porque, aunque aquel monarca era poco amigo de juglares, y sí de hombres de armas y astrólogos, había allí hidalgos que, además de blandir armas, sabían tocar instrumentos. Así que Cabeza de Vaca, al acercarse, envuelto en el polvo del camino, se encontró con que unos charlaban, otros dormitaban y algunos se entretenían a los sonos de laúdes y guitarras mientras, algo apartados, los halconeros atendían a las aves, ahora encapuchadas.

Pero todos por igual se volvieron a contemplar al recién llegado; unos tan alertas como sus azores y otros con párpados entornados. Cabeza de Vaca dejó atrás mula y escolta, para adelantarse por entre los chopos, en busca del rey, y lo encontró en un lateral de la reunión, sentado junto a su hermanastro Enrique, discutiendo quizás algún asunto de Estado. Don Pedro, la cabeza rubia cubierta por un casquete sencillo, por el que escapaban cabellos rubios algo alborotados, puso sus ojos grises en el

caballero recién llegado y, con gesto brusco, mandó a los monteros dejarle pasar, sin despojarle de la espada. Cabeza de Vaca se aproximó con paso lento, la zurda posada sobre el pomo de la lobera, como si avanzase por las salas de un alcázar real.

La música, los cantos, las conversaciones habían cesado, de forma que sólo se oía el susurro de las hojas agitadas por la brisa. Los presentes fueron poniéndose en pie, para acercarse a presenciar aquella entrevista, pues todos allí conocían a Cabeza de Vaca y su relación con Alburquerque. De esa forma, el emisario no tardó en tener una pared humana a mano izquierda, ya que esa era la zona en la que habían estado reposando los cazadores.

Hacía calor ya por esas fechas, y el rey estaba con el jubón desabotonado, para refrescarse un poco. Cabeza de Vaca no pudo evitar fijarse en el aire de familia que le unía con su hermano bastardo, don Enrique, pese a que éste era más bajo y de facciones menos duras. La mayor diferencia estaba en los ojos, dado que los del rey eran grises, en tanto que los de su hermano eran verdes, con cerco oscuro y un mirar desconcertante.

Don Pedro ahuyentó de un manotazo a una mosca, antes de, con otro ademán, invitar a Cabeza de Vaca a llegarse a unos pasos. El mayordomo mayor se acercó, para doblar la rodilla con dignidad. Después, a una nueva seña del monarca, se puso en pie; aunque no tuvo tiempo de pronunciar cortesía alguna, puesto que el rey le interpeló con esa brusquedad que tan propia le era.

—Cabeza de Vaca, buen amigo. ¿Tan urgente es tu recado que tienes que venir a buscarme al campo, con el calor que hace?

El tono era amable, el fondo no. Pero Cabeza de Vaca no era hombre que se acobardase por poco.

—Os ruego que me disculpéis si resulto inoportuno, pero me trae un mejor servicio a los asuntos del reino.

—Esos asuntos irían mejor si fuese tu señor quien hubiera venido a discutirlos. Él, en persona. —Los ojos entrecerrados, abarcó con la mano a los que se habían congregado a su derecha—. Casi todos mis oficiales están ya en Toledo, desde hace días. ¿Por qué sigue ausente mi canciller mayor, pese a los apremios que le he mandado?

Cabeza de Vaca, parado al sol, la zurda sobre la espada, observó imperturbable al rey y su hermano. De soslayo, calibraba también las expresiones de los espectadores: unas de curiosidad, otras hostiles y no pocas neutras. El sol, al colarse por entre el follaje, moteaba al monarca y su hermano de luz y sombra, como leopardos sentados. Se oía volar a las moscas y la brisa hacía oscilar las copas de los chopos, con murmullo de hojas estremecidas que subía y menguaba como las mareas.

—Don Juan Alfonso me manda a decirnos que os besa las manos y se encomienda a vuestra merced. Es cierto que venía hacia Toledo; pero supo que algunos que aquí están, a vuestro lado, os están hablando mal de él. Que buscan perjudicarlo y por eso se detuvo...

Un rumor sordo nació entre los cortesanos allí presentes, como una ola de indignación, en voz baja. Cabeza lo aguantó sin amilanarse, o darse siquiera por aludido. Y algunos no se contentaron con eso.

—¡El único malo es tu señor, que viene hacia aquí con todo un ejército! —le increpó Pedro de Villegas, olvidando el protocolo.

—¡El rey le mandó despedir a sus soldados y presentarse sin demora! —casi vociferaba Ruy de Atienza—. ¡Si no lo ha hecho es porque trama traición!

Cabeza de Vaca ni se dignó volver la cabeza hacia los que le recriminaban.

—Alteza —prosiguió en vez de eso, con voz calma, apenas se aquietaron un poco las voces—. He de recordaros, pues es mi obligación, que mi señor estuvo siempre junto a vuestra madre, aun en los momentos más difíciles, y bien sabe Dios que los hubo. Fue ayo vuestro. Pasó fatigas y peligros por servir a vuestra causa, cuando sólo erais un niño. Siempre os fue fiel y no comprende por qué albergáis ahora recelos contra él. Me manda deciros que, si creéis que os ha servido mal en algo, o con poca diligencia, está dispuesto a rendir cuentas de todo.

Hizo una pausa. Seguían las voces, porque unos hablaban entre ellos y otros se dirigían a él en malos términos. Alzó un poco el tono.

—En cuanto a mí, soy vasallo de don Juan Alfonso y me honro de ello. No estoy dispuesto a consentir que nadie le falte al respeto en mi presencia. Si alguien tiene algo con él, aquí me encuentra ahora a mí para responder en su nombre. —Y palmeó la empuñadura de su espada.

Aquel gesto, que no dejaba lugar a dudas, levantó más gritos y voces ásperas. Si unos observaban sin mudar de gesto, o incluso aprobando con la cabeza esa actitud, otros —pálidos, o congestionados de rabia— daban muestras de querer aceptar el desafío.

En pleno alboroto, tanto don Pedro como su hermano se mantenían impasibles. El primero con el mentón sobre el puño, el segundo las manos en los muslos, los dos contemplando curiosos la escena. Cabeza de Vaca aguantaba el chaparrón con el ceño fruncido, consciente del peligro que corría, ya que los reyes de Castilla, a menudo, habían antepuesto su enojo a la inmunidad debida a los mensajeros. El propio Alfonso XI, en más de una ocasión, había dado muerte cruel a mensajeros que tuvieron la desgracia de irritarle o, tan sólo, de llevarle malas noticias.

Tuvo suerte de que, como estaban de caza, ninguno de los allí presentes ciñese espada. Pero, como más de uno pedía ya a gritos un arma, se interpuso un hombre recio, de hombros anchos, cabellera espesa con sienes canas y gran mostacho negro.

—¡Basta! —Juan de Henestrosa estaba rugiendo a su vez—. ¡Nada de espadas! ¿Qué son todos estos gritos? Olvidáis que estáis en presencia del rey.

Eso apaciguó a algunos, pero hizo que, a cambio, otros se encarasen indignados con él. Vociferaban que no estaban dispuestos a tolerar que un banderizo de Alburquerque les hablase en ese tono. Los halconeros, que acariciaban a sus aves para sosegarlas, seguían atónitos el altercado; y el montero mayor había ya alertado con

gestos discretos a los suyos, para que estuviesen prestos a intervenir si llegaban a las manos. No en vano, aquellos oficiales reales, además de atender a las monterías del monarca, rastreaban fugitivos para los alguaciles y guardaban al propio soberano cuando estaba en el campo.

El tumulto seguía. El rey y su hermano continuaban sentados, observando, mientras Cabeza de Vaca permanecía en pie, los ojos puestos en ellos, ignorando a los que le increpaban. Al lateral se arremolinaban hidalgos y nobles, unos agitando el puño y dando voces, otros un paso atrás y callados, en tanto que las damas se habían retirado aún algo más. Y, entre los cortesanos furiosos y el emisario, Henestrosa interpuesto, que parecía a su vez presto a enzarzarse a cuchilladas con quien fuese menester.

—¡No puedo creerlo! —bramó, para imponerse a fuerza de pulmones sobre los gritos—. Ruy de Cabeza viene en nombre de su señor. ¿Dónde está el respeto que se le debe? ¡Esto es una vergüenza!

Con sus voces, logró apaciguar algo el escándalo, más porque muchos temían la enemistad de hombre tan poderoso que porque les convenciesen las razones que estaba dando. Pero no todos sosegaron su ánimo.

—¡Este vocero de Albuquerque nos cuestiona! ¿Tenemos que aguantar insultos? —casi le gritó a la cara Ruy de Atienza.

La mano del consejero real se le fue, sin pensar, al pomo del cuchillo que llevaba al cinto; gesto que hizo recular un par de pasos al otro, al tiempo que también buscaba con la empuñadura de su arma. El silencio se hizo bajo las sombras de la alameda. Henestrosa y Atienza se observaron ceñudos unos instantes, prestos a atacarse con hierros desnudos, ya que el primero sentía especial antipatía por el segundo, y éste lo sabía. Atienza era uno de esos a los que llamaban «de la cámara del rey»: hombres que no ocupaban oficios concretos en su Casa, pero que siempre le andaban cerca. Recibían del monarca sustento, le acompañaban en sus correrías, realizaban encargos delicados para él y a veces le aconsejaban, por lo común para mal. Henestrosa, aun admitiendo que entre ellos los había de toda ralea, tenía a muchos por parásitos y malos y, a aquel Atienza en concreto, por uno de los peores. Habló con suavidad, la mano junto al cuchillo.

—Aquí se han dicho palabras gruesas sobre Albuquerque y mosén Ruy no ha hecho más que salir en defensa de su señor y amigo. Ha indicado que está dispuesto a medirse con quien haga falta, por tal asunto. ¿A quién puede molestar eso? ¿Hay algo que reprochar en una actitud así? Yo más bien la encuentro loable.

De nuevo, unos asentían, en tanto que otros le observaban ceñudos. Atienza hubiese replicado, pero el rey hizo un gesto brusco y eso bastó para cerrar la boca a todos. Los ojos grises de Pedro se encontraron con los oscuros de Cabeza de Vaca, que en ningún momento había vuelto la cabeza hacia su izquierda. Se pronunció con suavidad.

—Don Juan de Henestrosa habla con sensatez, como siempre. La lealtad es una



virtud digna de aplauso y, si uno es capaz de poner en riesgo la vida por mantenerla, mucho más entonces.

Hizo una pausa, frunció los labios.

—Me dice Alburquerque que he prestado oídos a insidias. Eso no es más que una suposición, ya que ninguno de mis hombres ha alzado una mano contra él ni los suyos. Yo diría, más bien, que ha sido él quien ha dado crédito a rumores. Ha temido que yo estuviese mal dispuesto contra él y por eso no se ha presentado en Toledo. Mi respuesta es que lo que ha de hacer es venir a mi encuentro y ocupar su lugar en la corte.

Cabeza de Vaca puso una rodilla en tierra, para dar a entender que había oído y comprendido. El rey alzó la diestra.

—Estamos en mitad del campo. Tu diligencia te honra, pero aquí no podemos resolver el asunto. Ven luego al alcázar y mis cancilleres te expedirán todos los documentos necesarios para asegurar a don Juan Alfonso.

Cabeza de Vaca, aún arrodillado, inclinó la cabeza. Luego, al ver como el rey giraba la cabeza para seguir conversando con su hermanastro, que no había despegado los labios durante todo el incidente, supo que la audiencia había terminado. Se puso en pie y se retiró, primero reculando unos pasos y luego volviéndose. Un par de monteros reales, por indicación de Henestrosa, le acompañaron a él y a sus guardas hasta Toledo.

Hug Benavent, presente en Toledo justo en esa época, conoció de primera mano las turbulencias que sacudieron a la ciudad durante esos días. Había llegado desde Valladolid, acompañando a algunos de los que salieron a reunirse con el rey, y no tardó en encontrar acomodo en aquella urbe antigua, llena de oportunidades para un hombre como él. Por eso pudo ser prolijo en sus informes al almirante de Cataluña, Bernal de Cabrera y, además de dar cuenta de cuanto había ocurrido, apuntar explicaciones posibles para los sucesos.

Bernal de Cabrera usaba un sistema para recabar información que, si bien no era nuevo, sí resultaba útil y seguro, ya que su red de espías no usaba cartas. Había dos razones para ello: una era el riesgo de que fuesen interceptadas; la otra, que algunos de sus agentes más valiosos eran analfabetos. Por eso, entre los hombres de Cabrera había gente trashumante, dotada de buena memoria y capaz, por tanto, de viajar con libertad por los reinos hispánicos y transmitir con fidelidad las palabras escuchadas.

En esos días, Benavent se entrevistó en Toledo con uno de tales hombres: un saltimbanqui portugués que iba errante por toda la Península, en solitario o unido a otros de su misma profesión. Contorsionistas y saltimbanquis, como ya había descubierto el viajero de Alejandría, ocupaban los peldaños más bajos de los juglares, ya de por sí muy abajo en la escala social. Y aquél era sucio y desastrado, como casi todos los de su profesión, esquelético, picado de viruelas y con aire de canalla. Pero Benavent sabía que Cabrera elegía a sus agentes con cuidado, así que no dudó en confiarle su mensaje.

Aquel vagabundo, que también cantaba y recitaba, gozaba de memoria excelente, gracias a haber sido entrenado desde niño para retener romances y poemas, lo que le hacía idóneo para esas misiones. La excusa para encontrarse con Benavent fue un dolor de huesos, real. Le visitó en su posada, que era donde el segundo ejercía como físico, astrólogo y geomante, actividades todas en las que ya se había labrado una reputación. Al hombre de Alejandría no le sorprendió descubrir que el juglar era de inteligencia mucho más despierta de lo que su aspecto podía inducir a pensar. También resultó un hombre callado, uno de esos que no sueltan más palabras de las imprescindibles.

Tras atender a su dolencia, Benavent le dio su mensaje de palabra. Se había acomodado con facilidad en Toledo, donde la peste se había cebado con los médicos judíos de la ciudad. La escasez de físicos, unida a las leyes castellanas contra los gremios, así como su valía, le habían conseguido en apenas nada una clientela de buena posición que, a menudo, dejaba escapar informaciones valiosas.

—Es de todos conocido el encuentro que tuvo don Pedro con Ruy Cabeza de Vaca. Yo he escuchado pormenores, por boca de varios testigos presenciales, y quiero darte mi versión de los hechos, por si fuese de alguna utilidad a nuestro amigo.

«Nuestro amigo». Así llamaban sus agentes al almirante, con la esperanza de que, si alguien escuchaba lo que no debía, tomase la conversación por casual. Benavent y el juglar estaban sentados frente a frente, en el cuarto donde el primero atendía consultas, en su posada, casi cabeza con cabeza, para no levantar la voz.

—El rey entregó a Cabeza de Vaca cartas de seguro para Alburquerque, quien, entretanto, se había vuelto por donde había venido, a Valladolid. Pero a don Juan Alfonso no han debido parecerle garantía suficiente, ya que no se ha presentado todavía ante el rey. Sé que se ha reunido con su amigo Juan de Prado, el maestro de Calatrava, para discutir sobre qué hacer. Si mis informaciones son ciertas, decidieron no venir a Toledo y refugiarse ahí donde pueden hacerse fuertes y sentirse seguros.

»Alburquerque ha partido hacia Carvajales, cerca de la raya de Portugal, donde tiene plazas fuertes y cuenta con vasallos y soldados que le protejan. En el caso del maestre, ha preferido incluso abandonar Castilla y buscar asilo en Alcañiz, que es una propiedad que tiene Calatrava en Aragón.

»Esa actitud ha sembrado la inquietud entre los hombres que rodean al rey, como podrás suponer. La desconfianza de don Pedro fue atizada por arribistas e imprudentes y, ahora que las ascuas sopladadas han dado fuego, la cosa tiene mal remedio. Crece el temor a lo que puedan hacer Alburquerque y el maestre, por no hablar de los nobles que se han quedado junto a las reinas, en Valladolid. Muchos hidalgos y pecheros los ven como paladines de la pobre reina Blanca, y eso resulta incómodo.

»Confío en que transmitas, palabra por palabra, lo que te estoy contando. Lo juzgo importante. A mi entender, el miedo alimenta esta crisis que se vive en Castilla, y quisiera que el almirante estuviese informado de tal opinión. Alburquerque y el

maestre temen por su vida. Don Pedro, a su vez, recela de las intenciones que puedan albergar dos magnates tan poderosos. El miedo lo envenena todo, encona las posturas y puede acabar desatando un conflicto que casi nadie desea.

—Quien tú ya sabes —apuntó con voz bien timbrada el juglar, que no apartaba los ojos de él— está muy interesado en saber qué explicaciones se dan sobre el fracaso de la boda.

—Bueno. —Benavent reflexionó unos instantes, porque él mismo había oído de todo al respecto—. Son muchos los que darían una mano por saber de verdad qué ocurrió. Nadie puede dar razón verdadera y todo, se diga lo que se diga, son especulaciones. Castilla entera vive desconcertada, como supongo que tú mismo habrás podido ver.

—Sí.

—Yo no sé más que nadie y sólo puedo repetir lo que se comenta. Eso que quede claro. Unos culpan a la pasión ciega que siente don Pedro por María de Padilla; un amor tan fuerte que hace que le repugne siquiera la idea de rozar a otra mujer. Los hay que dicen que no compartió el lecho con su esposa ni una sola de las dos noches que estuvieron juntos.

»Circulan ya al respecto cantares, pero seguro que tú habrás oído más que yo. Una de esas canciones dice que María de Padilla consiguió que un hechicero judío maleficiase la relación entre don Pedro y doña Blanca. ¿No lo has escuchado?

—He oído romances sobre hechizos y pócimas. ¿Crees que han embrujado al rey?

—No. Eso son majaderías.

—¿Entonces?

—Te daré mi propia opinión. Don Pedro creció apartado de la corte y los asuntos de Estado. No recibió la educación de un príncipe destinado a reinar. Eso es culpa tanto del abandono de su padre como de las maquinaciones de su madre. Ella y Alburquerque querían seguir gobernando a través de don Pedro, cuando heredase el trono; y ahora llegan las consecuencias. Don Pedro no tuvo ocasión de adquirir los modos propios de un soberano. Suma a eso su temperamento impulsivo y colérico, y que no está acostumbrado a que nada se oponga a su capricho, y quizá tengamos una pista de por qué se comportó de forma tan vergonzosa. Esa boda le pesaba y salió corriendo; así de fácil, como un niño mimado que esquiva una lección enojosa.

»Además de eso, circula entre gente que sabe un rumor que puede interesar a nuestro amigo. Se dice que, en este asunto, anda también por medio la dote de doña Blanca. El rey de Francia prometió 300.000 florines, de los que ni uno sólo ha llegado a Castilla. Parece que a don Pedro le gusta en exceso el oro. Cuentan que, tras la boda, coaccionó a su esposa, tratando de saber si el rey Juan piensa cumplir sus compromisos.

—¿La pegó?

—Nadie puede afirmar tal cosa. Dicen que la pobre doña Blanca, aterrorizada, acabó por confesar que su tío, el rey de Francia, pasa por grandes apuros económicos.

Desea la alianza con Castilla y la ayuda de su flota, pero no puede desembolsar una suma tan grande.

—¿Será ésa la causa?

—Insisto en que se juntan varios factores. El rey ama con locura a María de Padilla y no fue a esa boda sino a disgusto. Carece del freno de los que se han educado desde niños en las obligaciones de su rango. Cuando tuvo la certeza de que Juan de Francia no iba a pagar la dote, debió estallar como una carga de pólvora. Abandonó a su mujer sin importarle el escándalo ni las consecuencias.

Hubo un silencio entre ellos.

—¿Algo más? —preguntó por fin el contorsionista.

—Sí. —Benavent paseó, al descuido, los ojos por su habitación: la mesa, el camastro, el arcón donde guardaba ropas y pertenencias—. Quiero que transmitas algo más a nuestro amigo, a título ya personal.

Se puso en pie.

—Fue nuestro amigo el que me animó a venir a Castilla y por ello tengo que darle las gracias. Hay mucho que aprender aquí, sin duda, y la vida es más fácil para alguien como yo, gracias a la prohibición de los gremios, que permite a forasteros instalarse y ejercer sus oficios con libertad por todo el reino. Pero deseo hacerle saber que el estado de las ciencias, en Castilla, no es tan floreciente como él supone.

»Estuve en Montpellier y, en efecto, todos dicen que no es lo que era, pero a eso añadido que Castilla tampoco. Conozco a eruditos que se quejan justo de eso. En las últimas décadas, aquí se ha relegado el estudio de ciertas materias en beneficio de otras, lo que es un error, ya que todas las ciencias son útiles por igual.

»Culpan de esta decadencia al rey Alfonso Décimo, al que llaman el Sabio, porque dio primacía al estudio de materias como la astrología o la teología, en detrimento de otras como la geometría o la medicina. Esa política se mantiene, con gran daño para el reino, y, aunque cada vez hay más universidades, los hay que hablan con nostalgia de la época previa a Alfonso Décimo. Se refieren a ella casi como a una Edad de Oro, ya perdida.

»Comprendo que en Aragón se mencionen con gran respeto las universidades castellanas. Esa Edad de Oro existió de verdad y es lógico, en los malos tiempos, pensar que, en otros lugares, las cosas van un poco mejor.

Se quedó callado unos instantes, luego meneó la cabeza.

—Eso es todo. Cuento con que transmitas mis palabras con fidelidad a nuestro amigo. Hazle saber también que me tiene a su disposición para lo que sea menester. Y, en cuanto a tus dolores, toma lo que te he dicho, en las cantidades indicadas. Las dosis y los tiempos son tan importantes como la composición misma. Que tengas buen viaje y Dios te guarde.

Aquel junio de 1353 no dejó en Toledo sino turbulencias e inquietudes, con la ciudad convertida en un avispero de intrigas, por el que corrían bulos de todas clases. En esos días, Benavent tuvo ocasión de escuchar verdades, suposiciones y no pocas mentiras que sólo más tarde se supo que lo eran. Pero, pese a las muchas confidencias, oídas de labios de quienes le visitaban en busca de remedios, hubo de enterarse en una taberna de que iba a producirse eso que tantos ansiaban: que el rey don Pedro volviese a Valladolid, a reconciliarse con su esposa.

Toledo era ciudad antigua, de magos y cabalistas; un lugar en el que podía ocurrir casi de todo, inclusive que un secreto de Estado se revelase alrededor de un jarro de vino barato. Y la taberna en cuestión, llamada de Caldereros, era una especial, aunque no lo pareciese a simple vista: un local muy humilde donde, además de vino, servían comidas a forasteros. Estaba situada cerca de lo que algunos llamaban la Judería Menor, tras la catedral, y decían que le habían puesto el nombre porque allí solían reunirse, años atrás, artesanos que fabricaban calderos. Debió de ser así, otrora, porque Benavent jamás coincidió allí con uno solo de esa profesión.

En aquellos días, era frecuentada por físicos que ejercían en Toledo, aunque pocos eran naturales de la ciudad. La medicina había sido en Toledo casi un patrimonio de judíos, todos ellos asentados allí desde tiempos inmemoriales, hasta que la peste negra acabó, cuatro años atrás, con muchos de ellos. Tantos murieron que su monopolio se hundió, al no poder los supervivientes cubrir tantas bajas, de forma que, en los últimos tiempos, físicos forasteros —hebreos, cristianos e incluso algún morisco— habían ido abriendo consulta en la ciudad.

Lo peculiar de la taberna de Caldereros era que en ella, en ciertos días y a ciertas horas, era posible encontrar a físicos cristianos y judíos compartiendo mesa. Algo excepcional, ya que ambos pueblos tenían establecimientos propios, y eso incluía las tabernas, y no pisaban las ajenas. Pero el caos causado por la peste lo había trastocado todo y, los que allí acudían, iban con la capa del desconcierto de la época, movidos por el deseo de compartir experiencias y teorías, y ayudados por estar en la Judería Menor, donde se codeaba gente de toda raza y religión.

Aquella tarde de junio, Benavent había encaminado sus pasos a la taberna tras un día de mucho ajetreo. Las puertas de la taberna estaban de par en par, para dejar entrar luz y ventilación, y el hombre de Alejandría, con sus ropajes negros y bonete rojo, y el morral de físico al hombro, entró sin apurarse en aquel interior umbrío y caluroso. Olía a vino, a gentío, a guisos. En una esquina, unos mercaderes estaban

cantando y, en la mesa de costumbre, ya había algunos físicos, debatiendo con calor.

Pidió y pagó un jarrillo de vino en el mostrador, para luego acercarse, saludando con la cabeza, y sentarse en uno de los banquillos, dispuesto a callar y escuchar, hasta saber el motivo de la discusión. Discusión acalorada, sin duda; al menos entre dos de los contertulios, que argumentaban con gran encono. Aunque el debate parecía estar llegando ya al final, con un vencedor y un vencido que se batía en retirada, tratando de no quedar derrotado del todo.

Ambos polemistas eran extranjeros, los dos conocidos de Benavent, que no sentía especial simpatía por ninguno de ellos. Uno, Pablo de Perusa, era un físico italiano que, como tantos, había acudido a Castilla a hacer fortuna en la profesión merced a los conocimientos adquiridos en su tierra natal.

El otro se hacía llamar Moisés de Roquemaure y era un hebreo francés que había llegado a España por un motivo aún más básico que el de su rival: huir de las matanzas de judíos, desatadas años antes en el reino de Francia, a raíz de los rumores que les acusaban de ser los causantes y propagadores de la peste.

La disputa era sobre un tema que levantaba pasiones entre los eruditos de la época, y no sólo los relacionados con la medicina: la fuente primaria de la epidemia de peste. Pablo de Perusa defendía el origen astral de la misma, por una conjunción especialmente nefasta de astros. Una teoría que contaba con multitud de partidarios, aunque entre ellos no estaba Moisés de Roquemaure, que, de hecho, la rebatía con suma dureza, siempre que tenía oportunidad.

—Las pruebas están claras, pese a que no quieras verlas —gruñía el mestre Pablo, a quien nada dolía más que quedar en evidencia en público, y más ante colegas.

—Claro que las pruebas están claras. —El mestre Moisés, a su vez, dejaba caer casi con desprecio las palabras—. Y descartan la teoría astrológica. Quien la defiende es un necio.

—Necios son aquellos que cierran los ojos a la evidencia. Cuando apareció la epidemia, se había producido una conjunción funesta de...

—Jamás he negado eso! —Su adversario se inclinó con pasión sobre el tablero de la mesa—. La conjunción existió, cierto. Pero la eterna pregunta es: ¿por qué, una vez deshecha esa alineación de astros, no desapareció la peste?

—Nada más fácil de explicar. Cuando uno trata a un herido de saeta, pongamos por caso, no por extraerla de la carne sana la herida de forma inmediata. Todo requiere su tiempo.

—Eso suena razonable, pero es una falacia. La peste ha estado brotando por todos lados, desde la gran epidemia, sin que mediasen conjunciones astrales. Es como si al doliente de tu ejemplo se le abriesen heridas de flecha por todo el cuerpo, al azar y en distintos momentos.

Moisés de Roquemaure sonreía con desprecio. Era hombre joven, flaco, de rasgos ascéticos y ropas sobrias. Pese a su poca edad, era un gran erudito, leído, de espíritu observador y ojo crítico. También era seco de carácter y brusco de trato, lo que le

restaba no pocas simpatías entre sus conocidos.

Pablo de Perusa había vuelto la mirada a Benavent, como si esperase que, en su calidad de astrólogo ya reputado en Toledo, saliese en defensa de la teoría astral. Él, al entender que no tenía nada valioso que aportar, no despegó los labios en un primer momento. Sólo al advertir que todos le miraban cambió de actitud, no fuese que malinterpretasen su silencio.

—Veo que se han planteado en esta mesa cuestiones tan espinosas como interesantes; aunque me he perdido casi toda la discusión. Al respecto, sólo puedo decir que la astrología es un arte sumamente complejo, amigos. —Acarició, con la yema de los dedos, el jarrillo, que era de duelas de madera y aros de cobre, con la superficie pulida por el roce de un sinfín de manos—. Sabios muy grandes han dedicado toda su vida al estudio de la astrología, desde hace miles de años, y aún se está lejos de conocer a fondo las leyes que interrelacionan las posiciones de ciertos astros con los sucesos mundanos.

—Pero ¿cuál es tu opinión personal? Alguna debes de tener. —El mestre Moisés se permitió un ademán seco. Le vigilaba con ojos feroces, tratando de calibrar si tenía delante un segundo oponente en la discusión.

—Te aseguro que no tengo ninguna. Carezco de suficientes elementos de juicio, por lo que no me decanto por la teoría astral... aunque tampoco la descarto. Pero si tú, mestre, dices que tienes argumentos capaces de echar por tierra esa teoría, yo, al menos, estaría encantado de escucharlos.

—Con mucho gusto, mestre. —El otro ahora asentía, aplacado—. Pero no creo que este sea el momento y no sé si tampoco el lugar. Algo así requiere una exposición detallada y cierto sosiego.

—Cuando gustes. Estoy a tu disposición.

Pablo de Perusa casi bufó, viendo cómo el hombre al que había introducido en el debate, con la esperanza de salir un poco a flote, casi le dejaba de lado y en posición aún peor. El italiano era de más edad que su adversario y de capacidades intelectuales mucho menores. Bajo, rechoncho, de modales untuosos y vestimentas ostentosas, resultaba, a ojos de Benavent, modelo de esos que se muestran serviles con los poderosos y altaneros con los débiles. Y, sobre todo, nada de fiar. Le gustaba lucirse, odiaba perder y, sin duda, eso último fue lo que le llevó a desviar la conversación a otro terreno más propicio para alardear, aunque fuese de su trato directo con los magnates castellanos, ya que no de conocimientos.

—Por cierto que está en ciernes un suceso trascendental y, para predecirlo, no necesito levantar carta astral alguna —murmuró, con sonrisa de suficiencia.

—¿Y cuál es ése? —preguntó alguien.

—El rey no tardará en volver a Valladolid, para reconciliarse con su esposa.

—¿Qué dices? ¿Es eso seguro? —El simple comentario desató una marejada de murmullos y reflujo de cabezas, ya que casi todos los presentes se inclinaron en su dirección, cada cual con una pregunta distinta en los labios.

—Seguro. —La sonrisa se hizo ruin, al ver cómo la anterior discusión había sido olvidada de golpe—. El rey ha accedido a ello, aunque de mala gana. Por lo visto, se resistió lo indecible; pero la presión de sus consejeros ha podido más.

Muchos comenzaron a hablar al tiempo, la mayoría en susurros prudentes. De no haber estado tan ufano, saboreando su momento de gloria, el mestre Pablo hubiese visto pasar una chispa de desprecio por los ojos oscuros de Benavent. Aunque lo cierto es que este último se olvidó del personajillo casi al instante, pese a tenerlo a cuatro palmos de distancia; ocupado en darle vueltas a la noticia.

Incluso sopesó tratar de avisar a Bernal de Cabrera; ser el primero en informarle y ganarse así su favor; aunque descartó la idea casi de inmediato. El almirante se enteraría por otros medios, él no tenía forma de comunicarse con rapidez y, además, no se consideraba en absoluto un espía. Aunque informaba a agentes de Cabrera, no se había embolsado un solo maravedí por ello y veía todo como una cuestión de lealtad personal, y no como una labor de espionaje.

La discusión seguía en la mesa, algunos hombres ajenos a la reunión se habían arrimado, al captar lo que se decía, y Benavent, con esfuerzo, apartó esos pensamientos. La noticia no tardaría en correr por todo Toledo. Ya muchos daban su opinión, a voces. No prestó gran atención a esas palabras, sabedor de que poco de lo que allí se dijese sería de utilidad y, al tiempo que se acercaba el jarrillo de vino a los labios, volvió a hundirse en cavilaciones, preguntándose qué implicaba ese giro de la situación.

El cielo político de Castilla no podía estar más nublado. La reina madre estaba en Valladolid, junto a Blanca de Borbón, decían que furiosa con su hijo. Alburquerque refugiado en sus estados, reforzando castillos y alistando hombres de armas. Y su buen amigo, el maestre de Calatrava, aguardando acontecimientos en Aragón, bien lejos de don Pedro.

Alburquerque al oeste, el maestre al este y, por si fuera poco, al norte, Fernando de Castro aprestaba a los suyos como si preparase la guerra. Los Castro eran familia muy poderosa en Galicia, que contaba con la amistad del príncipe Pedro de Portugal, casado con Inés de Castro, hermana natural de Fernando. Este no se había pronunciado, ni salido de sus tierras, pero era significativo que se estuviese armando en sus estados gallegos. Se decía que estaba enojado contra el rey por un suceso ocurrido en Valladolid, durante las bodas. En esa ocasión, don Pedro, que participó en los torneos, se empleó con exceso de brío, y uno de los que sufrió sus embates fue el propio Fernando de Castro, que ahora acusaba al rey de tratar de asesinarle en el evento, para camuflar su muerte como un accidente propio de las lides.

El rey también parecía a la expectativa; aunque, a diferencia de los magnates citados, no había convocado a sus tropas, ni reforzado plazas fuertes, ni hecho otra cosa que no fuera pasar sus días con María de Padilla, en el alcázar de Toledo. Una actitud que podía tomarse por confiada, pero que sembraba dudas entre los timoratos e inquietud entre sus más fieles.





Pero el rey don Pedro no estaba tan ocioso como muchos pensaban. Aunque no había hecho movimientos visibles, sí estudiaba distintas respuestas a la crisis y, de ser por él, hubiera marchado a la cabeza de sus tropas contra Alburquerque, para desalojarle de sus fortalezas occidentales. Sin embargo, sus consejeros habían señalado lo peligroso de esa opción, ya que algunas villas y castillos enemigos eran inexpugnables al ataque directo. El ejército real podía atascarse ante esas plazas, con el peligro que eso implicaba, ya que tenían al maestre de Calatrava a la espalda y, sobre todo, a multitud de señores y concejos sumidos en total desconcierto, con lo que su lealtad era dudosa en caso de guerra abierta.

Henestrosa, tan claro de frases como tortuoso de ideas, fue quien se atrevió a indicarle, sin circunloquios, el apuro en el que se encontraba su causa, para luego ofrecerle una posible salida.

—Señor. Doña Blanca es ya reina de Castilla, ante Dios y ante los hombres y, al menos entre estos últimos, ha despertado no pocas simpatías. El mayor peligro para nosotros está en que Alburquerque convierta la causa de la reina en la suya propia. Si levanta bandera por doña Blanca y sus derechos, se ganará el aplauso del pueblo y de no pocos hidalgos; amén del apoyo, más o menos interesado, de gran número de señores. Si permitimos que haga eso, puede desatarse una guerra civil en Castilla.

»En cambio, sin esa excusa, no será más que otro privado caído en desgracia. Un poderoso que, por ambición y vanidad herida, no ha aceptado el haber sido desposeído de sus cargos y privilegios. Un simple sedicioso al que nadie prestará apoyo, como no se lo prestó nadie, hace tan sólo unos meses, a Alfonso Coronel.

Henestrosa se había paseado el índice por el gran mostacho negro, antes de concluir.

—Por eso, señor, manque os pese, tenéis que hacer las paces con vuestra esposa. Es vital en estos momentos.

Y así fue como el rey don Pedro regresó a Valladolid, aunque su vuelta resultó de todo menos vistosa, ya que no hubo recepciones, entradas triunfales, besamanos ni ceremonia alguna. Se presentó en la ciudad casi al ocaso, ya las puertas a punto de cerrarse, con escolta menguada y precedido en sólo unas horas por los mensajeros encargados de avisar de su llegada. Y, no obstante, la voz de que el rey volvía al lado de su esposa era ya pública en toda Castilla, bien fuese por culpa de indiscretos o porque Henestrosa hubiese hecho correr el rumor, para apaciguar así los ánimos.

La gente aguardaba, por tanto, su llegada y, apenas la comitiva real cruzó las puertas, la noticia recorrió las callejas como fuego por rastrojo. Esa misma noche, uno de los escuderos del vizconde de Narbona fue a visitar a Blanca, para informarle de que el rey se había instalado en las Casas del Abad de Santander, su residencia habitual en Valladolid. La reina, aunque ya lo sabía por otros conductos, le agradeció

mucho la gentileza, ya que llegar hasta ella, tras la caída de la noche, no era tarea fácil, y menos para un extranjero. Se alojaba con su suegra, María de Portugal, en el convento de las Huelgas, situado extramuros, por lo que era arduo de acceder al mismo, luego del cierre de puertas nocturno.

Aquel convento había sido destruido parcialmente por la soldadesca de Alfonso XI, no hacía de eso ni treinta años, en el transcurso de alguna de las muchas turbulencias que sacudieron a Castilla durante la minoría de edad de ese rey. Años más tarde, María de Portugal se tomó gran interés en la reparación del edificio, así como en que las monjas fuesen resarcidas mediante privilegios especiales, lo que le ganó la gratitud de la comunidad. Por eso era tan bien recibida en las Huelgas, y ese era el motivo de que se instalase allí, durante sus estancias en la ciudad, pese a los inconvenientes de la ubicación.

Desde su retiro en el convento, había estado moviendo influencias y aliados, a la par que procuraba atender a su nuera agraviada. María de Portugal, que había sufrido incontables desaires de su esposo, Alfonso XI, no podía por menos que simpatizar con aquella dama tan joven, alejada de su tierra natal y puesta en situación tan desairada por culpa de un matrimonio de Estado. Además, sentimientos al margen, la reina madre compartía con Alburquerque la idea de que, para Castilla, eran vitales un matrimonio real y abundancia de herederos. Sólo eso podía llevar paz al pueblo, tan castigado por epidemias y hambrunas, y enfriar las ambiciones de los grandes señores.

Nunca, en esos días aciagos, había perdido la esperanza. No en vano había estado recibiendo en secreto a agentes de Henestrosa, enviados a asegurarle que él jamás quiso una situación así. El nuevo hombre fuerte del reino juraba que no deseaba sino reconciliar al rey con su esposa, y que hacía todo lo posible para lograrlo. Y María de Portugal, que había conocido en tiempos a Henestrosa, cuando era aliado de Alburquerque, se inclinaba a creerle sincero, y eso le infundía ánimos en los peores momentos.

Durante esas jornadas de julio, largas y cálidas, paseando por los huertos y el claustro de las Huelgas, María de Portugal había tenido tiempo de sobra para repensar sobre aquel asunto. Ella, mejor que nadie, sabía lo terco e irreflexivo que podía ser su hijo, lo que, unido a cierta propensión a rehuir algunos problemas — puede que por miedo a encararlos o por la desidia del que espera que se resuelvan solos—, podía dar una mezcla tan explosiva como la pólvora. Había sondeado con gentileza a Blanca acerca de las tres noches pasadas con el rey. Pero la ya reina de Castilla había respondido con evasivas, o incluso silencios. Y María no quiso presionar, tanto por no lastimarla como porque, en el fondo, temía descubrir que su hijo se había comportado con violencia.

Otra que tampoco quería saber demasiado al respecto era Leonor de Saldaña. Mucho más próxima a doña Blanca, se había percatado también de hasta qué punto esquivaba la cuestión. La reina no había contado nada a sus damas, ni mucho menos a

los caballeros franceses del vizconde de Narbona. Tal vez su confesor supiese algo, pero aquél no iba a despegar los labios. Lo que sí sabía el aya, de seguro, era que Blanca había enviado cartas al Papa, que siempre se mostró muy bien dispuesto hacia ella. Puede que en esas misivas sí hubiese confiado lo ocurrido durante esas tres noches de vida conyugal con el rey de Castilla.

Aunque Leonor nunca tuvo ocasión de poner los ojos sobre tales cartas, tampoco fue necesario. Le bastó ver cómo mudaba de expresión doña Blanca, y asomar el miedo a esos ojos azules cuando ella misma le avisó de que su esposo había entrado en Valladolid, para reafirmarse en sus temores.

Blanca, en efecto, recibió la noticia con más aprensión que otra cosa; aunque, tras un primer instante, supo guardar la compostura. Los que la rodeaban notaron que no estaba muy alegre; pero era lo lógico, dada la ofensa infligida por su esposo. Y aquellos que imaginaron otra cosa no despegaron los labios.

No se hablaba de otra cosa en Valladolid, tanto en tabernas como en las posadas de señores, haciendo cuajar en el ánimo de todos un estado peculiar, mezcla de esperanza y temores. Pero el rey de Castilla habría de sorprender a altos y bajos, y no para bien, ya que, en todo el día siguiente, no salió de las Casas del Abad. La gente se hacía lenguas, en la espera de que, en cualquier momento, saliese rumbo a las Huelgas; pero pasaban las horas y nada ocurría. Se puso el sol, se cerraron las puertas y, mientras los pregoneros anunciaban a voces el período nocturno, cubrió la ciudad algo que sólo podría llamarse manto de miedo.

Esa tarde, a la hora sexta, segura ya de que algo no iba como debía, María de Portugal convocó a su nuera e hizo cuanto pudo para entretenerla. En un rincón de las huertas del convento, aprovechando la tibieza del día, tuvo lugar una reunión nada protocolaria, en la que estuvieron presentes varias damas de doña Blanca, oficiales de su Casa y caballeros franceses. Asistió también el vizconde de Narbona, Américo VIII, casado con una prima de Blanca. Cumplidor celoso de sus obligaciones diplomáticas, y sintiendo además gran afecto por la nueva reina de Castilla, no era de extrañar que siguiese con inquietud, cada vez mayor, el curso de los acontecimientos.

La presencia del rey en la ciudad no salió a conversación, pese a que nadie podía pensar en otra cosa. Martín Alfonso Tello, el caballero portugués, mano derecha de la reina madre, también presente ese día, no dejó de fijarse en cómo todos lograron ocultar sus temores. Y eso que la tarde se les hizo muy larga; más según iba pasando el tiempo, el sol cruzaba el cielo, la luz cambiaba y don Pedro no daba señales de vida. Para matar el rato, y también mitigar la inquietud, dueñas y caballeros, atendidos por las monjas, se dedicaron a conversar, jugar al ajedrez y también a escuchar cómo Alvar de Albornoz tocaba la guitarra morisca.

Asimismo, a ruegos de María de Portugal, este último narró algunas de las aventuras vividas durante la defensa de Tarifa, ya que sus hermanos y él mismo estuvieron entre aquellos que respondieron al llamamiento de Alfonso XI, a auxiliar a esa plaza, sitiada por los benimerines. Fue una defensa legendaria y aquellos que

participaron en ella, y sobrevivieron, eran considerados héroes en Castilla. Los franceses le escucharon con educación, dando por supuesto que algo exageraba, en tanto que Martín Tello, que también vivió de cerca esa guerra, sabía que no; que más bien se quedaba corto a la hora de relatar los tremendos hechos de armas que tuvieron lugar allí.

Mientras le escuchaba, el portugués no pudo por menos que compararle con su hermano, el cardenal Gil de Albornoz. Aunque ambos tenían ideas muy claras sobre el bien y el mal, ahí donde el caballero se suavizaba merced a su natural bondadoso, el cardenal era duro como el pedernal. Resultaba irónico que fuese el segundo quien tomase los hábitos. Pero, como el agua corre siempre hacia el mar, el cardenal fue siempre ambicioso e intrigante. Participó, siendo capellán de Alfonso XI, en las guerras contra el infiel, armas en mano. Luego abandonó Castilla a toda prisa, no bien proclamarse rey don Pedro; pero había encontrado acogida inmejorable en Aviñón, y así, mientras su hermano mayor se preocupaba por la reina, él se disponía a invadir Italia con un ejército para hacer valer los derechos del Papa en esas tierras.

Al ocaso, tanto los caballeros franceses como los castellanos dejaron las Huelgas para volver a Valladolid antes de que cerrasen las puertas. Doña Blanca se retiró al poco, agotada por la tensión de la espera y el esfuerzo de mantener la compostura. María de Portugal, por el contrario, invitó a Leonor de Saldaña a conversar en privado; pero, aunque hablaron largo y tendido, no sacaron otra cosa que inquietudes sobre qué podría hacer el rey.

Los temores más negros tomaron cuerpo al día siguiente, cuando se supo que el rey don Pedro había abandonado la ciudad con sus guardas. No había permanecido ni dos días en Valladolid, sin hacer amago siquiera de visitar a su esposa, para acabar partiendo a la hora sexta, aprovechando que el sol apretaba y las callejas y plazas de la ciudad estaban desiertas, abandonadas a la luz y el calor.

Leonor de Saldaña llevó la noticia a Blanca, no bien la supo ella, y la reina la recibió con mezcla de temor y alivio, a juzgar por lo que asomaba a sus ojos. Alivio en lo inmediato, ya que esa nueva espantada la libraba de encontrarse cara a cara con don Pedro. Temor por lo que pudiese depararle el futuro, pues volvía a ser, y por segunda vez, la esposa extranjera abandonada.

Sin hacer un solo comentario, despidió a sus damas y rogó a Leonor de Saldaña que le quitase los velos. Sólo cuando estuvieron las dos a solas habló, y fue para expresar sus sentimientos, y no para dar una valoración sobre lo ocurrido.

—Se dice que la reina María llevó una vida desdichada; que su marido la ignoraba, para pasar el tiempo con su amante, Leonor de Guzmán.

—Y así fue. Dios sabe los desaires que tuvo que soportar durante años.

—Sin embargo, yo sería feliz en una situación así.

—¿Cómo decís, señora? —Leonor la observó, atónita.

—Si don Pedro se olvidase de mí, me haría la mujer más feliz del mundo. Sólo deseo de él lo que su padre le dio a su madre: que me ignore, que se vaya con su

concubina y nunca se acuerde más de mí.

—Pero eso no puede ser, niña. —El aya pasaba sin querer del trato de respeto al familiar—. El reino entero está sobre ascuas y no sé qué pasará cuando esto se sepa. Castilla necesita un heredero, y cuanto antes mejor. Mientras el rey no tenga sucesor, habrá tensiones, intrigas y amenaza de guerra.

—Tengo miedo. —Blanca enlazó los dedos, casi como para impedir que las manos le temblasen—. Mucho miedo.

—¿Miedo por qué, niña?

—No sé qué pueda pasar, ni qué será de mí. Me asusta volver con don Pedro y también que me dé la espalda. Tengo la sensación de que, cualquier salida que se dé a este problema, no me traerá sino desdichas...

—No penséis más en esto. No ahora. Han sido semanas difíciles y estáis alterada. Es lógico. El rey se ha ido de nuevo, es cierto. Pero no lo es menos que vos, ahora, sois la reina legítima de Castilla, y eso es algo que nadie, ni aun el rey, puede cambiar. Hay que mantener la calma y esperar acontecimientos.

# 16

Los comienzos del verano de 1353 fueron, en Castilla, de una calma más que tensa. Todos parecían aguardar acontecimientos bajo un cielo de guerra que podía abrirse, de un momento a otro, para descargar toda clase de desdichas sobre las cabezas del reino. Alburquerque seguía en la frontera de Portugal, el maestre de Calatrava en la encomienda aragonesa de Alcañiz y la única acción del rey don Pedro, en todo ese tiempo, fue reunirse con su amante en Olmedo, la villa de las siete puertas.

María de Padilla había llegado escoltada por Juan de la Cerda, ya reconciliado con el rey y, como su viaje se había producido luego de que el rey abandonase Valladolid, muchos pensaban que él había tratado, de veras, de reconciliarse con su esposa. Que había querido esa solución, tan de reyes, de compartir techo con su mujer y, al tiempo, tener cerca a su amante. Pero, por alguna razón, no había sido capaz de llevar a cabo sus propósitos.

La especie de que el rey estaba hechizado corría de boca en boca y era ya materia de romances, pese a que alcaldes y merinos habían mandado prender a cualquiera que propalase rumores así, e incluso habían colgado a algún infeliz con la lengua larga en demasía. Pero también había hablillas más consistentes, como la de que el rey estaba en negociaciones con Alburquerque. O que María de Portugal se había trasladado a Tordesillas, junto con la reina Blanca, y que allí recibían a enviados de señores y ciudades que les afirmaban su apoyo en caso de conflicto.

El viaje a Tordesillas, al menos, sí se había producido; aunque para Blanca, aquéllas fueron semanas lentas, carentes de grandes sucesos. Pero la inactividad no le aportó paz de espíritu y sí un exceso de tiempo libre que sólo le sirvió para dar más vueltas en la cabeza a todo lo ocurrido, y a incubar más temores respecto al futuro.

Tordesillas, su nueva residencia, se ubicaba en la margen norte del Duero y guarneecía el paso del río, salvado a esa altura por un gran puente de piedra. Había sido más que favorecida por Alfonso XI y allí fue donde la reina francesa entró de veras en contacto con una arquitectura propia de España, de la que ya había visto muestras. El anterior monarca, enemigo implacable de los moros en lo político y militar, amaba sin embargo, sobremanera, las artes que éstos habían recibido de los árabes, y desarrollado por su cuenta durante siglos. Los cristianos, a su vez, habían asimilado muchos elementos arquitectónicos para aplicarlos a construcciones tanto sacras como civiles. Mudéjar llamaban a ese estilo, basado en el ladrillo y caracterizado por los arcos de herradura, las columnas delgadas, las formas airoas y esbeltas.

Aunque ese estilo se usaba desde antiguo en Castilla, fue Alfonso XI el gran promotor del mismo, y su hijo Pedro había heredado la pasión por el mismo, ya que todo el reino estaba sembrado de monumentos mudéjares. Entre ellos, el maravilloso palacio construido por aquel Alfonso en Tordesillas, al que se habían trasladado las dos reinas. Y fue allí, en aquellos días calurosos de julio, donde Blanca quedó hechizada a su vez por esa amalgama de arte árabe, moro y español, tan exótica para ella.

Deambular por las salas, entre columnatas y paredes de ladrillos cubiertas de tapices, que mostraban antiguos hechos de armas, o refugiarse en los fastuosos baños a la árabe, anejos al palacio, fueron para ella bálsamo milagroso; un remedio tanto para el tedio como para la desazón que presidía aquellos días.

Pese a las atenciones de María de Portugal y a las muestras de respeto de las gentes, Blanca se sentía cada vez más sola. Tras la segunda espantada del monarca, la delegación francesa había abandonado el reino de forma brusca, sin despedirse siquiera del rey, como muestra de desagrado, lo que dejó a Blanca casi sin compatriotas en los que apoyarse. Quedaron con ella su confesor, su tesorero, algunas damas de compañía y poco más, haciéndola sentir más perdida aún en un país del que, sin embargo, era reina. Y, por si fuese poco, algunos de sus valedores castellanos habían sido apartados de su lado. Alvar de Albornoz, por ejemplo, era ahora copero mayor del rey: una recompensa a los servicios prestados que bien pudiera ser una excusa para alejarle de la reina y aislarla así de posibles apoyos.

La jugada daba que pensar, ya que el hermano de don Alvar, el cardenal Gil de Albornoz, que estaba en Aviñón, no era nada favorable a don Pedro. Tanto él como el Papa reprobaban el abandono sufrido por doña Blanca y ese no era un disgusto que pudiera tomarse a la ligera. Que don Pedro hubiese nombrado oficial de su Casa a don Alvar podía ser un intento de aplacar a su poderosa familia, o una treta para impedir que el cardenal recibiese informes, de primera mano, acerca de la situación de la reina.

Los días iban pasando, uno tras otro, y Blanca pensaba ya que no ocurriría nada en todo aquel largo verano de sol y moscas, cuando un suceso llegó a cambiarlo todo de golpe. Una tarde, a finales de julio, les avisaron de que, por el camino de Toro, se acercaba un grupo de hombres de a pie y a caballo. Los viajeros se presentaron ante las puertas, envueltos en polvo y canto de chicharras, y los jefes de la comitiva pidieron ser introducidos a presencia de las reinas.

La cabalgata la formaban tanto hombres del rey como de Alburquerque, por extraño que fuese ver juntos a partidarios de dos ahora vueltos enemigos acérrimos. Los del rey iban dirigidos por Juan Tenorio y Suero de Quiñones, aquellos mismos que dieran escolta al monarca en su escapada de Valladolid, tras las bodas. Habían ido hasta Carvajales, sede de Alburquerque, para negociar una salida honorable y, tras mucho tira y afloja, se había llegado a un acuerdo que podía llevar por fin la paz a Castilla. Por el mismo, Alburquerque entregaría a su único hijo legítimo, Martín Gil,

como rehén, en garantía de paz, y a cambio podría permanecer en sus estados, sin tener que temer nada de las tropas reales.

En cumplimiento de ese acuerdo, en la comitiva iba Martín Gil, así como cierto número de hidalgos, vasallos del rey que, en su día, fueron asignados al servicio de su antiguo ayo, cuando las relaciones entre ambos eran cordiales. Habían solicitado licencia para volver al lado de su señor, el rey, y Alburquerque se la había concedido en buena hora.

Al cruce del Duero por Tordesillas, esos mismos caballeros se detuvieron a rendir homenaje a las dos reinas; aunque, a tenor de lo ocurrido luego, Blanca llegó a suponer que eso no fue sino una excusa para ganar tiempo, y averiguar qué se respiraba en Olmedo. Los del rey aceptaron la parada, aunque no lo hicieron ellos ni entraron en la villa —puede que para evitar un encuentro enojoso con la reina Blanca—, y cruzaron sin demora el río con los rehenes, contando con que los otros habían de seguirles más tarde.

María de Portugal atendió con gran amabilidad a esos caballeros que volvían al servicio de su hijo y dispuso para ellos el mejor acomodo posible. Distan pocas leguas de Tordesillas a Olmedo, y los viajeros tenían amigos en la corte instalada en la segunda villa. Debieron enviar hombres a informarse y, aunque Blanca nunca supo qué noticias recibieron, no debieron de ser nada buenas, ya que muchos de ellos cambiaron de opinión con brusquedad.

Unos se volvieron por donde habían venido, para unirse a Alburquerque, y otros huyeron a refugiarse en sus casas, pese a que eso los convertía en rebeldes. Sólo dos caballeros, Alvar de Castro y Alvar Morán, decidieron seguir adelante. Tras pedir consejo a la reina María, se fortalecieron con la idea de que, si habían servido a Alburquerque, había sido por orden misma de don Pedro y, por tanto, éste no tenía nada que reprocharles. Prosiguieron pues hacia Olmedo, con dos días de retraso respecto a los del rey y el rehén.

María de Portugal salió a despedirles y les deseó suerte, con gesto grave, al tiempo que les anunciaba que había encargado misas para que su vuelta junto al rey fuese venturosa. Se quedó fuera largo rato, contemplando cómo los caballeros y sus hombres se alejaban; tan cariacontecida estaba que Blanca acabó por preguntarle si se sentía indispuesta.

—No, hija. —Y no sonrió, como solía al dirigirse a ella de esa forma—. No me duele nada; al menos, no en el cuerpo. Pero he tenido un mal presentimiento. Temo por la suerte de esos dos caballeros, que no son malos y no han hecho ningún deservicio al rey.





Las dos reinas y su séquito abandonaron Tordesillas sólo unas horas después, en dirección a Medina del Campo. María de Portugal lo decidió así, apenas supo del acuerdo entre Alburquerque y el rey, ya que Medina del Campo se halla al sur de Tordesillas y a menos de diez leguas de Olmedo, por lo que era buen lugar para seguir de cerca el curso de los acontecimientos.

No fue la única en pensar eso, pues, tras viajar sin prisas y pernoctar en Rueda, al llegar, bajo el sol ardiente de la tarde, se encontraron con que ya estaba allí Leonor de Aragón, que también había partido al saber las nuevas, aunque en su caso desde Valladolid. Y así fue cómo se reunieron de nuevo las que llamaban *las tres reinas*; aunque, en esa ocasión, no tuvieron mucho tiempo para especular sobre qué podía deparar el futuro.

María de Portugal y Blanca se instalaron en la parte alta de la villa: la llamada Mota o Medina Vieja; el recinto antiguo, que había servido de fortaleza y que Alfonso XI había convertido en una ciudadela de grandes muros de ladrillo. El padre de don Pedro había sido, reflexionaba Blanca, amigo de sembrar sus reinos de castillos y alcázares. Pero aún estaban los domésticos desempacando cuando llegaron a ellas, de nuevo, aquellos dos caballeros, Alvar de Castro y Alvar Morán, ahora fugitivos por el camino de Olmedo, sin haber llegado siquiera a esa villa.

Como hacía mucho calor y estaba todo en desorden, María de Portugal los atendió en uno de los patios de la Mota, a la sombra de una higuera de muchos años. La acompañaba Blanca, aunque no Leonor, ocupada en esos instantes en instalarse en una de las casas nobles de Medina Nueva. Los dos hidalgos llegaban nerviosos y demudados, y se disculparon por sus ropas polvorientas, algo a lo que la reina madre quitó importancia con un ademán. Ella, tras excusarse a su vez por atenderles así, les invitó a sentarse a la sombra y mandó que les trajesen una jarra de vino blanco, lo más fresca posible.

Las dos reinas estaban sentadas a la sombra; María con vestido azul y cofia de velos blancos; Blanca con ropas albas y doradas. Tras ellas, dos esclavos moros, con bandas de telas multicolores ciñendo las cabezas, agitaban sendos abanos, para espantar al calor y las moscas. María de Portugal aguardó mientras los caballeros bebían del jarro, primero uno y luego el otro.

—¿Se presentó algún problema, caballeros? —preguntó después, con amabilidad.

—Todos, señora —admitió Alvar de Castro, atribulado—. Venimos huyendo.

María de Portugal ladeó la cabeza, ya que su interlocutor era un joven muy agraciado. Los Castro daban personajes de gran belleza: tanto Juana como Inés de Castro eran damas de hermosura cantada por los juglares. Alvar era también de los tocados por ese don y, aun como se había presentado en Medina, sucio, cubierto de polvo y sudor, falto de sueño y sobrado de preocupaciones, su apostura resultaba innegable.

—¿De qué huis, hijo? —quiso saber María, sensible a su gesto atribulado.

—De la Muerte, señora: de eso.

Los ojos azules de Blanca se enturbiaron de confusión, en tanto que los oscuros de María se encendían. Sus rasgos duros, que la edad iba afilando, unidos en alerta, le prestaban aires de halcón desconfiado. Con gesto seco, despidió a los sirvientes y, con otro menos imperioso, indicó a Martín Tello que se quedase.

—Explicaos, caballeros —exigió, no bien partió la servidumbre—. ¿Qué pasó camino de Olmedo?

—No llegamos a entibar siquiera en la villa. —Alvar de Castro, puede que por linaje más alto, llevaba la voz cantante. Jarro en mano, cruzó miradas con su compañero, antes de proseguir—. Fuimos derechos a Olmedo, e incluso mandamos un mensajero para avisar de que llegábamos.

—Y...

—Nos salió al paso don Samuel Levi, el tesorero mayor del rey. Nos aseguró que el rey estaba esperándonos y nos invitó a apresurarnos; a ir cuanto antes al rey y volver a su servicio.

—Don Samuel es hombre de más talento que escrúpulos. —María inclinó cavilosa la cabeza—. Continúa.

—Proseguimos camino, confiados; pero, antes de llegar a Olmedo, nos salió al paso un hidalgo. Nos había estado esperando, oculto, para avisarnos de que, si entrábamos en Olmedo, éramos hombres muertos.

—No confío en don Samuel; pero ¿disteis más crédito a un desconocido que al tesorero mayor?

Castro cambió de nuevo miradas con su compañero, antes de responder.

—Vereis, señora. Aquel hombre era un escudero, al servicio de una mujer principal, y era ella la que le había enviado a avisarnos.

—¿Qué dama es esa, que tan bien conocía las intenciones de mi hijo?

—Os ruego, señora, que me permitáis guardarme su nombre. Le debemos la vida.

María escrutó el rostro de los dos caballeros, antes de aceptar con amabilidad.

—Es justo y vuestra discreción os honra. ¿Qué pasó luego?

—Nos dimos la vuelta, y aquí estamos ahora, fugitivos, con la vida en juego y sin saber qué hacer.

María se incorporó con tanto brío que, tanto Blanca como los caballeros, la secundaron por reflejo. Sus velos blancos aletearon.

—Debéis poner tierra por medio, sin perder instante. Salid de Castilla, si fuese necesario. Conozco a mi hijo y sé cuán sañudo puede ser. —Se volvió a su guarda personal y hombre de confianza que, tan digno como siempre, se mantenía a unos pasos, a la sombra de unos arcos—. Martín. Hay que conseguir dos buenos caballos para estos amigos; los mejores que tengamos. De inmediato.

Martín Tello asintió, con gesto sobrio. María se encaró de nuevo con los fugitivos.

—Marchaos sin demora. Os ofrezco lo que tengo: caballos de buena raza y descansados. Dejad atrás a hombres y bagajes, y tened en cuenta que la vida os cuelga de un hilo. Las monturas frescas os darán ventaja, pero no sé cuántos hombres

mandará mi hijo a perseguiros, ni con qué recursos contarán.

Los dos caballeros, tras besar las manos a las reinas, abandonaron el patio guiados por Martín Tello. Apenas se retiraron, María se dejó caer en su silla, a la sombra de la higuera, y pidió a los domésticos, ya de regreso, una copa de vino blanco para ella misma.

—¿Quién puede ser esa dama tan generosa, que mandó aviso a estos caballeros? —se preguntó Blanca.

—María de Padilla. ¿Quién si no? Sólo ella podía saber lo que planeaba Pedro. Él debió contarle sus planes, o puede que ella estuviera presente cuando dio instrucciones para matarlos. —Se llevó el jarrillo a los labios—. Esa Padilla tiene bastante más juicio, y entrañas, que el hijo que Dios me ha dado.

Debió haber testigos de la huida de Alvar de Castro hacia Tiedra. Campesinos y cazadores le verían pasar, y puede que algún buhonero se cruzase con él mientras espoleaba a su corcel hacia el norte. Tal vez alguno de ellos informó a los alguaciles reales que le pisaban los talones. Pero lo único que se supo más tarde, con certeza, fue que la siguiente persona con la que cruzó palabras fue Fernando Daza, prior de la Orden de San Juan en Castilla, que se topó con él en Castronuño.

Castro cabalgaba en solitario, tras dejar a sus hombres atrás, por consejo de María de Portugal, y separarse de Alvar Morán apenas salir de Medina del Campo. Este último se había dirigido a Salamanca en busca de refugio, mientras que Castro, seguro de que la cólera del rey no era tormenta pasajera —aunque no sabía muy bien qué la había desatado— prefirió ir en busca de Alburquerque, que seguía en Carvajales, protegido por una gran hueste.

Así fue como, por un camino de herradura, polvoriento y poco transitado, el caballero llegó a Castronuño. Villa enclavada en la ribera sur del Duero, en una recurva, sirvió para vigilar el río en los tiempos de frontera, ya que se ubicaba al pie de una muela desde cuya cima plana se divisaban grandes extensiones a la redonda. Pero ya la frontera con el moro estaba muy lejos, y aquellos tiempos heroicos eran sólo cantares. La villa había pasado a la Orden de San Juan, que había edificado una iglesia maciza en lo alto de la muela; de muros tan sólidos que más parecía fortaleza que templo.

El día en que Castro se presentó en la villa, cansado y sediento, resultó que el prior de San Juan estaba en ella y el fugitivo, apenas saberlo, fue derecho en su busca. Los vecinos, curiosos, observaron pasar a aquel caballero polvoriento, tocado con sombrero y sin cota de malla o defensas, que había desdeñado para huir, pues eran peso extra que sólo conseguiría fatigar antes a su montura. No portaba sino su espada y un martillo de guerra, colgados de la silla de montar, ni vestía más defensa que un jubón acolchado.

Encontró al prior con varios de sus hombres, en un corral con cerca de piedras apiladas, examinando a unos potros. Un hombre de mediana edad, magro de carnes, de bigote entrecano y modales corteses que vestía ropas holgadas y sencillas, según era costumbre en el campo, con la cruz —blanca y de ocho puntas— sobre el jubón de cuero. La misma cruz que lucían sus hombres: cuatro pardos, de aspecto curtido, armados hasta los dientes, con más aspecto de bellacos y galeotes que de buenos cristianos al servicio armado del Señor.

El prior, que parecía a sus anchas entre esos mercenarios, se mostró muy atento e incluso salió a las puertas del corral, al ver llegar al caballero, con su montura de las riendas. Pero, pese a todo eso, en cuanto cruzaron unas frases, Castro perdió cualquier esperanza de conseguir de él ayuda.

—¿Un caballo? —El prior había meneado la cabeza, con aire contrito—. Andamos escasos de ellos; al menos, de los buenos. Ya ves cómo me encuentras, seleccionando potros que puedan convertirse en buenos destreros. La orden vale lo que sus corceles, en caso de batalla.

—Dame un caballo y quédate con el mío. Es una montura excelente y saldrás ganando con el cambio. Me la regaló la madre del rey, y no lo cambiaría si no fuese porque está agotada y yo no puedo detenerme.

—Sí que es de fina estampa. ¿Por qué le has fatigado hasta ese punto?

—Porque tengo prisa —contestó de forma escueta.

—Mucha, sin duda, ya que castigas así a tan buen caballo.

Se acercaba el mediodía, hacía mucho calor, la atmósfera era seca y polvorienta. No corría soplo de aire, las moscas revoloteaban por doquier y, en el corral, los potros se agitaban, entre resoplidos y piafar. De repente, el joven Castro deseó poder ser uno de ellos, para poder espantar así a los insectos, con la cola. Olía a estiércol y, en una morera cercana, cantaba un jilguero. Se palmeó las mangas, para sacudirse algo de polvo.

—Vengo huyendo —admitió—. Huyendo para salvar la vida.

—¿Quién te persigue? —El prior le observaba curioso, aunque no sorprendido.

—Los alguaciles reales.

—Mala cosa. De ser alguaciles de merino, cuadrilleros de hermandad o sayones de algún señor, se irían con el rabo entre las piernas. En las tierras de San Juan no se toca a nadie sin nuestro permiso. Pero no puedo detener a hombres del rey.

—Claro que puedes. Pero yo no te pido tanto: me basta con un caballo fresco.

—Pero ¿qué has hecho, hombre?

Los pardos, en un principio indiferentes, seguían ahora atentos la charla, los codos sobre la cerca de piedras apiladas.

—Nada.

—Algo habrás hecho.

—Te digo que nada. ¿Desde cuando necesita el rey motivos para mandar matar a un hombre?

—Ahí te doy la razón.

Antes de que pudiese añadir más, se presentó un nuevo personaje; a pie, calle abajo y con tanta prisa que los pardos pusieron manos sobre las armas, recelando de sus intenciones. Pero el recién llegado los ignoró para dirigirse al prior y su visitante.

—Señores, disculpadme la brusquedad, pero urge. —Se encaró con Castro—. Unas palabras en privado, por favor.

El proscrito le contempló con desconcierto. Por su atuendo parecía hidalgo y, por

su habla, gallego. Recio, de hombros anchos, manos grandes, aire calmo; casi pelirrojo, ojos claros, rubicundo, de ropas oscuras y espada al cinto.

—Es importante —apremió.

—De acuerdo.

Castro se fue con él, aparte, mientras el prior y sus hombres les observaban intrigados; el uno a la puerta del corral, la cabeza ladeada; los otros, acodados en la valla. El desconocido fue directo al grano.

—Se acercan unos jinetes por el camino de Medina del Campo. Muchos y al galope, a juzgar por la polvareda que levantan.

—¿Están cerca? —Castro se sintió bañado en sudor.

—Llegarán enseguida.

—Te agradezco el aviso. Pero ¿por qué me ayudas?

—Aunque ahora ando por estas tierras, en tiempos fui vasallo de tu hermano, don Fernando. Te reconocí apenas verte y, por tu aspecto y el de tu caballo, supuse que andas con prisas. Así que, cuando divisé a ese grupo que viene hacia el pueblo, bajé a avisarte.

—Ha sido una suerte.

—O la mano de Dios; porque había subido a rezar a la iglesia y eso me ha permitido verles a tiempo.

—¿Cómo te llamas, amigo?

—Alfonso de Lira. No puedes quedarte en Castronuño; tienes que salir de aquí de inmediato.

—¿No tendrás un caballo para trocar? El que traigo es magnífico, pero se me cae de puro cansado.

—No llevo buena racha, don, y no dispongo sino de una mula. No puedo ofrecerte un caballo pero, si quieres, sí guiarte y darte guarda. Soy bueno con las armas y conozco los caminos de la tierra.

—Los que me persiguen son alguaciles del rey.

—Como si lo son del Papa o el Diablo. —Se encogió hombros—. Voy a ensillar a mi mula. Salgamos a escape de aquí, que se nos echan encima.

Y así, Alvar de Castro, sin sacudirse el polvo ni tomar otra cosa que un trago de agua, volvió a montar. Se demoró un instante para despedirse del prior de San Juan, que seguía a las puertas del encierro.

—Me voy ya, señor. Gracias por todo —dijo, con alguna sorna.

—Siempre es grato saludar a caballeros de cuna y educación —repuso el otro, sin cambiar de color—. Te deseo buen viaje, a donde quiera que vayas.

Asomó Alfonso de Lira, a lomos de una mula castaña, de gran alzada, haciendo señas para que se apresurase, y Castro se le unió. El prior se quedó mirando cómo se alejaban, unos instantes, antes de volver al corral y al examen de los potros.

No mucho después, un grupo de a caballo se presentó en la villa, también por el camino de Medina del Campo, igual de polvorientos y cansados que su perseguido.

Más de un lugareño, al verlos, se santiguó, y algún otro se retiró a casa, ya que sus emblemas eran de alguaciles reales. Su aspecto era todo menos tranquilizador y algunas cataduras no tenían nada que envidiar, en lo patibulario, a las de los pardos del prior. No era de extrañar, ya que en los alguaciles reales se enrolaban, además de hidalgos y gente honrada, bellacos amigos de violencias y gente baja, capaz de ajusticiar con sus manos a los convictos a cambio de las primas estipuladas.

En cabeza, un caballero al que, pese a las ropas de viaje y el polvo del camino, se reconocía como hombre de calidad. Enjuto, algo desgarbado y brusco de maneras, Juan Alfonso Benavides, alguacil mayor del rey, refrenó a su caballo al reconocer al prior. Mandó desmontar y, tras entregar las riendas al alguacil más cercano, se dirigió al corral. El prior volvió a salir, para atenderle con la misma desidia educada que a su anterior visitante.

—Busco a don Alvar de Castro para prenderle. Espero que no se nos pongan trabas.

—No las habrá, si vienes en nombre del rey.

—Él, en persona, me lo ha mandado. ¿Ha entrado Alvar de Castro en esta villa?

—Estuvo, sí. ¿De qué se le acusa?

—¿Sigue aquí? —Benavides esquivó la pregunta.

—Eso ya no lo sé. Estoy escogiendo potros; cosa que me resulta más interesante que estar pendiente de las idas y venidas del prójimo.

—Ya. —Benavides trató de no irritarse, conociendo de sobra cómo era el prior—. Entonces, no te opones a las órdenes del rey.

—Líbreme Dios de tal cosa.

—Puesto que Castronuño es de la Orden de San Juan, te pido permiso para registrarlo, casa por casa si fuera preciso, hasta dar con don Alvar de Castro.

—Lo tienes, de buena gana. Pero te requiero a que tus alguaciles se conduzcan con mesura. Que llamen a las puertas antes de entrar y que, si algún vecino les niega el paso, no allanen por la fuerza. Si eso ocurre, avisadme y yo me ocuparé de arreglarlo.

—Es justo. —Se giró a medias, para dar una gran voz—. ¡Cañizares! Que los hombres registren la villa, casa por casa, y que se cuiden muy mucho de ejercer violencia.

Lope de Cañizares asintió, antes de dirigirse a los demás alguaciles. El prior observó, lleno de interés, a aquel hombre alto, cetrino, de pelo negro, vestido con prendas oscuras. En esa ocasión llevaba el capuchón retirado sobre la espalda. Benavides reparó en su escrutinio y, para sus adentros, se encogió de hombros. Cañizares era de apariencia algo tétrica, sin duda, pero era de fiar y más sensato que la mayoría de sus alguaciles, por lo que no había dudado en convertirle en su mano derecha para esa persecución.

Se marchó el alguacil mayor a reunirse con los suyos, y el prior se quedó a las puertas del corral, mirándoles. Era fácil catalogar a casi todos los de ese grupo, en el que había un poco de todo: hidalgos pobres, gente del común, bellacos. Uno era un

montero real, lo que no sorprendió al prior, ya que, cuando los alguaciles reales perseguían fugitivos, recurrían a esos oficiales del rey, expertos en rastrear. Observó cómo se dispersaban, se acarició el bigote y, sin volver la cabeza, mandó:

—Cercioraos de que no causan disgustos a los vecinos.

—Como mandes —asintió, rudo, uno con aspecto de moro renegado—. Pero ¿no sería más fácil advertirles de que el fugitivo ha salido ya de la villa?

—Ni hablar. —El prior esbozó una sonrisa distante, familiar a los que le trataban de forma asidua—. No le he dado un caballo a uno, ni le daré información a estos otros. Aquel que mete las narices en sus asuntos y deja en paz los de los demás, es el que menos problemas se encuentra. Sobre todo en estos tiempos. Así que, amigos, aquí cada poste que aguante con su vela.



A la hora tercia del día siguiente, Benavides y los suyos seguían todavía en pos del fugitivo. Habían registrado viviendas, graneros y establos en vano. Y aún hubiese perdido mucho más tiempo si un lugareño —por liviandad de lengua, amor al rey o por esa maldad del que disfruta con el mal ajeno, sin sacar provecho propio— no hubiese avisado a uno de los alguaciles de que el que buscaban había salido ya de la villa para cruzar el río.

Benavides acudió al prior de San Juan, en busca de caballos de refresco para su partida, y obtuvo lo mismo que Alvar de Castro, aunque eso jamás lo supo. Entonces, maldiciendo para sus adentros al prior, ordenó seguir tras el proscrito, a lomos de corceles cansados. Todos en su grupo montaban y se armaban a la ligera, para viajar más rápido, pero incluso los mejores caballos acusaban las horas de cabalgada, el calor y la falta de descanso.

Cruzaron el Duero bajo el sol de mediodía y no tardaron en descubrir pistas en la otra margen. Benavides contaba con un montero real, rastreador experto, que fue quien alertó sobre que Castro ya no viajaba solo, a tenor de las huellas de mula superpuestas a las del caballo de Castro. El alguacil mayor llegó a descabalar para examinar, perplejo, las impresiones en la tierra del camino. Luego ordenó seguir.

Tiempo después, Lope de Cañizares recordaría aquella jornada como ardua y fatigosa. Una tarde de cabalgar moderando el paso de los caballos, para no agotarles, mientras la luz les hería los ojos, los insectos acosaban, el polvo reseca narices y gargantas, y los metales recalentados quemaban al simple roce.

Dos juglares errantes que encontraron sentados a la vera del camino, a la sombra de unos árboles, les confirmaron que los fugitivos eran dos. Temerosos de aquellos oficiales ceñudos, con poder para colgar a quienes se cruzasen en su camino, fueron prolijos en explicaciones y apuntaron que, tal vez, aquellos dos viajeros se dirigiesen a



Morales.

Benavides condujo a su grupo con tiento, tratando de acortar distancias sin reventar a los caballos; pero igual de expertos se mostraron los perseguidos, a juzgar por el paso de sus monturas, reflejado en las huellas que iban dejando. El alguacil mayor no dejaba de pensar en el misterio del segundo hombre y, esa noche, sentado junto a una lumbre de ramas, masticando un poco de tocino y pan negro, le había dado más vueltas a la cuestión.

Algo era seguro: tanto Castro como Morán habían dejado atrás a todos los suyos. El propio Benavides les había dado alcance a unas leguas de Medina del Campo, hecho presos y puesto bajo custodia de algunos de sus alguaciles, antes de seguir en pos de los dos caballeros fugitivos.

—¿No será Alvar Morán? —se preguntó, en voz alta.

—Ese tomó el camino de Salamanca —rebatió Lope de Cañizares, que permanecía de pie, observando el fuego.

—Eso dijeron sus hombres —gruñó Gómez Fojas, un canalla metido a alguacil; un sujeto flaco, sombrío, con la cara picada de viruelas—. Tal vez nos mintieron.

—Lo dudo. —Cañizares negó despacio con la cabeza—. Además, ¿por qué iba a cambiar caballo por mula?

—Quizá porque el caballo ya no podía dar un paso. —Benavides se acarició el mentón.

—Eso es. Puede que Morán cambiase de opinión y de montura, y que se volviera para reunirse con Castro —se empecinó Fojas.

—¿Con qué motivo? ¿Y por qué camino? —Cañizares seguía meneando la cabeza—. No creo que conozca tan bien esta zona.

—Ya lo descubriremos cuando les echemos mano —rezongó Benavides—. Si es Morán, caerán dos pájaros en la misma red. Y si no, ya nos ocuparemos a su tiempo de él. Ahora, hay que dar alcance a Castro.

Llegaron a Morales a la hora sexta, a pie, con los corceles de las riendas. Tan cansados los tenían, que los llevaron a abrevar, antes de nada; luego, Benavides despachó a un par de hombres, a indagar. Aún estaba él atendiendo a su montura cuando uno de ellos volvió ligero, la espada envainada en la mano y el manto de viaje aleteando en el aire caliente.

—Castro ha pasado por aquí, guardado por un hidalgo. Se detuvieron lo preciso para abrevar a los caballos y refrescarse un poco.

—¿Hace mucho?

—Se han ido justo antes de entrar nosotros.

Benavides apretó los labios. Pasó la palma de la mano por el lomo de su caballo y se quitó el sombrero, adornado con una única pluma de faisán, para secarse el sudor de la frente. Cañizares, jubón negro y la cabeza cubierta con el capuchón, habló, adivinando lo que se le pasaba por la cabeza al alguacil mayor.

—Los caballos no pueden dar un paso más. Nada ganaremos reventándolos.

Benavides se pasó los dedos por el cabello, antes de asentir, hosco.

—Le tenemos tan cerca...

Castro contaba con la ventaja de un caballo magnífico, que le había regalado María de Portugal, a sabiendas de que era un fugitivo. Benavides se preguntaba cuál sería la reacción de don Pedro al conocer tal extremo. Además de casta, la montura de Castro gozaba de la ventaja de una menor fatiga, ya que no había tenido que hacer tantas leguas. Los corceles de los alguaciles llevaban cabalgando desde Olmedo, en tanto que el del proscrito había salido de Medina del Campo y, en cuanto a la mula del hidalgo que le guardaba, estaba más fresca y, aunque menos veloz, era más resistente.

Paseó la mirada alrededor, exasperado. Morales era una población agrícola, en mitad de una planicie, dedicada a cultivos de secano. A esas horas, el calor era sofocante, las sombras cortas, las moscas muchas y el polvo cubría como sudario el lugar. Nada se movía. No soplaban brizna de aire, perros y gatos dormitaban a la sombra, las moradas estaban cerradas y parecía como si todos los lugareños se hubiesen echado a dormir la siesta.

Se quitó de nuevo el sombrero, para volver a enjugarse el sudor. Ganas le dieron de tirarlo al suelo y pisotearlo, para descargar así su rabia. Posó los ojos en la taberna, al otro lado de la plaza: una edificación de tapial, con un establo anejo que era poco más que un cobertizo tosco de ramas. A la sombra del mismo, distinguió a tres jacas de buena estampa. Requirió a Cañizares y Fojas, que eran los que tenía más a mano.

—Vamos a la taberna, a ver qué encontramos.

Cruzaron la plaza desierta, entre el polvo en suspensión. El portón del establecimiento estaba abierto hacia arriba, como una trampa, para dejar pasar la luz y el aire, a modo de toldo contra la solana. Tras el exterior ardiente y luminoso, aquel interior umbrío les dejó cegados por un momento y, mientras parpadeaban, notaron cómo las conversaciones decaían de forma brusca. Tanto, que Cañizares casi puso mano a la espada. Pero no había nada que temer allí.

La taberna de Morales era espaciosa y humilde. Suelo de tierra, cubierto en parte con paja seca. Vigas vistas, columnas toscas de madera, techos bajos, negros por el humo de los candiles. En una esquina, tinajas de vino, la mesa con las pesas y medidas, y el mostrador para despacho de licores. El resto de la sala para mesas y banquillos, ahora ocupados en buena parte. Y al fondo, una puerta que debía dar a la bodega y la cocina, y puede que a una segunda sala con algunas camas.

La taberna estaba casi llena. Era la hora de la comida y hombres de catadura diversa despachaban su pitanza; estofado, a juzgar por el olor que flotaba mezclado con el de vino y sudor. Había allí viajeros, peregrinos, buhoneros, trabajadores de alquerías cercanas; todos ellos observando ahora con cautela a los recién llegados, fáciles de reconocer como alguaciles reales.

El patrón, al advertir la categoría del hombre que los dirigía, se apuró a salir a darle la bienvenida. Benavides correspondió distraído, no por soberbia, sino porque

tenía la cabeza en otros temas. Cañizares sí que le prestó más de atención y, como seguía con la capucha puesta, logró ponerle nervioso. Encajaba en el tópico del tabernero harapiento, panzudo y sucio, tan retratado en cantares burlescos. Si cuadraba del todo, entonces debía ser también de dedos largos, negocios dudosos, y pesas trucadas.

Hacía bastante fresco ahí dentro, aunque no oliese nada bien, y Benavides se percató, de golpe, de cuán sediento estaba tras aquella larga cabalgata.

—Dos jarras de vino blanco —pidió con aspereza—. Y cuida de que no se cuele mezcla de vinos.

—Pero ¿qué decís, señor? Esto es una casa honrada.

—Mejor para todos.

—¿Vais a comer?

—No nos vendría mal llenar algo la panza. ¿Qué tenemos? ¿Estofado?

—De vaca. Acomodaos donde más os guste.

Fojas había puesto sus ojos ruines en el mostrador, en algo de caza menor —aves y conejos— que reposaban sobre el tablero, sin desplumar ni desollar. Era como si las hubiesen depositado ahí hacía nada, en espera de que algún mozo las retirase.

—¿Y esas piezas? Las habrás adquirido según ley, ¿no?

—Claro que sí.

El patrón se mostraba tranquilo, pero no como los inocentes, sino como los acostumbrados a apuros así. Benavides le lanzó una mirada de través.

—No tenemos tiempo para infracciones —advirtió a Fojas. Se había fijado en que los ojos del patrón, a la mención de las piezas de caza, se le habían ido primero al mostrador y luego, por un latido, a tres hombres que compartían un jarro de vino en mesa aparte.

Prendas cómodas, verdes y marrones, cuchillos al cinto, sombreros emplumados, aljabas y arcos, ahora apoyados contra la pared. Cazadores, sin duda alguna. Tal vez los mismos que habían vendido esas piezas al tabernero. Bebían y conversaban en voz baja, al parecer indiferentes a la presencia de los alguaciles. Benavides se acercó a su mesa y los tres se pusieron en pie, no amedrentados, sino por cortesía. Uno era grande de cuerpo y socarrón de gesto. Los otros dos tenían aire de familia, aunque uno era alto y el otro bajo. Detalles en los atuendos daban a entender que los tres eran hidalgos.

Benavides se presentó y los cazadores correspondieron: el primero dijo llamarse Alvar Osorio; sus dos compañeros eran los hermanos Juan y Alfonso de la Plata. Osorio llevaba la voz cantante y Benavides sospechó que eso habían convenido hacía un momento, en voz baja, al ver que se fijaba en ellos.

—Esas tres jacas de ahí fuera, ¿son vuestras?

—Así es.

—Buenas caballerías. ¿Habéis estado de caza? —Clavó la mirada en los arcos y luego de pasada, pero con intención, sobre las aves y conejos del mostrador.

Asintieron los tres a una, sin mudar de gesto o mirar a esa esquina. Benavides suspiró. La atmósfera interior, aunque fresca, era espesa, cargada de olores, y había muchas moscas. A la puerta, varios alguaciles se pasaban el jarro de vino blanco, desentendidos al parecer de lo que ocurría dentro. El alguacil mayor se inclinó hacia aquellos tres, para hablarles en susurros.

—Tendréis los permisos de caza debidos.

—Por supuesto.

—¿Y no hubo suerte? —Ahora había un punto de sarcasmo en su voz.

—Ninguna. —Osorio se encogió de hombros, inmutable—. Hay días y días, y el de hoy no fue bueno.

—Ya. Bueno, no te apures, amigo. Para que no os volváis a casa con las manos vacías, os voy a encargar la caza de una pieza bien especial.

—¿Qué pieza, señor? —Juan de la Plata intervino por primera vez.

—Un pájaro de plumas nobles y alas veloces, al que vengo persiguiendo desde Olmedo. No hemos parado y ya podéis suponer el estado de nuestros caballos, después de tantas leguas. El que perseguimos acaba de pasar por Morales; pero se nos va a escapar, porque nuestras monturas no pueden ya dar un paso.

—La suya tiene que estar igual de cansada.

—Consiguió remonta en Medina del Campo: un caballo con sangre árabe, y ya sabéis lo resistentes que son éstos.

—¿Y qué esperas de nosotros? —medió Osorio.

—Vuestras jacas están frescas y, como es el rey quien ordena prender a ese fugitivo, ahora yo, en su nombre, os mando ensillar, perseguirlo y prenderlo.

—¿Cómo se llama?

—Alvar de Castro.

—¿Y de qué se le acusa?

—De traición al rey.

—Ya. Pero ¿qué traición ha cometido?

—Amigo Osorio, no nos estamos entendiendo. Si el rey dice que alguien es traidor, eso ha de bastar a cualquier hombre leal —manifestó Benavides, con una rudeza reflejo, en realidad, de su incomodidad.

Los tres cazadores cruzaron miradas.

—¿Viaja solo? —Osorio, que ya no sonreía, apartó a una mosca de un manotazo.

—Le acompaña otro hombre, cuya identidad ignoro, enmula.

—Y los dos armados, supongo. Eso hace tres contra dos, y nosotros no llevamos espadas ni armas de guerra.

—Conocéis el terreno, tenéis arcos y seguro que sabéis usarlos bien. Estas tierras dan buenos arqueros. Podéis prenderle... a no ser que os neguéis a este servicio al rey.

—Dios nos libre hasta del pensamiento —replicó, con acritud, Juan de la Plata—. Donde el rey manda, sus súbditos obedecen.

Hubo un silencio incómodo, roto por Benavides, en tono más conciliador.

—Oíd. No os pediría esto de tener otra alternativa. Os ruego que acabéis el vino lo antes posible, y que aplacéis cualquier negocio pendiente en Morales. Os compensaré por ello. Pero salid en persecución de Alvar de Castro ya. Nosotros nos quedaremos aquí, hasta que descansen nuestros caballos.

La aparición de tres arqueros petrificó a Alvar de Castro durante unos latidos, porque surgieron como fantasmas, de entre las luces y sombras de la arboleda a la vera del camino. Ropas de caza, ojos alertas, arcos con flechas montadas. Actitudes relajadas, pero manteniéndose a varios pasos.

Era ya casi hora de vísperas y el sol declinaba en el cielo, sin que por eso remitiera el calor. El caballo de Castro estaba más cansado de lo que Benavides suponía y, por eso, los dos hidalgos gallegos iban a pie, con las monturas de las riendas y sin gastar casi saliva, ya que el joven Castro acusaba esas jornadas de huida, tensión y falta de sueño, y se tenía de puro milagro. No en vano, los días previos a ese viaje calamitoso a Olmedo fueron ya de incertidumbre y desvelos, sin saber muy bien qué le esperaba cuando llegase a presencia del rey.

Algún comentario había hecho al respecto, a Alfonso de Lira, sin poder contener la bilis.

—Fue el propio don Pedro quien me puso al servicio de Alburquerque. Sólo hice lo que me mandaba y, en pago, ya ves que he recibido: tener que huir para salvar la vida.

—Los poderosos no reparan en los que son menos que ellos. Los ven como piezas de ajedrez, sacrificables para ganar el juego; hormigas a las que pisan si son demasiado molestas —repuso Lira.

Caminaba más entero que aquel a quien guardaba; no sólo por estar más descansado, sino porque su natural cachazudo le protegía de esos temores que socavan los menos templados. Como andaba por aquellos pagos desde hacía tiempo, pudo guiar al hermano de su antiguo señor por sendas sólo conocidas por los lugareños, hasta salir al camino que iba de Toro a Medina de Rioseco. Siguiéndolo hacia el norte, se llegaba al castillo de Tiedra, donde Castro esperaba encontrar refugio y un caballo con el que llegar hasta Alburquerque.

Casi no corría aire y, cuando lo hacía, era en forma de brisa seca y ardiente. No se cruzaron con nadie en todo el viaje. A veces, se oía el grito de un ave en pleno vuelo, o el crepitar de maleza al deslizarse una culebra. Cantaban las chicharras, y las moscas hostigaban a hombres y bestias. Los primeros habían renunciado ya a librarse de ella y las segundas agitaban el rabo a cada pocos pasos.

Estaban llegando a aquel grupo de olmos que sombreaba el camino, cuando Lira rompió su mutismo.

—Don Alvar. No podremos llegar a Tiedra antes de la caída del sol y creo que sería imprudente viajar de noche. Podemos seguir hasta que oscurezca y acampar, o bien desviarnos. Hay una alquería no lejos, donde podemos conseguir cena y cama.

Estaba el caballero sopesando las opciones cuando aquellos tres hombres salieron

de la nada, como espectros al sol. Tras el primer sobresalto, había puesto despacio la mano sobre el pomo de la espada, no para desenvainarla, sino como muestra de que no iba a dejarse prender. En cuanto a Alfonso de Lira, había ladeado la cabeza.

—Alvar Osorio y los hermanos de la Plata —anunció, calmoso—. ¿Qué negocio os trae por aquí, a estas horas?

—Ninguno de nuestro gusto, créeme —sonrió Osorio—. Don Juan Alfonso de Benavides, alguacil mayor del rey, invocando la autoridad de este último, nos ha mandado a perseguiros y prenderos.

La diestra de Castro se cerró sobre la espada, ahora sí presto a usarla; pero Osorio le contuvo con una voz.

—Espera, don. No he dicho que tengamos intención de cumplir con ese mandato.

El caballero fugitivo, la mano aún en la empuñadura, observó desconcertado a los cazadores. Se sentía algo mareado, por el calor y la sed, y sentía el sudor correr en regatos por el cuerpo.

—Oigamos qué tiene que decir —le aconsejó Lira—. Conozco a estos hombres y son hombres de bien.

—¿Por qué desobedecer una orden real? —Apartó despacio la mano.

—Lo hemos hablado entre nosotros —contestó Alfonso de la Plata; el más bajo de los dos hermanos—. Benavides no precisó de qué se te acusa y ya ha habido demasiadas muertes injustas, en los últimos tiempos. No queremos ser cómplices de otra más.

—O exponéis a ser ajusticiados. Benavides no se anda con chiquitas.

—Para eso, habrá de enterarse de que os hemos dejado escapar —repuso Osorio, con sonrisa truculenta—. ¿Qué planes teníais?

—Íbamos a Tiedra —se franqueó Castro.

—Eso suponía Benavides... os lo desaconsejo.

—¿Por qué?

—Porque es meterse en una ratonera. Benavides os dará alcance: tiene gran empeño en prenderte, supongo que para complacer al rey. Si entráis en Tiedra, convocará a mesnadas de señores y milicias concejiles, en nombre del rey. Os atraparé y he de informarte que, entre sus alguaciles, hay más de un ejecutor. No digo más.

Castro se quitó el sombrero, adornado con una pluma roja, y se pasó la mano por el cabello, apelmazado de sudor.

—¿Qué nos sugerís?

—Dicen que Alburquerque está en el castillo de Castrotorafe. Podemos mostraros una senda que sólo conocemos los de la tierra y que os llevará rápido hasta allí.

Alvar de Castro se paseó de nuevo los dedos por los cabellos húmedos. Alfonso de la Plata retiró con calma la flecha y la devolvió a la aljaba, antes de liberar la cuerda, para no tener el arco tenso más tiempo del preciso. Su hermano y Osorio le imitaron. Era un gesto de amistad. Lira se volvió hacia Alvar de Castro.

—Lo que dicen es acertado.

—Supongo que sí. —Se encasquetó el sombrero—. Pero ¿y vosotros?

—Os mostraremos la senda. Luego cubriremos vuestras huellas y falsearemos rastros. Con Benavides viene un montero real y éstos son difíciles de engañar.

—¿Seguro que no corréis peligro?

—Ninguno, si contamos con vuestra discreción.

—Con ella y con mi gratitud eterna.

—No perdamos, pues, más tiempo. Tal vez Benavides consiga caballos frescos y, a cada instante, aumenta el riesgo de que alguien nos vea juntos. Y entonces si que nos vamos a ver nosotros en serios problemas.

La reina Blanca fue recibiendo, en forma deslavazada, noticias sobre las distintas etapas que jalonaron la fuga del caballero Alvar de Castro hacia el noroeste. Informaciones de tercera o cuarta mano, incompletas, a veces contradictorias, de labios de aquellos que la visitaban en Medina del Campo, arriesgándose al disgusto del rey. Gracias a esos leales, también iba conociendo las acciones políticas y armadas del rey don Pedro y sus adversarios.

A Blanca, lo ocurrido en Castilla durante ese verano largo y ardiente, que tan lleno de epidemias estuvo, le recordaba los movimientos de apertura en el ajedrez. Esa fase primera en la que los jugadores, cautos, desplazan sus piezas por el tablero, más para ocupar casillas ventajosas que buscando el choque directo.

Ella misma, pese a su corona de reina, se sentía peón en esa partida: llevada, de una casilla a otra, por estrategias que no eran las suyas, sin poder decidir a dónde ir o qué hacer. El rey don Pedro, aunque ocupado en afianzar su poder y menguar el de sus enemigos, no se había olvidado de ella. Máxime cuando era consciente de que Medina del Campo se había convertido en una corte, a la que acudían caballeros y enviados de concejos, a rendir homenaje y, en muchos casos, conferenciar con las tres reinas.

Al parecer, don Pedro, alertado por sus agentes, se sentía cada vez más inquieto y decidió a cortar eso de raíz. Demasiado bien sabía lo valiosa que podía llegar a ser la figura de su esposa, a la hora de legitimar una posible rebelión.

A finales de agosto, oficiales del rey se presentaron en Medina del Campo con órdenes concretas: la reina debía abandonar la villa, para dirigirse más al sur, a Arévalo, donde fijaría su residencia hasta que don Pedro decidiera otra cosa. Un traslado que, a primera vista, parecía mejorar la situación de doña Blanca, puesto que la situaba en una villa de la que era señora, por los pactos matrimoniales de París. Pero, puesto que andaba escasa de vasallos y hombres de armas, en la práctica lo empeoraba todo, porque la alejaba de María de Portugal.

Blanca llegó a Arévalo en los últimos días del mes, con sus damas, domésticos y una escolta que más bien parecían carceleros. No le sorprendió que fuese plaza muy fuerte, difícil de conquistar, gracias a estar en terreno alto, en la confluencia de dos ríos que hacían de foso natural para el castillo. Había ya constatado que, en aquel reino montañoso y guerrero al que le había enviado su suerte, los asentamientos humanos, sobre todo los más antiguos, se habían hecho aprovechando cualquier ventaja que el terreno pudiese ofrecer.



Arévalo, una de esas poblaciones viejas, estaba dividida en tres barrios bien diferenciados. El castillo, fuerte, de fácil defensa, asomado a la confluencia de los ríos Arevalillo y Adaja. La villa propiamente dicha, que era la parte más poblada y antigua, dentro del perímetro de las murallas. Y el Arrabal, que había crecido extramuros, de forma caótica, hasta formar casi una segunda villa y convertirse en la zona más comercial y populosa.

El concejo, los hidalgos, los clérigos, el pueblo llano, todos recibieron a doña Blanca con grandes muestras de respeto y ella no dejó de advertir, sorprendida, que algunas gentes humildes la miraban casi con veneración, como a uno de sus santos. Mientras atravesaban, sobre mulas de jaeces ricos, las calles del Arrabal, rumbo a las puertas de la muralla, tanto ella como sus damas no pudieron por menos que reparar en cómo las ancianas la bendecían, y en cómo algunos personajes barbudos, de hábitos desastrados, enarbolaban grandes crucifijos a su paso y le hacían la señal de la cruz. Más tarde, Leonor de Saldaña habría de explicarle hasta qué punto habían proliferado predicadores y milagrosos en esos reinos castigados por las plagas, el hambre y la guerra.

Pero, pese a tanta demostración, Blanca no sintió sino gran desasosiego al instalarse en el castillo de Arévalo, consciente de que don Pedro había ido separándola, uno a uno, de todos sus valedores, incluyendo a María de Portugal. Soldados y sirvientes parecían tener órdenes de no dejar que nadie llegase a su presencia, fuese cual fuese el motivo, y los nuevos oficiales de su Casa —dirigidos por el obispo de Segovia, Pedro Gudiel, y el caballero toledano Tel Palomeque— estaban para servir a los intereses del rey, y no los suyos. Estaba claro que don Pedro quería evitar, a toda costa, que se repitiese lo ocurrido en Medina del Campo.

Ya antes había alejado a los hidalgos castellanos afectos a ella. A unos los hizo despedir y a otros los apartó dándoles otros oficios o cometidos. Y empero, pese a todas las trabas, doña Blanca siguió recibiendo noticias de qué ocurría en Castilla. No en vano Leonor de Saldaña había seguido con ella, como aya, y era mujer con parentela y amigos de peso, y gracias a ellos pudieron seguir teniendo algún contacto con el exterior.

Así supieron que Alvar de Castro había logrado despistar a los alguaciles, no sin grandes fatigas, y llegar al castillo de Castrotorafe, donde estaba Alburquerque con muchas compañías de armas. El episodio tuvo consecuencias graves, ya que el antiguo canciller, tras oír el relato de Castro, llegó a la conclusión de que el rey ni obraba de buena fe ni pensaba respetar lo acordado. Eso se decía, al menos, que manifestó en voz alta, ante varios testigos.

Tras consultar con los suyos, se volvió a Carvajales; aunque no por mucho tiempo. Desanimado de llegar a acuerdos amistosos con el rey, cruzó la frontera y se refugió en Portugal, pesaroso de haber entregado a su único hijo legítimo como rehén a un monarca sin palabra. Alvar de Castro también se fue a Portugal, ya que su hermana Inés estaba casada con el príncipe Pedro, y, por lo que se sabía, fue recibido

con todos los honores.

Pero no eran esas todas las noticias. Los Padilla seguían su ascenso, acaparando, progresivamente, más cargos y poder. Don Pedro parecía atado a la voluntad de su amante y corrían chismes y coplas sobre hechizos; aunque también se decía que ella, a su vez, no era sino un instrumento en manos de sus parientes. El rey había hecho nombrar a su hermano bastardo, Juan de Villagera, comendador de la Orden de Santiago en Castilla, y estaba cesando a todos los oficiales de su Casa relacionados con Alburquerque, para poner en su lugar a hombres de los Padilla.

A cada nueva que les llegaba, Blanca sentía que se esfumaba todavía más la posibilidad de concordia con el rey. Y, cada día con más fuerza, lo único que deseaba era que éste, ocupado en sus pugnas con la gran nobleza, se olvidase de ella y la dejase tranquila en Arévalo.



Pero el rey don Pedro no se había olvidado de su esposa; antes al contrario, ella era una de sus mayores preocupaciones. No dejaba de recordar los avisos de sus consejeros acerca de la legitimidad que Blanca de Borbón podía dar a la rebelión de Alburquerque, y no pasaba día que no diese mil vueltas al asunto. Cierta noche, a solas con María de Padilla, depositaría como nadie de sus esperanzas y temores, había expresado en voz alta lo que tenía en la cabeza.

—Hay que hacer algo con esa mujer.

—¿A qué te refieres? —María se volvió a medias en el lecho, sabiendo de sobra de quién hablaba Pedro. Por algún motivo, él nunca llamaba a su esposa por su nombre, sino que se refería a ella como a «esa mujer», y a menudo incluso, al sacarla a discusión, hablaba de forma indirecta, evitando el *yo*, como si así se alejase aún más de ella.

—Hacer. Hacer algo. Es un peligro.

—Pero si está en Arévalo, vigilada. ¿Qué peligro puede suponer?

Pedro no contestó. Se quedó bocarriba, ceñudo, los ojos puestos en el cielorraso en sombras, y María, que le conocía tan bien, no añadió nada. Observó la boca ahora prieta del monarca, las sombras que danzaban sobre su rostro, al resplandor de la única vela encendida en la estancia. Yacían juntos en una habitación remota, en uno de los recovecos del Alcázar de Sevilla, alejados de todo y todos. Era ya bien de madrugada, porque la primera de las velas de vigilia estaba casi consumida. En el exterior, rugía la lluvia, en forma de chaparrón de gota gruesa.

—Pedro —insistió luego ella—. No hay nada que temer de la reina...

—No la llares así.

—Como quieras. Lo que importa es que doña Blanca está en Arévalo, bajo

custodia de hombres de fiar. ¿No?

Pedro, los ojos puestos aún en lo alto, hubo de asentir a disgusto porque, después de todo, él en persona había elegido a los oficiales de la Casa de la reina.

—Aun así, es un peligro.

—¿Por qué?

—Tu tío me lo ha advertido en muchas ocasiones. Esa mujer puede dar a Alburquerque la excusa perfecta para alzarse en armas. Erigirse, a ojos del reino, en paladín de una reina tratada de forma injusta...

—Alburquerque está en Portugal. ¿Cómo podrían reunirse? Él no puede llegar a Arévalo, ni ella soñar con salir de allí sin tu consentimiento.

—No hace falta que estén juntos para que él levante bandera por ella. —Guardó silencio largo rato, rumiando ideas aciagas. Cuando volvió a hablar, lo hizo con la mirada todavía en el techo—. Mientras esa mujer viva, será un peligro.

María se revolvió en la cama con tanta furia —como si la hubiesen tocado con un hierro al rojo— que Pedro se sobresaltó. Se inclinó sobre él, los cabellos negros sueltos y los ojos oscuros buscando, en la penumbra, los grises del rey.

—¿De qué estas hablando? ¿A dónde quieres llegar?

Pedro, hecho a las maneras sumisas de su amante, se había quedado desconcertado. La observó intranquilo, con disimulo, el rostro de ella sobre el suyo, a unos dedos.

—Sólo digo una verdad.

Los ojos de María echaban fuego al chisporrotear de la vela.

—Pedro. —Su voz era suave, aunque esa suavidad le recordó a él la de un filo aguzado al abrir las carnes—. No vas a levantar un dedo contra doña Blanca.

Él no respondió.

—Pedro —insistió ella, recalcando cada palabra—: No-vas-a-causar-daño-ninguno-la-reina. No.

Se quedaron mirándose: los ojos de María ardiendo y los de Pedro como nublados. El resplandor de la vela temblaba, olía a las hierbas aromáticas del pebetero y, fuera, resonaba el chaparrón.

—De acuerdo —acabó por ceder él, al cabo.

—Dame tu palabra.

—No sé por qué te tomas esto tan a pecho —quiso quitar él hierro.

—Blanca es tu esposa, te guste o no. La reina de Castilla —aclaró, sin cuidar del gesto de desagrado de su amante—. Lo es, Pedro. Ella no eligió serlo.

—Tampoco lo elegí yo. Otros me llevaron a ello.

—Escucha. —Paseó las uñas por su pecho—. Si le causas daño, ofenderás a Dios e irritarás al reino. Altos y bajos pondrán el grito en el cielo y doña Blanca se convertirá en una mártir, a ojos de todos.

—Quizá tengas razón —admitió a disgusto.

—Dame tu palabra, Pedro.

—De acuerdo. La tienes. Esa mujer no sufrirá daño alguno por mi parte.

La vela daba chispazos, próxima a apagarse, mientras fuera aún llovía a cántaros. María cruzó desnuda la estancia para encender la segunda vela de vigilia con la llama de la primera. Allí, de pie, descalza, mientras se cercioraba de que prendía y no se ahogaba con la cera fundida, sintió un escalofrío. Puede que fuese culpa de la conversación reciente, o por el sonido de la lluvia; o tal vez por el frío que se colaba por las paredes, pese a los tapices y el brasero encendido.

Regresó estremecida a la cama y Pedro, al sentirlo, la abrazó bajo las sábanas.

—¿Te ocurre algo?

—Me ha entrado frío. Hay demasiada humedad aquí.

—Sí —murmuró—. Está calando en los muros. ¿Cuántos días lleva lloviendo?

Diluviaba sobre Sevilla desde septiembre, como pocas veces se recordaba. Lloviznas alternas con aguaceros que habían anegado callejas, patios, plazuelas, y hecho que las lagunas que aún existían dentro de la ciudad se desbordasen para anegar barriadas enteras. Toda la ciudad era un lodazal en el que chapoteaban hombres y bestias, con el fango a los tobillos.

—¿Es verdad que el concejo piensa cerrar las puertas del río y calafatearlas?

—Ya está decidido. Hay riesgo de que el río se desborde y, si no se toman ahora medidas, y se inunda Sevilla, será un desastre. —La estrechó aún más, al sentir que tiritaba—. En cuanto a la humedad, es culpa del alcázar. Es viejo y no me gusta nada. No está en las debidas condiciones. Aquí vivíamos mi madre y yo, y mi padre no se ocupó de él para nada. Pero, en cuanto tenga tiempo, voy a reunir a los mejores arquitectos y alarifes, y voy a hacer que lo rehagan de arriba abajo.

# 19

Por mucho que fatigase el cuerpo con ayunos y trabajos, el sueño le rehuía muchas noches y él, harto de dar vueltas en el jergón, abandonaba su celda para, con el consentimiento del prior, que sabía de sus pecados y cuitas, ir a la capilla y o a un rincón del huerto, a velar rezando. Murmurar oraciones y rodar las cuentas del rosario era lo único que le sosegaba en las horas malas. Contenían el bullir de pensamientos en su cabeza, le serenaban el alma e incluso en ocasiones, sólo en ocasiones, lograban devolverle el sueño.

Durante esas horas en vela lo encontró —en el huerto, rezando— aquel encapotado que tuvo la osadía de escalar la tapia del convento, pasada ya la medianoche. Aunque mejor sería decir que se toparon ambos.

Había dejado de llover esa noche, las nubes abierto algo, y la luna, colgada sobre los tejados de Sevilla, se reflejaba en los charcos. La ciudad dormía, el vergel estaba lleno de claroscuros lunares y todo era silencio en el convento. No había luces encendidas ni más sonidos que el murmullo de follajes, agitados por la brisa nocturna. A veces, un perro ladraba a lo lejos.

El intruso salvó con facilidad las tapias del convento, que eran viejas y bajas. Parecía joven, en forma física, vestía de oscuro, con capa y capuchón de pico largo. Se descolgó con sigilo, para quedarse luego inmóvil, a pie de muro, como si quisiera orientarse en aquel laberinto vegetal, al claro de la luna. Pero, antes de que pudiera decidir algo, un recrujir de tierra bajo sandalias le hizo girar con presteza.

De las sombras bajo unos árboles frutales, salió un fraile alto y recio, flaco más por la dieta del convento que por constitución. No era ya joven, todavía tampoco viejo. Había algunas canas en sus cabellos castaños, cortados a con tonsura. En cuanto al rostro, era como si todas las emociones humanas hubieran dejado su marca al pasar: la risa en arruguitas junto a los ojos, la cólera en surcos en el entrecejo, el desencanto en pliegues amargos en las comisuras de la boca. Señales de vida todas que no le avejentaban y, sin embargo, le daban una expresividad tremenda.

Se detuvo al borde de las sombras, con su hábito pardo y sandalias recias, un rosario oscilando, colgante de la muñeca izquierda, sin dar muestras de temor. Parecía más bien intrigado por el intruso de gran estatura y ropas negras, que ocultaba el rostro en la hondura de un capuchón. Fue el fraile quien rompió el silencio, luego de un rato de inmovilidad y escrutinio mutuo.

—Buenas noches, desconocido —le saludó con voz serena—. Si venías huyendo, ya estás a salvo. Seas culpable o inocente, esto es suelo sagrado y la justicia humana no

puede tocarte. Pero, si has entrado con ánimo de robar, desiste. El convento es pobre, poco hay de valor, y robar en la casa de Dios es pecado mortal.

El encapuchado se apartó despacio de la tapia y, sólo entonces, advirtió el fraile que cargaba un fardo a la espalda.

—No busco cálices ni cruces, descuida. —Era de voz cultivada y, como muchos sevillanos, ceceaba un poco—. Vengo buscando a un hombre y creo que he dado con él a la primera.

—No sé quién eres. Tampoco a quién buscas, o por qué. —El fraile meneó despacio la cabeza—. Pero, cuando alguien toma los hábitos, su pasado queda atrás.

—No me interesa tu pasado. Lo cierto es que sé tan poco de ti que ignoro hasta tu nombre.

—Los nombres también quedan atrás.

—Hace unos días, alguien te vio mientras traías agua al convento. Tu cara le era familiar y, más tarde cayó en la cuenta de haberte conocido años atrás, cuando ejercías las armas.

—Soy hombre de Dios. ¿O no ves mis hábitos?

—Ahora serás fraile lego, pero hace años eras alguien bien distinto. El que te vio, aunque no recuerda cómo te llamabas, afirma que jamás conoció a alguien más hábil con la espada. Y eso es un gran elogio, porque me consta que ese hombre, cuyo nombre callaré, ha conocido a grandes espadachines. Tanto alabó tu destreza que la historia llegó al fin a mis oídos. Y por eso estoy aquí. Para demostrar que soy mejor que tú con la espada.

—Acabáramos. —El fraile sonrió entre las sombras—. Si es por eso, pierde cuidado, hombre. No hacía falta que asaltases el convento. De buena gana te reconozco, aquí y ahora, que, sean cuales sean mis supuestas habilidades con la espada, tú las superas con holgura.

El capuchón ocultaba el rostro del intruso pero, a juzgar por su tono de voz, se tomó con humor la respuesta.

—Se nota que has sido de armas antes que fraile. Tu respuesta parece humilde pero, en realidad, es un desafío.

—Sólo soy un hermano lego. Procuro cultivar la humildad, Dios lo sabe. Pero me cuesta, me cuesta...

El encapuchado descolgó el fardo de su hombro, para desatar luego las correas y entreabrir el paño. Alzó a la luz de la luna dos espadas, en sus vainas, una en cada mano.

—Mira. Dos espadas gemelas, forjadas por un gran espadero granadino. Si sabes tanto de espadas como dicen, seguro que estarás familiarizado con las de este tipo.

Le arrojó la que tenía en la diestra. La espada envainada voló entre a los claroscuros y el fraile la atrapó con la mano izquierda, sin dejar caer el rosario. Curioso a su pesar, paseó los dedos por la empuñadura, echó una ojeada al resplandor de la luna. El intruso no mentía. Un arma primorosa, forjada por moros de Granada.

Estoque llamaban a esas espadas: filos rectos y guardas en U cerrada y no en cruz o media luna como las loberas. Aceros peligrosos para los poco hechos a blandirías, ya que esas guardas ofrecían protección escasa para la mano. La sopesó por instinto, apreciando su equilibrio.

—Magnífica espada —admitió con un susurro, al tiempo que las yemas de los dedos, como por su cuenta, revoloteaban sobre pomo y empuñadura—. Pero no tengo intención de usarla.

—Eso lo dejo a tu criterio. Escoge entre morir batiéndote o con los brazos bajos.

Y, sin más, el encapuchado desenvainó. Sólo entonces el fraile, al oír el susurro del metal sobre cuero, desnudó su hoja de un tirón.

Fue el entrechocar de hierros el que sacó a la congregación entera del sueño. El primero en acudir fue el hermano portero, con una lámpara de barro y luz trémula en la zurda, y un garrote nudoso en la diestra. Pero no tardaron en llegar los demás frailes, entre gritos y sonar de sandalias a la carrera sobre las baldosas. Legañosos, boquiabiertos, algunos asustados, se detuvieron ante el espectáculo insólito de dos hombres —uno encapuchado, el otro un hermano lego— que se batían a espada en el huerto.

Los lances del duelo les llevaban de un lado a otro, pisando matas, unas veces al claro de la luna y otras entre sombras, donde tiraban y paraban casi a ciegas, por instinto. No dejaban los pies quietos y las hojas se cruzaban, campanilleando. Ambos conocían los peligros de esas armas, máxime al luchar sin escudos, y los golpes eran sobre todo de tanteo, sin arriesgar más que lo justo.

Fuentes de chispas saltaban en la negrura y, a veces, un filo resbalaba sobre el otro, con chirrido enervante. Los contendientes no cambiaban palabras y sí golpes, uno sobre otro, ya que eran hombres fuertes. También hechos a duelos, y no de los cortes: tan marrulleros como sólo pueden serlo los que se han valido de hierros en más de una refriega callejera. Aparte de tajos y estocadas, se lanzaban zancadillas, codazos, puntapiés y plantillazos, buscando desequilibrar al contrario y abrirle la guardia.

Los frailes con algún conocimiento en armas observaban, atónitos, esa faceta hasta entonces desconocida del lego. ¿Qué podía haber causado ese duelo a espada en el vergel del convento? ¿Habría sorprendido el hermano a un ladrón? Pero ¿y de dónde había sacado la espada? Unos se arremolinaban desconcertados, otros pedían que alguien fuese a buscar a la ronda. El portero, repuesto de la sorpresa, se disponía ya a intervenir y a moler a garrotazos al intruso, con ayuda de un par de frailes recios que se habían hecho con palos, cuando apareció el prior del convento.

El venerable anciano, de barbas luengas blancas, llegó renqueando con un bastón, ya que tenía una pierna mala, que no hacía sino empeorar con el paso de los años. Y el prior ya sumaba muchos. Con voz severa, contuvo al portero y luego, en tono que no admitía réplica, mandó que la congregación se retirase a sus celdas.

Los frailes, sumisos o a disgusto, desorientados todos por igual, abandonaron el

huerto y, a quien quiso objetar, el prior no le dejó ni articular palabra, limitándose a zanzar el asunto con gesto seco. En apenas nada, en aquel huerto sólo quedaron el anciano y los dos contendientes, que seguían batiéndose a dos manos.

El duelo no tardó en concluir. Si se había alargado tanto era porque los dos eran tan hábiles como prudentes, y sobrados de fuerzas; pero los duelos a espada y sin escudo nunca duran en exceso.

Hasta donde pudo apreciar el prior, que nada sabía de esgrima, el encapuchado lanzó una estocada contra el hermano Gregorio, tratando de herirle en la ingle. Este, al tiempo que hurtaba el cuerpo, atrapó la hoja enemiga entre la suya propia y uno de los gavilanes de la guarda en U, para luego girar sobre la cadera, cargando el peso. La espada del encapuchado se quebró.

El intruso retrocedió a toda prisa, esquivando a duras penas un tajo que le tiró el fraile al cuello. Todavía con la espada rota en la diestra, de entre sus ropas oscuras, sacó con la zurda una broncha. El fraile, con la cautela del espadachín veterano, que no se fía en exceso de una ventaja, amagó varios golpes de espada, a dos manos, más para forzar al otro a recular que con intención de herir. El invasor, obligado a ceder, no tardó en verse acorralado contra la tapia del huerto.

—Bueno, bravucón. —El hermano Gregorio hablaba calmo, el rostro serio. La luna destellaba sobre la hoja de la espada, a cada gesto de las muñecas—. Espero que, al menos, hayas tenido la precaución de confesarte antes de venir a asaltar la casa de Dios.

—¡Alto! —El prior tendió una mano—. Pero ¿qué vas a hacer?

—Dar de su propio vino a este bellaco. Ha profanado suelo sagrado, con intenciones homicidas. Además, me ha pisoteado las matas de habas.

—No soy ningún bellaco. ¡Y al Diablo con tus habas! —Rugió el otro, sin cuidar de lo apurado de su situación—. Soy hombre de buena cuna y la lucha ha sido justa.

—¿Justa? —El fraile sonrió sin alegría—. Me has obligado a batirme contra mi voluntad, con un tipo de espada con la que no estoy familiarizado, yo a mano desnuda y tu bien provisto de guanteletes... curiosa idea tienes tú sobre qué es una lucha justa.

—Lo ha sido. Puede que algo desigual, pero justa. —El otro, el rostro oculto por los pliegues del capuchón, seguía en guardia, espada rota en una mano y cuchillo en la otra—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Me diste a elegir entre morir luchando o pasivo. Te ofrezco lo mismo; ni más ni menos.

Se adelantó un paso y, la espada a dos manos, le tiró una estocada al muslo. Su enemigo saltó atrás y a un lado, tratando de salir de la trampa que suponía estar contra la tapia.

—¡Aguarda! ¡No le dañes! —le exigió el prior—. Creo que este pecador es un hombre importante.

—Razón de más para que supiese que hay que respetar lo sagrado. Además, los



altos mueren con tanta facilidad como los bajos. Esa es una verdad que todo hombre aprende con rapidez, si llega a vivir lo bastante.

Sopesó el estoque granadino. Lo blandió a dos manos, al tiempo que medía distancias con los ojos, al claro de la luna, buscando la mejor forma de abatir a su enemigo, que a su vez debió pensar de que ahora sí estaba en situación de veras apurada.

—¡Alto! ¡Espera! —Con la diestra, se echó atrás la capucha, sin por eso soltar la espada rota—. ¿No me reconoces?

El hermano Gregorio contempló sin gran interés el rostro que surgió de las profundidades de la capucha. Uno joven, de rasgos duros, nariz aguileña y mentón firme, a un tiempo voluntarioso y soberbio, coronado por cabellos rubios. Respondió tras un par de latidos.

—Claro que te reconozco. ¿Cómo no iba hacerlo? Te llamas Muerto. Los muertos son la familia más numerosa que existe y, por la grandeza de algunos de los que la integran, la más ilustre de todas. Acabemos.

Volteó la espada, de forma que la hoja silbó entre las sombras. Pero el prior, apoyado en su bastón, le contuvo de nuevo:

—¡No lo hagas, es el rey!

—¿Qué? —El fraile, interrumpiendo su ataque, reculó dos pasos. Fijó su atención en el prior, sin dejar de vigilar al hombre de la espada rota. Ahora, por fin, sí parecía perplejo—. Pero ¿qué estás diciendo, venerable?

—Es el rey. Es don Pedro.

—¿De verdad no me habías reconocido? —El rubio, por su expresión, parecía igual de pasmado.

El fraile de la espada titubeó por primera vez, antes de apoyar el plano de la hoja sobre su hombro, para descansar el brazo.

—No salgo mucho del convento, señor, y, cuando lo hago, es para atender a los necesitados. No soy amigo de misas mayores, procesiones ni cabalgatas. Disculpad mi ignorancia. En todo caso, vuestra identidad no cambia nada.

—¿Cómo que no? —Pedro frunció el ceño, pese al apuro en que se hallaba—. ¿Te atreves a levantarme la mano, sabiendo quien soy?

—Vos os atrevisteis a invadir suelo sagrado, y aquí manda Dios, no vos. En cuanto a mí, navarro soy, y de sangre de reyes. No sois mi señor natural, ni os debo nada.

—Pero a mí sí —medió ahora, con suavidad, el viejo prior—. Me debes obediencia y te estoy pidiendo que le respetes la vida.

El hermano Gregorio suspiró, como con cansancio repentino. La espada aún sobre el hombro, retrocedió otro paso.

—Siempre he sido obediente, venerable. Bien sabes lo mucho que me he esforzado en ser humilde y servir a Dios.

—Lo sé.

—Te obedezco, como siempre lo he hecho. Lo consideraré una penitencia justa,

por mis viejos pecados. —Se encaró con el rey—. Pero, aun así, os he vencido en lid que vos definís como justa, así que deponed las armas, señor.

—Es de justicia. —Sin más ceremonia, don Pedro arrojó espada rota y broncha a las plantas del huerto—. ¿Y ahora qué?

—Sois mi prisionero. Os exijo un rescate.

—Acabáramos. —Pedro sonrió altanero en la penumbra lunar—. De buena gana. Fija tú mismo la suma, que se te pagará sin rechistar.

—No tan rápido. No quiero oro —replicó el otro, con altivez impropia de fraile.

—¿Qué entonces?

—Dijisteis que alguien me reconoció mientras traía agua al convento, del río. No me extraña. Este convento está apartado de la ribera y tiene mal pozo. Nos pasamos todo el santo día yendo y viniendo, acarreando agua para beber, cocinar, lavar, regar, asearnos...

—¿Y a mí qué?

—En justo rescate, os emplazo a que mandéis carpinteros y alarifes, para que nos construyan una buena conducción de agua desde el río.

El prior se quedó mirando estupefacto al lego, en tanto que don Pedro se pasaba una mano por los cabellos rubios, desconcertado.

—Sea —aceptó, atónito—. Te doy mi palabra de que este convento tendrá agua, en abundancia, lo antes posible.

Ninguno pronunció palabra ni hizo gesto después de eso, hasta que habló de nuevo el hermano lego, con el plano de la espada aún sobre el hombro.

—Entonces, con la venia de mi superior, y la vuestra propia, por supuesto, me gustaría volver a mis plegarias.

—Claro. —Pedro asintió serio. Se veía que lo insólito de la situación le había desarmado aún más que la esgrima del fraile—. Y yo me voy: vine a comprobar si eras tan bueno con la espada como decían... y por Dios que no exageraban.

Se dio la vuelta, ignorando al prior, con intención de saltar otra vez la tapia, pero le contuvo una voz del hermano Gregorio. Volvió el rostro. El lego había recogido la funda del estoque, caída entre surcos. Envainó y la hoja entró con un suspiro de metal sobre cuero, y un chasquido final.

—Tomad, señor. —Se la lanzó, de la misma forma que Pedro se la había tirado antes a él—. Es un hermoso estoque; debe costar una fortuna y es vuestro. Además, un hombre como vos no debe andar por Sevilla de noche y desarmado.

Pedro, el rostro casi oculto por las sombras de la tapia, puso sus ojos grises en el fraile, que ahora le contemplaba con las manos vacías, el rosario aún pendiente de la muñeca. Acarició el pomo de la espada, al tiempo que sonreía fiero.

—Tienes lo que hay que tener, fraile.

Se giró en redondo y, sin que le estorbase sujetar la espada con la izquierda, salvó la tapia y desapareció. El hermano Gregorio se quedó donde estaba, mientras el prior se le acercaba, renqueando.

—Hombre de Dios, no me digas que no sospechaste que fuese el rey. Yo lo hice al primer vistazo, y por eso mandé a todos a sus celdas. Es sabido que gusta de rondar por Sevilla, disfrazado, en busca de pendencias.

—Igual que los califas de los cuentos árabes... —negó con la cabeza, meditabundo—. No. Ni siquiera sabía que estaba en la ciudad. Además, ¿no había prohibido don Pedro batirse en la calle?

—Este rey tiene una ley para él mismo y otra para los demás. Llegó a Sevilla hace unas cuantas semanas. Hay organizado gran revuelo, porque está cambiando a todos los oficiales de su Casa. No se habla de otra cosa en la ciudad, aparte de las inundaciones.

—No sabía nada. Cuando entré al convento, hace años, buscaba una vida sencilla y retirada. Y la había conseguido, hasta ahora. —Suspiró—. Venerable, voy a tener que pedir tu permiso para abandonar la vida religiosa, y este convento.

—Te la doy de buena gana. De hecho, es lo mejor que puedes hacer. Ya ha sido una audacia dar a don Pedro la espada y quedarte desarmado: temí que te matase sin más. Es soberbio, colérico, y no respeta nada. No tiene freno, ni moral, ni respeta la palabra dada. Aquí no estás a salvo y debes irte, no sea que cambie de humor y mande a sus sicarios a matarte.

—Los poderosos no suelen hacer honor a la palabra dada. Se consideran por encima de ello.

—Es posible; tú sabes más de eso que yo. ¿Tienes alguna propiedad, dentro de lo que la regla de la orden permite, que quieras llevarte contigo?

—Lo abandoné todo al entrar, así que nada tengo.

—Espera aquí entonces. Voy y vuelvo lo antes posible. Y no te impacientes, que ya sabes que esta pierna no me deja moverme muy rápido.

Pero, si algo había aprendido en esos años de convento el hombre que allí se hacía llamar hermano Gregorio, eso era paciencia. Al regresar, el viejo prior le encontró sentado en uno de los poyos del patio, pensativo, con los dos trozos del estoque entre las manos. El anciano le tendió un fardo.

—Ropas, más o menos de tu talla. No son lujosas, pero sí limpias y remendadas. No guardé las que traías al entrar, como podrás comprender.

—Si me valen, bastarán.

—En cuanto a tu espada, recuerda que tú mismo me rogaste que la dejase como ofrenda a los pies de alguna Virgen.

—Sí. —Suspiró—. Creía con sinceridad que nunca volvería a empuñar un arma.

—Yo no. Por eso, he de confesarte que no cumplí el encargo. —Y, sonriente como un abuelo, le tendió una gran espada en su vaina.

El lego perdió de golpe la postura desidiosa.

—¡Por Dios! ¡Mi espada! —Casi se la arrancó de entre los dedos al prior.

La sostuvo entre las dos manos para luego, muy despacio, cerrar la diestra en torno a la empuñadura y desenvainar, casi con reverencia. Sostuvo en alto el acero,

examinando la hoja a la luz de la luna.

—Ni una mancha de óxido —musitó—, y eso que ya han pasado tres años. Qué espada tan noble ésta.

—Puede que, aparte de al espadero, tengas algo que agradecerme a mí. —El prior seguía sonriendo—. No sé de armas, pero sí de herramientas, así que aceité la hoja y la guardé en lugar bien seco.

—Venerable...

—Ya sé que me rogaste que me deshiciera de ella, y que yo te dije que la había dejado a los pies de una Virgen cuyo nombre no quise revelarte. Te mentí. Dios me perdonará, pues no fue con mala intención.

—Pero ¿por qué? —El hermano Gregorio sólo tenía ojos para esa espada, muy grande y larga, de guardas rectas. La blandió, haciendo silbar el aire, como si quisiera recordar su equilibrio.

—No entenderé de armas, pero sí de hombres, y siempre supe que no acabarías tus días en un convento. Que llegaría el día en que colgarías los hábitos y que, ese día, ibas a necesitar tu espada.

El otro envainó la hoja, muy despacio.

—No me marchó por propia voluntad.

—Eso es verdad. Pero, aunque esto no hubiese ocurrido, tarde o temprano el convento se te habría quedado estrecho. Créeme: tú perteneces el mundo.

El que allí dentro usaba el nombre de fray Gregorio quiso replicar, pero su superior alzó una mano.

—Hijo, no te sobra el tiempo, así que ve a cambiarte mientras yo instruyo al portero para que te deje pasar.

—Con tu permiso, prefiero saltar la tapia. No sea que algún espía del rey esté vigilando las puertas del convento.

—Tienes razón. Vete por ahí pero, antes, acércate, que te dé mi bendición. Eres un hombre bueno, te he cobrado afecto y sé que ya no te veré más.

—Volveré, aunque sólo sea para comprobar que el rey cumple con su promesa y construye el caño de agua.

—Ni se te ocurra. Olvídate del agua y del convento, que tu rida toma ya otros derroteros. Todo esto lo dejas atrás para siempre.

—No ha sido mi voluntad.

—Entonces ha sido la de Dios y no debemos lamentarlo. Apuremos.

Y de esa forma fue cómo, tras mudarse y saltar un muro de adobes en mitad de la noche, Juan de Beaumont volvió a ese mundo que, tres años antes, había jurado abandonar para siempre.

## 20

Con expresiones tan sonoras como poco pías, Pedro de Godoy, caballero de Calatrava, maldecía a los elementos desatados mientras recorría tozudo los adarves del castillo de Almagro, envuelto en su capa de cuero engrasado, desafiando a una lluvia helada que, a ratos, se tornaba aguanieve. Llovía desde hacía más de una semana, la luz era grisácea y el paisaje visible desde las almenas —arboledas de ramas desnudas, rastrojales, dehesas— parecía cubierto por un velo de tristeza. El cielo descargaba ora lloviznas, ora chaparrones, y soplaban un viento gélido del norte que hacía chasquear los pendones de Calatrava en las torres y doblegarse las copas peladas de los árboles.

Entre cortinas de lluvia que se abrían y cerraban a capricho de las ráfagas, alcanzaba a distinguir las barricadas de madera y rocas que bloqueaban el camino de Villarreal. Tras esas barreras, pululaban los soldados del rey llegados el día antes entre tremolar de pendones y estruendo de trompetas y atabales, sin proclama previa, para cerrar todos los accesos a Almagro. En esos momentos, sólo se divisaban unos pocos centinelas, pero Godoy era consciente de la presencia de muchos más, resguardados bajo tiendas y toldos, pero con las armas a mano, prestos a repeler cualquier salida por sorpresa.

Los golpes de aire le lanzaban la lluvia contra el rostro, con tal fuerza que le cegaba por momentos. Se secó con el dorso del guantelete, mientras notaba esa sensación, tan desagradable, del agua resbalando entre el cuerpo y las ropas. Maldijo a grandes voces. Lejos, a poniente, chasqueó un rayo y, un latido después, el trueno hizo retemblar las murallas. Godoy lanzó una última ojeada a los campos circundantes y, convencido de que no había motivos para seguir allí arriba, expuesto a las inclemencias del invierno, abandonó el adarve con cuidado, para evitarse un resbalón sobre las piedras mojadas.

Al entrar en el interior del castillo, aporreó con el puño las piedras del zaguán, irritado. Godoy, enjuto y fuerte, todo fibra y nervio, con tanta fama de bravo como de temperamental, no llevaba bajo la capa sino jubón de cuero, calzas rojas y botas, pese al asedio al que estaba sometida la villa de Almagro. Era de los que opinaban que cargar con armadura, a destiempo, sólo servía para llegar exhausto al combate, y ni siquiera portaba almófar, sino cofia de soldado y capucha y, al cinto, una daga filuda.

Tras dejar la capa en manos de un sirviente, se adentró en el castillo a grandes trancos y un par de veces repitió puñetazos contra los muros, fuese para descargar enojo o porque dudase de la solidez de esas viejas piedras. Y un poco de todo había, ya

que Godoy era consciente de las taras defensivas del antiguo castillo de Almagro. Por enésima vez, deseó de corazón hallarse algo más al sur, en la fortaleza de Calatrava la Nueva, desde cuyas almenas se sentía capaz de desafiar, con un puñado de hombres de la orden, a todas las huestes del rey.

Llegó hasta una puerta sólida y vieja, guardada por un pardo de la orden. Un veterano macizo, de rostro cortado por una cicatriz, con un parche sobre todo el lado izquierdo, que portaba una maza sobre el hombro.

—Anúnciame al maestro.

El pardo, acostumbrado al carácter brusco de Godoy, le dedicó una mirada larga y lúgubre, antes de asentir sin palabras y golpear con los nudillos en la puerta.

Al otro lado se encontraba el responsable último de que un grupo bastante nutrido de calatravos estuviera atrapado en la ratonera de Almagro y no a salvo tras los muros de Calatrava la Nueva. Juan de Prado, maestro de la orden, que había caído en la trampa tendida por el rey de Castilla, y no por falta de experiencia militar o de prudencia, sino por su talante caballeresco y deseos de conciliación.

Atravesar el umbral, cruzar ojos con el viejo maestro, y fue esfumarse la cólera de Godoy. Se detuvo allí, en el vano, para pasear la mirada por el aposento: los tapices vistosos, con escenas de las antiguas hazañas de la orden; el gran brasero de bronce, rebosante de ascuas, y el pebetero pequeño de cobre, donde se quemaban hierbas; la mesa sobre la que reposaban documentos, una jarra y tres tazas, la espada del maestro y una palmatoria con una vela encendida, que daba algo de luz en aquella sala de postigos echados. Olía a cerrado, a las hierbas aromáticas del pebetero y también un poco a humedad.

El maestro estaba sentado a la mesa, los codos sobre el tablero, al parecer repasando cartas a la luz de esa única vela. En esos instantes aparentaba lo que en verdad era: un hombre de edad, ya casi anciano, desbordado por los acontecimientos e indeciso sobre el camino a tomar. Godoy avanzó hasta plantarse ante la mesa.

—Señor y pariente —se arrancó, con una aspereza que era fruto de la familiaridad de trato—. Creo que hemos hablado muchas veces sobre el daño que hace a los ojos leer con una sola vela. Te estás arruinando la vista.

—Para cuidar de la hacienda, nada mejor que vigilar los gastos menudos. Esta vela me alcanza para leer, ¿así que para qué encender más?

—Mal negocio es ahorrarse un poco de cera y pabilo, a cambio de que el maestro de la orden se quede medio ciego.

—No seas tan gruñón. —El maestro sonrió con cansancio—. Aparte de regaños, ¿me traes alguna novedad?

—Nada. Los soldados del rey y las milicias de Villarreal han bloqueado todos los caminos. Esto es un asedio en toda regla.

—¿Sabemos ya si traen ingenios o truenos?

—Ni una cosa ni otra, ni parece que se dispongan, de momento, a atacarnos.

—No habrá asaltos, no. Nos mantendrán cercados hasta que llegue el rey.

—Hemos de hacer algo, antes de que eso ocurra.

—Por supuesto. —El maestre sonrió patriarcalmente—. Tú, de momento, tomarte una taza de vino caliente. Te reconfortará los huesos, que me da que vienes helado.

Godoy se tragó un mal gesto, por respeto. Y como estaba aterido, en efecto, se sirvió del jarro, que humeaba un poco. Al llevarse la taza a los labios reparó, una vez más, en lo mucho que había envejecido Juan de Prado durante los pocos meses de exilio en Aragón.

—Hablando en serio: ¿qué vamos a hacer? —Resopló, porque el trago de vino caliente y especiado logró caldearle, en verdad, las entrañas.

—Aguardar, como hacen los que están afuera; aunque nosotros lo haremos más cómodos que ellos. Sí; vamos a esperar a que aparezca el rey.

Godoy volvió a beber, sobre todo para ocultar su enojo ante esa respuesta.

Juan de Prado había pasado las Navidades en Alcañiz, una encomienda de la orden en Aragón, donde el rey de Castilla no podía alcanzarle. Sin embargo, por Año Nuevo había recibido un mensaje de don Pedro en el que éste le daba a entender que deseaba reconciliarse con el maestre y zanjar las diferencias entre la Corona y la orden de Calatrava. Juan de Prado no cupo en sí de alborozo, ya que nunca quiso ese enfrentamiento y su exilio a Aragón no fue para tramar intrigas, sino por miedo a los verdugos de don Pedro.

Gran número de calatravos habían aplaudido la intención del maestre de volver a Castilla para hacer las paces con el rey. Godoy era de los contrarios y, con vehemencia, había expuesto su opinión de que esas cartas no eran más que una añagaza; un anzuelo, con la concordia como cebo. Pero pocos estuvieron de acuerdo con él. La mayoría argumentaba, con cierta razón, que rechazar esa mano tendida era dar al monarca motivos para afirmarse en su idea de que la orden le era hostil.

La esperanza se impuso a los temores y, en pleno invierno, el viejo maestre cruzó la frontera con una escolta magra, para evitar recelos como los que despertaron en su día las huestes de Alburquerque, cuando éste acudió a Toledo. Tan fiado iba de las garantías del rey que incluso se albergó en Almagro, para así, de paso, gestionar algunos asuntos pendientes de la orden.

Las protestas de Godoy, de nuevo, no habían servido de nada. Cuando Calatrava trasladó su sede a esa zona, hacía un siglo, Almagro se había convertido en archivo y residencia de los jefes de la orden, de forma que su castillo fue decayendo en capacidad defensiva, a la par que ganaba en comodidades. Otro gallo les hubiera cantado de haberse instalado en Calatrava la Nueva, pensaba Godoy con amargura.

Calatrava la Nueva, verdadera capital de la orden, era una ciudadela inconquistable, construida en el siglo XIII por los prisioneros almorávides, capturados en la gran batalla de las Navas de Tolosa. El rey de Castilla necesitaría muchas compañías, ingenios de todas clases y truenos de gran calibre, amén de años, para expugnar ese castillo, o siquiera intentarlo. Godoy había insistido en que lo prudente era aguardar acontecimientos allí, mandar instrucciones al comendador Pedro

Carpentero, para que pertrechase a la fortaleza con soldados y abastos, y poner en alerta a las tropas de la orden. El maestre se había negado a todo ello, siempre con el argumento de no dar motivo de sospecha al rey.

Pero eran los calatravos quienes debieran haber desconfiado, como alertaba Godoy. Don Pedro, apenas se confirmó que el maestre estaba ya en Castilla, se quitó la careta de la paz y salió de Sevilla a la cabeza de sus guardias —guardas reales, escuderos, ballesteros de a pie y a caballo— resuelto a apresarle. No contento con eso, envió por delante a Juan de la Cerda, a la sazón alguacil mayor de Sevilla, para impedir que el maestre pudiera volverse a Aragón.

De la Cerda no perdió el tiempo y, cabalgando sin demora, se presentó con sus hombres en Villarreal<sup>[8]</sup>, villa de realengo situada una docena de leguas al noroeste de Almagro. Movilizó a la milicia concejil y, a la cabeza de un pequeño ejército, se puso en marcha hacia Almagro, con pendones y tambores. Tal vez contaba con entrar por sorpresa en la villa; pero los calatravos tenían amigos en la tierra y, avisados por ellos, cerraron las puertas y guardaron los muros.

Juan de Prado se quedó cercado en el corazón mismo de su maestrazgo. De la Cerda, por su parte, carecía de hombres bastantes como para asaltar villa y castillo, aparte de que la milicia de Villarreal no parecía entusiasmada ante la idea de trabarse en combate con los calatravos, así que se limitó a bloquear las tres carreteras que llegaban a Almagro. Tablas. Hasta que llegase el rey.

—¿Qué sentido tiene esperar a que venga don Pedro? —Godoy dejó la taza, ya vacía, sobre la mesa.

—¿Más vino? ¿No? Bueno. El rey vendrá. Parlamentaremos y aún espero convencerle de que soy leal al trono, y de que nunca tuve intención de rebelarme. ¿No estoy aquí, en Almagro, con pocos hombres, en respuesta a su llamada? ¿Qué más pruebas puedo darle?

—Cometes un error terrible.

—Mira. —El maestre enarboló la carta del rey, como si el otro no la hubiera visto ya infinidad de veces—. Redactado por la cancillería, sellado, firmado de puño y letra de don Pedro. Una carta de salvaguarda en toda regla. Tengo su palabra.

—Palabra de rey: palabra de nada.

Juan de Prado suspiró, hastiado ante la cabeza dura de su pariente. Fuera, el agua golpeaba las contraventanas de madera y, a veces, retumbaba el trueno. A la luz de la vela, Godoy vio al maestre más cansado que nunca y comprendió que, pese a su serenidad patriarcal, estaba lleno de incertidumbres. Y también que, habiendo tomado una decisión, luchaba por mostrarse calmado, como correspondía a un caudillo.

—Escúchame, señor y pariente, te lo ruego. No debes confiar en el rey. No puedes. Sabes de sobra lo que valen sus garantías; lo has visto con tus propios ojos. Pese a esa carta, ha hecho que nos rodeen sus tropas y, si te dejas capturar, puedes darte por muerto. El rey te guarda rencor y no es de los que perdonan. Acuérdate de lo que les



ocurrió a otros a los que quería mal.

—¿Qué harías tú en mi lugar?

—Cuentas con ciento cincuenta de a caballo, y con hombres de a pie. Son de la orden, prestos a seguir al pendón de Calatrava contra quien sea menester, sea el Diablo o el rey. Las milicias de Villarreal no tienen nada contra nosotros, ni están aquí de buena gana, así que, llegado el caso, no lucharán con denuedo. Además, De la Cerda ha tenido que dividir a sus fuerzas para bloquear los tres caminos, lo que le debilita.

Esperó en vano una respuesta de Juan de Prado y, viendo que éste se limitaba a frotarse las manos, como si tuviera frío, prosiguió.

—Tenemos que hacer una salida por sorpresa. Acometerlos. Nos abriremos paso o caeremos en el campo. Si ocurre lo segundo, tendremos una buena muerte y, si logramos lo primero, estaremos a salvo.

—Aunque lo consiguiéramos, nos perseguirían.

—El rey viene por el camino de Granada, así que nosotros debemos salir por el de Toledo. —Se inclinó sobre la mesa—. Tenemos hombres que conocen la región como la palma de su mano. ¿Nos perseguirán? Pues usemos eso a nuestro favor. Que nos pisen los talones todos, incluido el rey con los suyos, que nosotros iremos hacia el noreste y nos escabulliremos por las lagunas y pantanos de esa zona. Nosotros tenemos guías y ellos no, y éstas son tierras de Calatrava. No podrán seguirnos, tendrán que rodear los humedales y, cuando lo consigan, nosotros ya estaremos lejos, camino de Aragón.

Juan de Prado guardó silencio, como ponderando la idea, antes de negar con la cabeza.

—No lo considero acertado.

—Señor, sabes que te respeto. Eres mi pariente, me has criado y te debo cuanto soy. Por eso insisto: salgamos a campo abierto, a abrirnos paso a punta de lanza o a morir con las armas en la mano.

—Yo te he criado, sí. —El maestre volvió a sonreír como un patriarca—. Y créeme cuando te digo que me enorgullezco de ti. Lo que has propuesto demuestra talento militar, pero no puedo hacer lo que sugieres, porque hay algo más.

—¿Qué más?

—Le di mi palabra al rey y he de cumplirla.

—¿Aunque él falte a la suya?

—Todavía no lo ha hecho.

—Nos tienen sitiados. —Se apartó con un bufido de la mesa, para dar varias zancadas por el aposento—. ¿Qué más pruebas necesitas?

—Don Pedro es desconfiado: duda de mi lealtad y teme al poder de la orden. Pero yo confío en convencerle de mis intenciones, y no levantaré la mano contra él ni contra sus oficiales. Juré por mi honor, y por la fe que profeso, volver en son de paz a Castilla y he cumplido. Tu consejo es de buen guerrero, pero yo me acogeré a la

merced del rey. Es lo correcto.

—Pero no lo prudente.

—¿Y quién sabe qué es o no lo prudente, en estos días aciagos? —Sonrió; pero esta vez la sonrisa era muy, muy fatigada.



El rey don Pedro llegó a la mañana siguiente, sobre garañón negro, con armadura y veste roja, rodeado por sus guardas reales. Era un nuevo día gris y desabrido, aunque el cielo se había abierto un poco, de forma que los nubarrones volaban del oeste al este, ocultando a ratos el sol y descargando aguaceros tremendos. Los caballos chapoteaban en el barro y los ballesteros se desplegaban a los lados del camino, las armas a punto bajo las capas. Se sabía que, desde distintos lugares, se acercaban milicias concejiles y señores con sus mesnadas, respondiendo a la llamada del rey, pero no hizo falta que ninguna llegase hasta Almagro, ya que, fiel a sus principios, el maestro de Calatrava dejó la seguridad del castillo, no bien don Pedro le invitó mediante mensajero a parlamentar.

Desde las almenas, Pedro de Godoy observó encorajinado cómo cabalgaba por el camino de Villarreal, hacia las barreras de madera y rocas que bloqueaban el paso. No le acompañaba sino un pardo con un gran estandarte de Calatrava, de cruz florlisada negra sobre blanco. Había cesado de llover sobre Almagro y, por entre las nubes, asomaba el sol, como si la Providencia quisiese que los calatravos tuvieran buena visión de lo que ocurría en el camino. Diluviaba en cambio por otras zonas, visibles de forma borrosa entre cortinas de agua. Campos y carretera estaban llenos de charcos, y soplaba una brisa húmeda que agitaba con mansedumbre el estandarte de Calatrava.

El maestro no pudo llegar siquiera a presencia del soberano. Varios escuderos le salieron al paso para apresarle, sin resistencia por su parte. Desde los adarves, los observadores estallaron en maldiciones y Godoy, echando humo, pudo distinguir cómo, tras hacerle desmontar, se lo llevaban entre varios hacia la retaguardia del ejército real, a pie y chapoteando en el fango. Se apoyó con ambas manos sobre el pretil de piedra, los ojos echando fuego.

—Adiós, señor y pariente. —Quiso ser comedido, pero no pudo evitar descargar un puñetazo sobre las piedras, con la mano revestida de guantelete.

El hombre que dirigía a los captores era alguien de relevancia, tal vez el caudillo de los escuderos reales, aunque Godoy no pudo cerciorarse de ello, debido a la distancia. Sí que vio cómo cambiaba unas palabras con el pardo del estandarte y cómo, luego, este último hacía girar a su montura para regresar al trote a Almagro. Los caballeros presentes en los adarves bajaron a su encuentro, pero el pardo no pudo contar nada que no hubiesen ya imaginado.

El maestro era preso por orden del rey, acusado de traición, y de nada le habían valido las protestas, ni esgrimir la carta de garantía librada por el propio don Pedro. Ahora, el soberano conminaba a los caballeros de la orden a abrirle sin demora villa y castillo, a no oponer resistencia armada y a reunirse con él en consejo. A cambio, garantizaba que sus tropas no habrían de entrar en Almagro.

Allí mismo, a pie de puerta, se produjo una conferencia agitada entre los calatravos de mayor rango presentes. El viento húmedo seguía soplando y agitaba sobrevestes y pendones, mientras ecos metálicos reverberaban en el patio, ya que caballeros y pardos se aprestaban a la lucha. La prisión del maestro era una sorpresa para algunos, los más ingenuos, y les había sumido a todos por igual en el desconcierto. También en el temor, ante la posibilidad de ser también presos, sino muertos.

—¿Qué hacemos? —Algunos se volvían a Godoy, respetado por su bravura y al que su oposición previa a fiarse del rey colocaba en posición de ventaja.

—Obedecer al rey. Abrir las puertas, celebrar consejo con él y ver qué tiene que decir.

—¿No vamos a luchar? —Los más fieros le miraban ahora atónitos, porque habían contado con que su opinión sería la de salir en tromba contra los sitiadores, antes de que recibiesen más refuerzos.

—¿Qué ganaríamos con ello?

—Han preso al maestro a traición. El rey ha faltado a su palabra —espumaban algunos—. Esto es una ofensa y hay que lavarla con sangre.

—No ha ocurrido nada que no fuese de esperar —repuso Godoy con sosiego, ya que, al encarar la furia ajena, descubría que la suya se había apagado—. Ya no hay remedio.

—¿Entonces?

—Yo no soy más que otros. A falta de superiores de la orden, los caballeros de más edad deben hacerse cargo. Que ellos manden, porque este desorden no nos favorece.

Los presentes convinieron en que era lo más cuerdo y uno de los viejos, a los que acababa de aludir, se lo llevó aparte.

—¿Y tú? Eres pariente del maestro y puede que el rey te haga cargar de cadenas.

—Puede.

—La orden no puede consentir que apresen a los suyos sin motivo. Bastante tenemos con ver a nuestro maestro capturado a traición. Debes esconderte. —Echó una ojeada al cielo encapotado—. En esta época oscurece pronto. Cuando caiga la noche, veremos de sacarte de aquí y, con un guía, podrás escapar de la zona.

—Si me capturan, el rey tendrá más motivos de encono contra la orden.

—No lo harán. —Se permitió una sonrisa de perro viejo—. Llueve, hace frío y no hay riesgos de salidas armadas. Pondrán centinelas, sí; pero éstos se buscarán cobijo, lo más seco y caliente que puedan. Así que no hay riesgo.

—Entonces te haré caso. —Sintió cómo le volvía la cólera—. No tengo deseos de pudrirme en las mazmorras del rey... ni de correr destinos aún peores.

Aquella tarde de invierno la recordaría luego Benavent tan soleada como fría, aunque poco sol llegaba hasta el fondo de las callejuelas toledanas. Casi no corría viento y, con el declinar del día, sombras heladas se iban adueñando de recodos y cuestras, pese a que el ocaso aún se había de demorar. Personajes fabulosos, con máscaras demoníacas y ropajes fantásticos, en los que predominaba el color rojo, correteaban entre cabriolas y resonar de cascabeles, persiguiendo a los niños con juncos flexibles, a los que habían atado vejigas infladas. En una plazuela, ardía viva una hoguera y la gente danzaba en redor de las llamas, al son de timbales, gaitas y cencerros. El baile era movido, extraño, y Benavent hizo referencia al mismo, tiempo después, en alguna de sus cartas al bizantino Cosmas Filocales. Hombres y mujeres giraban sin concierto, algunos también ocultos tras máscaras, y los disfrazados de demonios saltaban el fuego a cada tanto, entre alaridos destemplados.

Benavent asistía a esa danza tumultuosa desde cierta distancia, en compañía de un vagabundo, con ojeadas distraídas, aunque su cabeza estaba más a temas bien distintos. De hecho, si se habían apartado unos pasos, era para mejor charlar, y estaban ahora recostados contra la tapia de un corral, de adobes algo carcomidos por el tiempo y la intemperie, caldeándose al sol de invierno.

—No sabía que en Castilla se celebrasen carnestolendas tan tempranas —fue la reflexión del viajero de Alejandría.

—¿Carnestolendas? No. —Su interlocutor negó con la cabeza—. Estás no son más que unas fiestas de invierno.

Era hombre alto, de osamenta recia y ya entrado en años, con la cabeza calva y una gran barba muy blanca, como sólo pueden tener esos que, de jóvenes, han sido de cabellos muy negros. Las arrugas eran fruto más de una vida agitada que de los años. Vestía hábito pardo y tosco, ceñido con cordón. Conversaba con Benavent, los ojos puestos en las danzas de la plazuela, mientras rasguñaba, con dedos ágiles, un laúd de hermosa factura. Se cubría las manos con mitones y, como la tarde era gélida, a veces dejaba de pulsar por un instante las cuerdas, para echarse el aliento en las puntas desnudas de los dedos.

Benavent se había ya acostumbrado al retablo de clero irregular que pululaba por los reinos hispánicos: frailes errantes —verdaderos o impostores—, santeros, predicadores, profetas, flagelantes, milagreros, visionarios. Una patulea prodigiosa que vagaba por los caminos sin que las autoridades les pusieran casi trabas y a la que, sin duda, debía pertenecer el interlocutor de Benavent, aunque éste no sabía, a fuer de

honrado, muy bien qué pensar de él.

No sólo sabía leer y escribir —algo excepcional entre los religiosos vagabundos—, sino que su charla traslucía gran erudición, propia del que tuvo buenos maestros y frecuentó bibliotecas. Era versado en teología y retórica, y sus habilidades con el laúd, el canto y las composiciones poéticas le recordaban a Benavent a aquellos clérigos goliardos tan abundantes en épocas no tan lejanas; aunque, por lo que sabía de ellos, tampoco eran por lo general muy instruidos.

Pese a ser curioso voraz, Benavent no estaba allí con él, esa tarde de invierno, para indagar sobre su vida y pasado, sino porque era otro de los agentes de Bernal de Cabrera, de paso por Toledo. Pero, aun así, al viajero de Alejandría le era imposible ir contra su propia naturaleza.

—¿Fiestas de invierno?

—No sé con qué nombre las conocerás tú. Por estas tierras llamamos así a distintas celebraciones de origen popular, supongo que muy antiguas. Algunas puede que sean, incluso, previas a la Venida de Nuestro Señor.

—¿Y la Iglesia consiente esas muestras de paganismo?

—¿Qué hay de malo en que el pueblo se divierta? —Aquel vagabundo, de aspecto patriarcal, más que sonreír mostraba muchas veces un aire divertido, o incluso burlón, acentuado por sus facciones marcadas y una gran nariz—. Pero la que estás viendo es reciente en Toledo. Hace sólo unos años, este baile era desconocido aquí.

—¿Cómo es eso?

—Son muchos los que han abandonado el campo en estos últimos años; una consecuencia más de la peste y las malas cosechas. La gente se refugia en villas y ciudades, y en muchos lugares no hay braceros suficientes para las faenas agrícolas, por lo que el reino anda escaso de víveres; aunque sea esa la única causa. El clima ha sido adverso, las cosechas míseras y, a menudo, los esbirros de los señores despojan a los campesinos de todo. No es extraño que huyan de los campos.

—Entonces, ¿éstos no son naturales de Toledo? ¿Son refugiados?

—Muchos son labriegos venidos en los últimos años, que se han traído sus costumbres, como suele ocurrir. Aunque, dados los tiempos que corren, no pocos toledanos se suman a celebraciones de éstas, más si son desatadas.

—¿Lo repruebas?

—Dios me libre. —Hizo correr los dedos por las cuerdas del laúd—. Tan sólo señalo un hecho.

—He presenciado danzas mucho más frenéticas.

—Vivimos malos tiempos. —El religioso ambulante, o lo que fuese, observó a un demonio de ropas encarnadas que les rebasó a la carrera haciendo resonar un manojito de cencerros—. Los años pasan y no levantamos cabeza. Las desgracias se acumulan y la gente se entrega a excesos de todo tipo: unos a piedad extrema; otros a desatinos como los de los flagelantes, que recorren los caminos mortificando su carne y atacando a los judíos, a los que consideran culpables de las plagas.

Hizo una pausa, para señalar a los danzantes.

—Y otros a los placeres mundanos. Mañana podemos estar muertos y, donde unos procuran ponerse en paz con Dios, otros tratan de exprimir el tiempo que se les ha concedido. Tiempo que nadie sabe cuánto es y sólo que, siempre, es escaso. Pueden parecer actitudes contrarias, pero todas tienen el mismo origen.

—Eres un sabio.

—Tengo ojos en la cara, voy de un lado a otro y procuro reflexionar sobre lo que veo. —Comenzó a tocar una melodía muy dulce—. La gente se entrega a excesos y locuras. Pero ¿quién puede recriminárselo? Unos perdieron a la esposa o el esposo con la peste, otros a los hijos, o a los padres, cuando no la familia entera. —Sonrió sin alegría—. Yo debo ser casi el único que sacó algún beneficio de la mortandad.

Benavent asintió educado, porque ya había oído la historia de aquel errabundo, al que llamaban Juan el Muerto porque afirmaba haber sobrevivido a la peste negra. La dolencia había clavado sus garras en él, como en tantos; sufrió grandes dolores y acabó por perder el sentido, víctima de las calenturas. Debieron darle por muerto, porque despertó en una fosa común, entre pilas de cadáveres ennegrecidos, aún sin enterrar. Nunca daba muchos detalles sobre su vida anterior pero, de sus palabras se colegía que fue religioso y que había tenido problemas con las altas jerarquías eclesiásticas, por lo que había aprovechado su muerte en falso para desaparecer.

—Pero volvamos a lo que nos interesa. —El otro agitó la cabeza calva, como para espantar recuerdos viejos—. ¿Qué opinión te merece la prisión del maestre de Calatrava?

Benavent, envuelto en su capa roja oscura, recostado contra la tapia, al sol de invierno, se permitió un gesto expresivo.

—Ha sido una gran sorpresa y ha sembrado mucho miedo. Los últimos meses del año pasado transcurrieron sin incidentes y, por las noticias que llegaban de la corte, muchos albergaban grandes esperanzas de paz. Decían que el contencioso entre el rey y Alburquerque estaba camino de solucionarse, que cambiaban cartas, que había negociaciones, y que el arreglo estaba próximo. Pero todo ha sido una falsedad. La generosidad del rey no era sino una trampa: no buscaba ningún acuerdo, sino que esperaba el momento apropiado para descargar el golpe.

»Primero atrajo con engaños al maestre de Calatrava y le apresó en Almagro. Una vez le hubo puesto cadenas, obligó a los freires de la orden a jurar como nuevo maestre a Diego de Padilla, el hermano de su amante, lo que ha provocado un cisma entre los propios calatravos. Unos se han doblegado y otros han preferido huir, por lo que están en armas contra el nuevo maestre y el rey.

—¿Es que don Pedro es un títere en manos de María de Padilla y sus parientes, para hacer ese nombramiento?

—Hay opiniones para todos los gustos. Unos consideran que, en efecto, los Padilla han envenenado el oído a don Pedro, para colocar a uno de los suyos como maestre. Pero otros piensan que es cosa del mismo rey; un golpe estudiado, parte de una

estrategia más amplia. Con Diego de Padilla como maestre calatravo, neutraliza la amenaza que podía suponer la orden y, de hecho, la pone de su parte.

—¿Y tú qué crees?

—Que lo segundo. El rey tiene fama de impetuoso, pero esto ha sido bien calculado. Puede que la mano de Henestrosa esté detrás, eso no lo discuto. Pero esto son maniobras de guerra porque, una vez que se ha librado de la amenaza que suponía tener al maestre por el este, don Pedro se ha vuelto con todas sus fuerzas contra el oeste, para quebrar, de una vez por todas, el poder de Alburquerque.

—Entonces, estaba planeado todo desde hace mucho tiempo.

—Eso, lo dudo.

—¿Por qué?

Hug Benavent, los ojos puestos en el baile de la hoguera, sonrió a esa manera suya, tan inquietante.

—Don Pedro está lleno de energías; demasiadas, diría yo. Es inquieto, colérico, inestable. Sufre, es evidente, un exceso de bilis amarilla. No es de los que pueden estarse quietos y, como se ha pasado casi tres meses invernando en el alcázar de Sevilla, mano sobre mano, ahora vienen las consecuencias. Ha salido de su encierro como un león furioso, lanzando mordiscos y zarpazos.

—Eso ya es suposición tuya.

—Sí. Pero yo oigo a unos y otros, y ato cabos. Tengo motivos para creer que la celada tendida al maestre fue decidida hace tiempo. Pero que la ofensiva que, en estos momentos, llevan a cabo las tropas reales contra las plazas fuertes de Alburquerque es más fruto de la cólera de don Pedro que de un plan meditado.

—¿Por qué?

—Dicen que la relación entre don Pedro y María de Padilla vive horas bajas. Que él abandonó el alcázar de Sevilla para alejarse de ella, porque esos meses encerrados juntos le han hastiado y abierto brecha entre ellos.

—Chismes.

—Chismes, sí. Pero en Castilla parece que todos tienen que hablar para darse importancia, y de eso no se salvan ni los sirvientes ni los guardas ni los porteros reales. Aquí todos están ansiosos de demostrar cuánto saben de los negocios de los poderosos, y esa historia sobre las desavenencias entre el rey y su concubina la he oído de labios de varios; y algunos de ellos bien enterados. Te lo repito: don Pedro no sabe estar quieto y tres meses con doña María, encerrado, han aflojado los lazos que les unían, en vez de estrecharlos.

—Pudiera ser. El amor es volátil, y más entre jóvenes. —Juan el Muerto, con sonrisa perdida y párpados entornados, atacó algunas estrofas sobre amores perdidos, acompañado de su laúd. Benavent, hecho ya a esos arranques del fraile ambulante, o lo que fuese, esperó con paciencia a que retomase el asunto—. Si lo que dices es verdad, entonces es sensato lo que supones: que la campaña contra las fortalezas rebeldes es un puñetazo en la mesa, una descarga de rabia, motivada por pesares bien



distintos.

—Yo no lo hubiera expresado mejor.

—Pero eso, amigo, abre muchas posibilidades para el arreglo. Si María de Padilla desaparece...

—Sé por dónde vas y la respuesta es no. El amor ciego del rey por doña María era un obstáculo, cierto. Pero ése no es el problema: los reyes siempre han tenido reinas a las que no querían y amantes a las que sí. Pero don Pedro ha desarrollado, no ya aversión, sino verdadera ponzoña, contra doña Blanca. La sola mención de su nombre basta para que el rey pierda la compostura y, aunque él rompiese del todo con su amante, eso no haría avanzar un solo paso en dirección a un arreglo con la reina.

—La situación está entonces estancada.

—Estancada y pútrida, como una charca al sol. Y encima hay guerra.

—Que no le va mal al rey.

—Por ahora no. Sus huestes han entrado en Medellín, que era de Alburquerque, sin encontrar resistencia. Pero no tendrá tanta suerte en otros lugares.

El errante pulsó las cuerdas de su laúd y, con voz melodiosa, cantó algo sobre las esperanzas de pequeños y grandes, y de cómo la Fortuna es rueda que gira incesante. El sol en descenso se ocultó tras unos tejados, dejando en sombras la tapia en la que se recostaban. Hug Benavent se arrebujó en su vieja capa de buen paño colorado, que le había acompañado en tantos y tantos viajes.

—Cae la noche. Yo me vuelvo a mi posada, que es donde mejor se está con un tiempo como éste.

—Yo también me voy —comino el otro, al tiempo que despegaba la espalda de la pared y se echaba el laúd al hombro.

—¿Le llevarás pronto estas noticias mías a nuestro amigo?

—Mañana mismo, no bien abran puertas, cogeré camino y, de pueblo en pueblo, no tardaré en llegar a Aragón.

—Viajas sin descanso.

—¡Qué remedio! —Ladeó la cabeza—. Para mí es un riesgo quedarme demasiado tiempo en un mismo sitio. Al menos, en Castilla.



Acertaba Benavent al suponer que no todas las plazas rebeldes se iban a entregar tan dóciles como Medellín. La villa de Alburquerque cerró sus puertas a las tropas reales y éstas hubieron de entablar un sitio que Juan de Beaumont —presente en el mismo por un capricho de la Fortuna— no pudo calificar sino de locura, y eso que, en tiempos, había tomado parte en campañas harto difíciles.

La población era capital de los estados de don Juan Alfonso de Alburquerque, que

había tomado de ella su apellido; y puede que, justo por eso, tuviese tanto empeño don Pedro en expugnarla. Tal vez pensaba que su caída rompería la moral del rebelde y se había empeñado en un asedio problemático, al que se unió de rebote Beaumont. Llegó buscando a su primo, el también navarro Martín Abarca, experto en fortificaciones y cercos, en esos momentos al servicio del conde de Trastámara, que estaba a su vez en aquel fuerte, ayudando a su hermano el rey contra su antiguo ayo.

Aunque, en su momento, Beaumont había jurado no empuñar más las armas, la necesidad decidió lo contrario. Tras vagar por las calles sevillanas, casi como un huérfano tras cuatro años de convento, sin más bienes que su espada, unos pocos maravedís y su habilidad con los hierros, no encontró otra salida que ir junto a su primo, con la esperanza de que éste le procurase empleo en lo que mejor sabía hacer: guerrear. Así que, tras unas pesquisas sobre su paradero, se encaminó hacia el noroeste, rumbo a los campos de batalla extremeños, donde fue bien recibido; aunque, vista la situación, no dejaba de preguntarse si la idea habría sido buena.

Alburquerque se alzaba sobre un cerro de dos cimas, como camello de dos jorobas, una más alta que otra. La población en la más baja, protegida por cuevas empinadas y una buena muralla, y el castillo, muy fuerte, en la más alta. Beaumont, apenas llegado, a ojo, sacó la misma conclusión que los expertos, presentes desde hacía días: Alburquerque era inexpugnable mediante ataques directos.

Los truenos no podían disparar contra lugar tan elevado, y los ingenios — catapultas, trabucos, balistas— eran de escasa eficacia allí. Lo alto de la villa y lo empinado de las laderas impedían abrir minas y sólo restaba un ataque en masa, a pie, cuesta arriba, expuestos a los tiros desde la muralla. Por suerte, el rey don Pedro, del que se decía que espumaba de ira, no había ordenado un asalto así, que sólo podía acabar en carnicería.

Los hidalgos que guardaban Alburquerque se negaban a entregarla, por lo que, descartado un ataque frontal, sólo restaba el asedio, y eso era algo que las tropas reales no se podían permitir. Los rebeldes controlaban demasiadas plazas en el occidente castellano y el ejército real no podía demorarse semanas o meses ante cada una de ellas. De momento estaban acampados cerca de Alburquerque, cosa de la que muchos se regocijaban; aunque no así Beaumont, y no sólo porque no le gustase algo de reposo. En esos días inactivos, se entrenaba con espada, maza, martillo, gozoso de comprobar que su vieja destreza no estaba perdida, sino durmiente a flor de piel, y volvía con sólo cerrar los dedos sobre la empuñadura de un arma.

Pese a que se ejercitaba a todas horas, cuando su primo Martín Abarca fue en su busca, para encomendarle una misión, le encontró al amor de una fogata. El día era claro y ventoso, de cielos rasos y un sol que lucía sin dar calor. Beaumont se había acomodado rápido a la vida en campaña, pues no en vano fue, durante muchos años, hombre de armas. Y, mientras estuvo apartado de ese mundo, nada había cambiado. Seguía siendo una existencia azarosa; dormir hoy en cama y mañana al aire libre, ir de acá para allá, bruñir armas, fatigas, sueño, hambre. Él ya no jugaba, ni juraba, ni iba

de putas, y bebía con mesura, pues algún poso le habían dejado cuatro años de convento. En ese ejército había viejos camaradas de armas, que daban fe de su coraje; lo que, unido al misterio de esos años desaparecido, y a que ya había matado a dos que se mofaron de sus costumbres sobrias, le había ganado el respeto de unos y el temor de otros.

Los años le habían vuelto también reflexivo. Cuando le encontró su primo, disertaba —a beneficio de un hidalgo portugués que se calentaba con él en la hoguera — acerca de que los ejércitos eran un fondo de saco para ambiciosos, indigentes, vagabundos, soñadores, bellacos, hidalgos pobres y pecheros bravos, todos soñando con labrarse una fortuna hierros en mano.

—Un ejército ha de estar siempre en movimiento —decía—. Si se detiene, como ahora, se arriesga al desastre. Es como una plaga de langosta y, si se para en un lugar, esquilma los campos y arruina a las gentes. Míranos aquí a nosotros, calentándonos con un fuego de palitos y mierda de vaca porque ya no encontramos leña de verdad. Además, si un ejército se queda mucho en un mismo sitio, se concentran los miasmas, nacen las plagas y mueren muchos.

—No digo que no, pero poca solución tiene. —El portugués, al igual que Beaumont, era un errante unido al ejército castellano en busca de fortuna—. La propia naturaleza de la guerra exige que las tropas paren de vez en cuando.

—Si no se puede cambiar las campañas, debieran cambiar los ejércitos. Imponer mayor disciplina; dotarles de reposteros y despenseros que cuiden de los suministros, para no depender tanto del terreno.

—Amigo. —El portugués reía ahora—. Tienes razón en que en el oficio de armas acaban los que no tienen donde caerse muertos. Es el último refugio de ambiciosos, soñadores y carne de horca. Yo mismo estoy aquí porque no nací primogénito, ni valgo para cura. Puedes jurar que, si tuviese algún mal predio del que vivir, otro gallo me cantara.

—Les pasa a muchos —admitió Beaumont con sobriedad—, pero no es mi caso.

Iba su compañero a preguntarle cuál era entonces el suyo, cuando llegó Martín Abarca. Tenía más o menos la edad de Beaumont, así como los mismos cabellos castaños; pero ahí acababa el parecido, porque Abarca era un gigante de ojos verdes, grandes barbas y manos enormes.

—Van a mandar parlamentarios a la villa. —Señaló de cabeza hacia lo alto—. Quieren que les acompañe y yo quiero que tú vengas conmigo.

Beaumont asintió sin despegar los labios, antes de apartarse de la hoguera para ir en busca de su caballo. No le sorprendía la misión, habida cuenta de que Abarca era experto en ingeniería militar, fortificaciones y asedios, y bien podía aprovechar para examinar de cerca las defensas de la villa.

Y el joven Martín Carrillo, a su vez, pudo así acercarse a aquel hidalgo navarro, Juan de Beaumont, de quien tanto había oído hablar a los soldados. Le vio acercarse a paso calmo, como perdido en sus pensamientos, llevando el corcel de las riendas.

Capa de cuero engrasado, gambax de gamuza, cofia, calzas rojas. Montura, ropas, armas; todo, excepto la espada, se lo debía a su primo Abarca, porque había llegado al campo real con lo puesto. O eso había oído Martín, así como que era muy hábil con las armas y de pasado turbulento.

Los hermanastros gemelos del rey —Enrique, conde de Trastámara, y Fadrique, maestre de Santiago— llevarían la voz cantante en aquella embajada y, años más tarde, al recordar esos tiempos, Beaumont caería en la cuenta de que ésa fue la primera vez que pudo ver de cerca a ambos. Iguales en lo físico —no muy altos, rubios, los ojos verdes— eran en porte y maneras muy distintos, aunque a todos les resultaba arduo precisar con exactitud en qué. Ambos, en esa ocasión, vestían armadura y almófar; veste azul con las armas de Trastámara en el caso de don Enrique, blanca con la cruz roja de Santiago en el de don Fadrique.

La media docena de parlamentarios cabalgó camino arriba sin cambiar casi palabras. Observaban curiosos la villa amurallada y el castillo; aunque el interés de más de uno era práctico y tomaba buena nota mental de cada pormenor defensivo. Los pendones de Alburquerque ondeaban sobre las torres y, mientras ascendían, un milano cruzó sobre sus cabezas, para alejarse planeando hacia el oeste.

Fuera, les aguardaban ya los portavoces de la defensa, a cierta distancia de los muros y también a caballo. Eran más que ellos; alrededor de diez, armados y recelosos, y las almenas de la villa estaban llenas de ballesteros de ojos alertas. No se veían sus ballestas, pero debían de tenerlas montadas y a mano, recostadas contra el pretil, para empuñarlas si fuese menester. Castilla era fértil tanto en gestos caballerosos como en traiciones negras, y no era raro que, pese a las leyes de la guerra, los heraldos sufriesen muerte o prisión.

Parlamentaron sin desmontar siquiera. Encabezaba a los de dentro Martín Botello, un hidalgo portugués y alcalde de la villa, y a su lado estaba Pedro Carpintero, comendador de Calatrava en Castilla, que se había refugiado allí con algunos de la orden. Por acuerdo previo, escudos y armas ofensivas colgaban de los arzones, y nadie portaba casco ni lanza.

Fue la primera negociación a la que asistió Martín, como hombre de armas ya, y siempre habría de recordar lo cerca que andaban los dedos de las armas, las miradas desconfiadas y la agitación de los corceles, que parecían contagiados del recelo de sus dueños. Las frases medidas, los cruces de ojeadas, la tensión en el aire. Le quedaría también memoria nítida de Botello y, sobre todo, de Carpintero, el más alto de todos los presentes, más aún que Abarca, imponente con la cabeza afeitada, la barba espesa y la cruz florlisada negra sobre veste blanca.

Beaumont, aunque atento a cualquier indicio de traición, se fijó más en sus propios adalides, y allí fue donde sacó sus primeras impresiones acerca de los gemelos. Días más tarde, en una de sus cartas a Constanza Uxue, dejó escrito que Enrique le había parecido más cortesano y sinuoso que Fadrique; y que, si tenía que elegir a quién dar la espalda, prefería al segundo. Que acertaban los que les decían

idénticos de cuerpo y distintos de alma, aunque eso no hiciese a uno mejor que al otro.

Don Enrique llevó la voz cantante y, con los años, Beaumont se diría que debiera haberlo considerado una señal; un anticipo de tiempos aún por llegar. El conde de Trastámara usó buenas palabras, evitando ser claro en exceso; algo en lo que, con el curso de los años, se revelaría maestro. Fue, eso sí, lo bastante explícito como para tildar a los otros de traidores; epíteto que fue rechazado con vehemencia.

—¿Traidor yo? —rugió Carpintero, crispando con tanta furia los dedos sobre las riendas que casi hizo encabritar a su corcel—. ¿Cómo te atreves?

—Los hechos hablan por sí solos. —El tono de Enrique era sosegado—. Os negáis a abrir la villa a los pendones del rey y estáis en armas contra él.

—Yo no estoy en armas contra nadie, señor, ni tengo nada que ver con el gobierno de la villa. —Por el ceño y los ojos ardientes de Carpintero, debía de estar haciendo esfuerzos para no echar mano de su martillo de guerra y hundir el cráneo del conde—. No soy más que un huésped en esta plaza, que es de don Juan Alfonso de Alburquerque.

—Que, a su vez, es un rebelde al rey. Si te acoges a ella, te conviertes a tu vez en sedicioso.

—Siempre he servido a la Corona, sin ahorrarme peligros ni fatigas. Cada vez que el rey requirió mi espada, allí me tuvo.

—Si es así, ¿por qué te encuentras aquí ahora?

—Por temor a perder la vida. El rey invitó a mi tío, Juan de Prado, a volver a Castilla; le envió cartas de seguro y, sin embargo, le hizo prender no bien pisó el reino. Está preso y le han depuesto como maestre de Calatrava. ¿Aún te extraña de que temamos por la vida y hayamos buscado refugio?

—No sé nada de ese incidente, pero te invito a acogerte a la merced del rey.

—¿Para hacer compañía a mi tío, en las mazmorras del castillo de Montalbán? No, gracias.

—Si nada has hecho, nada tienes que temer.

—Nada había hecho tampoco mi tío, excepto confiar en la palabra del rey.

Los caballos piafaban y se removían, y el viento agitaba las sobrevestas. Enrique clavó en Carpintero la mirada, a sabiendas de que intimidaba a muchos, pero el calatravo se la sostuvo sin pestañear y el conde desistió de ese duelo, en el que llevaba las de perder, para dirigirse a Martín Botello.

—¿Y tú? No me digas que no tienes tampoco ningún poder aquí. Eres el alcaide y, por tanto, el responsable último de que la villa se niegue al rey.

—Yo me limito a servir a mi señor —repuso Botello, un hombre flaco y nervudo que no perdía el aplomo con facilidad.

—El servicio del rey está por encima de cualquier otro.

—Te equivocas. —Botello esbozó una sonrisa—. Soy portugués y mi señor natural es el rey don Alfonso. El rey don Pedro no puede reprocharme nada, por tanto, en

este asunto.

Enrique se lo quedó mirando, en tanto que varios de sus propios acompañantes — Pedro Carrillo, Abarca, Beaumont— asentían, aprobando tal argumento. Y aún discutieron largo rato, porque el conde de Trastámara estaba empeñado en una entrega pacífica, y en la rendición de armas, mientras que Botello se agarraba como un mastín a la obediencia debida a Alburquerque. Al cabo, se separaron sin acuerdo alguno.

Se despidieron corteses, el conde disgustado, y los negociadores reales hicieron recular a sus caballos, para luego dar la vuelta e iniciar el descenso. Martín Carrillo no pudo ahorrarse miradas furtivas a las almenas, cuando las curvas del camino así lo permitían, casi temiendo que los ballesteros les asaetasen mientras estaban a tiro. Juan de Beaumont le sorprendió en esas ojeadas y, al ver cómo enrojecía, sonrió, antes de girarse él mismo para valorar las fortificaciones.

—Ahí no hay quien entre por la fuerza.

El barbudo Abarca se permitió una risa fiera.

—Puedes jurar que no. Espero que el rey don Pedro no se irrite por la respuesta que le llevamos y ordene el asalto. —Alzó algo la voz—. Con todos mis respetos, don Enrique, sería una locura el ataque directo y no lograríamos más que sembrar de muertos las cuestas.

—Creo que es una valoración muy justa de la situación, amigo Martín —convino el conde, sin volverse en la silla.

—La única forma de conquistar Alburquerque es por asedio. Rendirla por hambre y sed.

—O mediante negociación —gruñó Pedro Carrillo, al que esos días en campaña habían enflaquecido algo.

—No parece que los de dentro estén muy dispuestos a eso —rezongó a su vez el conde.

Juan de Beaumont observó el campamento realista —empalizadas, toldos, trincheras— y a los soldados que se entrenaban con armas forradas en telas y cuero. Suspiró.

—Creo que iros espera una campaña larga y aburrida.

—Mejor eso que morir atacando esos muros a la desesperada. —Abarca volvió a reírse—. Y no me hables de aburrimiento. Seguro que en el convento aprendiste la virtud de la paciencia.

Beaumont no mudó de gesto. Nadie sabía de sus años como fraile lego en Sevilla; se había dejado una barba corta y, en lo posible, se mantenía alejado del rey; aunque era difícil que éste reconociera al religioso con el que se batió a espada, una noche. Sólo su primo sabía algo de esos años desaparecido y, ahora, se había ido de la lengua sin darse cuenta. No todos lo oyeron y sólo Pedro Carrillo se permitió una mirada de soslayo, intrigado por esa alusión a un posible pasado conventual del navarro; pero no despegó los labios. Pasado un instante, picó espuelas para ponerse a la par del conde y

discutir algún asunto con él. Sin duda, debió de olvidar enseguida la cuestión.

Nevaba sin viento y los copos caían con mansedumbre, despacio. Todo —muros, tejados, arboledas, sembradíos— estaba ya bajo capas heladas. La reina Blanca, arropada con manto de pieles inmaculadas, ribeteadas de armiño, capucha sobre la cabeza y las manos en las mangas, paseaba por los adarves del castillo de Sepúlveda, entre el arremolinar de la nevada. Los pendones, los reales y los de la villa, colgaban rígidos sobre las almenas, el hielo formaba carámbanos en los voladizos, y el calzado, a cada paso, hacía crujir la nieve del adarve.

La reina se detuvo a contemplar el paisaje que se abría ante sus ojos, más allá de las almenas. Uno que se le había hecho ya familiar en los últimos meses pero que, de repente, gracias a las nevadas, se le mostraba en esos momentos con cara nueva. Las montañas, entrevistas a través de las cortinas de copos, los bosques, dehesas, pastizales, campos de labranza; todo estaba blanco. Y, con la nieve, parecía haber descendido un velo de silencio sobre el mundo, de forma que, con el viento en calma, allí arriba se oía poco más que el susurro de los copos al caer.

En aquella villa de Sepúlveda, la reina Blanca había encado en contacto con los inviernos castellanos. Meses duros de heladas y nieves, viento y lobos. Ráfagas que cortaban como cuchillos y un frío tan intenso que no había braseros ni mantas para ahuyentarlo del todo. De noche, el aire silbaba entre las gárgolas y las almenas, y sacudía puertas y postigos, como si almas en pena fuese a aporrear las maderas, tratando de entrar en las casas. Siempre moría mucha gente en Castilla, en lo más crudo del invierno: viejos, niños pequeños, los ya debilitados por el hambre o dolencias previas; sucumbían al frío y las calenturas, y se iban en un suspiro.

Blanca, las manos dentro de las mangas de su manto de pieles albas, seguía observando cómo nevaba sobre los campos circundantes. Venía de enterrar a una de sus damas de compañía, una de las pocas que la habían acompañado desde Francia. La dama, de apenas quince años, había cogido una pulmonía y muerto con rapidez, entre ahogos y ardiendo de fiebre. La habían enterrado al mismo día siguiente, en una de las tumbas que los sepultureros abrían en otoño, antes de que las lluvias y el frío helasen el suelo. Apenas fuese posible, le pondrían cruz y lápida, que los canteros estaban ya labrando en su taller, al resplandor de los candiles.

Pedro Gudiel, obispo de Segovia, se adelantó para ponerse a su altura, como si estuviese leyéndole los pensamientos.

—Febrero era un mes terrible para los antiguos romanos. Un tiempo de desdicha y pesares. Dicen los sabios que por eso lo llamaron así: febrero, un nombre que tiene



relación con las fiebres.

—Son muchos los que han muerto —susurró ella.

—Todos los años ocurre, señora. Castilla es una tierra dura.

La capucha de pieles de la reina se agitó, a modo de asentimiento. Junto a ella, en los adarves, estaba su aya Leonor de Saldaña, cubierta también con manto de pieles, el obispo y el caballero Tel Palomeque, estos dos con capas y capuchas.

—Debierais entrar, niña —manifestó el aya, preocupada—. Podríais mojaros, coger frío y enfermar. Como ha dicho el obispo, ésta es una tierra dura y mala, siempre presta a llevarse a los mejores.

—En un rato, doña Leonor. —Suspiró—. Me paso los días encerrada y eso me pesa. Me sienta bien salir de vez en cuando al aire libre.

La otra aceptó a regañadientes. Doña Blanca se apartó de las almenas y anduvieron en silencio, entre el caer de copos; la reina del brazo de su aya, obispo y caballero rezagados varios pasos. Luego, la primera se detuvo, para volverse hacia el religioso.

—Me han dicho que ha venido un pariente tuyo a visitarte.

—Es verdad, señora. Uno de mis primos de Toledo.

—¿Qué noticias traía?

Pedro Gudiel se permitió un gesto ambiguo. Era hombre macizo, de cara ancha y colorada, y cabellera rubia, espesa pero con grandes entradas; con más aire de hombre de armas que de Dios. Solía vestir ropas talaras rojas, lucía anillo de obispo y, atendiendo a la norma que prohibía a los religiosos ceñir armas de filo, jamás gastaba espada.

Aunque obispo de Segovia, era natural de Toledo, lo mismo que Palomeque. Ambos habían sido nombrados oficiales de la Casa de la reina con una misión muy clara, aunque nunca formulada en forma explícita: vigilar a la reina. Impedir que simpatizantes o siquiera noticias llegasen hasta ella. Tal era el deseo del rey don Pedro. Pero la juventud y el carácter de doña Blanca, unido a lo injusto de su casi cautividad, le habían ido ganando las simpatías de esos dos hombres, hasta el punto de que ya podían ser considerados casi partidarios suyos. Hacía tiempo que habían dejado de poner trabas a las visitas y, de hecho, a menudo eran ellos los que la informaban de lo que estaba ocurriendo en Castilla.

—Parece que la gran ofensiva sobre las plazas de Alburquerque se ha detenido.

—¿Alguien esperaba otra cosa? —Leonor de Saldaña dejó asomar su cara más áspera—. Son lugares fuertes, guardados por leales de Alburquerque. Se necesitarían ejércitos y años para expugnarlos todos.

—Tal vez el rey y sus consejeros confiaban en que se rindiesen más de los que lo han hecho —medió Tel Palomeque, bajo y fornido, algo más joven que el obispo y de aspecto belicoso.

—Si han hecho campaña creyendo eso, es que son unos necios.

—En Medellín abrieron las puertas sin lucha.

—Grano no hace molino, caballero.

—Alburquerque ha tenido que huir y no era tan descabellado pensar que algunos de los suyos quisiesen cambiar de bando.

La reina les escuchaba en silencio, mientras Leonor de Saldaña despotricaba, ya encendida.

—El rey está rodeado de malos, que le engañan y envenenan su ánimo. Hablan pestes de Henestrosa, pero ojalá todos fueran tan sensatos como ese hombre. Es de los pocos con cabeza en el consejo real; pero él solo no puede contra tanto mentecato. ¿No decían que la campaña iba a ser un paseo, cuestión de días? Los muy fanfarrones daban por hecho que los de Alburquerque estaban desmoralizados, que iban a entregarse sin rechistar. Y, ahora, mirad...

—Al menos, el rey no se ha lanzado a asaltos directos —reflexionó el obispo Gudiel.

—No. Aunque no sé si será por sentido común o suerte. Don Pedro es un alma inconstante, dicho sea con todo el respeto. Yo también recibo mis propias noticias, señores. Cuando la campaña se le volvió tediosa, perdió todo interés por ella. Su ardor guerrero se apagó y se fue para Valladolid, dejando a don Enrique y don Fadrique por fronteros en la zona. No me parece que ese obrar sea el propio de un rey.

—Todo indica que Alburquerque está vencido. Que lo que queda es una guerra de asedios, largos y tediosos, como bien dices —medió Palomeque—. Resulta lógico que su alteza se ocupe de otros negocios.

—Nunca ha sido bueno fiarse en exceso —refunfuñó Leonor de Saldaña.

—A Alburquerque no le quedan aliados poderosos en Castilla, su hijo está en poder del rey, él mismo exiliado en Portugal...

—Aún tiene algo a svi favor. —El aya de la reina tenía el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Que es zorro viejo y se las ha visto en muchos apuros; algunos de ellos muy feos. Hasta ahora, siempre encontró una salida a todo e, incluso, le dio la vuelta a situaciones que parecían desesperadas.

La reina Blanca se acercó al borde del parapeto, como desentendida de la discusión, paia contemplar el paisaje nevado, entre el caer de copos. Caballero y obispo cruzaron miradas, porque ya habían comentado a veces, entre ellos, sobre de las melancolías que parecían atacar a la reina.

—Mi primo trajo más nuevas —apuntó luego Gudiel.

La reina no contestó, los ojos puestos en los bosques y campos nevados, por lo que fue Leonor de Saldaña quien le animó a proseguir.

—¿Qué nuevas?

—Don Fernando de Aragón, primo del rey, se ha casado en Évora con la infanta María...

—Ay, hombre de Dios. ¿Eso es noticia? —El aya meneó la cabeza, chasqueada.

Notoria era la mejora de relaciones entre don Pedro y sus conflictivos parientes.

No sólo los bastardos; también los primos se habían ganado la confianza del monarca, y fruto de ese buen momento eran las gestiones que el segundo hizo ante su abuelo, el rey portugués, para casar a don Fernando con una infanta lusa.

—Déjame acabar, señora —repuso paciente el obispo—. Hubo escándalo en las bodas.

El aya levantó el rostro, a medias oculto por la capucha, ahora intrigada, y el otro prosiguió, contento de haberla sorprendido.

—La boda se celebró con boato digno de reyes, con muchas fiestas y torneos, y la presencia de muchos grandes de Portugal y Castilla. Enrique y Fadrique encabezaron la representación castellana. Alburquerque también asistió a las bodas y, siendo zorro viejo, como bien has dicho antes, debió de temerse que le gastasen alguna mala pasada. Pensaría que nuestros embajadores iban a acusarle ante don Alfonso de Portugal, para pedir su prisión y entrega.

»No sé si Alburquerque acertaba al recelar eso. Lo cierto es que decidió adelantarse, por si acaso. Pidió permiso a don Alfonso para hablar en público y, delante de todos, expuso su caso. Relató las persecuciones de que ha sido objeto, el mal pago del rey por años de servicios, los acuerdos rotos, la prisión de hijo y amigos. E invocó la protección del rey de Portugal.

»Al escuchar cómo tildaban a nuestro señor de desleal e injusto, en público, los embajadores salieron en su defensa. Había allí muchos castellanos y, como algunos señores y caballeros portugueses, entre ellos el maestre de Santiago en Portugal, tomaron a su vez parte por Alburquerque, subieron las voces y se formó tal alboroto que, si no acabaron a cuchilladas, fue porque el rey don Alfonso los separó, furioso por aquella ofensa a las bodas de su nieta. Exigió a todos sosiego y respeto; se apaciguaron y la cosa acabó sin sangre.

—Don Alfonso no es hombre para bromas. Si llegan a mancillar esa boda, los hace descuartizar a todos —convino Palomeque.

—Bonito espectáculo hubiese sido el de los dos maestros de Santiago, el castellano y el portugués, enzarzados a espada. —Leonor de Saldaña sonrió dura desde el fondo de su capucha—. ¿Así que ahora los bastardos, que siempre anduvieron a la greña con el rey, van de paladines suyos, dispuestos a batirse con quienes le falten al respeto? Vivir para ver.

—Así es la vida... o la política. —El obispo se encogió de hombros—. Los gemelos han sido siempre unos oportunistas. El rey ha aplastado a quienes se le oponían y afianzado su poder. Ellos, como tantos, se arriman ahora al sol que más calienta.

—Dejemos aquí la conversación. —El aya volvió su atención a la reina, que seguía asomada, aunque no se había perdido palabra—. Señora. Insisto. Es hora de entrar.

—De acuerdo. Entremos. —Blanca se apartó del borde, con expresión ausente.

Los dos oficiales de su Casa se quedaron mirando cómo ella y su aya se alejaban por el adarve cubierto de nieve. El obispo se fijó, pensativo, en el manto de pieles inmaculadas de la reina. Tenía ella la costumbre de vestir ropas albas y, por eso, el

pueblo había comenzado a llamarla La Reina Blanca, haciendo juego entre su nombre de pila y el adjetivo.

En una Castilla devastada por plagas, hambrunas y violencia, esa dama, venida de lejos para ser reina y relegada por su esposo de forma inicua, iba tomando poco a poco dimensiones de mito. El confinamiento obligado, que la tenía en cuerpo en el reino, pero invisible a las gentes, no hacía sino aumentarlo. Ya juglares y santeros iban por los caminos, loando su figura para disgusto de los oficiales reales.

—El pueblo venera a la reina —murmuró el obispo.

—Son malos tiempos. La gente necesita leyendas. —Palomeque asintió—. En las tabernas de la villa he oído hablar de la Reina Blanca y la peste negra.

—No creo que convertirla en un mito sea bueno.

—¿Por qué?

—El rey y sus consejeros temen a la reina por lo que ella encarna. Cuanto más crece su leyenda, más en peligro se encuentra.

—¿No ayudará a mantenerla a salvo? De hacerle algo...

—Más bien creo lo contrario. Entre nosotros, fiado de la amistad que hemos forjado, he de decirte que temo por la vida de la reina.

Hubo un largo silencio entre ellos, durante el que evitaron mirarse a los ojos. La nevada arreciaba y las damas habían ya desaparecido. Palomeque carraspeó, antes de soltar la pregunta que le quemaba en la garganta.

—¿Qué haremos, amigo, si el rey trata de hacer daño a la reina?

El obispo, cubierto de capa y capuchón, no movió un músculo del rostro ni cambió el tono de voz.

—Tú eres caballero bueno y yo religioso. Si llegase el caso, y Dios no lo quiera, yo obraré según mi conciencia y cuento con que tú lo hagas según honor.

No cambiaron más palabras y echaron a andar en la misma dirección que las damas, dejando el adarve librado a la nevada y el silencio.



También Pedro de Aragón conoció, al detalle, los incidentes en la boda de Évora, aunque, en esa ocasión, lo que menos le interesaban era las comidillas. Recibió las noticias en la misma playa de Barcelona, mientras supervisaba los preparativos de la expedición de socorro a los suyos en Cerdeña, a punto de partir al mando del viejo Miguel Zapata; pero lo interrumpió todo para escuchar. No en vano había seguido de cerca ese tema y hecho cuanto estuvo en su mano para impedir la boda; hasta tratar de que Pedro de Castilla retirase su apoyo a ese enlace. Todo en vano.

Pedro el Ceremonioso no podía sino ver con preocupación cómo su levantisco hermanastro, Fernando, de ambiciones al trono por todos conocidas, entroncaba con

la casa real portuguesa y, por eso la noticia, no por esperada supuso menos disgusto. Deambulaba tan adusto, por entre las galeras varadas en la playa, que la reina Leonor de Sicilia, que estaba con él esa mañana, acabó por increparle:

—¿De qué te quejas? Como tú mismo sueles decir, es el juego de la política. Pedro de Castilla casa a Fernando con la infanta María, fortalece a un aliado y, de paso, te pone en situación algo más débil. Es un movimiento malo para nosotros, sin duda; pero no cabe lamentarse. Tú, en su lugar, hubieras hecho lo mismo.

—¡Sandeces! —casi bramó don Pedro—. Yo nunca habría hecho una cosa así.

Pasó un golpe de aire fresco, agitando ropajes. La mañana era fría y clara, de cielo y mar muy azules, este último con algo de espuma en las olas. Había hormiguelo de estibadores junto a los bajeles, que llevaban los últimos abastos de las arenas a las bodegas. Pero no había nadie cerca de los monarcas y, como los guardas se mantenían a varios pasos, podían discutir con intimidad. El rey se detuvo, las manos a la espalda, la cabeza tocada con el casquete rojo, a observar la pequeña flota varada en la playa. Doce galeras, casi listas para zarpar hacia Cerdeña con quinientos ballesteros y doscientos jinetes, como auxilio inmediato, para dar tiempo así armar una gran expedición. Pero la reina insistía, distrayendo su atención de aquella playa.

—¿Cómo que tú nunca habrías hecho una cosa así?

—Pedro de Castilla es joven, en tanto que yo voy para viejo. En tramas como esta, yo veo hilos que a él aún se le escapan. Yo nunca haría más fuerte a uno que, en el futuro, pudiera llegar a ser enemigo mío; sobre todo si ya ha demostrado un talante traicionero. Es cierto que esa boda es contraria a mis intereses; pero no hay que olvidar que Fernando también puede aspirar al trono de Castilla.

—Pero sólo tiene ojos para el de Aragón. Y ahora es uña y carne con Pedro de Castilla.

—Ahora sí. Pero mañana, ¿quién sabe?

—¿Crees que...?

—Yo no creo nada. Pero, en política y familia, y más si hay herencias por medio, las lealtades cambian como las mareas. Dirán de Pedro de Castilla que es hombre receloso; pero a mí me da que, a veces, es ingenuo como un niño. Hace menos de un año, sus hermanos bastardos estaban en armas contra él y ahora son sus valedores. A cambio, les ha dado predios y soldados. Ha sido más que generoso con ellos... pero, si la situación vuelve a invertirse, ellos pueden usar precisamente tales beneficios para combatirlo.

—¿Tienes alguna información al respecto? ¿O lo has visto en los astros?

—Ni una cosa ni otra. Confío más bien en mi experiencia. Quien ya se ha rebelado, puede volver a hacerlo cualquier día.

Pasó otra ráfaga de viento. Las gaviotas se arremolinaban, aleteando y chillando, sobre las galeras. El rey observó aquel revuelo de aves blancas, recortadas contra el azul.

—Castilla es un avispero, un nido de víboras de la peor ponzoña. Peor aún que la

maldita Cerdeña, donde todos te juran lealtad eterna para rebelarse no bien te alejas dos pasos. Por nada del mundo, señora, cambiaba yo la tarea de domeñar Cerdeña por la de pacificar Castilla.

Sentado bajo un toldillo de cueros engrasados, tenso mediante vientos tendidos entre troncos de encinas, Martín Carrillo veía llover en el bosque. El agua golpeaba las ramas y hacía que los cueros resonasen como un tambor; resbalaba luego y caía a chorro por uno de los picos, más bajo que los demás. Bajo esa cubierta improvisada, se apiñaban tres hombres, para darse calor y resguardarse. Llovía con furia, hacía frío y el agua corría en regatos, abriendo surcos en el suelo del encinar. Había charcos por todas partes, de todos los tamaños, y las gotas de lluvia formaban pompas efímeras en sus superficies.

Según un dicho popular, lo que en Castilla era frío y nieve, se hacía en Portugal humedad y lluvia. Aludía a las regiones marítimas pero, en lo que a Martín tocaba, bien podía aplicarse a cualquier tierra portuguesa; porque era la primera vez que pisaba ese reino y, en dos días, no había conocido otra cosa que aguaceros y frío intenso.

Fue estando ahí sentado, bajo el cuero, procurando no tiritar, los ojos puestos en los charcos, cuando la voz de Juan de Beaumont le sacó de sus cavilaciones.

—Qué hermosa espada —alabó el navarro, al tiempo que señalaba con la cabeza a la hoja envainada que el muchacho tenía sobre el regazo—. ¿Podría verla?

—Desde luego. Un honor. —Martín asintió casi tímido, porque aquel veterano aplomado le intimidaba algo, pese a que era siempre educado y amable.

Le tendió la lobera y Beaumont, al tiempo que se ponía en pie, la tomó con las dos manos, mientras que su tercer compañero, aquel mismo portugués del asedio a la villa de Alburquerque, observaba curioso. Cerró la diestra sobre la empuñadura, hizo salir el acero de la vaina y, a la luz triste de aquel día de lluvia, estudió con ojo crítico la hoja, mientras Martín, a su vez, lo examinaba a él con disimulo.

El navarro se apartó del toldo para blandir la espada repetidas veces, sin cuidarse de la lluvia. Luego secó con esmero las dos caras de la hoja, con la manga, antes de volverla a envainar y devolvérsela a su dueño.

—Una hoja magnífica. No me tomes a mal esto que voy a decirte, pero ¿no eres muy joven para poseer una espada de tanta calidad?

—Me la legó mi anterior señor, Juan Carrillo. Él me crio en su casa y, antes de morir, me ahijó. Por eso llevo su apellido y su espada.

—¿Juan Carrillo, el hermano de Pedro Carrillo? —Beaumont ladeó la cabeza, ahora con sonrisa meditabunda—. ¡Dios! Le recuerdo de la defensa de Tarifa. Era un guerrero bien bravo.

—Era un hombre muy valiente. Y muy bueno.

—Dos cualidades que no siempre van de la mano. —Volvió a sonreír y, al reparar en la forma en que el muchacho, aterido, seguía sus palabras, se dejó llevar por un impulso—. ¿Quieres ver tú mi espada?

—Me encantaría.

Beaumont se abrió la capa de cuero engrasado, lo justo para empuñar el arma. La desenvainó y, sujetándola por el tercio fuerte de la hoja, se la tendió a Martín, que la recogió fascinado. La factura de aquella espada le resultaba extraña: larga, muy pesada, de gavilanes rectos. La estudió con ojos ávidos.

—¿Qué clase de espada es ésta?

—Una espada escocesa. —El navarro reparó en la expresión de perplejidad del muchacho—. Sabrás lo que son los escoceses, ¿no?

—Claro que lo sé. Son un pueblo del norte. —Martín, demasiado intrigado como para sentirse molesto por la pregunta, sopesaba el hierro—. Pero ¿cómo...?

—Me acompaña desde hace mucho. Décadas. Llegó a mis manos cuando tenía pocos años más que tú. —Sonriente, recobró la espada para envainarla con mimo—. En cuanto a cómo llegó a mis manos, es una larga historia.

No añadió más, cosa que no sorprendió a Martín. Era fácil coleccionar, por comentarios suyos, que había viajado y visto mucho; pero raras veces concretaba y, si alguien trataba de sonsacarle detalles, solía zafarse con aquello de que era «una larga historia».

Martín volvió los ojos al santuario, a unos veinte pasos de su refugio de cuero. Para llegar hasta allí era por lo que habían entrado en Portugal y viajado dos días bajo la lluvia, ya que fray Diego de Ribadeneira, confesor de Enrique de Trastámara, quería rezar en ese lugar santo, próximo a la villa de Estremoz. Se había puesto en camino tras conseguir licencia del conde y, como buen franciscano, desdeñaba tener sirvientes, por lo que sólo le acompañaron tres guardas. Y, para gran orgullo de Martín, Pedro Carrillo consiguió que él fuese uno de esos tres.

Viajaron los cuatro en mulas, más resistentes y útiles en caminos embarrados. Fue la primera vez que Martín se apartaba de la vera de su señor y, aunque la distancia no era larga, ni eran de temer grandes peligros, no cabía en sí de gozo, ya que suponía su reconocimiento como hombre de armas. A la postre, aunque fue una aventura tan aburrida como incómoda, pródiga sólo en lluvia y fatigas, Martín no se la hubiera perdido por nada del mundo.

Si el primer día de viaje estuvo pasado por agua, el segundo fue como transitar por el diluvio. Su periplo les llevó no a la villa de Estremoz, sino a un encinar, guiados por el portugués, que conocía esos parajes, donde Martín no tardó en desorientarse por culpa de los vericuetos del camino, los árboles y la lluvia. El encinar tenía ese aire lúgubre de los bosques de hoja caduca en invierno, los días inclementes, más cuando el ánimo de los viajeros iba ya resentido por la luz plomiza y tanto aguacero.

La lluvia se tornaba a veces aguanieve y el aliento de hombres y bestias formaba



nubecillas de vapor. Martín estaba calado, aterido y, para colmo, cuando llegaron al santuario, resultó ser poco más que un chozo. No sabía qué esperaba encontrar; pero, desde luego, no una cabaña circular, con base de piedra, paredes de barro y techo de paja, rematado con una cruz de madera, grande y tosca.

Por algunos comentarios captados durante el viaje, Martín sabía que existían varios santuarios irregulares dispersos por el campo de Estremoz, levantados por el fervor popular y tolerados por el obispo. En todos ellos, se rendía culto a la santa Isabel, esposa del viejo rey Dinis de Portugal. Una reina nacida en Castilla, con fama de santidad ya en vida y que, tras su muerte allí mismo, en Estremoz, a donde llegó enferma tras una peregrinación, se había convertido en una figura mítica en la comarca.

Ese santuario no era el más famoso, ni el más concurrido, ni tenía santero que lo cuidase, aunque se le atribuyesen —como a todos— curaciones milagrosas. Cuando Martín entró a curiosear, aprovechando una de las salidas de fray Diego —que se había encerrado dentro, a rezar—, se llevó otro chasco, ya que era tan pobre por dentro como por fuera, sin otro adorno que un altar de piedras y una imagen en madera de la santa, tallada y pintada con más piedad que pericia.

Pero ahora fray Diego estaba dentro y Martín fuera, bajo el toldillo. Se oía el rumor incesante de la lluvia, el tamborileo de la gotas, el murmullo del agua corriente. Olía a humedad y, a través de la entrada sin puerta del santuario, se escapaba un resplandor amarillo, muy tenue, producido por los cirios encendidos a la santa.

Juan de Beaumont, que se había vuelto a sentar, su propia espada también sobre las rodillas, para que no le estorbase, alzó de golpe la cabeza, como un perro guardián que hubiese captado algo. Un instante más tarde, Martín y el portugués oyeron cascos chapoteando en el barro, un relincho, y a los pocos instantes, pudieron distinguir, entre los troncos y la lluvia, a dos figuras encapotadas que se acercaban a lomos de mulas. Martín hizo amago de levantarse, pero Beaumont le retuvo con una mano, pesada como la piedra, sobre el hombro.

—Quieto, chico, que no pasa nada.

El navarro apartó los ojos de los dos jinetes para ponerlos en la superficie de un gran charco, roto una y otra vez por las gotas de lluvia. El portugués no se había inmutado, porque fiaba mucho de Beaumont, y Martín se relajó también, viendo a esos dos veteranos tan calmos. Alejó la mano del puño de la espada, a dónde se le había ido sin pensar y, al hacerlo, reparó algo asombrado en que, de a poco, iba desarrollando los reflejos propios del oficio de las armas.

—¿Peregrinos?

—De la misma clase que nosotros. —Beaumont esbozó una sonrisa, en ese momento incompresible para Martín.

Los dos recién llegados vestían capas y capuchones, y los jaeces de sus mulas eran sobrios. Pese a lo tapados que iban, algo en su porte les señalaba como hombres hechos a las armas. Uno de ellos, al verlos bajo el toldillo, les saludó con una voz, pero

Martín no pudo decidir si era portugués o no.

Ellos devolvieron la cortesía y, a los gritos, fray Diego asomó a la puerta del santuario. Era anciano, flaco, fuerte de mente y frágil de cuerpo; vestía manto grueso sobre el hábito franciscano y, aun así, se le veía aterido, porque acusaba ya los muchos años. Se quedó en el umbral, a resguardo de la lluvia, las manos en las mangas del manto, con el resplandor de las velas a su espalda. No se le veía nada sorprendido, como si hubiese estado esperando una visita así.

Los otros bajaron de las mulas; uno se hizo cargo de las riendas, en tanto que el otro iba al encuentro del franciscano, chapoteando en el barro con sus botas. Cuando se echó atrás el capuchón, para abrazar sin estorbos al fraile, Martín casi dio un bote.

—¡Por Cristo! ¡Pero si ése es Alburquerque!

—Sí... es él. —Aunque más tranquilo, el portugués estaba igual de intrigado.

Tras cambiar unas palabras, magnate y religioso entraron en el chozo. El acompañante del primero, sin duda un guarda de confianza, tras amarrar las caballerías a unos arbustos, se resguardó bajo una encina de ramas gruesas. Beaumont le invitó por gestos a cobijarse con ellos, pero el otro declinó con la cabeza.

—Martín, muchacho —sonrió Beaumont—. Cierra la boca, no sea que se te cuele el demonio.

—Pero ¿qué está pasando aquí?

Aunque no estuvo en las bodas de Évora, conocía al dedillo los altercados de aquel día, y el papel destacado que desempeñó don Enrique a la hora de plantar cara a Alburquerque. Y ahora, de repente, ante sus mismos ojos, allí estaban el propio Alburquerque y el confesor del conde, encontrándose en gran secreto.

—Creo que está muy claro. —El tono de Beaumont era amable.

—No para mí.

—Esto que ves es una reunión; para hablar, supongo. ¿No dicen que hablando se entiende la gente?

—Pero esto es traición.

—Vigila esa lengua. —Sonrió, para quitar hierro a lo dicho—. La palabra *traición* no se aplica a los ricos hombres, chico. En su caso, hay que hablar de *política*.

El portugués, hasta entonces también desconcertado, se echó a reír, mientras que Martín guardaba silencio, aún confuso. Un rato antes, al colarse en el chozo, pensaba en lo paradójico que era que un maestro en teología como fray Diego peregrinase a un santuario de esa calaña. Supuso que era una confirmación más de aquel dicho sobre que los hombres estaban llenos de contradicciones, y no le había dado más vueltas. Pero, ahora, descubría de golpe que aquel viaje no era sino una excusa. Beaumont seguía hablando:

—Los poderosos hacen pactos y los rompen, según les conviene. Eso no es asunto tuyo ni ha de importarte. Ellos no se cuidan de ti, ni tú has de cuidarte de ellos. Tu primer objetivo ha de ser seguir con vida. Vivo, podrás progresar más o menos. Muerto, no tendrás nada; eso lo puedes jurar... y, esto que estás viendo, no deja de

tener un lado positivo para ti.

—¿Por qué?

—Porque, como todos los jóvenes, debes tener ganas de acción y lucha. Supongo que sueñas con grandes hazañas, como éste y yo hicimos en su momento. —Sonrió con tolerancia—. Pues, chico, visto que Albuquerque y el conde están en tratos, vamos a tener acción más que de sobra, y a no mucho tardar. Y por Dios que de buena gana te regalaba yo mi parte.

El hombre de armas portugués estalló en carcajadas, secundado enseguida por Beaumont, en tanto que Martín trataba de sonreír, mientras se prometía, en lo sucesivo, no traslucir, de forma tan clara, lo que se le pasaba por la cabeza.

Si Fernando de Ayala fue a buscar a su hijo Pedro en los alrededores de la catedral fue porque, conociendo sus costumbres, suponía que habría asistido a la misa más temprana, la que se da antes del alba. No erraba; le descubrió entre los fieles que salían, resguardándose con capas y mantos contra lo helado del amanecer, caminando con el aire absorto del que anda en sus propios pensamientos. Vestía ropas negras talares, que le daban aspecto de erudito, roto por la espada al costado y la cofia de soldado en la cabeza. Fernando no pudo evitar sonreírse ante esa estampa, reflejo de lo contradictorio de su hijo, espejo a su vez de su tiempo; tan religioso como mujeriego, tan amigo de estudios como de cargos públicos.

Pedro se detuvo, sorprendido al encontrarse allí con aquel hombre recio que ya iba entrando en años, cubierto con ropas de viaje y goleta de grandes orejeras, custodiado por un vizcaíno flaco, de grandes barbas y aspecto sombrío, que era su guarda personal desde hacía casi diez años. El viejo Ayala —así le llamaban desde que su hijo comenzase a brillar en el firmamento de la corte, aunque a él tal apodo hacía que le llevasen los demonios— sonreía ante el asombro pintado en su rostro. Y Pedro, tras el primer momento de estupor, se adelantó, pisoteando la nieve, para abrazarle.

—Mejor no hablamos aquí. —Fernando, consciente de estar rodeados por los devotos que salían de misa, y de que había espías por todas partes, impidió cualquier pregunta de su hijo—. Vamos a pasear, que hace frío y así entramos en calor. Si es por alguna zona poco concurrida, mejor. Guía tú, anda, que conoces Valladolid mejor que yo.

Se alejaron de la catedral, padre e hijo del brazo, el guarda unos pasos más atrás. No tuvieron que saludar a nadie, ni entretenerse a conversar, ya que eran pocos los personajes de alcurnia que, a esas horas y con ese clima, se levantaban a oír misa. Anduvieron con cuidado, hollando nieves caídas esa misma noche. No nevaba ya, pero soplaba viento gélido del norte que agitaba ropajes, helaba el rostro y comenzaba a congelar ya el suelo. Nubes negras recorrían el cielo, en alas de ese viento norte, amenazando con volver a descargar en cualquier instante.

—¿Qué haces en Valladolid? —Perplejo, el joven Ayala comenzó a atosigar a su padre con preguntas, no bien se hubieron alejado unos pasos de la catedral—. ¿Cuándo has llegado? ¿Por qué no me avisaste de que...?

Su progenitor, sonriendo, alzó unas manos enguantadas para protegerse del chaparrón verbal.

—Llegué ayer a última hora. No te avisé porque fui directo a entrevistarme con el

rey. No he venido por capricho, hijo, sino con una cuestión muy delicada entre manos.

—¿Delicada? ¿Qué ocurre, padre? —El viento le agitaba el ropón negro, y él se encasquetó más la cofia, para protegerse mejor del frío.

—De momento nada, pero ocurrirá. Estoy seguro de ello y quise poner al tanto a don Pedro. Lo creí mi deber, así como lo más prudente... pero ya no estoy tan seguro.

El viejo Ayala parecía disgustado y su hijo, que le conocía, no insistió de momento, sabedor de que esa forma suya de hablar —que mezclaba silencios con frases poco hilvanadas— era habitual en él cuando trataba de ordenar ideas. Así, a los pocos pasos Ayala padre preguntó:

—¿Qué se cuenta en Valladolid sobre la guerra con los de Alburquerque?

—Aquí les dan ya por vencidos. El maestre de Calatrava está preso, Alburquerque en Portugal y sus castillos sitiados. Es cuestión de tiempo que caigan, o se rindan, uno a uno.

—Los enemigos del rey arrinconados, sí... así parecían estar las cosas. —Fernando de Ayala meneó despacio la cabeza—. Pero tengo informaciones que indican que todo esto va a dar un gran vuelco. Por eso he venido a toda prisa a Valladolid, y con tanto secreto: para advertir a don Pedro.

—Suenan alarmante. ¿Puedes comentármelo?

—Por supuesto —bufó, y el aliento le formó una nubecilla blanca—. El día en que no pueda confiar en mi propio hijo, más me valdrá estar muerto. Escucha: el rey ha sido un ingenuo al fiarse tanto de sus hermanastros; les ha dado demasiado poder, y ahora van a volverlo contra él. Enrique y Fadrique, que en teoría tienen en jaque a las plazas de Alburquerque, están negociando con éste para unir sus fuerzas contra el rey.

Pedro de Ayala, el ropón negro chasqueando al viento, se detuvo en seco.

—¿Qué certeza hay de eso, padre?

—Mucha, me temo. Y aún hay más: otro de los hermanos del rey, Tello, anda también dando pasos turbios. Hombres suyos han estado tanteando a los Parientes Mayores vizcaínos... fue así como tuve la primera noticia de esta conjura, gracias a algunos buenos amigos de Vizcaya.

—Si fuese cierto...

—Yo no tengo dudas de que lo sea. Tello es un intrigante; seguro que trata de sacar provecho sin quemarse los dedos; pero los gemelos parece que ya están metidos a fondo en la idea de guerrear contra el rey. No sé si la conjura llegará a cuajar, pero es seguro que ya está en marcha, y por eso quise alertar a don Pedro. —Se golpeó las manos enguantadas, lleno de frustración—. Tuve una entrevista privada con él anoche. Se mostró cordial conmigo, me escuchó atento... y nada más. Me agradeció los desvelos, pero su respuesta fue que ya había oído rumores similares. Que todo se debía a que sus hermanos están negociando con los alcaides rebeldes, y que eso es lo que ha dado pie a las malas interpretaciones.

Hizo una pausa, sombrío.

—Así que no he conseguido nada con este viaje... excepto quizá meterme en un buen apuro.

—¿Por qué?

—Porque si esta gestión que he hecho llega a oídos de los Trastámara, me veré en posición desairada.

Pedro asintió, los labios fruncidos. Los Ayala tenían enemigos jurados en Vizcaya, pues, sólo tres años antes, el cabeza de familia había ganado las Encartaciones para el rey don Pedro, tras batir a todo un ejército de vizcaínos, partidarios de Nuño de Lara. No era agradable la idea de que, ahora, las huestes de Tello pudiesen caer a sangre y fuego sobre las posesiones alavesas de la familia.

Se habían ido alejando de la catedral, entre el silbido del viento y copos sueltos de nieve, para cruzar una barriada que mostraba los estragos de la gran peste, ya que se veían algunas casas abandonadas, desprovistas de puertas y contraventanas, con tejados hundidos e incluso paredes derrumbadas; ruinas, algo ennoblecidas ahora por el blanco de la nevada.

—Estoy pensando en hablar con Henestrosa —abundó, reflexivo, Fernando de Ayala—. Contarle todo. Es cabal y tiene ascendiente sobre el rey. Quizás él pueda convencerle.

—Si hay una conjura en marcha, es posible que ya sepa algo. Pero no sé si en estos momentos serviría de algo recurrir a él.

El viejo Ayala frunció el ceño. Era público el enfriamiento de relaciones entre el rey y su amante María, lo que hacía que muchos se preguntasen cuánto tiempo conservarían los Padilla sus influencias y oficios, y llevaba a algunos a apartarse por prudencia.

—No me digas que Henestrosa ha caído en desgracia.

—Yo no diría tanto. Más bien parece que don Pedro le evita, como hace a veces con ciertas situaciones incómodas.

Una sonrisa de desdén le colgaba de la boca, lo que arrancó una mueca adusta a su padre.

—Al grano, hijo.

—Bueno. Creo que hay novedades que ignoras. El rey anda en un negocio que, de momento, no es muy sabido; aunque no creo que tarde en serlo. Algo de consecuencias difíciles de prever, que absorbe toda su atención y que puede explicar, en parte, la desidia con la que te ha atendido...

—Basta de rodeos —gruñó el viejo Ayala, que no tenía paciencia para la retórica—. ¿Qué ocurre?

—Que el rey no tiene ojos ni oídos más que para doña Juana de Castro.

—¿Eh? —Le miró desconcertado un instante, antes de torcer el gesto—. ¡Bah! ¡Asuntos de faldas! El rey se enfría con María de Padilla y se encandila de otra dama. Así ha sido siempre.

—No es tan sencillo, padre. —Se sujetó el ropón negro, contra el viento—. No es

sólo que ande tras otras faldas. Es como si hubiera perdido la cabeza por esa mujer. De un tiempo a esta parte, no parece pensar en otra cosa que en ella. No se cuida de nada, no sigue más que sus pasos y, a mi entender, pudiera ser el motivo por el que no presta la atención debida a la guerra.

—Malo. —Agitó la cabeza, también incomodo por las ráfagas heladas—. Si algo ocurre una vez, pueden ser muchas las causas. Pero si pasa lo mismo dos veces seguidas, ya no es casualidad. Tenemos un rey al que le pierden las mujeres y eso es mal negocio. Sobre todo si descuida sus intereses y los del reino por andar con su amante.

—Ese es el problema: que Juana de Castro no es su amante.

Fernando de Castro se detuvo y miró a su hijo, exasperado.

—O yo soy tonto o tú no te estás explicando como debes.

—Lo que te cuento son rumores, aunque de buena fuente. —Pese a la irritación creciente de su padre, no pudo ahorrarse una pausa dramática—. Don Pedro pretende casarse con Juana de Castro.

—Pero ¿qué estupidez es ésa? —Silabeó la pregunta, como quien descarga martillazos sobre el yunque.

—Ninguna estupidez, por desgracia. Cuando te decía que el rey ha perdido la cabeza por Juana de Castro, no era metáfora. La conoció aquí, en Valladolid, y ahora es como si no hubiese nadie más en el mundo. Ella se ha dado cuenta de que el rey come de su mano de que estaría dispuesto a lo que fuese con tal de conseguirla. Es ambiciosa y sabe jugar: no se le ha entregado, con lo que ha conseguido encender aún más al rey. Si lo que me han contado es cierto, ella exige entrar en su cama como reina de Castilla.

—¿Y él ha accedido?

—Eso parece.

—¡Los santos nos asistan! —casi bramó, entre el silbido del viento. Tuvo que reprimir las ganas de llevarse las manos a las sienes—. No gobierna un rey con nada en la cabeza... o demasiado entre las piernas.

Su hijo, alto y ahora sombrío, envuelto en el ropón negro, no pudo por menos que asentir. El viejo Ayala, luego de unos instantes de silencio, prosiguió en tono más reflexivo.

—Pero don Pedro está casado. Castilla ya tiene reina, y eso es algo que nadie, ni siquiera él, puede cambiar.

—Algo debe de estar tramando. Por lo visto comentó, durante una partida de dados, que todo tiene solución, incluida la cuestión de su matrimonio con doña Blanca. Esas fueron sus palabras.

El viejo Ayala sintió ahora que le corría sudor por el cuerpo, pese al frío. Se arrebujó en sus ropas de viaje, estremecido.

—Por Cristo. Espero que no se le ocurra causar ningún daño a la reina —musitó.

—Yo también lo espero. Después de todo, la afirmación la hizo en el curso de una

partida. Ya sabes: la sangre caliente, el vino corriendo, la lengua suelta...

—¿Cómo se tomará el reino esto, si sigue adelante?

—Correrá la sangre. Los señores andan levantiscos, molestos porque los Padilla acaparan los oficios mayores, y el pueblo soliviantado, por culpa de la peste, las malas cosechas y la carestía. El otro día, alguaciles del merino colgaron a un pobre cabrero que andaba profetizando grandes males para Castilla si don Pedro no volvía con su esposa legítima.

Reanudaron el paseo en un silencio lúgubre. La nieve crujía bajo sus botas y el viento silbaba en las esquinas, haciendo batir cuanto no estuviese amarrado. Los ojos del viejo Ayala se posaron en un lienzo de pared, resto de lo que fuese una casa, y su expresión se tornó aún más sombría al advertir que, contra ese muro, se recostaban varios cadáveres, medio cubiertos de nieve.

Se acercó a examinarlos, seguido de su hijo y el guarda. Un varón, una mujer, un viejo y tres niños de corta edad, apiñados. Debieron resguardarse contra esa pared muy juntos, como los perros, para darse calor. Por lo ennegrecido de los cuerpos, debían de llevar ya tiempo allí. El viejo Ayala meneó la cabeza. Ciudades y villas estaban llenas de refugiados del campo, fugitivos del hambre y la violencia. Unos se acomodaban y otros sufrían finales miserables en las callejas sembradas de inmundicias.

—Son malos años —apuntó filosófico su hijo, viéndole el gesto amargo.

Fernando de Ayala estaba recordando su viaje hacia Valladolid, entre tormentas de nieve. Había cruzado aldeas abandonadas, visto más muertos junto al camino, para pasto de alimañas, y, más de una vez, sus compañeros y él habían tenido que echar mano de las armas para rechazar a los lobos que, tan hambrientos como los humanos, corrían los campos blancos en grandes manadas.

—Malos, sí —convino con un suspiro—. Muy malos.



Las choperas junto al Pisuerga eran lugares despoblados en invierno, pese a su cercanía a Valladolid. No había frutos ni mucha leña que recoger, ni caza, y a veces los lobos se llegaban hasta esos parajes. Vagabundos y maleantes preferían otras espesuras para reunirse y era harto difícil, en época invernal, cruzarse con nadie, lo que las hacía idóneas para encuentros discretos. Por eso se citaron allí, una vez más, el rey don Pedro y Juana de Castro.

Se reunieron a la hora sexta, tras dejar atrás a sus escoltas, fuera de la vista pero al alcance de un grito. Algo que, además de darles intimidación y permitirles hablar sin testigos, suponía un alivio para don Pedro, consciente de hasta qué punto le hacía bailar aquella mujer a su capricho.



Bailar ni siquiera era metáfora porque, como en otras ocasiones, Juana de Castro se había mostrado tan juguetona como esquiva, sabedora de tener al rey en un puño. Cubierta con manto y capuchón de pieles, se movía con pies ligeros por la arboleda nevada, obligando a Pedro a girar alrededor de los troncos, que ella interponía de continuo entre ellos, a modo de juego.

—Nunca, nunca seré amante de rey —afirmaba de continuo, con chispas burlonas asomando a sus ojos verde gato, desde el fondo de su capucha de pieles—. O reina o nada.

—Reina. Tienes mi palabra.

Pedro, desplazándose a su compás por entre los chopos, le seguía el juego a disgusto, de la misma forma que la seguía en ese otro, más espinoso, de sus ambiciones. El rey vestía manto corto de pieles, que remataba unos dedos por encima de las rodillas, para mayor libertad de movimientos, y se tocaba con un gran gorro de orejeras, también de pieles. Tan tapados iban los dos que si alguien, por un casual, hubiese acertado a pasar y verles entre los árboles pelados, sólo con gran dificultad hubiera llegado a reconocerlos.

—Ya conocéis el dicho, alteza: palabra de rey, palabra de nada.

Juana de Castro sonreía al dar esas respuestas, para suavizarlas así un poco, y Pedro no conseguía enfadarse, o siquiera encontrar réplica adecuada. Entre los hombres de su cámara, había un aventurero de oriente; el tártaro Zorzo, al que había reclutado en Sevilla, un poco por su habilidad con las armas, un poco por su carácter, un poco por lo exótico que era. Gustaba de contar sobre sus correrías y, alguna vez, entre dados y jarros de vino, había hablado de la locura de sed que sufren los náufragos que, tras días a la deriva, cometen el error de beber agua de mar. Quien eso hace, no consigue aplacar la sed sino, al contrario, sufrir cada vez más ansia. Y así se sentía don Pedro tras cada nuevo encuentro con la dama; con mayores deseos de volver a estar con ella.

—Las palabras, señor, son sólo eso: palabras. —Ella volvió a reírse, sin dejar quietos los pies. Tenía esa belleza casi mágica que adornaba a algunos de los Castro: rasgos delicados, piel fina, ojos verdes... también la ambición que se les achacaba a todos ellos. Y, en su caso, vino malicia natural que no conseguía sino añadirle encanto.

—Ya está todo arreglado —respondió él, hosco—. Antes de la primavera serás reina.

Hollaban con su danza la nieve caída la noche antes. No se oían apenas ruidos en la arboleda: algún relincho lejano, el rumor del agua del río, el crujir de la nieve bajo las botas; poco más. Juana de Castro, sin detenerse, escudriñó el rostro del rey desde las honduras de su capucha. Se habían conocido en Valladolid, cuando las malhadadas bodas, y luego hubo otros encuentros, en los que ella pudo leer en él como en un libro abierto. Cuando rechazó sus avances, él había porfiado; puede que por capricho, flechazo o por costumbre de hacer siempre su voluntad. Y así se habían

embarcado en un tira y afloja que, con rapidez, se convirtió en un torbellino que podía acabar, para asombro de la propia interesada, con una corona real sobre las sienes de doña Juana.

—Reina de Castilla —precisó ella con sonrisa amable— significa para mí bodas reales, y ser proclamada como tal.

—Eso mismo entiendo yo.

—¿Y doña Blanca?

Pedro frunció el ceño, como siempre que le mencionaban el nombre de su esposa francesa.

—Ella no será obstáculo.

—Señor. —Juana seguía sonriendo, pero ahora hablaba con voz seria—. No deseo una corona ensangrentada.

—¿Quién habla de sangre? —Dejó entrever una sonrisa de lobo—. Dos obispos, reputados teólogos, están dispuestos a declarar nulo mi matrimonio.

Ella detuvo en seco su danza entre los chopos.

—¿Habláis en serio, alteza?

—Lo juro. Los obispos de Ávila y Salamanca van a proclamar la nulidad. Una vez hecho eso, seré libre de casarme contigo.

Ella clavó sus ojos verdes en los ojos del rey, como si buscara en ellos la veracidad o falsedad de sus palabras. Él aguantó el escrutinio con una mueca casi feroz que era involuntaria; porque, en presencia de Juana de Castro, por algún motivo, se sentía tan torpe como un patán.

—Muy bien, señor. —Ella meneó despacio la cabeza encapuchada—. Os tomo la palabra.

—Lo de la nulidad irá rápido. Así que tu tío Enrique y mi amigo Men de Sanabria pueden ir ya negociando arras, dote y demás detalles. Confío en que no tarden en llegar a un acuerdo satisfactorio para ambas partes.

—Me parece bien. En vuestras manos, las de los obispos y nuestros representantes lo dejo, entonces, todo. Yo me voy a mi villa de Cuellar, a esperar noticias vuestras.

Se apartó, sin que el rey hiciese intención de retenerla, para alejarse por entre los troncos, en busca de su escolta. Tras unos pasos, se volvió para poner por última vez sus ojos verdes en los del rey.

—Y, recordad, señor. O reina o nada.

Ya de noche cerrada, con la gente de bien recogida en sus casas, o al calor de posadas y tabernas, las callejas sin luz libradas a las rondas y los perros sueltos, una comitiva, de a pie y a caballo, se presentó ante la vivienda de un médico morisco, afamado en toda Zaragoza. A pie iban dos esclavos con antorchas, así como tres ballesteros con sus armas sobre el hombro, y a caballo, media docena de hombres. Aquellos vecinos que aplicaron el ojo a las ranuras de puertas y contraventanas pudieron más tarde jurar que ninguno lucía blasón de ninguna clase.

Soplaba un viento invernal que alborotaba las llamas de las teas y hacía volar chispas en la negrura. Pasaban nubarrones por el cielo nocturno, velando a intervalos a la luna. Aquellos mismos curiosos que espiaban desde sus casas, alertados por los relinchos y piafar de caballos, contaron luego también que, aunque uno de los ballesteros se hizo intención de llamar a la puerta del físico, no tuvo tiempo de ello. Alguien, que debía estar al acecho, franqueó el paso, aunque sólo uno de los de a caballo desmontó para entrar. Los demás se quedaron fuera, con las ropas aleteando a cada ráfaga, soportando el castigo del viento y el frío.

Se notaba que el visitante era hombre de calidad, pero los vecinos tardaron días en saber que se trataba del mismísimo infante Pedro de Aragón, tío del rey. Esa visita nocturna fue la comidilla durante largo tiempo, en toda Zaragoza; se especuló mucho, pero nadie supo decir, a ciencia cierta, qué dolencia podía haber llevado al mesurado infante a casa del físico, a horas tan destempladas.

Y más rumores se hubieran desatado de haberse sabido que, al otro lado de la puerta, no le aguardaban domésticos, sino el propio dueño de la casa. Y que él mismo, lámpara en mano, guio a su ilustre visitante hasta una sala para, tras tocar con los nudillos, entornar la puerta y besarle las manos, retirarse discreto.

El infante se quedó un momento fuera, mientras el físico se alejaba con la lámpara, dejándole a oscuras, antes de sujetarse ropón bajo la capa, con la zurda, y entrar. Le aguardaba un hombre añoso, de aire digno, hopalanda de buenos paños y casquete azul: Bernal de Cabrera, que se había incorporado al oír la puerta, y que se adelantó ahora presto a saludar al llegado; un varón también entrado en años, recio, de barba espesa y gris. Tras estrecharse las manos, no perdieron tiempo en formalidades, tanto por conocerse desde hacía décadas como porque el infante era poco cumplido, a diferencia de su sobrino, el rey. Además, le comía la curiosidad y no pudo por menos que confesarle a Cabrera:

—No habría venido, de no ser tú y saber que no obras a la ligera, ni haces perder

su tiempo a la gente.

—Y yo no te hubiera pedido esta reunión, señor, si no tuviese razones de peso. En cuanto a las horas y la forma, te ruego benevolencia, pero es vital la discreción.

—Por san Jorge que no veo nada de discreto en esto. —El infante se despojó de la capa, para dejarla sobre una mesita—. Venir en plena noche a casa de un físico. Mañana, medio reino andará preguntándose qué mal me aflige.

—Esa era mi intención. —Cabrera se permitió una sonrisa—. Si todos se ponen a hacer cábalas sobre tu estado de salud, nadie sospechará que has venido por una razón bien distinta.

El otro que, tras librarse de la capa, se frotaba las manos, se quedó inmóvil por un momento, observando a su interlocutor a la luz de las velas, antes de romper en carcajadas.

—Eres un zorro. Siempre te he envidiado esas mañas.

Cabrera, la sonrisa todavía en los labios, le invitó a tomar asiento en una de dos sillas dispuestas ante un brasero. El infante no se hizo de rogar y, tras sentarse, tendió las palmas hacia los carbones al rojo, satisfecho.

—No me place salir de noche, y menos con este tiempo del demonio. Despachemos rápido, que ya sabes que soy de los que se acuestan con las gallinas.

Cabrera, que también se había sentado, asintió.

—Sabrás, señor, de las mudanzas que agitan a Castilla. Algunos de los hermanastros del rey don Pedro le han traicionado y vuelto sus armas contra él. La rebelión de Alburquerque, que parecía liquidada, cobra ahora nuevas fuerzas...

—¿Quién no sabe eso, si ha sido más que sonado? Pero no veo en qué toca a los negocios de Aragón, y yo ando más que atareado, ahora que tendré que ocuparme de la regencia.

—Es una tarea absorbente, señor, y por eso es fácil que se te pasen por alto ciertos detalles quizá vitales. Lo que ocurre en Castilla es que ha estallado una conjura con más ramas, y de más calado, de lo que parece a simple vista... y que puede acabar por afectar a Aragón.

Hizo una pausa dramática, para dar más énfasis a sus palabras. El infante, pese a su impaciencia por volver a palacio y meterse en la cama, le invitó con un ademán a proseguir, pues ya conocía la forma que tenía Cabrera de exponer las cuestiones, aparte de que comenzaba a sentir curiosidad y una pizca de inquietud. Cabrera, los codos sobre las rodillas, enlazó los dedos, pensativo.

—Pocos tienen tantos contactos y amigos en Castilla como yo. Tampoco le prestan la atención que yo le presto. Y, sin embargo, he tardado en hacerme una idea de la conspiración que se fraguó a primeros de año contra Pedro de Castilla. Pasará bastante tiempo antes de que pueda atar cabos sueltos y deducir quiénes han sido cómplices de la misma, por qué, y qué pretendía cada uno.

»Lo que sí creo saber ya es cómo se ha originado todo. En esta ocasión, don Pedro ha sido un incauto y sus hermanos se han portado como traidores de la peor calaña.

Dos de ellos, los gemelos, se han rebelado de forma abierta y parece que un tercero, Tello, se mantiene a la expectativa, lo que no me sorprende, sabiendo cómo es. Me gustaría recalcar que, en esta rebelión, es Enrique el que lleva la voz cantante, por lo que he podido averiguar. Siempre fue el preferido de su madre y, de año en año, no ha hecho sino ganar ascendiente sobre los demás hermanos.

Se inclinó un poco para, también él, alargar las manos hacia el brasero.

—Enrique. Enrique es el personaje que hay que vigilar, de cara al futuro.

—En Castilla parece ser tradición que los parientes del rey se rebelen contra él. — El infante sonrió—. Y que él, a su vez, elimine sin pestañear a los más conflictivos. No es que algo así sea desconocido en Aragón, pero en Castilla se ha vuelto moneda demasiado común.

—Esta vez, no se trataba sólo de mermar el poder real. Se llegó a fraguar una alianza que tenía como objetivo arrebatar el trono a don Pedro.

—Pero ¿qué dices, amigo? —El infante alzó la cabeza.

Cabrera asintió, sin sorprenderse por la reacción del infante. Aun volcado en preparar la ofensiva contra Cerdeña, no había descuidado informarse sobre lo que ocurría en el resto de reinos hispánicos, Francia, Italia o norte de África. Por eso, en una corte absorta en su política mediterránea, él era casi el único que sabía lo que se guisaba en pucheros tan lejanos a los intereses aragoneses, en esos instantes, como Portugal.

Cabrera no entendía del todo cómo Pedro de Castilla, a veces tan desconfiado como las fieras, había dado tanto poder a los bastardos, tras tantos años de recelos, odios e incluso muertes. Tal vez la ruptura con Alburquerque y la frialdad de su madre le habían dejado en un desamparo moral que le llevó a apoyarse en la parentela: hermanastros y primos. Si así era, mal báculo se había buscado para terrenos resbaladizos.

—Pedro de Castilla, que es impetuoso, tal vez más de lo que conviene a un gobernante, empezó muy bien su campaña contra Alburquerque. Arrolló a sus enemigos y algunas plazas importantes se le rindieron sin resistencia. Pero, luego de eso, se desentendió de la guerra. Dejó por fronteros a los gemelos y a Juan de Villagei~a, un hermano bastardo de Maria de Padilla, y se volvió a Valladolid. Con esa tendencia suya al exceso, pasó del odio ciego contra los Trastámara a la confianza igual de ciega..., llaman en Castilla «los Trastámara» a todos los bastardos, por el título de don Enrique.

—Lo sé. Indica, sin duda, quién lleva ahí la voz cantante.

—También sabrás que don Pedro casó a don Tello con doña Juana de Lara, hija mayor del difunto señor de Vizcaya y Lara. Eso le convirtió en señor de esas tierras por matrimonio. Sin duda, en los últimos tiempos, don Pedro ha sido demasiado generoso con sus hermanos.

—Los excesos se pagan, igual que los errores. Pero ¿por qué se han rebelado ellos? Aparte de suponer una ingratitud, es absurdo que muerdan la mano que les dio y que,

es de suponer, aún había de darles más.

—Quizá temían que los vientos cambiasen y perderlo todo. Los allegados a su concubina, a los que en Castilla llaman los Padilla, acumulan cada vez más estados y oficios, y los bastardos veían con disgusto ese ascenso. Disgusto y puede que miedo, por si las tornas se volvían contra ellos en el futuro. No sabría precisar cuándo comenzaron sus tratos con Alburquerque; pero, sin duda, no se habrán arreglado de un día para otro. Estos negocios requieren tiempo.

—Aquel incidente en Évora, cuando casi se liaron a cuchilladas... ¿no sería una argucia para enmascarar que ya estaban en tratos?

—Es posible. Pero no tengo certeza de ello y te he pedido esta entrevista para hablar de lo que sé, no de lo que supongo.

—Prosigue.

—Alburquerque estaba en situación más que apurada hasta hace bien poco. Sus hombres acorralados y él en el exilio. Pero, a lo que se ve, al viejo lobo le quedaban mañas, y ha sabido explotar la ambición y los miedos de los bastardos. Sé de buena fuente que el trato se cerró en una entrevista entre Alburquerque y el confesor de don Enrique, en Portugal. Luego de ese encuentro, la conjura se puso en marcha.

»Secuaces de los Trastámara capturaron por sorpresa a Juan de Villagera, al que el rey había hecho nombrar comendador mayor de Santiago en Castilla. Villagera tiene pocos apoyos dentro de la orden, y al maestre don Fadrique no le costó nada prenderle en secreto. Una vez neutralizado Villagera, los gemelos se vieron con Alburquerque cerca de Badajoz, al otro lado de la frontera.

»A partir de ahí, todo se precipitó, porque ya iban siendo muchos los que olían a chamusquina. Doña María, la madre de don Pedro, estaba por esas fechas en Portugal y se enteró de lo que ocurría. Temerosa de que su hijo creyese que ella tenía algo que ver con la conjura, puso distancia por medio. Se fue a Portalegre y evitó cualquier contacto con Alburquerque, al que no dejó nunca de apoyar durante el último año. Algunos nobles, tanto portugueses como castellanos, habían también sido avisados de que algo feo se cocinaba, y más de uno intentó que don Pedro abriese los ojos. Pero él no les prestó atención, o no quiso creerlos.

—Son aguas turbias en demasía. ¿Cómo es posible que ese mozo, que mandó ajusticiar a grandes de Castilla por simples sospechas, haya hecho en esta ocasión oídos sordos a los avisos?

—Es un hombre contradictorio. También tozudo. Buscó el apoyo de los de su sangre y luego no quiso creer lo que le contaban, ni admitir su error. O tal vez no prestaba mucha atención a nada, pendiente como estaba de Juana de Castro. Según mis informes, durante unas semanas, se ha comportado como un ciervo en celo, atento sólo a conseguir a la dama, ciego y sordo a cualquier otra cuestión.

—Se habrá sumado todo.

—Puede. El asunto de Juana de Castro, unido a la separación de María de Padilla, enfrió algo sus relaciones con los parientes de ésta, y puede que eso le llevase a

desconfiar de ellos. Y también le hizo más dependiente de su propia familia.

—Bien. Pero sigo sin ver otra cosa que una simple revuelta nobiliaria. —El infante Pedro se inclinó hacia el brasero—. De ahí a un intento por expulsar a don Pedro de su trono media un largo trecho.

—Pues ése era el objetivo último de los rebeldes, señor.

Hizo una de sus pausas.

—En la corte portuguesa estaba Alvar de Castro, que fue vasallo del rey, hasta que incurrió en su desagrado y tuvo que huir para salvar la cabeza. Su hermana Inés de Castro le acogió y, a través de él, los conjurados contactaron con el príncipe Pedro de Portugal, para proponerle que, en caso de que ellos lograsen derrocar a Pedro de Castilla, aceptase ocupar su trono.

—¿Qué?! —El infante se enderezó, como un caballo viejo al que meten espuela—. ¿Estás seguro de eso?

—Por completo. Tengo informadores de confianza en la corte portuguesa.

—¿Virgen santa! ¿Y el príncipe se prestó a un enredo así?

—Sí. Y, como una decisión tan trascendental no se toma a la ligera, en un chascar de dedos, opino yo que aquí hay más de lo que vemos, y que mis agentes sólo han averiguado parte de lo ocurrido. Pero, por ceñirnos a lo que importa ahora, no hace falta que te diga cuánto afectaría a Aragón la unión de Castilla y Portugal bajo un mismo monarca.

El infante asintió, ahora meditabundo. El príncipe Pedro de Portugal era nieto de Sancho IV de Castilla, por lo que podía alegar derechos legítimos al trono, llegado el caso. Sobre todo si conseguía el apoyo de la alta nobleza, que estaba contra el joven rey y sus medidas políticas, que les habían recortado poderes y jurisdicción. Habló despacio.

—Nada sabía yo de esto, ni tampoco mi sobrino, el rey. Me consta.

—Pocos han sabido o siquiera intuido algo. Por suerte, la conjura no fue del todo discreta. El rey de Portugal se enteró también y obró con presteza. No sé si por prudencia política o por afecto a su nieto Pedro de Castilla, pero lo cierto es que mandó a hombres de confianza a que parasen los pies a su, tal vez en exceso, ambicioso hijo.

—Entonces, se ha abortado la conjura.

—Eso parece, aunque es difícil estar seguro de nada. Poco se sabe con certeza. Incluso algunos sospechan que Juana de Castro estaba también en el ajo: que seducir al rey fue una forma de distraer su atención mientras los rebeldes tomaban posiciones.

—¿Será eso posible? —El infante se acariciaba la barba, cada vez más pensativo.

—Quienes eso creen, se basan en que su hermano Alvar fue el enlace entre el príncipe y los rebeldes. Pero a mí me parece una idea descabellada. Doña Juana es altanera y muy ambiciosa. Es absurdo pensar que una persona así se preste a ser peón de juego ajeno, pudiendo llegar a ser reina del tablero.

—Razón tienes, amigo —convino el infante—. Pero, en fin, si el rey de Portugal cortó las alas de su hijo, asunto resuelto.

—Pero ahí queda el intento, y la intención. Alburquerque y los Trastámara estaban dispuestos a derrocar a su rey y, si el curso de la guerra les favorece, pudieran renovar su oferta al príncipe Pedro. Eso, por no hablar de opciones aún más peligrosas para Aragón.

—¿Como cuáles?

—El príncipe Pedro de Portugal no es el único candidato posible al trono de Castilla.

—Fernando. —El infante pronunció ese nombre como el que mienta a las culebras. Se incorporó para dar paseos por la sala, a la penumbra de las velas—. Pero don Fernando es ahora uno de los paladines del rey de Casulla. Tengo entendido que ha vuelto de Portugal con su esposa, y que don Pedro ha recurrido a él para la lucha contra los rebeldes.

Cabrera se permitió una sonrisa de lo más seca.

—Don Fernando ha demostrado, hasta la saciedad, no ser leal más que a sí mismo. O, para ser más precisos, a los designios de su madre.

—Sí. —El infante Pedro seguía paseando, como acostumbran algunos, para pensar mejor—. Si Fernando se hiciese con el trono castellano, no haría sino renovar sus ambiciones al aragonés. ¿Qué sabe mi sobrino, el rey, de todo esto?

—Nada en absoluto. Mis informes son fragmentarios y, como bien has dicho, la conjura ha quedado en nada. No he creído conveniente molestar con esto al rey, aunque sí informarte a ti, en persona.

Su interlocutor asintió. El rey de Aragón estaba recorriendo ciudades y villas de la Corona para encender los ánimos, recaudar dinero y levantar tropas para la nueva campaña de Cerdeña, que dirigiría en persona. Cabrera había sido nombrado capitán general de la expedición y, en teoría, se hallaba en Barcelona, aprestando una gran flota. Por eso le había sorprendido tanto al infante su llegada en secreto a Zaragoza.

—Has obrado con cordura, como siempre —aprobó—. Convengo contigo en no molestar al rey con asuntos como estos, en estos momentos. Ya me ocuparé yo, en su ausencia, de vigilar de cerca lo que ocurra en Castilla.

—Me quitas un peso de encima —suspiró Cabrera—. Voy a disgusto a Cerdeña, ya lo sabes, pero te haré llegar cuantas informaciones reciba.

—¿Alguna noticia más de interés?

—Comadreo, chismes.

—Entonces, me voy. No me interesan los escándalos de alcoba y, si me quedo demasiado tiempo, podría despertar sospechas. ¿Te vuelves mañana a Barcelona?

—No. Esta misma noche.

—¿Con este tiempo? —Enarcó una ceja—. No cometas imprudencias.

—Llevo buena escolta y, a Dios gracias, gozo de salud, pese a que ya tengo mis años. La fatiga merece la pena, porque no quiero que nadie sepa que he salido de



Barcelona, no sea que algunos empiecen a hacerse preguntas o, peor, le pongan ellos mismos respuestas y vayan con infundios sobre mí al rey.

—Vuelves a estar acertado. Que san Jorge te guarde en tu viaje y también procura guardarte tú, amigo, que los mares cortesianos son más traicioneros de lo que podrá serlo nunca el Mediterráneo.

Oculto tras una encina, la cabeza tapada con un capuchón, Gómez Fojas paseó, por tercera vez, el pulgar por el filo de su daga, en parte por comprobar su aguzado y en parte porque tal era su costumbre antes de usarla. Lope de Cañizares sabía que ese gesto era también de impaciencia, porque Fojas era nervioso, y no como Manchado, que aguardaba bajo otra encina, también con capa y capucha, sin que le hiciesen mella el tedio o la lluvia.

El chaparrón arreciaba, lo que, a ojos de Cañizares, era un don del cielo. Estaban empapados y ateridos; pero, a cambio, los custodios del comendador Villagera se habían refugiado todos en la taberna de la alquería. Tan a gusto debían de sentirse allí, entre pellejos de vino y embutidos, al amor de la lumbre, que no habían colocado un solo centinela.

Fojas volvió a pasear el pulgar por el filo y Cañizares, exasperado, decidió que era hora de actuar. Señaló con su partesana hacia el puñado de casas de la alquería. El gigantesco Manchado se apartó del árbol bajo el que se refugiaba, al tiempo que sacaba su maza de bajo la capa. Fojas, por su parte, rozó de nuevo la daga, esta vez la punta, con la yema del pulgar. Los tres echaron a andar con cautela, entre cortinas de lluvia.

El día anterior había amanecido azul, con grandes nubes blancas, pese a que el previo había sido también de lluvia. Pero esa simple tregua del clima fue una bendición para los tres alguaciles reales, que andaban por los caminos persiguiendo malhechores. De hecho, en esa tarea estaban cuando se topó con ellos Diego de Zaballos, en un horcajo de caminos.

Acababan de colgar a dos facinerosos, de las ramas bajas de un alcornoque viejo. Zaballos —flaco, huesudo, de bigotes caídos que le daban aire entre tristón y fiero— cabalgaba por el camino de Badajoz, en dirección contraria a la villa, y se había detenido ante el gran árbol y los dos infelices que pendían de sendas sogas, desnudos, aún pataleando en el aire, entre estertores, sin que sus verdugos les prestasen gran atención.

Al pie del alcornoque estaban los tres alguaciles, un escribano con cara de vinagre y el guarda de éste. Dos de los primeros andaban revisando las ropas quitadas a los presos, previo al ahorcamiento. Uno era magro y malencarado, con tres cuchillos distintos al cinto, en tanto que el otro era un gigante de expresión obtusa, que parecía de mucha fuerza y pocas luces, con un gran antojo morado que le cubría casi todo el lado derecho de la cara. Zaballos, al verles revolver entre las telas, no pudo evitar

pensar que bien podían pasar ellos mismos por salteadores.

El tercero se mantenía al margen, de espaldas, con un pie sobre una roca, como abismado en sus pensamientos, y su catadura no era menos inquietante. Vestido de oscuro, cubierto con capuchón, Lope de Cañizares era viejo conocido de Zeballos que, al verle, refrenó su montura y le indicó por señas que le gustaría tener unas palabras. El alguacil real le invitó con un gesto a seguirle fuera del camino, a los árboles, para conversar en privado.

—¿Qué han hecho esos dos? —quiso saber el caballero al poner el caballo a su altura.

—Son esbirros de un señor de por aquí, parte de una banda que ha estado hostigando a los campesinos de la zona para echarles de sus tierras, al socaire de las alteraciones que se viven por aquí estos días.

—¿Y por eso les habéis ahorcado?

—Andaban con cartas blancas. Han matado a unos cuantos campesinos, e incendiado sembrados y casas. Si sólo ves a dos colgados, es porque son los únicos que hemos podido atrapar. Si no, verías bailar a unos cuantos a su lado...

Según se alejaban entre los árboles, los otros fueron dejando de escucharles. Pero sí pudieron advertir cómo, tras desmontar Zeballos, conferenciaban serios, parcos en ademanes y con las cabezas juntas, como conspiradores. Tras un rato de conversación, Zeballos volvió al camino con el caballo de las riendas. Montó y, tras despedirse educado de los que allí estaban, montó y siguió camino al trote. El escribano observó cómo se alejaba, al tiempo que se echaba el aliento en las manos, ya que corría viento y hacía frío allí, a la sombra.

Cañizares regresó despacio a la bifurcación de caminos, taciturno, como si rumiase lo hablado con el caballero. Al alzar la cabeza encapuchada hacia los ajusticiados, observó cómo aún agitaban algo las piernas, entre jadeos roncós.

—Manchado, maldita sea —rezongó—. ¿No te tengo dicho que hay que ensebar las sogas? A este paso, estos no se mueren nunca.

—Se me olvidó —admitió contrito el gigante.

Cañizares descartó el asunto con un ademán seco, pues andaba ocupado en otros pensamientos y tampoco quería regañar a aquel forzado de pocas entendederas.

—Lástrales, que tenemos faena y no podemos demorarnos.

El otro, contento de escapar a la reprimenda, anudó dos piedras de buen tamaño a sendos cordones de cuero, que anudó luego a los tobillos de los condenados, para que el peso extra acelerase su asfixia.

—Listos, escribano —anunció Cañizares.

El mentado, que se ocupaba de dar fe escrita de las ejecuciones, montó y se fue de buena gana con su guarda, deseando volver a casa, lo que permitió a Cañizares rezagarse junto a los suyos, sin levantar sospechas. Los tres alguaciles cabalgaron en silencio unos pasos, hasta que Fojas se revolvió en la silla, sin poder contener la curiosidad.

—¿Qué se contaba ése, que te ha dejado tan sombrío, incluso para ser tú?

—Me alegra verte de buen humor —gruñó el encapuchado—. Espero que eso te dé entereza para escuchar lo que tengo que contarte.

—Desembucha.

—Ese era Diego de Zaballos, vasallo del rey y pariente de los Padilla. Se ha parado a hablar conmigo porque nos conocemos y sabe que soy de los del rey, sin dobleces. Me ha informado de que los Trastámara han pactado en secreto con Alburquerque, para volver sus armas contra don Pedro.

—¡¿Qué dices?! —Asombro, desconcierto, temor, pasaron como ráfagas por el rostro mal afeitado de Fojas. Puso los ojos en Manchado, que ni se había inmutado, antes de devolverlos a Cañizares—. Si eso es verdad, tenemos que salir lo antes posible de aquí. La cosa puede ponerse fea para oficiales reales como nosotros.

—No he terminado. Hay algo más: los gemelos han apresado a Juan de Villagera, para que no entorpezca sus planes.

—Razón de más para poner tierra por medio.

—Deja de interrumpirme. Zaballos cabalgaba hacia el norte. Intenta llegar hasta el rey y avisarle, y se detuvo, al vernos, para pedirme que tratemos de liberar al comendador Villagera.

Manchado siguió cabalgando impasible, en tanto que Fojas se volvía en la silla, el rostro ahora púrpura de rabia.

—¿Te has vuelto loco?

—Zaballos me ha dado datos y creo que se puede intentar. Y, si se puede, se debe. Hay que soltarlo, antes de que esos traidores le corten la cabeza.

Se alzó el viento, silbando, e hizo ondear las capas. El escribano, a unos cincuenta pasos por delante, se inclinó sobre las crines de su caballo, sujetándose el bonete emplumado, para evitar que se lo arrancase una ráfaga. Fojas, entre muecas que le afeaban aún más, pues tal era su costumbre cuando se alteraba, cedió a regañadientes.

—Tú mandas. Al menos, si lo logramos, nos ganaremos una buena recompensa.

—Puede. Pero me extraña que aún no hayas aprendido que los poderosos suelen ser ingratos. Por mi parte, iré a salvar al comendador porque creo que es mi obligación. Y, yo en vuestro lugar, me conformaría con que me dieran las gracias y algunas monedas. Aquí, a los dos días, nadie recuerda los favores hechos.

—Unas monedas siempre alegran la bolsa y siempre son mejor que nada. Pero tenemos que saber más y...

—Luego. —Cañizares señaló, con la cabeza encapuchada, camino adelante—. Aligeremos para alcanzar al escribano, no sea que recele que algo pasa.

Y esa conversación fue el motivo que hizo que salieran de su posada antes del alba. Soplabla esa noche viento cargado de humedad, mientras el cielo volvía a cubrirse de nubes de tormenta. Los guardias les franquearon el paso sin preguntas, ya que los alguaciles reales iban y venían a cualquier hora, sin dar cuentas a nadie. Cañizares ya contaba con eso para poder obrar sin levantar sospechas.

En la plática habida junto al camino, Zeballos había sido parco en palabras y prolijo en información: Enrique y Fadrique tenían planeado, desde hacía tiempo, apresarse al comendador Villagera. Su captura fue fácil, ya que su elevación al cargo había sido a costa del cese, rebelión y muerte de su antecesor, Ruy Chacón, lo que hacía que el hermano de María de Padilla contase con pocos amigos dentro de la orden.

Le tenían encerrado en secreto, en una alquería abandonada, lejos de los caminos reales, por lo que era difícil que nadie se acercase a ella por casualidad. Le custodiaban cinco soldados del conde de Trastámara y un caballero de Santiago. Según Zeballos, era así para no ponerle bajo custodia de pardos de la orden, que podían sentir algún reparo, mientras que la presencia del caballero servía, sobre todo, para guardar las formas en lo tocante a lo que, después de todo, era la prisión de un alto cargo de Santiago.

Tras viajar con la última oscuridad y el alba, los alguaciles hubieron de cruzar grandes encinares para llegar a la alquería. Apartada de todo, en efecto, la formaban media docena de construcciones míseras, de piedra, ramas y barro, ninguna de más de una habitación. La inseguridad reinante en la zona, que se había convertido en frontera entre los de Alburquerque y los del rey, con las razias y el bandidaje consiguientes, había llevado a sus habitantes a abandonarla, para refugiarse en alguna población más grande, en espera de tiempos mejores.

Tras toda una mañana de vigilancia, los tres alguaciles constataron que los soldados se habían instalado en una taberna, que Villagera había sido encerrado en una de las moradas y que el caballero de Santiago se había alojado en otra. Todo eso, deducido a partir de los movimientos entre chozas; idas y venidas más bien escasas, ya que la lluvia mantenía a los hombres a cubierto.

Cañizares y sus compañeros rebasaron un cobertizo, donde estaban los caballos, para alcanzar la parte trasera de una vivienda. No había perros sueltos, ni cerdos, ni gallinas, y los corrales estaban vacíos. Los aldeanos se habían llevado sus animales consigo y, si alguno había quedado atrás, la soldadesca debía de haber dado ya buena cuenta del mismo. Casi cegado por el diluvio, Fojas arriesgó una mirada furtiva tras la esquina. Las casuchas se distribuían en torno a un espacio central, a modo de plaza. La taberna estaba a mano derecha y la casa tras la que se escondían era justo la que servía de prisión a Villagera. El viento, ganando fuerza, arrastraba torbellinos de agua. Fojas reculó y los tres se pegaron a la pared, para resguardarse un poco mientras discutían qué plan seguir.

Podían intentar liberar con sigilo al comendador, dado que no había centinelas, espantar luego a los caballos y huir.

O bien matarlos a todos para así irse más tranquilos, seguros de que no darían la alarma. Fojas apostaba por lo último y Cañizares por lo primero, ya que los enemigos eran el doble y, sin duda, aguerridos. Manchado no decía nada, como siempre. Al cabo, el azar dispuso por ellos, como ocurre en tantas ocasiones, y, mientras discutían

por lo bajo, la puerta de la taberna se abrió, con tal estruendo que resonó entre el bramar de la tormenta.

Al asomarse de nuevo, Fojas vio que habían salido dos hombres, envolviéndose en capas y capuchones, entre denuestos, y que cerraban de otro portazo. Bien pegado a la esquina, aguardó lo suficiente para comprobar si iban hacia el cobertizo y o a la choza del comendador. Al ver que era lo primero, se retiró, alertando a Cañizares con la mano y éste, a su vez, se pasó el pulgar por el cuello, en un gesto que lo decía todo. Se desembrazaron de las capas, para más libertad de movimientos. Fojas guardó la daga y sacó otro cuchillo, más corto, ancho y afilado, en tanto que Manchado empuñaba la maza y Cañizares retrocedía un par de pasos, con la partesana a dos manos.

Los dos de don Enrique rebasaron la esquina sin sospechar nada, estorbados por las capas y con los capuchones bajados hasta la nariz. Pero, aunque se hubiesen apercibido, un instante antes, de la presencia de los alguaciles, nada hubiese cambiado, pues habían dejado las armas de guerra dentro y no portaban sino cuchillos.

No llegaron ni a gritar. Manchado descargó la maza sobre la cabeza del que le pillaba más cerca, en tanto que Fojas saltaba como un hurón para hundir el hierro en las profundidades de la capucha del otro, que se giraba ya, alertado. Un latido de corazón y ya los dos yacían en el fango, uno inmóvil y el otro revolcándose y pataleando, con esos gañidos horribles de los que tienen la garganta cortada.

Gómez Fojas alargó el brazo, para que el agua lavase la hoja del cuchillo, con esa expresión satisfecha que tantas veces le había visto Cañizares, luego de degollar a hidalgos o colgar a pecheros. Fojas no era ejecutor sólo por las monedas extra que suponía esa labor vil, sino también por placer, cosa que nunca había negado.

—Bueno. —Secó el cuchillo y lo envainó, para luego sacar la daga, al tiempo que sonreía a Cañizares—. Ahora ya no hay discusión posible.

Cañizares, partesana en mano, se inclinó sobre el soldado de la garganta cortada, para comprobar que ya estaba muerto.

—No —admitió con sequedad.

—¿Les has olido el aliento? Apestaban a vino a la legua. Deben de haber estado empinando el codo de lo lindo.

—Con este tiempo de perros y tanto vino gratis, no es de extrañar. —Cañizares movió la cabeza—. Mejor. Los borrachos no son grandes enemigos. Acabemos con este negocio.

Echó a andar, la capa ahora entreabierta, chapoteando entre charcos y barro, seguido por los otros dos. Se llegó hasta la puerta de la taberna y, con la partesana a la zurda, posó la diestra sobre el pasador, al tiempo que hacía gesto de cabeza a Manchado. Este, tras asentir y santiguarse, empuñó su maza a dos manos.

Cañizares abrió la puerta de un tirón, el gigante irrumpió rugiendo y, dentro, estalló un griterío, entre el estrépito de mesas y sillas al volcarse, y cacharros que se hacían añicos. Pero Cañizares no se molestó siquiera en echar un vistazo, seguro de lo

que iba a ocurrir ahí dentro y, en vez de ello, se encaminó a la choza que servía de prisión.

—¿Qué vamos a hacer con el santiaguino? —Se interesó Fojas, pegado a sus talones.

—Si no se entera de nada, mejor para todos. —Echó una mirada rápida a la choza en la que el caballero debía de estar durmiendo o rezando, o tal vez sólo matando el tiempo al calor de un brasero.

—¿Vamos a dejarle vivo? ¿Por qué? ¿Por su alcurnia?

—A mí eso me tiene sin cuidado, aunque es verdad que no es lo mismo matar pardos que freires. Si es posible, lo evitaremos. Nos llevaremos los caballos y, para cuando pueda dar la alarma, ya estaremos lejos.

Alcanzó la entrada de la choza prisión. Había una cruz azul, pintada sobre las maderas de la puerta, tal vez para proteger a la casa de diablos y espíritus. Fojas cortó de un tajo el cuero que la trababa, antes de abrir de golpe. Juan de Villagera estaba sentado al fondo, en un poyo de piedra, desaliñado pero ileso. No le habían tratado tan mal, ya que disponía de mantas, velas y brasero. El comendador les miró perplejo, luego se puso en pie despacio, quizá creyendo que iban a matarle, porque las capas escondían las insignias.

—Comendador —quiso tranquilizarle Cañizares—. Somos alguaciles reales y estamos aquí para liberarte. Si eres tan amable de...

Villagera, asintiendo, se disponía ya a salir, cuando Fojas tocó en el hombro a Cañizares, para alertarle. Pese a que la tormenta debiera haber enmascarado los ruidos, algo había alertado al caballero, haciéndole salir de su alojamiento con espada y rodela en las manos. No había tenido tiempo de ceñir loriga, yelmo o siquiera almófar. Fojas cambió el cuchillo por la espada, sonriente, y justo en ese momento salió Manchado de la taberna. El caballero observó la estatura de ese tercer enemigo, así como su maza, y apretó los labios. Cañizares, la partesana en la zurda, le mostró la palma de la diestra.

—Caballero: somos alguaciles reales. No sigas y entrega las armas. Será lo mejor para todos.

El otro ni respondió. Con la lluvia corriéndole por la cara, avanzó hacia ellos, un ojo puesto en el comendador que, como estaba desarmado, se había detenido en el umbral de la choza. Lope de Cañizares empuñó entonces a dos manos la partesana, al tiempo que Fojas se abría por su izquierda y Manchado se acercaba, tratando de colocarse a espaldas del santiaguino.

Éste quiso llegar al comendador y la lucha duró instantes. Cañizares le contuvo con la punta de su arma. Moharra y hoja de espada resbalaron una sobre otra, rechinando. Fojas le lanzó una estocada, que el otro paró con rodela, y Manchado un mazazo, que esquivó de milagro. El caballero quiso recular para evitar un segundo golpe, resbaló y, antes de que pudiese recuperar el equilibrio, encajó un espadazo en el hombro derecho y una puntada de partesana en el muslo del mismo lado. Le falló la

pierna, dobló rodilla sobre un charco y, mientras trataba de protegerse con la rodela de la maza, Fojas le clavó su espada a dos manos. El santiaguino se desplomó sin un grito, dejando caer las armas, y quedó tendido bocabajo.

Cañizares se paró junto al muerto, para contemplar el rostro lavado por la lluvia, antes de cobrar su espada y tendérsela a Villagera, que la aceptó en silencio. Comendador y alguacil se observaron un instante.

—Es mejor que nos vayamos —dijo luego el segundo.



La galopada de Diego de Zaballos, de Badajoz a Cuéllar, mereció de sobra pasar al romancero, tanto por su dramatismo como por lo clave que fue para el curso de los acontecimientos. Los juglares llegaron a glosar la hazaña —Benavent pudo oír algún cantar muy bello en Toledo— pero, como disgustaba a los enemigos del rey y era incómodo para la causa de éste, ya que daba fe de que don Pedro se entregaba a bajas pasiones mientras sus hermanos tramaban traición, los romances acabaron por desaparecer de salones y plazas, y cayeron en el olvido.

Más de cien leguas de camino había y Zaballos las hizo de tirón, sin bajar de la silla más que para cambiar de caballo. Aquel hidalgo largo y huesudo, de aire algo lúgubre, era cumplidor y discreto, lo que le había permitido enterarse de las maquinaciones de los gemelos. Muchos de los fronteros del rey en esa zona se habían unido a la conjura, y él mismo se había dejado tantear por los agentes del conde Enrique. Por lealtad al rey y su pariente Henestrosa, se había prestado a un juego peligroso, hasta atar hilos y averiguar qué se cocía. En cuanto supo que los gemelos habían partido para reunirse con Alburquerque, y que el comendador Villagera era preso, decidió que ya sabía bastante, y que no tenía momento que perder. Se echó al camino, demorándose lo justo para pedir a Lope de Cañizares que rescatase al comendador, pues temía por la vida de éste, una vez iniciada la rebelión. Y luego sí, se lanzó hacia el noroeste, con las piernas vendadas y sin ni siquiera un caballo de remonta.

Las primeras leguas hubo de conjugar prisa y prudencia; alejarse rápido, pero sin despertar sospechas, temiendo ver a sus espaldas, en cualquier momento, a los sicarios del conde Enrique. Evitó Cáceres pero se detuvo en Plasencia, donde algunos amigos le suministraron dos caballos frescos, y subió por el valle de Jerte para cruzar las montañas y ganar tierra de Ávila. Pese a que era ya abril, el invierno seguía señoreando Castilla, y los romances cantaron sobre un galopar bajo cielos negros, entre tormentas y lobos. Pero lo cierto era que Zaballos cabalgó con prudencia, haciendo camino sin agotar a sus monturas. Al norte de Ávila amainó el temporal y los cielos se abrieron; de forma que, aunque todo estaba cubierto de nieve y hielo, y



batido por vientos, al menos pudo viajar al claro de una luna casi llena.

Los juglares no exageraban al cantar que tuvo que escapar de los lobos; pero no tuvo que medirse con forajidos, ya que éstos no solían salir en los meses duros. Y así, por caminos solitarios, cruzando campos y bosques nevados, más seguro a cada legua ganada y aun así desconfiado, acalambrado, cayéndose de fatiga y sueño, Diego de Zeballos llegó por fin a la villa de Cuéllar.

Su entrada fue también dramática; buen material para aquellos romances efímeros sobre su gesta. Cuéllar tenía por señora a Juana de Castro y quiso la suerte que el caballero llegase a esa villa, de buenas murallas y rodeada de pinares, justo el día en que don Pedro y ella celebraban bodas reales. Un enlace fantasmal; una farsa que desagradó al pueblo, escandalizó a los señores y desató las iras del Papa, ya que el rey de Castilla llegó a coaccionar a dos obispos viejos y débiles para que declarasen nulo su anterior matrimonio con Blanca de Borbón.

No fueron bodas vistosas; celebradas a matabalho, en aquel invierno taxodío que sirvió a muchos de excusa para no acudir, por lo intransitable de los caminos. Pocos de la gran nobleza estuvieron presentes, cosa que no importó nada a los novios, atentos sólo a lograr lo que cada uno quería: don Pedro a doña Juana, y ésta una corona de reina.

Diego de Zeballos se presentó cuando el sol se ponía, por lo que entró cuando ya estaban cerrando puertas. O eso cantaron luego los romances. A esas mismas puertas supo que las bodas se habían hecho aquel preciso día, en la iglesia de San Martín, por lo que, tras confiar sus caballos a los guardias, se dirigió a pie hacia el alcázar, donde se celebraba un convite en esos momentos. Ese detalle fue famoso y daba cuenta de su temple, pues, aun muerto de cansancio, no quiso fatigar más a las bestias que tan bien le habían servido.

Pese a que los fastos se organizaron deprisa y con ausencias notables, la consigna era que abundase de todo, por lo que las calles de Cuéllar, a la caída de aquella noche tan fría, resplandecían a la luz de antorchas, fogariles, hogueras. Los agentes reales habían repartido comida, bebida y monedas, y contratado saltimbanquis y juglares para que entretuviesen al pueblo. Lugareños y gente de la tierra abarrotaban plazas y callejas, bebiendo, cantando y festejando pese al frío y el viento. Zeballos tuvo que abrirse paso entre la muchedumbre, a la luz de los fuegos y de un último reflejo del sol en las nubes. Las llamas flameaban al viento y, pese a tanto alborozo, risas, cantos y música, el caballero, al ver todo lleno de penumbras rojas y sombras negras, bajo un cielo de nubes blancas y arreboladas, no pudo evitarse un escalofrío.

En cuanto al banquete nupcial, había comenzado hacía mucho y, gracias al vino, había ido volviéndose tumultuoso. O esa impresión tenía Men Rodríguez de Sanabria, al pasear los ojos por las mesas largas, cubiertas de manteles finos y repletas de viandas y bebida, mientras, copa en mano, exhibía una ebriedad falsa y un regocijo que estaba también lejos de sentir.

Sanabria, joven, atlético, apuesto y expresivo, con ojos por lo común risueños,

ataviado para la ocasión con damascos y brocados, se alegraba de hallarse perdido entre los invitados, en aquella sala grande del alcázar. Ardían antorchas y lámparas para alumbrar el festín, y los sirvientes iban y venían con bandejas rebosantes de carnes asadas, volátiles en salsas, hortalizas humeantes. Escanciaban pródigos el vino y la sidra, pues los maestros de ceremonia, temerosos de que el banquete resultase desangelado, habían mandado correr la bebida, con lo que muchos presentes estaban ya borrachos. Como tampoco habían escatimado juglares y bailarines, la música resonaba por toda la sala, entre charlas y risas, y algunos convidados cantaban a voz en cuello, desde sus asientos, sin que eso incomodase a los recién casados.

Las luces chisporroteaban, olía a comida, resonaban vihuelas, laúdes, zanfoñas y panderetas. Los novios se sentaban en mesa aparte, al fondo, junto a unos pocos allegados, ambos con vestiduras blancas, ribeteadas de armiño, y luciendo coronas. La nueva reina de Castilla comía y bebía con moderación, tan bella como siempre, más aún quizá, gracias a sus gestos medidos entre aquella turbamulta. El rey don Pedro, de por sí frugal, había probado poco y bebido nada. Pese a ser el día de su boda, se le notaba distante, como ensimismado, lo que no dejaba de inquietar a Sanabria, que no en vano había sido uno de los mediadores en ese enlace tan criticado.

Se preguntaba el cortesano, con un ojo puesto en la mesa de los reyes, si la pasión de don Pedro no sería de las que se avivan con las negativas y mueren al ser complacidas. Le sacó de sus pensamientos un jaleo a las puertas y, al volverse, perplejo, vio a Diego de Zaballos discutiendo con los porteros reales. Muchos otros advirtieron el altercado, aunque no era intención del caballero hacer entrada sonada. Y algunos, al poner los ojos en la puerta, sintieron un roce extraño, como si por un momento hubiesen visto llegar a esa boda, ya de por sí extraordinaria, a un heraldo del mismísimo invierno: alto y huesudo, lúgubre, de cabellos y bigotes escarchados, y ropas casi rígidas por el hielo.

Los porteros reales no le querían dejar pasar, porque no sabían a qué atenerse, y los ballesteros de maza, apostados junto a los muros, con tabardos con las armas de Castilla y León, bonetes emplumados y mazas en las manos, observaban recelosos. Incluso don Pedro había vuelto sus ojos grises, intrigado. Pero ya Juan de Henestrosa se había levantado a abrazar con expresión de contento al recién llegado, que era pariente suyo. Le tomó del brazo, le llevó aparte y, tras cambiar unas palabras en susurros, mandó a los sirvientes que le condujesen a otra sala, bien caldeada, y que le dieran vino caliente con pimienta.

Después, se acercó con paso calmo hacia la mesa del rey, que había apartado ya los ojos, olvidado el incidente, para jugar con la copa y responder con desgana a su reciente esposa, que no se daba por enterada de los desaires. Henestrosa se inclinó sobre el oído del monarca, a hablarle en voz baja, aunque no lo bastante como para que no le oyesen los que estaban más cerca, para no dar así lugar a malentendidos ni chismes.

—Señor. Diego de Zaballos, vuestro vasallo, acaba de llegar de Badajoz con

noticias que debierais oír sin tardanza.

—¿Ahora? —La mirada del rey volvió de golpe de muy lejos.

—Creo que es lo mejor.

Don Pedro, sin disculparse con nadie, dejó la copa, se puso en pie y salió junto a Henestrosa que, por su parte, con una seña discreta, indicó a dos ballesteros de maza que les diesen escolta. Tal salida no extrañó a nadie, ya que no era insólito que, aun en actos solemnes, llegasen correos con mensajes importantes y el monarca les oyese de inmediato, en un aparte. Cosa distinta fue que luego no volviera, como ocurrió aquella noche. Algo que apagó el banquete, sembró el desconcierto entre los invitados y dejó en situación más que violenta a Juana de Castro.

Don Pedro encontró a Zeballos en una estancia perdida, al fondo de un pasillo. Henestrosa apostó a los ballesteros en este último, con orden de no dejar pasar a nadie. Zeballos, que se estaba calentando las manos en un brasero recién encendido, se apresuró a besar las manos del rey. Narró con concisión cuanto había ocurrido en el reino de Badajoz, y cómo los gemelos habían pactado en secreto con Alburquerque.

Luego, al informar de que habían apresado al comendador Villagera, ya no pudo seguir. Si Henestrosa mantuvo las formas al recibir nuevas tan pésimas, no ocurrió lo mismo con don Pedro. Sus gritos iracundos sobresaltaron a los ballesteros del pasillo, pese a lo grueso de la puerta, y, como a las voces siguió un gran estrépito, los dos, tras cruzar una mirada, irrumpieron en la sala blandiendo las mazas.

Pero era tan sólo que don Pedro, fuera de sí, había volcado de un tirón la mesa, con estrépito de bandeja y jarra de vino al rodar. Al sentir cómo abrían la puerta, se giró con ojos que echaban fuego y los ballesteros de maza, ante esa escena, y viendo cómo Henestrosa les conminaba por gestos a retirarse, abandonaron deprisa la estancia. Y don Pedro se olvidó de ellos.

—¡Hijos de puta! ¡Hijos de puta! —Rugía, recorriendo la sala a trancos furiosos, descargando puñetazos y patadas contra los muros—. ¡Hijos de puta ellos, y necio yo! Necio por creer que la sangre común les iba a inducir a lealtad. Les di mercedes, estados, vasallos...

—Sosegaos, señor —le invitó Henestrosa, al tiempo que se despojaba del gorro alto, adornado con pluma de faisán, que lucía para la ocasión—. Necesitamos saber todos los detalles, para poder reaccionar de forma adecuada.

—Sí. —Inspiró hondo, mientras abría y cerraba las manos, como con ganas de estrangular a alguien. Se encaró con Zeballos, que aguardaba frotándose las palmas porque seguía helado—. Quiero saberlo todo.

—No son sólo vuestros hermanos, alteza. Muchos de los caballeros que dejasteis por fronteros se han sumado a la traición. Los agentes de don Enrique anduvieron ofreciendo a unos y otros...

—¿Han vuelto ya las armas contra mí?

—Eso creo. Vuestros hermanos debían recelar de Alburquerque, porque éste les ha entregado, en prenda de lealtad, algunos de sus mejores castillos: Cobdesera,

Albuquerque, Azalaga... es Pedro de Villegas el que los guarda ahora para vuestros hermanos.

—Villegas. Otro judas al que cubrí de mercedes.

—Señor. —Zeballos ahorra palabras—. Albuquerque ha repartido oro y promesas entre vuestros fronteros. Así los ha comprado. Sé, de buena fuente, que ha entregado a vuestros hermanos doscientos mil maravedíes. Y ha sido igual de dadivoso con otros muchos.

—¡Hatajo de buitres! —Pegó otro patadón a la mesa, que seguía volcada, haciéndola rodar con nuevo estruendo. Se arrancó la corona de las sienes, porque le oprimía, y, con ella en la mano, como si pronunciase juramento, rugió—: ¡Tengo que verlos a todos muertos!

—La situación es grave —intervino Henestrosa—, y este amigo está a punto de desplomarse. Ha venido a uña de caballo desde Badajoz, con este tiempo y gran riesgo de la vida, para avisaros.

—Sí. —La mención de tal hazaña tuvo la virtud de apaciguar al rey, que prosiguió más comedido—. Por suerte, no todas las voluntades del reino están en venta.

Los romances dirían luego que la sangre ardiente de don Pedro le llevó a ofrecer a Zeballos la recompensa que él quisiese. Y que éste contestó, entre digno y exhausto, que se conformaba con un brasero repleto y un lecho con mantas. Pero los cantares están llenos de anécdotas así y, como los tres únicos presentes en esa entrevista nunca contaron nada, tal vez no fue cierto.

Sí lo es que el rey no regresó al banquete, por más que Henestrosa trató de convencerle. Creía el consejero que era mejor actuar como si no ocurriese nada; ganar tiempo, porque si los conjurados se sabían descubiertos —y algún amigo debían tener en el festín— acelerarían sus planes. Pero don Pedro no cedió. Parecía haber olvidado ya cuánto porfió para conseguir la mano de Juana de Castro.

Henestrosa, que sabía lo tozudo que podía ser el rey, regresó solo a la sala. Dijo algo al oído de doña Juana; palabras que nadie oyó y que ella oyó sin pestañear. La nueva reina se despidió al rato de sus invitados, tan en su lugar como siempre, y todos supusieron que iba a reunirse con el rey. Sacaban más vino y habían vuelto los juglares, y casi nadie se fijó en cómo Henestrosa iba hablando con algunos oficiales mayores, ni en que éstos abandonaban con discreción el convite. Nadie imaginó que lo hacían para sumarse a un consejo de guerra, organizado a toda prisa en las entrañas del alcázar de Cuéllar.

En algún momento de la noche, los cerrojos al correrse despabilaron a Juan de Prado, que acertó a entreabrir los párpados, aturdido. Los dolores articulares, la fiebre, la gelidez de las piedras impedían al depuesto maestre de Calatrava conciliar el sueño, por lo que pasaba la mayor parte del tiempo entre la duermevela y la vigilia. Se frotó los ojos, tratando de distinguir algo, pero ninguna claridad se colaba esa noche de abril por la tronera de su celda, y sí un viento seco que le helaba hasta el tuétano.

Se repitió el sonido de metal sobre metal, por lo que tanteó a ciegas el suelo desnudo, para incorporarse a duras penas, sufriendo el dolor de las rodillas inflamadas y preguntándose qué estaba ocurriendo. Durante las semanas pasadas en el castillo de Maqueda, preso de los esbirros de Diego de Padilla, ahora nuevo maestre de su orden por decreto del rey don Pedro, sus únicas visitas habían sido las de un carcelero mudo, que le llevaba agua y pitanza, y retiraba los excrementos, siempre de día.

La puerta se abrió para dar paso a una silueta que sostenía una luz mortecina con la mano izquierda. Cubría el candil con la diestra, para evitar que se apagase en aquella habitación ventosa y, aun el resplandor tenue bastó para herir los ojos debilitados del maestre, que alzó por instinto una mano. Al palpar de la llama, pudo reconocer los rasgos duros de Esteban Domingo, alcaide del castillo.

Una ráfaga silbante hizo temblar la llamita y el alcaide echó una mirada de irritación a la tronera, mientras luchaba por apantallar, como si no fuese él responsable de que allí faltasen vidrieras y contraventanas. Habían encerrado a Juan de Prado en aquella celda alta y no en calabozos, en teoría por respeto a su rango, aunque él sospechaba que era con la esperanza de que el frío y las corrientes se lo llevasen al otro mundo, pues era casi anciano y no tenía las fuerzas de antes.

El alcaide volvió la cabeza impaciente. Chistó y, en respuesta, de la oscuridad del pasillo salió un hidalgo muy joven, casi niño, que se detuvo a espaldas de Domingo, como para esconderse del otrora maestre, convertido en un viejo quebrado, de camisote mugriento y pies descalzos, con cabellera y barba sucias y enmarañadas. Nada en aquel pobre cuerpo permitía suponer que fue, hasta hacía nada, uno de los hombres más poderosos del reino. Y, sin embargo, lo que esas semanas le robaron en prestancia, se lo habían dado en dignidad; mucha más de la que tuviese otrora, cuando cabalgaba al sol, rodeado de partidarios, revestido de armadura y con la cruz negra de Calatrava sobre veste alba.

El viejo maestre, pese a la fiebre, puso unos ojos tan serenos en los del alcaide que

éste, incomodo, se giró al hidalgo joven, que parecía casi aterrado, para instarle con aspereza.

—Vamos.

Al adelantarse el mozo, tragando saliva, desveló que empuñaba una daga desnuda, la hoja reluciendo al parpadeo de la lámpara. Juan de Prado contempló calmo esa arma, antes de mirar de nuevo al alcaide.

—Que Dios me perdone —dijo con voz clara—. Y que os perdone también a vosotros, que quitáis la vida a un cristiano sin permitirle siquiera confesión.

Sin más palabras, se arrodilló a duras penas sobre el suelo helado, cerró los ojos, extendió en cruz los brazos y expuso el cuello al tajo. Al cabo de un instante, comenzó a mover los labios, rezando en silencio. El alcaide, la lámpara parpadeando en la zurda, hizo otro ademán, casi furioso, y su acompañante se adelantó con la daga temblándole un poco en el puño, mientras él alzaba la lámpara para alumbrarle mejor.

Por deseo expreso del rey, Juan de Henestrosa cabalgó hasta Astudillo, al nordeste de Palencia, donde su sobrina María se ocupaba en un proyecto que acariciaba desde hacía mucho tiempo: levantar un convento de monjas clarisas, para ganar mejor el cielo y purgar sus pecados. No era casualidad que llevase en esa población desde la ruptura con don Pedro, en las últimas Navidades, y Henestrosa albergaba el temor de que, como tantas amantes de poderosos, una vez abandonada pensase en tomar hábitos y apartarse del mundo.

No por vivir ahora retirada había dejado María de conocer los vaivenes sufridos por Castilla en esos últimos meses. Supo, claro, del estrafalario romance entre el rey y Juana de Castro, de las iras papales, las bodas de Cuéllar y de la forma tan poco airosa en que había rematado el banquete nupcial. Pero a nada de eso había hecho alusión en las cartas a su tío y hermano.

Henestrosa, envuelto en una capa vieja y cómoda que le había dado abrigo en muchos viajes, fue a buscarla al solar donde estaban edificando el convento. Casi temía encontrarla sumida en melancolía, fruto de la situación que vivía y de su ya avanzado embarazo —de seis meses—; por lo que, al descubrir que no era así, no pudo por menos que respirar aliviado. La abrazó con ese afecto de tío que siempre desplegaba hacia ella, antes de señalar jovial la gran barriga.

—¿Para cuándo?

—Las parteras dicen que para julio.

—¿Qué opinan que será? ¿Niño o niña?

—Nunca he creído en esas supuestas señales infalibles. Pronostican un sexo u otro; y luego aciertan o no.

Henestrosa se pasó el dedo por los mostachos negros, antes de tenderle un brazo, a modo de invitación.

—Vamos a dar un paseo, sobrina. No te hará bien estar aquí parada, con este frío; y menos respirando el polvo de las obras.

Ella aceptó. Se había llegado hasta allí, con sólo de un guarda y una dueña, para discutir con los maestros alarifes acerca de detalles, costes y plazos de ejecución. En ello estaba cuando apareció su tío; aunque él la había dejado concluir, paciente, sin acercarse ni interrumpirla, sospechando que ese convento se había convertido en un báculo para ella, en momentos tan difíciles como los que vivía.

El consejero real no sabía a ciencia cierta por qué se habían enfriado los amores entre don Pedro y su sobrina, y nunca había querido preguntar a ésta. Otros, tras el

episodio de Juana de Castro, veían al rey como un simple caprichoso, de pasión tan rápida como volátil. Pero Henestrosa no estaba tan seguro y creía que el amor de don Pedro por María estaba dormido, no muerto. Especulaba con la idea de que —y sólo a unos pocos íntimos había confiado esto— los meses que la pareja pasó casi recluida, en el alcázar de Sevilla, habían dañado la relación. Semanas de lluvias e inundaciones habían impedido a don Pedro salir de caza o montería, y los hombres como él no soportaban la inacción: se agriaban y volvían agresivos como fieras enjauladas.

Pero ahora el rey estaba en Castrojeriz, a sólo cinco leguas al noreste de Astudillo. Había instalado allí su cuartel general, luego del desconcierto sembrado por la traición de sus hermanos, y la misión que le había confiado a Henestrosa parecía dar la razón a las suposiciones de éste sobre sus sentimientos.

—Se están reuniendo compañías en Castrojeriz. —El privado real se reacomodó la capa, que le resbalaba sobre el brazo dado a su sobrina. Habían dejado atrás a los escoltas de ambos, así como a la dueña de ella, para hablar con mayor libertad—. En un primer momento, costó impedir que don Pedro partiese con los hombres que tenía a mano. Quería cabalgar a Badajoz, sin esperar a refuerzos, y hacer pedazos a esos felones. Ya sabes cuán impetuoso puede llegar a ser.

Aguardó algún comentario de María, un instante; luego, al comprobar que no despegaba los labios, continuó.

—Ha convocado a sus oficiales mayores, vasallos, ricoshombres... De momento, seguiremos en Castrojeriz. Es lo más acertado. De hecho, su alteza piensa celebrar en la propia villa las bodas de su primo Juan de Aragón con Isabel de Lara.

—¿Es que piensa nombrarle señor de Vizcaya? —María mostraba, ahora sí, interés.

—Quizá. No conozco sus planes al respecto.

María inclinó la cabeza, cubierta de velos, ahora pensativa, ya que, sólo unos meses antes, el rey había casado a su hermano bastardo Tello con la primera hija de Juan de Lara, y hecho señor de Vizcaya y las tierras de Lara.

—Pero, de momento, don Tello no se ha unido a la rebelión de sus hermanos.

—Eso es: de momento. El rey cometió un error entregando Vizcaya y Lara a un personaje tan escurridizo.

—¿Y es buena idea tratar ahora de quitárselas?

—A mí no me lo parece —admitió su tío, con franqueza.

—Juan de Aragón es tan dudoso como Tello.

—¿Dudoso? Yo no creo que deje lugar a dudas. El rey parece empeñado, no sé por qué, en confiar Vizcaya a los peores de sus parientes. —Se pasó el dedo por el bigote, con gesto resignado—. Tello es el más ruin de los Trastámara: cobarde, rastrero, ladrón... y, en lo que toca a los infantes de Aragón, esos no conocen a nadie que no sean ellos mismos, ni sirven a más intereses que los propios.

—Pedro debiera haber escarmentado, tras lo ocurrido con Enrique y Fadrique.

—Creo que esa traición le ha llevado, de forma paradójica, a apoyarse más en lo



que le queda de familia. —Hizo una pausa—. Mira, María: desde que se apartó de ti, anda bastante perdido.

—Él lo quiso así.

—No digo que no. Pero ahora he venido hasta aquí en su nombre. —Volvió a pasarse el índice por el bigote, antes de torcer el gesto—. Quiere que empaques y vayas a reunirte con él en Castrojeriz.

—¿Qué dices? —María se revolvió, como picada por una avispa—. No hace ni una semana que se ha casado con Juana de Castro...

—¡Bah! Eso es agua pasada. Y, por Cristo, sobrina, contente, que nos están mirando.

María se pasó uno de los velos de la cofia por delante del rostro, para ocultar su expresión a los curiosos. Henestrosa, a la par que le acariciaba el brazo que apoyaba sobre el suyo propio, prosiguió:

—Seguro que sabes que don Pedro conoció la traición de sus hermanos el día de su boda. Yo estaba presente. Celebramos esa misma noche consejo de guerra y, luego, mandó ensillar y partimos hacia Castrojeriz, sin mirar atrás. Ni siquiera pensó en despedirse de Juana de Castro. Ese día, ella salió de la vida del rey. Ha sido un capricho pasajero. Créeme.

—Eso ya lo sé.

—¿Entonces?

—Nada. ¿Qué cambia eso?

Henestrosa ladeó la cabeza, turbado, sintiendo renacer el temor de que la acusación de ser la culpa del fracaso matrimonial entre don Pedro y doña Blanca, así como de la casi guerra civil que se vivía en Castilla, hubiesen hecho mella en ella. Que fuese cierto que edificaba el convento de clarisas para recluirse luego en él.

—Estos meses de alejamiento...

—Alejamiento de intrigas, traiciones, justicias sumarias. Todo eso tío, cuanto más lejos, mejor. Aquí estoy a gusto. La gente es sencilla, vive del campo y las tejedurías, y no aspira sino a vivir en paz. Yo me dedico a criar a Beatriz, a esperar a mi segundo hijo y a ver cómo se levanta, día a día, el convento. Llevo una existencia tranquila y no sabes cuánto la disfruto, luego de haber estado de acá para allá, siempre a la zaga de Pedro.

—¿Ya no le amas?

—Por supuesto que le amo —admitió ella con franqueza, el velo aún sobre el rostro—. A pesar de su mal carácter y sus ataques de ira, y a pesar también de esa farsa con Juana de Castro, con la que se ha puesto en ridículo ante todo el reino. Pero no sólo cuentan los sentimientos, tío. Te lo acabo de decir: aquí estoy bien, en paz, y...

—El rey no te ruega que acudas a Castrojeriz. Lo manda. —Henestrosa sonreía paternal, quizá para quitar hierro a esa afirmación—. Tras el espejismo de Juana de Castro, no piensa sino en ti.

—Una parte de mí quisiera partir sin demora, y la otra quedarse aquí. Ya casi me había hecho a la idea de pasar el resto de mis días retirada en este lugar.

Henestrosa seguía sonriendo. En cierta ocasión, algo ebrio y sentimental, había comentado a su gran amigo Gonzalo de Lucio que el amor de su sobrina por el rey era luz y el de él por ella llama. Que ahí donde el primero alumbraba, el segundo chisporroteaba y saltaba y, llegado el caso, podía llegar a incendiarlo todo.

—Haces que me sienta viejo, María. A los jóvenes os cuesta comprender que uno puede albergar sentimientos distintos hacia una misma persona.

—Los míos, además de distintos, chocan entre sí.

—Casi todo puede conciliarse. Además, no siempre es posible mantenerse al margen de los acontecimientos. —Ahora, el consejero real se había puesto serio—. Y, desde luego, tú no puedes. La guerra se recrudece, eres madre de una hija del rey y estás embarazada de él. Quedarte aquí, aunque sea en un convento, no os libraré a tus hijos y a ti del peligro.

—La guerra está lejos y Pedro ha sofocado ya otras rebeliones.

Henestrosa, siempre llevando del brazo a su sobrina, se cercioró de que no había nadie cerca para escucharles.

—Siempre tuviste buena cabeza. Así que ahora escucha. La guerra está a punto de ponerse fea, fea de verdad, para don Pedro. Si está en este aprieto, es por haber elegido mal a ciertos hombres de confianza, y me temo que está repitiendo los mismos errores.

—¿Es que no hay quien se lo haga ver?

—Tri le conoces mejor que nadie. Cuando se obceca, cuesta sacarle del surco.

Mientras se acariciaba los bigotes, pensó en lo que acababa de decir: en que era posible conciliar tendencias opuestas y, en cierta forma, sus propias palabras le sirvieron de consuelo. Porque quería de verdad a su sobrina y no deseaba para ella sino lo mejor; pero no era un cobarde para engañarse a sí mismo y negarse que, si era menester, la manipulaba sin rebozo.

—Ahí tienes otro motivo para volver junto a don Pedro. Anda desorientado, ya que había puesto grandes esperanzas en la reconciliación con sus hermanastros. Toma decisiones erradas, acumula desaciertos, se rodea de gente de lealtad dudosa... tú eres la única persona capaz de hacerle entrar en razón.

María no respondió nada a eso. Siguieron el paseo en silencio, del brazo, por las callejas de Astudillo. Henestrosa tampoco consideró necesario añadir más. Sabía que —fuese ella o no consciente de ello— le había puesto un cebo al que no podría resistirse. Porque María de Padilla nunca iba a dejar a su amante, en los momentos de necesidad, a merced de los arribistas y sus propios desaciertos.

Montealegre ardía entre humaredas negras, hasta la última casa, y las cuevas del castillo bullían de hombres de armas. Los ballesteros, dispersos por esas laderas, disparaban andanadas de saetas, mientras la defensa, desde almenas y aspilleras, respondía con lluvias de proyectiles. Olía a humo y a quemado, y el aire atronaba con

los gritos de guerra, redobles de tambor, chasquido de cuerdas, repicar de hierros.

Los pendones de Juan Alfonso de Alburquerque ondeaban junto a los de los Meneses, sobre las torres cuadradas y macizas del castillo, como desafiando al poder del rey y sus ejércitos, mientras los atabales redoblaban llamando al combate. El propio rey don Pedro dirigía el asalto a la fortaleza rebelde y Martín Carrillo, a indicaciones de alguien, pudo distinguirle aquel día desde las almenas, más allá del hormiguar de los de a pie, sobre corcel negro, con armadura, veste roja con las armas reales y corona sobre el almófar. Le rodeaban sus guardas y portaestandartes con los pendones de Castilla y León, así como el bermejo con franja dorada de La Banda.

Meses antes, Juan de Beaumont había supuesto que Martín, como todos los jóvenes, debía de estar sediento de lucha. No se equivocaba y, como si un genio malo hubiese oído tal deseo, tuvo acción y sobresaltos más que de sobra, durante toda la primavera de 1354. La traición de los gemelos abrió las puertas de la guerra en Castilla y, cuando el rey salió de Castrojeriz, fue como si su ira roja expulsase al invierno tardío de sus reinos, para hacer más fácil las campañas. Se combatía con furia en todo el occidente del reino, así como en Tierra de Campos, donde las compañías reales atacaban las plazas de los Meneses, aliados de Alburquerque por matrimonio. Y, desde el momento en que el rey salió en son de guerra de Castrojeriz, Martín no había dejado de galopar de un lado a otro, con mensajes del conde Enrique a sus capitanes y aliados.

Años más tarde, un Martín más maduro se sonreiría al recordar aquellos tiempos turbulentos, en los que no sólo no tenía idea muy clara de qué estaba ocurriendo, sino que tampoco le interesaba gran cosa. Sólo importaba el día a día, galopar, esquivar a las patrullas realistas, atajar por sendas poco conocidas, ganar tiempo y hacer leguas. Y eso que, gracias a su cercanía a Pedro Carrillo, hombre a su vez de confianza del conde, estaba mejor informado que la media de las tropas, que se nutría de rumores y cábalas.

Aquella reina efímera de Castilla, Juana de Castro, se había retirado a su villa de Dueñas, y don Pedro, libre de trabas, se había lanzado como un toro contra sus enemigos. En cuanto a los nobles rebeldes, la suma de años y experiencia haría comprender a Martín, en su día, que su estrategia había sido la de ganar posiciones sin arriesgarse a batallas abiertas, y hostigar a las fuerzas reales desde todas direcciones. Por eso se mantenían atrincherados en sus castillos y villas amuralladas, mientras don Fadrique campeaba por las tierras de Santiago, a caballo de los reinos de Toledo y Jaén, asegurándose poblaciones y tratando casi de partir al reino en dos, al obstaculizar las comunicaciones con Andalucía.

A la guerra de posiciones, don Pedro replicaba con zarpazos de hierro, tratando de romper el cerco de piedra al que le sometían sus enemigos. Y así, en persona, a la cabeza de gran número de tropas, se presentó en Montealegre, capital de los Meneses, que estaba defendida por la propia esposa de Alburquerque, Isabel de Meneses, y gran número de vasallos. El joven Martín se vio atrapado en aquel asedio por casualidad,

ya que llegó a rienda suelta con un mensaje para Ruy Cabeza de Vaca —que era uno de los que defendían la plaza— y, en vez de desistir al ver el panorama, había azuzado a su caballo y conseguido entrar por los pelos, perseguido por las patrullas de avanzada reales.

Los habitantes del pueblo se habían refugiado en el castillo y el rey, ciego de rabia, mandó prender fuego a todo antes de ordenar el asalto, sin arrendarse ante las torres cuadradas y las murallas gruesas que se alzaban sobre el cerro. Y allí estaba ahora, al pie mismo de las cuevas, a lomos de corcel fogoso, mientras sus guardas se esforzaban por mantenerle fuera del alcance de las saetas y los donceles tremolaban estandartes, para dejar patente que estaban junto al soberano en persona. Él, por su parte, sujetaba con mano de hierro las riendas y blandía su partesana, al tiempo que animaba con gestos coléricos a atacar.

Los ballesteros cargaban y disparaban sus armas, protegidos por grandes escudos triangulares, clavados en el suelo. La táctica contra castillos como el de Montealegre —si no se recurría al asedio, con uso de minas, ingenios, truenos— consistía en abrumar a la guarnición mediante asaltos masivos por todas partes. Pero allí los defensores eran más numerosos y aguerridos de lo que creyera en un principio el rey. Hacían llover flechas, saetas, piedras, desde las almenas, e incluso habían salido a plantar cara a la barrera, de forma que allí había un tumulto tremendo de lanzadas. Cabeza de Vaca dirigía la defensa, recorriendo los adarves cubierto de armadura, entre la turbamulta de voces, restallar de cuerdas y silbido de saetas. Incluso la propia Isabel de Meneses, ante lo crítico de la situación, había subido a lo alto de una torre, acompañada de un hombre de armas, para animar con su presencia a los suyos.

Las compañías reales iban y venían como olas, contra la barrera, donde la lucha se volvía sañuda, entre arremolinar de lanzas, con unos hechos fuertes en el espacio de liza y otros agolpados en la parte exterior. El entrechocar de varas y hierros, y el griterío, enardecía a los que estaban en lo alto, como era el caso de Martín, a quien Cabeza de Vaca no había permitido bajar, para su gran disgusto. Se encontraban los filos y saltaban las chispas. Los asaltantes caían dando tumbos por las cuevas, verdes tras las lluvias de primavera, y los defensores heridos tenían que salir de allí a rastras por sí mismos, ya que, en situación tan crítica, no se retiraba nadie que se pudiera tener en pie.

Fue una jornada muy larga, de momentos muy difíciles, con el castillo atacado por todos lados. Pero, al cabo, los del rey hubieron de cejar y retirarse, tras sus grandes pavese, adornados con el escudo de Castilla y León, protegidos por las descargas de ballesteros. Cuando dejaron de volar saetas, una calma brusca se instaló sobre ese campo de batalla, tras el estruendo de sólo instantes antes. Martín, pese a la temperatura suave y la brisa que soplaba allí arriba, en los adarves, chorreaba sudor. A su lado, un balletero se sentó en el suelo, la espalda con el parapeto de cuero y, tras echar atrás la capucha de cuero claveteado, se limpió la frente. Al ver cómo le miraba Martín, resopló.

—A veces, se pasa peor aquí arriba. Ahí abajo andan a lanzazos y no tienen tiempo de pensar, ni ven más allá de las puntas enemigas. Pero aquí en lo alto, asomados, viendo lo que se le viene a uno encima...

Martín contestó con una sonrisa y, perdida ya la vergüenza, se retiró almófar y cofia, para enjugarse el sudor, agradecido del aire que soplaba en lo alto, y le refrescaba ahora el rostro y cabellos mojados.

Aun lejos y acuciado por tantos problemas inmediatos, Bernal de Cabrera, capitán general del ejército aragonés en la campaña de Cerdeña, encontró hueco para atender despachos sobre la Península y asombrarse por la forma en que, a lo largo de la primavera y verano, Castilla iba derrumbándose alrededor de su monarca.

Fueron meses agitados también para él, ya que el rey de Aragón, contra su parecer, se había volcado en la reconquista sarda, arrastrando a todos en su empresa. Como primer paso, envió doce galeras cargadas de ballesteros, en apoyo de las guarniciones que aún le quedaban en la isla, y sacó a pasear el estandarte real, para indicar así que el rey de Aragón en persona iba a partir a la guerra. Llamaron a alistarse a cuanto hombre útil estuviese dispuesto y, como la Corona estaba esquilada tanto de hombres como de oro luego de años de guerras y pestilencias, el propio Ceremonioso salió a recorrer los reinos, para enardecer los ánimos y animar a los burgueses a abrir las bolsas.

La noticia de que iba a dirigir la expedición, junto con esa gira, logró despertar una euforia bélica en sus reinos. Acudieron voluntarios de todas partes, e incluso nobles ingleses y gascones, así como un duque alemán, se vinieron a la aventura; de forma que, casi para su asombro, el rey aragonés pudo alistar cien bajeles y más de diez mil hombres.

Quedó como regente el infante Pedro, tío del monarca, y, atados ya todos los cabos en Aragón, la gran flota zarpó de Rosas el 15 de junio, para arribar al cabo de diez días cerca de la siempre rebelde villa de El Alguer, donde más de setecientos sardos se habían hecho fuertes. Y comenzó así, con el verano, un asedio terrible en el que el rey, escarmentado, procuró ahorrar vidas de sus hombres. En vez de lanzarse al ataque de las murallas, abrieron trincheras y minas, y consolidaron posiciones, mientras los ingenieros construían máquinas enormes de guerra para batir las murallas.

Los zapadores cavaban sus galerías, al tiempo que los ballesteros hostigaban las almenas enemigas y los ingenios lanzaban proyectiles gigantescos. La impaciencia del Ceremonioso debió de afectar a sus ingenieros, que armaron máquinas con prisa excesiva, sin repasar cálculos y con maderas no siempre idóneas. Eso, sumado al uso de proyectiles de gran peso, hizo que cuatro de los ingenios cediesen entre chascar de cuerdas y maderas rotas, en mitad del combate, matando e hiriendo a varios artilleros.

Las máquinas restantes seguían disparando contra El Alguer y, en aquel panorama de zanjas, humaredas, descargas de saetas y escaramuzas con las guerrillas

sardas, a Cabrera no le faltaba ocupación. Una flota genovesa se mantenía ante la ensenada, acechando como barracudas, y, aunque se había hecho a la mar en repetidas ocasiones, buscando combate, los genoveses le rehuían, gracias a la ligereza de sus naves. Se contentaban con estar ahí, amenazando a las comunicaciones y abastecimientos aragoneses.

En esa vorágine de guerra, Bernal de Cabrera veía, por las cartas, cómo se agravaba la situación en Castilla. O tal era su análisis, ya que opinaba que los acontecimientos en esa Corona interesaban de forma directa a Aragón, y así trataba de hacérselo ver a su rey. De tener acorralados a sus enemigos, Pedro de Castilla había pasado, en un abrir y cerrar de ojos, a verse él a la defensiva. Los informes de Cabrera culpaban, sobre todo, al propio rey castellano, quien, cegado por una pasión efímera hacia una dama gallega, había descuidado los negocios de Estado, dejando el mando militar a dos hermanastros que se habían revuelto contra él a las primeras de cambio.

Se le habían abierto frentes de guerra por todas partes y, como era habitual en Castilla, la traición se cocía en la misma olla que el honor. Varios alcaides santiaguinos, habiendo en su día jurado mantener plazas fuertes por el rey, se habían visto en el dilema de faltar a la palabra dada o desobedecer a su propio maestro. Como solución, habían entregado las fortalezas a hombres del monarca, antes de sumarse a las huestes de don Fadrique, cumpliendo así con sus dos obligaciones.

Los partidarios de Enrique de Trastámara campaban por Asturias y el oriente gallego, y también estaban en armas los estados de los Meneses, en Tierra de Campos. Juan de Avendaño había levantado un ejército de vizcaínos, que se mantenía a la expectativa, ya que don Tello aún no se había pronunciado. Y, para rematar la catástrofe, el ricohombre gallego Fernando de Castro, hasta entonces neutral, también se había alzado. Agraviado por la ofensa infligida a su hermana Juana, se había despaturrado de forma pública, abjurando ante escribanos de cualquier vasallaje para con el rey de Castilla.

—¿Será posible que ese mozo se haya metido en apuro tan grande por un capricho de faldas? —Se preguntaba el Ceremonioso, atónito, tras escuchar los informes de Cabrera—. ¡Por Cristo! ¿No tenía bastantes problemas como para enemistarse encima con uno de los hombres más poderosos de su reino?

—La deshonra de Juana de Castro es una excusa —opinaba Cabrera, prudente—. Fernando de Castro no tiene la sangre tan caliente y, en todo caso, esa boda siempre fue una farsa, ya que el Papa reprobó a los obispos que dieron la nulidad. Pero, como coartada para alzarse contra el rey, sin duda es buena.

El Ceremonioso convino en eso. Su faceta más teatral no podía sino aplaudir el montaje organizado con la desnitración pública de Fernando de Castro. Durante nueve días consecutivos, el ricohombre había cruzado cada mañana el Miño, de Galicia a Portugal, haciendo constar cada vez, por escrito, que abandonaba a su señor natural, con razones que se detallaban en el documento.

Don Pedro se había refugiado en Castrojeriz y, como había dejado pasar casi un

mes, y hecho acudir a su antigua amante, María de Padilla, no faltaron los que le acusaron de acobardarse, y de esperar escondido a que escampase, cuando, en realidad, estaba preparando el contragolpe. A mediados de mayo se mudó a Toro para, desde allí, lanzar una gran ofensiva por Tierra de Campos. Fracasó ante Montealegre, triunfando en cambio en Ampudia y Villalba de los Alcores. Ya nadie pensaba que se había amilanado; aunque Cabrera, con la perspectiva que da la distancia, tenía la impresión de que todo eso no eran sino mordiscos de fiera acorralada.

El rey castellano había tomado medidas estratégicas, como enviar a su primo Fernando de Aragón a tierras de Salamanca, para parar al conde Enrique. También políticas, como casar a su otro primo, Juan, con Isabel de Lara, segunda hija del antiguo señor de Vizcaya, para socavar el poder de su hermanastro Tello. Y eso afectaba a los intereses de Aragón, porque esos dos infantes, así como su madre, habían intrigado contra el Ceremonioso sin tregua. El rey aragonés no podía, por tanto, ver con buenos ojos el ascenso de hermanastros tan díscolos.

Por eso recibió ceñudo tales noticias, de labios de Cabrera. Estaba tan volcado a la campaña insular que casi no atendía a otra cosa y el capitán general, que no quería demoras en discutir tal asunto, hubo de acercarse casi a primera línea de asedio, para ver al monarca. Tras el fiasco de las grandes máquinas de guerra, los aragoneses habían cambiado de táctica y construían ahora fortificaciones desde las que cegar los fosos defensivos para, luego, avanzar contra las murallas.

El rey estaba a pie de obra, muy cerca de donde los suyos levantaban muros de adobe para dar cobertura a los ballesteros. Vestía loriga, sobrevesta azul oscuro, con las armas de Aragón, y corona, y le rodeaban guardas con escudos, a los que hacía apartarse a veces, molesto, porque le estorbaban la observación. Los sardos por su parte, advertidos de su presencia, vociferaban y cantaban desde las almenas, entre tremolar de pendones, y a veces disparaban una andanada de flechas en su dirección; de ahí los paveses en alto de los guardas reales.

Bernal de Cabrera aprovechó la ocasión para inspeccionar también las obras. Estaban levantando dos fortificaciones, una de ladrillos de adobe y otra de maderas, protegida esta última por cueros tensos. Una vez rematadas, darían resguardo a ballesteros, encargados a su vez de cubrir a una gran máquina de guerra, diseñada para rellenar fosos y permitir el avance directo de los peones.

—Mozo irresponsable... —gruñía entre dientes el Ceremonioso—. ¿No ha aprendido aún a no fiar en demasía de malos parientes?

—Se ve que no.

—Refuerza a mis hermanastros y nos va a meter en líos a todos. —Contempló a los hombres que, casi desnudos, apilaban adobes—. Si hasta hubiera sido más lógica una rebelión de Fernando que de los Trastámara, habida cuenta de todas las mercedes que dio don Pedro a éstos, en los últimos tiempos.

Cabrera asintió. Dados su edad y rango, y que no tenía intención de entrar en



combate, vestía ropas talaras y livianas. Se metió las manos en las mangas, pensativo. El rey aludía a que Fernando de Aragón era heredero directo al trono de Castilla, en caso de muerte de don Pedro sin hijos. También aspirante a esa corona, por tanto, por la fuerza de las armas; algo vedado a Enrique de Trastámara, por su condición de bastardo.

—Parece, señor, que la traición de los Trastámara se debe más al descontento que a la ambición. Ellos, como muchos magnates castellanos, ven a disgusto el ascenso de los Padilla, y que el rey nombre a hidalgos y burgueses para los oficios mayores.

—¿Tan mal lo hacen? No eran ésas mis noticias.

—No, señor. Se desempeñan bien y eso agrava el resquemor de los grandes. —Cabrera se permitió una sonrisa—. Henestrosa es buen consejero, Samuel Levi es un tesorero capaz y, en general, esos oficiales hidalgos y pecheros son más leales al trono que los grandes nobles. Os recuerdo que, a finales del año pasado, don Pedro cambió a muchos oficiales mayores. Cesó a los afines a Alburquerque. Pero sus hermanastros, y otros grandes, no sacaron provecho del nuevo reparto. Ahí, a mi entender, pudo sembrarse la semilla de esta rebelión.

—En eso no ganarían. Pero su hermano bien que les otorgó por otros lados.

—No quiero recalcar lo obvio, pero quien controla los oficios mayores tiene las llaves del reino. Los Trastámara, como muchos grandes, quieren algo más que engrosar sus estados o llenar las arcas: desean su cuota de poder.

—Una mala costumbre, propia de hermanos, sí —rezongó el Ceremonioso—. Pedro de Castilla debiera aprender lo peligroso que resulta concentrar demasiado poder en pocas manos... si tales manos no son las propias, claro. Antes era Alburquerque quien controlaba su casa. Ahora son los Padilla.

—Cierto, y eso añade sal a la herida: Tras támara y Padillas se aliaron para desbancar a Alburquerque, pero fueron los segundos quienes se hicieron con los despojos. Está claro que los primeros no se han conformado.

—Ciertos parientes debieran hacer el favor de morirse. Eso ahorraría a todos muchos disgustos.

Bernal de Cabrera tuvo el buen tino de no responder nada y el rey, los ojos puestos en las almenas de El Alguer, prosiguió:

—Me pregunto si Pedro de Castilla conseguirá manejar esta situación... aunque tal vez se sosiegue por sí sola.

—Lo primero lo ignoro, lo segundo lo dudo. Más bien va a empeorar.

—¿En qué te basas?

—El trato que el rey de Castilla dispensa a su esposa causa enojo entre sus súbditos. La tensión sube por tal motivo y él, o no lo nota, o no se da por enterado. La reina está ahora en Arévalo, se puede decir que confinada, lo que disgusta a muchos. Los señores rebeldes campan por tierras próximas a esa villa y los consejeros de don Pedro parecen temer que incluso la liberen.

—Y la figura de la reina daría legitimidad a su revuelta. Entiendo. —El

Ceremonioso acarició el pomo de su puñal, pensativo.

—Han sopesado la posibilidad de trasladarla: sacarla de Arévalo y someterla a un encierro aún más estrecho. Al menos, ese rumor corre por el reino y, sea o no verdad, está encrespando los ánimos.

—La cosa se pone fea, sí. Voy a escribir a mi tío Pedro, para que esté alerta y no quite ojo a mis queridos hermanastros, que son dos escorpiones siempre prestos a picar. —Ganas tuvo de patear la arena y, si se contuvo, fue porque les miraban—. En fin. ¿Alguna noticia más de Castilla?

—Chismes tocantes a la madre de don Pedro, María de Portugal.

—¿Qué pasa con ella?

—Ha tenido un comportamiento harto curioso durante esta crisis. También ella fue a las bodas de Évora y debió de olerse lo que se tramaba. No en vano, Alburquerque y ella fueron uña y carne durante años. Cuando explotó la conjura, debió de temer que su hijo, con el que ha tenido sus divergencias por el asunto de la reina Blanca, creyese que tenía algo que ver en el asunto.

—Es comprensible.

—Optó por volver a Castilla por el norte y evitar así Badajoz, donde estaban en esos momentos Alburquerque y los gemelos. De hecho, usó una argucia que le gusta mucho al primero: viajar muy despacio y dar así tiempo a que la situación se aclare. Fue hacia el norte de Portugal, escoltada por su hermano el príncipe Pedro, el maestre de Avis, y otros grandes portugueses y castellanos. Subió hasta Mogadouro y, ya allí, cruzó la frontera, camino de Zamora.

—Buena treta. Pero no veo el chisme.

—Paciencia, señor. Los caminos estaban poco practicables, embarrados, y, durante todo el viaje, uno de sus hombres de confianza le llevó la mula de las riendas. Y eso ha desatado ciertos rumores...

—¿Qué hombre de confianza?

—Martín Alfonso Tello: un caballero portugués que lleva años a su servicio.

—¿Se rumorea que pudiera ser su amante?

—Eso mismo.

El Ceremonioso frunció el ceño.

—Interesante.

—No es más que una hablilla que corre. De poco vale.

—Para la gran política, no. —Sonrió con aspereza—. Pero a mí me va a ser útil. La próxima vez que mi querida esposa me ponga la cabeza como un tambor con sus exigencias, creo que me sacaré de la manga este rumor. Picará el anzuelo, se olvidará de Sicilia, al menos por un rato, y yo conseguiré un respiro.

Algunos labradores, ocupados en sus campos, fueron los primeros en ver llegar a la comitiva de la reina Blanca por el camino de Ávila. Interrumpían sus trabajos y, sudados y polvorientos, los gorros en la mano, observaban en silencio cómo pasaba esa caravana. No pocos se santiguaban, pero nadie se acercó esta vez a la vera del camino, aunque muchos relatarían años después, con todo lujo de detalles, sus recuerdos de aquel día de verano, patinados ya por el paso del tiempo.

Esos mismos espectadores describían al dedillo, al cabo de una década, a los de a caballo que acompañaban a la reina, lanza en mano, con sus armaduras y sobrevestas coloridas; a las damas en mula, de lado sobre las sillas, cubiertas de mantos, cofias y sombreros, para defenderse del sol y la polvareda; a los fámulos a pie, los ballesteros, las acémilas cargadas de equipajes, y los arrieros de gritos ásperos que reverberaban en el aire caliente de agosto.

Muchos de aquellos espectadores distantes habrían de coincidir en ciertos detalles, como que las vestimentas de la reina eran de un blanco resplandeciente, que ni polvo del camino parecía capaz de macular. O que su mula era de arreos suntuosos, que las riendas las sujetaba un paje, o que, a la par de la cabalgadura, iban dos esclavos moros de ropas holgadas, listadas en blanco y rojo, con las cabezas ceñidas por pañuelos; uno con un gran quitasol, en tanto que el otro agitaba un abanico.

Soplaba un aire ardiente que agitaba ropas y pendones, y arrastraba polvaredas pardas. Cantaban las chicharras y la luz del sol hacía destellar las puntas de las lanzas. Muchos recordarían haber reconocido de lejos, entre a los de a caballo, a don Juan de Henestrosa, cubierto de armadura, a lomos de un destrero negro, y con una gran lanza en las manos. Henestrosa el odiado, la mano derecha del rey, a quien la voz popular culpaba del calvario de la reina. De creer a esos testigos, no pocos le dedicaron aquel día, con disimulo, gestos de maldición e imprecaciones sordas, de las que no se percató él, aunque sí de cómo les miraban al pasar.

Pero, pese a lo que luego dijeran, el privado del rey montaba caballo tordo, no negro, vestía ropas de viaje y no armadura, y no portaba lanza por deferencia a la reina, a cuya mula se acercaba a menudo. En realidad, hacía el viaje muy a disgusto y no veía la hora de poder mostrar a la reina Blanca la aún distante Toledo. Había viajado hasta Arévalo por orden del rey don Pedro con una misión hartamente ingrata: trasladar a la reina hasta Toledo, de grado o a la fuerza, y ponerla bajo custodia en el alcázar de la ciudad, so pretexto de que Arévalo había dejado de ser segura. Era cierto que partidas rebeldes campeaban al oeste y al norte de esa villa, sí. Pero una hipotética

incursión contra Arévalo suponía más amenaza para los intereses del rey que para la seguridad de la reina y, de hecho, si los nobles sublevados entraban en contacto con ella, la situación aún se volvería más difícil para don Pedro.

Los consejeros reales estaban de acuerdo en eso último, así como en la necesidad de sustituir, lo antes posible, a ciertos oficiales de la reina que, pese a haber sido designados por el propio don Pedro, ahora militaban de forma decidida en el bando de aquélla. Pese a compartir las razones, Henestrosa aceptó la misión a su pesar, convencido de que el problema se estaba gestionando de la peor forma posible. La acogida que le dispensaron en Arévalo hubiera helado ríos en verano, pero no consiguió inmutarle. Era de nervios templados y, como muchos hombres de acción, tenía una vena fatalista que le ayudaba en los trances amargos, por lo que encajó sin pestañear los desaires de la reina, sus damas y oficiales, así como los de las autoridades de la villa, y se centró en acelerar el traslado.

Se había propuesto guardar las distancias con la reina, para ahorrarse situaciones desagradables; pero, como el contacto era inevitable, mientras los sirvientes lo empacaban todo y las damas supervisaban para evitar rotos y extravíos, acabó por ceder a la curiosidad. No en vano llevaba mucho tiempo recabando informes sobre doña Blanca, y no podía por menos que sentirse curioso ante esa reina tan joven que parecía capaz de concitar la lealtad de gente muy diversa.

El interés era mutuo, ya que Blanca de Borbón había oído hablar mucho de Juan de Henestrosa, casi siempre para mal. Los nobles que la visitaron durante aquel año de mudanzas y sinsabores le pintaban como un arribista sin escrúpulos, un intrigante que medró a la sombra de Alburquerque, hasta que pudo desbancarle. Un hidalgo oscuro que había ido desplazando a los ricos hombres de los oficios mayores, para colocar en ellos a sus partidarios. El tío de María de Padilla, la concubina del rey, a la que culpaban del apartamiento de la reina y de la crisis que sufría el reino.

Algunos, ecuanímenes, le reconocían buen caballero, mesurado de juicios y actos, enemigo de abusos y contrario a las violencias gratuitas. Y, en esos pocos días en Arévalo, así como durante el viaje a Toledo, Blanca de Borbón no tuvo motivos de queja de él, en lo tocante al trato. Comprobó también que era hermético a su manera, de esos hombres que usan los modos —ahora cortés, ahora llano— como velos tras los que ocultar opinión e intenciones. Aun su aspecto impresionó a la reina, ya que nadie se lo había descrito, y se topó con un caballero maduro, de mostachos negros y sienes casi blancas. Un hombre fuerte, de osamenta recia, manos grandes y ojos oscuros, con aspecto de mal enemigo, tanto con las discusiones retóricas como con las armas en la mano.

En todo momento le mostró la deferencia debida y aceptó demorarse unos días en Arévalo, para disponer de forma adecuada la mudanza. Se preocupó también de que el viaje hacia el sur, a través del verano asfixiante de Castilla, les resultase a las damas lo menos gravoso posible. A tal efecto, dispuso que las jornadas fuesen cortas, con pernoctas en lugares dotados de comodidades, y siempre les precedían los

aposentadores, para asegurarse de que no les faltase de nada.

Como se detenían pronto en la tarde, pudieron conversar en varias ocasiones, e incluso disputaron alguna partida de ajedrez, juego en el que Henestrosa no estaba a la altura de Blanca. Y así, si no bien avenidos, por lo menos en tregua, cruzaron el puerto de Picos para enfilarse las llanuras toledanas, de forma que, a primeros de agosto, Henestrosa pudo poner su caballo a la altura de la mula real, para señalar con el índice.

—Toledo, señora. Allí. Toledo.

La reina Blanca —pese a lo que después dijeron, no vestía de blanco, sino un manto pardo, adecuado a esos caminos resecos—, que viajaba de lado en la silla, amodorrada por el vaivén de la mula, el calor y el susurro del abanico, se despabiló al conjuro de ese nombre. Giró la cabeza para mirar camino adelante y así, allá a lo lejos, entre el temblor del aire recalentado, tuvo un primer atisbo de aquella ciudad legendaria.

Mucho antes de imaginar siquiera que cruzaría los Pirineos para convertirse en reina de Castilla, Blanca ya sabía de esa urbe antigua, anterior a los romanos, de labios de peregrinos y cruzados que habían hollado sus calles. Una ciudad de cuevas, casas nobles, magos y sabios, donde cada pueblo tenía su barrio, y se codeaban todos en las plazuelas. El lugar donde los moros hablaban su propio dialecto del latín y los mozárabes viejos escribían castellano con signos arábigos, mientras los hebreos se enseñaban unos a otros los secretos de la Cábala.

Blanca había escuchado tanto sobre Toledo —primero a franceses que guerrearon contra Granada en los tiempos de Alfonso XI, y luego a los propios castellanos— que muchas veces había soñado con poner los ojos sobre ella. Y aquel día de verano, próximo ya al mediodía, bajo un sol de fuego, pudo cumplir al menos ese deseo y columbrar a lo lejos, rielando, las líneas de muralla, calles, casas, palacios, iglesias, sinagogas y, en lo más alto, una fortaleza hosca y pétreo, con torres fuertes en las esquinas.

—El alcázar, señora —le informó con voz suave Henestrosa, que no había dejado de reparar en su mirada—. Pese a su aspecto, puedo aseguraros que cuenta con toda clase de comodidades. Allí podréis resarciros de las fatigas de este viaje.

—Te agradezco tantas atenciones, don Juan. —La reina, el rostro cubierto de velos, inclinó la cabeza.

—He hecho lo que ha estado en mi mano y lamento que no haya podido ser más. Viajar en esta época es fatigoso, y más si no se está acostumbrado al clima.

Blanca sonrió a través de los velos. Henestrosa, cubierto con un sombrero de grandes plumas rojas, se mantenía erguido sobre su tordo, como si ni el calor ni la solana le afectasen. Ella, en cambio, pese a la sombrilla y el abanico, sentía a veces que le faltaba el mismo aire. Devolvió los ojos a la ciudad lejana, que temblaba como un espejismo, mientras Henestrosa a su vez espiaba sus gestos, sin lograr sacar nada en claro, pues doña Blanca había sido educada desde niña para mantener la compostura.

Ante todo el mundo, en todo momento, se comportaba como una reina en tránsito entre dos residencias, y no como una casi prisionera rumbo a una cárcel. El respeto que le mostraba Henestrosa le hacía el trago más llevadero; pero, en privado, la máscara se resquebrajaba y, por las grietas, asomaban miedos más fuertes de día en día. La noche que se detuvieron en Almorox, estando a solas con su aya, la careta se había roto incluso por completo.

Sus otras damas se habían ya retirado, dejándolas conversar a la luz de unas pocas velas. Blanca había ponderado la situación en que se hallaba, examinando las distintas opciones con frialdad de ajedrecista, hasta que, de repente, cedió al llanto. Como el deshielo en primavera, le asomó primero humedad a los ojos y, luego, lágrimas gruesas comenzaron a correrle por las mejillas. Leonor de Saldaña, que había visto llorar mucho, la dejó unos instantes, antes de levantarse de su silla para rodearla con los brazos.

—Tengo miedo. —La oyó hipar—. Miedo. No puedo más. Es como esa bajada a los Infiernos de la que hablan los predicadores. Cada paso me lleva más abajo, sin que se pueda ver el final.

En esos instantes, al parpadeo de las velas, sin toca, con el pelo rubio suelto y el rostro mojado, la reina de Castilla se había convertido en una niña abrumada por los acontecimientos. El aya no despegó los labios y la dejó hablar, para que saliese todo, como hace la pus al sajar las heridas infectadas.

—Abajo. A peor —murmuraba, como en letanía—. En Medina del Campo me protegía doña María de Portugal. En Arévalo, la villa era mía y la gente me apoyaba. Pero ahora me llevan a Toledo, a encerrarme en el alcázar, lejos de todo.

—El rey no se atreverá a hacerte daño.

—El rey se atreve a todo. El rey es un demonio. —Se secó el rostro con la manga, ahora también furiosa.

—Pero el Papa...

—¡Al rey le trae sin cuidado el Papa! Hará lo que le venga en gana, sin medir las consecuencias. Me van a confinar en el alcázar de Toledo, rodeada de esbirros del rey y apartada de los que me quieren. Si algo llegase a pasarme, ¿quién podría decir con certeza qué ocurrió?

Leonor de Saldaña no respondió nada a eso, pues también a ella le roían temores negros que no quería confiar a nadie. Le tomó las manos entre las suyas.

—Sosegaos, niña. No os faltan amigos en el reino y, no sé por qué extraño motivo, el rey ha tenido la ocurrencia de enviaros a una de las ciudades donde más simpatía despierta vuestra causa. No alcanzo a entender sus razones.

—También me querían en Arévalo. Pero ¿de qué sirvió eso llegado el momento? Henestrosa se presentó con gente de armas y me sacó de allí, sin que nadie pudiera impedirlo.

—Toledo no es Arévalo. Algo podrá hacerse.

—¿Qué?

—Algo. Ya veremos. —Le acarició el dorso de las manos—. En una cosa os doy la razón: no podemos permitir que os recluyan en el alcázar.

Así había quedado esa noche la cuestión. Leonor de Saldaña mandó preparar una tisana para la reina y logró, con buenas palabras, que se acostase. Pero a la jornada siguiente, ya con Toledo a la vista, el aya, que no había cesado de darle vueltas a esa conversación, apremió a su palafrenero para que adelantase a su mula y la pusiera a la par de doña Blanca y Henestrosa. El caballero la saludó con deferencia, a la que ella correspondió con sonrisa poco amable, entrevista a través del velo que colgaba de su sombrero.

—Don Juan. No es correcto que la reina de Castilla —recalcó con dureza el título— y sus damas tengan que entrar en Toledo de esta guisa, con ropas de viaje y cubiertas de polvo.

—Los caminos, doña Leonor, no distinguen entre reyes o peregrinos.

—Los caminos puede que no, pero los hombres seguro que sí. Hemos de parar para adecentarnos y vestir ropa limpia, de forma que su alteza pueda hacer una entrada propia de su rango.

Henestrosa ladeó la cabeza, haciendo oscilar las plumas rojas de su sombrero, consciente de que la otra, con su actitud, casi le reprochaba las cuitas de la reina. Aquella dama, de rancio abolengo y esposa de un señor poderoso, elegida para aya real por María de Portugal, había desarrollado una fidelidad ciega hacia Blanca de Borbón. Y él de nuevo se preguntó qué tenía aquella reina extranjera, vulnerable y casi niña, para ganarse la voluntad de cuantos la rodeaban, incluso los agentes del propio rey.

Los cascos de las caballerías golpeteaban sobre el camino, y el esclavo moro seguía agitando impasible el gran abanico, mientras la reina observaba curiosa aquel duelo de voluntades. Como Leonor de Saldaña no apartaba los ojos de él, Henestrosa se permitió una mueca, que le torció los bigotes, antes de ceder con un suspiro.

—Muy bien. ¿Cómo podemos procurar a su alteza una entrada adecuada?

—Manda hacer un alto. Que tus hombres levanten una carpa para que la reina y sus damas se asean y cambien. Hay que traer agua, y no estaría de más que tus hombres de armas se adecentasen un poco.

Henestrosa asintió, antes de hacer girar a su caballo, para dar voces de mando a los suyos. Ya en aquel momento tuvo unas palabras con Ruy de Atienza, uno de los de la cámara del rey, enviado por éste a la misión, con gran disgusto de Henestrosa, que no le tenía aprecio alguno, y, tiempo después, hubo de defenderse de los que le acusaron de haber cedido donde no debía. Él siempre se justificó con el argumento de que peor hubiera sido negarse y, por tanto, tratar a la reina, ante todos, como a una prisionera.

No faltaban alquerías en el camino, así que, en vez de hacer lo que le requería el aya, optó por enviar jinetes a la más próxima, con orden de disponer una estancia y agua caliente, para que doña Blanca y sus damas pudieran cambiarse con comodidad.

Y de esa forma, todos los que habían salido de la ciudad, avisados de que llegaba la reina de Castilla, pudieron asistir a una cabalgata que colmaba las expectativas despertadas.

La comitiva iba despacio y, tanto los de a pie como los de a caballo, habían procurado sacudirse el polvo del camino, a la par que los palafreneros habían limpiado los arreos de las caballerías. La reina vestía, ahora sí, ropajes blancos ribeteados de oro, recién salidos de los cofres. Se cubría con cofia de velos inmaculados y, sobre la misma, la famosa diadema traída de Francia como parte del ajuar y que tanto había dado que hablar.

Un paje de ropas suntuosas conducía a la mula regia, mientras que los dos moros, con sus ropas listadas de blanco y rojo, caminaban a la vera de la cabalgadura. Detrás iban las mulas de las damas, y tras ellas los caballeros, ballesteros, sirvientes y, por último, las acémilas. Una columna que no pudo por menos que sentirse impresionada, a su vez, ante el recibimiento deparado, ya que los toledanos habían salido en masa, alertados por los gritos de los pillos que corrían las calles. Henestrosa fue de los que sintió más inquietud que admiración ante esa multitud agolpada a ambos lados del camino, consciente de hasta qué punto despertaba doña Blanca simpatías en Toledo; algo que don Pedro, por desgracia, no entendía o no quería entender.

Henestrosa fue siempre opuesto a ese traslado y más de un amigo toledano le había advertido de lo alborotadas que estaban las aguas en la ciudad por ese asunto. Esos mismos amigos le alertaban sobre que la voz popular le culpaba a él de lo que ocurría, y de que, incluso, se rumoreaba que algunos hidalgos de sangre caliente se habían confabulado para acuchillarle, si pisaba Toledo y les daba ocasión.

El privado real encajó tales noticias sin sorpresa, sabedor de que las gentes solían exculpar a los monarcas de errores e injusticias, para cargarlas sobre sus consejeros. «Es parte del oficio», había comentado estoico. En cuanto a los avisos sobre posibles conjuras para darle muerte, los recibió con gesto de desdén, lo que no fue óbice para que, luego, mandase a sus guardas personales estar más atentos que nunca.

Ahora, mientras se aproximaban a la puerta de la Bisagra, pudo comprobar, con sus propios ojos, el gran apoyo del que disfrutaba doña Blanca en aquella ciudad que, por tradición, fuese uno de los baluartes más sólidos de los monarcas castellanos. Los toledanos no habían podido prepararle recepción formal, dado que el concejo estaba controlado por hombres de don Pedro y era sabida la aversión de éste hacia su esposa, así como lo sañudo que solía ser con quienes le contravenían. Pero había salido un gran gentío de forma espontánea, a juzgar por las ropas y la forma en que andaban revueltos altos con bajos. Menestrales, hortelanos del Arrabal y las alquerías próximas, hidalgos, buenos, religiosos. Todos doblaban la rodilla o el espinazo al paso de la mula real, mostrando un respeto que no dejaba de ser un desafío al rey. Los frailes hacían la señal de la cruz, las mujeres la bendecían, los hombres se destocaban. Y Henestrosa asistía a esas demostraciones desde lo alto de su caballo, impassible;



aunque, al fijarse en las miradas duras de muchos, y en cómo más de una mano rozaba la empuñadura del cuchillo o la espada, se dijo, resignado, que la estancia en Toledo podía ser más que espinosa.



Pero, ni en sus peores sueños, podía don Juan de Henestrosa haber imaginado hasta qué punto se le iba a complicar el asunto, antes de acabar el día. La comitiva cruzó las puertas dobles de la Bisagra para entrar en el Arrabal y allí se vio bloqueada por la muchedumbre que se agolpaba en las callejuelas, gritando y vitoreando. Hubo que sujetar a las monturas para que no se desbocasen, espantadas por tanto alboroto. Los alguaciles eran incapaces de poner orden o abrir siquiera paso; y Leonor de Guzmán, al ver que Henestrosa desmontaba para discutir la situación con Alfonso Jufre Tenorio, el alguacil mayor de la ciudad, mandó a su palafrenero que la avanzase hasta ellos.

—Doña Leonor. —Henestrosa se quitó el sombrero emplumado, para secarse la frente con el dorso de la mano—. No es momento de...

—Don Juan. —Le cortó el aya sin contemplaciones—. Es deseo de la reina acudir a la catedral, a rezar.

—Tiempo habrá para eso, señora.

—Su alteza ha oído hablar mucho sobre la catedral. Es muy religiosa, como sin duda sabréis, e hizo promesa en su día de visitarla apenas pisase Toledo, y rezar ante la Virgen Blanca. Esas promesas no deben tomarse a la ligera y, como veo que tenemos que desviarnos de todas formas, porque por estas calles tan llenas de gente no vamos a poder pasar, creo que no habrá inconveniente alguno en que la reina cumpla su palabra.

Entre el calor sofocante, el vocerío y el olor espeso de tanta gente congregada en calles tan estrechas, Henestrosa consultó con la mirada a Alfonso Jufre que, a su vez, se acarició la barba negra y apuntada. Aquel hijo del gran almirante de Alfonso XI era hombre cetrino, de pelo negro, al que el porte serio y las ropas oscuras daban aire sombrío. Se lo pensó unos instantes, pero no vio sino ventajas, ya que, desviarse hacia la catedral suponía subir costeando la Judería, por barrios habitados por gran número de hebreos, de absoluta lealtad hacia el rey don Pedro.

—Quizá fuese lo mejor. —Asintió muy despacio, pues también él se temía que, con aquellas aglomeraciones, estallase un motín o alguien tratase de acuchillar a Juan de Henestrosa.

—Entonces de acuerdo. —El consejero real movió la cabeza a su vez, el sombrero todavía en la diestra.

Y así, entre un gran tumulto humano, contenido a duras penas, la comitiva de la

reina se apartó de la ruta original para remontar la ladera norte, por cuevas empinadas. La multitud se apercibió pronto del cambio, corrió la voz por las callejas y, en un alboroto que costó no pocos pisotones y alguna pelea, los curiosos abandonaron el Arrabal para acercarse al nuevo itinerario. Pero los alguaciles de Alfonso Jufre les llevaban esta vez ventaja y habían bloqueado las bocacalles, de forma que, ahora sí, la cabalgata real pudo subir sin grandes estorbos hacia la catedral, casi bordeando la muralla del barrio judío.

Los toledanos habían ya imaginado cuál debía ser el destino final del séquito, por lo que, de todas maneras, una multitud aguardaba ya en los alrededores de la catedral. Y no sólo eso, sino que tanto los albañiles que trabajaban en las partes aún inconclusas del templo, como los canónicos del mismo, encabezados por el arzobispo don Vasco, habían salido al pórtico, a recibir a la reina. Alarifes y religiosos doblaron la rodilla, en tanto que don Vasco, que había tenido tiempo de vestir ropajes majestuosos de brocados y empuñar su báculo, se adelantaba a recibirla.

Tras un cambio de cortesías entre arzobispo y reina, ambos, junto con sus respectivos acompañantes, entraron en la catedral, lo que supuso casi un alivio para Henestrosa y Alfonso Jufre, puesto que les dio una excusa para estacionarse con los suyos en la plaza de la catedral, so pretexto de proteger la intimidad de doña Blanca mientras rezaba en el interior.

Luego, el tiempo fue pasando despacio. Los alguaciles toledanos habían cerrado las calles que daban a la plaza, ahora llenas a rebosar de curiosos. En aquellas angosturas, reinaba el bullicio, lo mismo que el silencio en la plaza, donde los hombres de armas deambulaban cansinos, en tanto que los sirvientes y arrieros atendían a las caballerías en la zona de sombra. Alfonso Jufre se acercó a Henestrosa.

—Se está congregando cada vez más gente. Y no me gusta el cariz que está tomando la cosa.

—¿Por qué?

—Porque se pueden contar a las mujeres con los dedos de la mano. Ahí son todos hombres.

—¿De qué clase?

—Hidalgos y buenos, armados hasta los dientes. Y también curas y frailes folloneros, de esos que siempre andan predicando contra los nobles.

—¿Tendremos problemas?

—No puedo garantizar que no. —Alzó los ojos al cielo, por encima de los tejados que, ahora, estaban llenos de muchachos—. Pasa la tarde, así que debieras entrar y pedir a la reina que concluya sus rezos, o que los aplace para mejor ocasión. La Virgen Blanca no se va a ir a ningún lado.

—No seas irreverente. —Henestrosa, sin embargo, se sacudió la modorra para atravesar la plaza, al tiempo que, con un gesto, impedía que sus guardas le acompañasen, consciente del rumor que corría por los tejados para bajar a las calles y dar cuenta a todos de que se dirigía a la catedral.

Sombrero en mano, cruzó calmoso el pórtico. Se acercó a la pila, a mojar los dedos en agua bendita y santiguarse, tanto por fe sincera como para darse así tiempo a buscar con los ojos a la reina y sus damas. Las descubrió congregadas al fondo de la gran nave, junto al altar, no rezando, sino en conversación con varios religiosos y un puñado de hombres —unos con aspecto de hidalgos y otros de burgueses adinerados— que debían haber entrado por alguna otra puerta, sin duda con la complicidad del arzobispo don Vasco.

Henestrosa no era hombre que se acobardase con facilidad, así que se adelantó con gesto sereno, como el que se encuentra a sus anchas, sosteniendo sin pestañear las miradas de los congregados al fondo. Pero no pudo llegar hasta la reina, ya que el propio don Vasco salió a cerrarle el paso, flanqueado por los obispos de Sigüenza y Segovia.

—No es mi deseo importunar a la reina, y menos cuando está cumpliendo con una promesa al Señor —manifestó el consejero real, imperturbable—. Pero se hace tarde y ahí fuera se está reuniendo tanta gente que el alguacil mayor teme que se organice algún alboroto. Sería bueno que subiésemos de una vez al alcázar, para que su alteza pueda instalarse antes de que llegue la noche.

Los tres religiosos le observaron unos instantes en silencio. Don Vasco con su báculo en la mano y expresión solemne. Pedro Gudiel, el obispo de Segovia, con atavíos de viaje y más aspecto de guerrero que de clérigo. Pedro Barroso, obispo de Sigüenza, de ropas talaras negras; alto, cargado de hombros, tan erudito como poco agraciado. Al cabo, fue el segundo el que habló por todos.

—Hay un cambio de planes, don Juan. —Gudiel, que sabía de sobra ser cortesano, le mostró las manos, en un gesto tan clerical que chocaba en alguien de su apariencia—. A su alteza no le place instalarse en el alcázar.

Henestrosa no mudó de color. Sombrero en mano, se pasó el dorso de la zurda por los mostachos y puso sus ojos en los del obispo, que le sostuvo la mirada sereno. Pasó luego su atención a los toledanos congregados cerca del altar: los hubo que apartaron la vista y otros le observaron de reojo, pero también los hubo que le devolvieron miradas indiferentes o incluso de desafío. La reina, doña Leonor de Saldaña y el resto de damas seguían conversando con algunos canónicos, sin darse por enteradas de su presencia.

—No deseo contravenir a su alteza, pero he de insistir. ¿Dónde van a estar mejor la reina y sus damas que en el alcázar? Es espacioso, dispone de comodidades...

El arzobispo, apoyado en su báculo, le cortó con un ademán.

—Don Juan, no insistas. La reina no irá al alcázar.

El privado del rey, ahora, se golpeteó los bajos del jubón y las calzas con el sombrero.

—Sus razones tendrá doña Blanca —afirmó, antes de añadir con amabilidad—. Y confío en que vosotros, señores, también tengáis razones de peso para obrar así y dar vuestro apoyo a este desacierto. Su alteza, el rey, recibirá muy cumplida cuenta de lo

aquí haga cada cual en este día.

Don Vasco le observó inmutable, como desde las alturas; Barroso, con esa severidad del erudito que ve algo que le disgusta; Gudiel, con una luz belicosa en sus ojos claros, propia del hombre de armas convertido en eclesiástico por azares de la vida. Henestrosa, con una reverencia, retrocedió por aquella nave de catedral amplia, fresca, llena de ecos de piedra, para salir igual de tranquilo que había entrado, a reunirse con los suyos, algunos de los cuales, pese a sus andares, se olieron enseguida que algo no iba como debiera.

Uno de ellos, Juan de Caduerniga, pariente lejano, amigo y partidario incondicional, se le acercó sin delatar tampoco él inquietud.

—¿Y la reina?

—No piensa salir de la catedral.

Caduerniga asintió, sin despegar los labios. Pero Ruy de Atienza, que andaba cerca, se encaró con gesto malévolamente con Henestrosa.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que oyes. La reina se ha acogido a asilo en la catedral.

—¿Y don Vasco lo aprueba?

—Creo que él mismo se lo ha aconsejado. Cuando entré, estaba con ella y unos cuantos notables de Toledo en conciliábulo, y no les hizo ninguna gracia verme.

—Tenemos aquí hombres de armas decididos. Entremos y hagámosla salir.

Henestrosa y Caduerniga le observaron de soslayo. El primero aguardó un instante, antes de contestar con sosiego.

—Es la reina. Y está en sagrado.

—El rey dará su aprobación a lo que hagamos.

Henestrosa esbozó una sonrisa casi despectiva; pero, antes de que pudiese replicarle, advirtió con el rabillo del ojo que salían varios hombres de la catedral. Hidalgos y buenos toledanos, todos ciñendo espada, para plantarse en el pórtico, afectando despreocupación en los ademanes. Agitó la cabeza.

—Podría darte muchas razones que desaconsejan hacer algo así, pero ahí tienes una de peso. Esos están ahí para cerrarnos el paso. Conozco a varios de ellos: algunos son parientes de Tel Palomeque; de hecho, ese del centro es su hermano, Pedro Díaz.

—No son más que un puñado —bufó Atienza—. Somos más y mejor armados. Vayamos dentro, hagamos salir a la reina y ¡ay del que se nos oponga!

—Tu celo te honra. Pero serviremos mejor a los intereses del rey usando el sentido común. No debemos, no podemos entrar en la catedral con armas en la mano, y menos para poner las manos sobre la reina.

—Te repito que el rey aprobaría una medida así.

—Pero el Papa no.

—¿Temes a la excomunicación?

—El Papa nunca nos perdonaría que ejerciésemos violencia sobre doña Blanca, en sagrado. —Viendo que el otro iba a contestar, se lo impidió con un gesto, ahora seco

—. No deseo poner mi alma en peligro, ni tampoco morir en vano. Esos seis no han salido para hacernos frente si tratamos de entrar en la catedral. Apenas echemos mano a las armas, darán voces de favor y los de los tejados avisarán a los que están en las calles. Son muchos y los alguaciles de Alfonso Jufre no podrán contenerlos. Nos harán pedazos, sin provecho para la causa del rey.

Atienza titubeó ahora, estudiando con el rabillo del ojo a los mozos subidos a los tejados de la plaza, que le acechaban a su vez como halcones. Se pasó la lengua por los labios.

—¿Qué sugieres?

—Que montemos y salgamos de aquí con mucha calma. —Henestrosa sonrió confiado, sabedor de la cantidad de ojos que estaban clavados en ellos—. Mandaremos a los sirvientes de la reina y los arrieros que la aguarden, y nosotros nos iremos; no de esta plaza, sino de Toledo. Nuestra vida, aquí, pende de un hilo.

—¿Adónde iremos?

—A Segura. Allí está el rey, asediando las fortalezas de la orden de Santiago, y quiero ser yo el que le dé la noticia, ya que a mí me había encomendado esta misión.

—No le va a gustar nada.

—Razón de más para que la conozca de mis labios, no sea que descargue su cólera sobre algún mensajero inocente.

Don Pedro, contra lo que muchos creían, recibió la noticia de que su esposa se había refugiado en la catedral de Toledo como si de un asunto trivial se tratase. Sin ataques de ira, ni palabras gruesas. Pidió pormenores como con la cabeza puesta en otros asuntos; algo que alivió a muchos y, empero, alarmó a Henestrosa, que temió que, una vez más, el rey no llegase a apreciar la gravedad de la situación creada.

Se había limitado a zanjar el tema asegurando que ya iría en persona a Toledo, apenas se lo permitiese la guerra en el maestrazgo de Santiago. Estaba en esos días ante la villa y castillo de Segura, baluarte de los freires leales a su hermano Fadrique, y, como siempre que algo se le resistía, se había desentendido de todo para centrarse en ello. De hecho, su ejército estaba atascado ante Segura, en un asedio que muchos consideraban una pérdida de tiempo.

Eso mismo iba pensando Gonzalo de Lucio, amigo íntimo de Henestrosa, cuando salió del real de don Pedro bajo el sol de mediodía, a buscar a aquél. Algunos ballesteros de guardia pudieron indicarle un pequeño pinar, a cierta distancia de las tiendas. Y, en efecto, haciendo visera con la mano, allí pudo distinguir a Juan de Henestrosa, sentado sobre la pinaza, la espalda contra un tronco. Por sus ropas sencillas y gastadas —jubón de cuero, calzas verdes, cofia de soldado—, bien pudiera haber pasado por algún lancero que hubiese salido a sestear fuera del campamento. Pero, aunque tenía los párpados entrecerrados, lejos de dormir, espiaba la colina —o más bien peña, de puro escarpada— sobre la que se alzaba el castillo de Segura, con la villa murada en las mismas faldas.

Comenzaba una tarde ardiente, llena de luz, muy de los veranos en esas montañas del reino de Jaén. El aire era tan seco y cálido que hacía difícil casi el respirar. Gonzalo de Lucio, bajo, de hombros anchos, piel morena y ojos claros, vestía también ropas viejas, ceñía espada y se cubría con un sombrero de paja que más parecía de segador que de hidalgo. Fue sin prisas hacia aquel grupo de pinos que se asomaba a los barrancos. La calma era tanta que el canto de chicharras, los gritos de las aves, el relincho de los caballos a lo lejos, caían en el silencio como guijarros en el agua. Todo dormía hasta el caer de la tarde. Luego, tras el ocaso, llegaría el frío, porque aquellas tierras altas eran de temperaturas extremas, y los mismos que ahora sudaban sofocados tendrían que abrigarse y buscar el amor de las fogatas.

Henestrosa, la espada envainada entre las manos, había vuelto la cabeza con expresión somnolienta, advertido por el crujir de agujas de pino bajo las botas. Observó a su viejo amigo con los párpados aún entornados, antes de saludarle

cansino. El otro, tras desceñirse su propia espada, y destocarse, se llegó a él para sentarse sin ceremonia a su lado.

Algunos centinelas, apoyados en sus lanzas, contemplaban curiosos a esos dos, haciendo conjeturas sobre qué discutían ahí apartados, cuando el campamento entero dormía. Lo cierto era que también Lucio se había preguntado qué se traería entre manos Henestrosa para convocarle así, a esas horas. Pero, lejos de preguntar, se conformó con recostarse también contra el pino rugoso, la espada al lado y, entre las manos, aquel sombrero maltratado, de ala ancha, que tantas bromas le acarrea. Henestrosa por su parte, había vuelto a fijar la mirada en el castillo de Segura. Los pendones santiaguinos, de cruces rojas sobre blanco, ondeaban sobre almenas y torres, tan despacio como en los sueños, como si retasen a las compañías reales a conquistarlos por la fuerza de las armas.

Las moscas zumbaban a su alrededor, hostigosas. Lucio lanzó a una un golpe, con el sombrero; un gesto que pareció hacer volver a Henestrosa.

—Esta campaña es un fracaso —afirmó de repente.

—No podía ser de otra forma. Estaba claro desde el principio.

—Lo estaba para todos, menos para el rey. Sigue empeñado en rendir estos malditos castillos de Santiago.

—Espero que no intente un asalto. Sería un desastre.

—No. Por suerte, al menos eso está descartado. Pero pretende dejar tropas asediando Segura, y él marcharse de aquí.

—A Toledo, claro.

—No.

Lucio contempló, ahora estupefacto, al consejero real, que negaba con la cabeza, despacio, como si le costase. Se suponía que una de las prioridades era que el monarca fuese a poner orden en Toledo. Sus hombres allí no dejaban de enviarle mensajes urgiéndole a acudir lo antes posible y a acabar con la situación creada, que tenía a la ciudad entera en ascuas.

—¿Cómo que no?

—El rey está obsesionado ahora con Santiago: piensa que la orden es demasiado poderosa y que tiene que neutralizarla como sea. Ya que no ha logrado hacerse con sus castillos, piensa ir a Ocaña, celebrar allí un consejo con todos los santiaguinos que pueda y obligarles a destituir a don Fadrique, para proclamar maestro a Juan de Villagera.

Lucio se abanicó con el sombrero, ahora asombrado.

—Eso es del todo irregular, amigo.

—¿Y desde cuando eso le ha importado a don Pedro?

—Pero si Villagera está casado. ¿Cómo le van a nombrar maestro de orden militar? ¡Por Dios! ¿Y qué pasa con don Fadrique?

—Ya te digo que don Pedro pretende que sea destituido. Aunque no creo que consiga reunir a muchos freires en Ocaña. —Señaló en dirección al castillo de Segura

— Salta a la vista qué elegirá la mayor parte de ellos.

— Lo único que va a conseguir el rey es provocar un nuevo escándalo.

— Cuenta con dividir a la orden y, por tanto, debilitarla un poco. Tal vez lo consiga en parte. Pero a mi me da que lo único que va a conseguir es echar más leña al fuego.

— ¿Y desde Ocaña? ¿Irá a Toledo?

— Ojalá. Pero, desde allí, piensa dirigirse a Tierra de Campos, porque teme que otros nobles estén planeando cambiar de bando.

— No debiera dejar pudrirse el tema de doña Blanca.

— No lo hará. Pero ha decidido arreglarlo de una forma distinta. Mientras él se reúne en Ocaña con los santiaguinos, yo he de ir a Toledo con los hombres que considere necesario. Me manda sacar a doña Blanca de la catedral, de grado o de fuerza, e instalarla bajo custodia en el alcázar, hasta que él decida sobre su destino. — Sonrió casi con amargura al ver el semblante consternado del otro—. También tengo orden de prender a los que hayan participado o siquiera alentado lo ocurrido en Toledo.

— Bendito sea Dios. ¡Qué locura! Sólo él puede poner paz en Toledo. Si te presentas con ánimo de prender a la reina, va a estallar una rebelión.

— ¿Crees que no se lo he dicho? Pero está ciego. Cree que la simple autoridad real, conferida a sus oficiales, bastará para remansar las aguas.

— En Toledo te odian. Se alzarán en armas, correrá mucha sangre y puede que te maten.

— No deseo nada de eso, puedes creerme. Pero el rey me manda ir.

— ¿No hay ninguna salida?

— No. Ninguna. Ya sabes cómo es el rey cuando se obstina en algo.

Los dos hombres se quedaron largo rato callados, a la sombra de los pinos. Las moscas les acosaban, pese a los golpes de sombrero de Lucio. En lo alto del cielo, los buitres trazaban grandes círculos contra el azul, en tanto que, más abajo, las aves de presa pasaban como saetas.

— Espero que cuentes conmigo —afirmó Lucio.

— Será una empresa de gran peligro.

— Razón de más.

— Te lo agradezco de veras. Voy a necesitar a mis amigos a mi lado.



El rebato de campanas sorprendió a Hug Benavent en plena calle, de regreso del Arrabal, mientras subía las cuestas, perdido en cavilaciones, con la bolsa de medicinas y útiles pendiente del hombro. Tenía por costumbre atender a menesterosos una vez a



la semana y, desdeñando acudir al hospital, como hacían otros de su profesión, visitaba en su casa a aquellos faltos de recursos que no acudían a los sitios de caridad pública, por vergüenza o cualquier otra razón. Esas consultas semanales, que le llevaban a menudo hasta el Arrabal, cumplían una función doble, acorde con el temperamento de Benavent. Por un lado ejercía caridad sincera, ayudando a aliviar las miserias de los más desfavorecidos, y por el otro podía así estudiar con más libertad algunas de las dolencias más comunes en esas tierras.

Se veía mucha pobreza en esos días en algunas zonas de Toledo, donde al hacinamiento se sumaban la escasez y la carestía. Benavent era de los que opinaban que el hambre y las malas condiciones alimentaban a las plagas, cosa que otros físicos rebatían con vigor. Y en tales disputas iba pensando el viajero de Alejandría cuando le sobresaltó aquel toque de rebato, nacido en alguno de los muchos campanarios de la ciudad, y al que se sumó enseguida un griterío creciente, así como ruido de carreras, alboroto en las callejas y sonos metálicos que sólo podían ser de aceros desenvainados.

Se detuvo en plena cuesta, la diestra cerca de los puños del chafarote y el cuchillo, más por instinto que por sentirse amenazado. El escándalo crecía, y le llegaba a oleadas por las calles estrechas. Un segundo toque de campanas se sumó al primero, desde un punto diferente, y luego otro y otro, como si una epidemia fuese saltando de espadaña en espadaña, por todo Toledo, llamando a la algarada. El cielo estaba lleno de aves que, espantadas por el estruendo de bronces, habían alzado el vuelo desde los tejados, entre graznidos y batir de alas.

Se oían portazos, carreras, gritos destemplados. Hombres de toda condición corrían vociferando, y cada vez salían más de sus casas para unirse al tumulto. Todos iban hacia arriba, al grito de «¡A la catedral!», y Benavent, tras unos instantes de duda, tomó la misma dirección que ellos, aunque a paso más sosegado. El vocerío, los gestos, las armas desnudas mostraban a las claras qué estaba ocurriendo.

Todas las campanas de la ciudad debían de estar ahora tocando, y se les habían sumado atabales y timbales. Los cielos sobre Toledo, como trincheras azules sobre callejas tan estrechas, estaban cubiertos de pájaros. Por todas partes resonaban estampidos de petardos; esas envolturas de trapos viejos, rellenas de pólvora y chinas, que estallaban al lanzarlos al suelo, y a la que tanto se habían aficionado los castellanos. Las explosiones reverberaban en las calles, de forma que parecía que todo un ejército estuviese disparando sus truenos dentro de la ciudad.

Arropado por campanas, tambores, griterío, estallidos y olor a pólvora, fue a salir a la plaza de la catedral, donde ya se agolpaba gran número de hombres enardecidos. El tumulto era tremendo y la multitud formaba remolinos en su ir y venir, como corrientes marinas. Muchos de los presentes blandían armas, y los hidalgos de espadas en claro se mezclaban con los pecheros de mazas pinchudas, hachas, martillos o simples garrotes. Tiempo después, al comentar a otros lo ocurrido aquella mañana de agosto, Benavent no dudaría en afirmar que, sin lugar a dudas, el motín había sido bien planificado, y que prueba de ello era la forma en que había conseguido arrastrar

a la revuelta a muchos de los ciudadanos.

También, al mirar atrás con los ojos del recuerdo, calificaría aquella jornada como luminosa, y no porque el sol del verano hubiese brillado con más fuerza. Toledo había vivido largos días bajo una atmósfera tan espesa como la que precede a las tormentas; como en un estanque turbio, quieto en la superficie y con movimientos entrevistos en las profundidades. La reina Blanca y sus damas habían estado refugiadas en la catedral, con los fieles del rey alertas y con las armas a mano, vigilantes y siendo vigilados, mientras la gente de Toledo hacía corrillo en las calles y se visitaban unos a otros, preguntándose unos en qué acabaría todo, y otros jurando impedir con las armas cualquier violencia con la reina.

Corrían rumores sobre una pronta llegada del rey a la ciudad, lo que, de forma paradójica, hacía creer a no pocos que el enredo habría de resolverse pronto, a satisfacción de todos.

«¿Qué otra cosa cabe esperar del pueblo?», había comentado cierta vez Juan el Muerto —con esa resignación triste que le salía a veces, entre jarros de vino alguna de las conversaciones habidas con Benavent en los días tensos, previos a esa jornada de campanas al vuelo y aceros desnudos. «El que no quiere ver, ciego seguirá, aunque le enciendan un candil bajo las barbas. En Castilla, amigo Hug, el rey es una figura sagrada. Al vulgo le cuesta aceptar que sea don Pedro, y no otro, la causa de los trastornos. El culpable de las penurias de doña Blanca. Es más fácil hablar de malos consejeros, concubinas arteras y hechizos. Así se mantiene el orden natural de las cosas y quedan más tranquilos». «También los hidalgos son de igual opinión...», quiso disentir Benavent, pero su interlocutor le había cortado con gesto impaciente.

«Los hidalgos gustan de creerse más que el pueblo, porque pueden presumir de linaje y no pagar pechos. Pero, a ojos de los nobles, son todos casi lo mismo. —Había hecho una pausa para lieber largo, antes de proseguir reflexivo—. Entiendo esa actitud de querer salvar la imagen del rey. Él es casi el único freno a los abusos de los grandes; el único capaz de aglutinar a los humildes y meter en cintura a los poderosos. Por eso, es lógico que lo mitifiquen. Pero yerran al culpar de lo que ocurre a Henestrosa».

Benavent no podía por menos que estar de acuerdo en eso último. Convino con él en ese momento e igual le comentó por carta, a uno de sus corresponsales de Oriente, algún tiempo después. También intentó explicar en esa misiva, en la medida de lo posible, la situación tan complicada que vivía esos días Toledo.

Juzgaba Benavent que no había, en la Península, comunidad más compleja que Toledo; una ciudad de aluvión donde cada marea de la Historia había dejado su sedimento. Allí, además de gran número de hebreos y otro nada despreciable de mudéjares —cada uno con su aljama y alcaldes propios— había dos grupos distintos de cristianos. Por un lado mozárabes, con su barrio al este de la ciudad, manteniendo tenaces ropas y costumbres. Del otro castellanos, instalados en la urbe tras su reconquista, tres siglos atrás. Todos con sus leyes, alcaldes e incluso liturgias distintas.

Por si la mezcla no fuese bastante, entre los cristianos se evidenciaban todos los signos de su tiempo. Los vasallos de los grandes señores se codeaban con hidalgos y caballeros buenos, partidarios de la realeza; por lo que no era de extrañar que el asunto de la reina, al rozar esas aguas, nutridas por corrientes tan distintas, hubiese provocado tantas turbulencias. Los banderos del rey atendían a sus oficios, mientras la reina continuaba en la catedral, junto a la que siempre remoloneaban gran número de hidalgos y buenos armados. Judíos y moriscos, por su parte, vasallos directos del rey e incondicionales de éste, permanecían tranquilos en sus barrios, en tanto que los vasallos de los nobles observaban, ponderando qué hacer si todo estallaba. Algunos incondicionales de la reina, como los hermanos Palomeque, no se cansaban de visitar a los notables toledanos, para hacerles ver el peligro que corría, y los rumores proliferaban por calles y plazas como pestilencias, fruto del calor y la situación estancada.

Don Pedro estaba en el reino de Jaén, combatiendo a su hermano don Fadrique, y había alistado bajo sus pendones a gran número de toledanos, gracias a los cuales se sabía cuanto ocurría en la campaña. Decían que estaba furioso por lo ocurrido en la catedral y que sólo la urgencia de neutralizar a la Orden de Santiago le había impedido personarse en Toledo. Unos creían que deseaba una salida pacífica, en tanto que otros temían que volviese para apoderarse de su mujer, así tuviera que echar abajo las puertas de la catedral, y administrar justicias drásticas entre los toledanos.

Benavent, testigo cercano de lo ocurrido, pudo contar cómo gran número de mujeres —hidalgas y burguesas— acudían cada día a la catedral, a rezar por la reina, rendirle homenaje y ofrecerle sus servicios. Gruñían algunos viejos que Santa María se había convertido en un gallinero, y lo cierto era que había siempre allí alboroto de faldas. Las toledanas hablaban con Leonor de Saldaña, que gozaba de gran prestigio, así como con las damas reales, francesas y castellanas. Y, cuanto más discutían, más inquietas se sentían todas por el destino de doña Blanca. Las dueñas toledanas, consternadas, se iban a sus maridos, unas llorando y otras furiosas, a requerirles que buscasen solución al entuerto e hiciesen lo necesario para impedir que la reina de Castilla sufriese daño, sobre todo estando en Toledo.

Así que, cuando el barril de pólvora estalló, no faltó quien calificó a todo aquello de «insurrección de las mujeres». Todos daban por cierto que la intención última de los consejeros del rey era la de encerrar a doña Blanca en el alcázar para envenenarla, y la idea de una reina tan joven, que nada malo había hecho, expuesta a un final así, no hacía sino encender cada vez más los ánimos. La angustia de las damas reales se trasladaba a las dueñas toledanas y de ellas a toda la ciudad, de forma que no faltaban hombres resueltos que pedían, con golpes sobre las mesas de las tabernas, que se hiciese algo.

Nadie pudo decir que don Pedro no estaba al tanto de lo que se cocía en Toledo, ya que las discusiones sobre el asunto eran de todo menos discretas. Los hidalgos habían consultado con los buenos de la ciudad, y todos estaban de acuerdo en no

permitir que sacasen a doña Blanca de la catedral, e incluso así lo habían manifestado en presencia de oficiales del rey. Tanto éste como Henestrosa tenían informes fidedignos de hasta qué punto se estaban caldeando los ánimos; pero, pese a los esfuerzos del segundo, el primero no dio los pasos necesarios para apagar la hoguera.

Algunos justificarían la desidia del rey luego, atribuyéndola a que siempre se apoyó en la nobleza menor y el pueblo. A que recelaba de los grandes señores y favorecía a caballeros, buenos y judíos, y nunca creyó que las clases medias del reino se alzasen contra su persona. Pero otros, de colmillo más retorcido, murmuraban que don Pedro, al cabo, no dejaba de ser un grande, el mayor de todos; y que, como tal, ni soñaba con que hidalgos y pecheros tomasen las armas sin un pendón noble para convocarlos.

Lo que más temía el rey, en esos momentos, era que también sus primos, los infantes de Aragón, pudieran cambiar de bando. Su pasado turbulento y la actitud cada vez más ambigua de Fernando de Aragón —había rehuido combate con los rebeldes en Tierra de Salamanca, pese a contar con fuerzas suficientes— daban pie a los temores. Por eso fue en persona a Tierra de Campos y envió a Toledo a Henestrosa. Pero fue esa noticia, la de que el aborrecido consejero real se acercaba con tropas, la chispa que lo encendió todo.

La gente seguía acudiendo a la plaza, agolpándose contra las espaldas de los que ya estaban allí, entre clamores y toque de campanas. Reinaba un tumulto vocinglero, una batahola no de guerra, sino casi de romería o fiesta, como Benavent habría de recordar años después, con profusión de detalles. La mañana llena de luz. El ruido de petardos, tambores, campanas, gritos, entrechocar de palos y hierros. La muchedumbre arremolinada, los jinetes que agitaban lanzas con pendones coloridos.

De la catedral salió un bueno; un anciano platero, elegido quizá por ser el más viejo de los conjurados, con ropajes talaes y gorro cilíndrico, que tremolaba a duras penas un gran estandarte blanco, con una Virgen bordada. Aquella era la Virgen Blanca, una talla francesa venerada en la catedral, y a la que los partidarios de la reina habían elegido como símbolo de su causa, por la coincidencia de nombre y origen. Sus mujeres habían bordado el pendón en secreto y ahora ondeaba sobre las cabezas de la multitud, entre rugidos y aclamaciones.

Un segundo bueno apareció en el pórtico; caballero éste, con la espada desnuda y en alto; ya que ese gesto, el de la hoja en claro y por delante, en Castilla, era insignia de la justicia real. Varios hidalgos se estaban abriendo a duras penas paso entre las gentes congregadas, guiando de las riendas a unas cuantas mulas, y, mientras el vocerío de la multitud crecía hasta ser ensordecedor, se vio salir a doña Blanca y sus damas, con atavíos suntuosos, los rostros velados, en compañía de algunos de los notables que desde el principio las habían amparado, el primero de ellos don Vasco, vestido como para una procesión, con su báculo y su mitra. Mientras los que ese día habían empuñado las armas para defender, no ya sus derechos, sino su misma vida, abrían paso, la reina y sus damas montaron en las caballerías y, con algunos de los

principales de Toledo disputándose el derecho a llevar las riendas, tomaron cuesta arriba, camino del alcázar, ahora en poder de sus partidarios.

Aturdido por los gritos, harto de zarandeos, Benavent fue retirándose del núcleo de la multitud, e iba ya a marcharse cuando acertó a poner los ojos sobre un hombre alto con aspecto de profeta fornido —cabeza calva, barbas blancas y nariz larga— ataviado con hábito marrón, que cantaba acompañándose de un laúd. Benavent no podía oírle, pese a estar a no muchos pasos; tal era el bullicio. Pero había un corro de hombres a su alrededor, encandilados por su canción. El viajero de Alejandría, con una sonrisa ahora dotándole en los labios, supuso que estaría entonando algún cántico guerrero. Un himno vindicativo, de los que coreaban los cuadrilleros de hermandad y las milicias concejiles cuando salían a combatir contra las mesnadas de los señores ladrones.

Sonriendo ante las vueltas que daba la vida, Hug Benavent se acercó algo más a Juan el Muerto, por entre la gente arremolinada. El religioso vagabundo no le vio a él, ya que tenía los párpados entornados y la mirada muy lejos. Benavent constató, casi conmovido, que cantaba arrebatado por su propia copla guerrera y, tiempo después, recordaría esa estampa, un día que comentó con otro trotamundos, ése inglés, acerca de los levantamientos campesinos de Francia.

«Siempre gusté de hablar con ancianos, mesoneros, peregrinos, y cuantos tuvieran algo interesante que contar. También soy amigo de leer libros, ya que es bebiendo en fuentes distintas como alcanza uno el saber. Y aquí, en Castilla, por amistad de poderosos, he tenido la fortuna de consultar obras que no son accesibles a muchos.

»Leyendo a unos y hablando con otros, he sacado la impresión de que las insurrecciones populares sacuden a los reinos occidentales de forma cíclica, cada vez con más frecuencia y cada vez más feroces. Lo de Francia ha sido sangriento, devastador y nunca visto. Dicen que, durante semanas, columnas de campesinos armados recorrieron las campiñas, asolando todo a su paso y dando muerte a cuanto noble se cruzaba en su camino. Dicen también que la sangre ha corrido como el agua... y que el asunto está lejos de haber concluido.

»Algo así queda muy lejos de Castilla, y no sólo por las leguas que separan al corazón de ambos reinos. Aquí, el poder de los señores no fue nunca tan grande como en otros reinos, pese a que ha crecido en las últimas décadas. Ciudades y villas tienen derechos y privilegios, y siempre han estado prestas a defenderlos con las armas, de ser preciso. Aquí no se han conocido opresiones tan brutales como en Aragón o los reinos del norte, y quizá por eso no ha habido levantamientos tan furiosos. Eso no quiere decir que esto sea el paraíso, sino otra clase de purgatorio: las gentes han de organizarse para combatir a los ladrones feudales, y son frecuentes los desmanes y tropelías.

»Lo que me llama la atención es cuán a menudo los cabecillas de los motines populares son sacerdotes e incluso nobles. Supongo que algunos obrarán por algún rencor, pero otros deben hacerlo porque su educación superior les lleva a reflexiones

impensables, no ya en el vulgo, sino incluso en el común de su propia clase».

Pero tales palabras las pronunciaría un lustro más tarde. En aquellos momentos, en la plaza ante la catedral, ignoraba el futuro, como todos, pese a sus habilidades de astrólogo. Veía cantar a Juan el Muerto y, tan absorto estaba, que no se dio casi cuenta de que la plaza se iba vaciando. El cortejo de la reina, entre vítores, revuelo de pendones y agitar de hierros desnudos, se había ido ya por las cuestas, rumbo al alcázar. Allí habrían de instalarse, pero no ya como prisionera, sino con honores de reina, guardada por hombres de armas. Tras ellas se fueron los espectadores, como agua que escapa de un cántaro resquebrajado. Juan el Muerto y sus oyentes siguieron la estela, aún coreando cánticos incendiarios. La plaza quedó vacía en apenas nada y Benavent, tras tanta agitación, pudo respirar por fin holgado.

Se acomodó la bolsa sobre el hombro y, bajo un sol ya de justicia, cruzó el espacio casi desierto, rumbo a su posada en el Alcaná, la red de callejuelas situadas a la zaga de la catedral. Soplabla una brisa caliente, anticipo del infierno en el que no tardaría en convertirse el día. Las campanas habían cesado de repicar y tanto el clamor de la gente como el redoble de tambores estaban ya lejos, de forma que, en la plaza y aledaños, todo era sosiego.

Caviloso, atravesó aquella explanada, abandonada casi de golpe al sol de agosto. Puso los ojos en la fachada de la catedral y, por último, enfiló la cuesta, reflexionando acerca del temperamento humano, que unas veces se envenenaba con temores ante el futuro, y otras se dejaba arrastrar por el ardor de lo inmediato, sin cuidar de lo que pudiera sobrevenirle después.

Hug Benavent, dado a especular sobre la naturaleza de los hombres y las cosas, encontró buenos motivos para la reflexión durante la primera visita que logró hacer al alcázar de Toledo. Aquella fortaleza, en lo más alto de la ciudad, ofrecía un aspecto impresionante desde fuera, con sus grandes sillares y torres en las esquinas. Sabía el viajero de Alejandría que era de fundación muy antigua: primero bastión romano y, con el paso de los siglos, sede de visigodos, gobernadores árabes, reyes moros y, por último, monarcas cristianos. Todos habían añadido algo y Benavent, tras oír ciertos comentarios, ardía en deseos de visitarlo y examinar su arquitectura de aluvión; algo que, hasta aquel momento, no le había sido posible.

Cada época había dejado su poso y el alcázar había devenido una estructura entre grotesca y fantástica, donde los sucesivos ocupantes habían ido reformando según sus necesidades, o restaurado los daños causados por el tiempo y los incendios. Estilos muy distintos se sucedían sin solución de continuidad, y decían que era incluso posible advertir la obra de los distintos reyes cristianos, porque allí se codeaban el románico de los que reconquistaron Toledo con el gótico y el mudéjar de los últimos monarcas. Se contaban muchas historias sobre el alcázar, pero no era lo mismo escuchar que ver en persona, captar los olores que flotaban por los pasillos o pasear las yemas de los dedos por las viejas piedras.

Fue Lope de Velasco, aquel mismo caballero bueno que había precedido, con la espada desnuda, a la reina doña Blanca, a su salida de la catedral, el que abrió a Benavent las puertas del alcázar. Aprovechando que se conocían, se personó un día en su posada, a la hora de comer y, tras excusarse por la visita intempestiva, le rogó que le acompañase hasta el alcázar, para atender a un enfermo grave.

Benavent, asintiendo con gesto sobrio, apartó lo que quedaba de colación y, tras recoger su morral de físico, salió junto al caballero a las callejas, a esas horas casi desiertas. Se alojaba en el Alcaná, tras la catedral, barrio al que algunos mal llamaban Judería Menor, por la gran cantidad de hebreos que residían en esas calles, dedicadas sobre todo al comercio. No había, pues, más que un trayecto corto hasta el alcázar, que caballero y físico recorrieron despacio, sofocados por el calor, ya que la estrechez de las calles, aunque daba sombra, propiciaba también que la atmósfera se recalentase. Y, mientras subían, fue inevitable que cambiasen comentarios sobre lo que estaba ocurriendo en Toledo.

Velasco, caballero bueno —lo que en otros lados llamaban caballería villana— era pechero acomodado, con fortuna suficiente como para mantener corcel y armas de

guerra que, andando el tiempo, podía alcanzar incluso la hidalguía. Como muchos de los de su clase, se había dejado ganar por la causa de la reina Blanca y, en su caso, vista la participación que tuvo en el levantamiento, poca duda cabía de que estuvo en la conjura desde el principio.

—¿Alguna novedad, amigo Lope? —se animó a preguntar Benavent.

—Sí, y casi todas buenas. —El otro asintió, con una mueca que conjugaba satisfacción con mesura; ya que, como muchos buenos, cuidaba en grado sumo la dignidad—. Llegan noticias de todas partes. Cuenca, Talavera, Córdoba, Jaén, Úbeda, Baeza... —dejó la palabra en el aire, como quien renuncia a enumerar una lista completa—. Una villa tras otra alza bandera por la reina Blanca.

—Su causa sigue ganando apoyos, entonces.

—Cada día más. Los hay que hablan incluso de crear una liga de ciudades, para defender los derechos de la reina al margen de los grandes señores, que no son de fiar y que, al fin y al cabo, sólo atienden a sus propios intereses.

Benavent asintió, con los labios fruncidos y sin sorprenderse, pues era más que consciente de la hostilidad entre las grandes urbes y los magnates castellanos. La rebelión toledana, de hecho, se había saldado con la creación de una junta de hidalgos y hombres buenos, relegando tanto a señores como a sus vasallos. Pusieron a hombres de confianza al cargo de puertas y torres, y enviado mensajeros a otras poblaciones, con acierto, según se veía ahora. El simple levantamiento de Toledo había supuesto una catástrofe para el bando realista, aunque no era esa la intención de los alzados, que proclamaban a los cuatro vientos su lealtad a don Pedro y justificaban su actitud como una reacción contra los malos consejeros.

Pero lo cierto era que, apenas se supo lo ocurrido, los toledanos que estaban en el asedio de Segura desertaron a toda prisa, unos para unirse a sus parientes y otros para no verse obligados a luchar contra sus paisanos. Un abandono que dejó maltrecho al ejército real destacado en el maestrazgo de Santiago, y que hizo cundir el pánico entre el resto de compañías. Unas se retiraron también, mientras que otras cambiaban incluso de bando, de forma que la línea de contención desplegada por don Pedro al norte del reino de Jaén se hundió de la noche a la mañana.

—Decías que casi todas las nuevas eran buenas. Por ese «casi», supongo que también hay alguna mala.

—Así lo entiendo, aunque tal vez otros no. —Velasco, alto, enjuto y de expresión serena, cabeceó apesadumbrado—. Tras pronunciarse Cuenca por la reina, el populacho asaltó la judería, causando destrozos y muchos muertos. Se han producido ataques y robos contra judíos en otras villas; pero, al parecer, el de Cuenca es, de lejos, el más grave.

—Comprendo.

Cruzaron las puertas del alcázar, custodiadas día y noche por hombres —armados con partesanas, alabardas y corcescas— que lucían cotas de armas con el escudo de Castilla y León, tal vez para recalcar lo legítimo de su causa, extremo al que daban



suma importancia los toledanos. Fue también Velasco quien guio a Benavent por el interior del alcázar, sin impacientarse porque el otro se embobase mirando a todos lados, embelesado por la amalgama arquitectónica que reinaba allí dentro.

El visitante, a su vez, no se sorprendió de que le guiasen hacia el ala sur del alcázar, ya que la voz popular afirmaba que era allí donde tenían presos a distintos oficiales del concejo, así como a algunos notables que se habían opuesto de forma abierta a la insurrección. A la reina y sus damas, por el contrario, les habían instalado en la cara norte que, aunque en invierno resultaba gélida y lóbrega, era todo frescor y umbría durante los veranos.

Por esos corredores calurosos, salió a recibirle uno de aquellos eclesiásticos decantados por la causa de doña Blanca: Pedro Barroso, obispo de Sigüenza y toledano de nacimiento. Alto, cargado de hombros, de pelo lacio, feo como un cuervo, pero de modales corteses y gran erudición, le saludó circunspecto y, sin ceremonia, le condujo él mismo hasta una estancia sombría, no muy grande, a la que la solana, que batía el muro exterior, había convertido en un horno. La única ventilación procedía de un ventanuco estrecho, por el que entraba una lanza de luz en la que danzaban motas de polvo.

La sequedad allí dentro era extrema; olía a cerrado, a viejo, a enfermedad. El mobiliario era parco como en celda de monje: una mesita, un crucifijo de madera en la pared, un camastro para el doliente. A Benavent no le sorprendió en demasía descubrir que se trataba del viejo Martín Fernández, alcalde mayor de Toledo. El anciano, que fuese ayo del rey Alfonso XI, se había opuesto a los alzados por doña Blanca, con tanta furia que sus conciudadanos le habían encerrado en el alcázar, pese a sus muchos años.

Benavent había atendido varias veces, como físico, a Martín Fernández, lo que podía explicar por qué la junta rebelde había recurrido justo a él; o quizá lo habían hecho porque, en su condición de forastero, se sentían más seguros poniendo el asunto en sus manos. El obispo Barroso, con un ademán, le invitó a examinar al enfermo y él, descartando cualquier otro pensamiento, se inclinó sobre el lecho.

Martín Fernández, *el Ayo* —como le llamaban en Toledo—, era hombre aún grande y recio, que debió ser un verdadero coloso en su juventud. Su temperamento, sanguíneo en demasía, debía haberle costado esa postración porque, sin duda, su cólera se había desbordado al ver cómo sus parientes y vecinos se rebelaban contra el rey, y ese exceso de humores le había pasado factura. Yacía inerte, víctima de uno de esos ataques fulminantes que paralizan a sus víctimas, y que obligan a limpiarles hasta las babas. De hecho, había allí una mujer, una criada de su casa, que se ocupaba de eso, aunque al entrar ellos se había retirado a una de las esquinas.

—¿Desde cuándo está así?

—Desde ayer a la tarde. Cayó como herido por un rayo, según dicen.

—Es lo que suele ocurrir. —Observó adusto al yaciente, preguntándose cuánto de vida quedaría en ese cuerpo. Se inclinó para oler y palpar, antes de pronunciarse.

—Señor obispo: don Martín se muere y me temo que no hay nada que hacer. Le ha llegado su hora y, aunque puedo practicarle una sangría, ganaríamos más si un sacerdote le diera los óleos, para al menos cuidar su alma, ya que el cuerpo no podemos.

—Parecía fuerte como un roble, tan sano como siempre. —El obispo parecía casi incrédulo ante la visión del moribundo—. Se encaró él solo a ciento e incluso trató de empuñar la espada contra aquellos de sus parientes que se han rebelado. Hubo que reducirle a la fuerza, entre muchos.

—Ha sido ese estallido de cólera, unido a la prisión a la que se le ha sometido, lo que ha provocado este ataque.

—Dios es testigo de que se le ha tratado con consideración, lo mismo que a los demás prisioneros. No ha sufrido maltrato, ni de obra ni de palabra.

—No me cabe duda, señor. Me he expresado mal. Don Martín sufría de exceso de sangre y bilis amarilla, lo que le hacía colérico y le exponía a un ataque como éste. Las emociones de los últimos días, y no ningún maltrato, son las causantes de su fin.

—¿Seguro que no se puede hacer nada?

—Por su vida, no. Ponedle en manos de sacerdotes lo antes posible y hacedle la gracia de trasladarle a su casa, para que pueda morir en su cama, rodeado de los suyos.

—Eso entraña sus riesgos. —Lope de Velasco, que se había mantenido junto a la puerta, meneó receloso la cabeza—. Don Martín es hombre respetado, con partidarios, y se ha opuesto...

—Se muere, caballero —insistió Benavent—. Dejad que al menos lo haga en su casa, será un acto de caridad cristiana y no creo que eso pueda disgustar a nadie.

El obispo enlazó las manos a la espalda y dio varios pasos por aquella estancia pequeña y en penumbras, ante los ojos de Velasco y la criada, porque Benavent seguía con la mirada puesta en el enfermo. Se detuvo junto al haz de luz que entraba por el ventanuco.

—El mestre Benavent lleva razón: don Martín no merece morir preso. Agoniza y no supone peligro alguno para la causa de la reina. Sus partidarios han huido, están presos o se mantienen en sus casas, cuidando de no dar motivos para ser detenidos también. La ciudad está de nuestra parte, las puertas son nuestras y don Fadrique viene hacia aquí con quinientos de a caballo...

Interrumpió su perorata, como si de repente cayese en la cuenta de que estaba hablando de más. Fue Lope de Velasco el que le sacó del posible apuro.

—No hagamos entonces perder más tiempo al mestre Benavent. Si es lo mejor, entonces, apenas le den los óleos, le bajaremos a su casa.

Benavent asintió. Pese a que el obispo hubiese creído conveniente morderse la lengua, no había dicho nada que no se rumorease ya en tabernas y plazas: que los toledanos, desertores del ejército real, se habían unido a don Fadrique y sus caballeros de Santiago, y que estaban a punto de presentarse en Toledo, para reforzarla frente a

una posible reacción de las tropas del rey Una noticia que, a los más avisados, daba a entender que la Junta de Toledo, pese a sus reticencias, negociaba con los nobles rebeldes para formar un frente amplio ante don Pedro.

No sólo Velasco, sino también el obispo Barroso, le acompañaron hasta las puertas del alcázar y, por algún motivo, se preocuparon de darle seguridades de que otros oficiales destacados del rey, también presos, quedarían sueltos en breve, libres para partir de la ciudad o quedarse en paz en sus casas, si así lo deseaban.

—Aplaudo la decisión —asintió grave Benavent, según emergía al resplandor del sol—. No es justo ni acertado castigar a un hombre por ser leal a la palabra dada, ni por mantenerse fiel a quien le nombró para el cargo.

Tumbado en la penumbra, con los ojos casi siempre cerrados, el rey don Pedro dejaba pasar las horas muertas sobre la cama, desnudo y tan inmóvil que, más de una vez, María de Padilla llegó a pensar que, por fin, se había quedado dormido. Ella era ya la única persona a la que aceptaba en la estancia, desde hacía dos días, desde que le atacase una jaqueca terrible que, al menor movimiento, le hacía sentir como si hierros candentes le traspasaran los sesos. A la segunda sangría, había despedido, con cajas destempladas, a físicos y sangradores, y dado orden de que los cancilleres despachasen los negocios ordinarios, y que los capitanes se ocupasen de lo militar, rindiendo cuentas de todo a Juan de Henestrosa. Luego, se había aislado en aquella habitación remota de la fortaleza.

Pero no era esa migraña atroz lo que tanto preocupaba a María, sino la abulia en la que parecía haberse sumido, abrumado por las últimas noticias. Nunca hubiera creído llegar a ver a un hombre como él en tal estado; en esa inacción total, sin moverse, los párpados caídos y, sin embargo, víctima del insomnio, negándose a atender a sus oficiales. Todo eso le causaba más temor que esas explosiones de ira suya, durante las que podía mandar matar a quien fuese, por los motivos más nimios.

María le cuidaba, le ponía sobre la frente paños que remojaba, a cada tiempo, en una jofaina llena de agua con vinagre y sal. A veces también le abanicaba y, al menos, había conseguido que hablase algo, aunque sus murmullos eran cualquier cosa menos alentadores.

—Todos me han abandonado. Todos —susurraba, el pecho bajando y subiendo, sin asomo en la voz de esa cólera roja que las traiciones en cascada debieran haber despertado en alguien como él—. Cuanto más han recibido de mí, antes han desertado y cambiado de bando. Los primeros de todos, mis hermanos...

Hizo una pausa que María aprovechó para airearle un poco, ya que, pese a los muros gruesos de la fortaleza de Tordehumos y los postigos cerrados, la atmósfera allí dentro era sofocante. Hilos de luz se colaban por los resquicios de la ventana, motas de polvo danzaban en la penumbra, olía al vinagre de la jofaina y un par de moscas zumbaban por las esquinas. Pedro ya proseguía, sin abrir los ojos o mudar de postura.

—Quise creer que podía tener hermanos, como los tiene todo el mundo. Apoyarme en mi propia familia en los momentos de apuro, como hacen casi todos. Dicen que a los reyes les está negado lo que puede tener el más humilde carbonero. Será verdad, porque ya ves: si no podía confiar en mis hermanos, quise hacerlo en mis primos, y ellos también me han traicionado.

María, tras unos cuantos golpes más de muñeca, apartó el abanico de plumas para acariciarle un hombro desnudo.

—Aún te quedan partidarios. No todos te han abandonado.

—Todavía no, es verdad... estarán esperando a mañana para hacerlo, por si así pudieran sacar mayor ganancia —replicó él, con voz apagada.

Ella, considerando que no tenía sentido seguir con eso, le retiró el paño de la frente para tocarla con el dorso de la mano y asegurarse de que no tenía fiebre, y de que se había refrescado con el vinagre. Metió el lienzo en la jofaina, escurriéndolo para que no chorrease, antes de volver a ponérselo.

Los últimos días habían sido catastróficos para la causa real en Castilla. Era como si la insurrección de Toledo hubiese desatado un terremoto en los cimientos del reino. Córdoba, Cuenca, Jaén, Talavera y otras grandes poblaciones se habían ido pronunciando por la reina, como piedras que se desplomasen de ese edificio quebrado. Y, al socaire de la rebelión urbana, un señor tras otro iban alzando bandera por doña Blanca, mientras hidalgos y aventureros acudían de todas partes a alistarse por su causa.

Villas y nobles se habían aglutinado en torno al que, sin duda, era el caudillo natural de la rebelión armada en defensa de los derechos de la reina Blanca: Juan Alfonso de Alburquerque, que en esos momentos estaba ya en Montealegre, la misma fortaleza que su propia esposa había defendido con tanto ahínco, poco antes. Los espías informaban de una gran concentración allí de compañías y notables; entre ellos, gente como Alvar de Albornoz, antiguo copero mayor de la reina y ahora portavoz de Cuenca, o Juan Alfonso de Haro, hijo del aya de la reina.

Al alzamiento de grandes urbes y a la concentración de banderizos de la reina al norte de Tierra de Campos, había que sumar la rápida deserción de señores y caballeros, que abandonaban al rey bajo sus mismas barbas para ir a unirse a los rebeldes. Los infantes de Aragón, tras recoger a su madre, se habían marchado. Y, luego de ellos, gran número de caballeros, cuyos nombres eran otras tantas ampollas en el ánimo del rey: Fernando de Albornoz, Fernando de Ayala, su hijo Pedro, Sancho de Rojas...

—Es como si no tuviera familia. Tampoco tengo amigos sinceros. Esos que hace nada decían estar dispuestos a empeñarlo todo, incluso la vida, por defender mi causa, son hoy los primeros en dejarme en la estacada.

—Los señores de Castilla son como escorpiones. No debiera sorprenderte svi actitud. Acuérdate de lo que te digo: en cuanto el viento cambie de dirección, regresarán corriendo a tu lado. —Volvió a acariciarle y, como no respondía nada, desvió la conversación—. Hace ya un rato, me avisaron de que está mi tío esperando que le recibas.

—No quiero hablar con nadie. En cuanto muevo la cabeza, este dolor me mata.

—Tienes que hacer un esfuerzo. Puede ser importante.

—Sal tú y que te diga lo que sea. No voy a atender a nadie.

Y así fue como el privado del rey vio frustrados sus deseos de entrevistarse con él, ese día. María, al salir a buscarle, supo, por los ballesteros de maza que guardaban puerta y pasillo, que había dejado dicho que salía a dar un paseo por las murallas del castillo, harto de hacer antesala. Así que ella le siguió los pasos, protegida por una sombrilla de tela leonada.

El sol de septiembre recalentaba las piedras del parapeto, pese a que corría brisa en altura que mitigaba algo los calores. Juan de Henestrosa, vestido aún con sus ropas de viaje, sencillas y polvorientas, recorría con pasos lentos las almenas, las manos a la espalda, el ceño fruncido, concentrado en sus pensamientos. A veces, se detenía a otear las llanuras circundantes, casi como si esperase ver aparecer, de un momento a otro, a un ejército enemigo a través de aquellos campos amarillentos.

Salió de sus cavilaciones apenas vio que su sobrina se le acercaba, con el parasol sobre el hombro. Fue a su encuentro para abrazarla y besarla luego en la frente, tan afectuoso como de costumbre; aunque no por eso dejó ella de advertir las huellas de fatiga en su rostro y, cuando la estrechó contra su pecho, sintió bajo el manto la dureza de las placas de hierro. No pareció sorprenderse Henestrosa ante la noticia de que don Pedro no pensaba recibirle y, aunque no hizo comentario alguno, y ni siquiera esbozó gesto de disgusto, María se sintió obligada a dar alguna explicación.

—Sufre una migraña muy fuerte desde hace días. No puede ni moverse porque se maree, tiene náuseas...

—Ya lo sé. —Henestrosa se apoyó en las almenas, para otear las llanuras.

Desde allí arriba, se ofrecían a la vista grandes planicies, en su mayor parte cubiertas de campos de cultivos ya segados y, apoyado en aquellas piedras, Henestrosa rezongó para sus adentros que, al menos, el rey había elegido el lugar con tino.

El castillo de Tordehumos se alzaba sobre un otero bajo y redondeado, con la villa al pie del mismo. Un recinto amplio, de murallas sólidas, con una torre alta y cuadrada desde la que se divisaban muchas leguas a la redonda, ideal para acantonar tropas y fácil de defender con no mucha guarnición.

El rey lo había elegido por su posición estratégica y allí, mientras estudiaba un plan de ataque contra Alburquerque y los gemelos, le sorprendió la noticia del levantamiento de Toledo y demás poblaciones, lo que había provocado una estampida entre los señores y caballeros que posaban en aquella misma villa de Tordehumos.

—¿Es mala la situación, tío?

—Peor, diría yo. —Henestrosa meneó despacio la cabeza, sin apartar los ojos de las extensiones amarillentas—. ¿Para qué mentirte?

—¿Hay novedades?

—Ninguna buena. El bando de los blancos, como se hacen llamar algunos de los rebeldes, gana fuerza de día en día. Disponen de ejércitos enteros y del apoyo de muchos lugares. Pregonan por todos lados sus demandas, y entre ellas está la de que a nuestra familia se le aparte de los oficios mayores, y que a ti se te destierre del reino. Te lo cuento así, sin adornos, porque imagino que ya te habrás enterado de todo esto

por otras vías.

María, parada junto a las almenas, los ojos en las llanuras, la sombrilla sobre el hombro, las ropas agitadas por la brisa, asintió.

—¿Lograremos superar esta crisis, tío?

—Hemos de hacerlo, o estamos perdidos. ¿Cómo se encuentra, de verdad, don Pedro?

—Está hundido en una abulia que me asusta. Es como si la traición de sus primos, seguida de la de tantos hombres de confianza, le hubiese robado hasta la última brizna de fuerza. Creo que, del disgusto, casi se le ha salido el alma del cuerpo.

—Hace días que no se muestra en público y eso es un error muy grave. Muchos ven, en esa actitud, una muestra de debilidad, lo que llevará a que más caballeros abandonen nuestra causa. Tiene que reaccionar y pronto o, de lo contrario, no le van a quedar compañías a las que mandar.

—Ahora mismo, está sin fuerzas.

—Pues de algún sitio tendrá que sacarlas. Nuestra causa es un barco que hace agua por todas partes... y me temo que la situación puede ir a peor.

María ladeó un poco la sombrilla, para protegerse del sol deslumbrante del estío, antes de observar aprensiva a su tío.

—¿Más aún?

—No sabemos si los infantes de Aragón se han marchado a unirse a Alburquerque o si tan sólo se han alejado, para colocarse en situación neutral. Yo creo que, conociéndoles, será lo primero: éstos no van a perder la oportunidad de sacar su parte de despojos. María: si llegan a un acuerdo con Alburquerque, que ya capitanea a las ciudades y los señores, cuajará un bloque formidable contra el rey y nosotros estaremos solos contra todos.

—¿Qué pasará entonces?

—Que la disparidad de fuerzas será enorme.

—¿Y mis hijas? —apretó con fuerza el puño de la sombrilla.

—De eso no tienes que preocuparte, descuida. Cuento con hombres leales. Leales de verdad y no como esos de los que, por desgracia, gusta de rodearse don Pedro. Y no pongas esa cara, que he dicho que las cosas van a empeorar, no que vayamos a ser derrotados. —Se apartó de las almenas, ahora con esa vieja sonrisa bravucona bajo los mostachos negros—. Todo está perdido cuando uno está muerto, nunca antes.

La prueba de las armas parecía esquivar de continuo al joven Martín Carrillo, que no llegó a cruzar lanzas con enemigo alguno en esos días en los que Castilla entera estaba en pie de guerra. Llegó a demostrar durante el estío, eso sí, que no le faltaban ni el valor ni las mañas, ni destreza al cabalgar. El conde de Trastámara había subido a Asturias para reclutar gente de a pie con los que reforzar a su hueste, antes de dirigirse a Ponferrada, a un encuentro triple con Alburquerque y el ricohombre gallego Fernando de Castro, que se había decidido también a participar y bajaba desde sus estados con compañías propias.

Ninguno de los tres señores se retrasó y, como ya todo estaba acordado previamente, la gran fuerza combinada tomó, sin demora, camino del sureste, para invadir Tierra de Campos, desalojar de allí a las fuerzas que aún pudieran restar Fieles al rey y hacerse con el control de aquel granero de Castilla.

Para Martín fueron días azarosos, fugaces como el propio estío, a caballo entre el verano abrasador y el otoño melancólico. Primero estuvo al lado de Pedro Carrillo, que acompañó al conde Enrique a Asturias, y luego con el ejército tricéfalo que invadió las llanuras leonesas y que desfiló, como en gesto simbólico, ante Astorga, de la que era señora Juana de Castro que, tras ser abandonada el día de la boda por el rey don Pedro, se había refugiado en la villa de Dueñas, y se hacía llamar reina de Castilla.

Sus dotes de jinete habían sido advertidas, no sólo por su mentor Pedro Carrillo, sino también por otros capitanes del conde e incluso por éste mismo, que no dudó en sacar provecho de las mismas durante las jornadas en que el ejército transitó por las planicies de cereal. Se convirtió así en hombre de armas de pleno derecho, ocupado en labores de mensajería unas veces, y de avizora otras, vigilando para que el grueso del ejército no cayese en alguna celada.

Fueron días de calor sofocante, polvo y fatigas, de galopar por llanos interminables, amarillos y pardos, los ojos alertas y el dardo en la mano. Comenzó a foguearse en la tensión, en el riesgo de un encuentro armado en cualquier momento, ya que sus misiones le llevaban unas veces lejos y otras a suficiente distancia del grueso como para que, de surgir un apuro, no pudiese contar sino con sus propios medios. Pero no sufrió emboscadas ni ataques, ya que tampoco quedaban muchos jinetes realistas por esas tierras, tal como había supuesto Pedro Carrillo, que había querido empezar a curtir en la guerra al ahijado de su hermano sin exponerle de entrada a grandes peligros.

Si para Martín, uno más entre muchos jóvenes ardorosos y llenos de sueños que se alistaron en el ejército, fueron días de emoción, para Alburquerque lo fueron de gloria. Volvía a ser el hombre más poderoso del reino y las gentes le bendecían como al brazo protector de la reina doña Blanca. Cabalgaba a la cabeza de un ejército santificado por el clamor popular y las cartas del Papa, rodeado de hombres de a caballo que enarbolaban los pendones de Castilla y León, y ese otro de la Virgen Blanca de Toledo, que era ya estandarte personal de la reina e insignia mayor de los sublevados. Le seguían los nobles, unidos a la causa, así como los representantes de la liga de ciudades, ya que, una vez que los segundos habían aceptado su jefatura, a los primeros no quedó más remedio que acatarla, pese a que más de uno había sido enemigo encarnizado suyo.

El ejército, al que muchos llamaban ya de *los blancos*, se adentró en Tierra de Campos, transitando entre campos de trigo y cebada segados. No les faltaron informadores, guías o reclutas, ni tampoco campesinos que salieran a ofrecerles viandas, pese a que a ellos no les sobraban, enardecidos pollos pregoneros que andaban proclamando, a los cuatro vientos, la causa de la reina. A su vez,



Albuquerque había prohibido depredaciones y violencias y, de hecho, sus alguaciles habían ajusticiado ya a varios que no se habían tomado en serio tales órdenes. El astuto canciller, secundado en eso por Fernando de Castro, otro viejo zorro, sabía de la importancia de no granjearse la enemistad de las poblaciones por culpa de unos pocos robos.

Martín se había cruzado con algunos de esos poco avisados, ahorcados en encrucijada polvorientas; pero eso no logró empañarle los ánimos. Tanto era su entusiasmo que, cierto mediodía atípico, en el que todo el ejército se había detenido para comer y descansar un rato, Pedro Carrillo, aunque divertido, y tal vez algo nostálgico, creyó conveniente darle una lección de caballería. Una charla en la que no tardó en mediar Juan de Beaumont, también presente.

—Las causas son justas, sobre todo, en el corazón de los hombres —había afirmado el navarro, con sonrisa distraída.

—No entiendo eso. Una causa es justa o no lo es; así de simple —fue la réplica de Martín, que ya había perdido la timidez que le causaba al comienzo aquel veterano.

La sonrisa de Beaumont, que sostenía un cucharón de palo con el que sacaba rancho de la perola, se hizo más amplia. Pedro Carrillo agitó benevolente la cabeza, aunque permitió que fuese el navarro quien contestara.

—No hay causa tan pura que no pueda corromperse por las malas acciones de aquellos que dicen defenderla. A eso me refería al hablar del corazón de los hombres. Son muchos los que alzan pendón por una causa justa y, a su sombra, cometen crímenes, venganzas, expolios... y, créeme, de toda esa canalla, los más odiosos son los que, además, justifican sus iniquidades como necesarias para lograr el triunfo de la causa.

Hizo una pausa, se llevó la cuchara a los labios, hizo rodar la pitanza en la boca. Contempló a Martín, que se había convertido en un mozo no muy alto pero sí robusto, de pelo rubio oscuro y ojos almendrados, que llevaba con prestancia sus ropas de jinete.

—¿La causa de doña Blanca es justa, Martín?

—Sin duda alguna.

—¿Totalmente justa?

—Sí. —Martín, tozudo, asentía.

—Entonces, todo buen caballero de Castilla está obligado a respaldarla con las armas, aun contra el rey, pese a que éste es su señor natural.

—Sólo hasta que acepte las justas demandas. —Martín medía ahora mucho sus palabras, sabiéndose estudiado por Pedro Carrillo, que había sido su mentor durante el último año—. El rey no es dueño de las conciencias, ni del honor.

Pedro Carrillo asintió despacio, aunque por su expresión no podría colegirse si aprobaba o no la respuesta. Martín, al darse cuenta de la atención que prestaban también algunos de los que estaban más próximos a ellos, recordó aquello que comentaba a menudo Juan Carrillo sobre cuán populares habían llegado a ser las

discusiones sobre caballería —lecciones, si la diferencia de edad entre los interlocutores era mucha—, en tiempos del rey Alfonso XI.

—Buena respuesta —aceptó Beaumont, tras considerarla un momento—. Pero ¿qué pasaría si nuestro señor don Enrique hubiese decidido respaldar a su hermano, el rey? ¿Cuál sería nuestro deber? ¿Seguir a nuestro señor o defender ante todo la causa justa y, por tanto, faltar a los juramentos prestados?

Martín guardó silencio, azorado, mientras trataba de encontrar una solución al dilema que le planteaban. Y no le ayudó, precisamente, el saber que cerca se encontraban hidalgos curtidos aguardando su respuesta. Pero fue el navarro, que tampoco quería ponerle en excesivo mal brete, quien deshizo el nudo:

—La solución pasa, a mi entender, por lo que tú mismo has dicho hace un momento. Uno puede verse ante distintas obligaciones que, a veces, entran en conflicto. Obligado con su señor, con svi rey, con los de su sangre, con su honor, con la ley de Dios... Conciliarlo todo puede ser arduo y, en ocasiones, imposible. En esos casos, uno queda librado a su propia conciencia y la decisión es harto difícil, ya que en ambos platillos de la balanza puede poner razones de peso.

—Atiende a las lecciones de este hombre, Martín. —Pedro Carrillo, más flaco y con aspecto más rudo que nunca, tras tanto viaje y cabalgata, aprobaba con gestos fieros—. Tiene vida y camino a sus espaldas, así que aprovecha cada una de sus palabras.

Beaumont, cuchara en mano, agradeció el elogio con un vaivén de cabeza, antes de rematar:

—Tal vez sea una gran suerte que las causas siempre sean algo turbias. Así, aquellos empujados sin remedio hacia uno u otro de los bandos en conflicto pueden encontrar siempre alguna bondad que defender y algún mal que combatir. Saberse en el lado malo, malo sin paliativos, debe ser sin duda horrible.



Aquella conversación tuvo lugar cerca de la villa de Nava, hacia el mediodía, cuando se detuvieron a comer y descansar un rato, cada cual buscándose la sombra como pudo. Luego, con el caer de la tarde, el ejército retomó el camino, para viajar durante toda la noche y pasar de largo ante Mayorga. Así lo habían decidido los tres jefes de la expedición, ya que el calor extremo de esos días podía agotar a hombres y cabalgaduras, con el peligro de que llegasen desfallecidos a una batalla que podía producirse en cualquier momento.

Al clarear, estaban ya próximos a Villalón, población que pertenecía a uno de los Trastámara, don Tello, que se llamaba señor de Vizcaya y Lara, pese a que decían que la intención del rey era despojarle de tales títulos, que le otorgó él mismo hacía sólo

unos meses. No llegaron a entrar en la villa, empero, ya que algunos exploradores volvieron a galope tendido, con la noticia de que, en otro lugar próximo, Cuenca de Tamariz, situada algo más al sur, habían visto gran concentración de compañías de armas.

Los tres magnates y algunos de sus adalides celebraron un consejo a pie mismo del camino. Martín, uno de los destacados a guardar, a caballo y dardos en mano, el perímetro de esa reunión, y que por tanto pudo echar ojo a la misma, tuvo la impresión de que estaban ahora confusos. Y no era para menos, ya que los exploradores habían tenido el coraje de avanzar lo bastante como para distinguir los pendones de aquellas fuerza, y lo descubierto era, como poco, desconcertante.

En Cuenca de Tamariz ondeaban los pendones de don Tello junto a los de los infantes de Aragón. Y, puesto que, hasta donde los tres magnates sabían, los segundos seguían alineados con su primo, el rey, y que éste había casado al menor de ellos, Juan, con la segunda hija del antiguo señor de Vizcaya —lo que le convertía en rival de Tello por el señorío—, nadie sabía muy bien a qué atenerse.

Como las opiniones eran encontradas y la discusión amenazaba con dilatarse, Alburquerque cortó por lo sano. El sol de septiembre apretaba cada vez más y él volvía a ser el hombre de antaño, radiante de poder; así que, en vista de que no había acuerdo, mandó que el ejército se pusiese en marcha hacia Cuenca de Tamariz, en son de guerra, que era la forma más rápida de saber qué se cocinaba allí. Para sorpresa general, dispuso que fuese el conde Enrique quien, en caso de batalla, dirigiese las fuerzas, que sumaban unos mil doscientos de a caballo y casi el triple de a pie. Al advertir el desconcierto de muchos, incluido el propio conde, no dudó en explicarse. No era hombre que delegase en cuestiones importantes, cierto, ni que temiera al combate, como muchos podían atestiguar; pero ya sumaba sus años y las batallas necesitaban caudillos más jóvenes y de reflejos más rápidos.

Las compañías tomaron camino del sur, bajo un sol cegador. Los capitanes jaleaban a los hombres; el resonar de cascos y pies, y la polvareda, eran tremendos. Ballesteros y lanceros marchaban en largas columnas, entre viejas canciones de marcha que les ayudaban a sumar leguas. Dada la poca distancia que mediaba entre Villalón y Cuenca de Tamariz, don Enrique había ordenado que los de a caballo se ciñesen las armaduras. También, por consejo de Pedro Carrillo, envió a las compañías acémilas con odres de agua, para ayudar así a soportar una marcha que pesaba a todos, pero más a muchos gallegos y asturianos de las banderas de Fernando de Castro y Enrique de Trastámara.

Este último en persona hizo llamar a Martín, a poca distancia ya de su destino. Las dotes de jinete del mozo eran generalmente apreciadas y, no por nada, Alburquerque le había regalado, hacía pocos días, un caballo con algo de sangre árabe en las venas, rápido y dócil de cabalgar. A lomos de esa montura, Martín se llegó a la altura del corcel del conde y éste, tras echarle una mirada con esos extraños ojos verdes suyos, le señaló una loma, camino adelante.

—Ahí detrás está Cuenca de Tamariz. Cabalga rápido y sitúate de avizor en la cima. Si percibes algún movimiento que pueda amenazarnos, o tropas emboscadas, regresa a rienda suelta a avisarnos. No estarás sólo allí, así que no te alarmes si se te acerca algún jinete. No eches mano de los dardos con ligereza.

Martín, tras asentir, se mantuvo unos instantes a la altura del conde, por si quisiera añadir algo más. Pero había concluido y Pedro Carrillo, que cabalgaba a su derecha, despachó al mozo con ademán brusco, por lo que éste, tras quitarse un instante el gorro, adornado con pluma blanca, en señal de respeto, se lanzó adelante, al galope.

Alejarse de la columna fue casi un choque, semejante al que sufre quien, rodeado de bullicio, se lanza a un estanque y se sumerge de golpe en un mundo de sosiego. Al separarse de esa serpiente de hierro que avanzaba por el camino, dejó atrás polvaredas, ruidos, olor a hombres y caballerías, para galopar por el silencio, a través de campos segados, en los que el trigo se amontonaba en fajinas, por todos lados, en espera de la trilla. No se veía un alma. Algunas aves surcaban los cielos azul sin nubes y, en un par de ocasiones, rebasó a jinetes de avanzada, con los que cruzó gritos largos de saludo, en la distancia. Todo era amplitud, atmósfera quieta, calor.

Remontó al galope la loma y, desde lo alto, pudo divisar Cuenca de Tamariz, al otro lado. Sin desmontar, paseó la mirada por las casas de la villa y el campamento plantado a escasa distancia. Martín no era ducho aún en recontar tropas pero, a ojo de buen cubero, estimó que las huestes allí reunidas debían de estar a la par que las suyas; por lo que, en caso de trabarse en combate, éste podía convertirse en encarnizado.

Al girarse sobre la silla, advirtió que se le acercaba otro jinete, y aun detrás de él otro, destacados de la columna, tal y como le advirtiera el conde. Ambos, al igual que él, eran jóvenes y montaban a la jineta, sin silla ni armadura de ninguna clase. No le pasó inadvertido que uno estuviese al servicio de Alburquerque, en tanto que el otro era un gallego, vasallo de Castro: pese a que todos acataban el mando superior del viejo canciller, aquella triple alianza era fruto de la necesidad. Un contubernio de poderosos, que hacían y deshacían alianzas a conveniencia —como no cesaba de advertirle Juan de Beaumont—, que no se fiaban de nadie y que no iban a dar la espalda a quienes habían sido sus enemigos en el pasado, y bien podían volver a serlo en el futuro.

Pero los tejemanajes de los magnates nada importaban a esos tres jinetes. Pese a ser casi bisoños y, por tanto, más proclives que los veteranos a defender con ardor la causa de sus señores, también sentían de forma más intensa e ingenua la camaradería de las armas. Así que, tras un cruce de palabras corteses y gestos de cabeza, desmontaron los tres para abrir las alforjas y compartir lo poco que cada uno llevaba.

Aquel día, en lo alto de aquella loma, Martín Carrillo conoció otra de las constantes de la guerra: las esperas interminables, tan tensas como aburridas. Estaban en lo alto, oteando el campo enemigo mientras el sol subía, llegaba al cenit y

comenzaba el largo descenso. Les faltaba sombra, porque allí no había un mal árbol, y sufrían el calor, la solana, los insectos. Pero Martín no hubiese cambiado por nada en el mundo el estar allí arriba, entre el azul del cielo y los amarillos y marrones de los campos circundantes, tendiendo la mirada por las llanuras salpicadas de oteros.

Se entretuvieron charlando, compartiendo anécdotas guerreras —que no eran muchas, dado lo jóvenes que eran— y cuidando de sus caballos, sin quitar ojo a Cuenca de Tamariz, donde se advertía cierta actividad. Había un trasiego incesante de jinetes entre la población y el campamento —aunque más bien eran dos, a un tiro de ballesta el uno del otro—, lo que no era de extrañar, pues conocían de sobra la presencia del ejército de los tres magnates.

No tenían más que volver la cabeza para ver a este último, ya que se había detenido a cierta distancia del otero. Los de a caballo habían desmontado, todos estaban comiendo y a los corceles les estaban alimentando de las parvas de cebada, tomadas de los campos colindantes. Un velo de polvo en suspensión y quietud parecía colgar sobre el mundo, puede que debido a ese calor tardío que hacía vibrar el aire, de forma que todo en la distancia tomaba tintes de sueño, en el que hombres y bestias se movían como bajo las aguas de un estanque.

El jinete de Castro dio una voz de alarma y los otros dos, que estaban sentados, con los párpados caídos, la cabeza cubierta por los gorros emplumados, se pusieron en pie de un brinco, libres de golpe de la modorra. De la propia villa salían unos cincuenta de a caballo y, entre las turbonadas de aire ardiente, se advertía que llevaban armaduras y sobrevestas y lanzas entre las manos.

Los cincuenta tomaron resueltos el camino, como si fuesen al encuentro del ejército de los magnates, y los tres a una saltaron sobre sus monturas, para agitar grandes pañuelos rojos, sin poder ahorrarse unos gritos que los suyos no podían oír a tanta distancia. Las voces reverberaban de forma hartó extraña en aquel aire enrarecido, alejándose a lo largo de las llanuras, con ecos que, cosa extraña, recordaban a los de las cavernas.

El jinete de Albuquerque partió a galope tendido, cuesta abajo, a dar cuenta de qué ocurría, según lo acordado. Allí donde reposaban hacía un instante las fuerzas, ahora todo bullía de actividad. Los hombres, despabilados, ajustaban cotas, lorigas y demás defensas, entre voces y sones metálicos que llegaban hasta lo alto a oleadas, como el batir del mar.

Martín y su compañero, comidos por esa impaciencia tan propia de la primera juventud, permanecían sobre sus cabalgaduras como halcones, prestos a alzar el vuelo, atentos por un lado a los cincuenta y por el otro a los suyos, que parecían hundidos en la confusión. Martín se pasó la lengua por los labios secos, temeroso de que, al haberse estacionado demasiado cerca, no tuvieran ahora margen para aprestarse, y que sólo medio centenar de caballeros pudieran llegar a desbaratar a todo un ejército.

Pero el caos no era sino espejismo y, de la turbamulta, como una serpiente que se

desenrosca, vio Martín surgir a la hueste formada. Los de a caballo delante, agrupados, los destrales prestos, los pendones coloridos agitándose en el aire polvoriento y calmo, con los de a pie a ambos lados de esa caballería central.

Algunos, a la jineta, se habían despegado al galope para acudir, a rienda suelta, a la loma ocupada por los dos vigías. Los cincuenta, al ver cómo la cima se iba llenando con rapidez de jinetes aunados, refrenaron sus monturas, quizá temiendo verse en el camino ante la caballería pesada, equipada a la castellana, y ser además atacados por los jinetes por el flanco. No tardó en llenarse la cima, que era larga y amplia, y les daba la ventaja de la altura, y, luego, ballesteros y lanceros ocuparon las laderas a los flancos. Pero, para entonces, Martín ya había ocupado de nuevo su lugar junto a Pedro Carrillo.

Sobrevino una espera, con la vanguardia del ejército blanco sobre la loma, la ballestería en las cuestas, en situación favorable para pulverizar a quienes tuviesen la mala ocurrencia de cargar, en esas condiciones, contra ellos. Pero no salieron refuerzos de Cuenca de Tamariz, ni de los campamentos aledaños, y los cincuenta se cuidaron de acercarse más. Y, como los aliados tampoco tenían intención de ser los primeros en atacar, unos y otros se quedaron donde estaban.

Tras lo que pareció un tiempo interminable, de los cincuenta se destacaron tres caballeros sin lanzas, como muestra de intenciones pacíficas. Pedro Carrillo, imitando sin saberlo a su hermano Juan, en aquella última jornada del asedio de Aguilar, se volvió a Martín para espetarle:

—Tú que tienes buena vista, ¿puedes distinguir los blasones de esos tres?

Quizá lo decía casi en broma, porque la distancia era considerable aún, costaba distinguir las heráldicas pintadas en los escudos y nadie en Castilla —pese a que unos cuantos alardeasen de ello— podía conocer todas las heráldicas del reino. Pero el mozo, sin amilanarse, alargó el cuello, achicó los ojos y, gracias a que el terreno obligaba a los tres a cabalgar en zigzag, lo que permitía ver a intervalos los escudos, se atrevió a pronunciarse.

—De dos de ellos, no sabría decir con certeza. El tercero, juraría que es el escudo de Juan de Avendaño.

—¿Abendaño el vizcaíno? —Ese era Alburquerque, pues los tres magnates estaban casi codo con codo en aquella loma batida por la solana.

—Mira bien, muchacho, que la distancia es mucha —le instó el conde.

—Si Martín lo afirma, es que es él —le apoyó Carrillo—. No sólo tiene buena vista, sino que no suele afirmar a la ligera.

Los tres magnates cruzaron miradas que lo decían todo. Juan de Abendaño fue, en tiempos, un fiel servidor de los Lara, al punto de levantar, pocos años antes, a todo un ejército de vizcaínos, para respaldar los derechos del niño Nuño de Lara frente al rey don Pedro, que codiciaba el señorío. Pese a ello, había hecho luego buenas migas con don Tello, impuesto como señor por ese mismo rey, y su presencia allí, junto a los dos —Juan de Aragón y Tello— que se tenían por señores de Vizcaya, podía considerarse

más que significativa.

—Parece que es él. —Fernando de Castro hacía esfuerzos para distinguir el escudo—. Pero, lo sea o no, vienen a parlamentar. Hay que salir a ellos antes de que se acerquen demasiado, no sea que nos tomen por indecisos.

Y así fue como tres caballeros de confianza bajaron por la ladera, guiando con tiento a sus monturas, al encuentro de esos oíros tres que, al ver cómo se despegaban de la masa arracimada en lo alto de la loma, se detuvieron a esperarlos. La conversación no fue larga, pero sin duda sí jugosa porque, tras hablar lo que fuese menester, unos volvieron con los cincuenta, para regresar sin dilación a Cuenca de Tamariz, en tanto que los otros remontaban la ladera.

Albuquerque mismo picó espuelas para reunirse con ellos, seguido un pestañeo después por sus dos aliados. Martín tardó un poco en darse cuenta de que el viejo magnate, tan avisado como de costumbre, lo hacía para evitarse escuchas indiscretas mientras recibían el recado, fuera cual fuese; ya que allí arriba estaban codo con codo, en formación cerrada, al punto de que el calor era casi inaguantable. Tras escuchar a sus representantes, los tres jefes conferenciaron entre ellos sin descabalgarse, antes de llamar a otros cuatro caballeros y, con la sola escolta de éstos, para asombro y pasmo de todos, partir en dirección a las casas de Cuenca de Tamariz, casi en la estela de polvo alzada por los hombres de Abendaño.

Dejados a su propio criterio, los capitanes de aquel ejército decidieron ponerse en marcha y abandonar esa posición, fuerte pero insufrible con ese tiempo. Y, según iban ya bajando la cuesta, se impusieron las viejas costumbres, de forma que, mientras sus señores se dirigían hacia lo que podía ser la boca del lobo, deshicieron la amalgama y cada una de las tres huestes se fue por su lado. Lo propio hicieron, tras ellos, los de a pie y así, en apenas nada, en vez de un solo ejército, hubo tres haces distintos que avanzaban por los rastrojos amarillos, separados entre sí una distancia prudencial.

Pedro Carrillo dirigía a los del conde, con Martín siempre a su vera. Las tres huestes se detuvieron ante la población y los dos campamentos que, a juzgar por los pendones sobre las tiendas, albergaba uno a los de don Tello y otro a los de los infantes, y estaban separados por la misma razón que las tropas del ejército triple.

Para entonces, los tres magnates habían entrado hacía tiempo en Cuenca de Tamariz y, como todo parecía bien a la vista, los de a caballo descabalgaron para dar reposo a sus monturas; aunque se mantuvieron junto a ellas y con las armaduras puestas para, a la primera señal sospechosa, tener ellos tiempo de montar y los ballesteros de formar para el disparo. Los caballeros se quitaron capelinas y yelmos, echaron atrás los almófares y retiraron cofias para secarse el sudor. Lo mismo hicieron los infantes con sus bacinetes y capuchas de cuero.

Era ya la tarde; el sol calentaba, entre el polvo suspendido y el canto de los insectos, pero Martín no pudo disfrutar siquiera de ese descanso, ya que Pedro Carrillo, posando la mano sobre su hombro, le rogó que sirviera de enlace con las otras dos huestes. Y así, mientras todos reposaban, él hubo de cabalgar otra vez bajo la

solana, portando despachos verbales; algo que le permitió, en aquella jornada confusa, disfrutar de una panorámica algo más amplia que la mayoría de los presentes.

De un lado estaban las tres huestes blancas, en línea, con la de Albuquerque en el centro, la de Fernando de Castro en el ala izquierda y la del conde de Trastámara, en la derecha. Al frente, Cuenca de Tamariz, a tres tiros de ballesta, prolongada primero por el campo de don Tello, cosa lógica, ya que la villa era suya y parte de sus hombres se alojaban dentro. Y más allá, el de los infantes, con terreno por medio.

Si, a la mañana, Martín había saboreado el regusto polvoriento de la espera, esa tarde probó la incertidumbre, el no saber qué ocurre, que suele ser otra de las sazones de la guerra y uno de los males más terribles que aquejan a los soldados. Nadie sabía a ciencia cierta por qué los tres magnates habían entrado, con escolta tan magra, en una villa en principio enemiga. Todos se hacían lenguas pero nadie aportaba otra cosa que especulaciones, e igual de asombrados parecían los del otro bando, que habían salido a su vez de sus tiendas para ceñir defensas y aprestarse a un posible combate.

Unos y otros hubieron de aguardar entre el calor y el zumbido de insectos, ya que, hasta el declive del sol, no hubo movimientos en Cuenca de Tamariz. Martín, que en esos instantes volvía de dar un mensaje a Albuquerque, azuzó a su caballo para reunirse con los suyos, al ver que todos montaban y los ballesteros empuñaban armas. Al parecer, nadie en concreto dio voz de alarma; alguien debió de incorporarse, al advertir movimientos en la población, y la alerta se extendió como aceite sobre agua.

En lo que se tarda en chasquear dedos, las distintas huestes estaban observándose, llenas de prevención, y no sólo a los de enfrente, sino también a los de los flancos. Estaban lejos del alcance de las ballestas, por suerte, porque demasiados combates habían comenzado por un tiro suelto. Varios jinetes salieron de la población, a recorrer el campo, como si inspeccionasen el terreno y, luego de ellos, vieron aparecer a un caballero sobre corcel de bella estampa, cabalgando como en alarde. Martín reconoció en él a Pedro de Villegas, hasta hacía bien poco uno de los partidarios más vehementes del rey. No llevaba escudo ni yelmo y, en vez de lanza, empuñaba un gran pendón albo, con la imagen de la Virgen Blanca de Toledo bordada.

Mientras las huestes contemplaban estupefactas, salieron tras él, todos juntos y a caballo, Albuquerque, el conde Enrique, don Tello, Fernando de Castro, los infantes de Aragón, e incluso la madre de éstos, doña Leonox, en palafrén guiado por paje.

Con el paso de los años, y la experiencia ganada en campos de batalla, salones y tabernas, un Martín más maduro agitaría la cabeza al recordar esa tarde lejana y calurosa en Tierra de Campos, valorando la eficacia de aquel golpe de efecto que supuso el presentarse todos los magnates juntos ante las tropas, bajo el estandarte de la reina, en un gesto dramático que no requería explicación alguna.

Hubo un latido de silencio, antes de que los vítores comenzasen en labios de alguien, para contagiarse a los inmediatos y saltar a las demás haces, de forma que, en nada, todos estaban aclamando y pitando, mientras los lanceros repicaban varas contra los escudos y los ballesteros pataleaban. Villegas, que era hombre muy bien



plantado, hacía caracolear a su caballo y flameaban el pendón, arrastrando al entusiasmo.

Se cumplían así los peores temores de Henestrosa, y todos los grandes señores de Castilla se unían contra el rey, bajo el pendón de la reina; aunque la cabeza de Martín, como casi todas, estaba en esos instantes muy lejos de consideraciones políticas. Tampoco reparó en la expresión burlona de Juan de Beaumont, que se sonreía al ver el pendón de la reina en manos de un hombre, Villegas, que tantas veces había cambiado de bando. En aquel momento, y con quince años, se dejó arrastrar, como otros mucho más veteranos, para aclamar de corazón, contento de empuñar las armas por la mejor de las causas posibles.

Las diez leguas que separan Tordehumos de Tordesillas tuvieron, para María Padilla, el sabor a cenizas que deja en la boca el destierro. Porque algo de destierro era partir casi a escondidas, no bien asomó un resquicio de luz a oriente. O, mejor que partir, evacuar aquella fortaleza, en busca de un refugio más seguro para sus hijas y ella, si es que a esas alturas les quedaba alguno.

El rey había ordenado la mudanza no bien se confirmó que sus primos y el señor de Vizcaya habían unido sus armas a Alburquerque y la causa blanca. Una noticia triste, a la que se sumó la de que también don Juan de la Cerda había cambiado de bando y subía desde Sevilla con otro ejército, para alinearse también con los enemigos del rey. Este, tras esta última noticia, sí pudo decir ya con propiedad que todos le habían abandonado; que ni un grande del reino permanecía de su parte.

Salieron de Tordehumos ya entrado septiembre y María recordaría siempre aquel viaje como una cabalgata triste, pese a lo hermoso del día, llena de temores ante lo inmediato e incertidumbre sobre el porvenir. Concluía el estío y la jornada era de temperaturas suaves, de colores ya casi de otoño, de esa atmósfera calma, propia de la temporada, que sosiega ánimos e induce, a veces, a una melancolía muy leve. Pero, en aquella ocasión, viajar por entre campos amarillos y colinas redondeadas, entre gentes silenciosas y cabalgaduras mansas, con los pendones acariciados por la brisa, no levantó los ánimos de la amante real, sino más bien todo lo contrario. Las hojas de los árboles, que ya viraban hacia los rojos, pardos, ocres del otoño, la luz de la estación, el cielo azul salpicado de nubes blancas, no hicieron sino entristecerle el corazón.

María viajaba en mula, sentada de lado, cubierta con sobremanto y velos. Un palafrenero armado guiaba a su caballería y, justo tras ella, viajaban dos nodrizas en sendas mulas, cada una de ellas al cargo de una de las dos hijas habidas con don Pedro: Beatriz y Constanza. María estaba preocupada sobre todo por la segunda, de sólo unas pocas semanas de edad. Aún más atrás iban los de a caballo, a la jineta o armados a la castellana, así como una mano de ballesteros, algunos sirvientes devotos y las acémilas con el equipaje. Habían descartado el uso de carros o literas, tanto por el mal estado del camino como para trasladarse más rápido.

Transitaban entre campos segados, ahora desiertos, y nadie les salía al paso: ni grupos de campesinos, ni hidalgos locales, ni religiosos; aunque eso se debía más a su marcha en gran secreto, más que a que el bando del rey viviese momentos muy bajos. A veces, muy en la distancia, María alcanzaba a divisar algún jinete que cabalgaba por los llanos, o en lo alto de alguno de los oteros que salpicaban esas tierras, recortado

allí arriba sobre su caballo, contra el azul. Imágenes que no hacían sino aumentar sus temores, pese a que lo más seguro era que se tratase de alguno de los suyos, destacado para prevenir ataques por sorpresa.

Henestrosa se había reído del miedo mostrado por ella ante la mudanza, aunque bien sabía María que lo hacía para tranquilizarla. Cuando el rey decidió abandonar Tordehumos, pudieron constatar que, de tantos congregados allí hacía tan poco, apenas quedaban seiscientos de a caballo, que eran los que ahora le acompañaban a Tordesillas. Sus privados habían aconsejado el traslado al rey, en vista de las circunstancias, y desplazarse a Tordesillas era lo más prudente, dadas las pocas tropas con las que contaba, además de que eso le situaría más próximo al teatro de guerra, como una astilla clavada en Tierra de Campos, pues ya no tenía fuerzas para ser martillo.

Aquel viaje, para colmo de males, hubo de hacerse en tres comitivas separadas, lo que añadió la amargura a los demás sinsabores. Primero iban el rey y sus caballeros, detrás, a paso más lento, los de a pie, sirvientes, bagajes y la reina madre, María de Portugal, con su propio séquito. Y, como esta última se había negado a viajar junto a la concubina de su hijo, María tuvo que marchar con sus hijas a la zaga, algo distante pero bien protegida por familiares y hombres seleccionados por su tío.

María se giró en la silla de montar, al escuchar cómo lloraba Constanza, sin disimular su inquietud. Pero no era nada. La nodriza la tranquilizó con un gesto, dándole a entender que el llanto era producto de las incomodidades del viaje. Volvió a recolocarse entonces, sin poder ahuyentar los temores. Pasó un jinete a galope tendido, muy lejos, tanto que no era posible distinguir detalle alguno, ni de hombre ni de caballo. Se lo quedó observando mientras cruzaba los campos, con un toque de envidia; porque aquella figura distante, de alguna forma, parecía dueña, al menos hasta cierto punto, de su destino.



Martín descubrió que Pedro Camilo gustaba de hacer a veces la misma comparación que su difunto hermano Juan, bien porque uno la hubiera aprendido del otro, o tal vez ambos de su padre u otro hermano, o de algún maestro de armas, en su juventud. Decían que los peces, cuando están en el agua, son los que menos idea tienen de qué sucede en el estanque. Tanto uno como otro se lo repetían de constante, tratando de hacerle entender la poca visión que un hombre de armas, enfrascado en las campañas, tiene del conjunto de la guerra.

Aunque creía entender esa conseja, hasta el punto de serle irritante volver a oírla, no la sintió en carne propia hasta aquellos días frenéticos de finales de septiembre, cuando se pasó semanas galopando de un lado a otro, casi sin descanso, porque,

cuantas más leguas corría, más turbia era su perspectiva de las cosas.

Imperaba la euforia entre los partidarios de la reina y, sin duda, motivos tenían, ya que no pasaba día sin que caballeros y aun compañías enteras se alistasen bajo sus banderas. Pero Martín, a la par que compartía el entusiasmo, y la casi certeza de que no les aguardaba otra cosa que la victoria, no dejaba, al tiempo, de encontrar motivos de reflexión en lo que veía durante sus cabalgadas.

Reflexión, por ejemplo, sobre el hecho de que los magnates se hubiesen asentado en campamentos propios, distantes leguas los unos de los otros. Al recordar el comentario de Beaumont, en aquel encinar portugués, sobre la falta de palabra de los señores, Martín no podía por menos que suponer que, además de razones estratégicas, les movía la desconfianza mutua a la hora de dispersar las fuerzas. Quizá nadie se fiaba de nadie, ya que, llegada la ocasión, cualquiera podía volver a cambiar de bando, y todos se guardaban las espaldas ante sus propios aliados.

Alburquerque y los Trastámara, ahora uña y carne, tras años de odios amargos, se habían instalado en Pedrosa, villa al este de Valladolid. Las compañías gallegas de Fernando de Castro, en Casasola, cerca de Ávila. Y los infantes de Aragón, con su inseparable madre, en Villalar, próximos a Tordesillas.

La misma distribución de los campamentos daba que pensar. Dejando de lado consideraciones políticas, esas posiciones atenazaban grandes territorios de la Corona de Castilla, ya que, más al norte, Galicia, Asturias y Vizcaya habían tomado armas contra el rey, lo mismo que, al sur, ciudades como Toledo, Cuenca o Jaén, o los estados sevillanos de don Juan de la Cerda. Esa tríada amenazaba a poblaciones como Burgos o Segovia, que seguían leales al monarca y, de paso, hacía difícil una traición, habida cuenta de las leguas que mediaban entre ellas.

Tras mucho deliberar, se decidió que fuese la tía del rey, Leonor de Aragón, la que acudiese a Tordesillas a exponer en nombre de todos los tres puntos defendidos por los rebeldes: destitución de los oficiales afines a los Padilla, regreso de don Pedro con su esposa legítima y destierro de su amante. Pero tales peticiones no cosecharon sino el rechazo indignado del rey y, ni con razones —vista la desproporción de fuerzas— ni con lágrimas, consiguió doña Leonor mover la voluntad de su sobrino.

Leonor de Aragón abandonó Tordesillas con las manos vacías, lo que no quiere decir que aquella embajada fallida se saldase sin consecuencias. María de Portugal, siempre valedora de la reina Blanca y cuyo odio por María de Padilla, a la que culpaba de cuanto ocurría, no había cesado de crecer, tras aquella nueva negativa a la reconciliación pidió licencia a su hijo para dejar Tordesillas e instalarse tras los muros de Toro.

Liquidada cualquier esperanza de arreglo pacífico, volvieron las acciones armadas. Las tropas blancas recorrían Tierra de Campos, sin encontrar más oposición que las poblaciones realistas que les cerraron las puertas en las narices. En tal aspecto, cosecharon fracasos estrepitosos, como los intentos de ganar Salamanca o Valladolid mediante agentes del interior. En la segunda, los rebeldes trataron en vano de que

Juan Alfonso Tello —hermano del caballero de la reina madre, Martín Alfonso Tello — les abriese las puertas y, aunque nada consiguieron, no faltaron quienes dijeran que la propia María de Portugal había tenido algo que ver en las negociaciones.

Pero no había en toda Tierra de Campos tropa realista capaz de medirse con ellos en abierto y, lo que no se pudo ganar con astucias, se hizo por la fuerza de las lanzas. Así, los blancos obtuvieron un triunfo más que sonado al conquistar Medina del Campo, donde se acantonaban más de medio millar de realistas de a caballo. Fue un 27 de septiembre, y Martín nunca olvidaría año y día, no sólo por la gran victoria que supuso, sino porque también fue la primera vez que cruzó hierros con un enemigo.

En tiempos futuros, Martín haría alusión muchas veces a aquel hecho de armas, para él memorable, aunque la toma de la villa fue poco más que una confusión de carreras por las callejas y escaramuzas tumultuosas. Los rebeldes forzaron la entrada de Medina gracias a amigos de dentro, y los de don Pedro, viendo que el enemigo entraba en tromba, no quisieron presentar un combate que les hubiera sido desastroso, por lo que optaron por retroceder en masa hacia la Mota, la tremenda fortaleza de ladrillos, antiguo recinto urbano y ahora ciudadela interior de la villa.

La retirada se hizo a toda prisa, mientras las tropas rebeldes irrumpían por las puertas, entre flamear de pendones, y las gentes de la villa se atrancaban en sus casas o se acogían a las iglesias. Un puñado de valientes se quedó atrás, a cubrir la zaga, y así fue como Martín, que iba esa jornada en la vanguardia invasora, se encontró de sopetón batiéndose en las callejas de Medina.

No recordaría luego casi ni cómo, pero lo cierto es que se vio cambiando golpes con un hombrón que le sacaba casi dos cabezas. Se cubría el otro con bacinete, y empuñaba broquel y una maza enorme a la que media docena de pinchos muy largos daban un aspecto tan anticuado como temible. Era no sólo mucho más fuerte, sino también más curtido en las lides de la guerra; y por eso mismo no tenía deseos de entretenerse y dejar que los enemigos cayesen sobre él en gran número. Por tanto, la pelea fue una sucesión de cruces de hierros y carreras por las callejas.

El realista descargaba mazazos terribles, de los que Martín conseguía cubrirse a duras penas con su propio broquel, que ya iba acusando los daños de las púas. Pero, aun así, el mozo no cejaba y devolvía golpes con el martillo de guerra. Beaumont, que estaba en la refriega y acertó a ver esa pugna a intervalos, entre las revueltas callejeras, la equiparó a la de un perro de presa y un oso, el segundo buscando ante todo ponerse a salvo, y el primero acosándole y brincando sin descanso a su alrededor.

El día no era en exceso caluroso y Martín no se protegía sino con bacinete y jubón de cuero, pero, aun así, el sudor le corría por el cuerpo a regatos. Tenía los brazos cada vez más entumecidos; el izquierdo de sujetar el broquel con el que paraba los golpes y el derecho de blandir su martillo de guerra. Todo eran carreras, gritos, llamadas, estruendo de metales en aquel dédalo de calles estrechas, y él, ensordecido por los campanazos de los hierros, atento sólo a lo inmediato, no se apercibió siquiera de que habían ido a desembocar a un espacio más abierto.

Su oponente, tras encajarle un porrazo tremendo, que le hizo recular varios pasos, se dio la vuelta para correr, dándole la espalda. Y él, sin pensárselo dos veces, salía ya en su persecución, pero se lo impidió alguien que le agarró por el hombro. Se revolvió entre furioso y atemorizado, creyendo que un enemigo rezagado le había sorprendido por detrás; pero no era sino Juan de Beaumont, que se hurtó al martillazo con un salto. Martín bajó el arma, perplejo y algo avergonzado, mientras que el navarro, que empuñaba también un martillo de guerra, se reía de buena gana.

—¿Por qué me has sujetado? —Martín se echó *atrás* el capacet, para limpiarse la frente.

Beaumont, que tenía también el rostro brillante de sudor, señaló con su propio martillo más allá de la esquina en la que le había retenido.

—Tú sigue adelante, si buscas la muerte.

Martín se volvió a pasar el dorso del guantelete por la cara, antes de dar tres pasos y asomarse con precaución. La calleja moría en un espacio despejado y, más allá elei mismo, se alzaba la mole de la Mota. Los partidarios del rey que habían protegido la retirada de los suyos salían por las bocacalles, a la carrera hacia las puertas, al amparo ahora ellos de ballesteros alertas con ganas de disparar contra cualquiera que osase perseguirlos. De no haberle sujetado Beaumont, ahí hubiese acabado Martín, traspasado por media docena de virotes.

—Gracias —dijo jadeante, porque ya sabía que en tales casos no había que ser efusivo de más—. ¿Y tú de dónde sales?

—Llevaba ya un buen rato detrás de ti. Debieras recordar que es útil vigilar las espaldas.

—¿Detrás de mí? ¿Por qué no me ayudaste?

—No tenía ningún interés en la vida de ese hombre y dos contra uno no es una lucha muy justa. Además, ¿para qué iba a intervenir? Yo ya tengo hartanza de duelos y combates para varias vidas. Tú, en cambio, andas aún hambriento de ellos. —Sonrió—. Yo también fui en tiempos como tú, y líbreme Dios de robarte momentos como éstos.

Sólo unos días después de que los nobles rebeldes entrasen en Medina del Campo, Juan de Beaumont salió a camppear en solitario. Se alejó varias leguas de la villa y, aún después, abandonó las sendas para llegarse a lo alto de un otero y, ya allí, apartado de todo, en mitad de los campos, encender una fogata pequeña. Le costó algo, ya que era un día despejado y de mucho viento; aunque, por lo mismo, cuando consiguió prender el fuego, las ramitas ardieron con alegría. Se quedó de pie un rato, pasando los ojos entre el paisaje circundante y la lumbre, antes de sacar de bajo el jubón la carta que escribiera la noche antes a Constanza de Uxue, para dejar correr la mirada por esas líneas.

La Muerte, ya sabes, llega a menudo sin previo aviso. Hacen bien en pintarla con guadaña, porque cosecha vidas como el segador trigos y, como éste, a menudo elige los más altos y maduro. Así ha ocurrido con uno de los más grandes de Castilla o, mejor dicho, de toda España, porque la Muerte ha querido llevarse a don Juan Alfonso de Albuquerque. Era descendiente de reyes y poderoso por esfuerzo propio. Como todos los grandes hombres, tuvo aciertos y errores, grandezas y vilezas, gestos nobles y ruines. Es verdad que instigó muchas muertes, que intrigó y medró aprovechando sus cargos; pero también lo es que, además de su propio provecho, buscó el del reino. Y eso no es algo que se pueda decir de todos los señores. Los grandes hombres tienen dos caras, como las monedas. Una sola tienen los santos, pero ellos no suelen mezclarse con los asuntos mundanos.

El año pasado cayó en desgracia ante el rey Le despojaron de sus oficios y tuvo que huir a Portugal tras entregar como rehén, en gesto de buena fe, a su único hijo legítimo, que luego murió, dicen que envenenado. Pero su suerte cambió este invierno y su estrella volvió a lucir, cuando los nobles empezaron a abandonar al rey para abrazar la causa de la reina, de la que don Juan Alfonso era el máximo paladín. Hace sólo unos días, conquistamos Medina del Campo; victoria con la que su estrella llegó a su cénit. Y justo ahí, en lo más alto, se ha apagado, como la llama de un candil a un golpe de viento inesperado.

Se detuvo unos instantes, documento en mano, para echar una ojeada a los alrededores. Estaba solo, en un país en guerra, y distraerse demasiado tiempo podía costarle a uno la cabeza. Pero no había un alma a la vista, y sí campos segados, caminos vacíos y árboles que se doblegaban a las ráfagas. Así que, con las plumas del gorro agitadas por ese mismo viento que alborotaba follajes y arrancaba las primeras hojas muertas, agachó los ojos para proseguir.

No fue la mano de Dios la que le abatió, sino la del hombre, aunque estaba rodeado de vasallos y amigos. Don Juan Alfonso había enfermado al poco de entrar en Medina del Campo. Nada serio; desarreglos intestinales menores; achaques, propios de un hombre entrado en años. Pero tuvo la malhadada idea de recurrir a un físico que estaba con don Fernando de Aragón; uno italiano, que se unió al infante en Toledo, y que se hace llamar Pablo de Perusa, o de Roma, que de las dos formas le he oído nombrar. Ahora, unos dicen que es un asesino astuto, infiltrado en el séquito del infante, y otros que un oportunista que se dejó comprar por los agentes del rey. Sea una cosa u otra, lo cierto es que, en vez de atender a la salud de don Juan Alfonso, le dio un veneno que le hizo morir entre grandes dolores.

Cuando se descubrió la felonía, ya había huido de la villa. Salió en mula, sin que eso extrañase a los guardas de las puertas, que pensaron que iba a atender a algún paciente extramuros. Vasallos y deudos de don Juan Alfonso le buscan en estos momentos y, aunque dudo mucho que le encuentren, que Dios se apiade de él si eso ocurre.

Esta muerte ha llenado de pena y confusión a las huestes blancas, y sembrado también no pocas sospechas. No en vano, el mestre Pablo era físico de don Juan de Aragón, que heredaría el trono de Castilla si el rey don Pedro muriese sin hijos y que, además, ahora, con el fallecimiento de don Juan Alfonso, se ha convertido en portavoz indiscutido de los rebeldes.

Pero lo más extraordinario del asunto, que aquí quiero contarte, es que don Juan Alfonso, en su lecho de muerte, entre grandes sufrimientos, aún tuvo fuerzas para hacer llamar a escribanos y testigos. Ante todos ellos, ordenó que no sepulten su cuerpo hasta que sus amigos logren, en su nombre, que el rey vuelva con su esposa. Exigió que se hiciese constar por escrito y, como no consentía en recibir los sacramentos mientras los suyos no jurasen cumplir su última voluntad, hubo que ceder. Amigos y vasallos juraron, por su fe y sobre las cruces de sus espadas, no sepultarle ni descansar hasta satisfacer su demanda.

Así que, en vez de entregarle a la tierra, han colocado sus restos sobre andas, cubiertas con paños negros bordados con oro, para que vaya a la cabeza de su mesnada, como si aún la capitanease. También han decidido que su mayordomo mayor, Ruy Cabeza de Vaca, hable como si lo hiciese en su nombre y...

No remató la lectura, ni llegó a la despedida. En la lejanía, había surgido un puñado de jinetes y, como se sabía de memoria la carta, e ignoraba el bando de aquéllos, tomó el documento entre dos palitos, con la soltura del que ha hecho lo mismo otras veces. Así sujeta, acercó la carta al fuego. En cuanto prendió, la alzó envuelta en llamas, de forma que, con el aire que soplaba, se consumió en instantes. Las ráfagas aventaron las cenizas y Beaumont se quedó contemplando cómo volaban los fragmentos grisáceos. No había días mejores para quemar cartas que esos de vientos desatados, capaces de dispersarlas por las cuatro esquinas del mundo, para que, así, las cenizas de sus palabras pudiesen llegar hasta el espíritu de Constanza



Uxue, doquiera que vagase en esos momentos.

Otra vez las campanas sorprendieron a Hug Benavent en las callejas, cargado con su morral de físico. El repique, más alegre, anuncio de buenas nuevas, distinto de aquel toque de rebato que había sacudido a la ciudad el 14 de agosto, comenzó en alguna de las iglesias del viejo barrio mozárabe, al este, para enseguida correr de espadaña en espadaña. Sobresaltado en un primer momento, porque iba en sus cavilaciones, el viajero de Alejandría se había detenido y, casi por instinto, vuelto la mirada hacia las aves asustadas sobre los tejados, preguntándose qué novedades anunciaban los bronces.

Por dos veces había oído Benavent tocar campanas en esos últimos meses. La primera cuando la insurrección de agosto, en la que los toledanos tomaron armas para defender no ya los derechos, sino la misma vida de la reina. La segunda a mediados de septiembre, proclamando a los cuatro vientos de la ciudad, antes que pregoneros y chismosos, la conquista de Medina del Campo.

Y ahora volvían a repicar a primeros de noviembre, anunciando algún suceso digno de júbilo. Se abrían puertas y ventanas, asomaban cabezas, para preguntar a gritos qué ocurría, y los más decididos o curiosos salían a la calle, en busca de nuevas. Algunos animaban a los pillos, que corrían las calles toledanas como perros sin amo, a ir a informarse. Pasó a su lado un hombre bueno, tan apurado que aún iba encasquetándose el gorro colorado y con el cinto del puñal en la mano; tanta prisa tenía por llegar a los corros. Benavent, tras acariciarse la barba corta y negra, echó a buen paso hacia la plaza de la catedral, donde solían comentarse los sucesos importantes.

Mientras se dirigía hacia allá, le rebasaron rapaces a la carrera, y también algunos menestrales a buen paso, casi todos en grupos pequeños, como arrastrados por aquel toque de campanas que parecía doblegar la voluntad de las gentes. Benavent, con sus ropajes negros y el birrete rojo, a paso más calmo, procuraba prestar oídos a cuanto decían los que le adelantaban, así como a los gritos que se cruzaban de ventana a ventana. Y, por las frases sueltas, no tardó en colegir que el rey parecía dispuesto a hacer las paces con la reina; a volver a su lado, quitar oficios a los Padilla e incluso a permitir el destierro de su concubina María.

Alentada por el revuelo, cada vez más gente salía a las calles, como en riada. Pero Benavent, que bien sabía hasta qué punto se deforman las noticias de boca en boca, sobre todo en momentos de entusiasmo, se reservó su opinión hasta conseguir pormenores sobre el asunto.

No erraba al suponer que la plaza de la catedral sería punto de reunión y ya, arropados por el resonar de las campanas de bronce, había allí gran número de hombres de toda clase social, unos en corrillo y otros yendo de grupo en grupo. Se mezclaban los jubones y capas de los caballeros con las ropas talares de los eruditos, los hábitos de los frailes y los sobretodos de labriegos y menestrales; porque, en Castilla, las diferencias sociales se suavizaban en plaza pública. Más en Toledo y en esos días, tras el levantamiento, que había asentado cierta fiebre igualitaria, merced al papel desempeñado por los buenos.

Benavent fue abriéndose paso por entre la muchedumbre, que casi formaba escollos, remolinos y corrientes humanas, hasta dar con algunos conocidos. Y, por lo que hablaban, constató que sus sospechas eran ciertas y que lo que se gritaba por las calles no era del todo la verdad, sino un reflejo entusiasta de la misma.

En aquel corro se daban cita hombres de posición diversa; aunque la atención de Benavent se fijó, sobre todo, en dos muy distintos: Santiago Rollán y Pedro Alfonso de Ajofrín, por lo que tenían de espejo de los dos polos de la rebelión toledana. El primero era caballero bueno, de los que se costeaban corcel y armas, con la esperanza de ganar en su día la hidalguía, en tanto que el segundo era hidalgo viejo, de familia antigua.

Rollán, que vestía con esmero, ceñía lobera y se mostraba tan atento a detalles y compostura como todos los buenos, era de los que se había sublevado por pura generosidad, ante el peligro que corría doña Blanca. También era de los que, pese a todo, se consideraba súbdito leal del rey. Ajofrín, en cambio, como muchos segundones de buena familia, vivía de poner su espada al servicio de los nobles. Vasallo del conde Enrique de Trastámara, aunque estaba con los rebeldes toledanos, era de los vistos con desconfianza, ya que velaba por los intereses de su señor, atendiendo a los de la reina sólo cuando convenían a los del primero.

Quizá por eso, ambos se mostraban más bien circunspectos, en tanto que otros se llenaban la boca de comentarios, que no tenían más valor que el haber sido recogidos en algún otro corro de esa misma plaza.

—El rey ha aceptado entrevistarse con los portavoces de la causa de la reina —decía, más que excitado, un hidalgo muy joven.

—Negociar nunca ha hecho mal a nadie. —Benavent movió la cabeza, tocada con el birrete colorado—. Pero tenía entendido que siempre hubo contactos.

—Esta vez es algo más —medió un hombre bueno adinerado, de barbas blancas y ropas algo ostentosas de brocados, al que el físico conocía de vista—. Van a celebrar unas vistas para acercar posturas. Esperemos que lleguen a un acuerdo y se pongan fin a tantos desórdenes.

—¿Unas vistas? ¿Se conocen detalles?

Unos y otros hablaban, envueltos en el runrún de la plaza. Y, del sinfín de frases interrumpidas y opiniones cruzadas, Benavent fue sacando datos como el que sacude un cedazo en el arroyo para separar las pepitas de la arena.

Supo así que los señores seguían en Medina del Campo y que, tras la muerte de Alburquerque, el infante de Aragón se había alzado, por derechos de sangre, con la jefatura del bando. El rey, por su parte, tras conocer el desastre de los suyos en Medina, se había trasladado de Castrojeriz a Toro, que en esos momentos le era más fácil de defender, y allí había recibido a una embajada de los rebeldes. Abandonado por casi todos, a la defensiva, don Pedro parecía haber suavizado mucho sus posturas. Se había mostrado casi cordial con los emisarios y, sin mucho tira y afloja, había convenido con ellos celebrar unas vistas en la aldea de Tejadillo, entre Toro y Morales.

Benavent asentía mientras escuchaba. Los congregados se hacían lenguas sobre los detalles acordados para las vistas, pero, no sin cierta diversión por parte del viajero de Alejandría, parecían dar casi más importancia a un suceso ocurrido durante la estancia de los enviados rebeldes en Toro. Por una disputa sobre quién habría de alojarlos, Alfonso Jufre Tenorio y otro señor se habían enzarzado a cuchilladas en mitad de la calle, arrastrando a parientes y amigos a una refriega multitudinaria que se saldó con algunos muertos. Los hermanos Tenorio habían huido luego de Toro, por temor al castigo del rey, que había desposeído a uno de ellos, Juan —hasta entonces hombre de gran confianza—, de todos sus oficios.

Lo que hacía importante ese incidente, a ojos de los toledanos, era que Alfonso Jufre Tenorio fue alguacil mayor de la ciudad hasta la revuelta y, de hecho, era uno de aquellos que fueron presos y luego prefirieron abandonar la ciudad, antes que unirse a los rebeldes. Irónico era, se comentaba entre sonrisas, que un ajuste de cuentas con un viejo enemigo le hubiera enviado, a la postre, al mismo bando que sus conciudadanos.

—En fin —zanjó el mismo bueno de antes, el barbudo de las ropas de brocados—, no deja de ser una cuestión menor.

Ahora, lo que importa, es ver si la buena disposición de don Pedro es cierta.

—No le queda más remedio que negociar. Está acorralado, todos le han abandonado y a duras penas puede mantenerse en Toro. —Ajofrín esbozó una sonrisa blanda.

—Esa no es forma de hablar del rey —le reprendió con dureza Rollán.

—Convengo en que no es decoroso hablar así, en público, de su alteza —cortó rápido el hombre bueno, quizá temiendo que estallase pendencia entre esos dos—. En cuanto a que esté acorralado... puede que sea eso lo que deba preocuparnos. Dado que el rey está en mala situación, esto puede ser una maniobra de dilación. Que acepte negociar no para ceder, sino para ganar tiempo y encontrar una salida al atolladero en el que se halla.

—Eso es poner en tela de juicio las intenciones... —había comenzado Rollán, pero el comerciante le cortó.

—Hijo —replicó con amabilidad—. Yo no pongo en tela de juicio nada. Pero los reyes sólo se obligan con ellos mismos y no deja de llamarme la atención que, tras tanta obstinación en no ceder un paso, se avenga ahora, y de repente, a unas vistas en

igualdad de condiciones.

—Eso es ser mal pensado.

—Cauto, lo llamaría yo.

La discusión entre aquellos dos se mantenía en tono amable. Rollán deseaba de manera ferviente la reconciliación de Toledo con el rey y, sin duda, otro tanto le ocurría al viejo menestral, aunque quizás a este último le movía más la prudencia que el corazón, como era el caso del primero. En el caso de algunos otros, resultaba más difícil calibrar qué buscaban y cuáles eran sus verdaderas intenciones. Tiempo después, ya instalado en Sevilla, Hug Benavent de Alejandría, al hablar de aquellos días que vivió de primera mano en Toledo, habría de comparar la situación con los estrechos peligrosos, llenos de corrientes, vientos y reflujos de la marea, que zarandean a los bajeles poco advertidos.

Los partidarios del rey se mantenían en sus casas, a la espera. Mudéjares y judíos igual, en sus respectivos barrios y, en el caso de los segundos, se rumoreaba que estaban acumulando gran número de armas; no para dar ningún contragolpe a favor del rey, sino como simple precaución, ya que varias juderías castellanas habían sido asaltadas en los últimos tiempos. Los partidarios más ardientes de doña Blanca pugnaban por apuntalar su victoria, en tanto que los vasallos de los grandes nobles procuraban torcer la situación en provecho de sus señores, mientras menestrales y mercaderes instaban a una salida pacífica... Todo un reflejo de las luchas de poder entre la nobleza tradicional de Castilla y las nuevas clases urbanas.

Ya bastantes tensiones habían surgido a raíz de la entrada del maestre don Fadrique en la ciudad, so pretexto de reforzar las defensas. Máxime cuando sus hombres habían aprovechado la situación para saquear las casas de don Samuel Levi, tesorero mayor del rey. Levi había repartido dinero a manos llenas entre la comunidad judía de Toledo, pagando de su propia bolsa sinagogas y servicios públicos; por lo que los hebreos, ya de por sí fieles a don Pedro —otro de sus benefactores—, habían expresado su disgusto y temor ante ese expolio, y otro tanto habían hecho los partidarios del rey en la ciudad.

Tras el saqueo, habían aumentado los rumores sobre la entrada de armas en la Judería, así como sobre que los notables hebreos se reunían a escondidas con los caballeros de don Pedro. Más de una discusión agria había habido, entre las distintas facciones toledanas, acerca de la oportunidad o no de tomar alguna medida al respecto.

Por suerte, la toma de Medina del Campo, con la euforia desatada, había aliviado las tensiones entre los distintos bandos. Las grandes riquezas descubiertas en las casas de Levi fueron mostradas al pueblo, como prueba de la rapacidad del tesorero mayor. Una gran suma, a la que la propia reina Blanca añadió cuanto oro pudo reunir de sus cofres, para crear un tesoro con el que financiar los gastos de la guerra. De esa forma, el expolio se había transformado en justa requisa, el maestre había partido con él hacia el norte, y los ánimos se habían aplacado un tanto, aunque no del todo.

- ¿Cuándo serán esas vistas? —se interesó Benavent.  
—Se han fijado para el día 12 de noviembre.  
—No queda nada.



Mientras paseaba entre rastrojos, ya ennegrecidos por las primeras heladas, Juan de Henestrosa no podía por menos que volver cada cierto tiempo la cabeza y agitarla, complacido ante la solidez de la plaza a la que había enviado el rey a su sobrina. Iba paseando con ésta por los campos, sin rumbo fijo. María de su brazo, cubierta con manto grueso y capucha, pues soplaban viento frío del norte, a ráfagas sobre las llanuras, doblgando las copas de los árboles y las matas. Henestrosa aún vestido con ropas de viaje y piezas de armadura, porque bien pudiera haberse topado con partidarios de doña Blanca por el camino, con el consiguiente riesgo de choque armado.

Unos pocos jinetes les escoltaban, pero ahora se mantenían a distancia prudente, sujetando las riendas del corcel y la mula. El consejero real había insistido en salir de Urueña y dar una caminata por los campos para pasear tranquilos, conversar seguros y también, en sus palabras, porque «el aire libre es bueno para la salud, digan lo que digan algunos físicos. Las personas son como las plantas: aunque el exceso de sol las agosta, su falta las marchita».

Si había un lugar en la Corona de Castilla donde la noticia de la próxima entrevista entre el rey y los señores rebeldes no había causado sino inquietudes, ése era la villa de Urueña. Don Pedro había instalado allí a su amante e hijas, ya que, temiendo cada día más por su seguridad, recelaba de la lealtad de todos y Urueña, al sur de Tordehumos, era una población pequeña y bien fortificada. Sobre un cerro, con muros poderosos y dos puertas fáciles de guardar, era casi inconquistable por asalto o sorpresa, y una guarnición pequeña podía defenderla durante meses.

Hasta allí se había desplazado María, siempre dócil a los designios de Pedro, para instalarse guardada por hombres de confianza. Fue allí donde supo de las vistas concertadas cerca de Toro. Y hasta allí, para hablar con ella, viajó Juan de Henestrosa con sólo unos cuantos escoltas, en una cabalgata rápida a través de territorios para él peligrosos, ya que tuvo que pasar cerca de Morales, donde acampaban los hermanastros del rey, que casi hubieran dado un brazo con tal de echarle mano.

—Pedro está acorralado. Entiendo que tenga que negociar. —Ella hablaba con resignación.

—Ha de negociar, cierto.

—No puede hacer otra cosa. Pero ¿qué va a ser de mí y mis hijas? Los señores exigen no sólo que vuelva con doña Blanca, sino que a mí me destierren. Y tengo

miedo de lo que pueda ocurrir después.

—¿? —Henestrosa la miró como el que no comprende lo que le dicen.

—Una vez lejos de Castilla, puede ocurrir cualquier cosa. ¿Cuántos han muerto en el destierro sin que se llegase a saber si fue de alguna dolencia o por veneno? Mis hijas lo son también del rey y los habrá que consideren que pueden ser una fuente futura de conflictos...

—No lo entiendes, María: nadie va a exiliarte. —La sonrisa de su tío era a un tiempo tierna y fiera—. El rey está acorralado, sí. Pero eso sólo implica que no puede recurrir a la fuerza armada, al menos por ahora.

—Ahora soy yo la que no entiende. —Se arrebujo en el manto, haciendo crepitar los damascos, porque el viento arreciaba.

—Alburquerque, al que Dios haya perdonado, forjó una alianza en la que se mezclan magnates, arribistas, soñadores. Una amalgama difícil pero que, de momento, se sostiene fuerte. A don Pedro no le queda casi nadie de su lado y, desde luego, no puede ni soñar con dar batalla abierta. Tiene que recurrir a otras tácticas. Aprovechar que todos le dan ya por vencido y creen que no le queda otro remedio que hacer concesiones.

—Entre ellas, que yo sea expulsada de Castilla.

—Aceptar las vistas ha sido para don Pedro como tragar hiel. Tú le conoces mejor que nadie, así que puedes imaginar cómo se siente. —Volvió de nuevo la mirada a la villa fortificada, sobre cuyas torres ondeaban los pendones reales—. Pero descuida, que no es una claudicación, sino un ardid de guerra. Se trata de ganar tiempo, eso es todo, y no tiene intención alguna de sacrificarte ni a ti ni a vuestras hijas.

—¿Seguro? —María giró hacia él la cabeza encapuchada.

—¿Crees que te engañaría en esto? Las vistas son una maniobra. Yo mismo le aconsejé fingir cordialidad. Don Pedro cree, y en eso le doy la razón, que no puede ceder ante exigencias hechas a punta de lanza. Si se doblega, quedará en situación de gran debilidad, y sentará un precedente que le pesará en el futuro como grilletas de hierro.

—Pero los rebeldes reaccionarán aún con más furia, no bien adviertan que todo es una treta.

—Al menos, ganaremos tiempo. —Sonrió, ahora sombrío—. Tiempo es lo que necesitamos.

Se detuvo, las manos a la espalda, el sobremanto de viaje aleteando, para evaluar desde aquel ángulo la fortaleza imbatible de Urueña, sobre una loma larga, con sus murallas y bastiones que encerraban a la población entera.

—Alburquerque consiguió esa amalgama difícil de la que te hablaba; pero él ya no está. Son como la pólvora: una suma de elementos, de fuerza terrible, pero muy inestable. A cada cual le guía un motivo. Las ciudades son las más intratables porque desean sosiego, herederos, un trono fuerte que ponga freno a los señores, y por eso se han sublevado por la reina. Pero a los señores, y a no pocos caballeros, no les mueve

más que la ambición. Buscan prebendas y desconfían unos de otros. Tenemos que usar su codicia en nuestro provecho. Si lográsemos atraer a unos cuantos, otros muchos volverían junto al rey, aunque sólo fuese por miedo a quedarse en el bando perdedor. Por eso mismo nos abandonaron en su momento.

—¿Y si esa alianza se mantiene fuerte?

—Don Pedro no va a ceder a ninguna de las tres condiciones de los blancos. Aún nos quedan un par de flechas en la aljaba, sobrina, y ellos no lo saben. Todo es cuestión de reservarlas para el momento adecuado.



Fueron tantas las hazañas atribuidas a Alvar Osorio y los hermanos De la Plata en aquellos pagos, que se convirtieron en uno de esos pequeños mitos locales que, durante tres o cuatro generaciones, andan en boca de todos y en las coplas de la tierra, antes de comenzar a difuminarse y desaparecer. Por eso, cuando la época ya hubo pasado, ellos aún seguían frescos en la memoria de la gente. Se decía que en su día echaron una mano al caballero Alvar de Castro, cuando huía de los alguaciles reales, que le perseguían para degollarle. También que, como eran de natural audaz y dados a tomarse la rida a la ligera, arriesgaron ésta para presenciar a escondidas aquellas famosas vistas de Tejadillos entre el rey don Pedro y los señores rebeldes.

El reino entero contuvo el aliento durante esos días, en espera del resultado del encuentro. Las negociaciones previas habían sido arduas, se acordó celebrarlas en Tejadillos, una aldea insignificante, a medio camino entre Toro y Morales, y hasta el último pormenor se discutió, sin dejar un solo fleco suelto. De creer a lo que había trascendido, acudirían cincuenta caballeros por cada parte, con armaduras y espadas, pero sin escudos, lanzas ni cascos. El propio don Pedro iría a la cabeza de sus parciales y a la de los de la reina don Fernando de Aragon. Sólo ellos dos estarían asistidos por un doncel a caballo cada uno, que les llevaría lanza y yelmo, en atención a su rango.

Algunos lugareños pudieron presenciar el encuentro de lejos, desde lugares altos o subidos a los árboles. Pero eso no era suficiente para Osorio y los hermanos de la Plata quienes, dispuestos a llegar más cerca que nadie, se deslizaron como culebras por entre las matas, lo que daría lugar, años después, a la leyenda, algo exagerada, de que casi se habían metido entre las patas de los caballos. Tumbados en el suelo, sin cuidar del frío y la humedad, porque el otoño era ya bien entrado, los tres pudieron así observar, ocultos, cómo las dos cincuentenas de notables castellanos se acercaban con los caballos al paso. Y, aunque dados a tomarse las cosas a la ligera, no por eso dejaron de sentirse impresionados, pues pocas veces podía un hidalgo de campo ver a tanto poderoso junto.

Unos y otros cabalgaban de armadura, según lo acordado, sobre corceles de



gualdrapas de ricos bordados. Las sobrevestas formaban un mosaico de bermejos, ocre, azules, verdes, salpicado por blancos con las cruces rojas de Santiago y negras de Calatrava. En cuanto a blasones, un experto podría haber señalado allí los de muchos grandes linajes, tanto de Castilla como de Aragón.

El invierno comenzaba a asomar por aquellas tierras. El día era claro y frío, las copas de los árboles se mecían entre murmullo de hojas y las vestas de los jinetes ondeaban a la caricia del viento. Los dos grupos, llegados a distancia prudencial, refrenaron sus monturas hasta detenerse, en un alarde de hierros, cueros, telas nobles de colores ricos.

—Anda. Pero si está ahí el amigo Alfonso de Lira. —Alvar Osorio se echó a reír muy por lo bajo, al divisar a aquel caballero gallego que anduviese por la comarca—. ¡Cómo ha progresado!

—Le habrá ido bien a la sombra de Alvar de Castro. Por cierto, ahí está también. —Alfonso de la Plata señaló por entre las ramas del matorral—. Ha vuelto a Castilla, con los enemigos del rey. Supongo que con ganas de venganza.

Juan de la Plata siseó como una víbora, temiendo que los cuchicheos llegasen a oídos de alguien, pues así de cerca estaban. Los de ambos bandos habían desmontando para cubrir parte de la distancia que les separaban y luego, a sólo unos pasos ya, los cincuenta de la reina doblaron la rodilla ante don Pedro, el primero de todos el infante don Fernando, entre rumor a roce de hierro y telas. Tras esa formalidad, de los del rey se destacó un hombre fuerte al que Juan de la Plata reconoció por su blasón como Gutier Fernández de Toledo, repostero mayor y uno de los apoyos más sólidos del monarca.

Por mucho que después se dijese, no estaban tan próximos como para poder oír el discurso del caballero. Los golpes de viento les acercaban unas pocas palabras, para luego rolar y escamotearles las siguientes, de forma que era arduo seguir el discurso. Pero, por el tono, gestos y algunas frases sueltas, les fue fácil colegir que hablaba por el rey, con un discurso entre altivo y apaciguador. Más tarde, al contrastar lo que cada uno creyó oír, llegarían a la conclusión de que el oficial había echado en cara a los rebeldes su actitud, antes de prometerles, en nombre del rey, el perdón si deponían las armas.

El portavoz real, tras su alocución, se giró sobre los talones y, con gran ceremonia de gestos, pareció solicitar la aprobación de su señor a tales palabras. Este, sobreveste roja con las armas reales bordadas, el gesto pétreo, el almófar retirado, cofia de cuero sencilla sobre la cabeza, asintió. Gutier Fernández de Toledo regresó entonces junto a los del rey, que se agrupaban a ambos lados y tras de él.

Luego se destacó un caballero de las filas rebeldes, éste de veste ocre y aspecto digno, para adelantarse con pasos lentos y medidos, como si caminase por los salones de un palacio.

—Ese es Fernando de Ayala —susurró Juan de la Plata.

Ayala el Viejo, como le llamaban, al parecer designado portavoz de los rebeldes,

debió lanzar una proclama igual de resonante. El viento seguía llevándoles frases al azar y, por ellas, entendieron que el noble alavés estaba exponiendo las demandas de los partidarios de la reina, a la vez que insistía en la lealtad de todos los presentes a don Pedro. Al hilo de eso, volvía sobre la vieja excusa de que su revuelta se debía al deseo de servir bien a ese mismo rey al que combatían.

Finalizado su discurso, se giró a su vez, como hiciera el vocero real, para pedir la anuencia de los suyos. La recibió en forma de un rugido unánime de aprobación, que sacudió las filas rebeldes y llegó nítido a los tres hidalgos ocultos entre las matas.

Todos aquellos gestos debían estar pactados de antemano, ya que, no bien hubo regresado Ayala junto a los suyos, fue el mismo soberano quien se adelantó unos pasos, para hacerse oír con claridad y sin intermediarios. El aire le agitaba la veste roja y, por lo que llegaron a oír los espías, afirmó estar dispuesto a designar a cuatro delegados, para negociar con los partidarios de doña Blanca.

Luego, él también regresó con los suyos. Y ahí acabó todo. Los cincuenta rebeldes doblaron de nuevo la rodilla, en homenaje al rey, y ambos bandos retrocedieron hasta sus respectivos caballos. Montaron y unos se volvieron a Toro y otros a Morales. No bien los vieron lo bastante lejos, Osorio y los hermanos De la Plata abandonaron su escondrijo, ufanos de la hazaña y contentos de que, a tenor de lo escuchado, el rey estuviese dispuesto a considerar las condiciones de los blancos, y a abrir puertas por fin a una solución.

El cielo de nubes negras parecía hervir, anunciando tormenta y, pese a ser casi mediodía, la luz era menguada y triste, al punto de que más parecía el ocaso; señales todas que hicieron que los medrosos se santiguasen, tomándolas por avisos del Cielo. Se había levantado además viento que hacía chasquear los pendones en sus mástiles y alborotaba las ropas de aquellos que se habían acercado hasta las almenas para contemplar, entre atónitos y alarmados, al gran ejército que desfilaba ante los muros de Toro.

El suelo retemblaba bajo los cascos de los caballos y las botas de los soldados. Todas las fuerzas de la gran coalición de los blancos, hasta entonces acantonadas en distintas poblaciones, pasaban ahora juntas ante las murallas de Toro, en una demostración de número y fuerza. La ilusión de un acuerdo había sido flor de veranillo: brotada con rapidez, en estallido de color, para marchitarse al primer soplo helado. Porque, según iban pasando los días, sin que el rey designase a sus cuatro portavoces, hasta en los más confiados fue cuajando la certeza de que todo no era sino una argucia; maniobras para ganar tiempo. En un consejo largo, áspero y tumultuoso, los señores y los representantes de las ciudades, así como Cabeza de Vaca, en nombre de la hueste del finado Alburquerque, acordaron levantar los campamentos y no fiar de las promesas de don Pedro. Pesó en todos —hasta en los más pacíficos—, la decepción, la escasez de víveres y, aunque nadie lo reconociese en voz alta, el temor a que los demás estuviesen negociando en secreto con don Pedro para mudar de bando a cambio de prebendas.

Aquella misma mañana, las patrullas de los caminos habían vuelto al galope para anunciar que todo el ejército blanco avanzaba contra Toro. Un aviso que no sorprendió a nadie, ya que las distintas huestes se habían ido concentrando en Morales. Los alcaldes mandaron cerrar y atrancar las puertas, entre toques a rebato desde todas las espadañas, mientras redoblaban atabales y hacían ondear los pendones de la villa, llamando a armas a la milicia.

El mismo rey había hecho acto de presencia en los adarves, con armadura y veste roja, almófar y encima la corona, y una partesana en la mano, como si estuviese dispuesto a combatir él mismo, de ser preciso. Le rodeaban guardas reales, ballesteros de maza y hombres de su cámara, armados hasta los dientes. No contaba allí don Pedro sino con unos pocos cientos de hombres, aparte de la milicia de Toro; pero, para estupor de todos, el gran ejército de los blancos, en vez de atacar aquellas murallas mal guarnecidas, se limitó a pasar de largo. Más parecía parada que

despliegue de batalla, los caballeros y peones con sus mejores galas y los pendones ondeando mientras desfilaban ante la villa, por el camino de Zamora.

En vez de atacar Toro, los blancos habían decidido ir a Zamora, en busca de viandas para su gran fuerza, formada por más de cinco mil hombres. No faltaron los que, al ver cómo la villa se salvaba de un asalto que daban ya por hecho, corrieran a las iglesias e incluso cayesen de rodillas en las plazas, gritando milagro y dando gracias a Dios. Pero otros, más avisados, no vieron en todo sino un aplazamiento y el aviso de tiempos quizás aún más difíciles. Esa era la opinión, por ejemplo, del portugués Martín Alfonso Tello, y así se lo manifestó a doña María de Portugal.

La reina madre, como tantos otros, había subido a las almenas al saber que todo el ejército rebelde estaba pasando ante los muros. Envuelta en un manto grueso para protegerse del frío y el viento, contemplaba pensativa el paso de las huestes, recordando cómo los rebeldes, mediante misivas secretas, le habían reiterado una y otra vez que eran reacios a ser ellos los que iniciasen combate contra el rey, al que seguían respetando como señor natural. Quizás esa reverencia a la figura real era lo que había salvado a su hijo y a Toro, ese día, dado lo escaso y desmoralizado de los partidarios realistas.

Los de los adarves contemplaban atónitos el flujo interminable de jinetes y caballeros a la castellana, lanceros, arqueros, ballesteros, maceros, espadados. Gran espanto causó a los espectadores el paso de la hueste negra que, por honrar la memoria de Alburquerque, abría esa marcha. Los vasallos del muerto, vestidos todos de negro y armados hasta los dientes, llevaban los restos del viejo canciller sobre andas de paños negros con bordados de oro. Todas las telas en aquella hueste — sobrevestas, gualdrapas— eran negras, e incluso los blasones de los escudos habían sido pintados bocabajo, como en los torneos funerarios, de forma que la imagen de esa fuerza enlutada, desfilando tras las andas, bajo aquel cielo de nubes hirvientes, estremecía incluso a los más templados.

Pero, mientras todos tenían los ojos sobre el alarde de compañías de armas en el camino, María de Portugal fue a poner los suyos en su hijo que, asomado a las almenas, seguía atento el paso de los rebeldes. Y, aunque mantenía la compostura, doña María supo leer, gracias a signos minúsculos, el odio que rezumaba ante la visión de ese ejército enorme que, capitaneado por un cadáver sobre andas negras, desfilaba ante él, en desafío, bajo el estandarte de su esposa.

Un odio perceptible en el mirar, en su forma de apoyarse en las defensas de piedra, en los frunces de la boca; tan ciego que María —que sabía mucho de odios— se sintió enferma, segura ya de que su hijo no daría el brazo a torcer, y de que no había posibilidad alguna de arreglo. Apoyó la mano sobre el antebrazo de Martín Alfonso Tello, que estaba junto a ella, con loriga bajo el manto y la espada ceñida, para rogarle que la llevase de vuelta al alcázar.

Ya en sus aposentos, se tomó su tiempo para reflexionar sobre lo ocurrido y visto, y también sobre qué hacer; pero, antes de que pudiese llegar a conclusión alguna, otra

vez los acontecimientos se le anticiparon. Estaba en compañía de una de sus damas; tocaba ésta el laúd y las dos estaban cantando, pues María de Portugal tenía voz hermosa y cultivada, y amaba los romances, cuando la interrumpió Martín Alfonso Tello. Ella, sabiendo que el caballero no la molestaría sin un buen motivo, despidió a la dama y él, por su parte, fue directo a las nuevas.

—Vuestro hijo, señora, se ha marchado de Toro.

—¿Qué estás diciendo?

—Acaba de marcharse y, por la dirección que ha tomado, se dirige a Urueña.

María le observó largos instantes, antes de asentir cansada. Urueña, la villa fortificada en la que se refugiaban la concubina e hijas de Pedro, a poco más de seis leguas de Toro.

—Ya nada me sorprende. ¿Se ha llevado muchos hombres?

—Apenas un centenar de a caballo, entre jinetes y a la castellana.

—Querrá viajar rápido. Pero, aun así, no creo que llegue a Urueña antes de que sea noche cerrada. —Se lo pensó un momento—. Y se ha ido sin disimulo, ¿verdad? Muy propio de mi hijo. Así que ya lo sabe todo Toro, y los rebeldes no tardarán tampoco en enterarse. ¿Qué noticias tenemos de ellos?

—Que han acampado en Conteros.

María inclinó la cabeza, tratando de pensar. Conteros: una aldea situada al oeste de Toro, a muy escasa distancia.

—Es hora de actuar. Que me traigan papel, cálamo y tinta: voy a escribir una carta. Busca un mensajero de toda confianza, para llevar un mensaje al conde Enrique.

Martín Alfonso Tello asintió, antes de preguntar.

—Si se me permite, ¿qué planeáis?

—Es hora de hablar con los nobles, antes de que se pierda todo. Mi hijo va a seguir dando palos de ciego, a diestro y siniestro, hasta conseguir que no le respalde ni su propia sombra. —Suspiró—. Con esta nueva espantada, yendo a refugiarse en las faldas de su amante, no cosechará sino más deserciones. Si los blancos dan ahora la vuelta, dudo que nadie esté dispuesto a defender Toro en nombre del rey; así que es mejor invitarlos a venir que no verlos entrar como conquistadores.



Pese a todos los vaivenes que sufrió en esos pocos años vividos junto a don Pedro, María de Padilla no podía —ni podría en el futuro— recordar días más angustiosos que los que pasaron juntos en la villa de Urueña. El rey había llegado de noche, con un centenar escaso de a caballo, poco menos que fugitivo de Toro, en tal estado de ánimo que María, que lo conocía mejor que nadie, se lo llevó casi del brazo a sus

estancias privadas, so pretexto de que debía descansar.

A esa noche, le sucedieron jornadas terribles de espera, de otear desde lo alto, temiendo ver aparecer en cualquier momento a un ejército enemigo. Urueña era una villa bien fortificada, pero sólo contaban con los guardas de la propia María, además de con los cien de Pedro, a los que se podía considerar toda la hueste que le quedaba en esos momentos al rey de Castilla. Los magnates y las ciudades militaban bajo las banderas de la reina Blanca y reinos enteros, como los de Toledo o Jaén, estaban en armas por ella. Sólo algunas grandes ciudades, como Valladolid, Burgos, Segovia o Sevilla, seguían leales al monarca; pero era quimera el pensar que pudiese llegarles ayuda militar de ninguna de ellas.

En esos días aciagos, María no sólo hubo de sufrir la angustia, sino también esconderla. Al temor por el futuro de sus hijas se unía el tener casi otro niño que cuidar; porque Pedro basculaba entre ataques de rabia incontrolada y un desespero negro del que ella tenía que esforzarse por sacarlo. Así que, quizá por suerte, la incertidumbre duró poco, ya que hasta Urueña llegó una delegación encabezada por dos Caballeros, portadora de novedades. La misma reina madre militaba ahora de forma activa por su nuera; puesto que, tras partir su hijo de Toro, invitó a los rebeldes a volver sobre sus pasos y entrar en la villa; de forma que esa población, de casi último reducto real había pasado a sede de los rebeldes. Allí estaban ahora Leonor de Aragón, Isabel de Meneses, viuda de Alburquerque, y Juana Manuela, esposa del conde Enrique. No se le escapaba a nadie que María de Portugal y Leonor de Aragón — esposa y hermana, respectivamente, del anterior rey de Castilla— prestaban aún más legitimidad a los rebeldes, que ahora actuaban en su nombre, además de en el de doña Blanca.

Junto con esas nuevas calamitosa, portaban cartas de las dos reinas, con ofertas de paz en las que no habían, al menos, aumentado las exigencias. Rogaban al rey que se dignase acudir a Toro, donde le esperaban los magnates, las reinas y los representantes de la liga de ciudades para negociar, en persona, lo hablado en Tejadillo.

El consejo que se celebró ese mismo día en el castillo de Urueña mal podría llamarse de Estado, ya que fue sin ceremonia alguna, y no pasó de ser una reunión entre el rey y los escasos oficiales que aún seguían a su lado. La sala era oscura, fría, sin grandes adornos; se notaban las ausencias y el rey, conteniendo la cólera, mandó que se leyesen en alto las cartas rebeldes. El propio Juan de Henestrosa así lo hizo y, cuando acabó, don Pedro, que ocupaba un simple escaño —fiel a su desprecio por lujos y detalles—, se quedó en silencio tanto rato que los presentes acabaron por inquietarse. Al cabo, Juan de Henestrosa rompió el protocolo, al pronunciarse sin ser invitado a ello por el monarca.

—Eso era todo, señor. ¿Deseáis nuestra opinión al respecto?

Como si esas palabras fuesen un aguijón, el rey se levantó de golpe para dar paseos por aquella estancia, alumbrada con velas y candiles. Se movía con tanto nervio que

su manto verde, con bordados en plata de leones, águilas y castillos, ondeaba a cada paso.

—Sí: decidme qué pensáis de todo esto. —Le costaba, casi como si se atragantase con las palabras.

Y ahí comenzó una discusión tan larga como ardorosa, aunque casi todos parecían de acuerdo en que el rey no debía acudir a Toro. Él observaba con sus ojos grises a los oficiales de su Casa, según cada cual exponía sus razones, aunque tenía más en la cabeza una conversación con María, habida sólo un rato antes.

Ella lo había encontrado en lo alto de una de las torres, agarrado a las almenas, el cabello rubio suelto, presa de uno de sus ataques de ira. Cuando le preguntó, él le explicó el contenido de las cartas, casi tartamudeando de rabia. De haberse dejado llevar por su temperamento, hubiese hecho expulsar de Urueña a los mensajeros, o incluso cortarles las cabezas. María, como en tantas otras ocasiones, le hizo sosegar y comprender que no podía sumar a la lista de agravios el asesinato de enviados y empeorar más una situación ya desesperada.

—¿Peor? ¿Cómo podríamos estar aún peor? —había rezongado él con amargura.

—Siempre se puede estar peor. Seguimos vivos y libres.

—Libres... —Pedro medía a grandes zancadas la torre, bajo cielos negros de tormenta—. Ésa es otra. Si aceptase ir a Toro, ¿qué sería de ti y de las niñas?

—Piensa en ellas. Negocia, ahora que todavía es posible. A mí quieren desterrarme y a nuestras hijas no les tocarán un pelo. Pero, si se presentan aquí con un ejército, ¿quién sabe lo que harán?

—No se atreverán a atacarme.

—Puede que no siempre se comporten como en Toro. Además, algún día tendrás que salir de Urueña. Te irás, nosotras nos quedaremos aquí y, entonces, quizá vengan con todo su ejército. Tienen miles de hombres, ingenios, truenos...

Así fue como el rey don Pedro acudió a consejo, abierto a presentarse en Toro, aunque la idea le quemase como hierro al rojo. Sus oficiales desaconsejaban tal acción, con razones que eran iguales en boca de todos: acudir era claudicar, mostrar debilidad ante el reino, ponerse a la merced de los nobles rebeldes. Don Pedro asentía, casi aburrido, intrigado por la actitud de Juan de Henestrosa, que no había despegado los labios. El consejero sólo habló cuando todos acabaron, tras pedir la venia del rey.

—Mi opinión, alteza, no puede ser más distinta a las expresadas hasta ahora —habló despacio, mientras los demás oficiales le miraban ceñudos o perplejos, según el caso—. Creo que lo mejor que podéis hacer es llegaros a Toro sin pérdida de tiempo. Confiar en que la influencia de vuestra madre os ayude a conseguir algún tipo de acuerdo con los ricoshombres rebeldes, que son el verdadero peligro.

—¡Qué locura...! —saltó Diego de Padilla.

Un gesto seco del rey le hizo callar y Henestrosa, por su parte, con una mirada de exasperación a su sobrino, se quitó el gorro cilíndrico para pasarse los dedos por el cabello negro y espeso, en un gesto nada cortesano.

—No quiero que se me entienda mal. Estoy de acuerdo en que presentarse en Toro es exponerse a un gran peligro.

—¿Entonces?

—No hay otra salida, alteza. El bloque de los rebeldes no muestra fisuras y el tiempo se acaba. La invitación a negociar en Toro puede ser una trampa; pero creedme que, si no la aceptáis, bien puede ser que pongáis en peligro vuestra propia corona. —Con un ademán, cortó los murmullos que asomaban a los labios de varios de los presentes—. La corona, sí. La mayor parte del reino está en poder de los blancos y he de recordaros que su jefe es ahora vuestro primo, don Fernando de Aragón.

—¿Y?

—Puesto que todavía no tenéis hijos legítimos, don Fernando es el heredero directo al trono de Castilla. Los señores son ahora muy fuertes y gozan de legitimidad ante el pueblo, ya que dicen luchar por doña Blanca. Si no vais a Toro, temo que celebren un consejo y, con el apoyo de las ciudades sublevadas, proclamen rey a don Fernando. Y, si eso ocurre, la cosa ya no tendrá remedio.

Esas palabras no desataron la cólera del rey, como Henestrosa había temido. Por el contrario, se quedó inmóvil en su escaño, codos sobre los muslos y la cabeza ladeada.

—¿Se atreverían a tanto?

—Yo así lo creo. Están muy crecidos y dispuestos a todo. Con don Fernando de rey, obtendrían muchas mercedes; porque a vuestro primo no le saldría gratis el trono.

—¿Qué sugieres que haga?

—Id a Toro, acompañado de algunos oficiales. El resto ha de quedarse aquí, sobre todo los de la cancillería, despachando los asuntos del reino, que no deben detenerse.

Don Pedro volvió a guardar silencio largo rato, observando a su privado al parpadeo de las velas y los candiles.

—¿Me acompañarías tú?

—Por supuesto, señor.

El rey se volvió entonces, con la misma pregunta, a Gutier Fernández de Aragón, que se puso en pie para responder.

—Si lo mandáis, iré. Si es por mi voluntad, no —manifestó, con gesto sobrio—. Si me presento en Toro, puedo darme por muerto. Os recuerdo, alteza, que yo era alcaide del alcázar de Talavera cuando vuestra madre mandó matar allí a doña Leonor de Guzmán. Ahora, sus hijos y vuestra madre son aliados. Ironías de la política. Pero a mí, no bien pise Toro, don Enrique o don Fadrique me mandarían degollar por aquello.

El rey puso entonces los ojos en Diego de Padilla, que se levantó a su vez, envuelto en su hábito de Calatrava.

—Yo tampoco iré, alteza, a no ser que me lo mandéis. En Toro está Pedro



Carpentero, que se ha proclamado a sí mismo maestro de Calatrava. Yo mandé matar a su tío en el castillo de Maqueda y más de una vez, ante testigos, ha jurado arrancarme con sus manos el corazón, si es que logra ponérmelas encima. Si voy a Toro, muerto también soy.

Don Pedro se encaró entonces de nuevo con Henestrosa.

—Ya los oyes, don Juan. Supongo que tienen razón. Medita bien lo que te pido, porque te juegas la cabeza aún más que el resto y yo no voy a exigirte tanto.

Henestrosa, al que algunos consideraban el genio malo del monarca, se encogió de hombros, con ese aire bravucón que tan popular le hacía entre la gente de armas.

—No hay nada que pensar, señor. Iré. No penséis, ni por un momento, que Juan de Henestrosa está dispuesto a abandonaros en los malos trances, y menos habiendo riesgo de muerte.



Al día siguiente, el rey don Pedro desanduvo las pocas leguas que separaban Urueña de Toro y, por consejo de Henestrosa, lo hizo con escolta modesta, semejante a la que empleaba en esos desplazamientos rápidos con los que había ido de un lado a otro del reino, durante ese lustro agitado que llevaba ciñendo corona. Partió con ciento de a mula, aceptando el consejo de no hacer alardes guerreros y sí presentarse como monarca que acude confiado a lugar seguro. Con él, además de Henestrosa, se habían prestado a la aventura el tesorero Samuel Levi y el canciller Fernando de Valladolid, dispuestos a correr su suerte con el rey.

Al poco de salir, don Pedro había azuzado su mula, y tras él sus tres oficiales mayores, de forma que dejaron atrás a sus acompañantes. Y así los cuatro, a buen paso, al remontar una cuesta, fueron los primeros en divisar los muros de Toro. El rey descabalgó un instante, para estirar las piernas y reflexionar. El cielo estaba cubierto de nubes negras y relampagueaba sobre la campiña, aunque se resistía a llover.

Vestía el rey manto bermejo y se tocaba con un sombrero con una larga pluma. Sus acompañantes no ceñían sino espadas. El viento les agitaba las capas y, en esa tesitura, Samuel Levi, tocado con gorro cónico de grandes carrilleras, se permitió dirigir unas palabras a don Pedro.

—Alteza. Quedémonos aquí, a esperar a los demás, porque tenemos ya a la vista Toro y debéis llegar con la dignidad adecuada, acompañado de todos los vuestros.

Don Pedro asintió, los ojos clavados en las murallas lejanas. Cayó un rayo y el trueno retumbó sobre los campos. Levi añadió:

—Señor. Dios sabe qué nos espera en Toro y, antes de que lleguen los demás, me voy a atrever a pedirlos dos favores.

El rey, con los brazos cruzados sobre el pecho, los picos del manto aleteando por

la fuerza del viento, pareció volver de muy lejos.

—Tú dirás, amigo.

—Ante todo, señor, rogaros que, pase lo que pase en Toro, recordéis que sois el rey. Como consejero vuestro, que os quiere bien, os ruego que no os dejéis arrastrar por la ira y que, en todo momento, mantengáis la compostura. Tomad ejemplo del rey don Pedro de Aragón, que sabe hasta qué punto la majestad eleva a los reyes sobre los demás hombres. No contáis ahora con muchos soldados, ni con grandes apoyos, pero seguís siendo el rey de Castilla y eso vale más que cien huestes.

Don Pedro, el manto rojo chasqueando, observó de hito en hito a aquel hebreo de aspecto envejecido y ropas lujosas, antes de asentir despacio.

—Te doy mi palabra de que así será.

—Lo segundo que quiero pedir os es que, puesto que no sabemos qué harán con nosotros los rebeldes, permitas ahora a éste, que siempre procuró servir os bien, besar os las manos.

El rey, tomado por sorpresa, le tendió la mano derecha, y su oficial se inclinó para tomarla entre las suyas y besarla con reverencia.

Entonces Henestrosa, y luego el canciller Valladolid, que ya sirviera a Alfonso XI, se adelantaron también a besar la mano del rey. Tras eso, viendo que ya les alcanzaban los ciento de a mula, subieron a sus propias caballerías para ponerse a la cabeza de la columna y cubrir el tramo que les restaba hasta Toro, dispuestos a afrontar lo que el destino les tuviese preparado.

En Toro se hicieron realidad los temores de los consejeros reales. Los nobles rebeldes salieron a recibirle extramuros, con gran pompa, entre ondear de pendones y muestras de respeto, aunque bajo los mantos llevasen cotas de malla, dagas y puñales, por lo que pudiera suceder. Pero esa primera parte del encuentro fue toda suavidad, y los señores, tras besar las manos a don Pedro, y proclamar repetidas veces su lealtad, le invitaron a acompañarles al convento de los frailes de Santo Domingo, residencia de su madre en la villa y lugar donde le aguardaban ésta y su tía Leonor, para dirigir las negociaciones.

Fue la segunda quien tomó la palabra en nombre de los sublevados y, tras felicitar a su sobrino por la sensatez mostrada al acudir a ese encuentro, se lanzó a defender la postura de los nobles, a los que pintó como vasallos esforzados, insurrectos por mejor servir al rey. Achacó los males del reino a sus consejeros, que habrían abusado de la poca edad y experiencia del monarca. Culpó, en especial, a Juan de Henestrosa y Samuel Levi, que estaban presentes un poco aparte, observando inmutables. Y no había acabado siquiera de lanzar sus acusaciones contra ellos, cuando los hombres de armas irrumpieron en el claustro del convento para, pese a las protestas del rey don Pedro, apresar a los dos oficiales, sin que éstos opusieran resistencia.

A todos sorprendió el comedimiento del rey en esos instantes tensos. Quien más, quien menos, se temía un estallido de ira por su parte, ante la prisión de sus hombres de más confianza. ¿Qué hubiera sucedido de llegar don Pedro a abalanzarse sobre alguno de sus hermanastros o primos? Más de uno sospechaba que eso buscaban algunos: provocar un episodio de violencia que llevase a extremos, sin vuelta atrás. Pero el rey de Castilla cumplió con la palabra dada a su tesorero mayor. Sin perder la compostura, protestó en voz alta contra la prisión de sus acompañantes en unas negociaciones que se suponían de paz. Ni gritos, ni amenazas, y sí palabras duras, expresadas con tono y gestos tan medidos que sembraron la inquietud entre los señores allí congregados.

Tras esas detenciones, los nobles acordaron, en asamblea improvisada, tomar las riendas del gobierno en Castilla. Así lo decidieron, con la aprobación de la reina madre y en nombre del rey, que asistía impotente a la farsa. Y allí mismo, entre los muros del convento de Santo Domingo, se repartieron los oficios mayores. Ningún ricohombre presente se quedó sin cargo o beneficios. Luego, tras el reparto, mandaron que se pregonase por todo el reino, así como que prendiesen al canciller Valladolid, y le tuvieran preso hasta que entregase los sellos reales a don Fernando de

Aragón, que se había alzado con la cancillería.

Cautivos sus consejeros y despojado él de toda autoridad, don Pedro abandonó el convento para ir a alojarse a unas casas que tenía el obispo de Zamora en la ciudad. Salió a pie, rodeado de los nuevos oficiales de su Casa, que más bien eran sus carceleros. Pero él, con el consejo de Samuel Levi en mente, fue caminando como el que deambula entre leales. Y así fue cómo le vieron los vecinos de Toro, envuelto en su manto rojo con ribetes dorados, la cabeza descubierta pese al frío, los cabellos rubios alborotados por el viento, con un aplomo que atemorizaba a los más timoratos, haciendo a éstos preguntarse qué trucos guardaba el rey en la manga.

Solía decir Juan de Beaumont que la Fortuna es rueda que siempre está girando. Pedro Carrillo, más prosaico, afirmaba que a muchos los matan justo cuando creen estar venciendo, y a otros tantos cuando menos lo esperan y más seguros se sienten. Dos máximas que acudieron a la cabeza a Martín el día de Navidad, cuando su señor le despertó a puntapiés para ponerle al tanto de las novedades. Pese a ser casi mediodía, el muchacho había estado durmiendo en una esquina, sobre yacija y cubierto de mantas, ya que, como muchos otros, había bebido de más durante la Nochebuena.

La noticia de la prisión de los consejeros reales había corrido por todo el reino, por lo que no tardaron en repicar campanas en muchas poblaciones, saludando que el rey hubiese aceptado destituir a los Padilla y volver con su legítima esposa. Se celebraron grandes fiestas en Toro, que culminaron con la boda entre don Fernando de Castro y doña Juana, hija del rey Alfonso XI y Leonor de Guzmán, la única hembra de los Trastámara, para sellar la alianza entre dos familias tan poderosas.

Y, mientras el alborozo cundía por el reino, los miembros de la hueste negra, considerando que ya habían cumplido la voluntad de su difunto señor, Alburquerque, acordaron entregar a la tierra sus restos. Así se hizo en el monasterio de la Espina, con la asistencia de su viuda, Isabel de Meneses, sus vasallos, encabezados por Cabeza de Vaca, y multitud de grandes del reino. Aquel entierro fue casi la última ocasión en la que alguien pudo ver juntos y bien avenidos a tantos grandes de Castilla.

Cuando Martín, pateado sin compasión por Pedro Carrillo, acertó por fin a abrir los ojos, no necesitó más que una ojeada al rostro de su señor para comprender que algo serio pasaba. Se incorporó en la yacija, legañoso, pero el caballero no le dio tiempo a preguntar nada.

—El rey se ha escapado, Martín —le informó—. Se avecinan tiempos difíciles.

—¿Cómo es posible? —Alelado, apartó las mantas y se puso en pie, en camisa interior.

—Salió esta mañana temprano, de caza, y aprovechando que hay niebla, tomó camino de Segovia.

El mozo se llevó las manos a las sienes, antes de alargar la mano hacia jubón y calzas, tiritando. Pedro Carrillo, meneando la cabeza, se preocupó de avivar el brasero, pues la habitación estaba helada. La noche anterior se había celebrado un gran banquete, con abundancia de viandas y correr de vino, en el que tomaron parte altos y bajos, y que resultó una especie de remate a los festejos por el final de la guerra.

Se comió y bebió sin medida, y muchos aún dormían los excesos, como era el caso de Martín hasta hacía sólo unos instantes. Pero el rey don Pedro, de natural frugal, había comido lo justo y bebido apenas nada, y estaba en pie antes del alba, listo para salir de caza. Ya en el campo, como los que debían custodiarle dormían la borrachera y había además niebla, se había alejado de su casi prisión de Toro sin que nadie le estorbase. Habían tardado largo tiempo en dar siquiera la alarma.

—El rey no se ha ido solo, ni ha sido algo espontáneo. Samuel Levi ha huido con él, y les acompañan por lo menos doscientos de a mula y a caballo. Sin duda ha tenido cómplices. Debieron organizado todo el banquete de anoche, y si sacaron tanto vino, ahora lo veo claro, fue para facilitar la escapatoria.

—¿Cómplices? ¿Quiénes?

Pedro Canillo sonrió con dureza, mientras atizaba los carbones.

—¿Quiénes crees tú? Señores ambiciosos, dispuestos a la traición a cambio de feudos y cargos. Todo cuanto habíamos logrado se ha desvanecido en un soplo. Comenzará de nuevo la guerra y, ahora, habrá que ver quién está de cada lado. Espabílate, que nos esperan días de mucho ajeteo. Se acabaron las fiestas.

Una noche de enero, Juan de Beaumont buscó un rincón tranquilo para, a la luz de un candil, afilar cálamo y escribir una de sus cartas a Constanza Uxue. Soplaban vendaval de invierno, que hacía resonar puertas y contraventanas, y él, caña en mano, se quedó largo rato ante el papel, tomándose su tiempo para elegir palabras que fuesen lo más justas posible. Robaba ese tiempo al sueño de buena gana, porque le permitía librarse, por un rato, de la atmósfera enrarecida que reinaba en Toro desde que el rey escapase a la custodia de los nobles rebeldes, con ayuda de algunos de sus propios jefes. Además, quizá fuese tiempo ya para reflexionar, como hombre de armas que era, sobre el estar alistado en un bando al que la suerte parecía dar la espalda, luego de haberle puesto la victoria entre los dedos.

Podía ya decirse, sin exagerar, que, en la villa de Toro, junto a María de Portugal y los Trastámara, estaban todos aquellos que aún no habían podido marcharse. Se habían ido no sólo los infantes de Aragón —principales cómplices de la fuga del rey—, sino también gran número de señores, como Juan de la Cerda, y caballeros, bien pagados todos con mercedes, como por ejemplo Alvar de Castro que, abandonando a su hermano Fernando, había olvidado sus viejas querellas con don Pedro a cambio de la villa de Salvatierra.

La cascada de deserciones, en tan pocas semanas, había hundido la moral rebelde y deshecho, casi de la noche a la mañana, una coalición que sólo un mes antes señoreaba Castilla entera. Fernando de Castro se había retirado a sus estados gallegos, don Tello a Vizcaya, los representantes de las ciudades vuelto a sus pagos, y los pocos que quedaban en Toro sabían de cierto que no podían esperar ayuda de nadie. Reinaba un ambiente de descomposición, cada cual procuraba salvar la piel por su cuenta y todos desconfiaban de todos. Juan de Beaumont escribió:

Ahora, hay guerra civil no sólo en Castilla, sino también en Portugal; también por causa de una mujer, y los dos conflictos no dejan de tener algunas semejanzas. Si en Castilla muchos se alzaron temiendo el ascenso de la concubina del rey, en Portugal algunos señores recelaban de los amores del heredero al trono. Don Pedro de Portugal estuvo amancebado durante años con Inés de Castro, que llegó al reino como dama de Constanza Manuel y, a la muerte de ésta, o puede que antes, se convirtió en su amante.

Don Pedro acabó casándose con doña Inés y tuvieron tres hijos, y parece que muchos nobles portugueses temían que los Castro ganasen demasiado poder en el reino, por lo que indispusieron al rey contra ella. Don Alfonso de Portugal es hombre

áspero, tan dado a medidas drásticas como el resto de los reyes españoles y, aprovechando que el príncipe Pedro había salido de cacería, hizo matar a la pobre doña Inés, el día después de Reyes. Dicen que varios nobles la dieron de cuchilladas ante don Alfonso, en presencia de sus propios hijos, sin que valieran de nada sus súplicas.

La reacción del príncipe Pedro no se ha hecho esperar. Amaba con locura a doña Inés y ese crimen le ha hecho alzarse contra su padre, ciego de ira y pena. Los Castro han sumado sus armas a las de él, dispuestos a vengar esa muerte, de forma que la guerra civil azota ahora también Portugal, y nadie sabe cómo acabará todo. El asesinato de doña Inés ha sido algo tan desmedido que ha asombrado a todos, incluso en Castilla, donde bien sabe Dios que la violencia absurda es moneda de uso corriente.

Le distrajo el chisporroteo del candil y alzó la vista, cálamo en mano. Fuera, el viento seguía silbando, se oían voces en el pasillo, y él, que no quería que le sorprendiesen escribiendo a esas horas, para no dar explicaciones, sopló con mucha suavidad sobre la tinta, para secarla. Ya acabaría a la mañana. Haría día de viento y, de ser así, saldría a dar un paseo extramuros, a quemar la carta y dispersarla por los aires, y de paso alejarse un rato de todo lo que se cocía allí dentro.



Una sala en las profundidades de la Mota, en Medina del Campo; grande, oscura, con esteras de paja sobre suelos de baldosas, y las paredes desnudas. Al fulgor de lámparas de aceite, colocadas en hornacinas para evitar accidentes, don Pedro y un buen número de cortesanos jugaban una de esas partidas tumultuosas que tanto gustaban al rey. Dados de hueso repiqueteaban sobre mesas de madera, entre gritos, burlas, maldiciones, risas. Circulaban jarrillos de vino y los hombres, con los cintos flojos y los jubones abiertos, aporreaban los tableros, soplaban a los dados en el puño, para atraer a la suerte, y bebían sin medida.

Juan de Henestrosa, presente aquel día, había optado por mantenerse casi al margen, no jugar y apenas mojarse los labios con el vino. Había vuelto al lado del rey gracias a doña María de Portugal, que le había soltado de la prisión en la que le mantenían los rebeldes, en Toro, para que mediase ante don Pedro, en busca de una salida pacífica a una guerra que ahora era favorable al rey. Henestrosa, tras dejar a varios amigos y parientes como rehenes de los rebeldes, había tratado de convencer a don Pedro, pero éste no había querido casi ni escucharle. No había negociado estando arrinconado y no lo haría cuando llevaba ventaja, por mucho que su privado le instase ahora a ser generoso.

Henestrosa, aunque mostraba ese talante entre campechano y fanfarrón tan suyo,



se sentía recocer por dentro al pensar en el destino de los rehenes. Además, no acababa de gustarle lo que estaba viendo; porque, allí, la atmósfera era tan viciada en lo material —poca ventilación, vino vertido, demasiados hombres juntos— como en los ánimos. Bajo la alegría y los modales desenvueltos, era posible detectar el recelo, en las miradas de soslayo y gestos precavidos. Después de todo, muchos de los presentes militaban hasta hacía unas pocas semanas bajo las banderas de los blancos y habían vuelto al redil por simple interés, o prudencia.

Los jugadores se agolpaban en torno a media docena de mesas y pocos eran los que se quedaban mucho tiempo en una, ya que lo normal era ir de una a otra, en busca de mejor suerte. También los había que observaban, sin intención de tomar parte, como era el caso de Samuel Levi, el tesorero mayor, que iba de acá para allá, discreto y alerta, cubierto con un ropón fastuoso de damascos y una kipá sencilla, con sus cabellos y barbas casi blancos, bebiendo con suma mesura, sacando, de las distintas apuestas y actitudes, conclusiones sobre los diversos jugadores.

Otro de los presentes era Zorzo el Tártaro; un aventurero nacido en las estepas remotas de Asia que se había unido —por motivos que siempre soslayaba explicar— a los marinos genoveses, para, tras muchas correrías por el Mediterráneo, recalar en costas castellanas. No había tardado en unirse a los hombres de armas del rey y, habiéndose ganado primero la curiosidad de éste, y luego su confianza, se había convertido en uno de los de su cámara.

Bajo, nervudo, de ojos rasgados y cabeza afeitada, contemplaba rodar los dados y cambiar las monedas de dueño, con gesto de gran atención. No era el único de la cámara del rey presente allí. Don Pedro se volvía cada vez más receloso —o eso decían todos— y de día en día fiaba más en aquellos que le debían todo. En los de su cámara y también en los ballesteros de maza; guardas de extracción modesta y lealtad ciega, a los que tenía en más estima que a los nobles de guardias más tradicionales.

Esclavos moros de aljubas blancas rellenaban los jarros con grandes cántaros de barro. Don Pedro deambulaba entre las mesas y, cuando así era su deseo, algún jugador le cedía su puesto, para que probase fortuna con los dados. Iba destocado, como muchos allí, el cabello rubio suelto, las mangas del jubón desabrochadas y con una daga en el cinto. Era el único de los presentes armado, fuera de los ballesteros de maza; una precaución común, ya que era habitual que, demasiado vino y mala suerte, así como poco aguante a las chanzas, llevasen a algún jugador sin fortuna a echar mano a los hierros, para hacer correr la sangre y sin cuidar de estar en presencia del rey.

Don Pedro se detuvo ante una de las mesas, a estudiar con el ceño fruncido cómo iba allí el juego, antes de, con un vaivén de cabeza, indicar que quería participar. No bien le hicieron hueco, hurgó en la bolsa del cinto, en busca de monedas; pues, acorde a sus maneras sobrias, desdeñaba esa costumbre que tenían algunos de hacerse acompañar por un doméstico que les llevaba el dinero, como si tocarlo fuese pecado.

En esa mesa jugaba, entre otros, Ruy de Atienza y, a su izquierda, Pedro de

Villegas, que en esa ocasión era de los que más iba ganando, y así lo proclamaba a gritos y con grandes risotadas. Villegas era uno de tantos que habían vuelto al bando del rey a cambio de prebendas; en su caso, el nombramiento de adelantado mayor de Castilla. Y, sin duda, la Fortuna no se cansaba en esos días de sonreírle, a juzgar por cómo se portaban con él los dados.

De nuevo rodaron los cubos de hueso, resonantes sobre las maderas de la mesa. Otra vez la mejor jugada fue la de Villegas, quien, con svi rostro agraciado enrojecido por el sofoco y el vino, se echó a reír a mandíbula batiente, con la confianza que dan ese tipo de reuniones informales.

—Mala suerte para casi todos —anunció a carcajadas.

Y fue justo en ese instante cuando el rey don Pedro hizo algo que dejó pasmados tanto a los jugadores de esa mesa como a los mirones arracimados alrededor, ya que el resto de la concurrencia estaba demasiado ocupada con sus propias partidas. Sin asomo de sonrisa en el rostro, se inclinó y dio la vuelta a los dados que acababa de tirar Villegas, para colocarlos en la peor de las combinaciones.

—Mala suerte para ti —dijo con voz baja—. Esta vez pierdes.

Todos se quedaron helados, sin saber a qué respondía todo eso. Henestrosa sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca; Samuel Levi entrecerró los ojos, al tiempo que daba dos pasos atrás. Don Pedro, impasible, recogió las monedas desparramadas sobre la mesa sin que nadie, y menos el ganador, osase tender la mano para impedirselo. Entre el silencio de todos los que estaban en esa mesa, y también en las dos contiguas, que ya se habían dado cuenta de que algo ocurría, se las embolsó una a una, moroso, antes de darse la vuelta para unirse a otra de las partidas.

Villegas, blanco de rostro, desconcertado, alargó la mano para recoger los dados, con un comentario jocoso ya en los labios, para salvar aquella situación tan violenta. Cuando sus dedos se cerraban sobre los dados, Ruy de Atienza, que estaba a su derecha, le sujetó la muñeca con fuerza, contra la mesa, al tiempo que Diego García, un caballero moro renegado, también de la cámara del rey, sacaba de alguna parte un cuchillo y le apuñalaba en riñones y espalda.

Villegas se derrumbó boqueando sobre la mesa, con estrépito de jarros al volcarse y rodar. Sus compañeros de juego saltaron horrorizados hacia atrás, algunos salpicados de sangre, sin que nadie se atreviese intervenir, porque estaba claro que aquello era por orden del rey. Primero en las mesas más cercanas y luego en las demás, cesaron el rodar de dados y el bullicio. Henestrosa advirtió que, en la del fondo, estaban acuchillando a otro hombre, aunque el revuelo le impidió distinguir quién era.

En la partida a la derecha de la de Villegas, uno —al que Henestrosa reconoció como un escudero de éste— se había incorporado, echando mano a un jarro, fuese para auxiliar a su señor o porque temiese por su vida. En cualquier caso, fue un gesto fatal porque, antes de que pudiera hacer más, uno de los sirvientes moros le estampó su cántaro en la cabeza. La vasija saltó en mil pedazos, con gran estallido, salpicando

de vino a los más cercanos. El escudero cayó a cuatro patas, aturdido, y don Pedro, tras una ojeada, hizo a los ballesteros de maza un gesto.

Uno de ellos se acercó, maza en alto, al caído, y éste, que sacudía la cabeza, chorreando vino y sangre, acertó a lanzar un chillido al ver cómo descargaba sobre él esa arma tremenda. Luego, el silencio se hizo dueño de la sala. Algunos de los allí presentes se apretaban contra las paredes, tratando de alejarse de los cuchillos y mazas de los secuaces del rey, en tanto que otros permanecían junto a las mesas, como abrumados por los acontecimientos. A un nuevo gesto de don Pedro, los ejecutores limpiaron y guardaron sus hojas, a la par que los ballesteros de maza volvían junto a las paredes. El rey, los ojos como piedras escarchadas, observó a los muertos, y Henestrosa, ahora que ya no le estorbaban los hombres en movimiento, vio que el tercero de los muertos era Sancho de Rojas, vuelto junto al rey a cambio de convertirse en merino mayor de Burgos.

El privado del rey, al resplandor de las lámparas de aceite, cambió con Samuel Levi una mirada larga que lo decía todo. Don Pedro, por su parte, toqueteando la bolsa de su cinturón, que tintineaba ahora, repleta, habló, sin dirigirse a nadie en particular.

—Ya ha pasado el invierno y llevamos demasiado tiempo ociosos. Aquel que quiso, tiempo tuvo de abandonar a los rebeldes y acogerse a mi merced. Es hora de hacer la guerra a los que quedan. Cada cual que recoja sus ganancias, que la partida se ha acabado. Nos vamos a Toro, a la guerra, no sea que esos traidores piensen que me he olvidado de ellos, o de las ofensas que me hicieron en mi propia cara.



Los tigres son fieras de la Asia lejana: grandes felinos a rayas, de belleza mortífera, lánguidos en ocasiones y de ferocidad rauda en otras. María de Portugal había visto tigres en varias ocasiones, ya que algunos magnates portugueses y castellanos mantenían ejemplares como curiosidades y por ostentación. También había oído, muchas veces, comparar a su hijo con esos felinos; un símil que a él no le causaba especial disgusto.

Tras meses de inacción, que sus leales achacaban a la necesidad de ordenar los asuntos del reino —ya que Castilla estaba patas arriba por culpa de rebeliones y guerras—, el rey se había lanzado contra los blancos como sediento de sangre. Había también organizado una matanza en Medina del Campo, haciendo asesinar a hombres a los que atrajo con promesas y a los que no les perdonaba traiciones previas. El suceso, por sangriento e inesperado, había llenado de miedo a muchos y, en esa atmósfera de terror —quizá buscada—, don Pedro había salido a la cabeza de sus compañías, resuelto a batir las murallas de Toro.

No hubo asedio, ni despliegue de truenos o ingenios, sino que las tropas reales embistieron contra la villa, por lo que, durante días, hubo combates enconados a lo largo del perímetro norte, con abundancia de bajas por ambos bandos, ya que los de dentro lucharon a su vez con la rabia del que ve cómo se le ha ido la victoria. Muchos muertos para nada porque don Pedro, una vez más, como esos tigres, pareció cansarse de golpe de todo aquello y mandó levantar el campo, para dirigirse con sus tropas hacia el sur, dispuesto ahora a meter en cintura a los sublevados en los reinos de Toledo, Jaén y Córdoba.

Una vez seguros de que el ejército real estaba cruzando el Duero, rumbo al sur, los de Toro pudieron salir a recoger a aquellos que habían caído lejos de las murallas. Había gran número de bajas entre los combatientes; tantas que doña María de Portugal consideró que, cuanto menos, debía una visita a los muertos, antes de que le diesen sepultura. Y así fue cómo, una mañana de abril, ya acallado el clangor de las armas, salió del convento de Santo Domingo, en el que se alojaba.

A los de Toro se los habían llevado los suyos, para velarlos en sus casas. Pero gran número de muertos eran forasteros —banderizos de don Enrique o partidarios de la reina Blanca—, sin nadie allí que les llorase. Les habían metido intramuros, para que religiosos y matronas lavasen y adecentasen los cuerpos, para un entierro decente. Casi todos estaban desnudos, ya que los vencedores les habían expoliado las ropas, y muchos presentaban heridas terribles. Algunos llevaban días muertos y olían, pese a lo cual ya algunas mujeres caritativas les estaban limpiando con paños. También había en la plaza algunos hombres de armas, que habían acudido a rendir homenaje a los muertos, o a buscar entre ellos a algún pariente o amigo.

Esa mañana fue clara, tibia, más tranquila aún por comparación con las precedentes, cuando todo eran carreras, doblar de campanas, redoble de tambores, gritos, sones metálicos. María de Portugal anduvo sin prisa por entre los difuntos, la falda sujeta con una mano, observando los rostros yertos y, aunque había visto a muchos muertos a lo largo de su vida, no pudo evitar sentir cierta desazón. Un desasosiego producto, tal vez, del contraste entre la mañana primaveral y los pobres cuerpos desnudos, muchos de ellos mutilados y desfigurados. Se le ocurrió comentárselo a Martín Alfonso Tello, que le daba escolta en aquella visita.

—Se muere igual un día de sol que uno de lluvia. —El caballero, de gestos tan medidos como siempre, se encogió de hombros.

La reina madre no pudo evitar santiguarse al ver el rostro de uno cuya agonía debió de ser terrible, a juzgar por el rictus congelado. La plaza hedía y estaba llena del zumbido de las moscas, mezclado con los rezos entre dientes de las mujeres que lavaban cadáveres. Casi agradeció la llegada de un paje.

—Señora. Don Enrique de Trastámara está aquí. Os ruega una entrevista.

Ella, pensando aún en guerra y muertos, asintió, haciendo agitarse los velos de la toca.

—Claro, hijo. Que se acerque sin tardanza.

Se aproximó el conde, caminando entre los cadáveres como si no existiesen, algo incongruente —con la casaca de mangas perdidas que aleteaban, las calzas rojas y azules, el bonete cuadrado con pluma blanca— con aquel paisaje de muertos desnudos de carnes abiertas. Llegó hasta María de Portugal y, poniendo rodilla en tierra, le besó el ruedo de la falda antes de que ella pudiese impedirlo.

—Doña María, me han informado de que habéis soltado a los rehenes que os entregó Henestrosa.

—Es verdad. ¿Te parece un desacierto por mi parte?

—En absoluto, señora. —El conde sonrió y, como solía ocurrir cuando lo hacía, pareció de repente poco más que un niño—. Sólo deseaba comprobar si era cierto. Vuestras razones habréis tenido y yo, por mi parte, no tengo nada que objetar.

La reina madre asintió sin palabras, en tanto que Martín Alfonso Tello se mantenía a unos pasos, en silencio, para no arrojar más leña a un fuego de rumores sobre su relación con la reina, que ya daba humo en exceso. Don Enrique se refería a los rehenes que dejó Henestrosa a comienzos de año, en prenda de volver tras entrevistarse con el rey. Tras ver fracasar su misión, el consejero había creído imprudente regresar a manos de hombres cada vez más desesperados. Nunca volvió y doña María se había visto ante el dilema de qué hacer con esos rehenes entregados de buena fe. Por fin, no queriendo violencias sin sentido, los había mandado soltar.

—Si vos creéis que era lo correcto, yo nada tengo que objetar —abundó el conde Enrique, malinterpretando su mutismo.

—¿Sabías, conde, que esos cuatro rehenes eran íntimos de Henestrosa? Le eran leales al extremo de estar dispuestos a jugarse la vida por él. Han estado a punto de perder la cabeza por su culpa, pero no parecen estar enojados por ello. Es curioso. Sin duda, ese hombre despierta fidelidades ciegas. Es como si considerasen que lo ocurrido es parte del orden natural de las cosas. Que, llegado el caso, era lógico que ellos tuvieran que perder la vida para que él conservase la libertad.

—Hay caudillos a los que los hombres siguen hasta la muerte. Y hablo de hombres fuertes, no de débiles de carácter —convino el conde, quizá con una sombra de envidia en la voz.

—Pero hay una excepción. Uno de ellos, Juan de Caduerniga, se ha tomado muy a mal la actitud de Henestrosa. Se siente traicionado, no quiere volver con él y me ha rogado que le permitamos quedarse en Toro y combatir bajo nuestros pendones.

—¿No será una añagaza? Vos misma acabáis de decir que Henestrosa despierta fidelidades ciegas.

—No creo. El rencor de ese hombre es manifiesto. Se palpa. Créeme. Yo sé mucho de odios.

—Es como si el rencor y la codicia moviesen a casi todos los hombres. —Enrique se estaba permitiendo una reflexión en voz alta; algo muy poco común en él—. Todo es cuestión de determinar cuál pesa más en el ánimo de cada uno.

María de Portugal asintió, imaginando que el conde pensaba en el caballero

Alfonso Girón, que se les acababa de unir con treinta banderizos. Su hermano era uno de los realistas muertos ante Toro esos días y, aun así, el rey, movido por esa codicia que le atrapaba a veces, se había negado a traspasarle los predios del difunto, lo que empujó al caballero a cambiar de bando, pese a ir los rebeldes perdiendo.

—Tienes razón, conde —aceptó con voz suave—. Y me parece que, casi siempre, la codicia vence al rencor. Es por eso que, de día en día, nuestra causa pierde más hombres de los que gana.

Su interlocutor nada respondió a eso y, tras un instante de silencio, cambió de tema.

—Me he permitido venir a molestaros porque quiero pedir os vuestra venia para abandonar Toro. Tengo pensado partir con unos pocos hombres hacia el sur y unirme a mi hermano Fadrique.

Doña María le miró a los ojos. Esa solicitud no era sino mera cortesía, ya que el conde podía obrar como le viniese en gana. Pero ella era la reina madre; la que, en ausencia de doña Blanca, la teórica cabeza de su bando, les daba legitimidad en su rebelión, y Enrique de Trastámara era muy cumplido en tales cuestiones.

—¿Qué te ronda por la cabeza, conde?

—Vuestro hijo se dirige con grandes fuerzas hacia el sur. Mis capitanes opinan que pasará por tierras de Segovia y Guadalajara, que están de su parte, para sumar aún más tropas. Tras eso, irá sin duda contra Toledo, por lo que tiene de estratégica y de símbolo, y porque allí está doña Blanca, a la que quiere capturar a toda costa.

—Y tu plan es...

—Creo que puedo ser de más utilidad allí que aquí. Eso es todo.

—¿Cuándo saldrías?

—Lo antes posible. No me llevaré más que cien de a caballo, para viajar con más rapidez y pasar si es posible desapercibido.

—Eso último lo veo difícil. Mi hijo tiene a su lado a perros bien viejos y, sin duda, no le faltan espías en Toro. Además, sus parciales tendrán vigilados los puertos de las sierras.

—Por eso sólo me voy a llevar a cien. Con un poco de suerte, para cuando sus agentes puedan avisarle, yo ya estaré en tierras de Toledo. Así, además, no debilitaré las defensas de Toro. Aunque creo que, de momento, la tormenta de la guerra se va a alejar de estos pagos.

Juan el Muerto encontró a Hug Benavent en el salón de su posada, en una de las mesas del fondo, despachando una colación. Comía con trinchante, y no con los dedos; a solas, según su costumbre, y, aunque estaba sumido en sus pensamientos, algo habitual también en él, no dejó por eso de advertir la llegada del vagabundo. Apartó despacio la mirada de la comida para fijarla en aquel hombre de barbas blancas y hábitos pardos que atravesaba la sala cargada de olores, antes de invitarle con un gesto sobrio a compartir su mesa.

El otro se disculpó por abordarle durante la comida, pero el físico quitó importancia a eso con otro ademán, para luego limpiar con esmero el borde de su jarro de vino y ofrecerle un trago. El religioso errante no dejó de reparar en el ropón negro de su anfitrión, ni en las calzas, también negras, que le asomaban bajo el borde, recordando aquellas ropas exóticas que vestía a su llegada a Toledo. Todas las había ido el otro desechando, pues ya llegaron gastadas y, con el paso del tiempo, los roces y rotos las habían vuelto inservibles. Sólo le restaba la vieja capa colorada, que decía regalo de un mago turco al que conoció en sus viajes por Asia.

Juan aceptó el jarrillo y, a dos manos, se regaló un trago generoso.

—He oído decir que te marchas de Toledo —afirmó luego.

—De hoy en dos días, me pondré en camino —aceptó Benavent sin sorprenderse, porque las noticias corrían rápido por las callejas de Toledo; más con la plaga de incertidumbres y sospechas que la envenenaban desde hacía meses.

—Siento oír eso. Es muy posible que no volvamos a vernos y resulta grato conversar con un hombre como tú, que no sólo tiene estudios, sino también buena mollera. —Se detuvo un instante, porque el otro cabeceaba, agradeciendo la cortesía—. ¿Adonde te vas?

—A Sevilla.

—Espero que no se te ocurra hacer el viaje en solitario.

—No. Descuida que, si algo me han enseñado tantos años de recorrer los caminos, ha sido la virtud de la prudencia. Los temerarios se ganan la admiración de la gente, pero no suelen durar mucho.

Juan el Muerto asintió solemne, como si el otro hubiese enunciado una gran verdad. Los caminos de Castilla, nunca muy seguros, eran en esos días aún más peligrosos, con los señores ladrones y toda clase de forajidos campando a sus anchas, al socaire del caos civil. Benavent, recostado contra la pared del fondo, los ojos puestos en las puertas de la taberna, que estaban abiertas para dar luz y ventilación,

mascó despacio un bocado de su comida, antes de contestar.

—Viajaré con unos mercaderes que se dirigen a Jaén. Una vez allí, ya veremos cómo me las arreglo para llegar hasta Sevilla. Seguro que no me será difícil encontrar algún medio de transporte.

—¿Es prudente, amigo? En tiempos de guerra, las recuas de los comerciantes son presa codiciada y es fácil sufrir el ataque de bandidos.

—Estos mercaderes de los que te hablo son gente seria y con experiencia. Han pagado la protección de don Fadrique con buenos maravedíes. —Sonrió, a su inquietante manera—. Si algo escasea en Toledo, eso no son secuaces de los Trastámara.

El vagabundo asintió entonces despacio, algo más convencido. Los caballeros de Santiago que se habían negado a aceptar la destitución de don Fadrique —la mayoría — señoreaban las tierras de su maestrazgo, y aquellos que viajaban entre los reinos de Toledo y Jaén debían pagarles peaje, so pena de sufrir un asalto y perder todos sus bienes, y puede que incluso la propia vida.

—Pero ¿por qué Sevilla? Dicen que hay peste en esa tierra.

—La hubo el año pasado, sí; pero ya ha remitido. Me he procurado información al respecto. —Despachó un buen trozo del pan, ya con los dedos, antes de apurar el jarro. Como Juan el Muerto echaba mano a la bolsa, con intención de pedir otro, se lo impidió con un ademán, sabiendo que era hombre de recursos magros, antes de llamar él mismo al mozo—. ¿Quieres atemorizarme con cuentos sobre bandidos y pestes? Tú, que te pasas media vida en los caminos.

—Poco botín sacarían de mí los ladrones. En cuanto a la peste, ya sobreviví a su abrazo en una ocasión, y eso es algo que no puede decir casi nadie. En fin. ¿Qué se te ha perdido en Sevilla?

—Lo que en cualquier lado: las ganas de saber. Ya quería ir a Sevilla, antes incluso de arribar a España, aunque las circunstancias lo hayan ido demorando. Pero es hora de volver a mi plan original y, ¿para qué mentirte?, la atmósfera que reina en Toledo es casi tan malsana como los miasmas de la peste. Es hora de cambiar de aires.

—Si lo que te mueve es la sed de conocimientos, vete en buena hora. En cuanto a Toledo, puede que la situación mejore.

—Un varón de tus años y experiencia no debiera entregarse al optimismo vano. No es digno de ti. Sabes de sobra que las noticias que se reciben no auguran nada bueno.

Juan del Muerto amagó una réplica pero, como justo en ese momento llegaba el mozo con el nuevo jarro, optó por dar un buen trago, ya que bien sabía a qué aludía el físico, puesto que no se hablaba de casi nada más en la ciudad.

El conde don Enrique había caído en una celada en el puerto de Picos, en la sierra de Credos, cuando trataba de pasar al reino de Toledo y unirse a su hermano gemelo, don Fadrique. Milicias de la tierra de Ávila, fieles al rey don Pedro, habían atacado por sorpresa a su columna de a caballo, justo al cruzar el puerto, deshaciéndola y



causando gran número de muertos. Había sido una derrota amarga para las armas del conde, en la que cada cual había tenido que huir como buenamente pudo, y que dejó en el campo a hombres de gran linaje, como uno de los nietos del famoso don Juan Manuel, abatido por las ballestas de los abulenses.

El conde había salvado la piel e incluso conseguido ganar la vertiente sur de la sierra, con sólo un puñado de hombres. Humeando de rencor, había cabalgado hasta Talavera, donde estaba su hermano con gran número de hombres de armas. Decían las malas lenguas toledanas que la saña del conde era fruto de una mezcla de ira y miedo. Ira por haber sido descalabrado de tal manera por unas milicias, a las que los grandes siempre miraban con desdén. Miedo, el pasado durante la emboscada, ya que con las milicias y hermandades no valían las reglas de guerra de los señores. Los nobles no solían perder la vida en la guerra, a no ser por heridas de combate. Podían esperar merced a cambio de un rescate, cosa que no valía para los humildes, a los que no era raro que pasasen a cuchillo. Pero eso era en la guerra entre iguales. Caer en manos de las milicias concejiles, en cambio, era casi garantía de ser muerto de forma sumaria en el mismo campo de batalla. Así que la suerte del conde, de haber sido derribado de su caballo por los de Ávila, pudiera haber sido poco envidiable.

Juan el Muerto no pudo evitarse alguna que otra reflexión sobre ese último extremo.

—Imagina cómo se habrá sentido don Enrique, gran señor e hijo de rey, al verse primero derrotado y después perseguido cual alimaña por los breñales, por una patulea de hidalgüelos y campesinos. —Sonrió con amargura—. Un ricohombre como él, para quien los demás somos poco menos que nada, debió sentir como si el mundo se hubiese vuelto del revés. Supongo que, en un trance así, no temería tanto morir como la idea de hacerlo a manos de unos pecheros.

Benavent contempló a su interlocutor con curiosidad, aunque no sorpresa. Hacía ya tiempo que no tenía dudas de que aquel hombre hubiese sido, en tiempos, un religioso de verdad. Ciertos comentarios y gran número de pequeñas rutinas suyas le habían despejado las sombras al respecto, a cambio de abrir nuevas incógnitas. En casi todo Occidente, parte del bajo clero y las jerarquías menores de la Iglesia eran hostiles a la alta nobleza y, por ende, al alto clero. Los reinos hispánicos, en concreto, estaban llenos de curas, frailes y predicadores que tronaban contra las clases altas, la corrupción de las costumbres, la codicia y los esquemas sociales tradicionales. Y era obvio que aquel vagabundo clerical, cantor y poeta, militaba en las filas de esos religiosos indignados.

Pero Juan el Muerto seguía hablando, con tono de voz cada vez más sombrío. Porque, aunque don Enrique era aliado de Toledo, la verdadera mala noticia, al menos a su entender, no era la de su descalabro en el puerto de Picos, sino la venganza que se había tomado poco después contra los de la tierra de Ávila.

El conde de Trastámara, desbaratado y corrido, había logrado convencer a su hermano para volver a la sierra, con gran número de soldados. Cayeron por sorpresa

sobre un lugar llamado Colmenar, cuya milicia se había distinguido por el ardor guerrero desplegado durante la emboscada. Y el conde se resarcí de la anterior derrota.

—Han arrasado Colmenar, amigo. Arrasado. —Juan el Muerto despachó casi el jarro y Benavent, aun temiendo que se fuese a achispar, reclamó un tercero—. Muertos y ruinas humeantes; no queda otra cosa, o eso dicen los que de allí han llegado. No dieron cuartel, no se respetó sexo ni edad, y sólo pudieron salvarse aquellos que huyeron por los montes.

—Eso he oído. Pero, si los del Colmenar se mostraron tan bravos dos días antes, ¿cómo luego se dejaron matar como corderos?

—¿Corderos? ¿Y cómo quieres que se defendiesen? Los trastamaristas eran muchos, muy bien armados y cayeron por sorpresa sobre el lugar. Cada cual estaba en su casa y así, descoordinados, no pudieron hacer frente a ballesteros y lanceros.

Benavent dio un trago de vino, aprovechando que el mozo les trajo el nuevo jarro. No se hablaba en Toledo de otra cosa que de ese desastre, y de la ferocidad desatada contra los habitantes de Colmenar. La noticia no había hecho sino enturbiar aguas de por sí ya bastante fangosas. Juan el Muerto se pronunció de repente, como si adivinase lo que pasaba por la cabeza de su compañero de mesa; o tal vez tan sólo porque el vino se le estaba subiendo, haciéndole, como ocurre a veces, soltar lo que estaba pensando.

—Nuestra causa es justa.

—No digo que no. Pero en esa obsesión por la justicia está la semilla de un conflicto latente.

—¿Qué dices? No te entiendo. —Juan el Muerto se inclinó para observarle, con ojos algo enrojecidos.

—No soy más que un forastero; pero quizás eso mismo me hace ver ciertas cosas con más claridad. Muchos toledanos tomaron armas para defender la vida de la reina. Una causa justa, sin duda, que les honra. A todo eso hay que añadir que no se consideran rebeldes al rey. No le culpan a él de la situación de la reina, sino a sus consejeros.

—Y así nos va. Hay que afrontar la realidad de las cosas, no esconder la cabeza bajo el ala para no mirarla cara a cara.

—Eso daría para mucho discutir —susurró Benavent, prudente; pues su interlocutor estaba alzando la voz, lo que le hacía temer que alguien pudiera prestarles oídos—. Pero, por volver al tema, Toledo está dividida en cuatro bandos: los partidarios del rey, los de la reina, los de la reina pero no contra el rey, y los banderizos de los grandes señores. Y, en esos últimos, casi podríamos señalar a uno concreto y numeroso, formado por los vasallos de don Enrique.

—Eso es cierto.

—Los enriqueños sólo trabajan para beneficiar a su señor y están haciendo mucho daño en Toledo. Sus tejemanejes están aflojando los apoyos que muchos prestan a la

causa de la reina. El común, los buenos, muchos hidalgos, ven a los grandes señores como enemigos y recelan de las maniobras de los vasallos del conde...

—Bajo buenas capas, proliferan las garrapatas. Ocurre igual con las buenas causas —Juan el Muerto se echó otro trago generoso—. Los grandes, por mucho que tengan, siempre quieren más. Tal vez sea la ley natural. Pero lo cierto es que, mucho peor que el peor de los poderosos son los esbirros de éstos.

—Sin duda. —Benavent temía cada vez más que en las mesas cercanas oyesen a su acompañante, lo que podía acarrear cualquier consecuencia: desde ninguna en absoluto, a una pelea o incluso a una algarada, si algunos parroquianos le daban la razón y se les encendía la sangre—. Pero bueno. El caso es que Hug Benavent de Alejandría, aquí presente, hijo de Artal Benavent de Barcelona, ha llegado a la conclusión de que, en vista de cómo están las cosas, le ha llegado la hora de cerrar su morral y partir hacia Sevilla.

—No sé yo si es buen negocio cambiar la guerra por la peste.

—Y yo te reitero que la peste se retiró de tierra de Sevilla hace meses. Además, aunque así no fuese, ya he visto demasiados muertos por hierro en mi vida. Como físico, no me disgustaría estudiar de cerca la plaga y sus consecuencias. Es curioso pero, aunque tanto ella como yo hemos corrido Europa, nuestros caminos jamás se han cruzado.

—Es mejor que así siga siendo, amigo mío. —El otro, de golpe taciturno, metió casi las barbas en el jarro.

—¿Qué más da morir de pestilencias que por las armas?

—De entrada, que la primera de las muertes suele ser más larga y mucho más dolorosa. A cambio, le cabe a uno el consuelo de saber que cae abatido por la mano de Dios, y no por la del Hombre.

—Parco consuelo es ése. —Se puso en pie—. En fin, amigo. Tengo asuntos aún que cerrar, antes de ponerme en camino. Como bien has dicho, es muy posible que nunca volvamos a vernos. Si es así, te deseo la mejor de las suertes y que, en todo trance, Nuestro Señor te ampare y guíe tus acciones.

—Que Él te acompañe. Eres un buen hombre. —Titubeó, al tiempo que sopesaba el jarro—. Si no tienes inconveniente, me quedo a acabar el vino. Yo no tengo asuntos que atender y, como ya está pagado, sería un pecado el desperdiciarlo.

—Libreme Dios de incitar al pecado a un hombre de Iglesia. Apura, apura tranquilo y aun te voy a dejar otro pagado, para cuando acabes ése. A cambio, te ruego que reces por mí. A ti te vendrán bien unos tragos y a mí las plegarias de un hombre santo.

—Yo de santo no tengo nada.

—Bastante, aunque sea a tu extraña manera. Créeme. —Otra vez aquella forma de sonreír tan suya—. Acepta, en esta cuestión, la palabra de uno que tiene incontables leguas ya a sus espaldas.



La nueva de que los gemelos Enrique y Fadrique se acercaban a Toledo, a la cabeza de fuerzas considerables, corrió por las cuestas de la ciudad como una marea en ascenso y, lo mismo que ésta, alborotada y espumante, acabó por romper contra las murallas del viejo alcázar, en lo más alto de la colina. Algunas damas de la reina Blanca, advertidas por porteros y sirvientes, llevaron a ésta la noticia; aunque hubo de aguardar a que volviese Juan Oyuel, su confesor y secretario, para recibir detalles dignos de confianza. Oyuel, uno de los pocos compatriotas a su lado, estaba con ella desde que saliese de París —hacía dos años que parecían dos siglos— y, en su calidad de religioso, mantenía excelentes relaciones con el clero toledano, lo que, unido a un buen dominio del castellano, hacía que siempre fuese, en el séquito de la reina, de los primeros en enterarse de todo.

Los gemelos, tras arrasar Colmenar, en tierra de Ávila, se habían vuelto a Talavera y todos contaban con que allí se quedarían, a resguardo de los muros de la villa, ahora que el rey campaba por el oriente castellano, con fuerzas muy superiores y a la ofensiva. Pero, en vez de hacer eso, habían tomado el camino de Toledo, costeando el Tajo por su margen meridional, y las noticias eran que se acercaban al puente de San Martín, en la parte sur de la ciudad. Oyuel, flaco y calmoso, confió a la reina algunas claves posibles de la nueva situación, oídas tal vez de labios de canónicos de la catedral.

—El camino que han elegido, alteza, dice por sí mismo mucho de los planes de don Enrique y don Fadrique. —Se frotaba despacio las manos, por costumbre—. Aunque disponen de compañías numerosas, han venido por la margen sur del Tajo para interponer el río entre ellos y su hermano el rey, que está con su ejército en Torrijos.

—¿Y eso significa algo? —Doña Blanca estaba sentada en una galería, para aprovechar el buen tiempo, vestida de blanco con ribetes de oro, con la única compañía de su aya, Leonor de Saldaña, que permanecía de pie junto a la silla de la reina.

—Que no tienen intención de pelear, porque se saben en desventaja. Y, si no buscan batalla con las tropas del rey, es que pretenden entrar en Toledo; porque nadie puede creer que vayan a seguir camino para exiliarse en Portugal.

—Pero acabas de decir que disponen de muchas compañías.

—Siguen siendo inferiores a don Pedro. —Oyuel meneó la cabeza, tocada con casquete—. Y no sólo cuenta el número de hombres, sino también la calidad. Don Fadrique tiene buenas tropas, sí: caballeros y pardos santiaguinos, disciplinados y aguerridos. Otro tanto puede decirse de los calatravos de Pedro Carpintero. Pero con don Enrique se ha alistado toda clase de gente dudosa. Bajo sus pendones se mezclan veteranos con bisoños y chusma en busca de botín, y también caballeros y pequeños

señores, con sus mesnadas minúsculas, a las que es muy difícil controlar.

—¿Qué se sabe de don Pedro?

—Que sigue en Torrijos. Pero, si ha cruzado la sierra con todo un ejército, no ha sido para luego quedarse de brazos cruzados.

Doña Blanca reposó un dedo sobre los labios, pensativa.

—Dime. Si los gemelos intentan entrar en Toledo, ¿qué ocurrirá?

—Bueno, la junta ciudadana se ha reunido para estudiar el asunto.

—Hablar y hablar. —La reina meneó la cabeza, hastiada—. Siempre es igual.

Juan Oyuel cambió una mirada de comprensión con Leonor de Saldaña que, con gesto casi imperceptible, renunció a decir nada, en beneficio del confesor.

—Señora. —Este le mostró las manos, en gesto más de paciencia que de humildad—. Os recuerdo que esa Junta lo es de hombres que empuñaron las armas y se alzaron contra su señor natural para defender vuestra vida y derechos. Debéis entender la posición tan delicada en la que ahora se hallan. Muchos creen en las instituciones reales y todo esto les resulta desgarrador.

Blanca, con su silencio, invitó a su confesor a proseguir.

—Desconfían de los nobles, a los que consideran enemigos y fuente de muchos de los males del reino. Varones sensatos, como don Vasco, advierten de que la adhesión de los ricoshombres a vuestro bando no lo ha reforzado sino que, por el contrario, lo debilita. Don Vasco es un hombre recto que apoyó a don Pedro en sus primeros años, antes de reprobárselo por sus actos. Señala, con acierto, que muchos de vuestros partidarios, viéndolos a la sombra de los nobles, dudan y desconfían.

—El apoyo de los señores es indispensable —respondió con suavidad doña Blanca.

—No os digo que no. Pero las maniobras de algunos magnates siembran dudas entre las ciudades de la liga, y han agudado el entusiasmo de muchos. Vuestros principales valedores en Toledo se encuentran en situación harto difícil, obligados a navegar entre dos aguas. Está claro que los nobles son lobos con piel de cordero, que no luchan por vos sino por sacar tajada. No hemos de olvidar que hay en Toledo numerosos vasallos de los Trastámara, sobre todo del conde Enrique, dispuestos a respaldarle de palabra o con las armas. Por eso se discute tanto y las posturas son tan enconadas. Confiemos en que el buen seso de vuestros valedores en la Junta les permita manejar esta situación de la mejor manera posible.

Blanca asintió, sin palabras. Llevaba ya casi un año en Toledo, protegida por los muros y los hierros de sus habitantes y, en ese tiempo, había visto cómo la Fortuna trazaba, de nuevo, otro giro casi completo. Igual que, dos años antes, había llegado desde Francia llena de incertidumbres y esperanzas, sin prever en ningún caso lo que iba a ocurrir, ni el pozo de desilusión por el que iba a descender, peldaño a peldaño, así su suerte había dado otra vuelta. De la desesperación que le había empujado a refugiarse en la catedral, temiendo por la propia vida, había pasado al alborozo de aquel día brillante en el que la ciudad entera se había amotinado gritando su nombre,

para expulsar a los oficiales del rey y llevarla entre aclamaciones al alcázar, no presa sino como reina, entre las espadas desnudas de los notables de la ciudad.

A partir de ahí, la sublevación se había contagiado a ciudades y villas de toda la Corona de Castilla. Un noble tras otro se iba adhiriendo a su causa, y las noticias sucesivas no eran sino la constatación de que el rey don Pedro se iba quedando cada vez más solo. Y después, de repente, la catástrofe. De estar el monarca, en la práctica, prisionero de los nobles sublevados, con los oficios mayores en poder de señores que, si no partidarios, al menos eran aliados de la reina, se había pasado a la desintegración de la gran alianza. La fuga de Toro, la deserción progresiva de magnates, el lento derrumbar de la coalición nobiliaria. Y así hasta llegar a esa situación, en la que don Pedro volvía a tener la iniciativa y sus enemigos se encontraban atrincherados, recelando unos de otros.

—Iré a rezar por nuestra causa —manifestó, con esa resignación que poco a poco había ido apoderándose de su carácter.



Los gemelos tuvieron la prudencia de detenerse a suficiente distancia del puente de San Martín como para que los toledanos no se sintieran en peligro. A su vez, en correspondencia, al día siguiente de su llegada salió a su encuentro una delegación toledana, seguida por un largo tren de acémilas con toda clase de víveres. Blanca de Borbón, desde lo más alto del alcázar, pudo ver la fila de animales, transitando despacio por el camino que arrancaba desde el puente. No alcanzaba a divisar, en cambio, al ejército trastamarista, ya que éste había mandado acampar lo bastante lejos como para que los suyos no causasen destrozos en las huertas aledañas al río, y no enajenarse así la buena voluntad de los lugareños. Eso sí, desde allí arriba pudo ver cómo un grupo de a caballo llegaba al encuentro de los delegados toledanos. A tanta distancia, era imposible distinguir sus identidades, pero sí los pendones de don Enrique y don Fadrique, así como los blancos con cruces rojas de Santiago y negras de Calatrava, por lo que era fácil colegir que se trataba de los caudillos de las tropas, que salían al encuentro de los toledanos a agradecer los suministros y, de paso, conferenciar.

No erraba la reina, aunque ninguno de los jefes rebeldes supo nunca que les había estado observando. Aquellos que llegaron a levantar la mirada hacia el alcázar no acertaron a distinguir a las figuras femeninas de vestiduras flotantes, agitadas por la brisa árida de aquel día, porque la distancia era mucha.

Martín Carrillo, que estuvo en aquella jornada al lado de Pedro Carrillo, como éste al de don Enrique, fue de los que alguna ojeada lanzó a lo alto de la colina, sin ver otra cosa que pendones reales ondeando con pereza sobre los adarves de piedra del

alcázar. Pedro Carrillo se armaba a la castellana, en tanto que Martín montaba a la jineta, sin estribos ni armadura de ninguna clase. En contraste con sus acompañantes, el conde don Enrique, con intención, vestía ropas civiles, talares de telas ricas. Su hermano, el maestre de Santiago, ceñía en cambio armadura y una sobrevesta alba con la roja de Santiago. Aunque uno se cubría con gorra emplumada y el otro con cofia de soldado, los embajadores de Toledo no pudieron evitar, al verles llegar juntos, el espejismo de estar ante dos imágenes distintas de la misma persona, la una con atuendo de notable y la otra de hombre de armas.

Los toledanos vestían también ropajes civiles, sin más armas que las espadas de los caballeros. Montaban mulas y les dirigía don Pedro Barroso, aquel obispo de Sigüenza que, desde un comienzo, había apoyado con tanta decisión la causa de la reina. Tras él cabalgaba una docena de hidalgos, buenos y religiosos, a los que un par de toledanos que estaban con el conde fueron identificando, para que éste supiese con quiénes iba a tratar y a qué atenerse. Por la expresión del conde, Martín supuso que lo que le estaban contando no era de su agrado, tal vez porque los que se acercaban eran representantes de la facción más popular de Toledo, nada amiga de los grandes señores.

Pero, para cuando las mulas del obispo y sus acompañantes llegaron hasta ellos, don Enrique ya había compuesto una expresión que era toda bienvenida. Su hermano y él, así como Pedro Carpintero y Alfonso Jufre Tenorio, antiguo alguacil mayor de Toledo, se adelantaron a besar el anillo al obispo, no bien echó éste pie a tierra. Tras saludos y cortesías, se apartaron todos para buscar la sombra de un puñado de árboles, a la vera del camino.

El conde Enrique, con esa flexibilidad tan suya, fue el primero en sentarse en una piedra, dando pie así a una conversación más informal. Había varias rocas dispuestas allí, bajo los árboles, quizá porque aquel era punto de reunión habitual de gentes, ya que, desde allí, se tenía buena vista sobre el Tajo y, del otro lado del río, la ciudad. Soplaban además una brisa agradable, que refrescaba y hacía más cómoda cualquier discusión. El propio conde, tras quitarse la gorra para revolverse los cabellos rubios, fue el primero en entrar en materia.

—Se está bien aquí. Debierais habernos enviado aviso de que ibais a salir. Hubiese mandado armar palio y servir algo de comida y vino. Por muy ligero que viaje, procuro que no me falten algunas comodidades.

—Lo mismo te diría yo, señor. —El obispo Barroso, que vestía sobrios ropajes negros, según su costumbre, devolvió con urbanidad la moneda—. Si hubiésemos sabido con más antelación de vuestra llegada, hubiéramos tomado mejores disposiciones. Os hacíamos acantonados en Talavera.

—Allí estábamos y la villa aún está de nuestra parte. Pero hemos creído más conveniente venirnos hasta Toledo.

—No soy quién para cuestionar vuestra estrategia. —Tel Palomeque, que también se había quitado el bonete, se pasó los dedos por el cabello rubio, con grandes

entradas—. Pero me parece arriesgado abandonar una posición fuerte como Talavera, justo en estos momentos, con las tropas del rey a tiro de piedra.

—Es por eso que nos hemos decidido a salir de Talavera. —El conde llevaba la voz cantante, mientras los demás se limitaban a asentir, todo lo más—. El rey puede presentarse en cualquier momento ante Toledo. Es bien sabido que si algo no le faltan aquí son partidarios. Por eso, tras mucho deliberar, tomamos la decisión de venir en auxilio de Toledo.

Los representantes toledanos cambiaron miradas. Aquellos que eran hombres buenos, dedicados a oficios o al comercio, así como los clérigos, mostraban expresiones corteses que nada decían en el fondo. Algunos de los hidalgos, y de los caballeros buenos, no podían en cambio ocultar luces de suspicacia en sus ojos. El obispo Barroso, que con sus ropas negras y rostro poco agraciado parecía más cuervo posado en piedra que notable sentado, habló por todos.

—¿Auxiliarnos, señor?

—Don Pedro está decidido a apresar a su esposa; tanto como nosotros a impedirlo. Y por eso estamos aquí con los nuestros, para reforzar la defensa de la ciudad en todo lo que sea menester.

—Toledo dispone de muros, torres y puertas fuertes. Y no le faltan hombres para defenderlas.

—Si don Pedro se acerca en son de guerra a Toledo, no hay que descartar que alguien trate de franquearle la entrada, o esté incluso dispuesto a hacer una asonada en el interior. El rey cuenta con muchos partidarios entre los hidalgos y el pueblo, por no hablar de los judíos, que son parciales decididos suyos.

—Todos somos parciales de su alteza, señor —matizó con suavidad Tel Palomeque—. No hemos tomado las armas contra él. Y, en lo que a los judíos respecta, no se espera de ellos otra cosa sino que se mantengan tranquilos en su barrio. Ya hemos tratado la cuestión con el alcalde de los judíos y alcanzado un acuerdo que, sin duda, van a respetar.

—¿Qué es eso de que no habéis tomado las armas contra el rey? —No pudo evitar saltar Alfonso Jufre, alto, fuerte, vestido de oscuro y de aspecto algo sombrío.

—No, señor. Lo hicimos contra sus malos consejeros.

—¿Asaltar el alcázar, apoderaros de las puertas y apresar de mala manera a los oficiales del concejo no es tomar las armas contra el rey?

—Se procuró evitar cualquier violencia —medió, calmo, el obispo Barroso.

—Andad a decirle eso al pobre don Martín Fernández, el ayo, que murió...

—No nos echemos a nadar en pozas donde podríamos ahogarnos —zanjó, con suma diplomacia, el conde Enrique—. No debemos apartarnos de las cuestiones que aquí nos traen y lo que importa es que, en su día, juramos respaldar a la reina. Y hoy aquí estamos, a cumplir la palabra dada.

Unos y otros se miraron a los ojos, inmutables, como si alguien allí pudiese tragarse eso de que las compañías del conde se habían llegado hasta Toledo por algo



que para ellos no era sino la excusa contra don Pedro. De nuevo fue el obispo Barroso el encargado de darles respuesta, acordada previamente por la junta ciudadana.

—Lo que dices os honra. La ciudad, y sin duda la reina, os quedarán muy agradecidos. Pero, en estos momentos, acantonar a vuestros hombres en el interior de Toledo sería un gran perjuicio. Dejadme deciros por qué.

Se puso en pie, como para dar más autoridad, o énfasis, a sus palabras.

—La situación ha variado y mucho desde que el rey salió de forma tan inesperada de Toro, a primeros de año. Yo diría que ha dado un vuelco total. En eso creo que estamos todos de acuerdo. —Se refería así, con gran tacto, a cómo se les había escapado don Pedro a los nobles, de entre sus mismos dedos, gracias a la connivencia de algunos—. A lo largo de estos meses, grandes señores se han ido uniendo al bando de su alteza, hasta el punto de que ahora es el más fuerte.

—Razón de más para asegurar la defensa de Toledo —intervino con aspereza Pedro Carpintero—. Conociéndole, no sería de extrañar que atacase en cualquier momento. Es una espina que tiene clavada...

El obispo Barroso se permitió un ademán casi profesoral, como el que requiere sosiego a un alumno demasiado impaciente, sin que le intimidase en absoluto el aspecto fiero del gigantesco calatravo.

—Las ciudades de la liga no desean la guerra con el rey. Nunca la han buscado. La guerra sólo acarrea sufrimiento y pérdidas a las gentes sencillas. Hemos creído conveniente enviar a algunos caballeros de confianza para que, por medio de parientes y amigos que están con don Pedro, negocien con él. Queremos llegar a algún acuerdo que, respetando los derechos de la reina Blanca, ponga fin a este enfrentamiento dañino.

Los gemelos cambiaron miradas entre ellos, en tanto que Carpintero fruncía el ceño y Alfonso Jufre, impasible, toqueteaba el puño de su lobera. Pero el obispo, alzando otra vez una mano, impidió cualquier réplica.

—Por favor, no entendáis mal mis palabras. La negociación lo abarca todo: no sólo tratamos de conseguir la restitución de doña Blanca a su lugar natural, así como garantías para las ciudades, sino también que se respete a todos aquellos que han permanecido fieles, hasta el final, a la causa de la reina. El rey parece mostrar buena disposición a...

—¡Es de locos fiarse del rey! —estalló furioso Carpintero—. Todo aquel que lo ha hecho ha acabado muerto.

—Su alteza está fatigado de tanta contienda. Sus consejeros también, y le instan a buscar una paz honrosa, algo que pasa por una reconciliación con su esposa y un perdón general. Y es eso lo que nuestros enviados negocian en estos precisos momentos con los privados de don Pedro, en Torrijos.

Nadie de los de don Enrique replicó nada y, tras un silencio, el obispo Barroso remató su exposición.

—Como es fácil de entender, sería un error que vuestras fuerzas entrasen ahora en

Toledo. El rey es suspicaz y podría tomarlo como un gesto dudoso, o incluso hostil. Daría argumentos a los partidarios de proseguir la guerra y pondría en peligro las negociaciones de paz.

—¿Y qué nos proponéis que hagamos? —Habló por primera vez don Fadrique.

—Talavera es aún vuestra. Está bien guardada y abastecida. Volveos allí con los vuestros y aguardad el resultado de las conversaciones. Estad alertas, aunque dudo que los del rey os ataquen en estos precisos momentos. Confío en que no tardaremos en llegar a un acuerdo de paz que nos satisfaga a todos.

Los rostros de don Enrique y sus acompañantes no mostraban mucho contento; pero no hubo ni una mala palabra y el primero, de nuevo portavoz de todos, se mostró cortés. Aceptaron de buena gana las provisiones que los toledanos les ofrecían y, luego, los representantes de la ciudad se volvieron por el puente de San Martín, a la cabeza de un tren de acémilas ahora sin carga.

Tel Palomeque, cuando ya enfilaban el puente, adelantó a su mula hasta ponerla a la par del obispo, y hacerle la pregunta que todos tenían en mente.

—¿Se conformarán?

—Espero que sí. No tienen hombres suficientes para tomar la ciudad por la fuerza. Aparte de que una batalla abierta sería un desastre para todos. —Dejó que su mula diese un par de pasos—. Aun así, como la cordura no siempre se impone, conviene estar atentos, por lo que pueda ocurrir.

Puede que el obispo Barroso, teólogo y filósofo, así como los mercaderes de la delegación, no se hubiesen asombrado tanto de haber presenciado la transformación que sufrió el conde Enrique, apenas los tuvo lejos del alcance de la vista y las voces. Algunos de los caballeros, en cambio, se hubieran quedado boquiabiertos al verle despojarse de su anterior medida, como el que se quita una capa de los hombros.

Soplaba una brisa ligera, que mecía las copas de los árboles y hacía caer una lluvia ligera de polen entre los troncos. Don Fadrique, Carpintero, Alfonso Jufre, seguían sentados en las rocas, en tanto que el conde, preso de los nervios, se había puesto en pie de un tirón y deambulaba por el solar, de forma que el sol entre las hojas le moteaba de luces y sombras. En eso de pasear cuando le embargaba la cólera, el bastardo se parecía a su hermano el rey. Pero, ahí donde la ira de don Pedro quemaba, la de don Enrique era tan fría como el roce de víboras. Los estudiosos de la medicina, puestos ante aquel caso, hubieran encontrado buena materia de discusión teórica en sobre cómo dos hijos de un mismo padre podían heredar su temperamento colérico que, por la distinta proporción de humores en uno y otro, se manifestaba de formas tan distintas.

—Esa caterva de hidalgüelos y mercachifles nos ha dado con la puerta en las narices. —Hablabá bajo, ronco, y los ojos verdes le echaban chispas—. Dales a esa gentecilla la mano y...

—Cálmate, conde. —Alfonso Jufre, sentado, con la espada entre las manos, fue el único que se atrevió a cortarle en esos momentos—. Las explicaciones que nos han dado son razonables.

—¿Razonables? —Se revolvió hacia él, siseando la palabra—. Esos desgraciados están negociando la paz a nuestras espaldas. Si no hacemos algo, conseguirán el perdón y nos dejarán en la estacada.

—No creo que la liga de ciudades deponga las armas sin resolver la cuestión de la reina —objetó Carpintero.

—Llegarán a alguna salida aceptable para todos. En el peor de los casos, le darán alguna villa en feudo... o puede que el rey la envíe de vuelta a Francia.

—Difícil veo eso último. —De nuevo Alfonso Jufre—. El Papa no está dispuesto a conceder la nulidad del matrimonio. Y, mientras no cambie de opinión, doña Blanca seguirá siendo la esposa de don Pedro. Si él se niega a cohabitar con ella, no habrá herederos al trono y, por tanto, una de las demandas básicas de las ciudades quedará sin satisfacer.

—Si el rey envía a la reina a Francia, el Papa acabará por plegarse a la realidad.

—O no. Todo esto es pura especulación. Y, en cuanto a la Junta de Toledo, yo conozco a sus integrantes. Puede que algunos no sean de alta cuna, pero sí elevados de carácter.

—Son un hatajo de patanes.

—No. —El tono de Alfonso Jufre era sereno—. Casi todos son hombres laboriosos que, justo por su sangre plebeya, dan gran importancia a la honra y a la palabra empeñada, y miden mucho sus actos. Si nos dicen que están negociando con el rey, y que no se han olvidado de ninguna de las partes implicadas, yo estoy dispuesto a creerlos.

Enrique, que seguía paseando de un lado a otro, entre la lluvia de polen, se detuvo, quizá con una réplica afilada a flor de labios, a juzgar por su expresión, pero se contuvo a tiempo, lo que aprovechó su gemelo Fadrique para intervenir.

—Y yo creo en tu buen criterio, amigo Alfonso. También en la disposición sincera de la Junta toledana. El problema es que no podemos arriesgarnos. Si nos equivocamos y hacen la paz por separado, nos veremos en un aprieto muy grave.

Los mismos estudiosos que hubieran podido disertar sobre el cómo la distinta proporción de humores hacían tan diferentes a don Pedro y el conde, hubieran podido comparar a estos dos y el maestre de Calatrava. Muchos, engañados por los modales calmos de don Fadrique, le tenían por hombre apacible. Pero algunos, como el receloso Alfonso Jufre, percibían en él igual ira, en su caso soterrada. Aquél era el mismo maestre de Santiago que, presionado por el rey, quitó la encomienda de Castilla a Ruy Chacón, hasta ese momento uno de sus incondicionales. Y que, cuando Chacón se rebeló, no dudó en combatirle él mismo y hacer que le sacasen a rastras de la iglesia en la que se había refugiado, para degollarlo.

—Aunque los toledanos lleguen a un acuerdo con el rey, y no se olviden de nosotros, serán pactos que no habremos tenido ocasión de discutir. Si nos volvemos a Talavera y las condiciones de paz nos resultan inaceptables, estaremos en una ratonera. Una de muros fuertes y bien abastecida, pero ratonera al fin y al cabo.

—No podemos entrar por la fuerza en Toledo. —Alfonso Jufre, cetrino, con la barba negra apuntada, sonrió con acritud—. Nos guste o no, tienen la espada por el pomo.

Don Enrique, que se había parado, los brazos en jarras, a observar el diálogo entre su gemelo y el otrora alguacil mayor de Toledo, iba a intervenir; pero se lo impidió la llegada de Pedro Carrillo, como si la Fortuna quisiese también tomar parte en esa discusión.

—Conde —anunció—. Está aquí tu vasallo Pedro Alfonso de Ajofrín, que ha venido desde Toledo. Dice que quiere hablar contigo y que es importante.

Don Enrique, los puños aún en las caderas, asintió despacio, con una luz nueva ahora en los ojos.

—Que venga sin demora.

Mientras se cumplía lo mandado, pareció reflexionar, porque volvió a la piedra a sentarse, para asumir una actitud mucho más serena y señorial. Carrillo no tardó en volver con un hidalgo joven, algo bizco. Su jubón era lujoso y sus modales cortesanos. Entró con decisión en los contraluces de la arboleda y se fue derecho a besar la mano del conde.

—Pedro Alfonso, amigo mío. —El conde sonreía, sin que nada mostrase el enojo que le embargaba hacía sólo unos instantes—. Me alegro de verte. ¿Qué te trae hasta nosotros?

—El mejor servicio a tus intereses. —El otro se había quitado la gorra emplumada, en señal de respeto, y ahora la sostenía en la diestra—. Se comentaba que los delegados de la Junta pensaban negaros la entrada en Toledo y, en atención a eso, he venido a verte. Pero, si era mentira y os van a dejar entrar, me iré.

—La voz callejera decía la verdad. Con muy buenas palabras, Barroso y compañía nos han pedido que nos volvamos por donde hemos venido, y que nos quedemos en Talavera, mientras sus delegados negocian con el rey.

—Parece que esa propuesta no es muy de tu agrado... y perdona el atrevimiento al hablar, señor.

Alfonso Jufre, que se había puesto a jugar con su puñal, puso sus ojos oscuros en el recién llegado. Debía ser más perspicaz de lo que aparentaba, ya que el conde mostraba ahora un continente tranquilo, tras el que era casi imposible averiguar lo disgustado que estaba, o el ataque de ira fría al que se había entregado hacía solo unos instantes.

—No te equivocas, amigo —admitió el conde.

—Señor. —Gorra en mano, el escudero dobló la rodilla ante su amo, haciendo pensar a Alfonso Jufre que, además de observador, era impulsivo o adulator—. ¿Sigues queriendo entrar en Toledo?

—Ojalá pudiéramos. No es capricho, sino necesidad estratégica.

—Tienes vasallos y partidarios en la ciudad. Si tú me das licencia, hablaré con los más resueltos, para ver la forma de franquear el paso a vuestros hombres.

Los cuatro jefes presentes cambiaron miradas. Pedro Carpintero, quizá temiendo algún comentario agrio por parte de Alfonso Jufre, intervino.

—Tu lealtad a tu señor te honra. —Se paseó la mano por la gran barba—. Pero no tiene sentido atacar Toledo, ni que libremos una refriega callejera.

El otro, a un gesto de su amo, se incorporó para dar la respuesta.

—No hablo de eso. Con las tropas de las que disponéis, no es posible expugnar Toledo. Pero sí se puede entrar mediante la astucia. Los de la Junta han mandado redoblar la guardia de la Puerta de San Martín. Pero se me ocurre que podéis subir hasta las inmediaciones del Puente de Alcántara. Una vez allí, ya nos las arreglaremos para que podáis entrar sin derramamiento de sangre.

—Doblarán también allí la vigilancia. —El calatravo meneó la cabeza.

—No si no dejáis traslucir vuestras verdaderas intenciones. Tenéis que ponerlos en

marcha y acampar en la Huerta del Rey, como si planeaseis tomar mañana el camino de Talavera. Nadie se extrañará, porque en esas huertas hay espacio de sobra para que hagan noche los vuestros.

—¿Y luego qué? —inquirió Alfonso Jufre, al que se le notaba a la legua que le disgustaba el plan.

—Cuando estéis allí, ya cuidaremos los que estamos dentro de abriros la Puerta de Alcántara, en el momento adecuado. Eso corre de mi cuenta.

El conde Enrique estaba observando atento al escudero, como si buscase en su rostro señales de que no hablaba por hablar. No había mudado de gesto pero era como si, de alguna forma, se le hubiese aclarado el humor. Asintió despacio.

—De acuerdo. Confío en ti, amigo Pedro, y haremos como dices. Vamos a acampar a la Huerta del Rey y, allí, esperaremos noticias tuyas.

Apenas se hubo ido Ajofrín, para regresar con discreción a Toledo, le tocó el turno a Alfonso Jufre de levantarse, mostrando el enfado hasta entonces contenido.

—Es un gran error —manifestó con voz grave.

—En absoluto. Es una gran oportunidad —le contradijo con suavidad el conde.

—Aunque logremos entrar con argucias, ¿qué conseguiremos? Todo lo más, enojar a los toledanos y hacerlos tomar las armas. Si se desata una batalla campal en las calles...

—Eso no sucederá. Como bien se ha dicho aquí, una lucha sería igual de fatal para todos. Los toledanos se plegarán a los hechos consumados, por su propio bien. —El conde, con un gesto, impidió cualquier réplica—. La decisión está tomada. Mandemos levantar el campo y enviemos emisarios a Toledo para informar de que nos volvemos a Talavera pero que, en vista de lo avanzado ya del día, haremos noche en la Huerta del Rey.

Y, sin esperar a que nadie opinase, se giró para ir en busca de sus capitanes. Su hermano fue tras él, en tanto que los otros dos se quedaban unos momentos sentados. Carpintero se acarició la gran barba, antes de pedir calma a Alfonso Jufre, temiendo su temperamento a veces volcánico; pero el otrora alguacil mayor se limitó a menear la cabeza, antes de incorporarse para seguir al conde, aunque le pesase.



Pasaba ya el mediodía cuando comenzó a extenderse por Toledo un clamor de gritos, carreras, resonar de armas, golpes de puertas y ventanas, cascos sobre los empedrados. Comenzó al oriente de la ciudad y, como una marea en ascenso, fue ganando en intensidad, a la par que se extendía y subía por las cuestas, para llegar a oleadas hasta los mismos muros del alcázar. Alarmada por ese rumor confuso, Leonor de Saldaña acababa de subir a lo más alto, para asomarse a las almenas cuando, desde

alguna de las espadañas que coronaban Toledo, las campanas comenzaron a tocar a rebato.

Había sido un domingo calmo de mayo, de temperaturas suaves, y, a esas horas, casi todos los ciudadanos descansaban en sus casas. La urbe entera dormitaba, con sus calles estrechas abandonadas a los mendigos, los perros callejeros y las bandas de rapaces que correteaban de un lado a otro. Hasta que, de repente, había estallado aquel alboroto que parecía querer sacudir a toda la ciudad, de punta a punta. El toque de rebato iba saltando de campanario en campanario y doña Leonor, corriendo por los adarves, la falda sujeta con una mano, al asomarse al levante pudo comprobar que el puente de Alcántara estaba ahora lleno de hombres de armas, que se apretujaban en su afán por invadir la ciudad, por unas puertas que, aunque el aya real no alcanzaba a ver, sin duda estaban ahora abiertas de par en par. Desde su atalaya, en aquel día limpio, se distinguían, eso sí, las puntas de las lanzas destellando al sol, así como los pendones que tremolaban sobre las cabezas. Casi podía incluso oír, a capricho de la brisa, el griterío de la masa armada, que se empujaba y animaba a avanzar a los de delante.

Se giró, el vuelo de las faldas aún sujeto con la zurda, para más soltura de movimientos, y se topó casi de bruces con una de las damas castellanas de la reina que también había subido a ver qué ocurría. Poco más que una niña, cubierta con toca de velos flotantes, se agitaba como una gallina, entre aturdida y medrosa, más asustada por la expresión del rostro del aya que por el estruendo de campanas y el alboroto que subía desde las calles. Doña Leonor, por svi parte, recuperó la compostura al advertir el semblante desencajado de la otra.

—¡Los Trastámara están entrando en la ciudad! ¡Corre a dar la alarma! —Casi le gritó, con voz ronca, pues había reconocido los pendones. Alzó más la voz, para ordenar a los guardias que estaban allí en lo alto—. ¡Llamad a todos a las armas! ¡Que se armen todos y que acudan a proteger a la reina sin tardanza! ¡Los hermanos del rey han entrado a traición en Toledo!

La dama real se giró y, sujetándose ella también las faldas, salió a escape, gritando a voz en cuello, mientras los guardias corrían a avisar a sus compañeros. Leonor de Saldaña se quedó allí arriba, el vestido y los velos agitados por aquella brisa de primera tarde, mientras el griterío y rumor de armas seguía extendiéndose por toda la ciudad, hasta el punto de que el alcázar parecía un arrecife, rodeado por un mar rugiente por todos lados.

Luego, con paso rápido, pero sin perder la dignidad, pues no quería alarmar de más a la reina, fue en busca de ésta a la capilla, donde la suponía rezando a esas horas. La pobre doña Blanca, abrumada por aquel largo calvario de fatigas, pesares y decepciones, había ido volcándose de forma progresiva en la religión, de forma que pasaba cada vez más tiempo entre misas, rezos y charlas con teólogos y confesores. No erraba doña Leonor y, mientras se dirigía a la capilla, de allí vio regresar a la reina, entre un enjambre de damas y religiosos. Venía por una galería en penumbra,

atravesada a intervalos por las láminas de luz que se filtraban a través de las aspilleras. Vestía de blanco, según su costumbre y, al atravesar esas tablas luminosas, durante un instante resplandecía bañada en sol, para luego regresar a la umbría.

Llegaron una al encuentro de la otra y, antes de que la reina pudiese articular palabra, doña Leonor la tomó de las manos, para tranquilizarla, tal como solía, mientras, por las aspilleras, les entraba el clamor callejero. Era fácil colegir que estaban luchando allá abajo: eran inconfundibles los gritos, el entrechocar de aceros y cierta cualidad de la batahola; al menos para una mujer como doña Leonor, que había presenciado más de una batalla. Pero nada dijo, para no alarmar aún más a la reina.

Con sosiego, le informó de que, a tenor de lo que había podido ver con sus propios ojos, desde lo alto del alcázar, los nobles rebeldes, teóricos aliados, habían entrado por la puerta de Alcántara. Y de que, a juzgar por el toque de campanas, los toledanos no estaban dispuestos a que los señores tomasen sus calles. Estaba aún explicándose, procurando evitar palabras fuertes, cuando llegó a toda prisa el obispo Pedro Barroso, que, aunque mantenía un continente sereno, por sus manos, gestos y la forma de caminar indicaba a un observador atento que estaba más que consternado.

Parecía más que nunca un cuervo, con ese rostro poco agraciado, la nariz corva y las ropas talaes negras que aleteaban a su alrededor al acercarse. Siempre atento a los detalles, besó el ruedo de la falda de la reina, antes de confirmar lo que ya había deducido Leonor de Saldaña.

—Don Enrique y los suyos han entrado por sorpresa en la ciudad. Pedro Alfonso de Ajofrín y otros vasallos suyos han aprovechado que todos descansaban para abrirles la puerta de Alcántara.

Blanca de Borbón asintió, con esa compostura que le habían enseñado a mantener desde que tenía uso de razón, animando al obispo a proseguir.

—Pero eso no es todo, alteza. Algunas de las compañías de don Enrique se han desmandado una vez dentro de la ciudad. Están atacando en estos momentos el barrio del Alcaná. Se han lanzado sobre las casas de los judíos: roban, saquean, destruyen y están matando a cuando judío se cruza en su camino.

La reina la observó ahora perpleja, tratando de asimilar esa noticia del todo inesperada, recibida de sopetón y en una lengua que no era la suya materna. Leonor de Saldaña explotó.

—¡Santo Dios! ¿Y nadie hace nada?

—Esas compañías parecen estar fuera de control. Son muchos los aventureros que se alistaron bajo las banderas de don Enrique y ahora se han lanzado al expolio. No obedecen a nadie, y el conde no tiene ninguna autoridad en estos momentos sobre ellos. Van de casa en casa, matando y robando, porque se les han unido moros de la Aljama que les indican qué puertas son de judíos. Están haciendo una carnicería.

—¿Nadie hace nada? —La reina repitió la pregunta de su aya.

—Los judíos del Alcaná están huyendo en estos momentos a la Judería y, los de



allí, han tomado las armas y se han hecho fuertes en su barrio y en su castillo. Muchos caballeros de la ciudad se han armado y han acudido también a reforzar la Judería, por si fuese atacada. —Tomó aire e hizo una pausa, como quien no sabe cómo dar una noticia pésima—. Alteza: un grupo nutrido de caballeros, partidarios del rey, como los que se han atrincherado en la Judería, han invadido este alcázar. Se han apoderado de las puertas y...

—¡Es preciso garantizar la seguridad de la reina! —saltó con aspereza Leonor de Saldaña.

—Perded cuidado por eso, alteza. —El obispo se inclinó hacia delante, al tiempo que les mostraba las manos abiertas—. Los que han entrado son del rey, cierto, acompañados de otros que no desean, de ningún modo, ver a la ciudad bajo la bota de los bastardos, ni de otros grandes. Menos, tras la carnicería que se ha desatado en el Alcaná. Pero la mayor parte de ellos simpatizan con la causa de la reina. Ya hemos hablado con ellos. No sólo no pisarán las habitaciones privadas de su alteza, sino que juran guardarla de un posible ataque de esa chusma armada con sus mismos cuerpos.

—¿Podemos fiarnos de ellos?

—Del todo. Además, están los hermanos Palomeque y los suyos que, aunque pocos, no permitirán jamás que nadie entre con violencia en las estancias de la reina. Perded cuidado, que aquí estáis a salvo. La cuestión está ahora —y señaló con la cabeza hacia las aspilleras, por las que, junto con la luz, se colaba el rumor de la lucha en las calles— en saber qué ocurrirá en las próximas horas.



El resto de su vida, Martín Carrillo iba a recordar aquel domingo en Toledo como un día de horror y confusión; una turbamulta de gritos, sangre, humo. Años más tarde, convertido él mismo en un veterano de las armas, hablaría a los más jóvenes de aquella jornada, ya sin acritud, para ponerla como ejemplo de cómo planes trazados al detalle pueden derrumbarse en cuestión de momentos por culpa del factor humano. Cuando, con años de guerras civiles a las espaldas y un jarro de vino en la mano, narrase aquellos días, habría de relatar cómo algunas de las compañías enriqueñas se desmandaron por las calles toledanas, apenas cruzar la puerta de Alcántara, como quien entra en ciudad conquistada, para asombro de los propios jefes rebeldes, a quienes su actitud pilló por sorpresa.

Tiempo después, Pedro Carrillo le confiaría sus sospechas acerca de que fueron algunos moros de la Aljama los que, cruzando el río a escondidas durante la noche, avivaron la codicia de varios de los capitancejos alistados bajo banderas rebeldes. Sólo así se explicaría lo rápido que aquella chusma armada se reunió con mudéjares toledanos, y que se desgajasen para subir sin titubeos por las cuestas de la ladera norte

y lanzarse en tromba contra el Alcaná, el barrio más comerciante de Toledo, situado en la zaga de la catedral y en el que vivían gran número de hebreos.

La soldadesca desatada irrumpió en esas calles, matando a cuanto judío tuvo la mala suerte de ponerse en su camino y, bien informados por sus cómplices mudéjares, atacaron las casas de los hebreos. Siempre se señaló como instigador de aquella jornada de sangre al conde Enrique. Le acusaban de haberla provocado para sembrar el terror, romper el espinazo de cualquier resistencia y ganarse a los sectores más antijudíos de la población. Pero Martín Carrillo, muchos años después, aun teniendo a don Enrique por un gran criminal, responsable de muchas muertes y desastres, era de la opinión de que no tuvo nada que ver con ese suceso concreto.

Para cuando las tropas desmandadas hollaron las calles del Alcaná, ya estaban doblando las campanas por toda la ciudad, y corría el aviso de que los nobles habían entrado a traición, cosa que no salvó a los judíos de la matanza. Muchos hicieron lo más lógico en un caso así: encerrarse en sus casas, atrancando puertas y ventanas, algo que, de forma paradójica, supuso su perdición, porque quedaron atrapados sin escapatoria posible. Martín estuvo ese día allí, a caballo, enviado por Pedro Carrillo a ver qué ocurría e informar de primera mano, porque detener aquello ya no podía nadie. Fue así testigo de cómo una patulea sin freno, con los aceros desnudos, irrumpía como torrentera por las callejas del Alcaná, guiados por moros de aljubas harapientas. Usando cualquier objeto pesado, desde mazas a vigas, tiraban abajo las puertas de las casas, para invadirlas entre estrépito de maderas rotas y chillidos atroces. Se oían gritos por todas partes, volaban muebles y arcones por las ventanas, y las calles estaban llenas de telas rasgadas, cacharros rotos y cadáveres acuchillados o muertos a golpes.

Olía a humo porque la sinagoga del barrio estaba en llamas, y se oían los gritos horrorizados de los atrapados dentro. Los heridos se arrastraban entre los muebles reventados y los muertos, bajo los pies de asesinos y fugitivos. Pasaba gente huyendo, casi todos con las manos vacías, algunos hombres con niños pequeños a cuestas y, como eran tantos, en algunos puntos se atascaban, como los toros en los encierros. Si no se produjo una carnicería aún mayor fue porque la soldadesca estaba demasiado ocupada en saquear viviendas y comercios.

Pocas moradas hebreas se salvaron, pero la chusma armada no tocó las de cristianos, excepto por error, ya que los mudéjares se ocupaban de ir puerta por puerta, indicando a los soldados cuáles debían derribar. Ellos mismos, puñal en mano, participaron en no pocos asesinatos; crímenes por los que, llegado el momento, el rey don Pedro habría de pasar cuenta a los responsables. Las indagaciones que, en su día, hicieron los alguaciles de Juan Alfonso de Benavides acabarían por apuntar en la misma dirección que las sospechas de Pedro Carrillo. De las confesiones, obtenidas mediante tormento, se pudo al menos sacar en claro que ciertos mudéjares, por ambición o rencores, se habían entrevistado en secreto con algunos enriqueños, para tentarles con fábulas sobre las muchas riquezas que

atesoraban algunos judíos del Alcaná. Sembraron así la semilla de un árbol que, años después, seguiría dando frutos muy amargos.

Algunos saqueadores —borrachos de sangre, o tal vez insatisfechos con el botín conseguido— persiguieron aceros en mano a los que huían por las callejas, apuñalando por la espalda a los rezagados. Pero, ya en las cuevas que, bajando de la catedral, iban a dar a la Judería, fueron repelidos por partidarios del rey don Pedro que habían acudido a aquella zona sabiendo que iba a haber refriega. Muchos empuñaban ballestas y las descargas cerradas de saetas en aquellas calles angostas hicieron, a su vez, gran matanza entre la soldadesca desorganizada, que no llevaba sino armas de puño. En aquellos lugares en los que la marea de fugitivos hacía imposible el uso de ballestas, caballeros con mazas y martillos de guerra abatieron a un elevado número de atacantes, que no tardaron en retirarse, entre denuestos, dejando a sus heridos en el sitio, para que les rematasen los vencedores, que a su vez mostraron escasa piedad.

Martín, que galopaba por las callejas, haciendo maravillas para no arrollar a nadie en aquella vorágine, llegó a tiempo de presenciar una discusión a gritos entre Pedro Carrillo y Alfonso Jufre. Enervados por la mortandad y el desastre, a punto estuvieron de llegar a las manos, o los cuchillos, allí mismo; y eso que, cosa irónica, ambos estaban de acuerdo en lo básico. Alfonso Jufre, que montaba un gran corcel negro, estaba fuera de sí por lo que veía. Algunos judíos rezagados pasaban entre las patas de los caballos, sin que ninguno de los dos que discutían se molestase siquiera en mirarlos. Martín fue testigo de cómo el antiguo alguacil mayor toledano mataba de un lanzazo a un soldado trastamarista que, sediento de sangre, tuvo la osadía de llegarse demasiado cerca de él, en persecución de los fugitivos. Se la clavó con tanta saña que el hierro le salió por la espalda y, luego, hizo vibrar la vara para liberarlo, dejando caer al muerto sobre el empedrado, sin que Pedro Carrillo pestañease siquiera.

—¿Esta es la forma que tiene el conde de ganarse la buena voluntad de los toledanos? —rugía Alfonso Jufre, agitando su lanza ensangrentada—. ¿Matando y destruyendo? La ciudad entera tomará las armas contra nosotros. Acabamos de perder a nuestro mejor aliado y lo hemos echado en brazos de don Pedro.

—¡La culpa es de toda esta gentuza! —Carrillo, no menos furioso, sujetaba con mano de hierro su propia montura, al tiempo que blandía su martillo de guerra para dar énfasis a las palabras—. No era la intención de don Enrique y tú debieras saberlo. Quería entrar y poner a la Junta ante hechos consumados, para forzar la situación...

—¡Pues, por Dios, que sí la han forzado!

—Don Fadrique está, en estos instantes, hablando con algunos representantes de la Junta. Tal vez podamos llegar todavía a un arreglo.

Alfonso Jufre observó los muertos caídos por doquier, las trazas de humo que flotaban en las calles, los muebles reventados. Sacudió vigoroso la cabeza y, cuando contestó, su ira parecía haberse trocado en amargura.

—Esconderte tras ilusiones vanas no es propio de ti. Ya no hay arreglo posible y

ambos lo sabemos.

Los hechos acabaron por dar la razón al antiguo alguacil mayor de Toledo. La entrevista fue tan árida como sin provecho, y tuvo lugar junto a los muros de la Aljama mudéjar que, pese a que algunos de sus miembros participaban en esos momentos en las matanzas de judíos, como comunidad aún se mantenía neutral. Hubo tensión y palabras gruesas, que tuvo que capear el portavoz allí de los invasores, don Fadrique. Años después, correría la especie de que don Enrique, pagado de su alcurnia, no se había dignado parlamentar con hombres de estamentos inferiores. Pero Juan de Beaumont, al que le tocó presenciar aquella discusión ingrata, lo atribuía a que el conde, viendo cómo se derrumbaban sus planes para controlar Toledo, incapaz de poner orden en sus propias compañías, sin saber qué hacer o decir, había optado por escurrir el bulto. Hay veces que la ausencia puede pasar por fuerza.

La discusión no fue más violenta porque ambos bandos, como por acuerdo tácito, optaron por refrenar sus palabras. Unos y otros habían acudido con mucha gente armada, los nervios estaban a flor de piel y hubiese sido fácil que alguien echase mano de la espada, desatando una batalla campal a la vera misma del barrio moro.

Don Fadrique, con buenas palabras, trató de convencer a los toledanos de que todo era obra de mercenarios díscolos, desbandados durante la confusión de la entrada por la puerta de Alcántara. Que trataban de controlarlos y que se castigaría con dureza a los responsables. Insistía, reiterando lo ya dicho junto al puente de San Martín, en que estaban allí como aliados. Fue al llegar a ese punto donde los parlamentarios toledanos le impidieron seguir hablando.

Llenos de ira, pero reclamándose contención unos a otros, exigían que los trastamaristas se retirasen de inmediato de Toledo, devolviendo el control de la puerta de Alcántara. El maestro, de veste blanca con la roja de Santiago, el almófar sobre la cabeza, se excusaba contrito, tratando de convencerles de que todos estaban en el mismo bando, pese a lo que estaba ocurriendo en esos momentos.

Se separaron sin acuerdo y uno de los delegados toledanos, un pañero anciano, dio la puntilla a ese intento vano de concordia al señalar que la ciudad sufría un gran desastre, que los muertos eran muchos y que la gente de bien tenía por culpables de todo a los Trastámara, a quienes, en adelante, habían de tratar como enemigos.



Hubo intentonas contra la Judería a lo largo de toda la tarde; pero ahí los atacantes se encontraron con una resistencia decidida, y no llegaron siquiera a las puertas del barrio. Los judíos habían sacado las armas acumuladas durante esos meses de incertidumbre, y contaban con el refuerzo de gran número de caballeros partidarios del rey, o enemigos de los señores, por lo que todo un ejército furioso hizo frente a las

embestidas invaso ras.

Estas llegaban de forma espasmódica, como la turba que era, sin concierto, vociferante, creyendo poder repetir el saqueo del Alcaná. Les habían dicho que en la Judería guardaban grandes riquezas y, tan ciegos de codicia iban, que no se percataban siquiera de cómo estaban allí las cosas. No una, ni dos, sino varias veces, los ballesteros realistas les masacraron en las callejas estrechas. Ellos porfiaban entre juramentos, tratando de avanzar tras sus escudos, pero en esos instantes eran poco más que una jauría humana y, enfrente, tenían a veteranos de grandes guerras.

Los saqueadores hubieron de retirarse siempre, dejando muchas bajas, de forma que los empedrados estaban cubiertos de cadáveres. Sólo la caída de la noche llevó una calma relativa a Toledo, si por eso se entiende el cese de carreras, griteríos y resonar de armas. No todas las compañías de don Enrique estaban desmandadas, y las que marchaban bajo pendones de Santiago y Calatrava mantenían la disciplina. Ésas se ocuparon, durante la tarde del domingo, mientras se combatía de forma tumultuosa en los alrededores de la Judería, de ir ocupando puertas, torres y puntos estratégicos, tanto para evitar más desórdenes como para prevenir una reacción armada de los de Toledo.

La noche del domingo al lunes, aunque escasa en incidentes, fue pródiga en sustos. Si no hubo incendios fue porque, como siempre en caso de alarma, todos habían apagado los fuegos de los hogares. Eso, unido a que la soldadesca había arrojado los muebles por las ventanas, por simple afán de destrucción, impidió que se alzasen llamas. Grupos de vecinos, protegidos por santiaguinos y calatravos, lucharon parte de la noche contra el fuego de la sinagoga del Alcaná, aunque dejaron en el sitio los cadáveres quemados, para que, en su momento, los suyos dispusiesen de ellos.

Fue una noche también de actividad y consultas. El conde Enrique, instalado en casa de Ajofrín, como deferencia por los servicios prestados, ya estaba en pie antes del alba, lo mismo que sus colaboradores de mayor confianza. Martín se había levantado incluso antes, ya que dormía en una yacija cerca de la entrada, y a él le habían despertado para que avisase a Pedro Carrillo de la vuelta de algunos ojeadores, destacados a vigilar los movimientos del rey. Por esos hombres, que llegaban tras galopar en plena noche, supieron que el rey se había puesto ya en marcha, con todas sus fuerzas, sin esperar al alba.

—Poco ha tardado en decidirse esta vez mi hermano. —El conde tenía el rostro pálido y el verde de los ojos apagado, puede que por la falta de sueño o por la certeza de estar abocado al desastre.

—Don Enrique. —Pedro Carrillo fue al grano—. Según nuestros espías, no cabe duda de que los toledanos han mandado parlamentarios al rey. Deben haberle pedido que venga en su auxilio. Es lo que yo hubiese hecho, de estar en su lugar.

Los presentes se miraron a la luz de los candiles, pensando todos en que podían verse luchando con enemigos fuera y dentro de las murallas. Pedro Carpentero habló despacio, acariciándose la gran barba.

—Torrijos está a siete leguas. El ejército de don Pedro, por muy lento que venga, estará aquí por la mañana. Atacarán por alguna de las puertas del norte. Yo me inclinaría por la del Cambrón, porque la de la Bisagra es muy fuerte, y ellos lo saben mejor que nadie. Pero también puede ser que cuenten con que nosotros pensemos eso, así que no debemos descuidarnos. Sugiero que nos aprestemos a la defensa sin dilación, no sea que los del rey viajen más ligeros de lo que creemos y nos pillen aún hablando.

Pero, pese a lo sensato del cálculo del calatravo, las compañías reales no se presentaron ante la ciudad por los caminos del norte. Mientras los jinetes destacados en esas carreteras esperaban en vano, listos para dar la alarma, otros que patrullaban por el sur volvieron a Toledo, a rienda suelta, con noticias catastróficas que el propio Pedro Carrillo comunicó al conde Enrique.

—Don Pedro ha sido más astuto de lo esperado —gruñó—. Su ejército ha cruzado el Tajo y ahora lo tenemos a la espalda, en la ribera sur. Vienen a marchas forzadas. Ya ha habido escaramuzas entre sus jinetes y los nuestros, y veremos aparecer a su vanguardia en cualquier momento.

Don Enrique paseó la mirada por sus aliados y capitanes, los ojos llenos de una ira tan venenosa como ardiente era la de su hermano. Sin embargo, habló con calma notable.

—Está claro. Atacarán por la puerta de San Martín.

Los dos maestros, los comendadores, los capitanes presentes; todos asintieron. La puerta de San Martín era contigua a la Judería, en poder de partidarios del rey, de los que éste podía esperar ayuda para entrar en Toledo. Don Enrique, tras un silencio reflexivo, lo resumió todo con una frase.

—Si mi hermano entra por la Judería, estamos perdidos.

—¿Podemos defender la puerta de San Martín? —Alfonso Gómez, comendador de Otos, de la Orden de Calatrava, se volvió hacia Alfonso Jufre.

—Con franqueza, lo dudo —masculló éste—. Esa puerta es de las más débiles de Toledo, y los que están con el rey lo saben. Sus fortificaciones son bajas y, aunque los muros son sólidos, es de poco parapeto y ofrece escasa defensa en lo alto.

—Mandad allí a nuestros mejores hombres. —Don Enrique paseó de nuevo la mirada por todos los presentes—. En cuanto a la Judería, es una llaga abierta en nuestras defensas. Hay que tomarla. Lanzad a todas las tropas posibles contra ella. Poned en primera línea a las compañías que ayer saquearon el Alcaná. Prometedles saqueo sin medida.

Nadie, ni siquiera Alfonso Jufre, objetó nada. El conde remachó:

—Que se ataque sin demora. La Judería debe caer al precio que sea.



Si la noche fue crispada pero tranquila, apenas hubo algo de claridad se desató el infierno en los muros de la Judería. Con el alba, las calles que daban al barrio se llenaron de soldados enriqueños, que avanzaban apiñados tras grandes escudos. Los de dentro no habían dejado pasar la noche en vano y, además de reforzar los puntos débiles, habían organizado la defensa, de forma que, en cuanto los centinelas detectaron movimientos enemigos, despertaron con gritos y esquilas al barrio entero.

Los atacantes, lejos de la chusma de la tarde anterior, avanzaban ahora en orden, azuzados por voces de mando, entre toques de trompeta y redoble de atabales. A cubierto de los escudos, llegaron a las puertas de la Judería en un instante, unos empuñando hachas o mazos, otros llevando entre varios una viga, a modo de ariete improvisado. En un abrir y cerrar de ojos, todo se convirtió en un batahola de gritos, campaneo de metales y golpes tremendos contra las grandes puertas y los muros, bastante endebles, de la Judería.

Los atacantes estaban bien informados de los puntos más débiles de la muralla judía —pensada para delimitar el perímetro del barrio, más que para la defensa— y en ellos se concentraron con sus mazos. Pero los de dentro, tras los primeros momentos de confusión, los rechazaron arrojando piedras, acumuladas durante la noche, y con descargas de saetas que, pese a los escudos, hacían estragos en esas calles tan angostas, ahora abarrotadas. Si los atacantes llegaban al mismo muro, los hidalgos les herían con largas lanzas, blandidas a dos manos, en tanto que los judíos les arrojaban agua hirviente, de pucheros que llevaban horas cociendo sobre ascuas. Los bramidos de los escaldados eran espantosos y, al cabo, los enriqueños tuvieron que ceder, sin poder sufrir tanta lanzada, cantazo y saetas. Se retiraron y una calma extraña se instaló en los alrededores de la Judería, justo cuando el sol comenzaba a asomar rojo por levante. Sólo algunos heridos se arrastraban por las callejas, tratando de cubrirse tras los muertos, pues los ballesteros realistas, de tener tiro, no se privaban de disparar contra ellos.

Pero sólo había sido el primer embate. No tardaron en volver los trastamaristas, con las lecciones del primer intento bien aprendidas. Los realistas y los hebreos en armas hubieron de acudir a defender la Judería de un ataque general. Otra vez llegaron los de don Enrique en formaciones prietas por las callejas, tras escudos, dando amparo a soldados con mazos. Y de nuevo les recibieron con piedras y flechas, mientras hidalgos de armadura blandían a dos manos las lanzas, prestos a colarlas por los huecos que se abrían entre escudos, cuando les impactaban las rocas. Los martillazos hacían retemblar las tapias, entre resonar de piedras contra adargas y gritos de furia, de ánimo o de dolor cuando alguien era herido por saeta o quebrado de un cantazo.

Fue un ataque largo y sangriento, entre redoble incesante de tambores. Los defensores tremolaban pendones con las armas de León y Castilla, para señalar que allí luchaban por el rey. En algunos puntos habían alzado también banderas muy extrañas: negras con letras hebreas blancas que, sólo de verlas flamear, erizaban el

vello a los atacantes más supersticiosos. Aún en pleno fragor de batalla, corrió ya el rumor de que habían sido hechas por magos hebreos. Unos decían que las frases eran ensalmos para reforzar los muros, en tanto que otros juraban que eran maldiciones para arrastrar a los infiernos a aquellos que osaban atacar la Judería.

En ciertos lugares, los muros se derrumbaban ante los mazos y grupos de judíos se concentraban al otro lado, hoscos, empuñando toda clase de hierros, pero sin armaduras de ninguna clase, para cerrar con sus cuerpos si los atacantes abrían brecha. A media mañana, cuando ya los muertos eran muchos en aquellos rotos, iba haciendo mella la fatiga y también el desespero, un gran clamor se extendió por el barrio. Una nueva, propalada a gritos desde azoteas y ventanas. Muchos de los que no combatían, al oír los gritos, corrieron a los pretilos que se asomaban al Tajo. Los hubo que hasta se subieron a tejados altos, a riesgo de recibir una saeta trastamarista. Porque allá, al otro lado del río, llegaban ya las vanguardias de don Pedro, marchando a buen paso hacia el puente de San Martín.

El júbilo se mezcló con alarma, porque los rebeldes, advertidos también de esa tan temida llegada, redoblaron sus esfuerzos para conquistar la Judería. Los soldados se agolpaban en las brechas. Saetas volaban por las dos partes y, aunque los sitiados tenían ventaja de posición, y causaban más daño, no daban abasto contra tantos enemigos. Los atacantes contaban con algunos arqueros zamoranos que disparaban alzando el tiro, haciendo llover flechas sobre el casco del barrio. Los proyectiles caían desde lo alto, como un castigo divino, añadiendo temor al ánimo de los de dentro. Algunos llegaban ardiendo, por lo que hubo que recurrir a niños, ancianos, mujeres y a todos aquellos que, por la razón que fuese, no habían querido tomar armas, para que vigilasen los posibles incendios.

El ruido tremendo de lucha debió de advertir a los exploradores reales, porque su vanguardia se lanzó en tromba contra la boca del puente. Desde la torre que guardaba la puerta, así como desde los lienzos de muralla próximos, los ballesteros rebeldes comenzaron a tirar, tratando de obligarles a retroceder. Pero, como en otras ocasiones, don Pedro, a veces impetuoso, llegaba con una estrategia trazada, y sus ballesteros se desplegaron a ambos lados del puente, para abrumar con su gran número a los defensores.

Al amparo de las descargas cerradas de saetas, se destacó un grupo de a pie, con armaduras y llevando en alto grandes pavese blasonados, para formar tortuga. Pedro Carpintero, que luchaba en esa zona y arriesgó un par de ojeadas, pese a los proyectiles que batían los parapetos, no pudo por menos que maldecir al ver lo cerrado de la formación y cuán coordinados avanzaban. Los ballesteros nobiliarios trataban de detenerles, pero les estorbaban las saetas realistas y sus propios disparos, hechos sin poder tomar puntería, iban a clavarse en los escudos o rebotaban en las piernas, acorazadas con espinilleras y zapatones ferrados.

—Esto se pone muy feo —anunció a varios calatravos que estaban con él.

La tortuga realista seguía avanzando por el puente; aunque, por su longitud, más



parecía una serpiente de escamas triangulares y blasonadas. Bajo esa cubierta de escudos, algunos soldados acarreaban aceite y atados de leña que, no bien llegados al otro extremo del puente, apilaron a toda prisa contra la puerta. Los defensores, ya que no con saetas, trataron ahora de rechazarles a pedradas. Pero poco pudieron hacer, porque los ballesteros reales eran muchos, y sus virotos herían a todo aquel que osaba asomarse, de forma que muy pocas rocas, y de poco peso, llegaron a caer sobre la tortuga.

Carpentero, al advertir lo que estaba ocurriendo, y que muchos de los que estaban en lo alto de la torre habían sido heridos o muertos, y los que no se agazapaban, no pudiendo sufrir el chaparrón de saetas, empuñó su propia adarga, blanca con la roja de Calatrava, y subió la escalera a grandes zancadas, arrastrando con su gesto a algunos valientes que estaban cerca. Pero ya llegaban tarde y, justo cuando Carpentero se acercaba a los adarves, cubriéndose con el escudo y echando mano a una de las piedras allí apiladas, entre el silbido de flechas, oyó el estallido del aceite al inflamarse. Maldiciendo, arrojó contra los atacantes en retroceso la piedra; una con la que hombres menos vigorosos hubieran tenido que emplear las dos manos.

Se alzó tal calor y humareda negra que a punto estuvo de sofocar a los de arriba, obligándoles a apartarse del parapeto, entre toses y ahogos. Luego, al constatar que la puerta estaba ya en llamas, y que arreciaban las saetas, se decidieron a bajar, muchos de ellos heridos, porque esa torre, como advirtió en su momento Alfonso Jufre, era baja y ofrecía menguada protección.

El gigantesco Carpentero llegó abajo tiznado, para encontrarse con que estaban allí, junto a la puerta, el conde Enrique, su hermano don Fadrique y varios capitanes, deliberando. No era sólo que la puerta de San Martín estuviese ardiendo. Los del rey estaban cruzando el Tajo y entraban por la parte de la Judería que daba al río. Al sur del puente de San Martín, los judíos tenían represas y molinos, concesión muy antigua de los reyes castellanos. Y justo por ahí, ahora, aprovechando que el río estaba bajo, estaban cruzando los de don Pedro para unirse a los defensores de la Judería, que ya se veían en serios aprietos.

Los enriqueños habían roto e irrumpido por varios lugares y, en el cuerpo a cuerpo en las calles, iban imponiendo poco a poco su mayor número y armamento, pese a los esfuerzos denodados de los defensores, muchos de los cuales protegían su casa y familia en aquellos combates. Ballesteros de los nobles habían subido también a los tejados, de forma que se libraba una verdadera guerra de saetas en lo alto. Duelos de tiradores en los que a cada tanto alguien, herido, rodaba con estruendo sobre las tejas, para caer y estrellarse contra el empedrado de las cuestas. Pero, mientras los asaltantes, presionando en las callejas, creían por fin ver al alcance de la mano la victoria y renovaban esfuerzos, entre gritos de ánimo, el conde Enrique, cada vez más acorralado, no cesaba de recibir noticias que iban confirmando el desastre. Los de la Judería, aunque cediendo junto al muro, habían logrado largar sogas de lado a lado en el río, para ayudar a cruzar a los del rey, que acudían cada vez en mayor número.

Lope de Cañizares, alguacil real, fue de los primeros en atravesar el Tajo por las azudas y luego pudo narrar de primera mano cuanto allí ocurrió. Mozuelos ágiles como monos habían pasado a la orilla ocupada por los del rey, con cuerdas finas de las que halaron los realistas, paí a tender gracias a ellas sogas más gruesas, que entre los de ambos lados tensaron a fuerza de brazos. Después, agarrándose a ellas, comenzaron a pasar los más audaces, mano sobre mano, los escudos a la espalda y las armas envainadas.

Dicen que la suerte sonríe a los valientes. Así es a veces y Cañizares, por ser de los primeros que atravesó el río, ya había hecho pie en la ciudad cuando los ballesteros trastamaristas empezaron a disparar. Eran refuerzos, enviados a toda prisa por el conde Enrique, y, aunque sus proyectiles abatieron a algunos, haciéndoles caer al agua entre salpicaduras y chapuzones, no consiguieron estorbar gran cosa el paso. Manos de ballesteros reales, desplegadas por la ribera, comenzaron a batir los adarves de las murallas, en tal número que obligaron a resguardarse a los rebeldes.

Pero, para cuando se entabló aquella refriega de ballesteros, Cañizares ya había pasado y, subiendo por las cuestas a toda prisa, había ido a sumarse a la defensa de la Judería. Los rebeldes entraban a chorro por las brechas, sin que los de dentro acertasen del todo a taponarlas con sus armas y cuerpos. Santiago Rollán, caballero bueno toledano, uno de tantos que estaban en el barrio judío respaldando la causa del rey contra los nobles, tuvo en aquella jornada de sangre la ocasión de toparse con el alguacil real. No llegó siquiera a verle el rostro, ya que se cubría con almete de hierro, con celada en pico de gorrión y penacho de plumas negras. Llevaba poca armadura, para moverse ligero, empuñaba pavés triangular, blasonado con las armas reales, y martillo de guerra. Entró en liza de los primeros y, como al goteo iban llegando más y más del rey, según cruzaban el Tajo, poco a poco comenzaron a dar la vuelta a la situación.

Entretanto, el puente de San Martín estaba abarrotado de soldados reales, a los que los enriqueños eran incapaces de desalojar. Ocupaban de pretil a pretil, bajo sus escudos, y llegaban casi hasta las puertas, que seguían ardiendo con furia. Las maderas del portón habían prendido ya por la parte interior, pese a los esfuerzos denodados por impedirlo con agua y arena. Al final, los que estaban dentro, luchando contra el fuego, tuvieron que retroceder ante el calor y las llamaradas, que convertían el arco de la puerta en un horno rugiente.

Los del rey acometían ya por el exterior mediante mazos y, a la desesperada, algunos audaces volvieron a subir las escaleras de la torre, envueltos en humaredas. Los ballesteros desplegados en la margen contraria alcanzaron a ver, entre golpes de calor que hacían temblar las imágenes, cómo se acercaban a las almenas, escudos en brazo, para arrojar dardos y piedras contra los que se agolpaban en el puente. Por la distancia y el humo, no llegaron a distinguir quiénes eran, pero sí que muchos llevaban los escudos adornados con cruces de Calatrava y Santiago.

Los ballesteros reales, tras un instante de asombro ante tanta audacia, volvieron

sus armas contra la torre de San Martín y, aunque los de arriba trataban de cubrirse, las saetas les llovían desde dos ángulos, silbando en gran número y resonando al clavarse en las adargas. El griterío era tremendo, los mazazos retumbaban contra las maderas resquebrajadas por el fuego y, entre las serpientes de humo, los hombres caían heridos, uno tras otro, sin lograr estorbar de verdad a los de abajo.

Martín Carrillo estaba casi al pie de la escalera, cerca del agujero llameante en que se había convertido el vano de la puerta por dentro. Pudo así ver con sus ojos cómo los últimos defensores de la torre desistían y bajaban cargando con los heridos más graves. Pudo dar también fe de que, de aquella torre de San Martín, no descendió nadie ileso. Nombres importantes en el bando rebelde, como Pedro Carpintero o Alfonso Jufre Tenorio, necesitaron que les arrancasen saetas del cuerpo y a alguno, como al caballero Fernando de Rojas, tenían que llevarlo entre varios, de malherido que estaba.

—Imposible defender la puerta —resumió un Alfonso Jufre Tenorio, al que el sudor le corría en regatos por el rostro tizado.

Los jefes rebeldes allí presentes celebraron un consejo improvisado, entre el humo, los golpes tremendos contra el otro lado del portón y el rugido de las llamas por la parte de dentro. Aquel portón quemado podía ceder en cualquier momento. Los del rey seguían cruzando por las represas. Estaban expulsando a los trastamaristas de la Judería, a golpe de hacha, maza y martillo, forzándoles a desalojar por las brechas en los muros. Pedro de Sandoval, comendador de Montiel de Calatrava, pintó el apuro en el que se hallaban.

—En cuanto los del rey tiren las puertas y entren, los de la Judería saldrán a atacarnos por el flanco. Peor todavía: muchos toledanos que ahora están recogidos en sus casas se unirán a la lucha, unos por convicción y otros para dejar claro que están por don Pedro. —Se volvió hacia el conde de Trastámara—. Señor. Tus propios vasallos y aliados lo dan ya todo por perdido. Mira que aquí no está ninguno. Se han ocultado en sus casas o acogido a iglesias, tratando de salvar la vida.

—¿Alguien tiene alguna sugerencia?

—Si nos enzarzamos en una lucha callejera con los toledanos, será nuestro fin —respondió el mismo comendador—. Don Pedro y los de la Judería nos aplastarán en tenaza. Moriremos como lobos en la trampa. Demos por perdida Toledo, señor. Ya lo está. Volvamos a Talavera, donde al menos podremos hacernos fuertes.

El gran Carpintero se adelantó renqueante.

—Hay una salida mejor, si tenemos el valor de intentarla. Deshagamos al galope la senda que recorrimos ayer. Podemos regresar al puente de San Martín y caer por la espalda sobre los de don Pedro, ahora que sólo cuidan de entrar en la ciudad. Son más que nosotros, pero no se lo esperan y su retaguardia está desorganizada. Si los desbaratamos y damos vuelta a la batalla...

No pudo proseguir porque los presentes estallaron en grandes gritos de aprobación. Si alguna voz prudente quiso objetar algo, fue sofocada por el clamor,

pues los ánimos estaban tan crispados como sólo pueden estarlo los de aquellos que se ven abocados al fracaso y el desastre. Todos, aun su hermano, rodearon al conde Enrique rugiendo, exigiendo con gritos y ademanes el intentar esa hazaña.

—¡Sea! —Don Enrique se encasquetó el yelmo, arrastrado por la locura de guerra que había prendido en los suyos de improviso.

Cada cual corrió a reunirse con los suyos. Pedro Carrillo, entre la retirada general de los que estaban ante la puerta en llamas, como no era mal hombre, aún echó una mirada compasiva hacia los heridos graves, colocados junto a una pared, a la sombra. No había sitio para ellos en la cabalgada desesperada que estaban a punto de acometer. Reparó en el caballero Fernando de Rojas, que estaba entre hombres ya muertos. Dudó, se acercó a él de varias zancadas y el otro le devolvió una mirada vidriosa. Tenía dos saetas clavadas en el pecho y las astas emplumadas temblaban a cada respiración fatigosa.

—En pie, amigo Fernando. Hay que salir de aquí.

—¿En pie? —El herido sonrió, con la sangre burbujeándole en los labios—. Dios te maldiga por la broma. Casi no puedo ni respirar.

—Dame la mano. Yo te ayudo a levantarte.

—Ni se te ocurra tocarme. Si me mueves, me matas.

—Y si te dejo aquí, te matan. El rey no tendrá piedad.

—Al menos, dispondré de un ratito de sosiego. No sabes cómo duele esto.

Pedro Carrillo, alto y huesudo, formidable con la armadura, contempló un instante aquel rostro sudoroso, entre el crepitar de llamas, las voces, los golpes contra el portón, el chacoloteo de cascos.

—Queda entonces con Dios, amigo Fernando. Yo me voy ya, a buscar a la Muerte a cualquier otro lugar donde ella tenga a bien esperarme.



La reina Blanca pudo ver desde las almenas del alcázar cómo los rebeldes salían a caballo por donde habían entrado, el puente de Alcántara, con los pendones del conde, su hermano y los de las órdenes tremolando sobre yelmos y puntas de lanzas. No tardaron en desaparecer, con gran polvareda, por el camino que rodea las colinas, en la otra margen del Tajo. Y la reina se quedó allí en lo alto, largo rato, sintiendo en el cuerpo la tibieza del día de mayo y el roce de una brisa que agitaba las ropas albas.

Desde allí arriba, divisaba una buena porción de los tejados y murallas, así como un tramo del río. Con la retirada de los Trastámara se había hecho el silencio ahí donde antes reinase el estruendo de la lucha. Desde el alcázar había estado oyendo el griterío, clangor de aceros, golpes de herramientas contra muros. Allora, todo se había acallado. Sólo un rumor distante delataba que los del rey se apiñaban en el

punto de San Martín, esperando que el fuego y los mazos derribasen el portón para invadir Toledo.

Sólo abandonó aquellos altos donde, de algún modo, se sentía en una paz extraña —quizá la que da la certeza del desastre, frente a los temores de la incertidumbre—, cuando la avisaron de que la buscaba el obispo de Sigüenza, don Pedro Barroso. Se echó un velo blanco sobre el rostro, para disimular la expresión, antes de ir al encuentro del religioso, en los mismos pasillos del alcázar. Él, entre revuelo de ropas tales rojas, le besó el ruedo de la falda, antes de anunciarle que las puertas de San Martín habían cedido y que los realistas entraban sin encontrar oposición alguna.

—Los de don Enrique huyeron de Toledo hace rato. Supongo que estáis informada. Unos dicen que van a Talavera, otros que pretenden sorprender por la espalda al ejército de don Pedro, antes de que entren. Si es así, han fracasado, porque el grueso de las tropas ya está dentro.

Blanca asintió solemne, oculta tras el velo blanco, antes de hacer la pregunta que le quemaba en la garganta.

—¿Está todo perdido, señor obispo?

—Todo, alteza. La traición de don Enrique ha tornado la voluntad de muchos en Toledo. Puestos entre la espada y la pared, han elegido el bando de vuestro esposo, el rey. En estos momentos, mientras hablamos, los alguaciles recorren la ciudad y prenden o ajustician a los banderos de don Enrique que han tenido el poco seso de quedarse. Otro tanto hacen con vuestros partidarios más comprometidos.

—Debieras haber partido tú con el conde. Aquí corres peligro.

—Creí más conveniente quedarme, por si podía servir de algo en estos momentos desdichados. Además, tras lo que ha ocurrido, no deseo mezclarme con los Trastámara. Yo soy de aquí y ellos nos han traído una gran desgracia.

—¿Cuál es la situación en la ciudad?

—Grandes destrozos. Muchos muertos. Las calles están llenas de cadáveres. El Alcáná arrasado. Se han producido grandes combates. Ahora, todo aquel que tiene algo que temer, así como los de ánimo medroso, se esconden en sótanos e iglesias. Quiera Dios templar la mano del rey, para que no haga una matanza. —Titubeó—. Alteza, es mi deber informaros de que los esbirros de vuestro esposo no tardarán en entrar en el alcázar.

Blanca asintió serena, aunque sentía que le faltaba el aire.

—¿Qué va a ser de mí, don Pedro?

El obispo guardó silencio, como escogiendo las palabras. Apartó un instante la vista.

—Templad el ánimo, alteza. Mostraos fuerte. Muchos de vuestros fieles han muerto. A los que no, les aguarda la prisión o el cadalso. Aquí me despido de vos, porque no espero para mí distinto destino. Confíaos a Dios, alteza, porque los hombres ya nada pueden hacer por vos.

Fue la compasión la que hizo a Juan el Muerto detenerse a la vera del camino, junto a aquel peregrino que, fatigado del viaje, se había sentado a tomar aliento, a la sombra de unos chopos. El otro miraba con recelo a aquel viejo recio, de cabeza calva, narices largas y barbas blancas, con su hábito pardo, hatillo y laúd al hombro, y bastón en la diestra. A su vez, el vagabundo no pudo por menos que contemplar con cierta simpatía a ese supuesto penitente de manto y capucha harapientos, rostro joven ojeroso, barba como rastros rubios sin cerrar y ojos desconfiados.

Juan el Muerto, tras saludarle, le advirtió amable:

—Buen amigo, seas quien seas, no creo que consigas pasar por lo que no eres. Ese disfraz no engañará a los alguaciles reales. Los caminos que salen de Toledo están llenos de patrullas y alguna de ellas te descubrirá, sin duda. Mucho me temo que te darán horca o cuchillo, según tu cuna, que con esos harapos no se distingue. —Al reparar en la mirada belicosa del joven, alzó una mano con sonrisa serena—. Hijo, no albergo malas intenciones. ¿Por qué crees que me he parado a advertirte? Hueles a fugitivo a la legua, y sabe Dios que ya ha corrido demasiada sangre por estos pagos en los últimos tiempos.

El resplandor homicida fue apagándose en los ojos de Martín Carrillo como brasas que se extinguen despacio. Juan el Muerto se apoyó en su báculo. Sin duda, aquel joven disfrazado de peregrino era hombre de armas. Lino de los de don Enrique. Muchos habían quedado atrás, heridos o descolgados durante los tumultuosos hechos de armas que acompañaron a su retirada. Aunque no alcanzaba a entender cómo, con disfraz tan burdo, podía haber cruzado siquiera las puertas de la ciudad, bien guardadas esos días.

—Me sorprende que lograses salir de Toledo, hijo.

—No vengo de allí. —Martín negó con la cabeza.

—Estabas con los nobles rebeldes. —Aún apoyado en su bastón, Juan el Muertoladeó la cabeza—. No te molestes en negarlo.

Como Martín no contestaba, él, con audacia muy suya, se sentó a su lado, en la misma roca, ya que había espacio de sobra para dos. Pero no pronunció más palabras y, tras largo silencio, fue el primero quien por fin despegó los labios.

—Sí, estaba con ellos. Era uno de los jinetes de don Enrique. Participé en el ataque a la retaguardia del rey. Por eso te digo que no vengo de Toledo. En el asalto a la impedimenta, una saeta hirió a mi caballo. Caí y, aunque por suerte no me rompí nada, me lastimé de muy mala manera esta pierna.

Sentado en la piedra, el mozo se masajeaba el muslo. Juan el Muerto asintió, dando a entender que comprendía. Los trastamaristas, luego de su desastrosa intentona en Toledo, habían evacuado la ciudad a toda prisa. Aunque parecía que huían con el rabo entre las piernas, la fuga no era tal, sino maniobra desesperada. A galope tendido, habían vuelto al puente de San Martín, esperando sorprender por la espalda al ejército real. Pero, mientras cubrían esa distancia, el portón había cedido y los del rey invadido en masa Toledo, ansiosos por fajarse con unos enemigos que ya no estaban allí.

Cuando los rebeldes llegaron al puente de San Martín, sólo quedaban fuera las acémilas con los bagajes. Atacaron en gesto de desafío final, desbandando a arrieros y escoltas. Mataron a quien se puso en su camino y robaron bienes y víveres, antes de volver grupas y huir hacia Talavera al galope. El propio don Pedro, al enterarse, salió a la cabeza de sus guardias a perseguirles, echando humo de rabia. Trabajo costó que se volviese a Toledo.

—¿Cómo es que te abandonaron los tuyos? ¿No hubo siquiera uno que te ayudase?

—Hirieron a mi caballo cuando ya huíamos. Yo era de los que cubrían la retirada y algún balletero de la escolta me debió disparar, oculto tras unas matas. Caí rodando por unas cuevas. Así quedé de malparado, porque no sé cuantos tumbos di con el caballo. No sé cómo no quedé aplastado. Supongo que a esa caída tengo que agradecer que no me vieran luego los del rey.

—Da gracias, sí. No hubieras encontrado piedad en ellos. ¿Cómo escapaste luego?

—Salí a rastras por la noche, esquivando patrullas. Unos hortelanos me escondieron en su choza. Allí he estado hasta ahora.

—Has tenido suerte. Con los tiempos que corren, lo más fácil era que te hubieran entregado a cambio de una recompensa. Eso o asesinarte, despojarte y enterrar tu cuerpo en cualquier descampado.

—¿Suerte? —Martín quiso sonreír, aunque casi parecía a punto de echarse a llorar—. No me ha salido gratis. Me ocultaron y me dieron algo de comida. Sí. Y también estos harapos de peregrino. Pero a cambio se quedaron con cuanto llevaba encima.

—No te quejes. Podían haberte matado para quedárselo a cambio de nada. O primero desplumarte y luego venderte de todas maneras.

—Quizá lo hubiesen hecho. Pero les dejé mi espada, en prenda de que he de volver y darles más dinero.

—¿Y lo harás? ¿Serás capaz de volver para recuperar una espada? —El vagabundo observó curioso a aquel joven hidalgo, tan mal disfrazado de peregrino.

—Por supuesto que sí. Esa espada es herencia de un hombre que fue para mí un padre. La tengo en más estima que a la vida. Casi hubiera preferido dejar en prenda la mano derecha.

—¿Y no tienes miedo de que esos hortelanos la vendan, sin esperar a tu regreso?

—Sacarían menos ganancia y se harían sospechosos de saqueo. —Miró al suelo

con gesto hosco y, de repente, pareció mucho menos joven—. Además, les advertí de que, si hacían tal cosa, les mataría.

Luego de una afirmación tan rotunda, se quedaron los dos en silencio, sentados a la vera del camino, sintiendo la caricia de la brisa, como dos errantes ociosos que disfrutasen del calor del día y de un alto en el viaje. Martín, los ojos aún gachos, fue el primero en hablar de nuevo.

—No sé mucho de lo que ocurrió tras el ataque final. Yo estaba escondido y los que me acogieron no osaban salir tampoco, por miedo a los soldados.

—Demostraron prudencia. Ha corrido mucha sangre.

—¿Qué ha pasado?

—Que don Pedro no ha sido clemente. Han ajusticiado y preso a muchos. Sus esbirros campan a sus anchas por Toledo y alrededores, ejecutando sin trámite a cuantos les parecen sospechosos de trastamaristas o blancos.

—¿Qué ha sido de la reina Blanca?

Juan el Muerto, el báculo sujeto con la zurda, se acarició con la diestra la gran barba, apesadumbrado. Respondió como el que saborea bayas amargas.

—El rey no ha querido ni verla. Se instaló en la casa de Martín Fernández, el Ayo, el que murió de disgusto cuando la revuelta, para no subir al alcázar y no tener que encontrarse con ella. Mandó a Henestrosa que se la llevase presa a Sigüenza.

—¿Sigüenza? Pero si el obispo Barroso lo es de allí...

—¿No te he dicho que don Pedro no se ha mostrado clemente? El obispo Barroso es uno de los que está preso, lo mismo que los hermanos Palomeque y muchos más. Dios se apiade de ellos, porque temo que les espere el cadalso. Y aún han tenido suerte, porque a Pedro Alfonso de Ajofrín y otros vasallos del conde Enrique, a los que culpaban de haberle franqueado la ciudad, los mataron sin juicio ni espera. Y lo mismo han hecho con muchos buenos toledanos, por la rebelión del agosto pasado.

—El rey no ha sido misericordioso, en efecto.

—Algún gesto ha tenido. Pero, en general, se ha mostrado sañudo. No se derramó aún más sangre porque se fue a sitiar Cuenca, que está también alzada. Por eso me he animado a salir: se ha llevado consigo a la mayor parte de sus soldados y los caminos son ahora algo más seguros. En tiempos de guerra, te matan por nada. —Hizo una pausa—. Y tú, muchacho, ¿qué planes tienes?

—Pensaba ir a Aragón. Lo creía más seguro que intentar pasar los puertos, hacia Tierra de Campos. Pero tri me acabas de demostrar que mi plan es locura, y que no llegaré lejos, tome la ruta que tome.

Juan el Muerto sonrió.

—Yo también voy a Aragón. Me conocen en todos los lugares del camino. Si viajamos juntos, tal vez sí puedas pasar por peregrino, puesto que nadie duda de mí. Solo, llamarás la atención y te darán muerte.

Martín alzó los ojos por fin del suelo, ahora atónito.

—¿Por qué ibas a ayudarme? No me conoces de nada.



—¿Acaso no es deber de todo cristiano ayudar al que lo necesita? —repuso el vagabundo, con repentina severidad—. Vivimos muy malos tiempos y, justo ahora, es cuando más debe la gente ayudarse, aunque los haya que piensen lo contrario.

—¿Y si fuese un asesino? ¿Y si estuviese manchado con la sangre de los del Alcaná? Quizá mereciera acabar en manos de los verdugos del rey.

—Dejemos que el rey y sus oficiales se ocupen de impartir justicia. Yo no soy ni uno ni otros, por suerte. Además, si de verdad fueses uno de esos sanguinarios, muerto no podrías enmendar tus errores.

—Te agradezco tu oferta y la acepto. —Martín agitó la cabeza, el rostro de repente más despejado—. Pero mira cómo tengo la pierna. Tendremos que viajar muy despacio, y detenernos con frecuencia.

—Eso me tiene sin cuidado. —El otro, alto, calvo, barbudo, se incorporó con sonrisa patriarcal—. Los que hemos vuelto de entre los muertos no solemos tener mucha prisa por llegar a ninguna parte.

Leonor de Sicilia encontró a don Pedro de Aragón tan alterado, aquella tarde de noviembre, que llegó a temer que tanto trabajo y preocupaciones le hubiesen hecho recaer en sus dolencias. Estaba el rey de paso en Perpiñán, y, además de los asuntos ordinarios del reino, ultimaba su viaje a Aviñón para entrevistarse con el Papa, además de negociar la boda de su hija Constanza con el rey de Sicilia, sin por eso quitar ojo de Cerdeña, de donde había regresado tras pacificar la isla, a costa de mucha sangre y esfuerzos y sin saber en verdad por cuanto tiempo. Pero, para gran asombro de la reina, nada de eso turbaba el ánimo del Ceremonioso.

—¿Yusuf?

Ella le miró más que perpleja, al oírle pronunciar el nombre del rey moro de Granada. El viejo Yusuf, rey durante largos años, había sido asesinado hacía sólo unos días por un loco, mientras rezaba en su mezquita.

—¿Es que hay noticias nuevas?

—No. Parece que, en efecto, fue obra de un demente. Le atacó y apuñaló varias veces, antes de que los guardias pudieran reducirle. Quedó Yusuf muy malherido y no llegó siquiera a la noche. En el momento del atentado, la mezquita estaba abarrotada y el populacho, enfurecido, arrolló a los soldados e hizo pedazos al asesino.

—¿En qué nos afecta eso a nosotros?

—Ya veremos. El nuevo rey será el hijo mayor de Yusuf, Mohamed, que, por lo que sabemos, es un hombre pacífico, más amigo de las artes que de las armas. Lo más seguro es que renueve las treguas con Castilla y no se mezcle en aventuras militares con los benimerines, suponiendo que éstos estén en condiciones de emprender alguna.

La reina había encontrado al Ceremonioso en un gabinete improvisado en su residencia de Perpiñán, cubierto de ropón púrpura, con su sempiterno casquete rojo, entre multitud de documentos que abarrotaban todas las mesas, a la luz de unas cuantas velas distribuidas de forma anárquica. Al observarle, reparó de nuevo en lo mucho que le había castigado la campaña de Cerdeña. Tribulaciones, noches en vela, combates, negociaciones y fiebres tercianas habían enflaquecido al monarca y minado su salud.

—¿Por qué te conturba la muerte de ese infiel? No sabía que hubiese nada entre vosotros dos.

—Y nada había. Nunca le aprecié. No sólo era un pagano y un enemigo, sino también un débil. Y no me gustan los débiles. Pero tienes razón: su muerte me ha afectado.

—¿Por qué?

—Porque Yusuf era parte de los viejos tiempos. —Los ojos oscuros le ardían, como con fiebre—. Los dos Alfonsos y yo libramos una guerra terrible contra la coalición de benimerines y granadinos. Sé que me lo has oído contar docenas de veces. Aquélla fue una guerra gloriosa y ahora veo que fue la mejor época de mi vida, la de las grandes empresas y las hazañas desesperadas. Alfonso de Castilla se fue hace unos años, cuando la gran peste. Y, ahora, al enterarme de la muerte de Yusuf, he sentido una extraña comezón... como la certeza de que mi tiempo, poco a poco, empieza a pasar.

—Comprendo. —Tras una pausa, la reina optó por cambiar de tema—. ¿Qué sabemos de Castilla?

—Don Pedro va aplastando poco a poco la revuelta. La reina doña Blanca sigue presa en Sigüenza y los jefes rebeldes que restan siguen en Toro. Aparte de eso, sólo quedan unos cuantos focos de sublevación, que supongo que irán cayendo.

Doña Leonor asintió, pues conocía ya los hechos clave. Tras la caída de Toledo, en el mes de mayo, la guerra se había inclinado del lado de Pedro de Castilla. Con la reina presa, consiguió la neutralidad de Cuenca, antes de subir al norte y sitiar Toro, refugio de María de Portugal y algunos jefes rebeldes, como don Fadrique y Pedro Carpintero. Otros habían preferido escapar a Galicia, caso de Fernando de Castro o el conde Enrique, aunque este último había dejado en Toro a su esposa.

El verano y comienzos del otoño fueron pródigos en combates y asedios, con suerte diversa para el rey de Castilla, que, pese a algunos reveses ante poblaciones aún rebeldes, iba sometiendo a todo el reino. No habían faltado episodios que ilustraban lo errático del carácter de don Pedro, como cuando primero hizo maestro de Alcántara a Diego de Zaballos, aquel que le avisase de la traición de sus hermanastros, para, al cabo de sesenta días, deponerle y meterle preso, incitado por enemigos del caballero.

—¿Y Fernando? —se interesó la reina.

—Ahí sigue, intrigando. He requerido de nuevo al rey de Castilla para que le pare los pies, en lo que a los intereses de Aragón toca. Pero ya veremos si me hace caso.

—Habría que haberle hecho matar hace tiempo, cuando había oportunidad.

—A él y a su madre —bufó el Ceremonioso—. Ahora está fuera de mi alcance. Pero que se cuide Pedro de Castilla. Fernando no sabe lo que es la lealtad.

—Así se revuelva contra él.

—Ya lo hizo, y lo volverá a hacer.

—¿Tú crees?

—No tengo la menor duda. Pedro de Castilla no sigue una política clara. Es un timonel enérgico, pero que no sabe qué rumbo busca. En esas condiciones, su trono es un barco librado a la suerte. Y la suerte es tornadiza. El año pasado era casi prisionero de sus nobles, ahora los tiene derrotados... hasta que el viento vuelva a cambiar. Esperemos, querida esposa, que uno de los bandazos de la Fortuna no lance

a su barco contra el nuestro.

Un mensajero, al galope sin descanso, fue el primero en llevar hasta los reales de don Pedro, a las puertas mismas de Toro, noticia de lo ocurrido el 27 de noviembre cerca de la villa de Tarancón. En la tarde de ese día, Juan de Villagera, hermano bastardo de María de Padilla, nombrado por el rey maestro de Santiago, mientras campeaba por tierras de la orden había ido a toparse con otro grupo de santiaguinos, fieles éstos al anterior maestro, don Fadrique. Villagera llevaba días esperando un encuentro así, ya que, si se encontraba recorriendo el maestrazgo de Santiago era por asegurar poblaciones y fortalezas para la causa del rey. Trataba de sacar ventaja a que don Fadrique se había visto obligado a cruzar la sierra hacia el norte, tras el desastre de Toledo, pero no por eso esperaba que la campaña se saldase sin lucha.

Avisado por sus ojeadores, Villagera había mandado formar en batalla y reducir el paso, antes de detenerse por completo, a la vista ya de la hueste enemiga. Como ocurría a menudo, en esa época y parajes, flotaba una bruma lechosa que, de forma ocasional, se volvía ora neblina e incluso niebla espesa. Cuando eso pasaba, los hombres a caballo se convertían en poco más que sombras entre los vapores arremolinados, obligando a cabalgar con suma precaución, para evitar una mala caída. Pero, en esos instantes, con visibilidad bastante y, entre los velos blanquecinos de bruma, el maestro Villagera pudo reconocer sin dificultad a sus enemigos.

Los que le habían salido al paso sujetaban con mano firme los corceles, lanzas en mano. Algunas sobrevestas eran blancas y otras muchas pardas; pero todas esas lucían por igual grandes cruces rojas de Santiago. Además, junto a ese grupo homogéneo se alineaban caballeros de sobrevestes coloridas y distintos blasones sobre los escudos. Los primeros eran freires y pardos santiaguinos, fieles a don Fadrique y mandados por Gonzalo Mejía, comendador en Castilla. Los segundos debían ser banderizos de Gómez Carrillo, un hidalgo muy ligado a la orden sin ser miembro de la misma, partidario de don Fadrique, que ya había tenido ocasión de destacar en aquella guerra.

La neblina espesó unos instantes, de forma que las figuras a caballo se perdieron casi de vista. Luego se abrió tanto que el sol brilló fugaz sobre ellos, tiñendo el paisaje con el dorado de la tarde y arrancando destellos a las puntas de las lanzas. Al fondo, entre bancos de niebla y nubes bajas, asomó la mole del monasterio-fortaleza de Uclés, sede oficiosa de la orden, punto estratégico y principal causa de que los dos grupos rivales hubieran ido a verse las caras en aquellas parameras salpicadas de pinares. Después, las nieblas se cerraron de nuevo y el monasterio desapareció de la

vista, como lo hacen las imágenes de los sueños.

Villagera, con armadura, almófar y vesta blanca con la roja de Santiago, se apoyó en el arzón para tratar de calibrar las fuerzas enemigas. En número les superaba, ya que Mejía debía contar, a ojo, con un centenar escaso, en tanto que a él le seguían más de ciento cincuenta a caballo. Ambos grupos iban armados de forma similar: muchos a la castellana, con armaduras más ligeras que las de los reinos del norte, lo que permitía cabalgadas rápidas, así como prescindir de mozos y escuderos. El resto a la jineta, sin defensas de ninguna clase, armados a la ligera, con espadas y dardos.

Pero, aparte del número, había que valorar la cohesión y catadura de los que formaban cada grupo, y eso era lo que preocupaba a Villagera mientras examinaba a sus enemigos. De haberse girado en la silla para evaluar a sus propias fuerzas, sus ojos no hubieran encontrado más que un puñado de vestes blancas, ya que la gran mayoría de freires se habían declarado por don Fadrique. En cuanto a sus pardos, aunque estaban sin duda tan hechos a la guerra como los de Mejía, eran casi todos mercenarios reclutados hacía muy poco, gracias a las riquezas de la orden capturadas tras el desastre de los blancos en Toledo. Casi todos los pardos santiaguinos habían optado también por su antiguo maestro, lo que obligó a esa recluta apresurada. En cuanto al resto de sus seguidores, eran amigos y parientes, y algunos vasallos del rey. Villagera, veterano y prudente, sabía de sobra lo que pesaba en la guerra la cohesión; algo en lo que los de enfrente le ganaban con holgura, merced a años de cabalgadas juntos.

Bancos de nubes rasas pasaban arrastradas por el viento y convertían a los pinares próximos en moles oscuras. Reinaba esa atmósfera casi sobrenatural que acompaña a las nieblas, cuando las formas se difuminan, las distancias parecen cambiantes y cada sonido —toses, tintineo de metales, patear de caballos— resuena con ecos extraños. Desde arriba, les llegó el graznido largo de un ave, que reverberó interminable por los páramos. Villagera no pudo evitar golpear los nudillos contra la madera de su silla de montar, ya que, aunque hombre pragmático, se había criado entre gentes que creían de forma ciega en signos y agüeros, y uno nunca se libra del todo de sus costumbres de infancia.

Delante, entre el agitar de velos lechosos, los de Mejía se agitaban ahora, dispuestos a lanzarse a la carga a través de esos llanos cubiertos de matojos. Iñigo de las Cuevas, la cabeza cubierta de almófar y capelina, hizo avanzar a su corcel para ponerse junto a Villagera y señalar, con la barbilla, a los enemigos.

—¿Qué mandas, maestro? Esos van a atacar de un momento a otro.

El aludido, acodado aún sobre el arzón, los párpados entornados, dejó vagar un último instante los ojos sobre aquellos hombres de armadura y pendones al extremo de lanzas, sobre caballos que se agitaban y sacudían, entre los remolinos de neblina, antes de enderezarse y sacudir la cabeza, como el que quiere espantar el sueño.

—Sólo cabe luchar. Ni ellos ni nosotros tenemos más opción. —Levantó de repente el vozarrón—. ¡Cubríos! ¡Formad en batalla!

Él mismo se caló el yelmo de hierro, forrado en tela blanca, para evitar que el sol lo recalentase y el frío lo tornase gélido. Con mano firme, disipada ya del todo esa extraña somnolencia que se había apoderado de él mientras observaba a sus enemigos moverse entre nieblas, como personajes de los sueños, hizo girar a su montura, para supervisar a los suyos, antes de dar orden de atacar.

A galope tendido, lanzas en ristre, con gritos de guerra y estruendo de cascos, las dos formaciones se lanzaron a través de los vapores arremolinados, entre los matojales estremecidos por el viento, para ir a chocar con tal estrépito que se oyó en gran distancia a la redonda. Iñigo de las Cuevas, uno de los supervivientes de aquella jornada aciaga para las armas del rey, tiempo después, con una jarra de vino entre las manos, llegaría a comparar aquel encontronazo con el de una piedra contra una sandía. La segunda, aunque más grande, es menos dura, y así, como una sandía de cantazo, reventó la formación de Villagera, incapaz de soportar el empuje de los de Mejía.

No se debió a distinto armamento, menor velocidad o terreno adverso, pues se encontraron en llano, sin ventaja para nadie. La diferencia estuvo en esa cohesión que tanto preocupaba a Villagera, en la convicción, en la rabia que movía a los de Mejía. Los de Villagera se hundieron, recularon o salieron de flanco, con los caballos casi desbocados. Los corceles caían por tierra, saltaban en pedazos las varas y los hombres volaban por los aires, arrancados de las sillas de montar a lanzazos. Entre los que cayeron en aquel primer encontronazo demoledor, con el caballo muerto y la lanza quebrada, estaba el propio maestre Villagera, sobre el que se habían concentrado varias puntas enemigas, y al que los que le rodeaban no acertaron a proteger.

Veterano como era, pese a los golpes y la vorágine, logró evitar verse atrapado bajo su montura muerta y, soltando el trozo de destrial, aún tuvo tiempo de echar mano a un martillo de guerra que llevaba colgado de la silla e incorporarse. Pero, antes de que nadie pudiera acudir en su socorro, sin dar le tiempo siquiera a erguirse del todo, entre varios de sus enemigos le alancearon con saña. Cuevas, que fue de los que había hecho girar a su caballo para auxiliarle, pudo contar que el maestre recibió tres lanzazos, uno de ellos por la espalda, mientras se levantaba rugiendo, martillo de guerra en puño. Luego le clavaron varios hierros más, caído ya en el suelo.

Los suyos, ya deshechos, se desbandaron a su muerte. Cada cual procuró salvarse como pudo y la batalla se volvió espantada en las cuatro direcciones, perseguidos a través de la bruma y los bancos de niebla por unos vencedores sedientos de sangre. Ni la muerte del maestre ni lo que le siguió sorprendieron demasiado a nadie, ya que aquello fue la culminación de una fractura en el seno de Santiago, con mucho odio y cuentas pendientes por medio. Así que allí no rigieron las leyes normales de la guerra, ni hubo mano que se detuviese ante la posibilidad de ganar por rescate de prisioneros.

El que no logró huir fue muerto sobre el terreno, y más de uno pudo dar gracias a que el tiempo neblinoso de la tarde le ayudase a salvar la vida. Los vencidos, con el pellejo en peligro, arriesgaron más. Los vencedores, temiendo que sus corceles

tropezasen y se rompiesen los remos, tiraron de las riendas y desistieron de perseguirles entre los vapores. También algunos heridos y descabalgados lograron escabullirse entre los bancos de bruma.

Pero pocos tuvieron tanta suerte. Muchos de los de Villagera fueron alanceados o muertos a golpes de maza, martillo y daga. A media docena de sus pardos, incluso, se los llevaron a rastras hasta un pino muy alto y viejo y, pese a sus gritos, les ahorcaron en las ramas más bajas. Luego, los de Mejías se marcharon a Uclés, dejando aquel páramo sembrado de cadáveres de hombres y caballos. Algunos labriegos de la zona, que se acercaron a la caída de la noche, en busca de algo de botín o por simple curiosidad, se toparon con la estampa del pino largo, entre los remolinos de niebla, con cadáveres casi desnudos oscilando de las cuerdas.

Huyeron espantados y nadie osó tocar los restos, de forma que quedaron ahí colgados, a merced de las aves de rapiña y la intemperie. El árbol solitario cogió fama de maldito y, durante muchos años, nadie se acercó a él de buen grado, o pasó siquiera cerca tras la puesta del sol, no fuese que le salieran al paso las ánimas condenadas que se escondían entre sus ramas. Así fue durante décadas, hasta que, durante una tormenta de verano, un rayo lo golpeó e hizo arder hasta las raíces. Los lugareños lo consideraron un acto casi divino, que ponía fin a la maldición y liberaba las almas presas. Y, a partir de ese día, como nadie más afirmó haber visto espectros cerca del pino, ni oído alaridos a lo lejos, la historia fue cayendo poco a poco en el olvido, hasta perderse del todo en el olvido de las gentes.



A Lope de Cañizares, presente en el asedio de Toro, le llamaron para dar escolta al privado del rey, don Juan de Henestrosa, tras la caída del sol. Ni le dieron explicaciones, ni él las pidió, y se limitó a acudir a la hora y lugar señalados, fuera del campo real. Al principio, por la hora tardía, lo discreto del sitio y la guardia escasa — media docena de hombres, dos de ellos con antorchas—, el alguacil real supuso que se dirigían a alguna negociación nocturna con rebeldes. Pero no tardó en salir del error.

A pie, guiados por un caballero taciturno al que no conocía, se adentraron por las huertas de la margen sur del río, escenario en los últimos días de combates feroces con los de Toro. No disponían de más luces que las de los hachones, pues era noche de luna nueva. Hacía frío y el viento agitaba las llamas, mientras ellos iban de acá para allá, guiados por aquel hidalgo que, de tan parco en palabras, bien pudiera ser mudo. El resplandor de los hachones mostraba cadáveres por doquier y, como dedujo enseguida Cañizares, Henestrosa debía de estar buscando a algún muerto en concreto, con ayuda del caballero silencioso, a juzgar por cómo los dos iban de un cuerpo a otro, y que el consejero reclamaba a veces que acercasen las antorchas, para alumbrar



más algún rostro.

Había muchos cuerpos, por todos lados, ya que aquél era el escenario de los enfrentamientos más duros en esa orilla, no lejos del puente sobre el Duero. De hecho, tan cerca estaban de la torre que guardaba ese puente —defendida con uñas y dientes por los rebeldes—, que Cañizares no podía por menos que temer que, si seguían mucho tiempo por allí, los de la guarnición viesan las luces de las antorchas, con el riesgo de que algunos de ellos se deslizaran entre las sombras para atacarlos por sorpresa.

Las llamas de los hachones se alborotaban a los golpes de viento. Cañizares, que llevaba su almete de pico de gorrión, con la celada levantada, aguzaba oídos, tratando de captar sonidos sospechosos. La oscuridad de las huertas estaba punteada de toda clase de ruidos, difíciles de identificar, y alguna vez creyó intuir sombras que se escabullían, justo en el límite de la luz; pero podían ser cualquier cosa, desde ilusiones ópticas a saqueadores, de esos que rondan los campos de batalla en busca de lo poco que dejan los vencedores.

Los cadáveres estaban en ropa interior o del todo desnudos, con las carnes manchadas de tierra y sangre seca. Henestrosa, que ceñía espada y debía llevar cota de malla bajo el manto negro, caminaba sombrío, las manos en las mangas, sin su habitual aire desenvuelto. Si al principio Cañizares creyó que esa tristeza de ánimo se debía a la muerte de Juan de Villagera, luego, al ver cómo se afanaba entre los muertos, concluyó que debía de haber perdido a alguien más, al que ahora andaba buscando.

Entre el aleteo de las luces, el caballero guía giraba la cabeza sin cesar, puede que algo desorientado por las tinieblas. Nadie sabía cuántos hombres habían muerto en los últimos días. Cayeron altos y bajos, culminando a veces rencillas iniciadas largo tiempo atrás. Aquella misma mañana, por ejemplo, había perdido la vida un joven escudero de Diego de Padilla, Diego de Porras, al que acusaban de ser el ejecutor del viejo maestro de Calatrava, Juan de Prado. Fue muerto por Pedro Carpintero, sobrino del asesinado, que se lo encontró en mitad de la batalla. Eso contaban y, fuese verdad o mentira, Porras ya no era más que otro cadáver roto y algunos decían por lo bajo que así se cumplía la justicia del Señor.

Con un siseo, el guía reclamó a los de los hachones, al tiempo que señalaba con la diestra un cuerpo tendido entre surcos pisoteados. Henestrosa, con expresión más negra que nunca, se acercó con lentitud, como reacio. El finado, que yacía bocabajo, había sido joven y fuerte, y ahora sólo le cubría una camisa interior, rasgada y sucia. Henestrosa se arrodilló a su lado y, con manos casi temblorosas, le elio la vuelta para examinar el rostro exánime.

Al resplandor rojizo, Cañizares acertó a reconocerle, pese a la suciedad y la sangre ya seca. Juan de Caduerniga, otrora amigo de Henestrosa, que llegó a entregarse a los rebeldes como rehén por él, y que luego se unió a ellos, al sentirse abandonado. Henestrosa, tras comprobar su identidad, volvió del todo el cuerpo. Trató de limpiarle

un poco la cara. Luego se santiguó, antes de quedarse largo rato inmóvil, rodilla en tierra, los ojos puestos en ese rostro muerto sobre el que danzaban las luces de las antorchas, creando a veces la ilusión de que gesticulaba.

Quizá rezaba por el muerto, o estaba sumido en recuerdos y pensamientos. Nadie se le acercó y se creó así una escena extraña; una composición fantasmagórica como las que pintaban sobre tabla algunos artistas macabros. En el centro, el notable castellano de ropón negro, arrodillado ante el muerto. A un paso, los dos pajes con antorchas. Luego, a diversas distancias, hombres de armas en la penumbra, observando inmóviles. Y más allá, en casi oscuridad, cadáveres tendidos.

Nadie sabía decir cuánto tiempo pasó. Cañizares fue el que se atrevió a adelantarse para carraspear en voz baja.

—Señor. Con todo respeto, creo que debiéramos irnos. Llevamos aquí demasiado. No estamos lejos del puente de Toro y los centinelas tienen que haber visto nuestras luces. Ellos están desesperados, nosotros somos pocos y tú eres una presa apetecible.

Henestrosa alzó la cabeza para mirarle con ojos que estaban lejos. Por un instante, fue como si no supiera dónde se hallaba o de qué le estaban hablando. Luego asintió, antes de incorporarse con trabajo, como si le hubieran caído de golpe años encima.

—Cierto, alguacil. Lo último que quisiera es que, esta noche, muriesen más hombres por mi culpa, del bando que sea —susurró tan quedo que los más alejados no llegaron a entender sus palabras.

—¿Qué hacemos con él, señor? —Cañizares no quiso llamar al muerto por su nombre, para que Henestrosa no supiera que lo había reconocido.

—Fabricad unas andas con lanzas y capas, lo más rápido que podáis. Vivo, que nos lo llevamos. Mañana, sin falta, hay que mandar parlamentarios a la torre del puente. Es preciso sepultar como Dios manda a todos estos desdichados. No es de cristianos dejar a los difuntos tirados como a reses muertas, para pasto de los buitres.

En los días siguientes, el rey don Pedro siguió enviando a sus fuerzas contra el puente de Toro, hasta que los defensores, abrumados, hubieron de retirarse a la torre que lo defendía, renunciando a combatir en la ribera del Duero. Limpio ya el terreno de oposición armada, los del rey se lanzaron a conquistar esa boca del puente, puerta de la villa a la margen sur. Los de Toro, conscientes de que su pérdida les dejaría bloqueados, permitiendo a sus enemigos concentrarse en la orilla norte y estrechar el cerco, hicieron cuanto estuvo en su mano por sostenerla.

La torre era baja y de muros no muy sólidos, pero los de dentro suplieron todo con coraje. Los atacantes, a su vez, acuciados por un monarca cada vez más encolerizado, se echaron en masa al asalto. El propio don Pedro estuvo presente en los ataques, sobre caballo negro, rodeado de pajes que tremolaban pendones de Castilla y León, así como el rojo con franja dorada de La Banda. Rechazados en los asaltos directos, los realistas comenzaron a batir la torre mediante ingenios, arrojando rocas que se estrellaban contra los muros con estruendo, haciendo retemblar toda la estructura. Eran máquinas de guerra ligeras, para proyectiles de poco peso, aparte de que los ángulos de tiro no eran buenos y los defensores hostigaban a los artilleros con sus saetas. Pero aun así la torre iba derruyéndose y Henestrosa, siempre reacio a malgastar vidas, al ver cómo el rey se impacientaba cada vez más, mandó avanzar a dos bastidas.

Esas torres de asalto —armazones de madera cubiertas de cueros, con escalera a la zaga, así como plataforma y puente levadizo en lo alto— quizá no hubiesen funcionado con otro tiempo atmosférico. Los últimos días habían sido gélidos y nublados, con chubascos sueltos de aguanieve. Las lluvias debieran haber enfangado el terreno, pero las heladas nocturnas habían congelado el barro, permitiendo así mover las bastidas.

Al verlas llegar, los defensores comenzaron a disparar desde aspilleras, adarves e incluso algunas grietas de los muros. Se entabló un combate desesperado. Lanceros, maceros y espadados avanzaban junto a las bastidas, tras escudos blasonados, mientras sus ballesteros arrojaban andanadas de saetas contra la torre. Los de dentro, sin amilanarse, respondían con gritos guerreros, flechas y escándalo de hierros, al tiempo que, desafiantes, ondeaban el pendón de Toro junto a otro albo, con la Virgen Blanca de Toledo, enseña de la ahora presa reina doña Blanca.

Las dos bastidas se acercaban pesadas, muy despacio, entre recrujir de maderas y traqueteos, empujadas por una multitud de hombres agolpados detrás. Caían ráfagas

suestras de lluvia helada, arrastradas por un viento que de tan gélido cortaba. Los ballesteros del rey, parapetados tras grandes pavesea triangulares, clavados en el suelo duro, se veían obligados a agachar la cabeza, para que el ala de sus bacinetes les resguardase del viento y el agua cuando tensaban sus armas.

Entre los muchos que participaron en aquel asalto final al puente, estaba Diego de Padilla, maestre de Calatrava, que luchó al pie mismo de la torre, con tanto arrojo que su hazaña fue luego muy comentada. En todo momento estuvo en primera línea, bien visible gracias a la veste y escudo blancos, con las negras de Calatrava, rodeado de freires y pardos de su orden, arrostrando las saetas y piedras de los defensores. Dirían luego que obró así porque en Toro estaba Pedro Carpintero, maestre cismático y enemigo jurado suyo. Se sabía muy contestado por ser su cargo imposición del rey, así como por el asesinato de su antecesor, y buscaba una hazaña. Otros dirían, por contra, que si luchó con tanto valor fue enardecido por la muerte de su hermano bastardo, Juan de Villagera, también maestre de orden militar por mandato real.

El griterío, repicar de metales, silbido de flechas, crujir de maderas y cueros en las bastidas, ensordecían. Se luchaba con furia por ambas partes. Los de la torre, sin arredrarse ante la granizada de saetas realistas, habían subido a los adarves para arrojar rocas contra los que ya se agolpaban ante sus puertas, con hachas y mazas, sin esperar a la llegada de las bastidas. Los del rey hormigueaban alrededor de la torre, sin que los de la defensa dieran abasto a rechazarlos, abrumados por los tiros de ballesta.

En aquel tumulto, entre ráfagas de aguanieve y clangor de armas, alguien acertó con una roca de buen tamaño al maestre de Calatrava. Padilla no vio llegar el proyectil y, pese a embrazar escudo, el canto le quebró el brazo derecho. Se fue al suelo del impacto, rugiendo de dolor. Los suyos se agolparon en su redor, alzando las adargas para protegerle, de forma que, en un pestañeo, quedó oculto bajo una tortuga de escamas triangulares, blancas con cruces florlisadas negras.

Por unos momentos, todo fue confusión e incluso el mismo ataque vaciló un tanto, mientras los defensores, pese a su situación desesperada, viendo a quién habían abatido, prorrumpían en voces de victoria y redoblaban los lanzamientos sobre el oleaje humano al pie de la torre. Pero no tardó en imponerse el número y la disciplina, así como la cólera encendida en los calatravos, que, tras poner a salvo a su maestre herido, avanzaron resueltos contra la puerta.

Entre vuelo de saetas y golpazos contra el portón, las bastidas llegaron por fin junto a la torre, algo estorbadas por sus propios combatientes. El puente levadizo de una de ellas descendió sobre los adarves, descubriendo al grupo de asalto que se apiñaba detrás, con escudos, montantes y mazas. Pero, para cuando el primero de ellos hizo pie sobre la torre, los defensores ya la habían desalojado por el lado del puente. Tras atrancar la trampilla de lo alto, para ganar algo de tiempo, retrocedían apiñados, protegiéndose con los pretilos de piedra y sus propios escudos en alto.

A Juan de Beaumont, que lo mismo que Martín Abarca participó en esa última defensa de la torre del puente, le tocó vivir esa retirada amarga, entre golpes de

aguanieve, ráfagas de viento e impacto de saetas contra los escudos. Abarca, al que tenía codo con codo, resopló como un toro.

—Ahora sí. Esto se acaba —gruñó entre dientes, con la adarga sujeta a dos manos, agazapado en posición incómoda, para evitar que, por su gran tamaño, le cosiesen a flechazos.



Juan de Beaumont habría de recordar en días posteriores esa frase, oída en el fragor de una retirada, aunque sólo fuera para decirse que a veces los finales, aun siendo inevitables, pueden demorarse largo tiempo. Los rebeldes, aislados dentro de Toro, sin poder esperar auxilio de las pocas poblaciones todavía rebeldes al rey, perdían moral y pasaban privaciones, pues les faltaban los víveres y los vecinos de la villa les eran cada vez más hostiles. Por eso don Pedro, tras conquistar el extremo del puente, había interrumpido las operaciones armadas. Contaba con ganar Toro sin lucha, por desertión de rebeldes y pacto con los lugareños, que no deseaban ver su villa devastada por una lucha en el fondo ajena.

De esa forma, por Navidades se instaló una tensa paz en el sitio de Toro y, cuando pasó Año Nuevo sin nuevos ataques, algunos ingenuos quisieron creer que el rey se sentía inclinado a negociar un perdón. Juan de Beaumont escuchó esa patraña repetidas veces, más en corros callejeros y a la puerta de iglesias que en tabernas, porque, afectado también él, a su manera, por el derrotismo que se respiraba en Toro, había vuelto a dar la espalda a lo mundano. Deambulaba durante horas pese al frío y las nevadas, envuelto en su capa, evitando tabernas y conocidos, sumido en reflexiones, y también en recuerdos, como les ocurre a muchos cuando se ven en trance de posible muerte.

Las relaciones entre los restos rebeldes y los vecinos de Toro se enturbiaban de día en día, aunque nunca saltaron las chispas. Los primeros andaban escasos de comida; sin dinero, no podían comprarla ni se atrevían a tomarla por la fuerza. Los sucesos de Toledo estaban en la mente de todos y nadie quería un combate dentro. Los toresanos se sentían víctimas de las circunstancias. Fieles primero a don Pedro, estaban en el bando rebelde sólo porque en su día doña María de Portugal les mandó abrir sus puertas al entonces todopoderoso ejército blanco. Y así se veían cercados, abocados a un asalto final que podía resultar devastador.

Corrían rumores sobre negociaciones secretas entre los vecinos y don Pedro. Como para compensar, los más ilusos daban crédito a las hablillas más desatinadas, como que la situación en el campo real era difícil por falta de viandas, o que Fernando de Castro y el conde Enrique aprestaban ejércitos en Galicia y Asturias, para invadir otra vez Tierra de Campos. Chismes disparatados que morían igual de rápido que

nacían, sólo para ser sustituidos al día siguiente por nuevas fábulas.

Pero cualquier esperanza se esfumó a finales de enero, de forma tan brusca como inesperada. Juan de Beaumont no fue testigo de lo que sucedió pero, a lo largo del día, lo oyó contar hasta la saciedad, en versiones que ya iban variando algo entre sí.

Era 24 de enero y, aunque estuvo nevando en días previos, durante la madrugada se habían abierto los cielos. Al ver la mañana despejada, don Fadrique, maestre de Santiago, tuvo la ocurrencia de salir a cabalgar a orillas del Duero, con unos pocos hidalgos de escolta. Vadearon aguas poco profundas, hasta una isla situada frente a la villa y allí les vio Juan de Henestrosa, que deambulaba por la ribera contraria. Se dijo después —fuese o no cierto— que este último andaba bajo de ánimos, harto de tanta muerte que, en los últimos tiempos, había tocado también a su familia. En los días previos, había tratado sin éxito de que el rey ofreciese algún tipo de perdón a los últimos rebeldes y, al divisar a don Fadrique en la isla, no fue capaz de quedarse quieto.

Henestrosa fue otrora vasallo de don Fadrique, ya que, siendo este último muy joven, el rey Alfonso XI le había organizado su Casa con caballeros de confianza, uno de ellos Juan de Henestrosa. Movidado por el recuerdo de esos tiempos, y tal vez de un don Fadrique poco más que niño, el consejero real no dudó en acercarse a su caballo a la misma vera de las aguas, para llamar la atención a gritos.

Con grandes voces, recordó primero al maestre aquella época y cómo él siempre se había portado con lealtad, antes de encarcelarlo a cruzar el río para buscar el perdón del rey. Aquellos que llegaron a oír el diálogo de orilla a isla juraban que el maestre rehusó al principio, tanto por temor a su irascible hermanastro como por vergüenza a abandonar a sus compañeros de rebelión.

No dejaba Henestrosa de rogarle que cruzase, mientras aún estaba a tiempo. Tanto porfiaba que el maestre acabó por asustarse, convencido de que Toro había de caer en breve. Y en esa tesitura, mientras titubeaba, se produjo un desenlace dramático que haría luego famoso el incidente en toda Castilla.

El rey don Pedro había tenido la misma idea que el maestre —no en vano eran hijos del mismo padre— y, al ver el día claro, salió a cabalgar por los alrededores de su campamento. Quiso la suerte que no anduviera lejos y que se acercase, atraído por las voces. Al ver a su hermanastro en una madeja de dudas, se acercó él mismo al pie del agua, llevado por uno de sus arrebatos, o tal vez del cálculo frío del que ve una oportunidad de oro.

Llamó a gritos a su hermano bastardo y éste, al volver la cabeza, cada vez más desconcertado, le vio en la orilla, bajo las ramas cargadas de nieve, a caballo. Con frases sonoras y aspavientos, el rey animó al maestre a hacer caso a Henestrosa; a llegarse hasta él con sus acompañantes, sin temor alguno. Los testigos oculares dijeron que entonces don Fadrique ya no dudó más; que azuzó al caballo, seguido por todos los suyos, para vadear aquel brazo de río, entre grandes chapoteos y espumar de aguas frías.

Al saber que el maestro de Santiago y Henestrosa estaban hablando en el río, muchos curiosos se acercaron a observar y, aunque pocos pudieron escucharles, al ver cómo primero el rey se unía a la conversación y luego que los del maestro cruzaban, un sudario de temor envolvió a los presentes. Y, cuando echaron pie a tierra para besar las manos de don Pedro, el miedo se convirtió en un pánico tan contagioso como la misma peste, que no tardó en infectar hasta el último rincón de la villa asediada.

Los más bravos se armaban, entre denuestos contra el traidor don Fadrique, prestos a vender cara la vida, en tanto que otros buscaban escondite o un amigo realista que pudiera avalarles en ese naufragio final de la causa blanca. Los había también que reunían cuatro cosas con intención de huir, solos o en grupo, antes de que se produjese una invasión de la villa que ya todos daban por hecha. Los vecinos, por su parte, se atrancaban en casa o acudían en familias enteras a las iglesias, temiendo un baño de sangre en las calles de Toro.

Martín Abarca, que recorría las callejas armado hasta los dientes, ceñudo ante el espectáculo de una defensa que se hundía sin que se disparase una sola saeta, se topó de frente con Juan de Beaumont, que caminaba a buen paso, con su gran espada y un pequeño hatillo al hombro, y una expresión pensativa en el rostro de barba castaña, ya salpicada de canas.

—¿También tú escapas, Juan? —le requirió, con aspereza.

—A ti andaba buscándote. Hay que salir de Toro o morir degollado por los alguaciles de don Pedro.

—No hay salida, Juan. —El gigante barbudo meneó la cabeza—. Los del rey han cerrado todos los caminos. Hay patrullas por todas partes, más a ambos extremos de la ribera, para asegurarse de que no se escapa nadie. Ya lo han intentado unos cuantos y han tenido que volverse. Los ballesteros acribillan a cualquiera que trata de forzar el paso. Toro se ha convertido en una ratonera.

Pasaba aún gente, arrastrando a sus hijos, en busca de algún templo en el que refugiarse. Fuera de ellos, las calles de Toro estaban desiertas. Era ya crepúsculo y, como de nuevo el cielo se iba nublando, la luz menguaba con rapidez, como si la noche tuviese prisa en adueñarse de todo. En aquel ocaso tan rápido, entre el aullido del viento que corría por las callejas, Juan de Beaumont se había reacomodado hatillo y espada sobre el hombro, antes de poner ojos serios en su pariente.

—Martín, hay que salir de esta trampa lobera.

—¿Y cómo?

—Por el río. Si no se puede costear, hay que echarse al agua. Todo es cuestión de esperar a que caiga la noche, echarle valor y nadar hasta la otra orilla.

—Allí habrá también patrullas.

—Pocas. El ejército real cruzará el puente en cualquier momento. Un grupo de toresanos se han hecho fuertes en la puerta de Santa Catalina. De momento, dejan entrar y salir a todos, sin molestar a nadie. Pero está claro que piensan mantenerla

abierta para las tropas de don Pedro. Hay que salir ahora mismo, aguardar en la ribera a que crucen y echarse entonces al agua, cuando tengan la atención puesta en este lado del Duero.

—No sé nadar, Juan. Me ahogaría sin remedio.

Beaumont contempló adusto a su gigantesco interlocutor.

—Maldita sea, Martín. ¿Cómo es posible? Deberías haber aprendido.

—Ahora ya es un poco tarde. Además, tú también te ahogará, sepas nadar o no. El agua está helada.

—Correré ese riesgo. Soy buen nadador y creo poder llegar a la otra orilla.

—¿Cargado con esa espada?

—Sé que puedo. Conozco un lugar por donde se puede vadear un trecho. Luego, nadaré el resto.

—No sé yo quién de los dos corre más peligro, si tú en el río o yo aquí. Probaré a quedarme en Toro. Doña María se ha refugiado en el alcázar, con doña Juana Manuela y algunos caballeros. Iré a reunirme con ellos, a esperar lo que traiga el nuevo día.

Beaumont hizo aún amago de replicar, pero Abarca se lo impidió, señalando al cielo, que oscurecía a gran velocidad.

—Ni tú me vas a convencer, ni yo a ti. Acércate al río, antes de que se te haga de noche, no sea que los del rey crucen y te impidan esa locura. Además, te será más difícil moverte por la orilla en plena noche, porque no podrás encender luces. Mejor que llegues allí antes. Yo también me voy ligero, en mi caso al alcázar, antes de que cierren las puertas y me dejen fuera.

Miró ceñudo al otro.

—Dame un abrazo, anda, y vamos a desearnos suerte, por si no volvemos a vernos.

Se estrecharon con fuerza, Beaumont sintiendo bajo el manto del otro los anillos de la cota de malla. Luego, sin más palabras, cada uno echó a andar en dirección distinta, por callejas ya en penumbras y del todo solitarias, abandonadas al viento.



La noche del 24 al 25 de enero de 1356 fue, en Toro, tan pródiga en terrores que, muchos años después, aún seguiría en boca de aquellos a los que les tocó vivirla. Una madrugada negra, fría, en la que figuras furtivas se escabullían por callejas oscuras, entre el silbido del aire, al resplandor de lámparas muy tenues. Los rebeldes que habían confiado en los muros de Toro tenían esa noche motivos de sobra para lamentarse, mientras deambulaban buscando en vano refugio o escapatoria.

Como todos temían, el rey había pactado con varios hidalgos toresanos la entrega



de la puerta de Santa Catalina y, ya muy de madrugada, sus tropas comenzaron a cruzar el puente sobre el Duero, para ocupar la villa. El propio monarca entró con los suyos, entre piafar de caballos, tintineo de metales y resplandor de antorchas, aunque se detuvo en esa parte de la ciudad a esperar el alba. Los vecinos aguardaban en sus casas, mientras cundía entre los rebeldes *el sálvese quien pueda*. Unos intentaron salir de Toro, pero los del rey custodiaban ya las demás puertas. Otros se echaron al Duero y casi todos se ahogaron, pues las aguas bajaban muy frías en esa época. Los hubo que se escondieron en casas de amigos, en iglesias o, sencillamente, se quedaron en sus posadas, a esperar a que fuesen a buscarlos. Unos pocos se refugiaron en el alcázar, junto a doña María de Portugal. Y, mientras tanto, algunos vecinos iban por las casas, dando salvaguardas a parientes y amigos, e instándoles a que, de ningún modo, ocultasen o ayudasen a los enemigos del rey.

Asomó un alba desapacible, gélida, de luces grises y vientos que parecían querer arrancar los pendones de sus mástiles. Las banderas chasqueaban y el cielo estaba cubierto de nubes negras cargadas de nieve. Pese a que ya había algo de luz, las calles seguían vacías y ninguna campana tocaba a primera misa.

Pedro Carpintero había subido a lo alto del alcázar y, asomado a las almenas, observaba la villa desierta. Estaba solo en los adarves, pues los escasos guardas habían desertado a lo largo de la noche, dejando incluso las puertas abiertas. Sólo quedaban allí los hidalgos que guardaban a doña María de Portugal, así como algunos rebeldes que no tenían adonde ir y que se daban por muertos en caso de ser capturados. Mientras paseaba envuelto en su capa blanca, con la negra de Calatrava bordada en un hombro, el maestre cismático echaba miradas a las nubes negras, diciéndose que, si descargase nevada copiosa, más de uno tendría una opción de descolgarse por las murallas, a la desesperada, para tratar de huir campo a traviesa. Pero no lo quiso así la suerte y ni un solo copo cayó mientras amanecía y la oportunidad se esfumaba.

Paseando por los adarves de ladrillo del alcázar, contemplando las callejas vacías y las almenas abandonadas, con los pendones de Castilla y León flameando en el vacío de esa mañana gris, Carpintero no podía por menos que recordar al difunto Alfonso Coronel. Pensar en la soledad de aquel ricohombre durante sus últimas horas en Aguilar, conquistada para el rey, por ironías del destino, por su tío, el viejo maestre, y él mismo.

Cuando ya hubo claridad bastante, al silencio le sucedió un rumor que pareció extenderse por las callejuelas de Toro como agua en las acequias, indicando que los del rey se desparramaban por la villa, para asegurar los puntos clave y prender a cuanto rebelde encontrasen. Aparecieron algunos ballesteros de avanteo, en las calles aledañas al alcázar, y llegaron incluso a cambiar miradas con aquel calatravo grande asomado a las almenas, con su capa blanca, la cabeza rapada y descubierta, que se acariciaba meditabundo la gran barba. Pero no tardó Carpintero en retirarse de los adarves, consciente del blanco que era para un tirador con puntería y ambiciones.

Así, no alcanzó a ver llegar al rey en persona, con manto rojo y a cabeza

descubierta como él, pese al frío; a pie, entre guardas, ballesteros e hidalgos de su causa. Se detuvo ante la fachada del alcázar, a observar con sus ojos grises las puertas abiertas, rodeado por ballesteros de mirada recelosa y las armas cargadas, prestos a tirar contra el primero que asomase. Pero no quedaba en aquel palacio mudéjar nadie que pudiese, no ya oponer resistencia, sino tan siquiera amenazar la vida del rey.

Iba ya a despachar don Pedro a unos pocos hombres al interior del alcázar, pues no quería invadir sin más, estando dentro su propia madre, cuando se perfilaron unas sombras en la penumbra del arco de entrada. Los ballesteros alzaron sus armas, mientras algunos guardas aprestaban adargas para cubrir al rey en caso de peligro y otros se adelantaban unos pasos, pues no era imposible que un puñado de rebeldes saliera a la desesperada, para morir de forma famosa. Pero, apenas los del túnel de la puerta dieron dos pasos, todos pudieron comprobar que sólo eran dos.

Uno era el navarro Martín Abarca, imponente con sus barbas y la loriga puesta. Llevaba de la mano a uno de los hermanastros del rey: don Juan, de catorce años que, como todos los Trastámara, había heredado de su padre Alfonso el pelo rubio y ojos claros, aunque no su estatura. Pequeño, parecía casi enteco junto al gigantesco Albarca, que le condujo hasta el puente que salvaba el pequeño foso ante las puertas.

—¡Alteza! —tronó con serenidad pasmosa, habida cuenta su situación—. Aquí os traigo a vuestro hermano Juan. Hacednos merced, para que pueda llevarlo tranquilo a vuestro lado.

Don Pedro, el manto rojo y los cabellos rubios agitados por el viento de enero, le contempló antes de responder, también a voces.

—Te conozco, Martín Abarca. ¡Dios te maldiga! —Casi chirrió los dientes—. A mi hermano le perdono. Que venga, que yo cuidaré de los de mi sangre. Pero te advierto que a ti te haré matar no bien te acerques, por haber puesto tus conocimientos al servicio de mis enemigos.

El navarro le miró a su vez a los ojos, sin pestañear, desde el otro lado del puente.

—¡Sea!

Y, tomando al mozo en brazos, como si fuera un crío, cruzó con tranquilidad el puente de ladrillo. Los hombres del otro lado, armados con lanzas, espadones, mazas, martillos, no osaban hacer nada; unos por miedo a herir al hermano del rey, otros por respeto a la audacia de Abarca. Y así llegó el caballero a tres pasos de don Pedro, para dejar de nuevo en tierra a su hermanastro. Algún caballero que estaba cerca se apresuró a tomar de la mano al joven y sacarlo de allí.

El rey, los brazos en jarras y los labios fruncidos, se tomó su tiempo para observar al caballero plantado ante él. El viento cobraba fuerza a rachas, silbando y rugiendo en las callejas, haciendo chasquear los pendones. A veces se escapaban ráfagas de nieve, en torbellinos efímeros. Al cabo, don Pedro sacudió la cabeza.

—Tienes lo que hay que tener, Abarca —dijo, sin atisbo de sonrisa—. Vete. Por esta vez, salvas el pellejo.

Apartó la mirada de él, como si ya le hubiese olvidado. Un hidalgo próximo asíó

del brazo al navarro, otros le rodearon y, entre todos, se lo llevaron de allí a toda prisa, como si temieran que el rey cambiase de opinión y le mandase degollar allí mismo. Pero los pensamientos de don Pedro estaban lejos de Martín Abarca. De nuevo con los puños en las caderas, paseó los ojos por la fachada del alcázar, antes de volverse hacia los que le acompañaban.

—Ayala —ordenó—. Entra y, de mi parte, mega a mi madre que salga. Este no es lugar ahora para ella.

Ayala el Joven, con loriga y pellote, tocado con cofia y armado sólo con su espada, inclinó la cabeza, antes de atravesar puente y puertas, caminando con la rapidez justa para que se viese que obedecía con presteza, sin temor a lo que pudiese aguardarle dentro de ese último refugio rebelde. Regresó al poco, tan solo como entró, y la respuesta que llevó al rey no debió gustar mucho a éste, pues replicó a su vez con frases cortas y gestos rotundos. Doña María exigía, antes de salir, que su hijo garantizase la vida de los que estaban con ella. La respuesta del rey fue reiterar que saliese, que ya dispondría él de qué hacer con sus acompañantes.

Ayala el Joven entró y salió por segunda vez, cambió de nuevo unas frases con don Pedro, y ya no regresó al alcázar.

Sucedió una larga espera, mientras los de dentro deliberaban sobre qué hacer. El rey don Pedro se entretuvo dando esos paseos de tigre enjaulado suyos, entre miradas tormentosas a la boca de entrada. Los ballesteros habían retirado saetas y descansado las culatas de sus armas en el suelo. Los lanceros se apoyaban en las varas de las lanzas, los hidalgos formaban corros, para conversar en voz baja y maldecir el frío, sin dejar de echar ojeadas a las puertas abiertas.

Como antes, la primera señal de que alguien iba a salir la dieron las sombras muriéndose en la oscuridad del umbral. Apareció María de Portugal, con manto de pieles y la cabeza cubierta con cofia. Dos caballeros le prestaban sus brazos: Pedro Carpenteros, con su capa blanca calatrava, y un hidalgo nervioso que estrujaba en la mano un documento. Tras ella salió doña Juana Manuela, tapada con un velo y apoyada también en otros dos: Martín Alfonso Tello, caballero portugués de doña María, y Alfonso Girón, aquel que se uniese a los rebeldes estando ya éstos cercados, por despecho.

Cesaron las conversaciones, el rey se paró en seco. Los que salían se detuvieron a su vez en el umbral, como ya hiciese Abarca. El gesto era claro: las damas salían dando amparo a los caballeros. María de Portugal buscó los ojos de su hijo y éste, como siempre, los apartó al cabo de un momento. Como en revancha, los clavó en los que la acompañaban. El hidalgo del documento lo enarboló mientras gritaba, entre el silbo del viento, que aquello era un aval, firmado por el propio monarca. Los presentes coligieron que aquél era uno de tantos que anduvieron en tratos con los agentes reales, aunque luego no se hubiese decidido a tiempo. Don Pedro, al oír sus reclamos, meneó la cabeza.

—¡Ruy de Castañeda! —gritó, para que el otro supiese que lo reconocía—. Eso

tenía valor en su momento. Pero ahora ya no vale nada.

Doña María le susurró algo a Castañeda y éste asintió, como de mala gana. Cruzaron todos el puente, las damas siempre del brazo de los caballeros. A Castañeda le temblaban las piernas, querían creer los más misericordiosos que de frío. El rey seguía en su sitio, sin intención de salir al encuentro de su madre. Esta, viéndolo, echó a andar hacia él, de forma que los del rey fueron abriéndose para dejarles sitio.

Las muertes que allí se cometieron, a unos pasos de don Pedro, debieron decidirse antes de la entrada en Toro. O ésa fue la opinión de muchos testigos, a tenor de lo que vieron, y de que los ejecutores fueron escuderos de Diego de Padilla, que tenía cuentas pendientes con Pedro Carpintero.

Sin previo aviso, un hidalgo próximo al rey golpeó con su maza a Carpintero en la nuca. La víctima cayó sin un grito, tal vez ya muerto. Pero su asesino, no contento, desechó la maza para arrojarse sobre él, puñal en mano. Un segundo hidalgo degolló de un tajo a Castañeda, de forma que la sangre salpicó a doña María en rostro y ropas. Otros apuñalaron a los que iban con la condesa.

María de Portugal, al ver cómo mataban a hombres que iban de su brazo, se desvaneció, y otro tanto ocurrió con la condesa Juana Manuela. Durante unos instantes de horror, las dos damas estuvieron tendidas entre los cuerpos de sus acompañantes, a los que los asesinos acuchillaban con saña, como para asegurarse de quitarles hasta el último soplo de vida. No hubo gritos de ninguna clase. Los verdugos herían en silencio y los espectadores se agitaban a su alrededor, unos atónitos y otros espantados. Alguno se marchó de allí, por temor o para no tener que ver esa carnicería de hombres desarmados.

Tras rematar a sus víctimas, los escuderos de Padilla huyeron, los aceros rojos en las manos, sin que nadie les cerrase el paso. Allí quedaron las damas, en el suelo, entre cadáveres ensangrentados. Luego, ante la mirada del rey, que no había mudado de gesto, algunos de los presentes corrieron en auxilio de la reina madre y la condesa. Entre varios, incorporaron a doña María, que miraba aturdida, como si no reconociese a nadie y no supiese dónde estaba. Luego puso los ojos en el cadáver de Carpintero, recobró sus facultades y, al volver la cabeza, aunque trataron de estorbárselo, descubrió a Martín Alfonso Tello, también muerto.

Prorrumpió en gritos espantosos, al principio inarticulados y luego, tras desasirse de los caballeros que la sostenían, se revolvió contra su hijo, para cubrirle de insultos. Nadie sabía qué hacer, decir o a dónde mirar. Don Pedro, evitando los ojos de su madre, que no cesaba de maldecirle y chillarle que la matase a ella también, que más le valía estar muerta que sufrir esa deshonra, se fijó en que también estaban ayudando a la condesa, que llevaba el velo rojo de sangre y a la que casi no sostenían las piernas. Se dirigió a los guardas que tenía más cerca.

—Poned bajo custodia a la condesa —ordenó con voz tranquila, los ojos grises como piedras—. Y llevad a mi madre a sus estancias del convento de Santo Domingo. Está algo alterada y no es momento de hablar con ella.

Luego de oír misa primera, en vez de volver a casa Alvar de Albornoz fue a dar un paseo por los barrios de Cuenca que asoman al río Huécar. Deambulando sin rumbo por callejas vacías de gente, llenas de hielo y nieve, sin pensar, con la cabeza puesta en otros asuntos, acabó por salir del casco urbano y tomar la senda de la parte alta, cerca de donde las rocas caen a pico hasta el río. Sólo cuando se hubo alejado cierto trecho se detuvo, como cayendo de golpe en que estaba extramuros. Envuelto en su capa de cuerpo, el capuchón puesto, se acercó casi al borde de la cortadura. Durante la noche, las nubes se habían abierto y el viento calmado, para dejar una mañana clara de sol brillante, que hacía resplandecer la nieve que lo cubría todo, árboles, tejados, muros, caminos, campos, hasta donde alcanzaba la vista.

Se quedó allí largo rato, a solas con sus cavilaciones, los ojos perdidos en la distancia, sin cuidar de que las rocas del borde fuesen traicioneras, por culpa del hielo. No se oía sino el sonido del viento y, a veces, algún ladrido lejano. Aunque el sol era deslumbrante, hacía un frío intenso. Flotaba en el aire olor a leña y, pese a la hora, la ciudad parecía casi desierta porque, en lo más crudo del invierno, aquel que no tenía motivos para salir se quedaba en casa. Los caballeros bruñendo armas, leyendo o tocando instrumentos; los comerciantes, con sus cuentas; los artesanos en los talleres, a la luz de candiles; los religiosos en sus celdas, y los pobres en sus tabucos, tratando de sobrevivir a otro invierno.

En el silencio helado, oyó crujir nieve bajo suela de botas. Salió de sus pensamientos con un sobresalto, la diestra yendo ya al puño de la espada, bajo la capa. Pero no era más que uno de sus vecinos, un ropavejero viejo y próspero, al que acompañaba uno de sus hijos. El recién llegado, al ver la expresión del caballero, temió ser inoportuno. Pero no era eso, sino que Albornoz, con gusto amargo en la boca, reflexionaba sobre cuán malos tiempos eran aquellos, en los que uno tenía que cuidar las espaldas en su propia casa.

—¿Molestamos? —medio se disculpó el anciano.

—En absoluto, amigo —rechazó el caballero, recuperando la compostura.

Se cubría el otro con manto grueso y goleta, en tanto que su hijo gastaba capa y, bajo la misma, espada lobera. Albornoz conocía bien al padre: uno de los buenos más ricos de Cuenca; influyente, respetado, miembro del concejo. En cuanto al hijo, como no era primogénito ni gustaba de conventos, su padre le había procurado armas y un caballo, para que sirviese en las guerras y, andando el tiempo, sus descendientes pudieran ganar la tan preciada hidalguía. Albornoz había visto crecer a aquel joven

desde que no era más que un pillo que correteaba descalzo por Cuenca.

—Venía de atender unos negocios, te vi salir fuera y se me ocurrió acercarme a saludarte —se explicó cordial el burgués—. ¿Cómo se te ocurre pararte aquí en un día como éste, hombre de Dios? El sol de invierno es traicionero y es fácil constiparse.

—He salido a despedirme de Cuenca y, desde aquí, se tiene buena vista.

—¿Despedirte? ¿Qué dices?

Pese al exabrupto, por el rostro se le veía que la noticia no le pillaba del todo por sorpresa. Se acercó un poco más al hidalgo, en tanto que su hijo se retiraba un poco, para permitirles algo más de intimidad. Albornoz, los ojos vagando por las colinas del otro lado del Huécar, cubiertas de nieve muy blanca y reluciente, se permitió un suspiro.

—No me atrevo a quedarme aquí. No tras lo ocurrido en Toro.

—Sí... terrible. Tantos muertos, y de esa forma. ¿Será cierto que el rey se comportó con su madre como dicen? —Al ver que el caballero asentía, con gesto adusto desde las profundidades del capuchón, meneó él la cabeza—. Me cuesta creerlo.

—A mí no.

Sabido era ya que los esbirros de don Pedro habían masacrado a hombres indefensos a las puertas del alcázar de Toro, en su presencia y junto a las faldas de la reina madre, que había quedado bañada en la sangre de las víctimas. Conocida era también la represión desatada en la villa, acto seguido. Noticias trágicas que corrían como el viento por los caminos de Castilla, sin que las demorasen los temporales, la nieve o los lobos. Y, a ese respecto, quizás el ropavejero sabía más que Albornoz, gracias a los mercaderes que osaban a viajar en esa estación.

—También mataron a Diego de Godoy. Era pariente del pobre don Juan de Prado...

—Le conocía. Una víctima más. Una de tantas.

—Son muchos los que están huyendo estos días del reino. Familias enteras se están refugiando en Aragón, Portugal, Navarra o la Guyena, temiendo por sus vidas. El conde de Trastámara ha renunciado a seguir guerreando; está en Galicia a la defensiva y dicen que pretende exiliarse en Francia.

—Eso he oído yo también. Es lo mejor que puede hacer.

—Gonzalo Mejía y Gómez Carrillo han huido también a Francia.

Albornoz asintió, esta vez sin comentarios. Esos dos se habían destacado en la guerra contra el rey y eran causantes de la muerte de Juan de Villagera, maestro impuesto a Santiago por el rey. Dos de tantos a los que esperaba el patíbulo, si se quedaban en Castilla y caían en manos de don Pedro.

—He discutido con mis hermanos el asunto, largo y tendido. Estamos todos de acuerdo en que lo más prudente es que mi hermano Fernando y yo salgamos del reino. Y no me digas que no has oído nada, que tú sueles estar bien informado. Vamos a pasar a Aragón, donde estaremos fuera del alcance del rey.

—Algo sabía. Lo admito. —El otro inclinó la cabeza, como en confidencia—. ¿No será una medida demasiado extrema? Es cierto que don Pedro fue implacable con algunos, pero también ha mostrado clemencia con otros.

—¿Clemencia? —Albornoz esbozó una sonrisa amarga—. Don Pedro no sabe lo que significa esa palabra. O, si lo sabe, lo sabe a la manera de las fieras. Los lobos y los osos a veces respetan a víctimas indefensas. Como les ocurre a ellos, la compasión de don Pedro no es tal, sino capricho pasajero.

—Entonces, está decidido.

—Sí. Todo está empacado. El tiempo mejora, así que nos iremos hoy mismo. Si no nos hubieran retrasado las tormentas, ya estaríamos en Aragón.

El caballero había puesto de nuevo los ojos en el paisaje nevado. Los volvió luego a la muralla, al castillo que cerraba el perímetro en aquella parte alta y, más allá, a las casas que colgaban al borde mismo de los riscos, sobre el río. Bajo el sol de primera mañana, los tejados nevados brillaban, forzando a apartar la mirada, so pena de quedar cegado. El viejo burgués observaba a su vez a su interlocutor, con simpatía.

—Es duro exiliarse.

—No me pesa, amigo. Siempre procuré hacer lo que creí que debía. Al menos, tengo la conciencia tranquila en ese sentido. Cuando era joven, andaba en busca de hazañas, de fortuna y renombre. Luché contra el infiel y me enorgullezco de haber estado en la gran defensa de Tarifa. Aquellos sí que fueron días duros de verdad.

»Luego los años me fueron sosegando, supongo que como a todos. Esperaba tener una madurez tranquila. No ambicionaba cargos ni oficios, aunque más de uno me tocó en suerte. Pero mi gran ambición era atender en paz mis asuntos, pasar mis días junto a mi esposa y ver crecer a mis hijos. Sin embargo, el Señor dispuso de otra forma. Primero perdí a mi mujer en la peste, luego estuve en una embajada a Francia que duró años, después vino la guerra y ahora tengo que marcharme lejos, y no sé si volveré algún día.

El otro, con la familiaridad que da el trato de años, le posó una mano sobre el hombro.

—No importa que muestres sosiego. Se nota que te pesa, y mucho, tener que abandonar tu casa. Escucha. El rey hizo la paz con Cuenca, a cambio de que no luchásemos contra él. Tú mismo negociaste ese acuerdo.

—Por eso, porque conozco a don Pedro, he decidido marcharme. Su palabra no vale nada.

—Cuenca es fuerte, está bien abastecida y no le faltan hombres resueltos. Si las huestes del rey vienen con malas intenciones, les enseñaremos lo que es pelea. Ya les hemos plantado caí a antes y podemos hacerlo de nuevo. Tu hermano y tú podéis consideraros aquí a salvo, entre vuestros vecinos.

—Te agradezco esas palabras. Sé que las dices de corazón. Pero sería mucho riesgo. Y no deseo arrastrar a mi ciudad natal a una guerra que no podríamos ganar. —Albornoz negaba despacio con la cabeza—. Además, está en juego algo más que mi

vida.

—¿Qué?

—La seguridad de don Sancho.

El hombre bueno asintió. Albornoz aludía a uno de los hijos de Alfonso XI y Leonor de Guzmán, que el primero entregó en crianza al caballero en su día, y que aún seguía en Cuenca con él.

—No creo que haya que temer nada por ese lado. El rey perdonó a Fadrique y Tello, y luego a don Juan, en plena matanza de Toro. ¿Por qué querría hacer mal a don Sancho, que es inofensivo? Parece que al único al que guarda rencor es al conde de Tras túmara, que sigue aún alzado.

—Buen amigo. Yo ya confié una vez en don Pedro. Fue uno de los mayores errores de mi vida. Quise creer que se conciliaría con doña Blanca. Yo la traje a ella desde Francia y le juré darle amparo. Me equivoqué en mis apreciaciones y doña Blanca está ahora presa, en Sigüenza. El yerro ya no tiene enmienda. Sabe Dios que actué de buena fe. He luchado por la causa de la reina, con las armas en la mano; tú lo sabes. Pero eso no lava mi falta. No cometeré el mismo error dos veces. El difunto don Alfonso me encomendó a su hijo y no estará seguro mientras esté en Castilla. Voy a sacarlo de aquí, que bastante carga me supone ya haber fallado a doña Blanca.

—No fue culpa tuya. Son tiempos aciagos.

—Lo son desde hace mucho. Y eso que dicen que los malos tiempos son como las tormentas, que siempre acaban pasando.

—¿Y no es acaso cierto?

—Sin duda. Pero, antes de pasar, derriban árboles grandes, hunden tejados y ahogan a gentes y ganados. Si uno quiere ver brillar de nuevo el sol, amigo, ha de procurar sobrevivir al diluvio. Y eso sí está hasta cierto punto en nuestra mano. Por eso me voy a Aragón, ahora que aún estoy a tiempo.



# AGRADECIMIENTOS

Redactar la nota de agradecimientos resulta en esta ocasión algo bastante complicado, ya que corro el riesgo de olvidarme de mencionar a más de una persona. Eso se debe a que, según iba escribiendo *Los malos años*, fui descubriendo que Pedro el Cruel es una figura que despierta curiosidad en personas de lo más dispares. Un interés que no podía suponer cuando comencé a elaborar la novela, que me ha dado bastante para pensar y comentar en los últimos meses, y que incluso ha provocado algún suceso curioso.

Allá a comienzos del 2007, estuve comiendo con un amigo en un restaurante de la zona de Cuatro Caminos, en Madrid. Llevaba conmigo el trabajo de Gonzalo Moya sobre don Pedro. Lo había dejado en una esquina y, según acabábamos de elegir platos, se nos acercó un hombre de una mesa contigua. Me preguntó con educación si ese libro era sobre Pedro el Cruel. Al asentir yo, me pidió permiso para echarle un vistazo. Accedí, claro, así que se lo llevó a su mesa y lo estuvo ojeando a su antojo, largo rato, antes de darme las gracias y devolvérmelo. No me dio explicaciones y yo no creí cortés preguntarle, por lo que me quedé con las ganas de saber a qué interés tan grande, que le llevaba a pedir un libro a un desconocido. A veces, el exceso de educación tiene sus desventajas.

Pero, anécdotas aparte, ese interés por don Pedro ha permitido que bastantes personas me echasen una o dos manos, prestándome libros antiguos de su biblioteca, comentándome algún dato curioso o presentándome a terceras personas que pudieran conocer lo que yo andaba buscando. Algunos de esos amigos me han pedido no figurar aquí y, por supuesto, respeto sus deseos. En cuanto a los demás, espero no dejar a nadie fuera de esta lista.

Como en anteriores novelas, debo mencionar en primer lugar a Hipólito Sanchiz, que ha empleado tiempo y esfuerzos, por simple amistad, en localizar tanto bibliografías básicas como datos concretos. En tales aspectos Fernando Prado me echó también un cable. María Jesús Sánchez me suministró material sobre don Pedro, Córdoba y Aguilar de la Frontera. Gracias a Ana María di Cesare obtuve información sobre personajes de la época que me resultó muy útil a la hora de establecer su relación con las tramas. Francisco Glicerio Conde fue tan amable de buscarme algunas precisiones sobre cuestiones muy concretas.

Manel Avrellón, experto en esgrimas antiguas, me mostró de forma práctica ciertas peculiaridades tocantes a las amias de la época, y su manejo, de lo más esclarecedoras. Luis Herrero me suministró alguna información sobre caballos; tema

sobre el que lo ignoro todo.

Jose Antonio G. Villarrubia echó un vistazo a la parte tocante a Toledo, para ayudarme a evitar meteduras de pata en la ambientación.

Mi gratitud también a todos los amigos que me han acompañado en escapadas por la geografía española, a lugares donde se desarrolla la acción de la novela. En especial, José María Benito, Sara Ballesteros y José Manuel Montero Hijano.

Por último, quiero agradecer aquí a todos aquellos que han leído distintas partes del manuscrito y me han dado su opinión al respecto. Sobre todo a Joana Mata, que lleva unos cuantos libros míos leídos y comentados, cuando aún estaban en fase de escritura, y Javier Negrete. De novelas del último, también, he tomado *prestada* alguna palabra, como clangor, en el sentido de resonar de armas, que es una acepción que no se encuentra en el diccionario.

# NOTAS

[1] Jubón acolchado que se usaba bajo la cota de malla.. <<

[2] Alfonso Coronel, caballero muy poderoso en Castilla, deseaba la villa de Aguilar y el rango de ricohombre. Aguilar había sido ya motivo de un viejo pleito entre Coronel y el almirante de Cataluña, Bernal Cabrera, que estaba casado con una castellana; el rey Pedro había zanjado la disputa quedándose la villa y dando a cambio a los dos litigantes otros lugares. Coronel pactó con Juan Alfonso Alburquerque, privado del rey, la obtención de la villa y rango, a cambio de la entrega del castillo de Burguillos. Logrados sus objetivos, rehusó cumplir su parte del pacto y, luego, temiendo la influencia de Alburquerque, se negó a presentarse ante el rey. Eso le llevó a un enfrentamiento cada vez mayor con éste, que desembocó en rebelión abierta y, por último, en el largo asedio de Aguilar, su derrota y ejecución.. <<

[3] Blanca de Borbón había de recibir, como arras matrimoniales, los señoríos castellanos de Coca, Mayorga, Arévalo y Sepúlveda. A cambio, el rey Juan II de Francia se comprometió a entregar 300.000 florines en concepto de dote. Blanca salió de París en noviembre de 1353, acompañada de su madre, Isabel de Valois, y algunos nobles franceses, aparte de la embajada española. El rey francés nunca entregó ni siquiera el primer plazo de la dote. La comitiva recaló primero en Nimes y luego en Narbona, ya en enero de 1354, donde quedó de manifiesto que Juan II no tenía otra cosa que promesas para dar. Blanca y su madre Isabel fueron a Aviñón, donde el papa Inocencio VI les dio audiencia. El cortejo entró por fin en España por Cataluña, a mediados de enero, mucho más tarde de lo acordado y en un ambiente más que enrarecido entre franceses y castellanos, por el impago de la suma acordada.. <<

[4] Leonor de Guzmán, madre de los Trasmatares fue ejecutada en Talavera en 1351 por orden del rey don Pedro, instigado a su vez por su madre, María de Portugal.. <<

[5] Los diez hijos de Alfonso XI Y de Leonor de Guzmán fueron: Pedro Alfonso, Juana, Sancho Alfonso, los gemelos Enrique y Fadrique, Tello, Fernando, Juan, Sancho y Pedro.. <<



[6] Orden creada por Alfonso XI para alentar el espíritu caballeresco y aglutinar leales frente a la nobleza, de fidelidad siempre dudosa. Se concedía a caballeros y nobles, y sus miembros debían guardar un comportamiento intachable.. <<

[7] Recaudador.. <<

[8] La actual Ciudad Real.. <<